IDEÓLOGOS, TEORIZANTES Y VIDENTES

PRÓLOGO DE JUAN BARCO


BARCELONA
EDITORIAL MINERVA, S. A.
ARIBAU, 179 : TELÉF. 27-G
IDEÓLOGOS, TEORIZANTES Y VIDENTES
Biblioteca de Cultura Moderna y Contemporánea

SANTIAGO VALENTÍ CAMP
Director de esta Biblioteca

IDEÓLOGOS, TEORIZANTES Y VIDENTES

PRÓLOGO DE JUAN BARCO

BARCELONA
EDITORIAL MINERVA, S. A.
Aribau, 179 : Teléf. 27-G
Ideología santana

AIDENLÉS

Theorías
Bien, amigo, si quieras ser feliz

por una vida larga

y plena de alegría,

¡sé amable con los demás!

Y si quieres que te traten

con respeto y afecto,

sé respetuoso con ellos.

Porque la vida

es un juego de simpatías y desamores,

y quien desea

ser feliz debe aprender a

ser amable y respetuoso.
PRÓLOGO

Te hallas, lector, ante un libro que te va a dar conocimiento pleno del movimiento intelectual del mundo en todo el siglo XIX. Filósofos, sociólogos, economistas, naturalistas, políticos, historiadores, críticos, juristas, biólogos, pedagogos, psicólogos, moralistas... inquiridores, impulsadores, reformadores de la humana especie desfilan por estas páginas, que destacan de modo admirable a los hombres-cumbres como tales hombres y a los sistemas y teorías que crearon sus mentes privilegiadas. Es la total ideología del más fecundo de todos los siglos lo que va encerrado en este libro que Valenti Camp titula Ideólogos, Teorizantes y Videntes.

Pero, antes de pasar adelante: ¿Quién es Valenti Camp?

Parece ociosa la pregunta, tratándose de un hombre conocidísimo en el mundo de las letras; y, no obstante, por su modestia, por su aversión a que de él se ocupen, no conocen de esta persona, la mayoría de las gentes, más que la combinación de letras que compone su nombre tan repetido en libros, en Revistas y en periódicos.

Yo, aun cotrariándole, os voy a hablar de él
ligeralmente, en cuatro rasgos, sin pretensiones de ser su biógrafo, ni tampoco las desmedidas, para la capacidad mía, de trazarle una semblanza lamartiniana.

Este hombre, llamado Santiago Valentí Camp, recio de cuerpo, pero no muy alto de talla, de negras barbas apostólicas, de nariz algo judáica, de ojos grandes, muy expresivos y escudriñadores, de cabeza poderosa que marcadamente avanza hacia adelante, como en pregunta perpétua, tiene, en lo físico, un parecido notable con Guerra Junkereiro, el viejo poeta revolucionario lusitano. No más que en lo físico, pues Valentí Camp, a mi parecer, no ha llegado ni a la cincuentena, no es poeta, que yo sepa, y en cuanto a lo de revolucionario... más adelante he de decir sobre esto dos palabras.

Replegado en sí mismo, ante el mundo, pero abierto y efusivo en la intimidad, Valenti Camp va, con su labor intelectual inmensa, ofreciéndonos la sensación de un cerebro ubicuo que en unos cuantos lustros (cuatro o cinco no más, de vida plena) ha estado en muchísimas partes a la vez.

Sólo por ese don extraordinario, quizá uno se explique cómo ha podido leer tanto, escribir tanto, discutir tanto, conservar tanto, viajar, intervenir en la cosa pública, idear negocios y desarrollarlos con varia fortuna, practicar fervorosamente el culto a sus lares, y llegar, con todo este laberinto de vida, a una pansofía que sólo se alcanza, cuando se alcanza, con un gran reposo y en edad proyecta.

Y ni reposo ni senectud, sino movilidad continua y casi muchachez en la hora de ahora. Tuvo una época, algo lejana ya por fortuna, en que la
fiebre de la vida política le invadió de una manera alarmante. Fué cuando afiliado a uno de los partidos políticos extremos, puso su actividad en andanzas electorales, logrando colgar la venera edilicia sobre su honrado pecho; entonces se le mezcló a los movimientos revolucionarios de 1909, más seguramente por sus propagandas oratorias que por su accionar tenebroso y truculento. Valenti Camp, paladín del ideal, fue a la política y fue al Municipio barcelonés con purezas y candideces que ciertamente harían sonreír a ciertas gentes que a la sazón le rodeaban; pero así que se percató de que la política era un oficio y que los cargos se utilizaban para enriquecerse, de un aletazo salió de la sentina tan puro y limpio como, por inadvertencia, en ella había caído.

Hoy todo el pueblo barcelonés, todas las clases barcelonesas, al ver deambular por las calles de la gran urbe a este hombre modestísimo, trabajador infatigable, que gana con gran esfuerzo la vida, una vida austera, más bien rayana en la mediocridad que en la opulencia, tienen justísimas frases de elogio a su integridad, a su decoro y a su honradez.

El célebre dístico del poeta americano parece hecho para sus circunstancias y para sus labios:

Hay plumajes que cruzan el pantano
Y no se manchan: mi plumaje es de esos.

Es evidente.

***

Ha vivido y vive Valenti Camp en ambiente enciclopédico y así, al siglo XIX, nacido de la Enciclopedia, continuador de esta y más caudaloso aún que su progenitora, le ha arrancado todo
el pensamiento, todo el rebullimiento de ideas y nos ha presentado un tomo, enciclopédico también, de vida perdurable, que será leído por cuantos tienen ansia de saber, y lo ha de ser más tarde por las generaciones venideras, así las cercanas como las más remotas, que quieran, las unas, historiar las trayectorias de los luminares que aquí se encierran o quieran, las otras, tras montones de siglos, bucear en lo que para ellas será ya mentalidad prehistórica.

En este aspecto, como libro de consulta, como casi diccionario de ideas y de hombres “ochocentistas”, es de un valor inapreciable, pues aunque no está completo, han de seguirle otros tomos formando la obra toda el centón más precioso que haya podido escribirse.

El autor ha procedido honradamente en la valoración que ha tenido que hacer para dar cabida en su libro a los grandes pensadores. Se ha despojado de prejuicios de doctrina y de preferencias étnicas y nos presenta todas las ideas y todos los productores de ellas: los afines, los contrapuestos—Carlyle o Schopenhauer frente a Feuillée o Ribot—los espirituales y los materializados—Torras y Bages o Eucken frente a Haeckel o Avenarius—los torturados y los serenos—Amiel o Ganivet frente a Giner o Sanz del Río.

Una cincuentena de pensadores figuran en estas páginas, integrándolas ingleses como Spencer, Carlyle, Lodge, Stuart Mill, Hartpole Lecky, TyIlor y Huxley; italianos como Ardigó, Credaro, Angiuli y Barzellotti; alemanes como Eucken, Avenarius, Haeckel y Schopenhauer; franceses como Ribot, Boirac, Le Dantec, Bergson, Renauvier, Boutroux, Le Bon, Tarde, Marion, Guyau,
Liard y Lachellier; suizos como Amiel y Secre­
tan; húngaros como Max Nordau; daneses como Hoffding y Brandés; norteamericanos como Roy­
ce y William James, y españoles como Giner de los Ríos, Costa, González Serrano, Dorado Mon­
tero, Sanz del Río, Torras y Bages, Leopoldo Alas,
Alomar, Ganivet, etc.

Nadie podrá tildar de apriorística la obra de
Valentí Camp, ni a éste de sectario. Sus preferen­
cias, si las tiene—que sí las tiene—, no se dejan
ver en todo el libro, pues con igual cariño expone
los racionalismos de un Ardigó que los misticis­
mos sublimes de un Torras y Bages; con tanta
extensión se ocupa del krausista Giner como del
positivista Spencer; idéntico interés revela al ha­
blar del espiritualista Eucken que del materialis­
ta Avenarius. Valentí Camp revela, sí, un fanatis­
mo: el fanatismo de la cultura. Su obra es de di­
fusión y no de adoctrinación determinada.

* * *

¡Qué funcionamiento cerebral tan portentoso
representa el montón de ideas dadas a luz en los
centenares de libros que escribieron los pensa­
dores que desfilan por las subsiguientes páginas
y con cuánta generosidad se entregaron aquellos
al trabajo de mejorar al hombre, de perfeccionar­
nos a todos, de empujar—nuevos Sísifos—a la
civilización hacia la cumbre, de encaminar a la
humanidad al ideal de dicha y de ventura!

Y todo este titánico esfuerzo, todo este altruis­
mo, todo este barajar de ideas, todo este Olimpo
poblado de maravillosas creaciones filosóficas, ¿ha
servido para algo? El acopio íntegro, no ya el par­
cial de estos pensadores, sino el total de todos des­
de que el mundo es mundo, ¿ha servido para
mejorar al hombre, para raer de su alma la concupiscencia, la envidia, la avaricia, la soberbia, la sensualidad, la ira, toda la corte negra de los pecados capitales? ¿Se han hecho los humanos "prácticamente virtuosos" como, con sublime acento, clamaba en su agonía el grande entre los grandes, el santo entre los santos, Sr. Torras y Bages?...

¡Oh, supremo dolor! La ingente obra espiritual de tantas y tantas generaciones se ha despeñado, cuando parecía llegar a la cúspide, en horrenda catástrofe que nos lleva a pensar nuevamente—como tantas veces en la historia humana—en cuál será en definitiva el destino del hombre sobre el planeta.

La lección es fatal y más fatal aún, más desconsolador el hecho mismo de que esos teorizantes, esos sabios, esos modeladores y perfeccionadores del alma humana, al llegar la hora del hundimiento, del desencadenamiento de las fieras volviéronse fieras también ellos mismos y predicaron el aniquilamiento de las otras fieras de los cubiles rivales. Tal el caso de Bergson, perdiendo su serenidad al estallar la guerra y proclamando la primacía de la indignación sobre la comprensión; tal el caso de todos o casi todos los sabios del cubil contrario, mostrándose como fieras antes que como apacibles y dulces guías de las inteligencias y de las almas...

Y es que no hay en el hombre, a lo menos en el hombre que hasta ahora conocemos, voluntad sincera y fuerte para abrazarse a la bondad pase lo que pase.

Parece como si nuestros oídos no fuesen para oír y que por lo externo de ellos resbalaran sin
penetrar ni arraigar en el alma los grandes apotequemas lanzados como áncoras de salvación por los espíritus superiores y las mentalidades de elite.

Reconocemos la sublimidad de ciertas verdades y nos entusiasmamos repitiéndolas, pero ni las conservamos en la memoria como norte de nuestras acciones ni consiguientemente las practicamos. Y es que la vida material, el funcionamiento de los sentidos se sobrepone de modo constante a las facultades anímicas; lo fisiológico anula a lo psicológico; la bestia subyuga al ángel si es que éste existe en el fondo del alma humana.

Aquello del dragón aplastado por el hombre... sólo se ve en lienzos o en esculturas.

Hace poco recordaba yo el gran pensamiento de Aristóteles de que “el fin supremo del Estado no es ni la riqueza ni la potencia, sino la virtud”. ¿Quién, en el mundo, ha parado mientes en tal futesa, que podía —¡ahí es nada!— habernos encaminado a la ventura? Resbaló por lo externo de los oídos y siguió el mundo tan campeante hacia las destrucciones periódicas y continuas

Otro ejemplo: Una mujer admirable, adorada en los altares y venerada en las mentes, Teresa de Jesús, puso ante el hombre como pensamiento a seguir para el bien terreno y ultraterreno estas sublimes reglas de altísima docencia:

**NADA TE TURBE, NADA TE ESPANTE, TODO SE PASA, TODO ES MUDABLE; LA PACIENCIA TODO LO ALCANZA; SÓLO DIOS BASTA.**

¿Crees que no? Pues la grabazón de esas máximas en el alma y el ajustamiento continuo, ardoroso y sincero de la conducta a ellas habría dado la felicidad a los mortales, prescindiendo
ya de las otras venturas que pudieran prometernos como añadidura.

Una humanidad que por nada se turbase ni se espantara, sería una humanidad ecuánime, sin neurosis ni convulsiones. Convencida de que todo se pasa y que todo muda (cosas que son verdades inconcusas), no sentiría penas ni tristezas por las contrariedades pequeñas o grandes de la vida; y si añadía el convencimiento de que con la paciencia, con la santa paciencia, todo se consigue en lo humano, ya podía dar de barato lo restante del apotema, pues en todo él va una fuerza de ídica que contrarresta cuantos males pueden afligir al individuo, a la colectividad, al rebaño humano, que no es rebaño, sino desatada jauría, cuando menos.

Pero, ¿a dónde, a dónde he ido a parar con todas estas elucubraciones?

He querido decir, y lo digo ahora más claramente, que este libro de Valenti Camp tiene un valor didáctico y llegará a tener un valor histórico.

Pero la obra de los pensadores que por aquí desfilan como la de todos los pensadores que son ornamento de la especie humana, no ha tenido sobre ésta ninguna trascendencia.

¿Os parece fuerte? ¡Transeat!

Digamos que literariamente han sido de cierta eficacia.

Su trascendencia, en la moral, casi nula. Nula del todo.

Juan Barco.

Barcelona, Julio, 1922.
<table>
<thead>
<tr>
<th>Autor</th>
<th>Páginas</th>
</tr>
</thead>
<tbody>
<tr>
<td>Alfredo Fouillée</td>
<td>1</td>
</tr>
<tr>
<td>William James</td>
<td>9</td>
</tr>
<tr>
<td>Roberto Ardigó</td>
<td>15</td>
</tr>
<tr>
<td>Enrique Federico Amiel</td>
<td>29</td>
</tr>
<tr>
<td>Max Nordau</td>
<td>35</td>
</tr>
<tr>
<td>Carlos Secretan</td>
<td>41</td>
</tr>
<tr>
<td>Herbert Spencer</td>
<td>47</td>
</tr>
<tr>
<td>Juan M. Guyau</td>
<td>59</td>
</tr>
<tr>
<td>Ernesto Enrique Haeckel</td>
<td>53</td>
</tr>
<tr>
<td>Gabriel Tarde</td>
<td>65</td>
</tr>
<tr>
<td>Giacomo Barzellotti</td>
<td>69</td>
</tr>
<tr>
<td>Julián Sanz del Río</td>
<td>63</td>
</tr>
<tr>
<td>Juan Stuart Mill</td>
<td>89</td>
</tr>
<tr>
<td>Enrique Marión</td>
<td>95</td>
</tr>
<tr>
<td>Pedro Dorado Montero</td>
<td>101</td>
</tr>
<tr>
<td>Tomás Henry Huxley</td>
<td>107</td>
</tr>
<tr>
<td>Leopoldo Alas (Clarín)</td>
<td>113</td>
</tr>
<tr>
<td>Carlos Renouvier</td>
<td>127</td>
</tr>
<tr>
<td>Joaquín Costa</td>
<td>133</td>
</tr>
<tr>
<td>Angel Ganivet</td>
<td>153</td>
</tr>
<tr>
<td>John Lubbock</td>
<td>171</td>
</tr>
<tr>
<td>Arturo Schopenhauer</td>
<td>177</td>
</tr>
<tr>
<td>Ricardo Avenarius</td>
<td>199</td>
</tr>
<tr>
<td>Rodolfo Eucken</td>
<td>205</td>
</tr>
<tr>
<td>Nombre</td>
<td>Páginas</td>
</tr>
<tr>
<td>---------------------------------------</td>
<td>---------</td>
</tr>
<tr>
<td>Harald Höfding</td>
<td>215</td>
</tr>
<tr>
<td>Tomás Carlyle</td>
<td>225</td>
</tr>
<tr>
<td>Teófilo Armando Ribot</td>
<td>239</td>
</tr>
<tr>
<td>Francisco Giner de los Ríos</td>
<td>245</td>
</tr>
<tr>
<td>Gustavo Le Bon</td>
<td>261</td>
</tr>
<tr>
<td>Urbano González Serrano</td>
<td>273</td>
</tr>
<tr>
<td>Emilio Boirac</td>
<td>279</td>
</tr>
<tr>
<td>Josiah Royce</td>
<td>283</td>
</tr>
<tr>
<td>Gabriel Alomar</td>
<td>287</td>
</tr>
<tr>
<td>Andrés Angiulli</td>
<td>297</td>
</tr>
<tr>
<td>Georges Brandes</td>
<td>303</td>
</tr>
<tr>
<td>Enrique Bergson</td>
<td>311</td>
</tr>
<tr>
<td>Emilio Boutroux</td>
<td>319</td>
</tr>
<tr>
<td>Oliver J. Lodge</td>
<td>327</td>
</tr>
<tr>
<td>Ramiro de Maeztu</td>
<td>331</td>
</tr>
<tr>
<td>Félix Alejandro Le Dantec</td>
<td>341</td>
</tr>
<tr>
<td>G. Eduardo Hartpole Lecky</td>
<td>349</td>
</tr>
<tr>
<td>Julio Lachelier</td>
<td>355</td>
</tr>
<tr>
<td>Luis Liard</td>
<td>361</td>
</tr>
<tr>
<td>Eduardo Burnet Tylor</td>
<td>365</td>
</tr>
<tr>
<td>José Torras y Bages</td>
<td>371</td>
</tr>
<tr>
<td>Luis Credaro</td>
<td>383</td>
</tr>
<tr>
<td>Ricardo Macías Picavea</td>
<td>389</td>
</tr>
<tr>
<td>Rafael Altamira</td>
<td>407</td>
</tr>
<tr>
<td>Juan Marchesini</td>
<td>413</td>
</tr>
<tr>
<td>José Ingenieros</td>
<td>419</td>
</tr>
<tr>
<td>Aquiles Loria</td>
<td>425</td>
</tr>
<tr>
<td>Augusto Pi y Suñer</td>
<td>433</td>
</tr>
<tr>
<td>Emilio Durkheim</td>
<td>437</td>
</tr>
</tbody>
</table>
ALFREDO FOUILLEE

En España dió a conocer a este ilustre filósofo, el ma­
logrado Clarín, que poco después fué también el primero
en hablar de otro filósofo contemporáneo insigne, H. Berg­
son. Más tarde, contribuyó a difundir la obra del autor
de las ideas fuerzas, el entonces profesor de Oviedo,
Adolfo Posada, en su notable libro Ideas pedagógicas
modernas, en el que expuso, al estudiar a Fouillée como
pedagogo, su concepción filosófica, considerándola en sus
distintos aspectos.

En los últimos treinta años, el pensamiento filosófico
en Francia encarnó principalmente en seis personalida­
des eminentes: Fouillée, Ribot, Guyau, Bergson, Bou­
troux y Le Dantec. El primero de estos filósofos ha sido
el que ha ejercido una influencia más decisiva en el
alma francesa, acaso porque consagró gran parte de su
actividad a la aplicación de sus doctrinas a la Pedagogía,
la Psicología colectiva y la Sociología. Durante cua­
renta y cinco años, Alfredo Fouillée trabajó en la soledad
del gabinete, contribuyendo, como pocos, a reconstituir
la tradición cultural de su patria. Al bajar hace una
década al sepulcro, en Lyon, a la edad de 74 años—
había nacido en Poueze en 1838—, dejó una labor di­
tada y admirable, que ha servido de pan espiritual a tres
generaciones de intelectuales.

Los comienzos de este gran maestro, fueron obscu­
ros y difíciles. Según afirma Emilio Faguet, Fouillée fué
un ejemplo de lo que puede la individualidad consciente
de su propio valer. Cabe, pues, reputársele como un
autodidacta. En su juventud fue profesor de algunos
Liceos de poblaciones de tercer orden, siéndolo a los
treinta años del de Burdeos, donde se reveló como gran expositor, cualidad que le granjeó el cariño de sus dis­cípulos. En 1872 ocupó una plaza de profesor de confe­rencias en la Escuela Normal de París, que desempeñó hasta 1879, en que por motivos de salud hubo de renun­ciar a las tareas docentes. Desde entonces Fouillé empleó su prodigiosa actividad en escribir libros con ardor insuperable, dando pruebas de una gran resistencia para el trabajo mental. Sus Memorias acerca de la filosofía de Platón y la de Sócrates, fueron premiadas por la Aca­demia de Ciencias Morales y Políticas, de París, y la crítica las ha juzgado como trabajos definitivos por su elevación y profundidad. Su tesis de doctorado, intitulada La liberté et le déterminisme (1873), afianzó su reputa­ción, avalorando sobremanera su ejecutoria científica. El catálogo de sus obras es extenso. He aquí las princi­pales en él contenidas:

Une histoire de la Philosophie; L'idée moderne du Droit en Allemagne, en Angleterre et en France (París, 1878); La science sociale contemporaine (1880); La propriété sociale et la democratie (1884); Critique des systèmes de morale contemporains (1883); La Morale, l'Art et la Religion d'après Guyau (1889); L'avenir de la Metaphysique fondée sur l'Expérience (1889); L'évolutionnisme des idées forces (1890); Temperaments et caractères (2.ª edición, 1895); Le mouvement positiviste et la conception sociologique du monde (1896); Le mouvement idéaliste et la réaction contre la science positive (1896); Psychologie du peuple français (2.ª ed. 1896), La France au point de vue moral (1900); L'esquisse psychologique des peuples européens (1903); Nietzsche et l'immoralisme (1903), y Le moralisme de Kant (1905).

Así como hay filósofos cuyas doctrinas llevan el des­consuelo y la tristeza al ánimo del lector, los hay tam­bién por el contrario, cuyas teorías son atractivas por la simpatía que irradián y los beneficiosos efectos psicoló­gicos que producen, no sólo porque elevan el espíritu a las regiones más puras y serenas, sino porque confortan el ánimo y ofrecen al pensamiento dilatados y sonrientes panoramas. Schopenhauer fué, como es sabido, un filó­sofo huraño y su visión del mundo, pesimista. Consiguió, sí, admiración y fama universales; pero fué, más que por las ideas, por el vigor y la gallardía con que las dió a co-
nocer. La arquitectura de su sistema causó el efecto que siempre producen las obras audaces; mas, considerada en conjunto, su construcción filosófica se ha desmoro­nado en gran parte, porque la pesadumbre y la negrura que proyectó no podía ser duradera, ya que en lo fundamental la doctrina carece de verdadera objetividad. El genio del artista se sobrepuso, deformándola, a la personalidad del pensador.

Fouillée, en cambio, es de esos filósofos que cautivan por su absoluta sinceridad. Ponía siempre el alma en los puntos de su pluma. Acaso por su deseo de expresar constantemente sus ideas tal cual las había concebido, le hiciesen aparecer algunas veces como un tanto contradictorio; pero esto sólo se refiere a ciertos detalles; en lo fundamental puede afirmarse que el célebre filósofo francés no hubo jamás de rectificarse, pues su concepto más original, el de las ideas-fuerzas, palpita en casi todas sus obras.

Alfredo Fouillée era un espíritu independiente, sin otra preocupación que la de trabajar con ahínco para ampliar la esfera de acción de la mente humana. En su obra total se advierte el sello de una personalidad robusta y en toda ocasión demostró una decidida tendencia por el idealismo, considerándolo como derivación de la experiencia. Formóse en el comercio con los grandes filósofos de la antigüedad y en sus cuatro volúmenes dedicados a La philosophie de Platon y los dos que comprende La philosophie de Sócrates, reveló su gran conocimiento helénico. Pero no concretó su estudio a la historia de la Filosofía, sino que sus inquietudes llevaronle a interesarse por la Filosofía de todas las épocas, singularmente la moderna y contemporánea. Su preocupación por los más hondos problemas que afectan directamente a la conciencia humana le llevó a examinar hasta su misma entraña las cuestiones morales, jurídicas y sociológicas. En la Critique des sistémes de morale contemporaine, L'idée moderne du Droit y La science sociale contemporaine muestra Fouillée la generosidad de su temperamento, que le impulsó a sostener críticas y polémicas con algunos de sus contradictores.

En estos libros es en los que se observa de un modo más preciso el fondo de simpatía que caracteriza, por así decirlo, su idiosincrasia. No puede negarse que
Fouillée tenía cierta afinidad espiritual con Víctor Cousin; sólo que lo que en éste era eclecticismo y aburguesamiento, era en aquél sincretismo y fe en el porvenir. El autor de las ideas-fuerzas era, ante todo, un pensador esperanzado y en ciertos respectos un optimista a outrance. Las luchas filosóficas, las controversias ideológicas, levantaron su ánimo y dieron mayor vigor a su espíritu, impregnado de benevolencia. Fué uno de los prototipos del psicologismo armónico. Constantemente, aun en los instantes en que la duda ensombrecía su entendimiento, conservó la posición adoptada desde un principio, por lo que resplandece en todas sus obras su criterio sintético, en el que lo orgánico se funde con lo espiritual; es decir, Fouillée cree firmemente en la posibilidad teórica y práctica de una fusión de los elementos antagónicos o de aquellos que, dado el actual nivel de cultura, aparecen como opuestos.

Fouillée, que ejerció la alta crítica durante algunos lustros en la Revue Philosophique y en otras revistas francesas, mostró siempre una invencible propensión hacia el armonismo, porque estaba convencido de la profunda crisis que atraviesa la Moral. Ante el derrumbarse de todos los dogmas, colocóse en una actitud espectante y en toda ocasión aconsejaba a sus amigos prudencia para abrirse paso por el laberinto de los sistemas. A su juicio, la crítica no debía ser nunca obra demoledora y negativa, toda vez que las distintas creencias morales, aunque en sí mismas harto limitadas, son, sin embargo, útiles en ciertos respectos, porque hallamos en ellas elementos que se complementan, y, aunándolos, nos es posible llegar a una síntesis ulterior y elaborar un sistema personal. La razón de ser de la crítica es que resulte constructiva, único medio de que tenga virtualidad.

El gran filósofo francés intitula uno de sus libros más notables L’avenir de la Metaphysique fondée sur l’Experíence, y en él, con gran discreción, sin incurrir en exageraciones, afirmó más su tendencia armónica a que antes hice referencia. Fouillée amplió el punto de vista de Spencer de hacer compatibles los datos de la experiencia con la Metafísica. A su juicio, ésta no había de vivir en regiones inaccesibles y abstractas, huyendo hacia el ideal, como pretendían Lange y Renan. La corriente meta-
física en este filósofo, como en Wundt, Spencer, Secrètan y Renouvier, tendía a sistematizar la experiencia, de suerte que la consideraba principalmente como un método de investigación relativa y progresiva. En su sentir, este método es fuente inagotable y fértil en nuevas y cada vez más amplias concepciones. Casi toda la filosofía de Fouillée se dirige a considerar a las ideas como fuerzas impulsivas y no como meras representaciones pasivas, porque creía que este era el medio de llegar a una identificación del ideal, como apariencia, con la realidad psicológica y virtual de las ideas.

En *L'evolutionisme des idées-forces* expone así su punto de vista:

“Llamaremos ideas, formas mentales o formas de conciencia, todos los estados de conciencia en cuanto son susceptibles de reflexión y, por reflexión, de reacción sobre ellos mismos, sobre los otros estados de conciencia, y, en fin, gracias al lazo de lo físico y de lo mental, sobre los órganos del movimiento.”

Fouillée fué más lejos en sus afirmaciones, ya que consideró a las ideas, entendidas así, con potencialidad suficiente para convertirse en factores reales, dinamógenos, de la evolución mental, y sus análisis psicológicos le indujeron a pensar que las fuerzas interiores están dotadas de capacidad para reobrar y por su mediación ejercer una influencia en el proceso del Universo. De ahí arranca su concepción original de las *ideas-fuerzas*. Considerándolas en su aspecto dinámico, quiso significar la influencia que la idea puede tener, en tanto que factor, causa y condición de cambio, para otros fenómenos. Para desentrañar la eficacia de los valores ideales distinguía las ideas motrices, aquellas que se infuturan, de las ideas sombras, que no tienen otra consecuencia que el ser meros símbolos o aspectos. Fouillée dió a las *ideas-fuerzas* un poder reobrante y un gran generador de vida real. Su *Evolucionismo de las ideas-fuerzas* tiene toda la profundidad y la Lógica para que pueda disputársele como un verdadero sistema filosófico. Y si examinamos su concepción a través de un riguroso método psicológico, veremos que sus afirmaciones tienen gran trascendencia práctica y un sentido positivo que permite vislumbrar la solución, lo mismo del problema moral que del educativo, ya que las ideas, ade-
más del elemento impulsor, que contribuye a elaborar nuevos estados de conciencia, llevan en sí mismas, en lo esotérico, en lo íntimo, en su contenido, la finalidad. Las ideas están dotadas de un poder lumínico, propio y los rayos de luz que irradian se descomponen, al igual que la luz natural, en múltiples colores, matizando la realidad y dando lugar a un gama cromática en la esfera de la idealidad. Por esto es preciso examinar las relaciones que existen entre las ideas aparentemente contradictorias, pero que en el fondo, no sólo convergen, sino que se compenetran. Las ideas, en tanto que fuerzas, son elementos condicionantes y condicionadores, y por esto es evidente la mutua influencia que ejercen unos y otros. Lo genial en la concepción de Fouillée es la clarividencia con que éste acertó a expresar cuánto influyen las ideas en la producción de las cosas, de qué suerte el progreso de las ideas determina el perfeccionamiento del orden moral y cómo las ideas, a medida que van siendo más expansivas y humanas, trasforman las sociedades.

En su otro libro L'Enseignement au point de vue national estudia la actuación de las ideas-fuerzas como producto de la acción y reacción constantes, no sólo en el individuo, sino también en la colectividad. A este propósito dice con frase muy acertada.

“La potencia de la instrucción y de la educación, que unos exageran y otros niegan, no es más que la fuerza de las ideas y de los sentimientos.”

Y en el mismo libro, algunas páginas más adelante, añade:

“El principio de la lucha por la existencia y de la selección, si se toma esta palabra en su sentido más general, se aplica a las ideas tanto como a los individuos y a las especies vivas; una selección se produce en el cerebro en pro de la idea más fuerte o de la más exclusiva, que arrastra todo el organismo.”

Aunque en todo este libro el aspecto filosófico predomina sobre los demás, es digno de elogio, porque en él desarrolla un vasto plan pedagógico que puede considerarse como magistral por su ordenación y amplitud de miras.

Durante toda su vida, y particularmente en las dos últimas décadas, Fouilleé cultivó con vivo interés, y a
vezes con pasión, las indagaciones sociológicas. En este período escribió la Psychologie du peuple français, que Emilio Faguet califica de excelente, y Esquisse psychologique des peuples européens, que tiene visiones geniales, aunque, desde el punto de vista científico, algunos críticos lo han considerado un tanto endeble. Por lo que atañe a España, resulta un poco superficial, sin duda porque el autor carecía de suficiente información para fundamentar sus juicios respecto a nuestro pueblo. No obstante, en la citada obra hay aciertos en los análisis acerca de Alemania, Rusia, Italia y los países escandinavos. Sus otros libros Eléments sociologiques de la morale y Le Socialisme et la Sociologie réformiste, son dos trabajos curiosos y originales, y, sobre todo, están admirablemente escritos; su prosa es impecable y elocuente.

Si grande fue Fouillée como filósofo—pues, como dice Höffding, continuó en los dominios de la Filosofía los trabajos de Taine—, más grande aún fue como pedagogo y psicólogo, porque en su concepción de las ideas fuerzas, no sólo hay un sistema cerrado, sino una orientación amplísima, donde pueden canalizar todas las iniciativas que tengan un móvil generoso y redentor. De sus esfuerzos valiosos en la esfera del pensamiento es posible que a través de los tiempos sólo quede una mínima parte; pero su apostolado en pro de la acción fundada en los principios de la confianza en hallar aspiraciones y anhelos que satisfagan a la conciencia humana, probablemente será imperecedero. No puede negarse que sus desvelos hallarán la compensación que merecen, si algún día una Humanidad más perfecta acierta a convertirlos en realidad palpitante.

Fouillée, afirma Höffding, dirigió sus esfuerzos a hallar la más grande síntesis posible de la experiencia, completando de tal modo ésta, que el principio de continuidad se mantenga tan lejos como sea posible.

Departiendo años atrás con nuestro insigne filósofo Diego Ruiz, decíamos, refiriéndose al filósofo recientemente fallecido:

"Comparados con Fouillée, todos los demás intelectualistas tienen el aire de haberse rendido; él solo apura las consecuencias. El intelectualismo de Aristóteles cede ante el Acto; el de Platón, ante el Bien; los
intelectualismos modernos se han teñido siempre de afectividad, de voluntad. Pero Fouillée, por su noción de fuerza, insuperable de la idea, ha hecho filosofía sin salir (y sin pasar, porque ya estaba dentro) de la Mecánica. Diríamos, en fin, que Fouillée es el más consecuente de los intelectuales, el más riguroso de método y el más claro y convencido de su sistema.

En efecto; es el filósofo que en la centuria pasada llevó al intelectualismo a sus consecuencias más extremas, sin temores ni vacilaciones y tuvo la inmensa dicha de ver compartidos algunos de sus puntos de vista por un espíritu clarividente y esclarecido como el incomparable Guyau, su discípulo predilecto y una de las almas más puras y anhelantes que ha poseído Francia y con ella Europa entera. En resumen: Fouillée fue un sabio enamorado de un ideal de perfección, al que dedicó su existencia entera con el mayor de los fervores. Fué en todo momento un paladín de los principios de la sabiduría, que elevan y dignifican al hombre, y contribuyó, sin perdonar sacrificio, a formular normas que pueden hacer más sana, más buena a la Humanidad.
WILLIAM JAMES

La personalidad de este eminente filósofo norteamericano ha sido de las que mayor prestigio han alcanzado en Europa. De entre los publicistas yanquis es el que más reputación conquistó a fines del siglo pasado y en los albores del presente. Después de Emerson, Baldwin y John Fiske, es el autor que consiguió extraterritorializar su obra sin recurrir a ninguno de los procedimientos de reclamo que se emplean de ordinario. James era uno de los pedagogos contemporáneos de potencia psíquica más fuerte y vigorosa y está considerado por la crítica como uno de los primeros psicólogos de nuestra época. Puede parangonársele con Th. Ribot, el patriarca del psicologismo francés; con Wundt y Münsterberg, que en Alemania contribuyeron a dar nuevas orientaciones a los métodos psicológicos, y con Guido Villa que en Italia ha ampliado la indagación referida a los problemas del espíritu. James era un espíritu superior, extraordinariamente amplio. Como Wundt, era médico y poseía una vasta cultura moderna. Sus obras asombran por el enorme laboreo mental que revelan. En todas ellas se ve a un eximio estructurador que dominaba la metodología. Su estilo era casi siempre conciso, fresco, insinuante y ameno en alto grado. Tenía el arte exquisito de exponer las doctrinas con frases claras y breves y enfocaba con prodigiosa seguridad los problemas más complejos. Su fama como conferenciante no ha sido superada. Pocos profesores igualaban a James en brillantez y elocuencia. Sus lecciones eran un prodigio de elegancia y de saber. Al decir de algunos críticos ingleses, expresábase con una maestría y una perfección sorprendentes, construyendo los perfo-
Santiago Valenti Camp

dos con rotundidad y sin afectación. Sus disertaciones acerca de la psicología religiosa causaron en Inglaterra viva impresión y a sus cursos asistía un auditorio escogido que al terminar le ovacionaba calorosamente. Diez años atrás toda la alta intelectualidad inglesa desfiló por el aula en que explicaba el profesor norteamericano.

James ha sido el filósofo yanqui que más ruidoso éxito alcanzó en la Gran Bretaña, repercutiendo sus triunfos en toda Europa y en los Estados Unidos. Las principales revistas filosóficas, científicas y literarias dedicaron laudatorios artículos a examingar la portentosa labor de este gran hombre de ciencia, cuya personalidad es múltiple y sumamente complicada. Por sus dotes de indagador, de expositor, de crítico y, sobre todo, por su agudeza de percepción y su espíritu anhelante, puede ser considerado como uno de los más insígnios filósofos contemporáneos. Tan sólo Rodolfo Eucken y H. Höfdding se le asemejan en fuerza constructiva y poder sugeridor, aunque James es más ameno y genial que el primero y menos profundo y científico que el segundo, que en su Historia de la Filosofía contemporánea evidenció poseer una capacidad crítica sólo comparable a la de Lange en su Historia del materialismo. Los triunfos que alcanzó el filósofo yanqui débense en gran parte a su agilidad mental y a su espíritu, más que a la hondura y a la originalidad.

James falleció a últimos de Agosto de 1910 en Crocorua (New-Hampshire), a la edad de 68 años. Desde muy joven mostró excepcionales aptitudes y cursando la carrera de Medicina dio muestras de gran capacidad para el cultivo de las ciencias experimentales. Al terminar sus estudios académicos explicó Anatomía y más tarde Psicología comparada en la Universidad de Harvard, introduciendo nuevos métodos en esta última disciplina. Durante toda su vida sintió una gran afición hacia los estudios filosóficos, los cuales compartió con las investigaciones y los ensayos psicofísicos.

La producción intelectual de James es copiosa. Dejó gran número de obras, entre las cuales sobresalen las siguientes:

*El dilema del determinismo, Racionalidad, actividad y fe, Los grandes hombres, los grandes pensadores y el
Ideólogos, Teorizantes y Videntes

medio, El sentimiento de racionalidad, Inmortalidad humana (Boston, 1898), La característica intelectual del hombre, El sentimiento del esfuerzo, Principios de Psicología (1890), Fases de la experiencia religiosa (Nueva York, 1902), Los ideales de la vida y El Pragmatismo (1907); Un universo pluralista (1909), etc.

Puede decirse que su preocupación principal fue el restaurar en Filosofía la concepción espiritualista. Siguiendo la doctrina de un filósofo norteamericano, Carlos Peirce, poco conocido en Europa, trató de presentar con nuevas fórmulas el idealismo, si bien basándolo en los resultados de la experiencia científica. En este sentido James amplió el punto de vista de Peirce, dando a la doctrina mayor desenvolvimiento, vistiendo con fastuosidad y enriqueciéndola con una terminología abundante y aparatosa. Es indudable que el éxito fácil y rápido alcanzado por las obras de James debióse en cierto respecto a que este filósofo tuvo especial cuidado al elaborar lo fundamental y aun más lo accesorio, de ellas, seriando con maestría los datos y las observaciones recogidas para deducir de unos y otros una resultante en que basar su tan conocida pragmática.

Pero, analizando con alguna minuciosidad los argumentos aducidos en varias de sus obras, descúbrese que, aun los principios más importantes, se apoyan en nociones fragmentarias y en un número de observaciones personales que, aun siendo numerosas y habiendo sido escrupulosamente recogidas, no bastan para constituir un sistema que pueda reputarse como de veras original. Quienes hayan leído con sostenida atención su libro titulado The varieties of religious experience, que es, quizás, el mejor de cuantos escribió, por la elevación del concepto y la penetración psicológica con que inten
ta realizar un amplio estudio acerca de la naturaleza humana, habrán advertido que James trabajó valiéndose casi siempre de los datos que le suministraron los estudios experimentales de investigadores norteamericanos como Starbuck, Leuba, Coe y otros y que, de ordinario, los juicios que formula se resienten del grave defecto de ser reflejo de una psicología esporádica y circunscrita a los habitantes de los Estados Unidos, pues si bien en ocasiones alcanza mayor extensión, su examen se reduce a los pueblos de raza anglo-sajona.
Adviértase asimismo en James, como en Baldwind y Fiske, una tendencia a generalizar el resultado de sus observaciones y a sentar sus juicios con cierta precipitación y apriorismo, que le hace incurrir en exageraciones. En su libro El Pragmatismo, que, como es sabido, obtuvo un gran éxito, desarrolla, descendiendo a detalles, su concepción filosófica. En ella, a la par que se admira el ingenio de James y su ductilidad espiritual, observase cuanto hay de arbitrario en la teoría pragmática, y puede afirmarse que la existencia de la misma está seriamente amenazada y que su eficiencia será muy escasa y tal vez efímera. Marchesini, el ilustre crítico italiano y contradictor de James, acaso acierte cuando señala en su libro Le finzioni dell’anima que cabe presumir que en la historia de la Filosofía el pragmatismo ocupará un lugar secundario.

La idea religiosa de James, o sea el supranaturalismo, es una defensa hermosa y valiente del espiritualismo, cuyos fueros pretende reconquistar. Es un brillante alegato en pro de la vuelta a una concepción idealista del Universo y de la conciencia. James se esfuerza en dar a sus afirmaciones un valor demostrativo; pero sólo en contadas ocasiones logra aportar elementos suficientes para atestiguar con hechos comprobados, los principios que le sirvieron de orientación y merced a los cuales asegura solemnemente su íntima convicción de la existencia de una causa sobrenatural. El espiritualismo que flota en las doctrinas de James y de sus discípulos es un tanto endeble, toda vez que considera como experiencia religiosa lo que acaso sólo sea un mero imperativo cordial para los espíritus cultos y que, en realidad, no tiene otro nombre que éste: la fe, que ha sido siempre una cualidad característica de las almas sencillas.

Sería, sin embargo, injusto restar, como lo han intentado algunos críticos, a William James sus grandes cualidades de expositor claro y brillantísimo. Fué evidentemente uno de los filósofos que en nuestra época tuvieron más poder fascinador, sin duda, porque acertó a dar a su estilo la movilidad indispensable para remover las ideas y apoderarse de la atención de los lectores. Como escritor ha de convenirse que llegó a las altas cumbres y que su fantasía era extraordinaria. Aun
los menos competentes hallarán en la lectura de los libros de James un íntimo goce y confortamiento.

Su libro de más trascendencia, el en que revela mejor su modo especial de apreciar los problemas morales y religiosos con un método peculiar, original y subjetivísimo, es *El Pragmatismo*, ya citado, en el que formula su credo, definiéndolo con amplitud y sin omitir detalles. En esta obra concretó los distintos puntos de mira que había expuesto en libros anteriores, ensanchando considerablemente sus principios teóricos y aportando ejemplos inducidos de sus prácticas en el laboratorio, en la clínica y en la mesa de disección. Aunque en la concepción filosófica de James predomina, en ciertos aspectos, el elemento inductivo, éste queda un tanto ahogado por un teoricismo algo alambicado, debido tal vez a la excesiva sutileza del filósofo.

James, al condensar sus ideas, quizá se dejó llevar, en este libro, por lo que pudiéramos llamar el afán de constituir un sistema propio. Como doctrina, el pragmatismo ha sido muy discutido y es probable que lo siga siendo durante muchos años, porque la tesis sentada por el filósofo yanqui merece un examen circunspecto, ya que en el fondo contiene no pocos aciertos al lado de errores manifiestos. Sin embargo, no ha llegado aún el instante de formular un juicio definitivo respecto a este libro, que es el más personal de cuantos escribió. Pero, cualquiera que fuere el juicio de la posteridad, no es probable que niegue a James un lugar preeminente en la historia de la Filosofía contemporánea, pues fue, y esto es indiscutible, uno de los más tenaces renovadores del pensamiento en la época actual. Algunos de sus libros quedarán como modelos, porque flota en ellos una gran parte de las palpitaciones del espíritu de nuestra época, unas veces iconoclasta y dominada otras, por el neo-espiritualismo, que trata de presentar, dentro de nuevas fórmulas, el misticismo.

Los aspectos en que James merece ser estudiado con más detenimiento, son como psicólogo y como educador. Llevó a la Pedagogía un profundo sentido de modernidad. Sus consejos a los maestros y a los alumnos, impregnados de amabilidad y ternura, evidencian un profundo conocimiento del dinamismo psíquico en los niños y en los adultos. *Los ideales de la vida* es un libro pri-
moroso que tiene un extraordinario valor didáctico y que contribuyó poderosamente a infundir en la enseñanza las nuevas modalidades que preconiza el experimentalismo, desterrando los viejos doctrinarismos pedagógicos, que tantos perjuicios han ocasionado en todas las naciones.
ROBERTO ARDIGO

La vida de este egregio filósofo es sumamente interesante, digna de un análisis psicológico, porque en muy contados pensadores contemporáneos existió, como en Ardígó, una total equivalencia entre el pensamiento y la conducta. Ardígó consagró su actividad entera a la Ciencia, sacrificando por ella todas las ventajas inherentes a la alta categoría social que había conquistado en la Iglesia. Al trazar su perfil biográfico sólo podremos dar un esbozo de su obra portentosa.

En su figura se observaban todos los caracteres de una potencialidad robusta y enérgica, de un temperamento vigoroso.

Nació este ilustre portavoz del positivismo italiano en Casteldidone (Cremona) el 28 de Enero de 1828, siendo el mayor de cinco hermanos.

En su mocedad fué educado religiosamente por su madre. En 1848 ingresó en el Seminario de Milán, en el que había obtenido una plaza gratuita, cursando el primer año de Teología. En el propio año trasladóse a Mantua, en cuyo Seminario terminó los estudios teológicos. Y en 1851 se ordenó de sacerdote.

La salud de Roberto Ardígó, en su mocedad, fué endeble. Padeció fiebres tercianas y más tarde, trastornos gástricos, que pusieron en peligro su vida.

Cuando estudiaba el quinto curso en el Gimnasio o Instituto fué atacado de viruelas. Uno de sus biógrafos afirma que las perturbaciones gástricas y nerviosas las sufrió hasta 1881. A este padecimiento atribuye Marchesini la profunda tristeza que agobió al filósofo durante un largo período.
En 1854 obtuvo un puesto en el Instituto de Teología sublime de San Agustín, en Viena, para alcanzar la láurea doctoral.

Pero enfermó súbitamente y hubo de regresar a Mantua. En 1863 fué nombrado canónigo de la catedral de esta última ciudad, alternando las funciones propias de su cargo con la enseñanza en el Seminario. Posteriormente ejerció el profesorado en el Gimnasio y en el Liceo, más tarde en el Instituto Técnico explicando Latín, Italiano, Griego, Historia, Geografía, Estadística y Aritmética. Sus superiores le encargaron la explicación del Evangelio, lo que realizaba con devoción y humildad. En 1864 le fué confiada la enseñanza de la Filosofía y en 1866 se presentó ante la Universidad de Padua para sufrir el examen de habilitación ante la Junta permanente de enseñanza en Gimnasios y Liceos. En 1871 abandonó la carrera eclesiástica, decisión la más culminante de su vida, y que fué determinante de su posición filosófica. Permaneció en el Liceo de Mantua, dedicado por completo a la enseñanza, hasta 1881, en cuyo año Guido Baccelli, entonces ministro de Instrucción pública, haciendo honor a sus altos merecimientos, le nombró catedrático de Historia de la Filosofía en la Universidad de Padua. El 11 de Febrero leyó un discurso proemial y a fines del propio año fué nombrado profesor numerario, cargo que desempeñó sin interrupción hasta poco antes de morir.

La narración de las causas que le decidieron a abandonar los hábitos sacerdotales, cuando sintió flaquear la fe, demuestran el temple de ánimo y la sinceridad con que siempre procediera el venerable Ardigó. En Marzo de 1869 leyó un discurso en el Instituto de Mantua, con ocasión de la fiesta académica anual de aquel establecimiento docente, siendo su trabajo un estudio acerca del filósofo Pedro Pomponazzi, cuya semblanza y análisis de sus obras trazó magistralmente. Ardigó, inmediatamente después de haber leído su discurso, lo publicó íntegro, produciendo un doble efecto de admiración y de disgusto; de admiración entre los elementos librepensadores; de disgusto entre los eclesiásticos. Puede decirse que en aquella ocasión Ardigó se superó a sí mismo.

Los ultramontanos se mostraron implacables con él,
a pesar de las gestiones conciliatorias llevadas a cabo por Monseñor Martini, que sentía por Ardigó un cariño paternal.

El ilustre filósofo italiano abandonó la Iglesia católica porque no quiso plegarse, primero, a las indicaciones y más tarde, a los requerimientos, de la Curia romana, que pretendía que rectificara los juicios emitidos en su discurso. Por lo mismo que fue siempre un espíritu sutil, entusiasta como el que más de la tolerancia y respetuoso con todas las creencias honradamente profesadas, comprendió que dentro de la Iglesia católica el sentimiento de independencia era incompatible con la rigidez del dogma. Y se encontró en la disyuntiva de decidirse por la Ciencia, a la que le llevaba su anhelo de investigador, o por la devoción religiosa, que de infundiera su madre en la infancia. Y Ardigó, tras una crisis espiritual dolorosa, decidióse por abandonar la Iglesia; y dignamente, sin jactancias, en un documento admirable por la sinceridad de juicio que en él resplandece, declaró solemnemente que se alejaba para siempre del catolicismo.

Ardigó fue constantemente un prototipo de virtud; entre su pensamiento y su vida jamás hubo solución de continuidad, Nadie puede desconocer esta cualidad suya, puesto que en todos sus libros flota el ansia de lograr que en la vida nos comportemos conforme a nuestros ideales. Ardigó era un raro ejemplo de altruismo, de modestia. Jamás olvidará el que esto escribe la vivísima impresión que experimentó al visitar al octogenario profesor en un atardecer del mes de Mayo de 1906. Fué en su misma casa donde Ardigó me dispensó el honor de recibirme, una sencilla casa de un barrio extremo de Padua, donde vivía con la única compañía de una fiel sirviente. En el transcurso de la conversación pude percatarme de la sinceridad con que el maestro había trazado su propio perfil en su libro La morale dei positivisti.

Realmente en el hombre resplandecían la serenidad de juicio, la profundidad de pensamiento y el tono elevado, noble y acaso solemne de sus obras. La figura de Ardigó era de las que cautivan desde los primeros momentos. Cuando hablaba, su cara, de ordinario pálida, adquiría una súbita coloración y sus ojos azules, aparen-
temente apagados, tenían un brillo extraordinario. Se expresaba con calor, acompañando a la palabra, que era recia, un ademán enérgico, revelador de una indómita voluntad. Sus luengas y rizosas barbas, que destacaban del traje negro que vestía diariamente, daban al semblante una expresión patriarcal. Su frente, ancha y espaciosa, los años y el sufrimiento la surcaron de arrugas.

Por su aspecto, recordaba Ardigó a los obispos italianos del Renacimiento. Sin embargo, ni en sus libros ni en su trato se advertía la más mínima reminiscencia del eclesiástico. Era naturalmente, sin esfuerzo, un espíritu libre, inquieto, en quien el afán científico, la búsqueda de la verdad, anuló por completo al hombre confesional. Sólo le quedaba de su pasado la sencillez, el desprecio de los honores y el dinero, la verdadera humildad evangélica. Sentía un gran amor por los libros y, singularmente, por los de los grandes maestros del positivismo. Conocía a la perfección los obras de Spencer, de las que recitaba párrafos enteros de memoria. A pesar de sus años, seguía al día el movimiento filosófico europeo. Todas las mañanas, invariablemente, dedicaba dos o tres horas a la lectura, y cuando escribía lo hacía siempre con la pipa en la boca, perdida en la maraña de sus largos bigotes, pues, a pesar de sus achaques y de la prohibición de los médicos, seguía siendo un empedernido fumador.

En Padua gozaba Ardigó de una gran popularidad. Incluso los niños le conocían y le llamaban il vecchio filósofo. Cuando discurría por la calle todo el mundo se descubría respetuosamente, viendo en el maestro a una de las más legítimas glorias de Italia.

Pero Ardigó no sólo era admirado en Padua y en la región veneciana, sino en toda la península. De los publicistas italianos no literatos, los más conocidos, aquellos cuyas obras han tenido mayor número de lectores, son, sin duda, Lombroso, Mantegazza, Barzelotti y Ardigó. En 1898, al cumplir éste los 70 años, la ciudad de Mantua le nombró hijo predilecto, y la de Padua celebró el aniversario con gran solemnidad. El escultor Ramazzotti esculpió un hermoso busto en bronce del maestro, con la siguiente inscripción: Verum ipsum factum, que es la fórmula de su positivismo.

En aquella ocasión Alejandro Groppali y G. Mar-
chesini, sus discípulos predilectos, organizaron un homenaje consistente en la publicación de un libro titulado *Del 70.° anniversario di R. Ardigò*, que contiene notables trabajos, de índole filosófica en su mayor parte, firmados por G. Negri, el célebre historiador; G. Tarozzi, el gran pedagogo; Aquiles Loria, el más famoso economista italiano; Fernando Puglia, el insigne y malogrado jurista siciliano; G. D’Aguanno, el reformador del Derecho civil italiano; G. Ferrero, el historiador de la grandeza y decadencia de Roma; E. Ferri, el sociólogo y ex agitador socialista; G. Sergi, el célebre antropólogo, y G. Fanno, A. Faggi, V. Benini, G. Dandolo, etc. Este volumen es interesantísimo, porque se estudia en él la obra total de Ardigò en sus distintos aspectos y en detalle.

Otros actos de menor importancia se realizaron con motivo del homenaje, que constituía un verdadero plesbiscito, al que se asociaron todos los hombres de valer de Italia. Y no podía ser de otra manera; el alma italiana entera se conmovió ante la magnitud de la obra filosófica que representa la vida del insigne profesor, que era toda ella pensamiento.

Una de las causas, acaso la principal, de que Ardigò dejara los hábitos sacerdotales fue que la meditación de los datos concretos que la observación y la Ciencia le prestaban demostraronle la imposibilidad de explicar los fenómenos del Universo dentro de la concepción católica. Décilame Ardigò, en una de nuestras conversaciones, que las primeras dudas surgieron en su espíritu cuando se dedicaba a la enseñanza de la Historia, la Geografía y la Aritmética, en que, llevado del deseo de ampliar las nociones acerca de estas materias, cultivó la Física y la Zoología, estudiando las obras de algunos naturalistas, entre ellos, Lamarck y Darwin.

—Fue entonces —añadió— cuando sentí que todas mis creencias religiosas se desplomaban al rudo embate de la verdad científica, resurgiendo mi espíritu iluminado por una nueva fe, la fe racional.

Para Ardigò la intelectualidad era el fin más atractivo de la vida. En su labios se advertía una gran efusión, su alma entera, dedicada a buscar siempre una última consecuencia a los problemas.
En su personalidad no hicieron mella ni la edad ni los quebrantos de salud. Continuaba su trabajo con la misma agilidad de pensamiento que cuarenta años antes. Produjo un sinnúmero de libros admirables, en los que condensó todo un período histórico de la Filosofía y en los que existen los gérmenes ideales del porvenir. Las reflexiones de Ardigó son profundas y reveladoras, no sólo de gran cultura, sino también de un poderoso impulso personal. De suerte que su pensamiento, además de una concentración ideológica, tiene siempre una indudable originalidad. De ahí que críticos de todas las escuelas, después de discutir su sistema, lo hayan considerado como una obra digna de elogio, porque está siempre animada por el colorido y el sentimiento de la individualidad.

Todo es característico en Ardigó: la manera de investigar; la técnica especialísima con que estructura sus libros; la penetración psicológica y el estilo literario, pulcro, correcto y grave.

El genial poeta Carducci saludaba a Ardigó en los siguientes términos:

“El ingenio más severamente fuerte y más fuertemente nutrido, del que se honra hoy en Italia la filosofía positiva, no vulgarmente y cómodamente ascética.”

La vida de Ardigó es una verdadera escuela en la que podrán aprender cuantos deseen de veras ser fuertes y cultos.

La doctrina filosófica del valor del hecho cuenta en Italia con una tradición gloriosa. Pomponazzi, Leonardo de Vinci, Telesio, Giordano Bruno, Tomás Campanella y Juan Bautista Vico fueron los iniciadores insignes de la escuela filosófica positiva italiana, que en Roberto Ardigó escala las altas cimas del pensamiento. Esta corriente filosófica adquiere el máximo relieve en Ardigó porque éste llevará su indagación psicológica hasta los últimos límites y después de un estudio riguroso del hecho consigue, por medio de la prueba y contraprueba, establecer la evidencia científica.

Es indudable, digan lo que quieran los neo-idealistas, que al positivismo se debe el resurgimiento actual del pensamiento en todas las esferas. El éxito colosal obtenido por los estudios bio-químicos ha trascendido a todos los órdenes de la actividad mental, multiplicando
los elementos del conocimiento. Como método, el positivismo ha constituido el mayor triunfo de la psiquis humana. Ardigó, en sus geniales esbozos de la filosofía de la Naturaleza, amplió considerablemente el realismo positivo. A partir de su libro *Pietro Pomponazzi* —que, como es sabido, vió la luz por primera vez en 1869— sentó la tesis de que el principio de la libertad de la razón es la piedra de toque del resurgimiento e inspira la concepción monista de la Naturaleza y del espíritu, a la cual debe la mente contemporánea su mayor expansión, puesto que es una visión positiva científica de la que emerge la evolución misma del pensamiento como hecho inconscuso.

La segunda contribución de Roberto Ardigó es su libro *La Psicología come scienza positiva*, que apareció por primera vez en 1870 y puede considerarse como una introducción a los sucesivos volúmenes, pues contiene en esquema los principios fundamentales que más tarde Ardigó expuso extensamente. En este libro traza las líneas generales del método que, a su juicio, debía seguirse en el estudio del pensamiento humano para llegar a obtener un conocimiento científico. Híllase dividida esta obra en cinco partes, que llevan los siguientes títulos: *La cognizione scientifica, La materia e la forza nelle science naturali, Lo spirito e la coscienza in Psicologia, Il metodo positivo in Psicologia y La Psicologia positiva e il problemi della filosofia*. En la primera parte precisase el concepto de la ley como semejanza de hechos y el concepto de ciencia, no de esencia, sino de los fenómenos. En la segunda parte remarcá el principio de que los hechos son el punto de partida y la base inmutable de la ciencia por el análisis de los conceptos de fuerza y materia y de sus relaciones. En la tercera parte discute el concepto metafísico del sujeto de los fenómenos psíquicos y fija la noción positiva del yo y del no yo, especialmente en lo que concierne a la demostración de la naturalidad del hecho de la conciencia. En la cuarta parte analiza el principio de que los hechos y, por lo tanto, la observación de los mismos son el instrumento propio de la Ciencia y explica extensamente la aplicación, teniendo en cuenta el método con que deben ser estudiados los fenómenos psíquicos. Ardigó avalora en su análisis el método de la observación
introspectiva, inseparable de la concepción positiva del sujeto psíquico. Expone la teoría monista del principio psicofísico y fija, por último, las bases de la psicología positiva frente a las de la metafísica. En la quinta parte aporta nuevos puntos de vista acerca del concepto antes enunciado de la realidad psicofísica e indica los fundamentos sólidos del positivismo con relación al idealismo y al materialismo, tanto por lo que se refiere al problema gnoseológico como por lo que concierne al problema moral. Contiene, además, el libro algunas notas que ilustran con citas las doctrinas expuestas en el texto, ampliándolas con nuevas consideraciones.

El volumen segundo de las obras completas de Ardigó contiene su notable estudio intitulado La formazione naturale nel fallo del sistema solare. Este es uno de los libros del ilustre filósofo que ha alcanzado mayor éxito. Su plan es vasto y todo él gira en torno a la formación histórica de las ideas vulgares de Dios y del alma. En él delinea Ardigó la teoría general de la formación natural e indaga y comprueba las distintas concepciones de la realidad. Hállase dividida en seis partes. En la primera pone de manifiesto lo que es el sistema solar según los datos de la Ciencia. En la segunda afirma que el sistema solar es una formación obtenida mediante la distinción. En la tercera se declara partidario de la naturalidad del origen del sistema solar. En la cuarta expone su creencia de que el sistema solar, como todas las cosas, está sujeto a las leyes de la muerte. En la quinta sustenta el concepto de que la inteligencia, respecto al orden de las cosas, no es causa, sino efecto. Y en la sexta glosa los conceptos expuestos en la cuarta.

En la revista Rassegna critica, de Nápoles, que dirigió el malogrado profesor A. Angiulli, vió la luz por primera vez el estudio titulado L’Incognoscibile di H. Spencer e il Positivismo, en el que Ardigó demuestra lo erróneo de la concepción del filósofo inglés, contraponiéndole de un lado lo ignoto y de otro lo indistinto.

Otra Memoria notable de Roberto Ardigó es La Religione de T. Mamiani, en la que aquél hace una bella exposición y una glosa de la noción positiva del hecho religioso, rebatiendo la interpretación que había dado Mamiani al fenómeno religioso.

Pero donde más se admira la visión certera de Ardigó...
gó es en Lo Studio della Storia della Filosofía, libro en el que traza las líneas de las leyes de la evolución natural del pensamiento y pone de relieve la importancia que reviste el conocimiento de la Historia, singularmente en cuanto dice relación con la Ciencia y la Filosofía. Este estudio es la prelación que leyó Ardigó en la Universidad de Padua en 1881 y uno de los trabajos que más afianzaron su reputación ante el mundo docto.

La Morale dei Positivisti es, sin duda, la obra de Ardigó más conocida, la que ha dado lugar a mayores controversias y acaso también sea la en que mejor se transparenta el pensamiento del ilustre filósofo. En el libro primero desarrolla su teoría general y hálase dividido en tres partes. En la primera se ocupa del conocimiento, en cuanto hace referencia al querer, estableciendo el principio de la impulsividad de la idea, y su conexión con el hecho moral, en la Naturaleza y en la convivencia social. En la segunda parte explica su concepto de la índole del hecho volitivo en contraposición a la teoría del libre albedrío, sustentada por los metafísicos, y determina el concepto positivo de la autonomía. En la tercera parte define la moralidad y desenvuelve con amplitud el hecho moral, que para Ardigó reviste un carácter natural, exponiendo su punto de vista acerca de la idea
dad en cuanto concierne al derecho, y, por último, se ocupa del egoísmo, de la impulsividad de los ideales sociales, de la posibilidad de la moral sin la religión y de la responsabilidad y de la sanción moral.

Este libro, escrito todo él en un estilo cortado, casi aforístico obtuvo un gran éxito, habiéndose hecho de él varias ediciones en la última de las cuales introdujo el autor importantes modificaciones.

Otro de sus libros más notables es La Sociología, que en un principio constituía la última parte de La Morale dei Positivisti. Está dividido en cinco capítulos, a saber: el poder civil, la justicia, la autoridad, el orden moral y el poder social. La originalidad de esta obra consiste en que sólo se estudia en ella lo fundamental de la sociología, que para Ardigó es la formación natural del hecho característico del organismo social o sea de la justicia.

Sus libros Il vero, La ragione y L'Unità della coscienza vieron la luz, respectivamente, en 1891, 1894 y 1898.
constituyen una trilogía. En el primero, expone la teoría de las ideas y trata detalladamente del proceso genético de la idea de espacio, de la formación del yo y del no yo y del sentimiento. En el segundo, examina la asociación de las ideas, el valor de la experiencia del razonamiento, la naturaleza del juicio, de la razón y de la ciencia. Y en el tercero—que por haber sido escrito cuando Ardigó contaba más de setenta años algunos de sus biógrafos lo llamaron el testamento filosófico del maestro—resume con nuevas aplicaciones y nuevos desenvolvimientos la doctrina expuesta o enunciada en todos los anteriores. Es este un libro fundamental de la concepción ardiguiana en el que se estudia la continuidad del pensamiento y demuestra cómo la meditación es una repetición rítmica siendo al mismo tiempo una y múltiple. Expone la teoría fisio-psíquica de la confluencia mental y afirma la unidad de la conciencia, distinguiendo la unidad positiva de la unidad metafísica, así en el mundo de la idea como en la Naturaleza.

El punto de vista filosófico de Ardigó ha sido muy discutido por los idealistas; pero lo fundamental de su concepción ha resistido los embates de la crítica.

En otros respectos L’Inconoscibile di H. Spencer e il Noumene di E. Kant es también un libro admirable por la valentía y el vigor lógico que revela Ardigó al demostrar la insostenibilidad de ambos conceptos.

Posteriormente Ardigó escribió un sinnúmero de ensayos, artículos y notas, cuya enumeración es imposible en un breve ensayo como el presente. En todos estos trabajos afirma el maestro su modo peculiar de apreciar los problemas psicológicos, éticos, religiosos y sociales.

De todos los libros de la última época de Roberto Ardigó destaca el titulado La scienza dell’educazione, que apareció en 1893 y que, por fortuna, ha sido traducido al catellano. Constituye esta obra una honda indagación en la esfera de las cuestiones pedagógicas, llevada a cabo con perspicacia y serenidad. Afirma Groppali que en este libro Ardigó, más que por su cultura, dejóse llevar por su intuición, y que supera por su valor metodológico y por lo certero de sus inducciones a los tratados de Spencer, Bain, Angiulli, Mannheimer, Paulsen y otros.

Ardigó acertó a sistematizar la pedagogía científica de
un modo genial y su teoría fisio-sociológica es un acabado examen de la educación.

Y ahora, ofrezcamos al lector un esbozo del sistema filosófico del insigne maestro italiano y de los juicios que ha merecido de los principales críticos que, a pesar de las objeciones que han formulado a algunas de las teorías de Ardigó, convienen en considerarle como el filósofo latino que ha llegado a una concepción más original y armónica.

Cuantos hayan leído *La Morale dei Positivisti* no olvidarán, seguramente, las hermosas páginas en que Ardigó explica su conversión. Ellas revelan la grandeza moral del hombre y constituyen un curioso y edificante documento para la historia de la mente contemporánea. La evolución del pensamiento del filósofo italiano es, en ciertos respectos, parangonable con la del gran historiador Ernesto Renan. Pero en Ardigó toda la potencialidad psicológica se dirige a enaltecer la obra científica sin vacilaciones ni reservas. Estudiando la labor intelectual de Ardigó, puede afirmarse que su conversión no fué debida a ninguna imprevista circunstancia; antes al contrario, ya que desde sus primeros ensayos se transparenta en los mismos una vocación por la Ciencia, que fatalmente había de sobreponerse a las costumbres inveteradas.

El proceso psicológico de Ardigó obedeció a un estímulo interno que le inducía a razonar, llevando su análisis psicológico hasta las ulteriores consecuencias. Acaso su decidida y resuelta vocación por la Ciencia le libró de caer en el elegante escepticismo en que se encerró Renan. Ardigó cambió la propia orientación de un modo definitivo porque su temperamento enérgico y constructor necesitaba llevar a cabo algo más que un acto de mera protesta en contra de un credo religioso determinado, como el catolicismo. Más que un crítico implacable y frío, fué siempre un apasionado y entusiasta propulsor de la concepción laicista, a la cual dió un contenido sustantivo con su doctrina filosófica del monismo positivo, admirable construcción que sorprende por la armonía de sus proporciones y por la grandiosidad ideológica.

Ardigó que había nacido y se desarrolló en un ambiente religioso, conservó en lo íntimo un gran fervor por todo lo que puede significar ampliación del horizonte mental. En los últimos años puede decirse que era un antípoda
de lo que fué en su mocedad. Durante más de medio siglo no cesó de avanzar, de suerte que cada uno de sus libros constituye un progreso respecto de los anteriores. En Ardigó no se sabe que admirar más: si la nobleza y austeridad de su conciencia y la presencia de ánimo que demostró durante el curso de la crisis de sus convicciones, o su perseverancia y gallardía en la indagación hasta llegar a su concepto de la perennidad del positivismo. Tal vez por haber sido un caso pocas veces igualado de la confianza en sí mismo de que nos habla Emerson, se libró de la ironía y del diletantismo, que fueron las características de la última época de Renan. Y es que por encima de todas las crisis del espíritu existen en el individuo las cualidades nativas que, más tarde o temprano, se desenvuelven y a la postre se imponen al individuo. Dice Gaetano Negri, que el pensamiento de Ardigó había quedado sepultado en los subterráneos de la catedral gótica de la escolástica y que sólo a su audacia se debe el haberlo descubierto y dado a la luz.

Realmente, lo más admirable en el anciano filósofo italiano era la autoconciencia, que le permitió descubrirse a sí mismo. El pensador que en él había latente y que por espacio de muchos años estuvo oculto bajo el teólogo cristiano pudo, por fin, manifestarse tal cual era hasta llegar a anular al eclesiástico, sin imprecarle, más bien teniendo para él un piadoso olvido. Poco a poco fue esfumándose la personalidad del teólogo hasta desaparecer, y entonces sobrevino el hombre de ciencia, libre de todo prejuicio y dispuesto a la investigación como objetivo fundamental de su existencia.

Ardigó llegó a ser un filósofo genial, precisamente porque se consagró por entero a la objetividad que preconiza la Metodología científica y sin titubeos ni desfallecimientos investigó en todas las esferas del saber, cultivando las ciencias experimentales, desde la Física hasta la Biología, las ciencias exactas y, por último, las disciplinas religiosas, morales y sociales. La concepción monista de Ardigó, a la que le llevó la filosofía del positivismo, depurada en los errores comtianos y del dogmatismo spenceriano, está acorde con los últimos datos que las conquistas científicas reputan como inequívocos. Si se considera grande la obra de Herbert Spencer, más grande, porque es más amplia, debe
considerarse la de Ardigó. La obra del filósofo inglés tiene innegable valor; pero ha de convenirse en que es predominantemente expositiva. En cambio, la de Ardigó es casi siempre interpretativa. La doctrina del filósofo italiano, que ya ha adquirido en el mundo doctrina la consideración que merece, tiene directamente a dar a la labor científica toda la importancia que reviste para interpretar el problema cosmológico en su integridad y claro es también que aquel que afecta a la conducta moral. La ética ardiguiana es, sin disputa, la que preconiza la moral más pura, porque es la más persuasiva de las teorías expuestas en los últimos treinta años y puede sintetizarse así: es la Moral basada en el altruismo como suprema idealidad.

La concepción de Ardigó tiene cierta conexión con la del sociólogo y general austriaco Gustavo Ratzenhofer, casi desconocida en España, y en otro respecto recuerda el filósofo italiano al definidor de la Psicofisiología, el tratadista Fechner. Entre los positivistas es indiscutible que el sabio profesor de Padua ha sido, no solo el más consecuente, sino el que ha dado a esta doctrina un mayor desenvolvimiento, depurándola de los apriorismos que en la primera época la desvirtuaron en parte. Además fué el portavoz y el nombre más autorizado que ha tenido la escuela, no solo en Italia sino en Europa entera. Marchesini, en su libro *La vita e il pensiero de Roberto Ardigó*, afirma que la filosofía de éste podría con mayor propiedad llamarse Positivismo radical.

Ar digó en Italia, como Wundt en Alemania y en ciertos respectos Francisco Giner en España y Fouillé en Francia, significó una corriente ideológica en las distintas esferas de la actividad psicológica. El venerable maestro italiano ejerció un extraordinario influjo durante medio siglo entre la juventud escolar universitaria.

Puede decirse que todo el movimiento intelectual que se desarrolló después de la Unidad italiana y que más tarde dio lugar al desenvolvimiento actual en sus múltiples aspectos, tales como la Pedagogía, las Ciencias Sociales, el despertar del socialismo y la organización obrera, se deben en buena parte a la influencia que en la opinión general del país han ejercido Ardigó y sus discípulos. Nuestro eximio Dorado Montero, en su libro *El positivismo en la ciencia jurídica y social italiana*,
puso de manifiesto hace más de treinta años lo que representaba Ardigó en varias disciplinas científicas y especialmente en la Filosofía del Derecho. Puede afirmarse que todos los espíritus reformistas y revolucionarios, en el sentido científico, y en general cuantos hombres han colaborado en la obra de afianzar la Unidad italiana, fueron discípulos de estos tres hombres insignes: Pedro Ellero, César Lombroso o Roberto Ardigó. Es esta una verdad que no dejarán de reconocer, seguramente, cuantos conozcan al día el desenvolvimiento del pensamiento italiano contemporáneo. Aquellos tres nombres representan tres matices, perfectamente diferenciados, de la mentalidad italiana; pero, a pesar de las diferencias que existen entre las tres escuelas que encarnan Ellero, Lombroso y Ardigó, han tenido éstos un punto de vista común: el trabajar con desinterés y entusiasmo por abrir nuevos horizontes a la didáctica, acomodándola a las exigencias de la época. Ellero en el Derecho—y singularmente en el Penal y en lo referente a la prueba por indicios—y en la Economía Política; Lombroso en la Antropología criminal, la Psiquiatría y la Medicina legal, y Ardigó en la Psicología, la Educación y la Sociología, simbolizan las tres grandes figuras que, convirtiendo sus cátedras en verdaderos laboratorios de ciencia, han dado a la tercera Italia una pléyade de hombres ilustres que hoy van a la vanguardia de la cultura europea y no sólo han enriquecido a su patria, dignificándola y haciéndola fuerte, sino que han extraterritorializado también la producción intelectual italiana, colocándola al mismo nivel de la inglesa, la alemana y la yanqui.

Ardigó, ya cumplidos los ochenta y cuatro años, publicó el volumen XI de sus obras filosóficas, en el que reunió sus últimos trabajos, que ponen de relieve sus dotes características: vigor mental, flexibilidad de espíritu, profundidad de pensamiento y diafanidad en la exposición. ¡Feliz el hombre que llegó a la senectud pudiendo ver cómo fructifica la semilla por él lanzada tras tantos y tantos años de lucha y abnegación! El venerable apóstol del positivismo (1) fue uno de esos casos poco frecuentes dignos de figurar en el interesante libro de Jean Finot La Philosophie de la longévité.

(1) Ardigó se suicidó hace dos años, en un acceso de delirio senil.
A este escritor suizo, que fue un poeta esclarecido y un filósofo muy complejo, le han denominado algunos críticos “una gran alma trágica”. Y, realmente, no puede ser más acertada la denominación. Amiel sufrió durante su existencia una serie interminable de preocupaciones que angustiaron su espíritu, presa del morbo sutil, del lirismo de estudio, por lo cual le calificaron también de enfermo del ideal. Como tantos otros hombres superiores, el malogrado escritor ginebrino estuvo casi constantemente bajo la influencia de ese terror vago que hace mella aun en los temperamentos más fuertes y vigorosos.

Amiel, que era un hombre generoso y que había vivido siempre alejado de la vida rumorosa, encerróse en sí mismo y sintió intensamente los sufrimientos que aterrorizan a los grandes caracteres cuando, tras una rúmía mental de años y lustros, se convencen de que se encuentran en una absoluta soledad ante el drama de la existencia.

Se ha dicho de Amiel que fue un hombre que desconfiaba de todo y que recogiéndose en el silencio de su gabinete de trabajo, entregábase a una meditación intensa, sin llegar a comprender los irrefrenables impulsos que agitan y conturban a la conciencia contemporánea.

Se ha dicho también que puede ser considerado como el mayor de los hermanos de muchísimos espíritus superiores que carecen de aptitud para compenetrarse con la realidad de la vida práctica, porque la enorme exuberancia mental les lleva a crearse una abstracta vida.
en que los fantasmas internos ocupan el lugar que de-
bieran tener las representaciones objetivas.

Como filósofo, Amiel fue poco conocido; como poeta
se le calificó injustamente de mediocre, y hasta hace
treinta años la alta crítica no hizo justicia a los posi-
tivos méritos del pensador, que murió en 1881, en la ciu-
dad de Ginebra, obscuramente y casi ignorado de sus
propios conciudadanos. En España apenas se le conoce.
Salvador Albert, el exquisito poeta y distinguido publicista
catalán, le ha dedicado, recientemente, un notable y primo-
roso estudio crítico, que contiene datos y juicios que revis-
ten extraordinario valor y contribuirán en no escasa medi-
da, a reconstituir la personalidad del desventurado pensa-
dor helvético.

Enrique Federico Amiel era descendiente de una fa-
milia frances que cuando el edicto de Nantes buscó re-
fugio en la República Helvética. Desde mozo dijo rele-
vantes pruebas de sus excelentes cualidades para el es-
tudio, por lo cual sus padres le enviaron a Alemania a
cursar Filosofía. Fue alumno de la Universidad de Heidel-
berg primero y poco después de la de Berlín, terminando
su carrera en 1859. Al regresar a Suiza en 1853 fue nom-
brado profesor de Estética y después de Filosofía, en la
Academia de Ginebra. A partir de esta época, Amiel
consagróse por completo a la vida interna, sin otro pro-
pósito que el de dar forma a las inquietudes que agita-
ban su espíritu.

Como filósofo, su pensamiento fluctuó constantemente
y jamás supo librarse de una indecisión que le impidió
hacer una obra definitiva. Alma compleja como pocas,
la suya vació constantemente, presa en la red de hipó-
tesis antagónicas que se han formulado acerca del mis-
terio de la Vida y del Universo. A pesar de sus reite-
rados esfuerzos intelectuales, no logró disipar sus dudas
y cada vez su alma solitaria se hallaba más perpleja
ante los enormes abismos que le representaban sus con-
tinuos análisis. El bien y el mal, la divinidad y la fatali-
dad se aparecían ante su espíritu, sin que el filósofo
acertara a adoptar una posición y formular un juicio res-
pecto a los problemas intrincados cuya solución le apa-
sionaba cada instante más. En unas ocasiones, Amiel se
sentía invadido por un aura de confianza y la esperanza
renacía en lo íntimo de su ser. En otras, la tristeza y
la desolación se apoderaban de su ánimo, sumiéndole en la más aterriz de las desesperaciones. En unos instantes diría que era un creyente fervoroso; en otros, en cambio, podría calificársele de nihilista. Cuando le abandonaba la confianza se exasperaba hasta el extremo de proclamar que la destrucción era la ley de la vida. Por el contrario, cuando renacía en él un leve soplo de entusiasmo por la especulación, sorprendía por los matizes que acertaba a infundir en sus máximas, llenas de cordialidad y de unción.

Amiel es uno de esos filósofos autodidactos a quienes es absolutamente imposible clasificar, porque no caben en ningún sistema filosófico orgánico. Era un latino saturado de pensamiento alemán, que había surgido en el ocaso de un mundo y en la aurora de otro; por una parte sentía la nostalgia del pasado y por otra ansía de columbrar el porvenir. A pesar de lo difícil que es trazar la filiación del gran pensador, puede afirmarse que en sus obras se observa un gran predominio del criticismo en la forma, tan corriente, del diletantismo contemporáneo, que, como es sabido, fue la escuela del escepticismo moderno, que no encuadra en ninguna dirección del pensamiento, y considera la verdad como relativo error, denominando a los errores verdades que fueron. Pero para juzgar a este escritor no se ha de escudriñar el pensamiento filosófico en donde las contradicciones obscurecen el vigor lógico de las ideas, sino que toda la grandeza de Amiel hay que buscarla en la tragedia interior, que supo resistir heroicamente durante cerca de cuarenta años; en las luchas afanas y los estragos íntimos de su alma, que ocultó a las miradas indiscretas de sus amigos y adversarios; en la tortura que experimentó cuando tras una serie interminable de reflexiones llegaba a convencerse de cuán lejana estaba la visión de un ideal altísimo y de la impotencia humana para convertirlo en acto.

Es indudable que contribuyó no poco a la formación mental de Amiel su permanencia en Alemania, donde el ambiente brumoso y monótono de la vieja ciudad de Heidelberg le inundó el alma de melancolía. Allí fué donde adquirió su tendencia hacia ese espiritualismo vago y difuso que tan admirablemente se refleja en sus ensayos poéticos Grains de mil (1858), Pensieroso (1858), La
part du Rêve (1863 y 1876), en los cuales se advierte, a través de una belleza y pulcritud de forma, el estado caótico en que se hallaba Amiel, que fue un naufrago, un incomprendido, que se sentía por dentro muy desdichado y completamente vencido, porque constantemente el deseo febril de alcanzar las últimas perfecciones lo sumía en un estado de aplanamiento y algunas veces, cuando trataba de sobreponerse, le invadía el delirio de las insuperables grandezas.

Durante toda su vida osciló entre el pesimismo abrumador y el afán de llegar súbitamente al descubrimiento de los arcanos de la existencia. En L'escalade de 1602 (1875), Charles le Teméraire (1876), Romancer historique (1877) y Jour a jour (1880) se observa cuánto influyeron en Amiel las teorías filosóficas fundadas en una concepción tétrica y desconsoladora de la vida. Reflejan asimismo estas obras los ensueños de su alma torturada por el ansia de su intelecto, que trataba de dar vida a una obra inmortal que encerrase en una forma perdurable la belleza eterna. Amiel quiso revivir el divino anhelo de otros tiempos, sin tener en cuenta que en la Historia cada época ofrece sus características peculiares y aun privativas.

Enamorado de los poemas alemanes, tradujo correctamente al francés algunas composiciones que coleccionó en un volumen intitulado Les étrangéres (1876).

Su producción intelectual que más llamó la atención del público suizo, fue el ensayo J. J. Rousseau jugé par les genevois d'aujourd'hui (1879), que fue la única obra que sus contemporáneos pudieron comprender, porque en ella se mostraba Amiel menos subjetivo que en las demás.

Pero la obra más trascendental del malogrado filósofo y poeta es, sin duda, los fragmentos de su dietario, que su fraternal amigo Edmundo Scherer dio a la estampa después del fallecimiento de Amiel. Este libro es un modelo de Memorias íntimas que será imperecedero, porque es uno de los más profundos en cuanto al sentimiento y uno de los más elevados en la esfera del pensar y constituye un documento admirable en cuyas páginas se transparentan las congojas del alma humana. Es posible que con el transcurso del tiempo se olviden las obras poéticas y filosóficas de Amiel, naufragando en el silencio.
que suele acompañar a todas las obras que no tienen el sello de la originalidad. Pero el *Journal intime* es inolvidable, porque a más de las razones expuestas, la personalidad del filósofo ginebrino alienta en los relatos, llenos de sinceridad y de ese dolor que por calar tan hondo en las almas no es posible expresarlo con palabras.

Como drama de pensamiento no existe, que yo sepa, en ninguna literatura contemporánea obra alguna que le iguale en veracidad y en grandeza. En ella refleja Amiel, paso a paso, con hermoso lenguaje poético, todas las etapas de su vida dolorosísima. Todo el libro parece ungido por la esencia de la propia alma de Amiel, transparentando las esperanzas y las desilusiones, la pena inmensa que experimentaba al hallarse ante una realidad inexorable quien, como él, tenía una devoción religiosa por lo infinito.

El *Journal intime* puede considerarse como el testamento que legó Amiel a los espíritus generosos, pues en forma de confesión narró esas vidas silenciosas, en perpetua lucha consigo mismas, ante lo que G. Papini llama *Il tragico quotidiano*.

Aunque tarde, la crítica rindió a Federico Amiel el honor, que merecía el pensador abnegado, que consagró todos los esfuerzos de su espíritu torturado, a escrutar en los enigmas que ensombrecen el paso por la vida para ver si llegaba a descubrir una fórmula que convirtiese el ideal suspirado en realidad.
MAX NORDAU

Durante más de quince años este escritor, que alcanzó gran celebridad fue discutidísimo en los cenáculos literarios de París y de otras grandes ciudades. Max Nordau obtuvo un gran éxito de público, porque llevó a la literatura un análisis crítico aceradísimo, y con una objetividad innegable, a pesar de las exageraciones en que alguna vez incurrió, puso de relieve los elementos morbosos que informaban el substrato de varias escuelas literarias. Puede decirse que ha sido el intérprete de ese buen sentido que perdura en el alma de las muchedumbres ilustradas, no obstante las desviaciones y extravagancias, que durante los períodos de mayor florecimiento literario introducen los escritores que buscan la originalidad trastocando el orden de cosas, exaltando determinadas cualidades y contraviniendo a los principios de la Estética.

Max Nordau, a quien se ha supuesto unas veces francés y alemán otras, es húngaro, pues nació en Budapest en 1849, siendo descendiente de una familia judía. Desde muy joven recorrió las grandes capitales de Europa y hace más de veinte años se trasladó a París, donde tiene su residencia habitual. Su profesión de médico y sus aficiones a la psicología le llevaron a estudiar los grandes problemas de fisiología cerebral y singularmente los que conciernen a la psicosis. Ha escrito un sin número de artículos en periódicos y revistas de Francia, Alemania, Italia, Argentina y España; ha concurrido a los Congresos de Antropología criminal, de Psicología y otros y ha sido uno de los escritores que mayor popularidad y más sólido prestigio han alcanzado entre los elementos judaicos de todas las naciones de Europa y del
Norte de América. Hace aproximadamente diez años los sionistas, con motivo de reunirse en una de sus asambleas periódicas, le ofrecieron la dirección de este importan­tilísimo movimiento, puesto que Nordau rechazó porque, aun cuando en el fondo acaso simpatice con las corrien­tes que representa esta secta, como hombre de ciencia ha permanecido siempre alejado de todas las comuniones religiosas.

Desde muy joven sintió el famoso polígrafo una gran simpatía por los trabajos del célebre antropólogo ita­liano César Lombroso, de quien fué amigo entrañable y panegirista entusiasta de sus doctrinas. Max Nordau, a pesar de cuanto han pretendido negarle sus numerosos contradictores, es un crítico insigne, que ha tenido una visión certera y que sintió como pocos la necesidad de expresar sus juicios sin envolverlos en el vano ropaje de las anfibologías, sin caer en el conceptismo pseudo­filosófico que tan en boga estuvo en Francia desde 1885 hasta 1900.

El eminente escritor hizo en sus libros una verdadera disección de todas las desviaciones del sentido estético, que fueron la nota predominante de casi todas las ten­dencias literarias desde el naturalismo hasta el simbo­lismo.

Puede decirse que ningún otro escritor de esta época ha aportado a la crítica un mayor caudal de datos cien­tíficos, una erudición literaria de primera mano tan con­siderable y un espíritu más agudo, demoledor e icono­clasta. Además, la crítica para Nordau ha constituido una labor en que se ensamblan hábilmente la observación pers­picaz y el razonamiento riguroso. Acaso en determinadas ocasiones llevó la analítica y la inducción más allá de lo conveniente y sin duda por ello resulta un tanto para­dógico y arbitrario. Sus contradictores le han achacado el defecto de hacer la síntesis con cierta precipitación, lo que no deja, en parte, de ser cierto, ya que el ilus­tre escritor, al remover las ideas en todos los órdenes de la actividad psicológica, ha incurrido, como no podía menos de suceder, en ciertos errores de detalle, dando a determinados datos que le ofrecía su estudio de la real­lidad una mayor importancia que aquella que, en defini­tiva, debe asignárseles. Sin embargo, pecan de injustos cuantos niegan al audaz sociólogo dotes especiali­
simas para ampliar el radio de acción de la crítica dídascálica.

Es indudable que Nordau posee un carácter firme y una inteligencia de primer orden, siendo, a la vez, uno de los indagadores más cultos e infatigables de la hora presente. Entre sus obras más importantes pueden señalarse las siguientes: 

- Paris, Studien und Bilder;
- Vom Kreml zur Alhambra;
- Paris, unter der dritten Republik;
- Seifenblasen in Krieg der Millionen (drama);
- Die neuen Journalisten (comedia);
- Paradoxe; Conventionelle Lügen der Kulturmenschheit (de esta obra, que, traducida al castellano, significa Mentiras convencionales de la civilización, se habían hecho en 1902 diez y ocho ediciones);
- Seelenanalysen;
- Seifenblasen Federzeichnungen Geschichten;
- Zeitgenossen;
- Franzosen;
- Der Zionismus;
- Morganatique, y, por fin, su celeberrima obra Entartung (Degeneración), que tanto éxito alcanzó en Alemania, siendo discutidísima, como lo fue al ser traducida al inglés, al francés, al italiano y al español.

En esta obra Max Nordau proyecta el método científico en el pasado y el presente, de las principales escuelas literarias y, tras un examen profundo de las modalidades de los géneros literarios, fustiga despiadadamente el esnobismo de los ingenios literarios que, sin conocimientos adecuados, plantean y resuelven problemas complejísimos de índole científica. Valiéndose de los procedimientos que preconiza la psicofisiología, examina la génesis de las concepciones literarias, señalando con firmeza de pulso los grandes errores en que incurrieron Ibsen, Tolstoi, Zola, D'Annunzio y otros escritores de renombre universal.

Nordau sienta la afirmación de que la degeneración no es sólo una tara física, sino que siempre lleva aparejada una perturbación mental. Al hacer un amplio estudio de los artistas, pintores, músicos y literatos, pone de relieve cuánto ha influido el egotismo en las concepciones de muchos de ellos, desviándolas y falseándolas. Su libro Mentiras convencionales es un brosso ataque a los prejuicios, hipocresía y absurdos, que informan en muchos respectos la manera de ser de la sociedad actual y puede considerársele como una de las contribuciones sociológicas más hondas y bien pensadas que se escribieron en las postrimerías del siglo pasado. En Paradojas desarrolla ideas análogas, seña-
Santiago Valenti Camp

mando los obstáculos que impiden, en parte, el afianzamiento del bienestar colectivo y que no son obstáculo, sin embargo, para que se cumpla la ley del progreso, pues ésta es predominantemente biológica.

La crítica que hizo Nordau de la novela contemporánea puede reputarse de magistral. Su defensa de la rectitud de propósito, que debe ser la que impulse al novelador, es asimismo acertada y demuestra el profundo conocimiento que posee el célebre escritor húngaro de la misión que incumbe a cuantos se consagran a la novela. Es cierta también la tesis que sustenta al defender los fueros del arte literario, al afirmar que el género novelesco no debe ser mera descripción y apología de los actos, de la sexualidad; como son evidentes sus grandes dotes de filósofo al preconizar la victoria del sentido vital respecto a los hechos morbosos y excepcionales. Pero Nordau no ha predicado sólo como hubiera podido hacerlo un crítico español, sin esgrimir otras armas que la censura acre y el concepto severo; prefirió demostrar con el ejemplo su manera especial de considerar la novela. En *Die Krankheit des Jahrhunderts* (El mal del siglo), que apareció en 1899, patentizó sus cualidades de novelador al desarrollar, en forma sugestiva, brillante y amena, un tema tan difícil como la neurosis en sus múltiples aspectos.

Los lectores que aspiren a conocer a fondo las distintas manifestaciones que reviste el desequilibrio nervioso hallarán en este último libro un archivo de datos curiosos que enseñan más que muchas obras científicas, porque Nordau les dió vida, encarnándolos en los distintos tipos que figuran en la novela. Recientemente ha cultivado Nordau la Filosofía de la Historia, publicando un libro acerca del sentido de la misma, en el que enfoca los problemas desde un punto de vista en cierto modo nuevo y con su manera peculiar de analizar los acontecimientos más importantes discurre amablemente, sin abandonar nunca su criterio, firme y aparentemente paradójico, pero en el fondo dirigido por una gran perspicacia y dialéctica.

La característica del discutido escritor es el haber llevado el análisis psiquiátrico a las disciplinas sociales sin temores ni circunloquios. Por esto quizás se granjeó una tan alta consideración y pudo resistir las sañudas campañas que contra él llevaron a cabo los
críticos académicos de todos los países. Nordau, seguro de sí mismo, dueño de su pensamiento, es de los luchadores que no retroceden ante las dificultades y peligros. Con valentía inusitada defiende siempre sus puntos de mira personalísimos. Cualquiera que sea la apreciación que pueda merecer la obra filosófica y literaria de Nordau, ha de convenirse en que es un pensador original y que como escritor tiene un estilo vivo y enérgico, rico en colorido y de exuberante fantasía.
CARLOS SECRETAN

En España es poco menos que desconocida la obra importantísima de este eximio publicista suizo, que cultivó magistralmente la Moral, aportando puntos de mira en cierto respecto personales. Es lamentable que en nuestro país no se haya estudiado con detenimiento la personalidad de Charles Secrètan. Aquí, donde se traducen infinidad de librcos de autores de tercera y cuarta fila, no se ha vertido, que yo sepa, al castellano, ninguno de los ensayos filosóficos e históricos del egregio maestro, que en su patria gozó de una inmensa reputación, que más tarde se extendió por una gran parte de la Europa Central y Occidental. En Francia contó Secrètan con la viva simpatía de los espíritus más esclarecidos, que hicieron honor a sus relevantes dotes de pensador profundo y de expositor eminente. F. Pillon, el director de L'année philosophique, le consagró un libro titulado La Philosophie de Charles Secrètan, que vió la luz en París en 1898, y merced al cual la labor del filósofo helvético ha alcanzado positiva notoriedad entre los intelectuales de la nación vecina.

Charles Secrètan nació en la bella y pintoresca ciudad de Lausanne, en 1815, educándose en los Centros docentes de su ciudad nativa. Una vez terminados sus estudios, substituyó, en 1835, a Vinet en la cátedra que éste desempeñaba en Basilea, comenzando su labor en el profesorado con verdadero acierto y granjeándose, a pesar de su juventud y de su relativa inexperience, la estima de sus discípulos y el respeto de sus comprofesores. Dos años después, comprendiendo Secrètan que a los veinte su formación era incipiente, trasla-
dóse a Munich, llevado del propósito firmísimo de ampliar el horizonte de sus conocimientos. En la capital de Baviera recibió las enseñanzas del insigne Federico José Schelling, de quien fué uno de los discípulos predilectos. Por aquella época, sintiendo un gran entusiasmo por la especulación filosófica, fundó, en colaboración con varios profesores y publicistas, la Revue Suisse, publicación que con el tiempo llegó a ser una de las más importantes de Europa por el gran número de trabajos originales que en ella aparecieron. Poco después comenzó a darse a conocer como profesor, explicando sus primeras lecciones en la Academia de su ciudad natal. De 1838 a 1845, prosiguió las tareas docentes en la Universidad lausanesa, cuya cátedra de Filosofía había obtenido, revelando en los ejercicios una preparación sorprendente. Con motivo de estas oposiciones, escribió una notable disertación titulada De l'âme et du corps, que fué celebradísima, tanto por la elevación del pensamiento como por la agilidad y el equilibrio que evidenciaban un temperamento sagaz y apto para las especulaciones. La mencionada disertación fué un avance, una hermosa promesa de lo que había de llegar a ser más tarde Secrètan.

Al desarrollarse en 1845 los acontecimientos políticos que terminaron con la revolución en la comarca de Vaux, fué expulsado de su cátedra, lo mismo que otros colegas. Y hasta 1850, en que una institución de la ciudad de Neuchâtel le brindó una cátedra para que en ella pudiera proseguir su obra científica y didáctica, Secrètan viajó por Italia y Francia, obteniendo una acogida afectuósísimas en París, donde recibió reiteradas pruebas de admiración de hombres eminentes como Sainte-Beuve y otros críticos y escritores. En 1866 abandonó Neuchâtel, dejando entre sus discípulos un efusivo recuerdo, y regresó a Lausanne, reintegrado en su primitiva cátedra, que desempeñó hasta su fallecimiento, ocurrido en 1895.

En La Philosophie de la liberté, su libro más conocido, se condensa una gran parte de su doctrina, lo más substancial de su modo de apreciar los problemas filosóficos, morales y políticos. Esta obra, que la crítica ha reputado como la más importante, apareció en el año 1848 y es un compendio de las lecciones dadas en Lausanne en 1845. A instancias de sus discípulos,
amplió Secretan en 1847 dichas lecciones en un curso libre que explicó después de la revolución. Más tarde dividió La Philosophie de la liberté en dos partes, publicando en 1866 la primera, con el subtítulo de L'Idée—que consagra a la Metafísica pura y puede considerarse como un libro de escuela—, y en 1872 la segunda parte, que lleva el subtítulo de L'Histoire, y que es un proceso de lo que ha significado el cristianismo en el decurso de los tiempos. En esta segunda parte, el elemento pragmático predomina, en cierto respecto, sobre el teórico.

En toda la concepción de Charles Secretan se advierte un pensamiento vigoroso, nutrido, unas veces por la observación directa de los hechos e impulsado otras por un sincero anhelo cordial, que le llevó a enaltecer el espíritu evangélico, exento de formas externas. La nota predominante en Secretan es la potencia discursiva, que le permitía penetrar en los problemas psicológicos, enfocándolos desde distintos puntos de mira. Secretan, que en un principio fue un creyente sincero, puso luego toda su alma de panegirista del racionalismo en ensamblar lo religioso con los principios del libre examen. Su defensa de las doctrinas liberales es siempre profunda, y, en ocasiones, como expositor, puede calificársele de admirable por la alteza del concepto y por la argumentación, en que el rigorismo lógico se compagina perfectamente con una fraseología brillante, esmaltada de imágenes poéticas. En todos los capítulos de La Philosophie de la liberté alienta una generosidad de espíritu a toda prueba y una rectitud de propósito que cautiva el ánimo más displicente. Sorprenden el esprit y la agilidad mental de este eximio pensador, que durante más de veinte años trató de conciliar los dogmas fundamentales del Evangelio con las especulaciones de la filosofía racionalista.

Aun ahora, transcurridos más de sesenta años y en que se ha operado una tan completa transformación en el ámbito de las disciplinas filosóficas y sociales y que los valores morales entonces en auge han perdido casi todo su crédito, el sistema armonicista propugnado por Secretan es admirable. En la historia de las crisis teóricas, la filosofía secretaniana debe ocupar un lugar preferente. Es innegable que si su esfuerzo intelectual y el ingenio literario que derrochó para salvar obstáculos no le proporcionaron un triunfo definitivo, constituyen
por lo menos, imperecederos timbres de gloria para el pensador.

Siquiera sea de un modo esquemático, no puedo resistir a la tentación de ofrecer aquí una brevísimia idea de la doctrina del eminente filósofo suizo, que, sin duda influido por su ilustre predecesor en la cátedra de Basilea, M. Vinet, hizo varios intentos basados todos en la deducción del concepto de libertad. Secretan eleva esta noción hasta las más altas cimas de la especulación, impulsado por su tendencia a constituir su metafísica en un principio de armonía. Y con más ingenio que sentido filosófico, trató de coherentar lo teológico con lo racional. Pocas veces, no obstante, llegó a realizar plenamente su ideal, pues ni su energía intelectiva ni su arte literario, pudieron borrar diferencias que perdurarán siempre. Siguiendo en sus disquisiciones la doctrina de Descartes y algunas veces dando mayor amplitud a su doctrina que el célebre filósofo francés, considera a Dios como la libertad misma, y, en su anhelo de teorizante, sienta la afirmación de que la libertad permite despejar las incógnitas de su misma naturaleza. El concepto de libertad, para Secretan, es que una vez fundadas la teología y la metafísica, aparece el nexo entre la última y la ética. Secretan fue, pues, defensor de un concepto radical de la libertad, tomada esta palabra en su sentido trascendental y biológico. Añadía el ilustre maestro que del mismo modo que la libertad llegaba a forjarse espontáneamente, el deber surgía de la propia naturaleza de los actos.

Sin embargo, Secretan, que era un espíritu dotado de una movilidad extraordinaria, comprendió que su doctrina era endeble y que una parte no pequeña de la misma no podría resistir los embates de la crítica, y a medida que se acrecentaron sus dudas fue modificando su construcción ideológica. Estas crisis, que coincidieron con la aparición de la doctrina evolucionista y el imperio del darwinismo, le inclinaron a relegar al olvido sus primitivos planes y sus ideas cristianas acerca del pecado original y, tras una serie de rectificaciones, noblemente confesadas, aceptó la teoría de un proceso sucesivo, gradual e indefinido.

Las distintas fases del espiritualismo de Secretan están admirablemente expuestas en sus libros *Recherches de la méthode qui conduit à la vérité sur nos plus
grandes intereses, colección de conferencias dadas en el curso de invierno de 1855 a 1856 y publicadas el año siguiente. Después dió a la estampa sucesivamente, los siguientes libros: Quel part prendre? Opinion d'un liberal (1860); La Raison et le Christianisme (1863); Precis élémental de philosophie (1868); Discours laiques (1871); Le principe de la Morale (1883); Le droit de la femme (1886), libro altamente interesante y en el que podrían aprender no poco amigos y adversarios de la emancipación femenina; La civilisation et la croyance (1887), estudio concienzudo del proceso genético de la evolución social y de la fe religiosa; Etudes sociales (1889), varios ensayos de distintos temas de actualidad; Les droits de l'Humanité (1890), y, por último, Mon utopie (1892) que, como indica su título, es una divagación en que el pensador columbra los futuros destinos de la Humanidad y las cristalizaciones de la psiquis en lo porvenir.

Para conocer detalladamente la personalidad de este gran filósofo ofrece no pocos elementos de juicio, un libro debido a la señorita L. Secrétan y titulado Charles Secrétan; sa vie et son oeuvre. Especialmente los capítulos I y III tienen un vivo interés porque en ellos narra el biógrafo las relaciones entre el filósofo suizo y Charles Renouvier. La correspondencia entre ambos escritores es digna de ser leída, porque durante los veinticinco años que duró, discurrieron amablemente los dos ilustres Carlos, acerca de los problemas más transcendentes de la existencia.
Uno de los filósofos contemporáneos que mayor renombre alcanzaron, acaso el más preeminente de la segunda mitad del siglo pasado, si exceptuamos a Federico Nietzsche, fué Herbet Spencer. El gran tratadista británico ha sido indiscutiblemente uno de los entendimientos más poderosos y creadores de la época actual. Por su capacidad amplísima, por el vuelo de su pensamiento, por su visión penetrante y por haber escrito acerca de tantas y tan diversas materias, se le llamó el Aristóteles moderno.

Su obra filosófica fue realmente asombrosa, colosal, pudiendo reputarse como lo más personal de Spencer, su acierto como sistematizador del evolucionismo. Lo que hay también de admirable en Spencer, es la tenacidad con que se consagró a conciliar la más alta especulación filosófica con los datos que la investigación científica ofrecía, para ampliar los dominios del conocimiento. En este pensador genial se da el ejemplo de sincretismo más fuertemente acusado. En el temperamento de Spencer se hallan perfectamente equilibradas todas las facultades y aptitudes. Y por esto logró ser un indagador formidable, que escudriñó concienzudamente en los problemas fundamentales del Cosmos y de la existencia, de la sociedad y del pensamiento. Al abordar todos los temas, dio pruebas patentes de su potencia mental, marcando nuevos derroteros a la ciencia y sobrepasando en sus inducciones a otros filósofos insignes. A pesar de su aburguesamiento de los últimos años, de que en las obras escritas en la ancianidad encerróse en su teoría de lo Incognoscible y de su aversión al Socialismo, sería in-
justo negar que fué una de las mentalidades más poderosas del siglo XIX. Como en todos los espíritus sistemáticos a ultranza, en el pensamiento de Spencer existe una trabazón lógica admirable, pocas veces igualada, y acaso no superada de Kant acá. Todas sus obras responden a un criterio único y puede decirse que se ajustan a su idea principal: el evolucionismo filosófico, que desarrolló sucesivamente en sus distintas obras. Nuestro doctísimo González Serrano estuvo muy feliz al bautizar la concepción spenceriana con el nombre de “intelectualismo mecánico”. Con ello quiso significar que en la doctrina del celebérrimo filósofo inglés, había un eje central, alrededor del que giraron todas sus lucubraciones. En mi sentir, Spencer—que fué un vestigador eximio y un antroposociólogo eminente, que cultivó las disciplinas científicas casi sin excepción, revelando siempre originalidad, juicio profundo y dominio completo de la Filosofía de la Historia y del proceso de los fenómenos científico y artístico en la génesis de las sociedades—, al igual que Castelar, por un error de visión, que es difícil explicarse, no acertó a comprender que en la doctrina socialista había un principio esotérico que ha ido plasmando en los distintos órdenes de la actividad colectiva y que es el mayor agente propulsor del Estado y de la vida social. La Revolución rusa lo está evidenciando palpablemente ahora.

Spencer ha sido el filósofo que ha ejercido un influjo más poderoso en los últimos cincuenta años y su doctrina una de las más controvertidas por los filósofos, sociólogos, moralistas y políticos.

Nació Herbert Spencer, en Derby, en 1820; su familia profesaba ideas radicales. Desde muy joven demostró una decidida vocación por el estudio y especialmente por las Ciencias naturales y por las cuestiones políticas y sociales. Al decir de sus biógrafos, Spencer tuvo la suerte de que su padre, que era un ilustre profesor de Matemáticas, le orientara en sus primeros pasos, sin cohibirle, no obstante, en lo más mínimo. Contribuyó poderosamente a su formación, un tío suyo, pastor metodista, de sentido liberal y claro juicio. Y el que más tarde había de ser una gloria de la Filosofía, cursó la carrera de ingeniero civil con aprovechamiento, pero sin revelar cualidades excepcionales.

Más tarde, terminados sus estudios académicos, Spen-
cer fué articulista; y de 1848 a 1853, colaboró en *The Economist*, desempeñando las funciones equivalentes actualmente a secretario de Redacción.

Debido, sin duda, a la independencia con que había ido formando su personalidad, abandonó a los veintiséis años su cargo por haber tenido algunos rozamientos con sus compañeros y se dedicó por completo a sus estudios predilectos: los de investigación. En 1842 publicó su primer libro titulado *Letters to the Nonconformist* (*Cartas a los Noconformistas*) y en 1850 su notable ensayo *Social Statics* (*Estática Social*), en el que expuso las ideas directrices de la concepción filosófica que inmortalizó su nombre. Dos años después dió a la estampa *Theory of Population* (*Teoría de la población*) y *The Development Hypothesis* (*La Hipótesis de la Evolución*). En 1850, prosiguiendo la exposición del concepto fundamental de su doctrina biológica del Universo, publicó *The Genesis of Science* (*La génesis de la Ciencia*). Estas obras causaron en el mundo docto una gran impresión, dando lugar a innumerables controversias y a que la crítica filosófica reputase la concepción spenceriana comparable con esas colosales obras del pensamiento moderno, parangonando a Spencer con Kant, Hegel, Comte y otros hombres-cumbres.

En 1855 apareció *Principies of Psychology* (*Principios de Psicología*) y dos años más tarde, *Progress its Law and Cause* (*El Progreso su ley y su causa*). En 1861 vió la luz otro de sus libros más discutidos, *Educación*, en el que desarrolló su concepto de la educación, considerando el problema desde los puntos de vista físico, intelectual y moral. Un año antes había publicado *First Principles* (*Primeros principios*), con el cual inauguró una de sus obras básicas, que prosiguió en sus *Principles of Biology* (1864 y 1867). En 1873 entró Spencer en una nueva fase con su libro *The Study of Sociology* (*Estudios de Sociología*) y *The Principles of Sociology* (1876), en el que está expuesto detalladamente, en la segunda mitad del tomo 3., su modo especial de considerar las instituciones políticas. A estas obras siguieron *Political Institutions and Data of Ethics* (1879).

En 1884, con ocasión de ver la luz el volumen rotulado *Man versus State* (*El individuo contra el Estado*), libro de tendencias unilaterales y en que pretende demostrar la lucha que existe entre el individuo y la orga-
zación del poder público, los intelectuales libertarios cre­
yeron haber encontrado en las afirmaciones de Spencer
un contenido científico para sus divagaciones líricas y
ensueños románticos. Las corrientes filosóficas que predo­
minan actualmente en política y en sociología se han pro­
clamado en contra de la tesis sustentada por el autor de
Los primeros principios.
En 1886 reemprendió Spencer sus estudios analíticos,
escribiendo otros dos libros de positivo valor, a saber: 
Factors of Organy Evolution y Inadequacy of Natural
Selection (Insuficiencia de la selección natural) (1893).
En el último período de su vida, glosó y amplió al­
gunas de sus ideas acerca de distintos problemas filosó­
ficos, educativos, jurídicos y sociales, escribiendo ar­
tículos que aparecieron en las revistas inglesas más
importantes y en las francesas, alemanas, yanquis, etc. Y
por fin, en 1902, un año antes de su fallecimiento, ocu­
rrido en Brighton en 8 de Diciembre de 1903, publicó su
libro Facts and Comments (Hechos y Comentarios). Un
año después de su muerte, sus deudos y amigos publi­
caron Autobiography.

Herbert Spencer fué un laborante infatigable, que con­
sagró su existencia exclusivamente al trabajo especula­
tivo, sin que jamás revelara el menor desfallecimiento.
Alejado constantemente de la vida corporativa, pudo con­
centrar durante más de medio siglo su prodigiosa acti­
vidad a la producción intelectual, convirtiéndola en única
finalidad de su existencia. Y así fué cómo rehusó obsti­
nadamente todas las distinciones honoríficas y los cargos
académicos que se le ofrecieron.

A la satisfacción de vanidades, que estaba muy lejos
de sentir, prefirió siempre el silencio de su gabinete de
trabajo. Fué, en suma, un gran solitario, que vivió sus
ideas con sinceridad pocas veces igualada, convencido
de que su posición filosófica era la más adecuada para
abarcar el problema del conocimiento.
Como todos los hombres sistemáticos y con esa energía
indomable peculiar de los anglo-sajones, creía hallarse
en posesión de la verdad. Y no le faltaba razón en cierto
respecto para considerar que estaba bien situado, ya que
ningún otro filósofo contemporáneo, hecha excepción de
Alfredo Fouillée y Roberto Ardigó, ha llegado a una con­
cepción tan sintética y al propio tiempo tan vasta como la
suya. Evidentemente Spencer esforzóse—y con su lucidez
de pensamiento y su riqueza de observaciones lo consiguió—en explicar el Universo entero; lo inorgánico, lo psíquico, lo moral y lo social, por los dos grandes principios de la persistencia de la fuerza y de la evolución. En la época contemporánea no ha habido otro filósofo que haya aportado tal cúmulo de observaciones y que tuviese en sus análisis de los fenómenos, puntos de vista tan nuevos ni la maravillosa coherencia entre las inducciones y los principios ya establecidos en su obra filosófica fundamental *First Principles*.

Cuantos han estudiado a fondo la Filosofía, conocen las continuas transformaciones del pensamiento filosófico, así como que los sistemas, con el transcurso del tiempo—como toda obra humana—, pierden gran parte de su importancia y que en las sucesivas transformaciones sólo sobreviven aquellos gérmenes de vitalidad que supo infundirles el genio del autor. De la concepción de Spencer sobrevivirá todo lo que hay en ella de personal, tanto por su valor intrínseco como por la grandiosidad de su estructura. Lo que es probable que no perdure es su concepto biologista de la colectividad, a la que consideró como superorgánica. Y no perdurará porque actualmente las Ciencias Sociales se hallan de nuevo influenciadas por el resurgir de la Filosofía idealista, que en Alemania, singularmente, ha hecho muchos prosélitos.

En España la doctrina spenceriana es relativamente conocida. Casi todos los libros del inmortal filósofo han sido mejor o peor traducidos al castellano, y algunos de nuestros hombres de ciencia, como el ilustre Rodríguez Carra­cido y el venerable José Zulueta, entre otros, han propa­gado con verdadero entusiasmo el positivismo filosófico. Entre los eruditos, el cultísimo Bonilla y San Martín ha demostrado también en varias ocasiones una viva sim­patía por la doctrina evolucionista, que llegó a tener entre los elementos intelectuales de nuestro país bastantes par­tidarios.
¿Quién, que se haya iniciado en las ciencias de la Naturaleza, no conoce, siquiera de nombre, a Ernesto Enrique Haeckel, que tanta celebridad alcanzara hace cuarenta años por sus trabajos de investigación en Biología y, singularmente en Zoología marina? Su fama es extraordinaria, como indiscutible y prodigioso es el valor de su obra, Haeckel, que en un principio fue discutido vivamente por los cultivadores de la Ciencia experimental, ha llegado a ocupar uno de los primeros puestos en las avanzadas de la alta intelectualidad contemporánea.

Como filósofo, su doctrina ha sido objeto de grandes controversias y algunos de los fundamentos de la misma, negados en parte. Pero, cualquiera que sea la apreciación que se formule acerca del pensador y de su sistema filosófico, no puede negarse a Haeckel su título de investigador genial. Su labor científica es indiscutible, no sólo en conjunto, sino hasta en detalle, porque toda ella es producto de la observación y de la experiencia de los fenómenos, ya que Haeckel, al exponer sus inducciones, se apoyaba en un caudal enorme de datos arrancados con sagacidad no superada a la inagotable cantera de la realidad.

Son verdaderamente colosales los trabajos que realizó en sus viajes de exploración y las comprobaciones que hubo luego de practicar en su Laboratorio y Museo para asentar sobre bases sólidas su concepción del Universo, que, aun desmenuzándola, no hay más remedio que admirar por el esfuerzo mental que representa.

Después de Darwin y de Huxley, fue Haeckel, sin duda alguna, el más insigne y audaz de los filósofos naturalis-
Santiago Valenti Camp

tas; y, en cierto respecto, su obra entera se caracteriza, además de la profundidad y amplitud, por un criterio uniforme y afirmativo, basado en la concepción monista, que si no fué creación suya, él la estructuró con tanto vigor lógico y tanta gallardía que logró como nadie constituir una teleología que explica objetivamente la formación cósmica.

Ernesto Enrique Haeckel nació en Postdam en 1834. Sus aficiones a los estudios experimentales le impulsaron a cursar Medicina, cuya carrera estudió en las Universidades de Wurzburgo y Berlín. En esta última ciudad conoció a G. Müller, Braun, Kölliker y Leydig, eminentes tratadistas que ejercieron una positiva influencia en su espíritu. Una vez terminados sus estudios de Medicina, fué ayudante del famoso patólogo y publicista Virchow. Haeckel, durante un breve período de tiempo, se dedicó al ejercicio de su profesión en Berlín; pero pronto su invencible vocación por el experimentalismo llevóle a concentrar su actividad en el estudio de las ciencias físicas y naturales. Su deseo de ampliar los conocimientos de Biología marina le impulsó en 1859 a visitar algunas ciudades de la costa italiana, residiendo indistintamente durante algunos meses en Nápoles, Palermo y otras poblaciones de Sicilia. En 1861 regresó a su patria, doctorándose en la Universidad de Jena, y en 1865, cuando empezaba a ser conocido, fué nombrado profesor, primero auxiliar de Anatomía Comparada y después numerario de Zoología en dicho centro docente. De 1866 a 1875 hizo varios viajes de exploración científica, visitando algunas ciudades del litoral de España, Gibraltar, Mogador, Tánger, el Archipiélago canario, Madera, Córcega, Cerdeña y Siria. También en una de sus expediciones exploró la costa de Escandinavia y en 1866 estuvo en Londres con el principal propósito de conocer a su amigo y maestro Carlos Darwin. Por esta misma época el virrey de Egipto puso a su disposición un buque de guerra con el cual exploró una parte del Mar Rojo, estudiando concienzudamente, como ningún otro naturalista lo había hecho, los bancos de coral.

A raíz de difundirse por el mundo docto la doctrina darwiniana, que tan honda conmoción produjo en los espíritus cultivados, fué Haeckel quien, anticipándose a los demás científicos alemanes, rompió lanzas con bravura en pro de las teorías sustentadas por el autor de El origen
de las especies, contribuyendo eficazmente, con su co-operación resuelta y entusiasta, al triunfo del evolucionismo. Pero Haeckel, que siempre fué un luchador denodado, no podía limitarse a ser un mero admirador de Darwin, y de ahí que consagrará su actividad a robustecer las hipótesis del insigne biólogo inglés aportando indagaciones originales y enriqueciendo la doctrina transformista con nuevas y audaces inducciones. Su obra levantó no pocas protestas, incluso entre sus propios amigos y maestros; pero Haeckel siguió avanzando con firmeza, sin que hicieran mella en su ánimo las invectivas de sus contradictores, por prestigiosos que fueran. ¿Quién no recuerda su contestación a Virchow defendiendo a ultranza el transformismo? Algunos críticos achacaron a Haeckel que en ocasiones formulaba sus juicios con precipitación y que por esto sus conclusiones se resentían de cierta arbitrariedad y, a pesar de su apariencia lógica, carecían del fundamento que el autor les asignaba.

Ahora, transcurrido medio siglo y desvanecido el calor de las polémicas, sólo resta de las diatribas y de los elogios incondicionales un mero recuerdo episódico y es posible analizar la obra de Haeckel con serenidad, pues en el eminente tratadista alemán desaparecido hace un año del mundo de los vivos, cabe apreciar el valor objetivo de su doctrina, prescindiendo de miras interesadas y de exclusivismos de escuela. De las inducciones de Haeckel, perdurará una parte muy considerable, así como sus tentativas de dar un carácter especulativo a la teoría darwiniana, que acertó a desarrollar con amplitud, en ciertos respectos.

Una de las nociones más transcendentes expuestas por el célebre biólogo alemán, es aquella en que desenrolla un vasto concepto de la historia de la evolución del ser individual por medio de la historia de la especie, afirmando que la primera es como una repetición abreviada de la segunda. Considera, pues, Haeckel el desenvolvimiento embrionario individual como el proceso genético reducido, o, en resumen, de toda la evolución, lo cual viene a ser la Filogenia del grupo. Por el procedimiento de los árboles genealógicos de cada una de las divisiones de animales y plantas, estudiando su progenie y las condiciones de la ley de transformación. El intento de Haeckel de reunir todo el mundo viviente,
examinándolo desde un solo punto de vista, halló no pocos partidarios; pero también muchos contradictores, que combatieron la hipótesis sañudamente.

La producción intelectual de Haeckel es copiosísima; forma por sí sola una biblioteca. Libros, folletos, monografías, etc., que ascienden, en conjunto, a más de un centenar de títulos. He aquí los principales: *Mono­graphien der Radiolarien* (1862), Estudio monográfico de los radiolarios; *Die Entwickelungschesicht der Organismen in ihrer Bedeutung für die Anthropologie und Kosmologie* (1866)—El desenvolvimiento de los organismos y su interpretación por la Antropología y la Cosmología—; *Dualismus und Monismus* (1866)—Introducción crítica y metodológica a la Morfología general del organismo—; *Generelle Morphologie der Organismen* (1886); *Natürliche Schäpfungsgeschichte* (1868) Historia de la Creación, uno de sus libros más discutidos por su originalidad—; *Biologischen Studien, I. Studien über Monereu, II. Studien zur Gastraea Theorie* (1873) Estudios biológicos. Las moneras y la teoría gastrular—; *Studien zur Gastraea Theorie Philosophie der Kalkschwämme* (1872)—Estudios acerca la teoría gastrular, Filosofía de las esponjas calizas—; *Anthropogenie. Entwickelungs­geschichte des Menschen* (1874)—Antropogenia o historia de la evolución humana—; *Ueber Zellseelen und Seelen­zellen* (1878)—La psiquis de las células y las células del psiquismo—; *Ueber Ursprung und Entwicklung der Sinneswarkzeuge Gemeinverständliche Vorträge* (1879)—Origen y desarrollo de los aparatos sensacionales—; *Systematische Philogenie der Protisten* (1894)—Filogenia sistemática de los protistas; *Sistematise Philogenie Entwurf eines natürlichen Systems der Organismen auf Grund ihrer Stammesgeschichte* (1894-96)—Bosquejo de un sistema natural de los organismos fundados en la Historia de los ancestrales—y, por último, sus dos obras más recientes; *Die Welträthsel* (1889)—Los enigmas del Universo—, admirable estudio en el que desenvuelve su sistema de filosofía monista, y del que en 1904 se habían vendido sólo en Alemania 150,000 ejemplares, y *Die Lebenswunder* (1906) Las maravillas de la vida, obra que tuvo también un éxito extraordinario, pues se hicieron de ella en Alemania más de quince ediciones de 30 a 40,000 ejemplares cada una.

Haeckel ha sido no sólo el más eminente de los pro-
pugnadores del evolucionismo, sino el que más descolló por su originalidad. En la defensa de su doctrina puso todo su intelecto poderoso, su agudo espíritu de observación y un estilo literario pletórico de hermosísimas imágenes que denotan al artista de la palabra. Como investigador y como publicista, es innegable que pasará a la Historia, ocupando un lugar preeminente. Como pensador y como filósofo a la crítica le está reservado el juzgarle; pero, cualquiera que sea la apreciación que se haga de la obra filosófica del anciano profesor, no podrá negarse que éste ha contribuido como nadie a dar una mayor solidez a la concepción transformista. Aunque la acción depuradora de la crítica reduzca a una mínima parte la concepción hackeliana, siempre quedará el ejemplo de un hombre de ciencia que ha vivido entregado por completo al estudio, tratando de conciliar las investigaciones naturalistas con el racionalismo filosófico. Haeckel es, además, acreedor al respeto y la consideración de los espíritus libres, porque, como ningún otro pensador contemporáneo, abrió honda brecha en los credos confesionales, demostrando los absurdos en que se apoyan.
De todos los filósofos franceses del último tercio del siglo pasado el que más poderosamente contribuyó a transformar el pensamiento europeo fue, sin duda, Juan María Guyau. Nadie como él influyó tan decisivamente en el resurgimiento de las ideas éticas con su fórmula, tan conocida, de la Moral sin obligación ni sanción. Al fallecer en 1888, víctima de traidora enfermedad, perdió la nación vecina al más original y —¿por qué no decírlo?— al más amable de sus egregios especuladores.

Juan María Guyau había nacido en Laval en 1854, hijo de una escritora muy notable que, bajo el seudónimo de G. Bruno, publicó libros de educación muy estimables y que denotan un espíritu femenino cultivado y exquisito. Esta dama dirigió a Guyau en sus primeros pasos, y más tarde el eminente polígrafo Alfredo Fouillé, su deudo, que fué para él como un segundo padre y el más experto guía de su formación intelectual. A los 19 años la Academia de Ciencias Morales de París, le premió la monografía intitulada Memoire sur la Morale utilitaire depuis Epicure jusqu'à l'Ecole anglaise (1873). Al año siguiente, en virtud de los merecimientos y del renombre que había conquistado, se le confió un curso de Filosofía en el Liceo Condorcet; pero Guyau, que a causa de su intensa vida de estudio se hallaba delicado de salud, por consejo de los médicos hubo de abandonar la función docente e invernar, también por prescripción facultativa, en Pau y Biarritz. Pero el padecimiento iba minando lentamente su organismo, hasta obligarle a trasladarse a Niza y, por último, a Mentón, en busca de un clima templado que prestase alivio a su pertinaz dolencia. Desgracia-
damente, ni las brisas marinas ni la solicita asistencia médica pudieron conservar aquella existencia preciosa, y en los primeros días de la primavera de 1888, en 31 de Marzo, apenas cumplidos los 33 años, bajó el insigne filósofo al sepulcro dejando escritas un importante número de obras que han inmortalizado su memoria y que todavía durante algunos lustros servirán de faro luminoso a los espíritus libres.

Guyau era un filósofo profundo, dotado de cualidades preeminentes y de un criterio amplio y uniforme a un tiempo. Siendo el creador de un sistema perfectamente delineado, era, no obstante, uno de los espíritus más abiertos y comprensivos, no sólo de Francia, sino de Europa entera. Su concepción monista podría sintetizarse afirmando que tendía a conciliar la filosofía racionalista con los descubrimientos científicos. Por otra parte, de todos sus libros fluyen una intensa piedad y un gran amor a los humildes. Pero no se crea por esto que Guyau sentía devoción por la caridad, pues consideraba este sentimiento depresivo para el que otorga la dádiva y humillante para quien la recibe. Su concepto filosófico basaba en la solidaridad moral que otro insigne filósofo francés, H. Marion, acertó a sintetizar en un libro admirable.

El pensamiento del infortunado publicista podría definirse diciendo que fue un producto sincrético en el que se ensamblaban el más elevado idealismo espiritualista y el transformismo darwiniano. Y así vemos que Guyau logró compaginar toda su inspiración poética y su predilección por las obras de Platón, Epicteto, Marco Aurelio, Séneca, Descartes y Spinoza con las inducciones de los experimentalistas más famosos: Darwin, Huxley, Delbœuf, Beaunis, Ribot, Haeckel, Wundt, etc., sin que jamás rechazase ninguna de las audacias de los filósofos biologistas. La movilidad psicológica de este eximio tratadista se patentizó al descubrirse la poesía que alentaba en las soluciones consideradas como más inauditas, el fondo de belleza que había en ellas latente. Un ejemplo de esta ductilidad psíquica nos lo ofrece su libro Vers d’un philosophe (1881).

En España, apesar de haber sido traducidos casi todos los libros de Guyau, se le conoce superficialmente. Hecha excepción del estudio que le dedicó Adolfo Posada en su libro Ideas pedagógicas modernas y de algún artículo de Martínez Ruiz (Azorín) y antes que ellos alguna alusión de
Leopoldo Alas y González Serrano; nadie había consagrado a Guyau la detenida atención que merecen el hombre y su obra. Guyau, que era una altísima mentalidad y un crítico de una capacidad sintética asombrosa, puede ser comparado a Renan, tanto por su serenidad de juicio como por la elevación con que siempre ejerció su función de crítico.

La preocupación, la idea motriz de toda la obra de Guyau fue su afán por la indagación científica, pues tenía una fe racional arraigadísima en que los trabajos de investigación ensamblando los experimentos de laboratorio con la especulación, habían de acercarle a la verdad. El principio dominante en su filosofía era su creencia en que el proceso evolutivo es sucesivo y que su progresión lleva a la armonía. De ahí su entusiasmo, pocas veces igualado, por la virtualidad en la cultura, cuyo contenido es tan vasto que puede considerarse como la vida misma.

Guyau no había vivido jamás confinado ni era, por lo tanto, un intelectualista puro, ya que sentía de un modo vehementísimo la atracción que ejercen las muchedumbres respecto a las individualidades. De ahí su concepto social del fenómeno artístico y literario, que expuso maravillosamente en su conocidísimo libro L’art au point de vue sociologique (1889) que puede reputarse como uno de los ensayos más notables que se han escrito en los últimos treinta años acerca de la socialización de la inspiración humana. Este libro es uno de los grandes aciertos de Guyau y él solo, aunque no hubiera escrito ningún otro, le habría conquistado uno de los primeros lugares en la historia del pensamiento del siglo XIX. En L’Art au point de vue sociologique columbró Guyau la inmensa importancia que había de revestir la Sociología científica para descubrir los secretos del proceso de la Civilización. El ilustre pensador francés consideraba que en el siglo XX sería posible que el factor colectivo llevase a cabo la misión trascendentalísima que le incumbe y así poderemos explicar un gran número de fenómenos desconocidos y que incluso podría ser interpretada a la luz de la Sociología—que diría Stein—la realidad misma.

Su libro L’irréligion de l’Avenir (1887) es la tentativa más genial que se ha hecho para estudiar lo que significan los credos confesionales y, en mi sentir, jamás un pensador ha logrado por modo tan admirable fundir la severidad de la indagación realista, en lo histórico y en
lo biológico, con el sentimiento poético y la profundidad y la elevación filosófica y metafísica. 

*Education et Hérédité* (1889) es uno de los mejores libros pedagógicos que ha producido la mente francesa y en él desarrolló Guyau su concepto fundamental de que la educación ha de tender a que a cada instante el individuo pueda desenvolver su actividad en todos los órdenes con la mayor intensidad y expansión posibles.

*La Morale de Epicure* (1878), su primer ensayo, fué una promesa de lo que había de ser el gran filósofo. En este libro se advierte ya la tendencia de Guyau hacia el sincretismo, su amplia visión de los problemas éticos y su profundo sentido de las doctrinas más encontradas para hallar, apartando lo antagónico, un punto de vista común.

En *Esquise d'une morale sans obligation ni sanction* (1879), *Les problèmes de l'Esthétique contemporaine* (1884) y *La Génése de l'Idée du temps* (1890), revelan también una gran penetración psicológica, pero no alcanzaron el valor de los antes citados. Lo más sobresaliente de la obra entera de Guyau es su juicio de que las religiones fundadas en los dogmas, los mitos y los ritos están condenadas a desaparecer indefectiblemente. *En L'irréligión de L'Avenir*, puso de manifiesto las grandes concepciones en que habrán de canalizar las corrientes del espíritu humano a medida que un anhelo sincero de perfección ocupe el lugar que ahora está reservado al temor a los castigos de ultratumba.

“Cuando la conciencia—dice Guyau—se haya liber­
tado de las preocupaciones y nuestros actos se adecuen a la norma moral, la Muerte no nos infundirá el te­
ror que todavía nos causa, sino que la consideraremos como el término natural de la existencia.”

En todos los libros del egregio filósofo se advierte un pensamiento robusto, cultivadísimo, que lo abarca todo. A su temperamento delicado y expansivo repug­nábale la crítica puramente objetiva, quizás por lo que ésta tiene de adusta, fría y severa. Como escritor, fué Guyau un prosista claro, fácil y elegante, que tenía un gran poder persuasivo. De ahí que hasta los temas más áridos, tratados por él resulten asequibles y amenos. Sin proponérselo, ejerce en el ánimo del lector un positivo influjo, atrayendo su atención, de suerte que en los pasajes más culminantes parece como que nos sintamos colaboradores en su obra. Así se compren-
de el éxito inmenso, no superado por ningún filósofo de nuestra época, que alcanzaron sus libros. A pesar de haber transcurrido más de un cuarto de siglo desde que fueron escritos, no han envejecido y en la actualidad se leen con la misma fruición que cuando aparecieron. De L’irreligion de l’Avenir se han publicado trece ediciones; de L’Art au point de vue sociologique, nueve; otras tantas de la Esquise d’une Morale, y de Education et Hérédité, once, sin contar el sinnúmero de ediciones que se han hecho en distintas lenguas europeas.

Quienes aspiren a conocer a fondo la personalidad de Jean M. Guyau, hallarán en el libro de Alfredo Fouillée La Morale, l’Art et la Religión d’après Guyau (1889) un estudio completo de la obra y la vida del maestro filósofo.
Entre los juristas franceses que más se distinguieron como teorizantes en las últimas décadas del siglo pasado, fue, sin duda, Gabriel Tarde el que tenía una personalidad más fuertemente acusada. Este publicista adquirió merecida reputación por sus trabajos científicos, y su nombre alcanzó una alta cotización en el ámbito de la producción intelectual contemporánea. Aun ahora, transcurrido más de un cuarto de siglo, los tratadistas de Filosofía jurídica, de Sociología general, de Psicología colectiva y de Criminología citan algunos de los libros de Tarde con elogio.

Nació el docto indagador en la ciudad de Sarlat (Dordogne) en 1843, permaneciendo en aquella población hasta bien entrada su juventud, que consagró casi por completo al estudio, sintiendo especial predilección por la Filosofía y más tarde por la Sociología. Cuentan sus biógrafos que Tarde fue un autodidacto, pues casi puede decirse que en su espíritu no influyó ningún maestro, por la sencilla razón de que únicamente asistió a la escuela primaria y los demás estudios los realizó en la soledad de su gabinete de trabajo, terminando su carrera libremente. Añaden sus biógrafos que sintió por la lectura una afición extraordinaria y que durante algunos periodos de su vida rehuyó el trato con los amigos, porque su único afán lo constituían los estudios de investigación. También algunos críticos le calificaron de huraño, aseveración que debe ser rectificada, pues Tarde no rechazaba el trato social, sino que prefería el libro a la conversación, sin duda porque veía en aquél un trabajo depurado, algo así como el subs-
trato de las personalidades, que era lo que más le interesaba.

Su temperamento equilibrado y el hábito de la lectura transformaron su espíritu, haciéndolo cada vez más reflexivo. La característica de Tarde fue su vocación por la analítica profunda y comparativa, por el examen continuado y metódico de los fenómenos sociales, que trató con sin igual perspicacia, aportando puntos de vista en cierto modo originales y formulando juicios clarividentes.

Uno de sus primeros trabajos apareció en la Revue Philosophique en 1880 y llevaba por título La Croyance et les Idées; possibilité de leur mesure. A este ensayo siguió una serie, de índole semejante, que le granjeó una alta consideración no sólo como especialista merítísimo, sino también como pensador eminent. Al difundirse sus doctrinas, que, en general, obtuvieron favorable acogida entre los cultivadores de la Sociología, y ante las reiteradas indicaciones de sus amigos, Tarde trasladóse a París, siéndole conferido el cargo de director del servicio de Estadística en el ministerio de Justicia. En 1899 fué nombrado profesor del Colegio de Francia, confiándosele la cátedra de Filosofía moderna. Dos años después fué elegido individuo del Instituto-Academia de Ciencias Morales y Políticas, sección de Filosofía.

Gabriel Tarde, como la mayoría de los publicistas franceses de su época, y entre ellos Alfredo Fouillé, Durkheim, Izoulet, Worms, De la Grasserie, Bouglé, Palante y el belga De Greef, sin apartarse de sus estudios predominantemente objetivos, no circunscribió su actividad a una sola de las disciplinas que suelen englobarse en la Sociología. Antes al contrario, como se advierte al enunciar los títulos de sus libros, la obra de Tarde abarcó una vasta extensión del campo, relativamente inexplorado, de la indagación social.

He aquí sus libros: Contes et poèmes (1879); La criminalité comparée (1886)—obra de pequeñas dimensiones, pero importantísima por la documentación que contiene y que fué vertida al castellano por el profesor Adolfo Posada—; Les lois de limitation (1890)—que es el más notable de sus libros y el que la crítica dijito de fundamental—; La Philosophie pénale (1890); Les transformations du droit (1892); Etudes pénales et sociales.
(1892); La logique sociale (1894)—uno de sus ensayos más concienzudos—; Essais et mélanges sociologiques (1895); Fragment d’histoire future (1896 y 1904); La criminalité professionelle (1897); L’opposition universelle (1897)—ensayo de una teoría de los elementos contrarios—; Etudes de Psychologie sociale (1898); L’opinion et la Foule (1901)—volumen que reviste excepcional interés por la novedad y la agudeza de las observaciones— y, por fin, Psychologie économique (1902).

Lo más sobresaliente de Tarde, aquello que imprime un sello más personal a su concepción, es la analogía que encontró entre el organismo psíquico individual y el organismo colectivo y, especialmente, al poner de manifiesto la acción y la influencia que ejerce la imitación. En este aspecto, en el que reveló agudeza de percepción, trató de fundamentar todo el edificio de su sistema sociológico, consiguiéndolo en parte, y a ello principalmente debió su fama como tratadista, si bien algunos de los principios sustentados por el egregio publicista francés no los ha considerado la crítica como suficientemente comprobados porque en Tarde, como en tantos otros sociólogos, el teorizante ofuscó al científico. No sería, sin embargo, lícito negar que poseía excelentes cualidades de observador y que ensamblaba sus inducciones con dialéctica y que al exponer su doctrina evidenció dotes poco comunes de escritor que dominaba en absoluto el tecnicismo y poseía una facilidad envidiable para seriar los argumentos.

Gabriel Tarde falleció en París en 1904, en plena actividad productora, significando su muerte para Francia y para la cultura contemporánea una pérdida muy sensible, pues espíritus superiores como el suyo, que llegó a los lindes de la genialidad, sólo raramente aparecen en la historia de las naciones. A pesar de la variedad de temas y de la diversa rotulación de sus libros, éstos guardan entre sí perfecta relación, obedeciendo a un plan desarrollado con método. Tarde fue un innovador y su concepto de la interpsicología—término que él creó, prefiriéndolo al de psicología social, tal vez porque expresa con más propiedad lo que hace referencia a la psiquis en su aspecto comparativo de los agregados sociales—fué un acierto.

En la obra total de Tarde, el escritor supera, en mi sentir, al pensador, porque el artista se impuso al so-
ciólogo en muchas ocasiones. Su ingenio fértil, su técnica admirable para estructurar los libros, valen infinitamente más que la doctrina en sí, en la que la forma es superior al contenido. No deja de ser paradójico que un tratadista que estudió a fondo los arduos problemas del efecto nefasto de la sugestión en la muchedumbre, no pudiera substraerse a actuar también como sugestionador, porque su estilo ampuloso y elocuente, más que convencer, sojuzga. Más que una función docente, realizó Tarde, con su obra, un gran influjo sugeridor. De todas suertes, es innegable que algunos de sus libros fecundan el pensamiento y sirven a maravilla para iniciarse en los estudios sociológicos, porque están bellamente escritos y son amenes.
GIACOMO BARZELLOTTI

En España es poco menos que ignorada la personalidad de este ilustre publicista, que se ha distinguido como filósofo, pedagogo y crítico. Y este hecho nos da la medida de nuestro desconocimiento de la producción intelectual italiana, pues no se comprende que un escritor del positivo valor científico de Barzellotti no haya tenido en nuestro país la consideración que merece por sus trabajos de investigación y por su obra de erudito. Pero no es de extrañar que hasta nosotros no llegasen los ecos de lo que representa Barzellotti, por cuanto tampoco es conocida aquí la producción de Gaetano Negri, el eminente historiógrafo y crítico, ni la de Carlos Canto, el egregio tratadista de Filosofía y uno de los autores que en Italia han estudiado la concepción kantiana con más profundidad. En ciertos aspectos, Italia está para nosotros casi por descubrir, ya que tan sólo hemos seguido a distancia y con intercurrencias la germinación ideológica de la nación hermana en raza. Hecha excepción de Pedro Dorado Montero, que en su libro El positivismo en la ciencia jurídica y social italiana, bosquejó las distintas corrientes del pensamiento filosófico en el país del Arte, ninguno de nuestros intelectuales ha dedicado su atención a examinar los avances de las escuelas filosóficas en Italia. ¿Qué tiene, pues, de extraño, que el nombre de Barzellotti apenas sea conocido entre nosotros? Y, sin embargo, en su país no sólo representa una individualidad potente, sino que ha encarnado una dirección intelectual que ha ejercido una relativa influencia en la actividad social, contribuyendo eficazmente al resurgimiento de la nacionalidad.
Barzellotti nació en Florencia en 1844, siguiendo la carrera de Letras y Filosofía en la Universidad de Pisa, donde se doctoró en 1867. En poco tiempo conquistó renombre, incluso entre sus maestros, por sus grandes condiciones de pedagogo y de expositor, siendo nombrado profesor de Filosofía en el Liceo Dante, de Florencia, cargo que desempeñó en 1879 y 1880. Poco después, fue profesor agregado de Historia de la Filosofía en la Universidad de Roma y de 1882 a 1883 explico Filosofía Moral en la Universidad de Pavía, pasando de nuevo en 1886 a la Universidad de Roma, en la que dió un curso de Historia de la Filosofía.

De 1887 a 1890 ocupó la cátedra de Filosofía Moral en la Universidad de Nápoles y desde 1897 viene desempeñando por tercera vez la cátedra de Historia de la Filosofía en la Universidad de Roma.

Barzellotti se ha distinguido siempre por su espíritu conciliador y armónico. Su temperamento equilibrado le llevó constantemente a rechazar todas las exageraciones. De ahí que rehuiera siempre la crítica unilateral basada en los prejuicios de escuela y las sugestiones de la moda, que en el orden intelectual, como en las demás manifestaciones de la actividad, deja sentir en no pocas ocasiones sus efectos, desviando momentáneamente el proceso de las ideas y de las normas éticas.

Barzellotti es discípulo del célebre Augusto Comte y, juzgando su obra superficialmente, diríase que es un positivista a la manera del famoso tratadista francés; pero, examinando a fondo la doctrina del eminente filósofo italiano, obsérvese el influjo poderosísimo que ejercieron en su ánimo, de una parte, el positivismo inglés y especialmente Herbert Spencer, Stuart Mill y Huxley, y, de otra, Taine, por quien sintió una gran admiración, hasta el punto de haberle dedicado un libro que es el análisis acaso más concienzudo que se ha hecho de la personalidad y de la obra del insigne crítico francés. Este ensayo de Barzellotti, al ser traducido al francés en 1900, fue calificado de profundo y genial, porque su autor acertó a señalar la originalidad de Taine, ponderando su potencia intelectual, tanto por su clarividencia como por haber sintetizado no sólo el alma francesa, sino todas las características del espíritu latino. Barzellotti señalaba magistralmente la luminosidad
y la visión penetrante de Taine al asimilarse, dándoles nueva forma, las ideas de la escuela histórica alemana. Este ensayo valió a Barzellotti elogios de varios escritores franceses.

La imparcialidad que reveló Barzellotti al juzgar las concepciones filosóficas y literarias, no fué bien comprendida por alguno de sus compatriotas, que, confundiendo la severidad analítica y la objetividad en la investigación con el eclecticismo, lo compararon con Victor Cousin, que, como es sabido, fué el sustentador de esta última escuela en Francia. Acaso reputaron de ecléctico a Barzellotti determinados críticos italianos, por la predilección que en todas sus obras ha evidenciado al tratar de compaginar las inducciones más audaces de los positivistas con su devoción especulativa. Lo cual, débese a que Barzellotti sintió en su juventud una viva admiración por Schopenhauer y a que en la mayoría de sus libros se advierte un vive interés por ensamblar la austeridad de los estudios filosóficos con sus aficiones poéticas. De suerte que a Barzellotti se le debe considerar como un pensador independiente, a quien no es posible encajar en ninguna escuela determinada, pero que, sin embargo, su espíritu abierto y su entusiasmo por la ciencia le llevaron a ser un defensor acérrimo del método inductivo.

Sus libros más importantes, son: *Dottrine filosofiche di Cicerone*, tesis del doctorado que dedicó al filósofo Terencio Mamiani (1867); *Sopra alcuni temi di Letteratura e di Filosofia* (1869), *La Morale nella Filosofia positiva* (1871), que fué traducida al inglés y publicada en Nueva York en 1878; *La Letteratura e la Rivoluzioni in Italia avanti e dopo il 1848 e 1849* (1875); *Dell'animo di Michelangelo Buonarroti* (1875); *Delle principali forme in cui il problema della Libertá umana si presenta nello svolgimento storico della Filosofia* (1875). *La critica della conoscenza e la Metafisica dopo il Kant* (1878-79); *La Filosofia in Italia* (1879); *La nuova scuola del Kant e la Filosofia scientifica contemporanea in Germania* (1880); *L'idealismo di A. Schopenhauer e la sua dottrina della percezione* (1882); *Santi, solitari e filosofi* (1886), libro hermoso, interesante y repleto de datos que revelan sagacidad, penetración psicológica y conocimiento profundo de las anomalías del carácter; *La Basilica di San Pietro e il Papa-
Santiago Valenti Camp

to dopo il Concilio di Trento (1882), admirable estudio histórico; Le condizioni presenti della Filosofia e il problema della Morale (1881); David Lazzaretti (1885), breve y originalísimo estudio de la embriología de los fenómenos religiosos, que valió a Barzellotti innumerables de artículos lúdatorios de los críticos más eminentes, entre ellos Renan, Maupassant y Ribot, y que fue incluido en el Indice y considerado herético por la Prensa ultramontana italiana; Ipólito Adolfo Taine (1895), obra traducida al francés en 1900; La Filosofía de F. G. Nietzsche (1900), y Dal Rinascimento al Risorgimento (1909).

Además de los libros citados, ha escrito Barzellotti un sinnúmero de folletos, ensayos y artículos de revista, colaborando asiduamente en la Nuova Antologia y en otras publicaciones italianas y extranjeras. Patriota convencido, ha contribuido con su esfuerzo a elevar el nivel de cultura de Italia, siendo nombrado por el Gobierno individuo del Consejo superior de Instrucción pública y tomando parte en las discusiones y polémicas entabladas acerca de los problemas de enseñanza. Puede decirse que Barzellotti ha orientado a la opinión pública con su claro juicio, poniendo de manifiesto que el peor de las males de la Italia actual, es el analfabetismo, que, singularmente en el Mediodía, reviste graves proporciones, dando por resultado que aquella nación ocupe uno de los primeros lugares en la estadística de la criminalidad de sangre. El anhelo de Barzellotti, de redimir a Italia de tan terribles azotes sociales, le impulsó a escribir varios artículos de carácter sociológico, los cuales vieron la luz en los más importantes periódicos de Roma. En algunos momentos, cuando creyó que peligraba la prosperidad de su patria, abandonó sus estudios y desde la tribuna pública enardeció a la muchedumbre con su palabra brillante y fogosa.

En el último Congreso de Filosofía celebrado en Roma en 1910, ocupó la presidencia, pronunciando un discurso notabilísimo acerca de las corrientes filosóficas que hoy privan en Alemania, Francia, Inglaterra y los Estados Unidos.

Si Barzellotti, en vez de ser italiano, fuera francés, habría su fama extendido por el mundo entero; pero ha tenido que luchar con el inconveniente insuperable de que hasta hace muy poco el idioma italiano no había conseguido la internacionalidad científica.
La ideología española contemporánea, es indudable que quienes contribuyeron más directamente a orientarla, fueron los krausistas, que durante más de medio siglo han representado una corriente integralmente renovadora de la vida de nuestro país. A medida que transcurre el tiempo, se agiganta la labor de don Julián Sanz del Río, don Fernando de Castro, don Francisco Giner de los Ríos, cuya muerte constituyó un duelo nacional, Sales y Ferré, González Serrano, Leopoldo Alas y tantos otros varones insignes que en la cátedra, el libro, la acción social y aun la política, tanta y tan beneficiosa influencia ejercieron en la cultura patria.

La crítica española, si en alguna ocasión ha pecado de injusta, ha sido al valorar la significación que tuvo en nuestra cultura la personalidad del insigne Sanz del Río. En los Diccionarios biográficos y Enciclopedias de carácter general, sólo se mencionan algunos datos, harto incompletos, acerca de la vida y de la obra del famoso filósofo castellano, que fué, por así decirlo, uno de nuestros primeros espíritus europeizadores en la primera mitad del siglo pasado. Las dos últimas generaciones intelectuales tuvieron un concepto erróneo, insuficiente y mezquino, de lo que representó en la vida del pensamiento español el señor Sanz del Río, y hasta hace próximamente ocho años, con ocasión de celebrarse el centenario de su nacimiento, no se había publicado un estudio biográfico completo del importador del krausismo en España.

Don Julián Sanz del Río nació en Torrea de Arévalo (Provincia de Soria) el 10 de Marzo de 1814. Era hijo de
una familia de humildes labriegos que apenas tenían lo indispensable para atender a las más apremiantes necesidades de la vida. El hermano de su madre, don Fermín, virtuoso sacerdote, lo acogió bajo sus auspicios, encargándose de su educación. Cuando Sanz del Río contaba diez años quedó huérfano de padre, trasladándose con su tío a Córdoba, donde cursó latín y humanidades. Siempre bajo la tutela de don Fermín, que era prebendado en aquella ciudad andaluza, siguió tres cursos de Filosofía, de 1827 a 1830, en el Seminario Conciliar de Santa Pelagia. Tales estudios equivalían en aquella época a la actual segunda enseñanza de los Institutos. De 1830 a 1833 estudió Sanz del Río tres cursos de instituciones civiles en el colegio del Sacro Monte de Granada, obteniendo el grado de bachiller en aquella universidad. En 1834 cursó el cuarto año de Instituciones, el primero de Canónicas y el grado de bachiller en Cánones en la Universidad de Toledo. En 1835 y 1836, instalado de nuevo en Granada, siguió el sexto y séptimo años de Cánones en el Sacro Monte, recibiendo los grados de licenciado y doctor en la Universidad de aquella población. En el último de los citados años fué nombrado catedrático de Derecho romano y presidente de Leyes en el referido Colegio. De 1836 a 1838 siguió Sanz del Río el sexto y séptimo años de Jurisprudencia civil en Madrid, a donde había sido trasladada en 1836 la célebre Universidad de Alcalá. En 1840, mediante oposición, gratuitamente por ser pobre, y con la calificación de sobresaliente, obtuvo la licenciatura en Jurisprudencia y poco después el grado de doctor en la propia Facultad. De 1840 a 1843 desempeñó el cargo de substituto pro Universitate del sexto año de leyes, ejerciendo a la vez la abogacía. Uno de sus amigos y condiscípulos, don Ruperto Navarro y Zamorano, yerno del famoso político y orador progresista don Joaquín María López, tradujo y publicó en 1841 la primera edición del curso de Derecho Natural, de Enrique Ahrens, que este célebre jurista alemán había dado a la estampa en francés en 1830, a título de resumen de las lecciones que desde 1834 explicaba en la Universidad de Bruselas.

Algunos biógrafos de Sanz del Río se han preguntado si esta traducción castellana de la obra de Ahrens debió a la iniciativa del que con el tiempo habría de ser
uno de los tipos representativos de la mentalidad filosófica hispana. No se ha podido dilucidar la influencia que cerca de Navarro Zamorano tuviera Sanz del Río; pero parece indudable que este insigne pensador y sus amigos llegaron a constituir un núcleo de personalidades ilustres y de espíritu cultivado que por aquel tiempo se interesaron por cuanto guardaba relación con los problemas éticos y de Filosofía política. Entre otros, formó parte de aquel grupo de laborantes don José Alvaro de Zafra, que como Navarro Zamorano, pertenecía al partido progresista y fue diputado a Cortes. Este luchador falleció siendo relativamente joven, habiendo colaborado en la *Enciclopedia Jurídica* que por aquel entonces se publicaba bajo la dirección del reputado jurisconsulto don Lorenzo de Arrazola que fue ministro con los moderados. Alvaro de Zafra y Arrazola tradujeron al castellano la *Enciclopedia Jurídica* de Falck, que vio la luz en 1845.

Sanz del Río había solicitado en 1840, sin poderlo conseguir, que le fuese encargada con carácter interino la cátedra de Filosofía Moral que quedara vacante en la Universidad de Madrid por haber pasado su titular a la magistratura. En 1841 Sanz del Río elevó al ministerio de la Gobernación, de cuyo departamento dependía a la sazón la Instrucción pública, un proyecto de establecimiento de una cátedra de Derecho en la que se refundieran el Derecho Natural, los Principios de Legislación Universal y los de Derecho Público general. Es de advertir que en la redacción de aquel proyecto revelaba Sanz del Río un profundo conocimiento de la lengua alemana, de la literatura filosófico-jurídica germánica en este orden de estudios y una franca inclinación hacia la doctrina de Kant. Afirma uno de los biógrafos de Sanz del Río que tal vez a un deseo del grupo de amigos suyos se debió que el libro de Ahrens llegase a conocimiento del famoso profesor español allá por los años de 1837 a 1840. También parece que la lectura del curso de Derecho Natural de Ahrens despertó en el espíritu de Sanz del Río no sólo el deseo de aprender el alemán, sino el propósito de dar a conocer en España la filosofía jurídica alemana. Al discutir acerca del kantismo y de la concepción Krausiana, estudió Sanz del Río las tres direcciones que por aquella época predominaban en la Filosofía del Derecho, o sea la
teológica; la histórica y la individualista del siglo XVIII, y dentro de ellas las teorías de Hugo, Fries, Stahl, Hegel y otros. A la vez citaba Sanz del Río las dos traducciones de Folck y Ahrens, esta última, en aquella fecha, todavía en curso de publicación. Añadía Sanz del Río que para la creación de la nueva cátedra estimaba que debía atenderse a la formación de un personal adecuado.

En 1842 el claustro universitario y el rector, don J. Gómez de la Cortina, aplaudieron en sus informes el proyecto y demostraron sentir por el autor un gran aprecio. No obstante ser Sanz del Río muy joven, recomendáronlo para que desempeñase la interinidad de la nueva enseñanza. Don Manuel José Quintana, presidente a la sazón de la Dirección general de estudios, en un dictamen que, según parece, redactó por su propia mano, dió su aprobación al proyecto, considerando que la nueva cátedra debía formar parte de los estudios del doctorado en Derecho que todavía no se habían establecido, aunque existía el grado.

A consecuencia de la agitación política que durante aquellos años inflamó el espíritu público, los gobernantes no pudieron preocuparse de las cuestiones de enseñanza y el proyecto no llegó a prosperar. Por aquel tiempo don Julián Sanz del Río compartió su actividad intelectual entre los trabajos literarios y filosóficos y la enseñanza privada, dirigiendo la educación de dos jóvenes de familia distinguida, don Frutos y don Ramón Alvaro Ruiz, a los que después dedicó su traducción del libro de Weber.

En 1843, don Pedro Gómez de la Serna, siendo ministro del Gabinete Gómez Becerra, al acometer la reorganización de la Facultad de Filosofía, nombró a don Julián Sanz del Río catedrático interino de historia de esta ciencia, confiándole el encargo de estudiar el estado de tales conocimientos en las Universidades extranjeras durante los dos años que tardaría en abrirse la matrícula de dicha asignatura según el nuevo plan. Por indicación de don José de la Revilla, padre del malogrado filósofo positivista y crítico eminente don Manuel, eligió la Universidad de Heidelberg, en la cual, a mediados del siglo pasado, enseñaban algunos de los más reputados discípulos de Krause, entre ellos el naturalista y metafísico Leonhardi, el jurista y penólogo Röder y Schlieg-
hake. Durante su estancia en Alemania, Sanz del Río trabó amistad afectuosa con los insigne historiadores Gervinus, Weber, Schlosser y otros.

Al año y medio de haber fallecido en Toledo su tío Fermín, que a la sazón era canónigo de aquel cabildo, volvió Sanz del Río a España, permaneciendo en la imperial ciudad una larga temporada, después de renunciar a terminar su comisión en el extranjero. Sus biógrafos no han logrado reunir datos que permitan creer que regresara a Alemania hasta 1863-1866, en que parece probable que estuvo en Praga, en cuya Universidad profesaba su antiguo maestro Leonhardi, con quien había trabado relaciones de amistad cuando el profesor alemán desempeñaba una cátedra en Heidelberg. Sanz del Río, poco después de crearse en 1845, en virtud de una nueva reforma, la cátedra de ampliación de Filosofía, fue nombrado en propiedad para desempeñarla; pero rehusó el nombramiento por estimar que no se hallaba en condiciones para aceptarlo por no haber terminado sus estudios y no considerarse, por lo tanto, suficientemente preparado. El ministro señor Pidal accedió a los deseos de Sanz del Río, pero entendiendo que la renuncia había de revestir carácter absoluto. Sanz del Río, para continuar sus estudios, retiróse a Illescas, donde vivían sus dos hermanas. Allí compartió su vida sencilla y austera con sus estudios e investigaciones, alternando el trabajo con las excursiones por el campo, pues siempre sintió un gran amor por la Naturaleza. De Illescas se trasladaba una vez al mes a Madrid, donde solía permanecer varios días, visitando con preferencia a don Simón Santos Lerín, que con el tiempo fue un famoso abogado, el cual logró congregarse a su alrededor a un grupo de jóvenes entusiastas de la Filosofía. Entre los asistentes, además de Navarro Zamorano y Alvaro de Zafra, figuraban Manuel Ruiz de Quevedo, Luis Entrambasaguas, Manuel Ascensión Bertosa, Francisco Calloso Larrúa y el que más tarde fue ministro de la República, Eduardo Chao. En aquellas reuniones se conversaba acerca de los problemas filosóficos, habiendo sido aquel núcleo el origen del Círculo Filosófico y Literario, que tanto prestigio llegó a adquirir y tanta influencia ejerció en la juventud intelectual.

Durante aquella época escribió Sanz del Río su Metafísica Analítica, primer esbozo acerca del Sistema de la filosofía de Krause, que comenzó a imprimir en 1849,
viéndose en el caso de tener que solicitar que el Gobierno le subvencionase para poder terminar la publicación, sin que fuera su súplica atendida.

En 1853, considerándose ya suficientemente preparado, pidió que se le concediera la cátedra de ampliación de Filosofía que se le había otorgado ocho años antes. Como méritos contraídos presentó la versión castellana de la *Historia Universal*, de Weber, de la que llevaba publicados por suscripción popular, desde 1851, el tomo primero y parte del segundo, considerablemente ampliados, con introducciones, observaciones críticas, suplementos especiales acerca de España, etc.; el *Manuscrito de una teoría de las sensaciones*; la versión al castellano de la *Psicología*, de Ahrens; la refundición de *El ideal de la humanidad* de Krause, como ampliación práctica de la doctrina de este filósofo a la vida; la de una *Historia de la literatura alemana*, hecha sobre la obra clásica de Gervinus, y el *Compendio de Historia Universal*, de Weber, con notas comparativas de nuestra Historia; *Un estudio acerca del concepto, división y relaciones de las ciencias de la Naturaleza*; los Resúmenes de sus lecciones y de las sesiones filosóficas celebradas con sus amigos en el domicilio de don Simón Santos, y, por fin, algunos artículos publicados en el *Semanario Pintoresco Español*.

Los acontecimientos desarrollados en 1854 obligaron a Sanz del Río a interrumpir la impresión del libro de Minutoli intitulado *España y sus adelantos hasta 1856*, cuya traducción, terminada por completo, ya había entregado a las cajas. Llevado de su gran modestia, pidió que fueran examinados por personas competentes todos sus trabajos, por si se les podía considerar como méritos para ser repuesto en el profesorado. El Consejo de Instrucción pública creyó atendible la petición, declarando que Sanz del Río debía volver a la cátedra. Así fué cómo en 1854 reanudó el ilustre filósofo sus enseñanzas, ocupando la cátedra que entonces se denominaba de Ampliación de Filosofía y su Historia, y que se cursaba en el preparatorio del Doctorado. Teniendo en cuenta sus merecimientos, la superioridad confió también a Sanz del Río la cátedra de Historia crítica y filosófica de España, cuyo profesor titular era Eugenio Moreno López, a la sazón director de Instrucción Pública, a quien con el tiempo hubo de suceder don Emilio Castelar.
De 1854 a 1860, Sanz del Río recibió por fórmula los grados de licenciado y doctor en su Facultad, publicando durante aquel período, en varias Revistas, ensayos y artículos dedicados a estudiar la personalidad de Kant y Krause, la literatura alemana, el Renacimiento de los siglos XV XVI, una Antología de Moral, varias tesis de Filosofía, opúsculos y con regularidad algunas de las lecciones que explicaba en cátedra. En la apertura del curso académico de 1857-58 tuvo a su cargo el discurso inaugural de costumbre, desarrollando como tema “La obra moral y científica de la Universidad’. Por aquella fecha, le había sido encargada una tercera cátedra: la de Literaturas Germánicas, que, según alguno de sus biógrafos, dominaba el docto maestro a la perfección. El discurso universitario de Sanz del Río motivó que se acentuara la campaña que contra él realizaba desde hacía algunos años el periódico carlista *La Esperanza*, que dirigía don Pedro de La Hoz. Los elementos ultramontanos comentaron con violencia las notas y los suplementos que Sanz del Río había puesto a la Historia de Weber, siendo instigadores de aquella campaña Ortí Lara, Torre Vélez y otros publicistas, que entonces constituían el núcleo neo-católico derivado de Donoso Cortés y que tenían como órganos en la Prensa, entre otros periódicos, *El Pensamiento Español, La Regeración y La Esperanza*, ya citado.

A la cátedra de Sanz del Río asistían, juntamente con los alumnos, gran número de escritores, académicos, catedráticos, políticos y, en general, cuantos se interesaban por los problemas de la cultura superior. En sus explicaciones eliminaba cuanto tuviera relación con las cuestiones políticas y religiosas, siendo su única preocupación el infundir entre sus discípulos el ansia de investigar y el dar a conocer en España las corrientes ideológicas que predominaban en las naciones del Continente. Fueron alumnos de Sanz del Río, en su primera época, entre otras personalidades distinguidas, Luis María Pascual, ex ministro del partido moderado; Agustín Pascual, inspector de ingenieros de montes; Ruiz de Quevedo, con los demás concurrentes a la tertulia filosófica, y Fernando de Castro, ya profesor en la Facultad de Letras de Madrid. Después desfilaron por la cátedra de Sanz del Río, entre otros hombres eminentes, Francisco de Paula Canalejas, Emilio Castelar, Fernández Ferraz, Fernández y Gonzá-
80 Santiago Valenti Camp

lez, que después fue rector de la Universidad de Madrid, y Miguel Morayta.

En la década de 1860 a 1870, fueron discípulos de Sanz del Río, Federico de Castro, Juan Uña, Romero Girón, Ríos Portilla, Nicolás Salmerón, Segismundo Moret, González Garbín, Moreno Espinosa, Francisco Giner de los Ríos, su principal continuador; José María Maranges, Sáinz de Rueda, Hermida, Matilla, Gumersindo de Azcárate, Luis Vidart, Jiménez Vargas (el actual marqués de la Merced), Sales y Ferré, Tapia, Carmona y Manuel María del Valle. La mayoría de ellos, hombres insignes que ocuparon elevados puestos en el profesorado y en la política, asistieron a la cátedra de Sanz del Río durante varios cursos, sin haber sido en gran parte alumnos oficiales o habiendo ya dejado de serlo. Y es que todos reconocían el valor intelectual del maestro, considerándole como el importador en España de las nuevas corrientes del pensamiento europeo.

Por los años de 1860 a 1864 la labor científica y educativa de este insigne maestro llegó a adquirir una gran importancia, siendo objeto de amplia discusión en el Círculo Filosófico y en el Ateneo de Madrid. Tomaron parte en las controversias los hombres que gozaban de una mayor reputación, distinguiéndose especialmente el célebre Moreno Nieto. En 1865, al ser incluido en el Indice romano El ideal de la Humanidad para la vida, de Krause, que Sanz del Río había adaptado con gran solicitud y de un modo completamente personal para que fuera comprendido por nuestro público; recrudeció la campaña que los elementos altramontanos realizaban desde hacía algún tiempo, porque vieron en la labor de Sanz del Río y sus discípulos el sentido laicista y de emancipación de la conciencia, que fue uno de los objetivos principales que se impuso el esclarecido pensador castellano.

En un principio, la actuación de los elementos hostiles a Sanz del Río revistió un carácter predominantemente intelectual y se discutían las doctrinas con relativa buena fe, sin apelar en ninguna ocasión a la injuria y al dictadurio; pero bien pronto variaron de táctica, recurriendo a los procedimientos más incorrectos, y algunos periódicos, especialmente El Pensamiento Español, publicaron violentísimos artículos contra Sanz del Río. Puede decirse que los elementos ultramontanos, olvidando la cortesía y el respeto que merecía una personalidad de la alteza
Ideólogos, Teorizantes y Videntes

de pensamiento y de tan acrisoladas virtudes como Sanz del Río, realizaron todo género de gestiones para crear un ambiente por completo adverso al importador del Krausismo y a sus compañeros y amigos. La campaña adquirió entonces un carácter pura y exclusivamente político y religioso, y en vez de razonar serenamente, los neocatólicos pidieron que fueran expulsados cuantos profesores eran considerados como heterodoxos y, sobre todo, Sanz del Río, que era el portavoz y la figura preeminente del movimiento filosófico-científico renovador y constructivo.

El diputado D. A. M. de Luarca, hizo en el Congreso una interpelación, en virtud de la cual la cruzada contra Sanz del Río adquirió estado parlamentario. Los corifeos de la reacción siguieron apremiando al Gobierno, y después de haber sido expulsado del profesorado universitario don Emilio Castelar, a pesar de la protesta vigorosa de algunos catedráticos, que mantuvieron los fueros de la independencia del pensamiento, consiguieron que otros menos esforzados suscribieran exposiciones de adhesión a la reina, que a la sazón había sido objeto de determinados ataques por parte de algunos importantes órganos de la Prensa extranjera.

En 1867 los elementos ultramontanos encontraron, en la persona del ministro de Fomento don Manuel de Orovio, un instrumento dócil para sus maquinaciones en contra de la libertad de la cátedra. Este hombre funesto dispuso que se formase expediente contra Sanz del Río primero, y poco después contra sus compañeros don Fernando de Castro, don Nicolás Salmerón y algún otro, exigiéndoles una profesión de fe política, religiosa y dinástica a la cual hubieron de negarse, tanto porque re- pugnaba a su conciencia como porque las leyes les amparaban. Pero Orovio, que era un sectario y no había de retroceder, porque carecía de escrúpulos y estaba familiarizado con la arbitrariedad, separó de su cátedra, en el citado año, a Sanz del Río, como había hecho anteriormente e hizo después con otros prestigios de la enseñanza universitaria.

En el extranjero, la airada medida de Orovio, sancionada por una gran parte de los elementos conservadores, fue recibida con asombro, y entre las manifestaciones de simpatía que se tributaron en aquella ocasión a Sanz del Río distinguióse la de la Universidad de Heidelberg,
Santiago Valenti Camp

que dirigió al ilustre perseguido un mensaje redactado en términos afectuosísimos y suscrito por 63 profesores y publicistas, figurando entre ellos algunas de tantas celebridad como Wundt, Zeller, Gervinus, Helmholtz, Bluntschli, Oncken, Bunsen, Schosser, Kirchhoff y otros. La protesta de los profesores alemanes causó viva impresión, porque constituía un homenaje al que se asociaron personalidades de reputación universal, sin distinción de filiaciones, ya que unos eran católicos, otros protestantes y no pocos librepensadores. El Congreso de filósofos, reunidos a la sazón en Praga, dirigió también a Sanz del Río un mensaje de cariñoso admiración, protestando del atropello de que había sido víctima.

En 1868, el Gobierno surgido de la Revolución, comprendiendo la brutal injusticia cometida por los reaccionarios, repuso a todos los profesores en sus respectivas cátedras y para desagraviar a Sanz del Río le confirió el cargo de rector de la Universidad Central, que el insigne maestro rehusó por motivos de delicadeza. Si en la vida pública hubo de sufrir Sanz del Río contrariedades y amarguras sin cuento, en el orden privado tampoco la fortuna le acompañó. En 1856 contraído matrimonio don Julián en Illescas con doña Manuela Jiménez, 'la cual' falleció tres años después, sin dejarle sucesión. En 12 de Octubre de 1869, a la edad de 55 años, moría el egregio maestro en Madrid, minada su vida por un intenso trabajo intelectual y por la inclemencia del medio moral, que tantos sinsabores le había ocasionado.

Sanz del Río no pudo ser testigo de la obra renovadora que iniciara en la Universidad madrileña su íntimo amigo y leal compañero don Fernando de Castro, que al frente del rectorado acometió una labor realmente admirable, no sólo en la Universidad, sino en la acción social, al fundar la Asociación para la Enseñanza de la Mujer, que todavía subsiste. Los discípulos, amigos y admiradores de Sanz del Río y el entonces ministro de Fomento don José de Echegaray, cumpliendo la última voluntad del gran apóstol del racionalismo español, acompañaron sus restos al mezquino y abandonado recinto libre que hacía las veces de Cementerio civil. Su compañero Ruiz de Quevedo, al arrojar la primera paletada de tierra en la fosa, pronunció una elocuente oración fúnebre, haciendo honor a la sabiduría y las virtudes que ate-
soró Sanz del Río y terminando con esta frase: "Toda la tierra es bendita."

En su testamento había dispuesto Sanz del Río que su biblioteca, nutrida de obras selectas, fuera donada a la Universidad de Madrid y que con las rentas del capital que había conseguido reunir con un método de vida sencillo, se crease una cátedra libre para la enseñanza de la Filosofía. El primer profesor titular de esta cátedra fue uno de los discípulos de Sanz del Río, don Tomás Tapia, y al fallecer éste, en 1884, le sustituyó don José de Caso, eminente pedagogo y devoto apasionado de su maestro. En distintas ocasiones el señor Caso, trabajando sobre los manuscritos de Sanz del Río, libró del olvido algunos de los trabajos hechos en la cátedra por el fundador del krausismo español. Entre ellos es digno de mención el intitulado *Análisis del pensamiento racional*, que tomara de las notas redactadas por varios alumnos durante el curso 1862-63. Un fragmento de este estudio apareció formando el volumen IX de la Biblioteca Filosófica Económica, que editó otro krausista benemérito: el notable escritor Antonio Zozaya, con el título de *El idealismo absoluto*. En la misma Biblioteca se publicó en 1904 la tercera edición de *El ideal de la humanidad para la vida*, de Krause, refundido por Sanz del Río.

Lo esencial del pensamiento filosófico del insigne maestro, a juicio de sus discípulos, hallase no sólo en *El idealismo absoluto*, sino también en la *Análítica* y en las Lecciones sobre el sistema de la Filosofía (1868-69), que a causa de su muerte dejó interrumpidas. Después del fallecimiento de Sanz de Río, su preclaro discípulo don Manuel Sales y Ferré se impuso la tarea improba de ordenar un Manuscrito que apareció en 1877 con el título de *Filosofía de la Muerte*. Es este un trabajo hondo, pero un tanto conceptuoso y algunas veces oscuro. De todas suertes, puede considerarse como una obra de profunda filosofía. En el Boletín de la Institución Libre de Enseñanza corresponsable al año 1878 se publicaron algunos fragmentos de la labor inédita de Sanz del Río.

Además, merecen ser leída la tesis que presentó al doctorarse en Filosofía, intitulada *La cuestión de la Filosofía novísima* (1860), así como el Opúsculo doctrinal de Psicología, Lógica y Ética que comenzó a

BUAH
-imprimirse en 1863 y cuya publicación quedó truncada por causas que se desconocen. Tanto este opúsculo como los programas correspondientes, ofrecen, según un biógrafo de Sanz del Río, un cuadro acabado de lo que hubiera sido la segunda enseñanza en España de haberse orientado tales estudios en un sentido verdaderamente pedagógico.

En varias publicaciones, entre ellas la Revista de instrucción pública, La Razón, y La Española de Ambos mundos, aparecieron ensayos y artículos acerca de distintas cuestiones, en los que se encuentran aspectos y puntos de mira que permiten reconstituir, por lo menos en parte, algunos de los conceptos básicos del pensamiento de Sanz del Río. También en las cartas que dirigiera a don José de la Revilla y a don Francisco de P. Canalejas hay no pocas observaciones y apostillas que ofrecen al lector elementos de juicio para coordinar las ideas filosóficas, pedagógicas y éticas del gran apóstol del racionalismo español. Asimismo quienes aspiren a reconstituir la personalidad entera del fundador del krausismo en España, hallarán datos de inapreciable valor en algunos documentos poco conocidos, por ejemplo, en la defensa de su enseñanza y su derecho, que autografiara o imprimiera, si bien con carácter privado. Especialmente reviste un interés indudable su Carta y cuenta de conducta, que dirigió en 1865 al profesor de Filosofía don Tomás Romero de Castilla y que, con motivo del expediente que se instruyó para separarle del escalafón de catedráticos del Reino, hubo de reiterar en 1867.

Un grupo de discípulos fervorosos autografió en 1864 varias copias de una traducción manuscrita de la segunda parte del Sistema de la Filosofía, de Krause, que Sanz del Río llevó a cabo con la devoción ejemplar que puso en todos sus trabajos acerca del filósofo alemán. Es de advertir que esta parte (Sintética) contiene modificaciones y desarrollos ampliados de la doctrina filosófica y jurídica del pensador tudesco. Aunque varios de los discípulos de Sanz del Río libraron del olvido algunos de los trabajos que dejara inéditos el filósofo castellano publicando, ya redactadas, en forma de notas, las investigaciones acerca de problemas determinados o resúmenes de cursos; quedan todavía por publicar dia-

BUAH
rios de estudios y de su vida y observaciones y glosas de sus lecturas.

Si bien desde la muerte de Sanz del Río hasta la fecha una parte de la crítica española ha rectificado, por lo menos en el detalle, sus juicios acerca de la labor filosófica, moral y, ¿por qué no decirlo?, religiosa del eximio pensador, es indudable que el valor intrínseco de la personalidad de Sanz del Río es sólo conocida de un reducido contingente de españoles. Unicamente el grupo de krausistas a ultranza, familiarizados con el maestro, ha conocido a fondo la significación que éste tuvo en el pensamiento español de la centuria pasada; para la opinión pública, la vida y la obra del filósofo de Torrearévalo permanecen ignoradas. Y esto constituye una injusticia y una ignominia para nuestro pueblo, pues a la esforzada y casi titánica labor de Sanz del Río debióse en buena parte, si no en su integridad, el movimiento operado en España de reconstitución de la vida psicológica en todas las esferas de la cultura superior. Cualquiera que sea el punto de vista en que se coloque el crítico, habrá de reconocer que los nuevos rumbos en la investigación y en la enseñanza débense, especialmente, a la actividad desplegada por el gran maestro y sus discípulos más eminentes. La imparcialidad obliga a poner de manifiesto, de un modo que no ofrezca lugar a dudas, que cuantos tanteos y ensayos pusieronse en práctica entre nosotros para introducir en la didáctica los métodos y procedimientos contemporáneos, fueron debidos al entusiasmo y a la devoción de los pensadores y publicistas afiliados al krausismo. Esta escuela ha ejercido en lo más selecto de la mente hispánica una influencia bienhechora, pues el despertar del espíritu nacional, en cuanto concierne a la indagación y, aunque en menor medida, a la especulación y a la alta crítica, es un testimonio de lo que representó el krausismo, que promovió intensamente las distintas corrientes de la heterodoxia, en su sentido más elevado, amplio y fecundo.

Para valorar objetivamente el alcance que tiene la filosofía krausiana en la actividad intelectual de nuestra raza, precisa, ante todo, rectificar los juicios erróneos y apasionados de Menéndez y Pelayo, que trató despectivamente y con saña a los principales portavoces españoles de este sistema. Basta para ello con señalar la di-
ferencia notoria que existe entre la España anterior a 1860 y la de esta fecha hasta la actualidad. El intenso resurgimiento que tuvo lugar de 1860 a 1875 constituye un timbre de gloria para el krausismo. Desde entonces tranformóse la psiquis española merced a la perseverancia y a la generosidad de espíritu de los hombres que convirtieron la vida docente en un sacerdocio laico.

Tres aspectos reviste la actuación del krausismo en España: el haber infundido en la juventud el noble deseo de inquirir, sin preocuparse de los resultados, es decir, el amor a la investigación misma; el haber dado un contenido moral, altruista, a la existencia individual y colectiva, esto es, el haber proclamado el desinterés como norma de los individuos, buscando en las grandes idealidades el germen de la reconstitución del organismo social con la práctica de las virtudes y tendiendo a convertirlas en patrimonio común, y, por último, el haber sacudido la modorra espiritual para provocar inquietudes y ponernos en contacto con el pensamiento contemporáneo extranjero en todas las ramas del saber.

Por lo que respecta a la enseñanza, la influencia del krausismo ha sido también manifiesta, pues todas las reformas bien orientadas debieronse al espíritu de continuidad y al trabajo esforzado y silencioso de los afiliados a esta escuela en su primer periodo: Sanz del Río, Fernando de Castro, Ruiz de Quevedo, Salmerón Uña, Azcárate, Sales y Ferré, González Serrano, y, sobre todo, a don Francisco Giner de los Ríos; y actualmente Cossío, Rubio, Altamira, Baneños, Besteiro, Navarro Flores, Fernando de los Ríos, y el núcleo de laborantes que proceden de la Institución Libre de Enseñanza, de Madrid.

La figura de don Julián Sanz del Río se agranda considerablemente a medida que transcurre el tiempo. Puede afirmarse que él fué el precursor del movimiento ético-laicista que ha librado a una parte de la mentalidad española del escolasticismo y de la rutina y el fundador y definidor de un amplio sistema racionalista, del cual surgieron más tarde el neokrausismo, el positivismo y el biologismo crítico, así como las nuevas tendencias de resurrección del idealismo dinámico.

Lo más admirable de la obra del filósofo castellano es el sentido crítico y afirmativo que acertó a sugerir a
sus discípulos que son los únicos que han dado al libre examen un criterio sintético y armónico, exento de todo apasionamiento sectario. La grandeza de espíritu y la elevación moral que caracterizaban a Sanz del Río observanse también en los que fueron sus discípulos más insignes, los cuales, fieles a la memoria de su maestro, tuvieron una intensa devoción por sus ideales, una rectitud ejemplar y una gran ecuanimidad que les permitió valorar con estricta justicia la labor de sus mismos adversarios.
JUAN STUART MILL

La mentalidad británica durante el siglo pasado dió a Europa algunas figuras de indiscutible mérito, entre las que descuellan Darwin, Spencer, Bein, Huxley, Grote, Maudsley, Lewes, Bailey, Sigwick, y más recientemente, Clifford, Barratt, Leslie Stephen, Mackenzie, Morley, Bradley, Maxwell, Kidd y en cierto respecto Stuart Mill, que no fué sólo un tipo representativo de la producción psicológica inglesa, sino que su obra filosófica alcanzó la extraterritorialidad y, al difundirse, se impuso en el continente entero, llegando a ser uno de los primeros prestigios de la intelectualidad contemporánea.

Stuart Mill es acreedor a la gratitud de cuantos luchan por los ideales de emancipación, porque, al mismo tiempo que amplió con su clarividencia la esfera del conocimiento, fué un combatiente esforzado, que demostró desinterés y amor sincero hacia la causa de los débiles y los oprimidos.

Nació el insigne pensador en Londres en 1806, hijo de James Mill, el psicólogo y economista que tanta fama conquistó en el primer tercio del siglo pasado. Desde la niñez formóse Stuart Mill en un ambiente de laboreo intelectual, iniciándole su padre en los estudios y sometiéndole a un sistema pedagógico que, al decir de uno de sus biógrafos, pocos padres se atrevieron a emplear por lo arriesgado y peligroso. James Mill cultivó de un modo intensivo las facultades intelectuales de su hijo, y tuvo la inmensa fortuna de alcanzar un éxito colosal pocas
veces registrado, pues pudo haber hecho de su hijo un monstruo por atrofia de los sentimientos al trazarle una orientación unilateral para el desenvolvimiento de la personalidad. Pero el tierno educando, que estaba dotado de una receptividad psíquica enorme y que era un caso de precocidad insólita y de vigorosa constitución física, resistió al principio, admirablemente el rígido sistema impuesto por su padre.

A este propósito, cuenta G. Lyon que a los tres años James Mill hizo aprender a su hijo el inglés, la gramática, la aritmética y listas de palabras griegas; de los cuatro a los siete años, Stuart Mill devoraba cuantos libros de Historia caían en sus manos y a los seis y medio escribió un ensayo de Historia romana, breve compendio de la obra de Hooke y bosquejo asombroso en que revelaba el pequeñuelo una cantidad extraordinaria de lecturas. A la edad de trece años escribió a Samuel Bentham, hermano del célebre filósofo, una carta en la que transcribía una relación de las obras griegas y latinas y de los libros de Filosofía y Ciencia, con que había atiborrado su inteligencia prodigiosa. La potencia retentiva de Stuart Mill sólo ha tenido par en la de Menéndez y Pelayo.

Como no podía menos de acontecer, Stuart Mill, después de haber resistido sin quebrantos durante un largo período aquel trabajo predominantemente intelectual, hubo de experimentar una aguda crisis a consecuencia de la fatiga y su emotividad, que había sido subalternada, quiero recobrar los fueros propios. La narración de este episodio es una de las más significativas y conmovedoras páginas de la vida del filósofo inglés. La juventud del sistematizador de la doctrina liberal no se circunscribió a las lecturas, ya que, llevado de su afán de conocer vis a vis hombres y cosas, viajó por espacio de algún tiempo, visitando en repetidas ocasiones Francia y residiendo algunas temporadas en París, durante las cuales se acrecentó su viva simpatía por la nación vecina. Su predilección por las ideas, las costumbres, y, en general, por la nación francesa, fue tal, que llegó a ser el francófilo más entusiasta y competente de su época.

Comenzó Stuart Mill sus tareas de publicista en 1822, viendo la luz sus primeros ensayos en la revista Traveller. Seguir paso a paso su biografía es poco menos que imposible, pues su obra, profunda y admirable, alcanzó...
proporcionas vastísimas y es sólo comparable a la de Spencer. Las publicaciones inglesas más prestigiosas del primer tercio del siglo pasado disputábanse el honor de contar a Stuart Mill entre sus colaboradores. Sus artículos más notables aparecieron en las publicaciones Westminster Review, Edimburg Review y Examiner, en las que colaboró hasta 1840. En dicho año publicó System of Logic, que en un principio, fué acogido con frialdad y recelo por la crítica y la mayoría de los cultivadores de aquella disciplina. La doctrina de Stuart Mill es indudable que no fué bien comprendida, viéndose obligado el autor, en sucesivas ediciones, a defender sus puntos de mira, al mismo tiempo que rechazaba enérgicamente los ataques de que había sido objeto. En 1848 apareció Principles of Political Economy, uno de sus mejores libros. En 1856, la poderosa Compañía India Housse, a la que desde hacía algunos años prestaba sus consejos, le confirmó la dirección; pero Stuart Mill sólo permaneció al frente de dicha Empresa durante breve plazo, porqué en virtud de un acuerdo del Parlamento fué disuelta la mencionada entidad y sus poderes transferidos a la Corona. Habiéndosele ofrecido un puesto en el nuevo Consejo de administración, lo rehusó porque sus aficiones no se compaginaban con los cargos oficiales.

En 1854 vió la luz el libro que con el tiempo había de ser famoso, Essay on Liberty, y en 1860, Considerations on Representative Government. Al año siguiente, en forma de artículos, publicóse en Fraser’s Magazine su tan citado estudio Utilitarianism. A fines de 1864 escribió dos artículos admirables acerca de la personalidad de Augusto Comte y su sistema filosófico. En la primavera de 1865 apareció Examination of Sir W. Hamilton’s Philosophy, obra de la que se hicieron varias ediciones.

Tres años después dió cima a la tarea de corregir la gran obra de su padre Analyse, que publicó más tarde. A Stuart Mill también le atrajo la política activa. Cuentan algunos de sus biógrafos, y entre ellos el pedagogo Alejandro Bain, que poseía todas las cualidades que
se asignan al orador: pensamiento original, razonamiento vigoroso y una palabra elocuente y vibrante.

De 1865 a 1868 tomó asiento en la Cámara de los Comunes, volviendo luego a la vida de gabinete y consagrando su actividad al problema femenino. Fruto de sus estudios de aquel entonces fue un volumen que se caracteriza por su dialéctica vigorosísima y su estilo elocuente. Se titula *Subjection of Women (La esclavitud femenina)*, que tradujo al castellano la ilustre escritora doña Emilia Pardo Bazán. Este libro es uno de los alegatos más formidables que se han escrito en favor de las reivindicaciones de la mujer.

Además de los libros citados, escribió Stuart Mill *Dissertations and discussions* (1874), *Autobiography* (1873), *Nature the utility of religion and Theism* (1874), y, por fin, *Essays*, que apareció después de su muerte y en el que estudia preferentemente el problema religioso desde distintos aspectos.

En la vida de Stuart Mill influyó por modo poderosísimo la señora Taylor, por la cual sintió primero una simpatía cordialísima y más tarde una pasión avasalladora. Cuando esta dama enviudó, Stuart Mill contrajo matrimonio con ella. El propio filósofo reconoce noblemente la influencia que la señora Taylor ejerció en su espíritu, al referirse a ella en el capítulo tercero de *La esclavitud femenina*.

Stuart Mill fue un lógico insigne, un filósofo de altos vuelos, un economista perspicaz, un educador que conocía perfectamente los procedimientos más adecuados para desarrollar el entendimiento humano y un tratadista de Derecho Público que, anticipándose a su tiempo, columbró no pocas de las conquistas que había de alcanzar la democracia en lo porvenir.

Stuart Mill falleció en 1873 en Avignon, a donde había ido a pasar una corta temporada. Con su muerte desapareció uno de los espíritus más exquisitos y que mayor lealtad evidenciaron durante el último siglo. Su vida, afirma Hoffding, es una fuente de enseñanzas para cuantos aspiran a un ideal y de sus libros surge
una nueva luz intensísima, que ha iluminado los más importantes y trascendentales objetivos del pensamiento humano. Sus conceptos acerca de la lógica inductiva no envejecerán, porque son una admirable síntesis de lo que puede la mente humana al proponerse relacionar los problemas del conocimiento. Sus principios acerca de la ética descansan en los datos de la experiencia contrastados en la piedra de toque de la realidad, y sus juicios respecto de la ética social, el problema femenino, la cuestión social y los problemas religiosos perdurarán asimismo. Actualmente se leen con tanto interés como a raíz de su publicación. En síntesis: la obra de Stuart Mill es imperecedera, porque en ella alienta una idealidad potentísima que ha conquistado la inmortalidad para su autor.
BUAH
A pesar de nuestra vecindad con Francia y de la marcada influencia que secularmente ha venido ejerciendo la nación hermana en el desarrollo de nuestra actividad, tanto en el aspecto psicológico como en el político, económico y social, nuestro conocimiento de la producción intelectual francesa es por demás fragmentario. Aun aquellas de nuestras personalidades que figuran en la vanguardia de la cultura, no han seguido al día las manifestaciones de la mentalidad francesa en toda su extensión. De otra suerte, no se comprendería que la mayor parte, por no decir la casi totalidad, de nuestros críticos, pedagogos, moralistas y psicólogos, al menos los que oficialmente enseñan estas disciplinas en Institutos y Universidades, no hayan hecho referencia a los trabajos del insigne publicista francés Henri Marion.

Nació el docto pedagogo en Saint-Parize-en-Viry (Nièvre), en 1846, y después de seguir en el colegio de Nevers los estudios, que terminó en París, en el renombrado Liceo de Luis El Grande, ingresó en 1865 en la Escuela Normal de la Ville lumière. Tres años más tarde obtuvo el nombramiento de profesor agregado de Filosofía, desempeñando sucesivamente aquella cátedra en los Liceos de Pau (1868), Burdeos (1872), y, por último, en el de Enrique IV, de París (1875). En 1880 alcanzó el grado de doctor en Letras.

Henri Marion, desde muy joven, granjeóse primero la simpatía de sus maestros, y luego, en los establecimien-
tos docentes donde ejerció el profesorado, dejó un recuerdo gratísimo. Era uno de esos temperamentos que atraen y conquistan el afecto de cuantos les tratan. Tanto por su alteza de pensamiento como por su generosidad, Henri Marion cautivaba lo mismo a sus discípulos que a sus lectores. Al exponer las doctrinas lo hacía con profundidad de razonamiento y con palabra insinuante, que revelaban la devoción sincera con que ejercía la labor docente. Cuentan sus biógrafos que Marion cumplía escrupulosamente sus tareas académicas, demostrando por ellas un entusiasmo extraordinario. Era uno de esos ejemplares rarísimos del apostolado pedagógico contemporáneo. Sin duda, por ello llegó a ejercer tanto influencia en Francia entera. Marion fue también muy querido de sus compañeros de profesorado, evidenciándose este afecto en las primeras elecciones de vocales para el Consejo de Instrucción pública que tuvieron lugar en 1880, en que fue elegido en representación de los profesores agregados de Filosofía. En aquella Asamblea desempeñó un importantísimo papel, orientando los debates y acertando a interpretar las aspiraciones de sus colegas. Poco después, al tratarse en Francia de la segunda enseñanza femenina, le fue encomendada la redacción de la ponencia. También contribuyó con su esfuerzo, por aquel entonces, a la fundación de las Escuelas Normales Superiores de Fontenay y Saint Cloud. En aquella, durante los primeros años, explicó cursos de Psicología y de Moral aplicados a la educación. En 1883 se le confió la explicación de un curso complementario de Ciencia de la educación en la Facultad de Letras de París, que convirtióse en una cátedra magistral al cabo de cuatro años. Su paso por aquel centro docente tuvo excepcional importancia, pues Henri Marion dio a conocer los sistemas y métodos implantados en Inglaterra y los Estados Unidos para la educación de los niños y las señoritas, conciliando de modo admirable el aspecto de utilidad práctica de la Pedagogía con la elevación del pensamiento y el sentido realista, que informa la cultura contemporánea. Es indudable que, como pedagogo, Henri Marion fue el importador en Francia de las orientaciones educativas experimentales y que con su ejemplo inició una dirección fecunda en óptimos resultados.
Pero si en la cátedra realizó una obra estimabilísima al acertar a infundir en el ánimo de la juventud estudiosa el entusiasmo por la función docente y entre sus comprofeores el cariño hacia los escolares, como publicista llegó a tener un gran influjo, que se extendió por todos los confines de Francia, irradiando hasta las más apartadas aldeas. La producción intelectual de Marion fue copiosa. Escribió algunos libros que aun ahora, transcurridos más de treinta años, siguen mereciendo los honores de la reimpresión. Entre sus primeros ensayos figuran la monografía *J. Locke, sa vie et son oeuvre, d'après des documents nouveaux* (1878); *Devoirs et droits de l'homme* (1880) y *De la solidarité morale* (1880). Este libro, muy personal, es un notable estudio de honda psicología, en el que se hace un examen completo de la imitación, las costumbres y lo que representan el determinismo y el alcance de la educación. Fué un gran éxito de librería, pues llegaron a hacerse siete ediciones de muchos miles de ejemplares. También pueden considerarse como obras notables desde el punto de vista didáctico, sus otros libros: *Leçons de Psychologie appliquée à l'éducation* (1881) y *Leçons de Moral* (1882). Constituyen la primera los apuntes de los cursos dados por Marion en el Liceo de Fontenay y la segunda ha servido para formar dos generaciones de maestros. En 1892 publicó el volumen *L'Éducation dans l'Université*, libro de un mérito indudable, que contiene estudios de índole analítica, reflexiones profundas y que todo él está escrito con un estilo vibrante, siendo algunos de sus capítulos admirables y sorprendentes por la clarividencia que revelan. En el aspecto patriótico es, tal vez, uno de los mejores bosquejos del intelecto francés.

Además de los libros antes enumerados, merecen ser citados, entre otros trabajos especiales, la ponencia redactada acerca de la enseñanza femenina (1881), su monografía titulada *Le mouvement des idées pedagogiques en France depuis 1870*, que escribió con ocasión de la Exposición Universal de París de 1889, y sus instrucciones en lo que concierne a la disciplina de los centros docentes, insertas en la *Instruction, programmes et règlements*, de 1890, que merecieron grandes elogios de los pedagogos y funcionarios del ministerio de Instrucción pública.
M. A. Dariu, profesor de la Escuela Normal Superior de Sèvres, consiguió de la viuda de Marion permiso para revisar las lecciones dadas por éste en los años 1892, 1893 y 1894 acerca de la educación de la mujer. Publicando luego un volumen que lleva por título Psychologie de la femme, que ha sido considerado como uno de los ensayos más hondos del problema femenino, comparable sólo a los estudios de Secretan y Stuart Mill.

Henri Marion poseía una facilidad asombrosa para escribir y planeaba sus libros, monografías y ensayos con gran rapidez, sin levantar la pluma del papel. Para Marion, todos los aspectos de la vida quedaban subalternados a la producción intelectual y jamás acometió ninguna tarea con otro propósito que el contribuir con generosidad ejemplar a extender la esfera de acción de los conocimientos. Era un devoto apasionado del saber, que no tuvo otro ideal que el de hacer más intensa y más noble la lucha por la cultura... Por esto prestó decidido concurso a los editores que lo solicitaron. Entre otras publicaciones, colaboró en la Encyclopédie des sciences religieuses, en el Dictionnaire de Pédagogie, en la Revue Philosophique, en la Revue Scientifique, en la Revue Politique et Littéraire. Asimismo fue asiduo colaborador de La Grande Encyclopédie, dirigiendo la parte filosófica y educativa y escribiendo los artículos Actividad, Filosofía inglesa y alemana, Amor, Enseñanza en general, secundaria y femenina, Dicha, Belleza, etc.

Las cuestiones de enseñanza fueron los temas preferidos por el malogrado filósofo y pedagogo francés, que falleció en París, en la primavera de 1896, a los 49 años de edad, y cuando había llegado a la plenitud de su vigor mental y se hallaba en condiciones de seguir su obra educadora, que tan provechosa ha sido para Francia.

Marion, no fue sólo un educador eminente, apasionado por la verdad y defensor de todas las innovaciones que habían de mejorar los planes de enseñanza, sino
también un pensador insigne, a ratos original y siem­
pre sincero, que logró (y este es su principal mérito),
conciliar los principios del deber y la libertad moral
con las doctrinas de los panegíristas de la Filosofía na­
turalista. En multitud de ocasiones evidenció su amplia
visión de todos los problemas contemporáneos, logrando
sustraerse a los exclusivismos sectarios, y por esto su
concepción filosófica es una síntesis armónica en la que
se hallan admirablemente fundidas la especulación y
la observación.
BUAH
El ilustre profesor y tratadista salmantino destacóse desde hace más de veinte años, entre la intelectualidad contemporánea por ser uno de los publicistas que había trabajado más seriamente, aportando con sus libros no sólo una gran cantidad de saber, sino también una enorme suma de inducciones obtenidas en la investigación personal y viva. De todos nuestros indagadores, fué Dorado el que poseía una personalidad más acentuada y original. Fué una excepción en esta tierra de vacuidad, literatismo, sequedad de alma y eruditomanía, pues toda su obra se diferencia por la intensa palpitation y por el vigor y la energía. Cuanto salía de su pluma era fuerte y tenía una gran plasticidad; sus ideas son de un valor demostrativo extraordinario. De todos los juristas españoles actuales era Dorado el que ha demostrado mayor capacidad para comprender los problemas filosóficos y sociales de nuestro tiempo y el único que logró sustraerse al misoneísmo, que en España está tan arraigado. Y, en suma, un gran pensador que pudo codearse con las firmas más prestigiosas de Europa.

El insigne maestro, aunque parezca paradójico, era un castellano de pura cepa por su origen. Nació en Navacarros, en un rincón del partido de Béjar, provincia de Salamanca, en 1861. Un accidente desgraciado, sufrido a los cuatro años, le hizo perder el brazo derecho, poniéndole en peligro de perder también una pata. A consecuencia de este grave contratiempo, sus padres, que eran unos humildes labradores, viendo que no podrían dedicarlo a las tareas agrícolas, lo envia-
ron a la escuela; pero como su posición no les permitía sufragar los gastos de la enseñanza, hubieron de gestionar el ingreso del niño en un colegio de Béjar, y Dorado, salvando a pie la legua y media que separa a Béjar de su pueblo natal asistió puntualmente a la escuela hasta terminar la segunda enseñanza. Vencidas las primeras dificultades, prosigió el jovenzuelo sus estudios y trasladóse a Salamanca, en cuya Universidad cursó Derecho y Filosofía y Letras. El cuarto año, por oposición, le fué concedida una de las becas creadas merced a la iniciativa del profesor de Metafísica don Mariano Arés. Licenciado en ambas disciplinas, se trasladó a Madrid para doctorarse en Jurisprudencia, y entonces, por su admirable conducta académica, el rector de la Universidad Central le concedió una pensión para que pudiese ingresar en el Colegio Español de San Clemente, de Bolonia. Su estancia en Italia duró dos años, de 1895 a 1897, y le fué provechosísima, pues se inició en los estudios filosóficos, jurídicos y sociales. La permanencia de Dorado en el país del Arte coincidió con el período de intensa germinación de la escuela positiva. Dorado fué el único alumno del colegio fundado por el cardenal Albornoz en Bolonia, que trajo a España algo más que pedantería y snobismo, ya que evidenció que había aprovechado el tiempo, enterándose de lo que significaba el resurgimiento de la cultura italiana, con sus libros *La Antropología criminal en Italia* (1890) y *El positivismo en la ciencia jurídica y social italiana* (1891), con que hizo su aparición en el mundo docto.

Dorado, en 1887, fué nombrado profesor auxiliar de la Universidad de Salamanca, y en 1892, tras oposición reñida, alcanzó una cátedra en la Universidad de Granada, desde donde, mediante permuta con Jerónimo Vida, si no recuerdo mal, trasladóse otra vez a Salamanca para desempeñar la cátedra de Derecho penal. Desde la histórica ciudad trabajó Dorado incesantemente y casi no transcurrió un año sin dar a la estampa algún libro que siempre era una demostración fehaciente de que no sólo seguía al día el movimiento científico contemporáneo, sino que marcaba un derrotero a la investigación y planteaba nuevos puntos de vista acerca de los principales problemas que preocupan la atención de los hombres de ciencia.
La obra de Dorado Montero es considerable, casi podría calificarla de colosal, si no temiera ofender la honrada memoria del eximio profesor de aquel gran laborante, enamorado perpétuo de la soledad. Porque es de advertir que Dorado rehuyó, no sólo el trato con la mayoría de sus compañeros, sino que, por su odio a los convencionalismos académicos, permaneció absolutamente alejado de ese ambiente de afectación que algunos profesores, como Unamuno, Maldonado y otros, han formado para dar a la Universidad de Salamanca apariencias de un gran centro cultural, que está muy lejos de ser una realidad, como hemos podido advertir cuantos la hemos visitado.

Dorado se hizo fuerte en el aislamiento y sintió por los hombres y las cosas de España una profunda e íntima aversión. Puede afirmarse, sin temor a ser desmentido, que, conociendo como pocos la estructura y la vida de nuestro pueblo, era el único escritor de altos vuelos que se manumitió del espíritu tradicionalista que más o menos vagamente influye en casi todos los intelectuales españoles.

El gran criminólogo fue el menos español, porque era el más europeo, no sólo de nuestros juristas, sino de nuestros científicos en general. Su producción entera tiene una característica inconfundible. Si sus libros se tradujeran, podría creerse que los había escrito un alemán, un francés, un belga, un suizo, nunca un español, porque el eminente penalista hizo tabla rasa de la hipocresía y de la petulancia, que son las dos notas que informan la modalidad del intelecto hispano. Dorado no posee ninguna de las cualidades que yo llamaría negativas, pues por idiosincrasia y por educación es uno de los espíritus más libres que en el cultivo de la Ciencia han conquistado nombre, no sólo en España, sino en todos los demás países, y no le repugna el cosmovolismo, ni el internacionalismo, considerados en su más amplia acepción. Puede asignársele a Dorado el mérito aquí rarísimo, de ser un innovador. Vertiendo y anotando obras de Garofalo, Lombroso, D’Aguanno, Nitti y Sighele, que son figuras preeminentes del positivismo, trajo a España todo el sentir del Derecho contemporáneo en sus distintas ramas, y creó la conciencia jurídica de nuestro país.

Débese también a su esfuerzo que aquí sean cono-
cidos los libros de Mommsen, Stricker, Guimplovicz, Sohm, Eltzbacher y Listz y otros filósofos y sociólogos de distintas naciones. Su obra doctrinal es personalísimas. He aquí los títulos de sus principales libros: Problemas jurídicos (1893), Problemas de Derecho penal (1895), El reformatorio de Elmira (1898), Estudios de Derecho penal preventivo (1901), Bases para un nuevo Derecho penal (1902), Valor social de leyes y autoridades (1903)—uno de los libros más profundos que se han escrito en castellano desde hace muchos años—Nuevos derroteros penales (1905), Los peritos médicos y la justicia criminal (1906), La Psicología criminal en nuestro derecho legislativo (1911), El Derecho y sus sacerdotes (1911)—en el que expuso magistralmente su posición actual—, El Derecho protector de los criminales (1916) y varios folletos acerca de distintas cuestiones sociales y obreras. Además de los libros ya mencionados escribió un sinnúmero de ensayos y artículos de Filosofía, Jurisprudencia, Educación etc., en La Lectura, España Moderna y otras revistas.

Dorado Montero adquirió cierta notoriedad a fines de la centuria pasada, llegando al gran público, después de haber vivido obscurecido durante muchos años, con motivo de la excomunión que el P. Cámara, a la sazón obispo de Salamanca, lanzó contra el insigne profesor. Entonces, el Gobierno conservador estuvo muy cerca de dictar una medida arbitraria semejante a la de don Manuel Orovio, cuando separó del profesorado a Salmerón, Giner y otros eminentes catedráticos. Pero Cánovas no se atrevió con Dorado Montero, que sostuvo en aquella ocasión, con bravura, su punto de vista, defendiendo la libertad de la cátedra, al amparo del artículo 11 de nuestra Constitución.

En estos cuatro últimos lustros había adquirido Dorado Montero una gran reputación y era conocidísimo en el extranjero por sus contribuciones profundas y personalísimas, que le valieron el título de criminólogo original y bien orientado. Durante mi permanencia en Italia y Francia, pude convencerme de que una de las figuras preeminentes de nuestra intelectualidad era el ilustre solitario de Salamanca. Sus libros, y aun gran parte de sus artículos, son conocidos de los más egregios especialistas de la Penología contemporánea y en materias jurídicas, en general, Dorado es quizás
el único tratadista español que ha logrado la extraterritorialidad espontáneamente. Y es digna de tenerse en cuenta, porque ella da la medida del mérito indiscutible de nuestro gran investigador, la circunstancia de que sus teorías hayan llegado a los grandes centros de cultura directamente, sin que las apadrinara un René Worms ni un Félix Alcan, como ha sucedido con las obras de otros sociólogos españoles. Es, realmente, asombrosa la extensión que ha adquirido la concepción jurídica de Dorado Montero en estos últimos años. No sólo se le conoce en los países latinos sino que ha logrado llamar la atención y merecer justas alabanzas en Hungría, Alemania, Holanda, etc.

El éxito de Dorado Montero se debe principalmente a que consiguió interpretar como nadie las corrientes que informan el sentir de los espíritus clarividentes en una materia tan espinosa y difícil como la Criminología que aun se halla en periodo constituyente. Esto, por una parte; por otra, a que tuvo el acierto de ensamblar todo el sentido de la escuela correccionista con la idealidad de las doctrinas ultramodernas y el método de indagación de la escuela positiva italiana, sin olvidar las lecciones que recibiera en la cátedra del maestro de todos los espíritus libres españoles: don Francisco Giner de los Ríos. En resumen: Dorado Montero, que era uno de nuestros pocos sabios de verdad, llevó a la Penología un criterio ampliamente revisionista, sin que se detuviera nunca ante las hipótesis más audaces si comprendía que estas hipótesis tenían un fondo lógico y procedían de una observación directa de los hechos. Martínez Ruiz (Azorín) trazó en una frase acertadísima la silueta de Dorado Montero cuando dijo: “Es un hombre que se abraza a la realidad y piensa”. En efecto, toda la doctrina del profesor salmantino está impregnada de un profundo realismo, como producto de experiencias hechas en vivo en el cuerpo social. Podría decirse que Dorado construyó su sistema jurídico del mismo modo que Cajal su teoría histológica. Este, valiéndose del microscopio, ha llegado a estudiar las células nerviosas en su proceso íntimo; Dorado, despejando las incógnitas del fenómeno sociológico, exploró en la entraña misma de la sociedad, lo que representa el hecho criminoso.

El egregio maestro falleció hace dos años.
En España la personalidad de este insigne investigador inglés es tan sólo conocida de los especialistas que se dedican a las Ciencias Naturales. Los cultivadores de la Pedagogía, el Derecho y las disciplinas sociales apenas si tienen conocimiento de la existencia de Huxley y para el gran público es desconocido en absoluto. ¡Cuán doloroso y triste es lo que ocurre en cuanto concierne al estudio del desenvolvimiento de los conocimientos generales! De la evolución del pensamiento contemporáneo se sabe aquí muy poco y siempre llegan a nosotros los acontecimientos que tienen lugar en la esfera intelectual fragmentariamente y de segunda mano, por mediación de Francia. Los ecos de la producción mental vienen a España con un retraso por lo menos de una década, que es el lapso de tiempo que ha de transcurrir, según el convenio de Suiza, para traducir las obras sin abonar los derechos de propiedad literaria. En otras ocasiones, cuando se trata de autores cuyas obras, por su índole predominante o exclusivamente científica y filosófica, no promovieron discusiones ruidosas, transcurre un cuarto de siglo, y a veces más, sin que sea vertido el libro al castellano, dándose también casos en que no se llegan a traducir obras de positivo mérito.

De Huxley tradujo La España Moderna hace algunos años un solo libro: La Educación y las Ciencias Naturales, que apareció en la Biblioteca de Jurisprudencia, Filosofía e Historia.

La obra del eminente biólogo y anatomista inglés es importantísima. Al esfuerzo tenaz de Huxley y a su po-
tencia investigadora debieron no pocos descubrimien-
tos que ampliaron los dominios del conocimiento, con-
tribuyendo a señalar una nueva dirección al experimen-
talismo. Huxley no sólo fue uno de los más perspicaces
indagadores del siglo XIX, sino que además poseyó cu-
lidades excepcionales para la alta especulación, desco-
llando como explorador y como analista y ocupando un
lugar preeminente como pensador y como filósofo.

Nació el egregio naturalista en 1825 en Ealing, cerca
de Londres. En un principio cursó la Medicina; des-
pués, en 1842, frecuentó el Sydenham College y luego
la Escuela Médica aneja a Charing Cros Hospital. De
1846 a 1850, llevando de su vocación científica, acompañó
al capitán Owen Stanley en su expedición a Australia.
En aquella época, en que la ciencia oceanográfica no
había alcanzado el desarrollo adquirido en estos treinta
años últimos y en que se carecía de los medios explorar-
torios y de los aparatos de precisión que hoy poseemos,
los viajes eran mucho más arriesgados y exigían un en-
tusiasmo a toda prueba. Huxley, sin embargo, durante
su estancia en Australia demostró una devoción sin lí-
mites para contribuir al desenvolvimiento de la biología
marina.

Al volver, en 1855, a Inglaterra de su largo crucero
por el mar, fue nombrado profesor de Historia Natural
en la Escuela Real de Minas de Londres, substituyendo a
Forbes, y poco después obtuvo la cátedra de Fisiología en
el instituto Real. En 1862, cuando su nombre comenzaba a
irradiar y sus compatriotas veían en el más que una es-
peranza un prestigio que alboreaba, fue nombrado pro-
sesor de Anatomía comparada y de Fisiología en el
Colegio Real de Cirugía de Londres y al mismo tiempo
se le confirió el cargo de conservador de la notabilísima
colección anatómica creada por Hunter.

Su viaje a Australia fue provechoso y durante cuatro
años recorrió aquellos mares, practicando sondeos en
las costas australianas, hasta entonces poco menos que
inexploradas. Huxley y sus compañeros realizaron in-
finidad de observaciones y, según afirman algunos bió-
grafos del biólogo inglés, aquel viaje tuvo decisivo in-
fluyó en el desenvolvimiento de su personalidad, deter-
minando su porvenir. La producción de Huxley fue muy
vasta, ya que no se circunscribió a una sola especiali-
dad, pues además de las ciencias biológicas escribió li-
bros de Filosofía Natural, de Educación de Metodología, de Moral y de Religión. En cierto respecto la labor intelectual de Huxley guarda no poca semejanza con la del insigne Häckel, no sólo por haber cultivado la biología marina y la anatomía comparada, sino por la analogía que entre las inducciones de ambos existe y por haber sido los dos principales propugnadores de la doctrina transformista y los dos reivindicadores de Carlos Darwin y de su sistema. Huxley, aunque fué partidario acérrimo de la evolución, la consideraba bajo un aspecto vital, útil para la adaptación, no admitiendo, sin embargo, como Wallace, que la selección natural es la única actividad que interviene en la determinación de los caracteres específicos. Su posición era la de un crítico que antes de aceptar una conclusión contrastaba en la esfera de los hechos los postulados teóricos. El célebre biólogo inglés no ha tenido igual por su clarividencia y puede ser parangonado con Romanes, el autor de La evolución mental en los animales.

En 1849 Huxley dióse a conocer publicando su primer trabajo, un compendio de Anatomía, y poco después un estudio acerca de las relaciones de afinidad de las Medusas. En 1852, en colaboración con Busck, tradujo la obra de Cölliker Handbuch Gewebelhre des Menchen. Teoría de los tejidos del hombre. A partir de 1855 se ocupó principalmente de la anatomía de los vertebrados, sosteniendo un criterio opuesto al de Owen. En 1859 dió a la estampa su importantísimo libro On the Oceanic hydrozoa, con el que inauguró una serie de publicaciones en las que dió a conocer los resultados de sus viajes de exploración marítima. En su libro Evidence as no man's place in nature, del que en 1864 se habían publicado tres ediciones y que durante más de un lustro fue objeto de viva controversia, alcanzando, por fin, un éxito lisonjero, proclamó Huxley valientemente sus opiniones respecto a la afinidad anatómica entre el hombre y los simios antropomorfos, afirmando que es mayor la analogía entre aquél y los citados cuadrumanos que entre éstos y los demás simios.

Entre el considerable número de obras que escribió Huxley merecen ser citadas por la importancia capital que les asignó la crítica, las siguientes: On our Knowledge of the causes of the phenomena of organic nature. (1863), Elementary Atlas of comparative osteolo-
gy (1864), Lectures on comparative anatomy, del mismo año; Lessons on elementary physiology (1866), Anatomy of vertebrated animals (1871), Phisiography, en colaboración con Rudler (1877), Lay Sermons addresses and Reviews (1871), Anatomy of the invertebrated animals (1877), American addresses (1877), The crayfish, (1879), Introductory primer of Science (1880), Science and culture and other essays (1881), Critiques and adresses (1883), Essays on some controverted questions (1892) y Evolution and ethics (1893). Algunos de estos libros han sido estudiados por dos generaciones de naturalistas, anatómicos y fisiólogos, no sólo en Inglaterra, sino en los Estados Unidos, Alemania y Francia.

Huxley contribuyó poderosamente con sus descubrimientos, al sistematizarlos en doctrina, a ensanchar los horizontes de las ciencias naturales, porque llevó su espíritu ágil a la observación minuciosa, rectificando no pocos errores y sentando nuevos principios en la Biología. Como expositor se distinguía por su diafanidad y en sus inducciones, siempre certeras y formuladas tras una obstinada labor de comprobación, reveló una probidad ejemplar.

Sus libros son el producto de un proceso sucesivo admirable; de ahí que en sus estudios filosóficos no se sepa qué admirar más, si la penetración psicológica o la potencia discursiva. Sin proponérselo, en algunos de sus ensayos, especialmente aquellos que escribió en la última época, su estilo resultaba elocuente dentro de su misma sobriedad. En la obra total de Huxley apenas se advierten altibajos; su pensamiento fluye con tanta espontaneidad, que en algunos instantes sorprende el dominio que tenía de sí mismo. Habíase familiarizado con los problemas más complejos llegando a dominarlos. Esta cualidad excelsa que Huxley atesoraba, es patrimonio exclusivo de los espíritus superiores, que saben arrancar secretos a la Naturaleza porque aciertan a interrogarla.

Huxley falleció en 1895 en Eastbourne, a poco de haber celebrado su septuagenario. En Inglaterra su fama llegó a ser inmensa y sus discípulos y admiradores, queriendo honrar la memoria del maestro, le erigieron dos monumentos: uno en Londres, en 1900, debido a Onslow Fort, y otro en Ealing, su pueblo natal, en 1902, original de Bowcher. Asimismo poco antes de morir, algunos de sus
discípulos le rindieron un tributo de admiración publicando una colección escogida de sus Essays, que consta de nueve volúmenes.

Huxley representa en la historia del pensamiento contemporáneo una de esas figuras que ni el transcurso del tiempo ni los avances de la ciencia, que tanto le debe, conseguirán empequeñecer, pues su obra, a medida que la crítica va analizándola, crece en importancia, por ser toda ella el producto de una honda investigación objetiva, de una dialéctica irrebatible y de una unción apostólica.
En Francia existe entre el literato y el público, una cordialidad que determina una íntima solidaridad moral. Aunque, juzgando por las meras apariencias, se ha motejado a los franceses de superficiales y de impresionistas—porque examinados a distancia los movimientos que allí se producen con rapidez casi inusitada parecen inconscientes—, estudiando a fondo el dinamismo de la sociedad francesa adviértase que de cada una de las agitaciones que allí se han producido, subsistió siempre algo. Por otra parte, de los hombres que fueron portavoces de toda transmutación, si bien muchos de ellos fueron olvidados, aquellos que tenían una característica privativa o se distinguieron por su ingenio, por su cultura o por su civismo, siguen viviendo en la memoria de sus compatriotas. Ahora mismo, en la Prensa diaria de la vecina República, se publican en forma de folletín las obras maestras de la literatura francesa: las de Balzac, Flaubert, Sué, Goncourt, Alfonso Karr, Daudet, Zola, Bourget, etc. A pesar de haberse modificado en gran parte los gustos del público y haber surgido, una tras otra, un número considerable de escuelas representativas de tendencias estéticas contradictorias y opuestas, el curso seguido por la espiritualidad francesa ofrece los caracteres de una evolución sucesiva, gradual y que, evidentemente significa un progreso.

En Italia, para circunscribir el análisis a los pueblos que tienen mayor analogía con el nuestro, ha acontecido lo propio. D'Annunzio, Rovetta, Matilde Serao, Fogazzarro, Graziel Deledda y otros escritores pertenecientes a la generación que triunfa, han conquistado la simpatía...
del gran público, sin que por esto se haya olvidado por completo la labor de Capuana, Amicis, Farina y aquellos otros escritores románticos y naturalistas que con sus obras contribuyeron a dar vida al psiquismo de aquel país, poco después de constituirse la Unidad Italiana.

En cambio, en España, salvo honrosas excepciones, los novelistas que ahora triunfan—Valle Inclán, Baroja, Ricardo León, Pérez de Ayala y Martínez Sierra—han casi monopolizado el mercado literario, a expensas de la notoriedad de los literatos más ilustres de la generación pasada, salvo Galdós y la Pardo Bazán, pudiendo decirse que han caído en el olvido figuras tan eminentes como Pereda, Alarcón, Palacio Valdés, Valera, Picón, Alejandro Sawa, Narciso Oller, Pin y Soler y otros.

Para convencerse de la veracidad de esta afirmación, basta fijarse en el hecho últimamente registrado con motivo de la aparición de los dos primeros volúmenes de las Obras Completas de Leopoldo Alas: Galdós y Su único hijo, que ha revestido cierta resonancia, que es lo más que puede ocurrir en España, donde apenas si de tarde en tarde podemos señalar un éxito literario que sea objeto de discusiones.

Aunque sea doloroso confesarlo, ha de convenirse en que lo único que se ha salvado aquí de la acción corrosiva del tiempo es lo externo de la obra de Clarín, ya que la mayoría de los lectores españoles, especialmente nuestros jóvenes, tienen de Leopoldo Alas la idea de que fue un escritor atrabiliario y agresivo, que sólo sobresalió por sus dotes de polemista y de satírico.

Sin embargo, la obra del insigne maestro ovetense es una de las pocas que pueden resistir el análisis y hoy, como hace veinticinco años, conserva la frescura, el interés y el aire de modernidad que logró infundirle su autor.

Actualmente uno de los espíritus más selectos de la generación triunfante, Martínez Ruiz (Azorín), en algunas de sus cualidades más sobresalientes, viene a ser un continuador de Leopoldo Alas, especialmente cuando se consagra a desentrañar la psicología literaria.

La juventud literaria ha tenido la pretensión, en algunos instantes, de ser reformadora e iconoclasta y ha creído ingenuamente haber transfundido a nuestro país la tendencia integrada en la filosofía valorista; pero, en realidad, no ha hecho otra cosa que proseguir con más buen deseo que acierto, la orientación iniciada por Leopoldo
Alas con ardimiento y perseverancia y que si no trascendió a la masa social, fue debido, más que a los defectos que se imputaron al maestro, a lo que Unamuno llama frialdad y oquedad de nuestro ambiente.

No puede calificarse de fracasado a Clarín por la sencilla razón de que el triunfo de las ideas, en ninguna esfera de la actividad depende exclusivamente de quien las propugna, porque en este caso, habríamos de considerar fracasados a Angel Ganivet, Macías Picavea, Joaquín Costa y al ya citado Unamuno, que han sido los espíritus más innovadores que ha tenido España al final de la centuria pasada. Volviendo la vista algunos lustros más atrás, debiéramos también considerar como insignes equivocados a Fernando Garrido, Roque Barcia, Castelar, Pi y Margall, Francisco Giner, Salmerón, Maranges, Nieto, Serrano, Fernando de Castro, Luis Vidart, Ruiz de Quevedo, Azcárate, Alfredo Calderón, Perojo, Simarro y cuantos representaron en nuestro país las distintas escuelas filosóficas no conformistas, siendo adversarios sinceros de la Unidad católica y el ultramontanismo.

Extinguido por completo el rescaldo de odios que levantaron las polémicas de Clarín con Bonafoux, Fray Candil, Manuel del Palacio, Emilia Pardo Bazán, Pompeyo Gener y J. Arimón—para no mencionar más que aquellos de sus antagonistas que alcanzaron prestigio o notoriedad—, la personalidad del maestro recobra todo su relieve, su altísima significación en la literatura española.

¿Cuántos de sus contemporáneos pueden parangonarse con el genial autor de Adios Cordera? En mi sentir, sólo dos: Menéndez Pelayo y González Serrano, los cuales superaron a Clarín en algunos respectos. El autor de Las ideas estéticas en su conocimiento de la Historia Literaria Española y de las Literaturas Clásicas y el autor de La Psicología del amor, en su poder indagador y en su capacidad comprensiva y sincrética. Pero ambos fueron menos independientes que Clarín y opusieron menor resistencia a las influencias de la cultura y de la erudición.

Leopoldo Alas fué a un tiempo economista bien orientado, que desde un principio acertó a columbrar lo que había de significar el movimiento socialista; novelador insigne en quien la inventiva y la reflexión estuvieron equilibradas; pedagogo eminente que sentía un gran fervor por los nuevos ideales docentes, si bien de vez en cuando, por influencia ancestral, sin duda, tendía a imponerse;
pensador y filósofo profundo, que también hubiera llegado a ser un teorizante de primer orden si hubiese logrado reobrar a tiempo, haciéndose superior al idealismo vago y difuso que ensombrecía sus escritos, y ante todo y sobre todo, fue un crítico sagaz, dotado de una agilidad sorprendente, de una capacidad de aprehensión no superada, merced a la cual sabía descubrir los tesoros ocultos en lo íntimo de las obras literarias.

Es indudable que, hecha excepción de Unamuno y Gavinet, Clarín fue el escritor que dedicó mayor suma de esfuerzos conscientes a renovar el ambiente intelectual de nuestro país. Nadie como él acertó a escribir con tanta galantería y esprit, para promover agitaciones en la esfera de la ideología. La cultura hispana le debe mucho, pues durante un cuarto de siglo, Alas fue un trabajador inintachable, que importó a nuestro país todas las novedades literarias y filosóficas que conmovían a la Europa intelectual.

Es indiscutible también, que contribuyó eficazmente a crear el pensamiento nacional, luchando con brío por imponer un nuevo sentido estético y una mayor dignidad a la producción literaria. Hasta sus propios adversarios han reconocido noblemente que Alas fue uno de los más activos y tenaces sembradores de ideas. Es cierto que su temperamento nervioso, acentuado por padecimientos gástricos, desvió, en algunas ocasiones, de su trayectoria y por esto fue víctima de sus propios apasionamientos; pero, a fuer de sinceros, hemos de confesar que nadie como Clarín siguió con tanta lealtad el movimiento de avance en el sentido de elevar el nivel de cultura de nuestro país y, lo que más vale, de enaltecer la conciencia social, procurando infiltrar en todas las capas el deseo de saber, la noción del deber y la utilidad de proceder con rectitud.

No puede reprocharse a Clarín por haber desentonado algunas veces, llevando las discusiones al terreno personal, y haber sostenido polémicas destempladas, acotando con acritud a sus contradictores. Esto fue en gran parte debido a que los que intentaron medir sus fuerzas con el autor de La Regenta, careciendo de facultades y medios para la controversia elevada y serena, tendieron a una polémica de bajo vuelo. Por otra parte, Clarín no siempre logró dominar su pluma y acaecer sintió el deseo imperioso de vencer a sus adversarios, porque
en el calor de la campaña iba más allá de donde en un principio se había propuesto.

La vida de Clarín es un ejemplo de lo que representa la intensidad de trabajo cuando el móvil principal es un anhelo por los ideales profesados con sinceridad y acomodando a ellos la actuación. Por esto, en mi sentir, son explicables las aparentes contradicciones que ofrece Leopoldo Alas y que para las gentes superficiales fueron meras contradicciones, siendo así que eran el fiel reflejo de las inquietudes de su espíritu, uno de los más selectos y complejos de la España contemporánea.

Nació Clarín en 25 de Abril de 1852 en la ciudad de Zamora, donde se encontraban accidentalmente sus padres, pertenecientes a una familia de rancio abolengo asturiano. En Oviedo cursó la segunda enseñanza y la carrera de Derecho, distinguiéndose desde mozo por sus grandes facultades asimiladoras, por su memoria prodigiosa y por su entusiasmo hacia el estudio. Licencióse antes de cumplir los diez y nueve años y en 1870 se trasladó a Madrid, para doctorarse en Jurisprudencia. En aquella época, el Ateneo de la Corte era un semillero de ideas, y Leopoldo Alas no tardó en ser uno de los más asiduos concurrentes a las conferencias y cursos que por aquel entonces apasionaban a la juventud intelectual.

Entre los ateneístas que gozaban de mayor prestigio como oradores, descollaba el insigne Moreno Nieto, por sus vibrantes discursos defendiendo la conciliación entre la tradición literaria hispánica y el espíritu moderno, que pugnaba por abrirse paso, llevando los ecos de las innovaciones a la lucha fragosa entre los ideales de la Ciencia y la fe religiosa.

Alas, que era un admirador de Moreno Nieto, comenzó en 1874 sus campañas periodísticas, reseñando y comentando con agudeza las controversias de los pasillos del Ateneo y reflejando con elegancia, buen gusto y fina sátira, la vida intensa del Madrid intelectual y literario. Y al mismo tiempo que ponía en evidencia los errores y la unilateralidad de determinadas personalidades, ensalzaba a los jóvenes que más se distinguían, entre ellos Manuel de la Revilla, Palacio Valdés, Julio Burell, Blanco Asenjo, Conrado Solsona, González Serrano, Mariano de Cavia y otros.

Leopoldo Alas comenzó a darse a conocer como admi-
rable cronista en *El Solfeo*, que dirigía el inolvidable maestro de periodistas, don Antonio Sánchez Pérez, y bien pronto se destacó su personalidad de entre todos los jóvenes de aquel agitado período, en que lo mismo en la política que en la especulación filosófica se reflejaba una intensa y viva agitación que pugnaba por infundir a todas las manifestaciones de nuestra actividad psicológica, los efluvios de la cultura para que, al calar en el alma de las clases intelectuales y directoras, vigorizaran las energías amortiguadas del país. *Clarín*, al mismo tiempo que cultivó el periodismo y la crítica, fué adoctrinando su espíritu y una vez terminado el doctorado, disciplinó sus conocimientos y afilióse al krausismo, que entonces se hallaba en España en un período floreciente, y, comprendiendo que sus aspiraciones habían de hallar campo propicio en el profesorado, en Julio de 1882 ingresó en el escalafón general de catedráticos del Reino. Son dignas de ser conocidas las vicisitudes por que hubo de pasar *Clarín* antes de ver colmados sus deseos. Sus aficiones le llevaron a dedicarse a los estudios sociales y ninguna disciplina como la Economía Política, tan adecuada para un publicista que conocía a fondo las doctrinas relacionadas con la estructura íntima de los organismos colectivos. Creyendo en la buena fe de sus jueces y en la seriedad de las oposiciones, se decidió a probar suerte, y el tribunal, haciendo honor a su imparcialidad, le propuso en el primer lugar de la terna para ocupar una vacante en la Universidad de Salamanca. Pero el ministro, que en aquel entonces era un amigo de Cánovas, poco escrupuloso, desatendiendo la propuesta escogió al que ocupaba el último lugar de la terna. Poco después, al escalar el Poder los liberales, se reparó la injusticia y fué nombrado Alas, por Real decreto, catedrático de Economía Política en la Universidad de Zaragoza.

No permaneció *Clarín* mucho tiempo en la capital de Aragón, pues al quedar vacante la cátedra de Derecho Romano de la Universidad de Oviedo, pasó por traslado a este último centro docente, donde explicó aquella asignatura durante algunos años, pasando después, por fallecimiento del titular de Derecho Natural, a esta cátedra, que desempeñó hasta su muerte.

Instalado definitivamente en Oviedo, compartió sus deberes académicos con la crítica y la novela. Durante los
tres primeros años de su estancia en la capital de Asturias concibió y planeó La Regenta, una de sus creaciones más profundas y originales, aquella que había de inmortalizar su nombre. Lo que ha significado para la cultura hispana la Universidad ovetense, es poco menos que desconocido para el gran público. Tan sólo algunos publicistas, entre ellos Luis Morote, acertaron a expresar el valor representativo que tuvo durante más de veinticinco años aquel centro docente, pues llegaron a congregarse en él hombres de tanto valor positivo como el ilustre don Félix de Aramburu, que descolló por sus estudios en materias jurídico-penales, habiendo escrito el mejor libro de crítica aparecido en España acerca de la escuela positiva; Adolfo Alvarez Buylla, el egregio introductor en España de los tratadistas de Economía Social que más fama adquirieron en Inglaterra, los Estados Unidos, Francia, Alemania, etc.; Adolfo Posada, el más laborioso y perspicaz de los profesores de Derecho Político, a quien se debe la divulgación del enorme movimiento sociológico del día, y el más fiel expositor de las doctrinas modernas y contemporáneas acerca del Estado, su organización y sus líneas; don Fermín Canella, el sabio investigador de la Historia Patria en lo concerniente al Derecho Privado; Aniceto Sela, el docto pedagogo y competente profesor de Derecho Internacional, y, por fin, el insigne Altamira, historiógrafo, crítico y novelista, tan conocido y admirado en el extranjero y especialmente en América.

Leopoldo Alas tenía un ascendiente indudable sobre sus compañeros de claustro y aunque en muchas ocasiones no tomase parte activa en los trabajos que se efectuaban en la Universidad, fué, no obstante, algo así como el nexo que unía a todos aquellos ilustres profesores. La Universidad de Oviedo, calificada, no sin motivo, de nueva Atenas española, tiene un timbre de honor y de gloria en nuestro tiempo: el haber irradiado por una gran parte de España el espíritu científico. Me refiero a la extensión universitaria realizada con asiduidad y abnegación por aquella pléyade de maestros beneméritos. Clarín fué el alma de aquel movimiento pedagógico, que aparte de su gran valor ético y de su indudable utilidad social, era una novedad en España, puesto que tan sólo se había realizado anteriormente de una manera aislada y sin un plan determinado.

Los que hemos tenido la fortuna de haber sido alum-
nos de aquel centro docente, pudimos apreciar la transcendencia que revistió la extensión universitaria, que más que por los resultados inmediatos obtenidos, que acaso no colmaron los deseos de sus propugnadores, fue una demostración fehaciente de cuán fecunda podría ser la expansión de la cultura, siempre que la dirigiera un móvil generoso y objetivo. Clarín, que como articulista de alto vuelo, fue, durante cinco lustros, el escritor que logró infiltrar en la masa social un mayor caudal de nociones científicas y filosóficas, valiéndose de su ingenio y de su imaginación, interesaba la atención del común de los lectores hacia los problemas fundamentales y, singularmente, cuantos guardan relación con los temas que conmueven la conciencia contemporánea. Fué un definidor que no ha tenido igual en España y por esto se comprende que sintiera con tanta intensidad el ejercicio de la crítica y que consiguiese, casi siempre, infundirle calor de vida. De ahí que su obra resultase tan espontánea y, sin dejar de ser erudita, tuviese el poder de atraer a los lectores de cultura más rudimentaria.

Del Clarín pedagogo, del entusiasta impulsor de todas las reformas en materias docentes, ha quedado muy poco, porque lo más personal, lo más suyo, lo derrochaba en su cátedra, que era a un tiempo semillero y laboratorio, en donde, a la par que se nutría la mente y se elevaba el espíritu hacia las regiones más puras del ideal, se templaban los caracteres para la lucha. En aquel ambiente semirreligioso, en que la efusión se apoderaba de las almas, cada uno de los alumnos sentía en lo íntimo de su ser irradiar la influencia del precioso maestro, que era para todos un guía experto y un verdadero padre espiritual.

Aunque la afirmación pueda parecer insólita, si el que esto escribe tuviera alguna autoridad, proclamaría que el aspecto en que fue más grande Clarín, en el que resultaba un coloso, era el de sugeridor. Ahora, transcurridos ya tantos años, comprendo cuán improbo fue su trabajo en la cátedra para acomodar a nuestras inteligencias sus explicaciones acerca de los principios fundamentales del Derecho y para, volviéndose de hermosas imágenes y comparaciones, demostrarnos cómo los poetas y las escuelas filosóficas habían puesto los cimientos de todas las concepciones jurídicas.

Una de las impresiones que perduran en mi memo-
ría, de mi paso por la cátedra del maestro, es la que me produjo la defensa que éste hizo en Mayo de 1897, a raíz de los fusilamientos de Montjuich. En ningún escritor utopista he leído un alegato tan caluroso y energico en pro de la rebeldía como elemento propulsor de las grandes reivindicaciones sociales, que han de preparar el advenimiento de una sociedad basada en los principios de justicia, cual la que hiciera Leopoldo Alas en aquellos días de trágica recordación.

Clarín, al condenar las represiones ab irato, ponía de manifiesto la ineficacia de las mismas, señalando que en todas las épocas de la Historia las persecuciones contra los agitadores han sido contraproducentes, porque la fuerza de las ideas es incoercible.

En la producción literaria de Clarín, pueden distinguirse dos etapas, perfectamente delimitadas: la de iniciación, que comprende de 1870 a 1885, y la de plenitud, que abarca desde este último año hasta el fallecimiento del maestro, ocurrido en Junio de 1901. En los trabajos de la primera época, predominó un radicalismo ingenioso y vehemente, una sátira mordaz, y, a veces, implacable y, en general, una tendencia iconoclasta, que no llegó, sin embargo, jamás al nihilismo. En la segunda época, Clarín, sin desposeerse por completo del humorismo ni abandonar el escampeio, evolucionó lentamente, influido por las lecturas y acaso también por la experiencia. Sintiendo Alas, como todos los temperamentos muy cultivados, la necesidad constante de adecuar su pensamiento a las corrientes filosóficas del momento, experimentó una honda crisis y tuvo la sinceridad de reflejarla a medida que fué apoderándose de su ánimo un anhelo cordial, que le llevó a ampliar su concepción metafísica, dirigiendo la mirada hacia la restauración de un neocristianismo.

Su admiración por Castelar y por Renan llevóle a los estudios de carácter religioso, y más adelante, las obras de Carlyle, Emerson, Spir, Sabatier, Ritschel, Reville, Harnack y otros, determinaron en su espíritu lo que él denominaba “ansia de lo divino y anhelo de oxigenar de Dios su alma”. Y a medida que sentía en lo íntimo de su ser aquel imperativo deseo, fué alejándose de sus antiguos puntos de mira, dejó de admirar incondicionalmente a determinadas personalidades y acentuó cada vez más su predilección por el misticismo. Sin embargo, no
dejó de ser el portavoz de toda reivindicación y de cuantas novedades surgían en Literatura, Pedagogía, Historia, Ciencias Sociales y Estética, y a pesar de su nueva orientación y de su aspiración a llevar la idea­lidad por nuevos y más amplios derroteros, con objeto de infundir mayor vigor mental a la colectividad; con­servó su vivísima simpatía por el naturalismo y en par­ticular por el más grande de sus representantes, Emilio Zola, vertiendo al castellano su magnífica novela *Travail*, para la cual escribió un prólogo muy hermoso, en que revelaba su vasta y profunda cultura, pero en el que parece iniciarse el ocaso de una inteligencia, po­derosa, abatida por traidera enfermedad que, al mismo tiempo que minaba su organismo, debilitaba su cerebro.

**Clarín** conservó, no obstante, hasta meses antes de morir, su sagacidad de crítica; pero el *dilettantismo* int­electual no sólo le desvivía, sino que empequeñecía su obra, la cual impuso a las aparentes contradicciones, deva­neos y preferencias, no siempre justificadas, del maes­tro. He aquí la lista casi completa de sus libros:

**Solos de Clarín**, la primera coleción de ensayos y críticas, publicada en 1881, reimpresa en 1891, y que lleva un prólogo de Echegaray; *La literatura en 1881*, en colaboración con Armando Palacio Valdés (1882); *Sermón perdido*, crítica y sátira (1885); *Folleos literarios*: I, *Un viaje a Madrid* (1886); II, *Cánovas* (1887); III, *Apolo en Pafos* (1887); IV, *Mis plagios*, *Un discurso de Núñez de Arce* (1888); V, *A 0’50 poeta* (1885); VI, *Rafael Calvo* (1890); VII, *Museum* (1890); VIII, *Discurso sobre el utilitarismo en la enseñanza* (1891); *El señor y lo demás son cuentos* (1883); Pipá, *novelas cortas* (1886); Su *único hijo*, *novela* (1890); *Mezclilla*, críticas (1892); *Doña Berta, Cuervo, Superchería*, *novelas cortas* (1892); *Paliques, crítica* (1893); *Cuentos morales* (1896); *La Regina* (1885 y 1900); *El Gallo de Sócrates*, (1900); *Las dos cajas*, etc.

A pesar de ser **Clarín** un hombre superior, un enten­dimiento afanoso y cultivadísimo, no consiguió substraer­se por completo a la influencia que los krausistas ejer­cieron en su espíritu, y debido a esto, quizá, cuando teorizaba resultaba un tanto obscuro y alambicado. El tecni­cismo krausiano perjudicó a Alas muy sensiblemente, im­pidiéndole, al igual que a Salmerón, a don Francisco Giner y a González Serrano, expresar con claridad su pensa-
miento y convirtiéndole en corifeo de un sistema tan-to rígido y cerrado. También propendió Clarín, acaso por haber residido en una ciudad pequeña, alejada de todo movimiento intelectual y no haber podido vivir con toda intensidad y expansión las ideas, a un cierto dogmatismo que sólo logró atenuar, en algunos instantes, su copiosa lectura. Por esto, sin duda, pecó de unilateral, verbigracia, al discutir con Alfredo Calderón acerca de la cuestión religiosa, pues se inclinaba a aceptar como definitivas algunas concreciones de su pensamiento, cuando se creía en posesión de la certeza, considerando como objetivo aquello que era primitivamente personal, subjetivo. De ahí también que algunos de los contradictores de Clarín que no acertaron a penetrar en lo íntimo de su psicología lo tacharan de esquinado y arbitrario, pues juzgaban a Alas por impresión y sin haber estudiado su obra intelectual y literaria en conjunto.

Alas, como la mayoría de los hombres geniales, logró sustraerse, en los momentos culminantes, a todas las influencias y supo sacudir todas las ligaduras, porque la flexibilidad y el humorismo, en él congénitos, debido, sin duda, a la idiosincrasia espiritual de los asturianos, le inclinaba al sincretismo, permitiéndole ensamblar la seriedad con la donosura.

Cuántos hemos estudiado a fondo la obra de Clarín en el libro, en el periódico y en la cátedra, tenemos la convicción firmísima de que, a pesar de las crisis experimentadas por el maestro y del indudable influjo que ejercieron en él el naturalismo literario (especialmente Zola), el simbolismo y el teatro de Ibsen y el neo-misticismo y la concepción tolstoiana; conservó siempre, en lo fundamental, un culto fervoroso a la verdad, un deseo vehemente de inquirir y una aspiración perenne a ensanchar el horizonte de su inteligencia. En su tesis doctoral El derecho y la Moralidad y en el Programa de Economía, trabajo que escribió en su juventud, reveló dotes nada comunes de jurista y de sociólogo; y más tarde al escribir el prólogo a la versión española que hiciera Adolfo Posada del libro La lucha por el Derecho, del tratadista alemán Rodolfo Ihering; demostró su competencia filosófico-jurídica y el interés que sintió siempre por desentrañar el concepto del derecho. En estas materias fué Alas discípulo de don Francisco Giner de los Ríos, a quien admiraba con la misma sinceridad que a Caste-
lar y Menéndez y Pelayo. Puede asegurarse que estas tres personalidades, junto con Galdós, fueron sus únicos ídolos en España.

Cuanto se ha dicho de la laboriosidad de Clarín es pálido, comparado con la realidad, pues Leopoldo Alas era de esos escritores a quienes puede calificarse de entusiastas y de infatigables. Durante más de 25 años colaboró en los principales periódicos de España y América, escribiendo a veces uno y dos artículos diarios. Pero no como suelen hacerse en España los trabajos periodísticos, de un modo vulgar y banal, sino por el contrario, con una sólida preparación que le permitía elevar las cuestiones a la esfera de los principios. Ahí están por ejemplo, sus ensayos de crítica, de estética, de filosofía, de ética, de pedagogía, de crítica, etc. En otro aspecto, cuando escribía en tono festivo y dejaba discursir espontáneamente su vis cómica, descollaba por modo extraordinario, llegando, en la sátira, a donde pocos escritores contemporáneos han llegado, ya que alguno de sus “Paliques” y de sus “Sátiras” por la frescura y el ingenio recuerdan a Quevedo y a los grandes humoristas ingleses y franceses.

En estos trabajos de crítica ligera y mundana, de comentario sutil e irónico, es donde más claramente se reflejaba la modalidad de su espíritu inquisitivo y de su carácter batallador. En cambio, cuando cultivaba la disquisición filosófica de alto vuelo resultaba menos original, pecando muchas veces sus artículos de conceptuosos y difusos, debido, sin duda, a las encontradas influencias que luchaban en su espíritu; y al proponerse Alas contrabalancear los estímulos externos, acentuaba su individualidad, sin llegar, no obstante, a las grandes rebeldías del pensamiento, acaso porque no acertó a encuadrar el suyo por completo en una dirección ideológica determinada. En su ensayo dramático Teresa se observa, mejor que en ninguna otra de sus obras, que en el ánimo de Clarín y por encima de todas las escuelas filosóficas y literarias prevaleció un sentimentalismo vago y confuso que, a la postre, le llevó a ser un propugnador del neo-misticismo.

Estudiando, sin embargo, en conjunto la obra de Clarín
en su aspecto literario, crítico filosófico, pedagógico y so­cial, ha de convenirse en que fué un hombre realmente extraordinario y que se le puede perdonar el mariposeo intelectual de casi toda su vida y sus intentos de res­tauración neo-cristiana, en gracia a sus constantes esfuer­zos para infiltrar en España el espíritu de tolerancia y el amor al saber, promoviendo una intensa agitación en el orden intelectual.
Para la inmensa mayoría de los intelectuales españoles es Carlos Renouvier poco menos que ignorado. Nuestros críticos, con la sola excepción, que yo sepa, del docto pedagogo y publicista Luis de Zulueta, sólo hablaron incidentalmente del autor de *Le personalisme*, una de las figuras del mayor relieve del alto intelectualismo francés. Por otra parte, nuestros editores, que andan siempre a la husma de novedades literarias, sin aquilatar, por lo general, el valor de las obras que dan a traducir (y que se traducen comúnmente haciendo buena la conocidísima frase italiana *traduttore traditore*), no han tenido interés ninguno en dar a conocer al público hispano-americano a Renouvier, que fue un gran filósofo, un eminente crítico de Historia, un pedagogo clarividente y un moralista insigne.

En Francia, en estos últimos tiempos, se ha estudiado bastante a fondo la doctrina de Renouvier; pero es evidente que el público culto de la vecina nación no dispensó al egregio publicista los honores que prodigara a otros, como Tarde y Fouillée, que, en mi sentir, no tenían una personalidad tan acentuada y original. La crítica, singularmente la alemana y la escandinava, suplieron, en parte, la fría reserva de los franceses para con su compatriota, haciendo justicia al valor indudable de la obra de Renouvier como concepción sistemática, sólidamente arquitecturada y que responde a una idea-eje, a un pensamiento central: el neocriticismo, considerado en su aspecto integral.

Harold Höffding, el más perspicaz y profundo de los
historiadores y críticos de la Filosofía, denomina a Carlos Renouvier el Nestor de la Filosofía contemporánea, dedicándole en su libro *Filósofos contemporáneos* un concienzudo estudio en el que, al parangonearle con Renán, afirma que es su antípoda.

Carlos Renouvier nació en Montpellier a 1.º de Enero de 1815, y allí cursó la segunda enseñanza. En 1874 trasladóse a París e ingresó en la Escuela Politécnica, donde sólo permaneció dos años. Su resuelta vocación por la Filosofía y las disciplinas sociales le hizo abandonar las Ciencias exactas. Debutó como especulador, concurriendo a un concurso abierto por la Academia de Ciencias Morales y Políticas de París, donde desarrolló el tema "Histoire critique du cartésianisme". Este trabajo, que valió a Renouvier una mención honorífica, apareció en 1842 formando parte de un volumen titulado *Manuel de Philosophie moderne*, que le dio a conocer ante el mundo docto, conquistándole una gran consideración.

En 1844 dio a la estampa otro volumen con el título de *Manuel de Philosophie ancienne*, que, con el primero, constituye una historia bastante completa de la Filosofía. Al mismo tiempo que aparecían los dos Manuales colaboraba en la *Encyclopédie Nouvelle*, que fundaron y dirigieron Pedro Leroux y Juan Reynald. Los artículos "Descartes", "Fatalisme", "Fermat", "Fichte", "Ficci", "Force", "Panthéisme" y "Philosophie" son debidos a su pluma.

En 1848, después de la revolución de Febrero, bajo los auspicios de Hipólito Carnot, ministro a la sazón de Instrucción pública, publicó el opúsculo *Manuel Républicain de l'homme et du citoyen*. Este pequeño volumen, que contenía algunas afirmaciones del socialismo saint-simoniano, promovió vivísimas discusiones y fue denunciado a la Asamblea Constituyente cuando ya había recibido la aprobación oficial, lo que determinó la caída del Ministerio, que con este motivo fue verdaderamente combatido por sus adversarios.

En 1851 Renouvier, de acuerdo con sus amigos los demócratas socialistas, y entre ellos personalidades tan prestigiosas como Fauvety, Charrassin y Erdan, redactó un proyecto de organización municipal y central de la República, que apareció primeramente en forma de cua-
dernos y más tarde en un volumen. Por aquel mismo tiempo fue Renouvier uno de los más asiduos colaboradores del periódico _Liberté de pensée_, que contribuyó poderosísimamente a difundir los principios de la emancipación de la conciencia, siendo una de las publicaciones intelectuales más cultas y avanzadas de aquella época.

Renouvier, después del golpe de Estado de 2 de Diciembre, se consagró predominantemente a la Filosofía, dejando de lado la actuación pública y concentrando su actividad en los estudios de gabinete. Su preocupación principal fue reformar el criticismo de Kant en lo que concierne al método y a la doctrina. Sin apartarse ni un instante del plan concebido, trabajó intensamente, colaborando en la _Revue Philosophique_, que dirigía el ilustre Fauvety. En ella comenzó la publicación de una novela filosófica muy curiosa, que bautizó con el nombre de _Uchronie (La utopía en la Historia)_ y que no apareció en volumen hasta 1876.

Una de las obras más trascendentales de Renouvier es, sin duda, _Essais de critique générale_ (1854-64-76 y 92), en la que expuso los principios de su criticismo reformado, que se conoce con la denominación de neocriticismo.

En 1868 fundó _L’année philosophique_, en colaboración con monsieur Pillon, en quien halló un partidario de la doctrina criticista reformada. La publicación fue interrumpida por los acontecimientos de 1870-1871 y al año siguiente ambos filósofos transformaron _L’année philosophique_ en una Revista, que en un principio fue semanal y más tarde mensual, con el nombre de _Critique Philosophique_. El objetivo principal de Renouvier y Pillon fue desenvolver los principios de la Filosofía crítica, de la Moral racional y de la Política republicana. La _Critique Philosophique_, cuyo primer número apareció en Febrero de 1872, dejó de publicarse a fines de 1898, habiendo constituido uno de los esfuerzos más tenaces en pro de la intensificación del pensamiento francés en aquel lapso de tiempo.

Independientemente de los trabajos de Revista, en que predominaban la exposición y la crítica, Renouvier prosiguió su obra personal, publicando en 1869 dos volúmenes nutridísimos con el título genérico de _Science de la morale_, uno de sus más importantes trabajos.
1878 tradujo al francés, en colaboración también con M. Pillon, el libro primero del *Tratado de las Naturaleza humana*, del célebre filósofo inglés David Hume. En 1879 recogió algunos de los ensayos publicados en la *Critique Philosophique*, titulándolos *Petit Traité de Morale a l’usage des écoles primaires laiques*, trabajo que obtuvo un señalado éxito y que en 1882 hubo de reimpri­mir el autor, corrigiéndolo y aumentándolo considerable­mente. Este libro fué muy leído en Francia y contribuyó en no pequeña parte a impulsar la corriente laicista. En 1865 y 1886 coleccionó Renouvier algunos de los ensayos publicados en la *Critique Religieuse*—suplemento trimestral de la *Critique-Philosophique*—titulándolos *Equisse d’une classification systématique des doctrines philosop­hiques*. De 1890 a 1900 colaboró asiduamente en *L’année Philosophique*, que apareció nuevamente bajo la di­rección de M Pillon, al cesar la *Critique Philosophique*.

A partir de 1893 publicó las obras siguientes, que pre­sentan la doctrina neocriticista en sus distintos aspectos: *Victor Hugo: le poète* (1893), *Les dilemmes de l’His­toire* (1896-1897)—cuatro volúmenes que constituyen un estudio monumental y que por sí solos bastarían para labrar la reputación de un gran intérprete del pro­ceso de las sociedades—; *La nouvelle modologie*, en colaboración con M. L. Prat (1899), *Les dilemmes de la Métaphysique pure* (1900); *Victor Hugo: Le Phi­losophe* (1900); *Histoire et solution des problèmes mé­taphysiques* (1901), y *Le personalisme suivi d’une étu­de sur la perception externe et la force* (1902).

Carlos Renouvier falleció en Prades el 1.° de Sep­tiembre de 1903. Poco después de su muerte sus amigos, y entre ellos L. Prat, que sentía una devoción muy sincera por el maestro, dedicaron a su memoria la obra *Les derniers entretiens de Charles Renouvier* (1904) y salvaron el manuscrito inédito del ilustre filó­sofo intitulado *Critique de la doctrine de Kant* (1905).

En algunas de las últimas obras de Renouvier se ob­serva que a su criticismo se sobrepone una tendencia
mística. Sin embargo, su anhelo espiritual no llegó a sofocar su concepción racionalista. Sea cual fuere la apreciación que se formule acerca de la filosofía de Renouvier, no cabe negar que el egregio publicista fue un temperamento especulativo que supo ensamblar los datos que le ofrecía la observación con los postulados metafísicos. Pueden oponerse muchos reparos a su obra; pero es indudable que el filósofo de Montpellier ha sido uno de los entendimientos más fuertes y cultivados que han surgido entre la intelectualidad francesa en la segunda mitad del siglo pasado.
BUAH
En la cultura española del último tercio del siglo XIX destacan tres personalidades insignes por la amplitud de su visión por la vastedad de sus conocimientos y por haber realizado una labor que no se contiene en un orden especial, sino que abarca todas las materias históricas y filosóficas. Refiérome a don Francisco Giner de los Ríos, Marcelino Menéndez y Pelayo y Joaquín Costa. La obra de Giner ha trascendido poco al público porque la parte más importante de la misma no son los libros, sino su labor silenciosa y oscura, aunque fecundísima, llevada a cabo desde hace más de cuarenta años en su cátedra de Filosofía del Derecho de la Universidad Central. De lo que representó la gestión de Menéndez y Pelayo no es esta ocasión oportuna de hablar, pues al insigne polígrafo no se le ha estudiado más que en un aspecto, en el erudito, cuando en realidad lo más personal de Menéndez fueron sus indagaciones históricas y sus bosquejos y ensayos críticos y aun cuando en determinadas ocasiones su objetividad quedó relegada a segundo término, porque el espíritu de secta se le impuso, no cabe negar que en algunos instantes llegó a las más altas cimas de la intelectualidad y que no pocas de sus apreciaciones acerca de las escuelas literarias tienen un valor positivo y jamás podrán confundirse con los juicios de los profesionales de la crítica. Hombre, Menéndez y Pelayo, de una inteligencia privilegiada, aunque jamás renegó de la ortodoxia; como todos los escritores geniales, proyec-
taba la luz de su cerebro en cuantos problemas eran objeto de su atención obstinada.

Joaquín Costa es un ejemplo de autodidactismo; pero aunque reveló una extraordinaria energía mental, abarcando todas las disciplinas jurídicas y sociales, no puede ser considerado como un tipo representativo de la psicología española, pues si bien en algunos respectos encarna todas las cualidades y defectos de nuestra raza, en su formación intelectual las influencias de la cultura francesa e inglesa modificaron por modo considerable lo autóctono que había en su personalidad. En su producción hay una enorme cantidad de erudición y de cultura, análisis profundos, crítica acerada y un vigor psíquico y una audacia de pensamiento no superados por ningún otro escritor.

Evidentemente, Joaquín Costa ha sido el publicista que logró infundir a sus libros, y especialmente a sus artículos y discursos, una mayor plasticidad, acaso porque nadie tuvo la sinceridad y el altruismo del genial polígrafo aragonés, quién, para expresar sus estados anímicos, dejaba de lado todo retoricismo, él que era uno de los más insignes literatos que ha producido España y que poseía uno de los verbos más elocuentes que han ennoblecido la lengua de Cervantes en nuestro tiempo.

Costa tenía un dominio tal de su ego, y de las cuestiones científicas y sociales, que, éstas constituían sus preferencias; trabajaba con tanta honradez y poseía, además tal don de emplear siempre las palabras más adecuadas, que puede decirse que, más que escribir, esculpía en roca viva. Por esto, sin duda, hecha excepción de Pi y Margall, el autor del Colectivismo agrario ha sido uno de los escritores que, lo mismo en la oración ardorosa que en la polémica discreta y docta, y en la exposición severa de hechos y doctrinas, consiguió ser siempre un hablista admirable, dueño de su cerebro y de su pluma, que obedecía siempre los designios de su pensamiento clarividente.

Costa desmiente en parte la idea tan extendida que se tiene acerca de la psicología étnica, suponiendo que existen en nuestro país razas que se distinguen de las demás por poseer características fuertemente acusadas. Así, por ejemplo, se considera a los alto-aragoneses como encarnación de la rudeza y la adustez, y sin embargo,
Ideólogos, Teorizantes y Videntes

Joaquín Costa, que era alto-aragonés de pura sangre, fué hombre que hablando y escribiendo acertaba siempre a expresar todos los aspectos de los problemas nacionales y al estudiar los elementos fundamentales de la constitución y vida del pueblo español, demostró una complejidad espiritual extraordinaria, acertando a desentrañar con sutileza de psicólogo, los detalles más nílgios y la estructura nérnea y muscular de nuestro país. Lo prodigioso en Costa es que pudiera sus traerse a su origen, a su educación prístina, y al ambiente psicológico y moral en que se desarrolló, reobrando enérgicamente contra todas las influencias ancestrales, y fuese el prototipo de la rebeldía a ultranza y llegase a condensar todas las aspiraciones revolucionarias que latían y latirán en lo íntimo de la subconsciencia del pueblo español eternamente oprimido y vejado Costa, Jovellanos, Fernando Garrido y Pi y Margall, han sido, en mi sentir, los únicos españoles insignes que supieron libertarse de las falsas y menguadas tradiciones, pues con su acometividad y su arrojo, trataron de infundir nueva vida a ese cadáver galvanizado que se llama España. Por esto, los que juzgan superficialmente de hombres y cosas, han podido considerar a todos los no conformistas del atraso hispánico, como enemigos del genio español, cuando en realidad, de lo que se mostraban adversarios era de la leyenda que ha falseado el carácter de nuestro pueblo, sumiéndolo en la miseria y la abyección.

Nació Joaquín Costa en Monzón—no en Graus, como han dicho la mayoría de sus biógrafos—a 14 de septiembre de 1846. Fué el primer hijo de los once que tuvieron sus padres, modestísimos labradores que en 1852 se trasladaron a Graus en busca de medios más favorables para el trabajo, y por la circunstancia de ser sus antepasados hijos de aquella villa. Joaquín Costa reveló desde niño cualidades excepcionales en la Escuela Elemental de Graus, por cuyo motivo el sacerdote José Salamero, próximo pariente suyo, que se percató de sus dotes, le facilitó, con generosidad digna de elogio, recursos para que se trasladara a Huesca a cursar la segunda enseñanza en el Instituto de aquella capital. Costa, inmediatamente, se granjeó la simpatía de sus profesores y obtuvo a un tiempo los títulos de delineante y agrimensor y de maestro superior, y, pen-
sando seguir la carrera de arquitecto, fué a prestar sus servicios a casa del arquitecto provincial Hilario Rubio. Sentía un ansia tal de aumentar el caudal de sus conocimientos, que no vaciló en desempeñar las ocupaciones más humildes, como el encaramarse a los andamios, revocar paredes y tabiques y levantar muros. En Pertusa existe todavía un molino que se construyó bajo su dirección.

En 1867, algunos amigos de Costa, percatados de que en él había el germen de un hombre excepcional, lograron que aquella Diputación le concediera una pensión para visitar la Exposición Universal que entonces se celebraba en París. Y Costa, que sentía un gran afán por conocer la vida francesa, se trasladó a aquella capital, donde escribió una Memoria, que fué su primer trabajo literario, titulada *Ideas apuntadas en la Exposición de París de 1867* (Huesca (1868). Pero al hacer su viaje a Francia no concretó su actuación a exponer lo que había visto en aquel gran certamen, sino que estudió de visu las más importantes bodegas de Burdeos, Medoc y otras, y una vez hubo agotado la pensión, siguió viviendo en Francia más de dos años, para lo cual se dedicó a dar lecciones en un colegio particular, regresando a España al ser llamado al servicio de las armas. Cuenta uno de los biógrafos de Costa, que ¡fué tal la impresión que le causó al visitar la Exposición, un biciclo, que formaba parte de ella, que envió a sus amigos de Huesca una carta acompañada de unos dibujos describiendo con exactitud aquel raro aparato, que un industrial oscense lo reprodujo en madera, siendo el primer vehículo de este género que circuló en España.

El venerable sacerdote, José Salamero, al regresar Costa de Francia, siguió prestandole recursos para que prosiguiera sus estudios, y así pudo cursar el Derecho, obteniendo las más altas calificaciones, y en la Licenciatura y el Doctorado, premio en ambos grados en 1872. Pero considerando Costa que la Jurisprudencia no colmaba sus ansias de saber, simultaneó aquellos estudios con los de Filosofía y Letras, obteniendo al año siguiente, con la nota de sobresaliente, la Licenciatura y el Doctorado. Poco después hizo oposiciones a una plaza de profesor auxiliar vacante en la Central, expli-
cando la cátedra de Legislación comparada, que más tarde ocupó Gumersindo de Azcárate. En las oposiciones a las notarías vacantes en el territorio de la Audiencia de Granada, alcanzó el número 1. Asimismo obtuvo plaza de abogado del Estado, por oposición, en las provincias de Guipúzcoa, Guadalajara y Huesca (1875, 1878), demostrando en el desempeño de estos cargos, a la vez que una gran independencia de carácter, una rectitud acrisolada. Como dato que prueba elo- cuentemente su modo de ser, podemos recordar que para no plegarse a las ingerencias de la política, renunció al cargo de abogado del Estado, en el cual había enc-contrado un medio decoroso de subsistencia.

En 1878 hizo oposiciones a las cátedras de Derecho Político y Administrativo, de Valencia, y, a pesar de haber demostrado suficiencia y poseer una preparación realmente estupenda, fue propuesto para dicha cáte- dra uno de sus contrincantes, Vicente Santamaría de Paredes, inferior a Costa en potencia mental, en cultura y en palabra, pero que, a falta de méritos indis- cutibles, era yerno del ilustre Pérez Pujol, a la sazón rector de la Universidad de Valencia. También Costa, que sentía una gran predilección por los estudios his- tóricos y que desde muy joven se reveló como un co-los o de la investigación en esta rama del saber, hizo oposiciones a la cátedra de Historia de España, va- cante en la Facultad de Filosofía y Letras de la Uni- versidad Central, por haberse retirado el insigne Cas- telar del profesorado. Tampoco en esta ocasión el éxito fue el galardón de los merecimientos altísimos del maestro, pues obtuvo la cátedra, si no recuerdo mal, don Juan Ortega y Rubio, que sólo fue un mediano cultivador de los estudios de historiografía. Estas pre- tericiones ocasionaron a Joaquín Costa una vivísima contrariedad, porque él, que era un espíritu noble y recto, no podía avenirse con la injusticia erigida en sis- tema.

Cuántos le conocimos a fondo y tuvimos el honor de ser amigos íntimos del famoso publicista y conocí- mos las vicisitudes de su primera época, hemos de acha- car el pesimismo que ya entonces se advertía en Cos- ta, por cuanto concierne a la máquina del Estado, al hecho de haber sido víctima de las intrigas y las ase-
chanzas de los burócratas de Academias y Universidades.

Convencido Costa de que era imposible ingresar en el profesorado de aquella época conservando incólumes las convicciones y los puntos de vista doctrinales propios, cambió de rumbo y orientó su actividad hacia la abogacía y los estudios de indagación en el ámbito de la Filosofía, el Derecho, la Historia y la Sociología, llegando a adquirir, como es notorio, justa celebridad en cada una de estas disciplinas. Realmente, fue sensible que Costa no hubiera podido ingresar en el profesorado oficial, porque un hombre de sus dotes habría hecho de la cátedra un verdadero Seminarium a la manera alemana, integrando así su obra, que, cuando menos, en la forma, no ha podido tener unidad ni la debida seriación.

El eminente polígrafo alto aragonés, al convencerse de que el profesorado estaba cerrado a cal y canto para los indagadores que poseían una personalidad definida y puntos de vista originales acerca de los principios fundamentales del Derecho, en vez de considerarse vencido, trabajó con más empeño que nunca, consagrando su actividad entera a la producción intelectual. A partir de 1876, en que publicó su libro *La vida del Derecho*, iniciando una serie de ensayos notables, tanto por su contenido doctrinal como por su pasmosa erudición, adquirida toda ella de fuentes inexploradas en Archivos y Bibliotecas; puede decirse que no cejó un instante en su esforzada labor.

En 1881 Costa dió forma a sus ideas filosóficas acerca del papel que desempeña el elemento dinámico en el desenvolvimiento de las sociedades, transformando el modo de ser de las leyes, las costumbres, etc., con la publicación de su libro *Teoría del hecho jurídico individual y social*, que apareció formando el volumen VII de la Biblioteca Jurídica de Autores Españoles. Este libro, a pesar de haber transcurrido 33 años desde su aparición, es el mejor estudio sobre esta materia que ha visto la luz en nuestro país, pudiendo ser considerado como un monumento impercedero y como la única contribución de alto vuelo que han aportado los tratadistas españoles a la Biología Jurídica. Hasta hace diez años, en que Pedro Dorado publicó *El Derecho y sus
sacerdotes, la orientación marcada por Costa no había sido continuada.

En 1881 reunió Costa, en su libro *La poesía popular española* y *Mitología y Literatura celta hispanas*, varios trabajos muy interesantes, dedicados a poner de manifiesto el influjo que tuvieron los bardos en la formación de las ideas y la cultura, y las transformaciones que los conceptos míticos sufrieron en el transcurso del tiempo, pasando de unos pueblos a otros, creando hábitos, instituciones, leyes, etc. Aparte de su valor histórico y de investigación objetiva, es curiosísimo el mencionado libro, porque Costa, al recoger los materiales, estudiando a fondo el folklore, probablemente concibió los trabajos que más tarde hubo de escribir respecto al Derecho consuetudinario y al colectivismo agrario.

En 1883 reunió en el libro titulado *La libertad civil y el Congreso de jurisconsultos aragoneses* varios estudios publicados en distintas ocasiones; pero con un plan único, que continuó en otra obra publicada al año siguiente con el título de *Estudios jurídicos y políticos*, en la que estudió el concepto del Derecho en la política popular española, algunos aspectos de la historia de las ideas políticas en España, política exterior y colonial, requisitos de la costumbre política según los autores, etc.

Durante aquella época, alternó Costa la producción intelectual con los cursos dados en la Institución Libre de Enseñanza de Madrid, y tomó parte activísima en la organización del Congreso Español de Geografía Colonial y Mercantil, celebrado en 1883, siendo el iniciador de los primeros ensayos llevados a cabo por la Sociedad Africana, de la que fue en distintas ocasiones su portavoz. Los discursos que pronunció Costa al inaugurarse el primer Congreso Africano le conquistaron una gran fama de orador fácil, elocuente y arrebatador. Recuerdo a este propósito un episodio que me refirió hace veintiocho años el insigne naturalista Odón de Buen, que entonces comenzaba sus primeras campañas, de regreso de su expedición al Sahara. El presidente de aquel Congreso era Segismundo Moret, a quien estaba confiada la tarea de sintetizar, como presidente, la labor de los asambleístas. Habiendo su-
frido una indisposición, no pudo el señor Moret asistir a la sesión de clausura, recurriéndose a Costa para que sustituyera a aquél en tan difícil misión, que se habían negado a aceptar las personalidades que por aquel entonces tenían más fama de doctas y de conocedoras del problema de la colonización. Costa fué al Congreso sin previa preparación y pronunció un discurso admirable, puntualizando cada uno de los problemas que habían de informar el programa a desarrollar por el africanismo español. Y fué tal la clarividencia del maestro, que predijo algunos de los conflictos que más tarde dificultaron la expansión española en Marruecos. Este discurso valió a Costa una gran autoridad, rindiéndose hasta sus mismos enemigos y detractores ante sus grandes merecimientos.

Poco después, Costa tomó parte principal en la campaña librecambista que realizaron Laureano Figuerola, Gabriel Rodríguez, Manuel Pedregal, Moret, Azcárate, Labra y otros, distinguiéndose de sus compañeros, por la profundidad con que trataba el problema arancelario, dejando de lado las cuestiones accidentales y sentando, no sólo las líneas generales, sino el detalle de lo que había de representar para España el régimen del libre cambio.

Hasta 1890, se dedicó Joaquín Costa a los estudios históricos con entusiasmo pocas veces igualado. Tanto es así, que cuando se encariñaba con una materia determinada, proseguía la investigación días y más días sin acostarse y con objeto de mantener viva la atención tomaba una taza de café tras otra. A consecuencia del trabajo inmoderado a que se entregó desde 1883 hasta 1890, contrajo una grave enfermedad medular, que se agravó en términos que le alarmaron en el último de los citados años, en que por consejo de los médicos hizo un viaje al extranjero con objeto de consultar a los neurólogos más famosos. Y como quiera que un célebre facultativo de Berna le ordenase un tratamiento de reposo, indicándole la conveniencia de permanecer alejado de los grandes centros urbanos, Costa, a su regreso a España, se propuso cumplir aquella prescripción y para ello solicitó de la Dirección general del Notariado el traslado a Graus con objeto de seguir desempeñando su cargo de notario de Madrid en aquella villa, porque
no contaba con más recursos que los que le producía el ejercicio de su cargo. Pero no pudo cumplir su deseo, debido a que los burócratas, que antes le habían impedido el ascenso al profesorado, negaron a concederle el traslado. No tuvo, pues, Costa, otro remedio, que alternar su estancia en Madrid con algunos viajes a Graus, a donde se dirigía cada vez que se exacerbaba su padecimiento.

En su libro *Plan de una Historia del Derecho español en la antigüedad* (1889) y poco después en sus *Estudios ibéricos* (1891-94), llegó a penetrar hasta los orígenes de la vida jurídica en nuestro país y se familiarizó con las fuentes de investigación menos exploradas. El *folk-lore*, del cual hizo un examen muy profundo, le obligó a estudiar en lo más íntimo, la intrahistoria de nuestro pueblo y nadie como Costa penetró en la entraña del alma hispana, pues era tal su conocimiento del modo de ser de nuestras instituciones antiguas, medias y modernas, que puede decirse que reconstituyó el pasado de nuestro pueblo, recogiendo todo lo que significó, en el transcurso del tiempo, aspiraciones sofocadas e intentos frustrados. Pero su obra maestra, aquella en que puso de manifiesto sus dotes de indagador precioso y genial, fue *Colectivismo agrario en España, doctrinas y hechos* (1898), que puede considerarse como un arsenal de conocimientos, en gran parte desconocidos, pues en ella investigó Costa muy a fondo la obra de nuestros escritores y legisladores, de épocas un tanto lejanas a la nuestra, y, apartándose del camino trillado, prosiguió sus estudios de Biología jurídica, proyectando la luz de la historia en los puntos más oscuros del derecho, buscando antecedentes a la doctrina de la nacionalización de la tierra, de los famosos economistas Henry George, Wallace y Collins, desarrollando el proceso del colectivismo en España y analizando con gran sagacidad la doctrina de los precursores del colectivismo agrario contemporáneo.

Refiriéndose al siglo XVI, al que denominó “siglo por excelencia español y período en que nuestra nación cerraba con llave de oro la Edad Media y abriría la Edad Moderna”, señala Costa el papel que ejercimos los españoles en la Ciencia, siendo los directores y portaestandartes de la civilización aria por todo el planeta. En aquella
época alborzaron la Geografía Física y la Comparada, la Gramática general, el Derecho natural y de gentes, floreció la teoría de la soberanía, adquirió preponderancia el método filosófico, nuestros tratadistas descolgaron en el cultivo de la jurisprudencia romana y se iniciaron los estudios de Antropología, Numismática y Ciencia Penitenciaria.

Lo que fue aquella etapa luminosa de nuestra Historia lo describe Costa con gran seguridad de pensamiento y elegancia de estilo en su libro *Colectivismo agrario*, reseñando el papel que desempeñaron en la Filosofía del Derecho, la Ciencia del Estado y el Derecho Internacional, Victoria, Soto, Mariana, Ayala y Suárez, cultivadores insignes de las disciplinas jurídicas y sociales, precursores unos, fundadores otros de doctrinas y sistemas cuyo conocimiento es indispensable para interpretar rectamente la historia interna nuestro pueblo. Costa ha sido el gran rebuscador de la Historia, de la tradición, de la leyenda y del espíritu latente en las costumbres y habla populares. Prosiguiendo los trabajos de Hinojosa, Pérez Pujol, Altamira y otros, demostró que, habiendo sido España iniciadora del renacer de las disciplinas jurídicas, supo conquistar también blasones en un ramo de cultura tan afín a aquéllas como la ciencia social.

El eminente pensador, que amaba a España apasionadamente, trabajó para dar a conocer los tesoros ocultos o semi-ocultos de nuestra Bibliografía, especialmente en lo relativo a la organización económica de la Sociedad y el Estado, estudiando cada una de las obras que conservan todavía un valor positivo, para indagar en los orígenes de la Sociología en España. Son asimismo admirables sus síntesis de la naturaleza y el valor de la escuela colectivista española, siendo punto menos que imposible extractar el enorme esfuerzo de indagación y de crítica que hubo de realizar en un género de estudios tan difíciles y complejos que nadie había logrado llevar a cabo cumplidamente.

Dieciséis capítulos de la segunda parte del *Colectivismo*, dedica Costa a la exposición de los hechos, revelando extraordinarias facultades de aprehensión, pues acertó a recoger cuanto había de autóctono en las instituciones económicas españolas concernientes a la
propiedad colectiva de la tierra en las regiones y localidades donde el colectivismo se manifestó en toda la primitiva sencillez de su origen. En realidad, y apreciado concretamente el inmenso trabajo de investigación y de erudición contenido en aquellas trescientas páginas dedicadas a los hechos; puede asegurarse sin exageración, que Costa legó a la posteridad un gran monumento científico y sociológico y que aunque sólo hubiese escrito este libro, tendría asegurada una indestructible reputación como historiógrafo y como sociólogo.

Costa, que en distintas ocasiones hubo de intervenir activamente en la realización de grandes empresas de carácter nacional, como la organización de las tareas del Congreso de Geografía Colonial y Mercantil, en 1883, y los trabajos de la Sociedad de Africanistas, sintió en 1899 en su espíritu la imperiosa necesidad de poner un dique a los atropellos y las vejaciones de la Administración pública y los recaudadores de contribuciones, fundando con este motivo la Liga de Contribuyentes de Ribagorza. Esta fue la entidad en que comenzó Joaquín Costa su hermosa y valiente campaña de la Liga Nacional de Productores, que tanta fama le conquistó, llegando desde aquella fecha a ser conocido del gran público, que vio en el insigne pensador no sólo el portavoz de las aspiraciones colectivas, sino el hombre-síntesis del movimiento reivindicador del alma nacional, vilipendiada y escarnecida por los políticos de oficio. Costa, aunque parezca extraño, hasta que redactó los memorables manifiestos de la Cámara Agrícola del Alto Aragón, era sólo un prestigio para los intelectuales y un pequeño grupo de amigos y discípulos con que contaba en la provincia de Huesca. Tanto es así, que en dos ocasiones consecutivas, al presentarle, contra su voluntad, candidato a diputado provincial por el distrito Tamarite-Benabarre, fue derrotado. No ha de sorprender, sin embargo, el hecho de que el nombre de Costa no hubiese llegado a la masa social semi-ilustrada, ya que en España la incomprensión y la versatilidad son defectos profundamente arraigados en lo íntimo de la subconciencia de nuestro pueblo. A otro insigne aragonés, gloria de la ciencia española, Ramón y Cajal, le había acontecido lo propio que a Costa. Fué preciso que algunos histólogos alemanes se ocuparan con
gran elogio de sus descubrimientos importantísimos, para que aquí, en España, repercutiera el triunfo del célebre biólogo, que tanto ha contribuido con su esfuerzo al progreso de la técnica anatómica. Y casos como los de Costa y Cajal, se han repetido, por desgracia, no pocas veces. Laureano Calderón, Ignacio Bolívar, Blas Lázaro, Sales y Ferré, etc., han sido víctimas de la falta de interés de nuestro público por los problemas que plantean la Ciencia y la Filosofía contemporáneas.

Costa no había alcanzado la notoriedad, no digo la fama, que merecía, porque su labor había sido predominantemente investigadora y enfocada hacia los problemas transcendentes del Derecho y de la Sociología; y aunque cultivó casi todas las disciplinas sociales y, singularmente, las cuestiones agrarias, llevó a cabo sus trabajos con tanta objetividad y elevación de miras, que no satisfizo los intereses particulares de los propietarios rurales que gozaban de influencia y por esto no logró crear en torno a su persona un grupo de incondicionales, único modo de ganarse la simpatía primero y más tarde la popularidad. A Costa le repugnó siempre, por otra parte, el inmiscuirse en las luchas bizantinas de los partidos, porque desde muy joven sintió desvío y aversión por la política militante, considerándola mezquina en el propósito y rastrera en los procedimientos. El insigne pensador, que era un temperamento de abolengo español, a pesar de las contrariedades experimentadas en su vida de hombre de ciencia y de acción, al darse cuenta de lo que significaba para España la pérdida de las Colonias; sufrió una agudísima crisis espiritual y comprendió que debía abandonar el gabinete de estudio para ejercer una acción inmediata, con objeto de intervenir rápidamente en la restauración de las energías del cuerpo social hispano. La derrota de 1898 sobreexcitó a Costa, que ya era un carácter naturalmente vehemente, y fue como la causa ocasional que le impulsó a tomar parte activa en la política.

Al salir el eminente polígrafo de su retraimiento, convencido de que con los elementos políticos autores del desastre era imposible intentar el resurgimiento nacional, concibió el proyecto de incorporar a la vida política a los elementos valiosos que permanecían alejados
de la cosa pública, y para ello, aprovechando su ascen-
diente cerca de la Cámara Agrícola del Alto Aragón,
hizo un llamamiento a las clases neutras del país, cons-
tituyendo en la Asamblea reunida en Zaragoza en 1899
la Liga Nacional de Productores. En la memoria de
cuántos se interesan por los problemas políticos, está lo
que significó aquel movimiento generoso, entusiasta, que,
impulsado por Costa, fué el comienzo de la regenera-
ción de la vida nacional. En aquella Asamblea combatió
el maestro con gallardía y elocuencia no superadas, los
principales defectos de nuestra organización política,
económica y social, poniendo de manifiesto los errores
y la inconsciencia que habían conducido a España a la
pérdida del imperio colonial y a quedar convertida en
una nación de segundo orden. Posteriormente, al coin-
cidir en algunos puntos de su campaña con la que lleva-
ban a cabo los elementos económicos y mercantiles que
dirigían, entre otros, Basilio Paraíso y Santiago Alba,
fundó, de común acuerdo con éstos, la Unión Nacional,
que, como se recordará, produjo en algunos instantes tan
viva impresión en la opinión pública del país que puede
decirse que puso al régimen en peligro.

A los pocos meses, convencido Joaquín Costa de que
la Unión Nacional había fracasado por no haber cum-
plido estrictamente el programa dictado en gran parte
por él, y persuadido, además, de que algunos de sus
compañeros de Directorio, en vez de proseguir la orien-
tación marcada, buscaban, con miras egoístas, la mane-
ra de encumbrarse, apoyándose en aquel movimiento,
todo generosidad y altruismo; orientó su actuación hacia
el campo republicano, defendiendo en varios manifiestos
y discursos la necesidad de unir todas las fracciones
del republicanismo y alcanzando la popularidad máxima,
que le valió el ser elegido diputado en 1901 por Madrid
y Zaragoza, y el triunfo moral en Gerona y otras ciu-
dades. Pero, a pesar de que el cuerpo electoral votó a
Costa con entusiasmo y le prodigó sus muestras de ad-
hesión sincera, negóse el eminente tribuno a presentar
el acta y tomar asiento en el Congreso, porque enten-
día que aquella agitación republicana demandaba de los
jefes algo más que discursos inflamados por la pasión
negativa y preconizaba para aquellos instantes de sobre-
excitación el hecho de fuerza que implantase el nuevo régimen.

Al darse cuenta Costa de que los directores de la Unión Republicana desoían sus indicaciones leales para encauzar aquel hermoso movimiento en que toda la democracia republicana de España se había puesto en pie, sintióse de nuevo dominado por el pesimismo y por el tedio y no quiso compartir la responsabilidad de una política archiconvencional en que la vana palabrería lo era todo y dificultaba la acción eficaz y valiente. De ahí que en 28 de septiembre de 1903, fatigado, desilusionado y persuadido de que el partido republicano había, por omisión, contribuido a afianzar el Régimen; lanzase, airado, un anatema vigorísimo contra cuantos elementos y personalidades políticas contribuían al imperio de la farsa, empobreciendo cada instante más la nación, y se alejase en absoluto de la política militante, dejando, sin embargo, una estela luminosa y un programa que los republicanos no supieron utilizar a tiempo, pero sí algunos hombres monárquicos, que lentamente y aunque desfigurado, han ido incorporándolo a sus planes de Gobierno. En los momentos actuales, en que se puede ya juzgar con cierta serenidad la gestión llevada a cabo por Costa, cabe afirmar que si bien no logró infundir en los partidos republicanos el sentido transformador a ultranza, por lo que se refiere a la actuación en el aspecto externo, consiguió, no obstante, remover y agitar hasta sus cimientos, el contenido doctrinal, pues es evidente que el influjo de Costa fué grande y en cierto respeto decisivo, ya que trascendió a todas las esferas de la actividad española, sin excepción.

Desde que Costa publicó el admirable programa de la Cámara Agrícola del Alto Aragón, en el que sintetizó todas las ansias de reconstitución y mejora de las costumbres públicas y del régimen político entero, en cuanto se ha discurrido, escrito y hablado, entre nosotros late el espíritu de Costa. Ha sido tan decisiva la influencia ejercida por la breve, pero intensísima, actuación política y social del maestro—dejando aparte la científica—que para estudiar la historia interna de España contemporánea podríamos dividirla en dos etapas perfectamente delimitadas: la anterior a Costa, que se caracteriza por el espíritu de rebaño, que diría Unamu-
Ideólogos, Teorizantes y Videntes

no, y la post-costiana, en que surgen la conciencia y la voluntad sociales que preconiza el sociólogo ruso Novi­cow. La literatura que llamó Dorado Montero de la regeneración, si bien fue iniciada por Angel Ganivet con su Idearium español y continuada por Macías Picavea con El problema nacional; llega en los trabajos de Costa, principalmente en sus manifiestos y programas, a su más alto grado analítico y sintético, como expresión de toda la gama de los sentimientos que anidan en el alma del pueblo español. Costa, en este sentido, puede par­rangonarse con los grandes patriotas de la Europa ac­tual: Kossut, en Hungría; Parnell, en Irlanda, y Mazz­zini, en Italia.

Después de haber escudriñado, con perspicacia, en el pasado para descubrir, entre la urdimbre tupidisima de las civilizaciones que se sucedieron en la Península a través de los siglos, la genealogía de nuestra psiquis colectiva, sintió Costa la necesidad de estudiar la situa­ción presente de España y para ello concibió la idea de abrir una información en la sección de Ciencias Morales y Políticas del Ateneo de Madrid acerca del tema, que continúa siendo de actualidad: “Oligarquía y Caciquis­mo como la forma de gobierno actual en España: urgen­cia y modo de cambiarla”. En la Memoria que redactó Costa como presidente de la sección, exponiendo con am­plitud el tema, planteó en sus distintos aspectos lo que significa para nuestro país el caciquismo y, penetrando en lo íntimo del alma española, puso de manifiesto los vicios, defectos y errores a que dio lugar el caciquismo y a su vez las concausas que lo engendraron. Con ga­llardía inusitada fue analizando, una tras otra, las deriva­ciones de la corrupción política y el entronzamiento del poder oligárquico. Como en el discurso pronunciado en los Juegos Florales de Salamanca en 1901 acerca de la crisis política de España, Costa distinguió en la mencio­nada Memoria las cualidades que caracterizan virtualmen­te nuestro modo de ser en lo esotérico y las influencias perniciosas que produjeron en el cuerpo social el predo­minio del favoritismo y la injusticia erigida en norma. Indudablemente Costa, en este estudio, acertó a descubrir el cáncer que devora las entrañas del organismo nacio­nal, dominado todavía, de una parte por el dogmatismo de la Iglesia y de otra por el parasitismo burocrático, los
dos factores que más han contribuido a la deformación y anquilosamiento de España. En otro país que no estuviera tan profundamente postrado como el nuestro, la información llevada a cabo por el Ateneo de Madrid, a iniciativa de Costa hubiera sido, sin duda, la iniciación de un movimiento francamente regenerador; aquí sólo tuvo eco entre algunos intelectuales y el grupo de amigos y admiradores que seguían con interés las nobles empresas del gran pensador de Graus.

Costa, en sus últimos tiempos, dedicó principalmente su actividad a la producción intelectual y desde 1904 hasta poco antes de su fallecimiento, ocurrido en aquella villa altoaragonesa en 8 de Febrero de 1911, publicó distintos trabajos, planeó otros que no han llegado a ver la luz y puso en orden algunos de sus ensayos, que han aparecido recientemente con el título genérico de La fórmula de la Agricultura Española, formando los dos primeros volúmenes de las obras completas de Costa, editadas por su hermano don Tomás. Este libro es sumamente interesante y lo constituyen una colección de artículos y ensayos escritos en distintas épocas y obedeciendo a diversas circunstancias, pero con perfecta unidad de plan, método y exposición, estando todo él inspirado en un solo ideal: el de elevar la condición del agricultor y despertar la atención de la opinión pública hacia los problemas agrarios. La fórmula de la Agricultura es una verdadera enciclopedia de las cuestiones jurídico-agrarias, consideradas en sus distintos aspectos. Entre otros asuntos, ocúpase Costa, en la primera parte, denominada por él “Agricultura armónica”, de la acción de la Naturaleza en la producción agrícola; de la actividad del hombre en la misma; del suelo de la patria y la redención del agricultor; de la Agricultura desértica y del procedimiento para crear los oasis artificiales. Figura también en este volumen su célebre estudio, especie de llamamiento, que tanta impresión produjo, titulado Agricultores, a europeizarse!, que es una de las más inspiradas y vibrantes páginas que escribiera Costa. Termina la primera parte del libro con un análisis concienzudo del cultivo de los cereales en España, demostrando que es antieconómico, y haciendo un bosquejo de lo que podrían significar para la nación las instituciones de crédito territorial y agrícola.

La segunda parte está dedicada a la política hidráu-
llica, la concepción más feliz que tuvo Costa y en la que reveló su clarividencia y su profundo conocimiento de las desdichas de la patria. Los capítulos que consagra a estudiar la misión social de los ríos en España, son admirables y debía este ensayo figurar como libro de texto en todas las escuelas nacionales. También son dignos de ser divulgados los capítulos dedicados a la Agricultura de regadío, nacionalización de las aguas fluviales, plan general de canales, etc. La tercera parte de la obra está dedicada al arbolado y la utilidad inmensa que significa para la vida este gran amigo del hombre. Y en la cuarta y última parte analiza cuantos problemas conciernen a la propiedad de la tierra y la cuestión social, ampliando, en cierto respecto, algunos de los puntos de mira señalados anteriormente en otras obras y en particular en El Colectivismo Agrario.

Es imposible mencionar todos los libros, folletos, memorias y artículos publicados por Costa en revistas y periódicos; su obra fue realmente asombrosa, tanto por lo vasta y compleja, como por lo profunda y originalísima. Pasó el insigne publicista la mayor parte de su existencia, sobre todo la juventud, consagrado a los trabajos de investigación y rebusca y por eso su cultura llegó a ser tan sólida y personal. Tuvo además, como pocos escritores de nuestra época, el don de enfocar los problemas, sintetizando en claros y categóricos términos sus puntos de vista y llegando a formular juicios, exactos y precisos, a veces en frases cortantes y de una elocuencia insuperable. De ahí que sus opiniones hayan llegado a las muchedumbres, que, sin comprender todo el alto sentido del pensamiento de Costa, las diputan como sentencias dictadas por un sabio. Costa, en determinadas ocasiones, interpretó en forma aforística, de modo gráfico y contundente, los anhelos de reconstrucción de España que presentía la multitud de los campos y de la ciudad. Su conocimiento de la vida jurídica de nuestro país no ha sido igualado por ningún otro tratadista, pues nadie como él indagó en el modo de ser de nuestro pueblo, pudiendo considerarse en cierto modo definitivos sus estudios acerca de la familia, la propiedad, la organización económica, la vida jurídica, la constitución física, la mentalidad y, en suma, la fisonomía moral
del país entero, sus virtudes y defectos, sus ensueños, el alma de la nación y la psicología de la raza.

A raíz de la muerte del solitario de Graus y posteriormente, varios publicistas de nombradía trataron de valorar su obra colossal, discurriendo acerca de los aciertos y equivocaciones de Costa. Pero, en mi sentir, se ha estudiado poco y deprisa lo que representa en su totalidad el esfuerzo del egregio pensador. En realidad está por hacer el estudio de conjunto de la labor de Costa. Por impresión conocemos los juicios de Unamuno, Martínez Ruiz (Azorín), Gómez de Baquero, Eloy Luis André, González Serrano y el de sus admiradores Bescós, Adellac y Edmundo González Blanco; pero la crítica sesuda e imparcial todavía no ha hecho un análisis objetivo de lo que representa la personalidad de Costa en el Derecho, la Historia, la Filosofía y la acción social y política de nuestro país.

Es indudable que, a pesar de su gran potencia psicológica, de su cultura portentosa, Costa no pudo sustraerse por completo a las condiciones adversas del ambiente, poco propicias a estudios de alta especulación, como tampoco a la herencia psicológica y a la sugestión que en su ánimo ejerció el nihilismo intelectual de una parte y de otra el férreo dogmatismo del catolicismo, cuyo influjo se advierte en todos los pensadores españoles contemporáneos, desde Pi y Margall a Menéndez Pelayo y de Ganivet a Unamuno. Acaso erró Joaquín Costa en el procedimiento que siguió en sus propagandas y en el tono apocalíptico que empleó al escribir sus Manifiestos, porque las impacencias y las inquietudes que siente un hombre genial, muy pocas veces pueden ser compartidas por un pueblo latino como el nuestro, en que las clases sociales apenas han comenzado el proceso de diferenciación y las muchedumbres son masas amorfas, sin más aglutinante que el odio y el deseo de venganza. Noción de la medida pocas veces la tuvo Costa, porque su noble afán le llevaba siempre hacia los programas enciclopédicos, lo cual se explica por la constitución orgánica, pletónica, del maestro, que propendía fatalmente a la congestión, y por su deseo vehemente de convertir las ideas en realidades.

Su gran saber le inclinaba, al trazar los programas, a abarcar un plan demasiado extenso y por eso en alguna
ocasión trató de resolver en globo cuestiones de índole diversa, que demandaban soluciones parciales. También se ha achacado a Costa el no haber seriado con bastante método sus planes de reforma y transformación, y, aunque fuera cierta la imputación, no debe, sin embargo, atribuirse a esto el fracaso de Costa, pues hay que tener en cuenta que en España el fracaso ha sido común a todos los pensadores y políticos que han defendido programas renovadores. Lo mismo los teorizantes, como Pi y Margall y Almirall; que los políticos de la izquierda, como Ruiz Zorrilla; que los gobernantes, como Silvela, Villaverde y Sánchez Toca, fueron al fracaso, quizás más que por errores propios, porque los intelectuales, las clases directoras, la Prensa y todos los elementos sociales más activos y cultos no les prestaron su concurso generoso, leal, con el desinterés y la constancia que son necesarios para que toda obra pueda cristalizar. La Universidad, las Academias, las Corporaciones económicas no tienen un concepto ni aproximado de la misión propulsora y rectora que les incumbe cumplir en la colectividad; y Costa, como antes los ilustres hombres públicos mencionados, no triunfó porque no tuvo a su lado una pléyade de hombres inteligentes, cultos y esforzados que, compartiendo en lo esencial las doctrinas redentoras del maestro, las divulgasen, aclarándolas en lo menester y completándolas en el detalle, acomodando la acción al pensamiento en cada uno de los principales problemas jurídicos, pedagógicos, económicos, etc., distinguiendo en las soluciones propugnadas por Costa lo que había de ser de inmediata aplicación y aquello que exigía nuevo y más profundo examen.

De todas suertes, a pesar de la carencia de una aristocracia intelectual activa y tenaz, la obra europeizadora de Costa es imperecedera. Lo fundamental de su pensamiento sigue viviendo en la conciencia de todos los elementos sanos de nuestro país y no cabe duda que más tarde o más temprano triunfará. Los sociólogos más eminentes, como Spencer, Stuart Mill, Schaffle y los mismos panegíristas del futurismo, como el insigne Gabriel Alomar,
Santiago Valenti Camp sustentan la tesis de que el progreso de un pueblo atrasado, indolente y supersticioso, como el nuestro, no puede conseguirlo un solo hombre, ni puede operarse en un breve lapso de tiempo. Más bien hay que esperarlo de las generaciones que nos sucedan, las cuales, haciendo honor y justicia al gran español, incorporarán sus ideas al espíritu regenerador.

Joaquín Costa, desde su tumba, continuará inspirando la actuación de los hombres públicos de hoy y de los de mañana.
Entre las literaturas de los pueblos latinos, es la nuestra la que reviste caracteres más estadizos y rígidos, debido, sin duda, a que aquí las inquietudes, impaciencias, anhelos y ansias de renovación pocas veces toman cuerpo en la opinión pública y rara vez refluye en la literatura la agitación ideológica que se registra en las distintas esferas de la actividad mental, verbi gratia, en la Filosofía, la Psicología, la Etica, la Estética, la Pedagogía, la Crítica, el Derecho público, etc. Es notoria la falta de interés, cien veces demostrada, de la opinión pública del país, no ya respecto de los profesionales de la Literatura, sino también de los hombres cumbres, de las personalidades insignes como Galdós, Pardo Bazán, Unamuno y Angel Ganivet, que, en sentir de muchos, pueden ser considerados como los tipos representativos de la creación literaria fuerte, audaz y original.

Angel Ganivet fue un espíritu inaudito, contradictorio, arbitrario y desconcertante. No cabe clasificarle en escuela alguna determinada. Fué a un tiempo romántico y naturalista, observador sagaz y pensador clarividente, sutil y de una alteza incomparable. Su existencia fue breve, pues no llegó a cumplir los treinta y tres años. Había nacido en Granada en 13 de Diciembre de 1865 y falleció en Riga en 29 de Noviembre de 1898. Según refieren algunos de sus biógrafos, Ganivet no fue un niño precoz, sino que se desarrolló de un modo normal, sin ofrecer ningún rasgo que señalase un desenvolvimiento prematuro en sus facultades psíquicas. En 1880, próximo a cumplir los quince años, comenzó el bachillerato en el Instituto de su ciudad natal, después de
haber estudiado en su propia casa la enseñanza primaria, según el testimonio de su paisano el malogrado periodista Francisco Seco de Lucena. Desde los primeros años de su vida académica no sólo evidenció Ganivet gran aptitud, rapidez de comprensión y amor al estudio, sino que aventajó a los demás por sus condiciones nada comunes y, sobre todo, por la brillantez de su ingenio.

Según el relato de uno de sus condiscípulos, Ganivet, que llegó a ser un inspirado poeta, sintió de mozo un cierto desvío por la rima y el metro. En cierta ocasión, su profesor de Retórica trató de explorar en las facultades y aptitudes de los alumnos y al efecto escribió en el encerado diez palabras puestas en columna, una debajo de otra, que constituían las terminaciones de los versos de una décima, encargando a los escolares que al día siguiente le llevasen escrita la composición, sujetándose a los consonantes. Casi todos los alumnos tomaron parte en el concurso, a excepción de Gavinet, que se resistió a la indicación del profesor, afirmando que para decir tonterías en verso era mejor escribir en prosa o no escribir en prosa ni en verso, que es lo que él hizo.

En 1885 obtuvo el grado de bachiller, por oposición, con la calificación de sobresaliente, matriculándose inmediatamente después en las Facultades de Filosofía y Letras y Derecho, como alumno pensionado. En ambas carreras demostró condiciones verdaderamente excepcionales, saliendo de la Universidad granadina en 1890, después de obtener el grado de licenciado en las dos Facultades, por oposición.

Afirma Seco de Lucena, que Ganivet fué un estudiante aprovechadísimo; pero no a la manera de los memoristas, sino con una gran independencia de criterio y una prudente reserva, que le llevaba a deschar la opinión ajena, si la juzgaba equivocada, aunque fuese sustentada por profesores prestigiosos. Ganivet compaginó su vocación por los estudios humanistas con su amor a la Naturaleza y el trato continuo con los aldeanos de su casa-molino, situada en las afueras de Granada; de ahí que estuviese tan preparado para presentarse a oposiciones como para ganarse el sustento en la industria de la molinería. Una vez terminados sus estudios universitarios y a pesar del gran afecto que sen-
tía por su ciudad natal, como lo demostró algunos años después escribiendo las admirables páginas de *Granada, la Bella*, sintió en su ánimo el deseo vivísimo de trasladarse a Madrid, porque en el ambiente apacible y tranquilo de la ciudad arábiga no tenía su espíritu inquieto campo suficiente para desenvolverse con amplitud.

Trasladado a la Corte, atravesó Ganivet un periodo de intensísima actividad, obteniendo en la Central, mediante ejercicios de oposición, el título de doctor en Filosofía. Poco después, por el mismo procedimiento, alcanzó una plaza del Cuerpo de archiveros y bibliotecarios y tras una preparación de menos de veinte días, tomó parte en las oposiciones a una cátedra de Lengua y Literatura griega en la Universidad de Sevilla, obteniendo la plaza uno de sus contrincantes, que se había distinguido por haber traducido la *Ilíada* y la *Odisea* y que actualmente ocupa una cátedra en esta Universidad: Segalá y Estalella, tan conocido como erudito y como helenista.

En Febrero de 1892, Ganivet, que ansiaba vivamente viajar por Europa, ingresó en el Cuerpo consular, siendo destinado como agregado al Consulado español de Amberes. De la permanencia de Ganivet en Madrid, el que esto escribe oyó hace tiempo referir curiosas anécdotas, algunas de ellas un tanto raras, cada una de las cuales revelaba un carácter autárquico, y representaba un avance de los puntos de vista que adoptó más tarde el célebre escritor en algunos de sus libros. Su permanencia en Amberes, en donde residió durante cuatro años, fue para Ganivet útilísima, ya que con sus frecuentes viajes a Bruselas y París, se puso en relación con los principales representantes de las distintas escuelas filosóficas y literarias que por aquel entonces predominaban en los grandes centros europeos. Este fue el período en que Ganivet trabajó más activamente, poniendo de relieve cuánta fué su actividad, pues se perfeccionó en el estudio de los idiomas, profundizando en el inglés, el alemán, el italiano, el sueco y llegando a dominar el francés de tal modo, que, según sus propias palabras, habituóse, no sólo a hablar, sino a pensar en francés, siéndole familiares tanto la poesía clásica como los autores contemporáneos. Tenía Ganivet tal predilección por el idioma de Racine, que en...
los instantes difíciles, cuando la preocupación se apoderaba de su espíritu, escribía en francés sus confesiones íntimas, acaso porque aquel idioma, más trabajado que el castellano, se prestaba más a expresar los matices de un alma torturada.

Decíame en cierta ocasión uno de los amigos más fieles de Ganivet, que las poesías francesas del llo­rado escritor son admirables, tanto por lo castizas como porque en ellas acertó el autor a plasmar todos sus ensueños y todas sus rebeldías de misántropo.

La voracidad intelectual de Ganivet fué única, pues ningún otro escritor español contemporáneo ha llegado a poseer en la medida que él, un instrumento tan útil y tan preciso como el conocimiento de las lenguas del Norte y el Centro de Europa. Lo que no logró la cultura enciclopédica que atesoraba Ganivet esfumarse de su espíritu, fué la influencia que en él había ejercido la Filosofía y la Ética de Séneca, que fué, indudablemente, el autor que moldeó en la juventud su pensamiento. Ganívet, que sentía un vivísimo interés por seguir al día las diversas y encontradas corrientes de la espiritualidad contemporáneas y que conocía a fondo las literaturas inglesa, alemana, escandinava, rusa, italiana, etc; conservó siempre su prístina afición a las literaturas clásicas y más que todo al pensamiento español, porque en el fondo, a pesar de que comprendía como pocos lo que significaba nuestro atraso, comparado con el despertar de los demás pueblos, amaba con devoción religiosa las glorias del genio español de otros tiempos. De ahí que en su espíritu hubiese siempre una lucha, en ocasiones verdaderamente dolorosa, para adaptar su personalidad a las conquistas y ventajas de la época presente; porque en los íntimo de su ego sentía renacer su españolismo de rancio abolengo. Acaso por esto, Ganivet, a pesar de haber adquirido una cultura vasta, profunda y siempre de primera mano, no sólo no se adaptó a las costumbres y al espíritu europeo por completo, sino que en muchos pasajes de sus libros se advierte que, aun contra su propio deseo, surgían en su espíritu ciertas reminiscencias de nuestro pasado legionario. En cierto respecto, fué Ganivet una paradoja viviente, pues tan pronto suspiraba por el europeísmo, como, ante ciertos aspectos de la vida cosmopolita, que censuraba con acri
tud, hacía una apología del feudalismo o de otro régimen pretérito. Sin embargo, aunque fué Ganivet un espíritu antisistemático, se halla en su obra una seriación ideológica, un eje central, que fácilmente encontrará el lector avisado, si logra sustraerse a la influencia de la sugestión del estilo vigoroso y del lenguaje opulento que resplandecen en la mayoría de los libros del lorado autor de Ideárium español.

Del insigne y malogrado escritor granadino se tiene, en general, un concepto que no responde a lo que fué aquel audaz buceador del alma nacional. Para algunos pseudo-críticos fué Ganivet un sofista que discursía con agilidad intelectual, ingenio y erudición acerca de los problemas históricos, filosóficos, políticos y estéticos, como hayan podido hacerlo los pensadores subjetivistas de más fama en todos los países y épocas. Para otros era un teorizante irreductible y falto de sentido práctico. Ambos juicios son, en mi sentir, igualmente inexactos, y quienes los formularon es evidente que no habían estudiado la obra de Ganivet a fondo o que acaso no acertaron a descubrir lo que en ella hay de esotérico.

Nada tiene, sin embargo, de extraño que los críticos al uso no penetrasen en la médula de la concepción ganivetiana, porque si algún escritor español contemporáneo puede ser considerado como prototipo de complejidad, es Ganivet. En efecto, de todos los escritores jóvenes españoles que aparecieron en los últimos lustros de la centuría pasada se destacó Ganivet por su vigor mental, por su audacia y por su originalidad inaudita, siendo absolutamente falso que fuese un sofista ni un teorizante, por cuanto era uno de los contados pensadores que vivieron las ideas que propugnaron. Lo que ocurrió a Ganivet que no fué comprendido más que a medias, se ha repetido después con Unamuno, con Silverio Lanza, con Azorín y en estos momentos con nuestro paisano Eugenio D'Ors. Por lo que se refiere a Xenius es indudable que entre sus lectores de La Veu de Catalunya no hubo ni dos docenas que se percutaran de lo que significa la figura del polígrafo y crítico más insigne con que cuentan hoy las letras catalanas. Nada, por otra parte, tiene de extraordinario que en un ambiente de vulgaridad y depresión intelectual como el nuestro, se moteje a los escritores cuando no se les puede admirar por carencia de
capacidad en el público. Ahí está el ejemplo de Clarín, que para la gente de su tiempo no fué más que un escritor mordaz, cuando, en realidad, era un novelista insigne, un filósofo y un vidente.

Contra todas las suposiciones y supercherías de que fué objeto, Ganivet era un hombre generoso, que siempre defendió las ideas con un criterio propio y que cuando tenía la seguridad de la certidumbre de sus juicios no sólo los defendía con ardimiento, sino que trataba de llevarlos a la esfera de la práctica. Refiere Seco de Lucena que al heredar Ganivet sus bienes paternos y, una vez satisfechos los derechos a la Hacienda, hizo donación a las hermanas, de la parte de herencia que le correspondía, porque se consideraba con elementos bastantes para la lucha por la existencia y entendía que sus padres habían hecho lo suficiente con ponerle en condiciones de adquirir una cultura. No fué este el único acto de generosidad que resplandece en la vida de aquel gran escritor, que, por encima de todo, fué un temperamento cordial. Por esto, por no haber ido Ganivet por los caminos trillados, por haber adecuado su conducta a sus ideas, los siervos de las formas jurídicas lo motejaron de extravagante y llegaron en su torpe avilantez hasta ponerle el estigma de desequilibrado.

Ganivet supo siempre mantenerse, en las relaciones sociales, en una actitud de corrección exquisita y a las frases equivocas y los gestos macabros correspondió devolviendo bien por mal. Podía aplicársele la inspirada frase del poeta: "Era como el sándalo, que perfuma el hacha que le hiere."

Con ser grandes sus virtudes como ciudadano, no fué éste el aspecto en que más sobresalió, pues lo que principalmente distinguía a Ganivet era su intenso amor al trabajo intelectual, que llegó a convertirse en una pasión inextinguible. Sentía por la autocreación un fervor inmenso y es digna de mención la circunstancia de que, a pesar de haber llegado a las cimas más elevadas del pensamiento, jamás experimentó el vértigo de las alturas, sino que fué un ejemplo de modestia y de cortesía para sus compañeros y para cuantos se acercaban a él, considerándole como un maestro esclarecido. Por esto, en las breves temporadas que pasó en Granada buscando descanso a su vida de estudios se complacía en in-
dicar a sus amigos las corrientes de la actividad intelectual europea y en sus conversaciones al aire libre, ante la Cofradía del Avellano hacía un derroche de amabilidad y saber, tratando ampliamente los temas filosóficos y estéticos que más atraían a sus camaradas.

Durante tres años, de 1896 a 1898, el influjo de Ganivet trascendió considerablemente a las letras granadinas, que adquirieron mayor vitalidad. Algunos de sus paisanos y amigos que más tarde diéronse a conocer en la Literatura, debieron a las enseñanzas de Ganivet su orientación y su cultura.

El eminente escritor hizo su debut con la publicación de *Granada la Bella*, escrita en Helsingfors en 1896. Esta obra es una brillante colección de artículos primorosamente escritos y cuyo primer capítulo vió la luz en el periódico *El Defensor de Granada*, en 22 de Febrero del citado año. El volumen constituye una verdadera curiosidad bibliográfica por haberse impreso en la ciudad finlandesa y está dedicado por el autor a su madre, doña Angeles García Siles. Algunos críticos calificaron este libro de "originalísima estética urbana", porque Ganivet trató en él de los diversos aspectos de la vida de su ciudad natal. Aparte del interés que pudo despertar entre sus paisanos, por ser una contribución de un granadino entusiasta, varios de sus capítulos revisten indudable importancia porque en ellos se revela un filósofo y un artista. Ganivet en *Granada la Bella* acertó a exponer sus puntos de mira acerca de una disciplina científica tan nueva y que tanta pujanza ha adquirido en poco más de seis lustros como la Psicología colectiva.

Hizo un notable estudio del medio cósmico y social de Granada y sus análisis del hogar y de la mujer son trabajos admirables, no sólo desde el punto de vista estético, sino en lo concerniente a estructura y modo de ser íntimo de la sociedad granadina. Claro es que, tratándose de un temperamento de artista fuertemente acusado, los monumentos y las innumerables bellezas arquitectónicas que guarda Granada en su seno como venerandas reliquias de un pasado glorioso, están admirablemente descritos, así como los cuadros, pletóricos de color, llenos de luz, de los floridos vergeles de la incomparable vega granadina.

Para Ganivet la ausencia de la patria sirvió de acicate
a su españolismo y creyó que el modo más útil de servir la era trabajar con civismo en el estudio para aportar la contribución viva de su intelecto al examen del pasado y del presente. Persuadido de que por aquella fecha, en 1896, nuestro país atravesaba una crisis agudísima y previendo la pérdida de nuestro imperio colonial y acaso nuestra derrota, escribió en la soledad de su gabinete de estudio de Helsingfors su obra magistral, intitulada Idearium Español, que, a mi juicio, es la que ha inmortalizado su nombre. Ahora, transcurridos veintiséis años, puede hablarse de Idearium con completa objetividad y señalar lo que significa este libro, que es uno de los trabajos de filosofía política más profundos y clara-videntes que se han escrito en el siglo XIX y como obra de pensamiento, es el ensayo más sólido y sereno de la civilización española, no sólo en lo relativo a la vida contemporánea, sino también a todas las superposiciones de la cultura que han tenido lugar en nuestro país.

A pesar del valor intrínseco del Idearium Español, pasó, al aparecer, poco menos que inadvertido para la crítica, y sólo los paisanos de Ganivet le dedicaron artículos encomiásticos, descubriendo algunos de los méritos que atesoran aquellas 184 páginas, escritas sin plan externo, pero respondiendo a un pensamiento fundamental, que no es otro que un sano y vigoroso patriotismo y un firme propósito de dirigir a España por otros rumbos, respondiendo a un ideal colectivo y al ansia de salvar los destinos de la patria en peligro. El Idearium es un breviario que debieran aprender de memoria todos los españoles que saben leer para inculcarlo, a su vez, a los analfabetos y que no hubiese ni un ciudadano que desconociera las grandes enseñanzas del pequeño gran libro. Idearium sugiere a un hombre culto muchas más reflexiones que todas las obras de nuestros eruditos y polígrafos. No hay otro libro español que en menos páginas contenga un caudal de ideas tan originales y que ofrezca un análisis de la realidad hispánica tan ingenuo y vigoroso a la par. Con acierto y sencillez indaga Ganivet en las causas de la decadencia nacional y señala uno a uno los géneros de nuestra descomposición interna con sagacidad nunca igualada. Ganivet había penetrado en lo más íntimo del alma española y sin aparato científico y casi en términos corrientes bosquejó todas las fórmulas de
regeneración, aplicándolas a cada uno de los padecimientos del cuerpo social de España.

Todo el libro rebosa jugosidad, vehemencia, calor de vida, amor a las empresas nobles y fe racional en los destinos de la patria, una vez libertada del confinamiento y cuando supiera desdénar los triunfos fáciles, venciese la perezza tradicional y se apartara para siempre del retoricismo y de la política convencional, producto del partidismo sectario y sin entrañas. Acaso dejándose llevar de su carácter un tanto arrebatado, Ganivet, en algunos pasajes del Idearium, es optimista en exceso y parece demasiado seguro del venturoso porvenir espiritual de España. Quizás la confianza en sí mismo le hacía proyectar en nuestro pueblo dotes y cualidades que no posee o que, de poseerlas, están tan amortiguadas que, probablemente, ningún constructor de pueblos logrará dinamizarlas en mucho tiempo. También es posible que Ganivet, dejándose llevar de su anhelo de cordialidad suprema, quisiera calmar su propio dolor de español con la morfina del optimismo, y por esto, sin duda, trataba de convencerse a sí mismo de que España podría redimirse de sus culpas en un breve lapso de tiempo.

Para conocer el temple moral de Ganivet conviene fijarse en dos datos sumamente interesantes, ya que descubren su elemento étnico y su temperamento. Decía Ganivet, en una controversia que sostuvo con Unamuno, en el primer apartado de su ensayo El porvenir de España: “Tengo sangre de lemosín, árabe, castellano y murciano...” Realmente, Ganivet era una conjunción de distintas razas entremezcladas que, tras sucesivas generaciones, produjeron lo que el insigne antropólogo Sergi denomina tipo eugénico. En pocos escritores se dan tantas y tan enconadas cualidades como las que atesoraba el malogrado autor de Idearium Español. Para poder analizar a fondo la vida de Ganivet y aquilatar toda la energía espiritual que poseyó, precisa tener en cuenta que era un temperamento nervioso y hepático que, sin proponérselo, naturalmente tendía a lo singular. En el fondo Ganivet tenía todas las cualidades privativas del hombre vigoroso, pronto a la exaltación en su más alto sentido, sin duda, porque heredó (según refiere su amigo y paisano Nicolás María López, el autor de La Tristeza andaluza) la nobleza de carácter y las virtudes ejemplares de su madre, que
era una dama de temple heroico. Desde niño tuvo Ganivet arranques geniales, viviendo siempre en contacto con la Naturaleza, sin temor a los agentes naturales y demostrando, en sus juegos al aire libre, una inteligencia vivacísima y un espíritu acometedor. Según el biógrafo ya citado, siendo Ganivet un mozalbete, cayóse de una higuera a la que había subido para cortar una frondosa rama que sombreaba con exceso el jardín de su casa. A consecuencia de la caída rompióse una pierna, teniendo que permanecer durante dos meses en el lecho. Los facultativos que le asistían, para evitar que la gangrena se extendiera por todo el miembro lesionado, trataron de amputárselo; pero Ganivet se negó en absoluto, confiando en la vix medicatrix de la voluntad. Al cabo de sesenta días de haber soportado los sufrimientos sin exhalar la menor queja experimentó una notable mejora, y poco después, con asombro de los médicos que le asistían, desaparecieron los focos gangreñosos y no tardó en recobrar su vitalidad la pierna, pudiendo Ganivet reanudar sus ejercicios físicos con la misma destreza que antes de ocurrirle el percance.

Nicolás María López refiere también otro episodio que pone de relieve la energía de Ganivet. Cuando éste se hallaba en Madrid cursando el doctorado, contrajo la ictericia y uno de los días en que la enfermedad se hallaba en el período álgido se le ocurrió ir a la peluquería. El dueño del establecimiento, al ver el aspecto cadavérico de Ganivet y temiendo que se muriese en las manos, apresuróse a invitarle a que se retirase a su casa, dándole para reanimarle una copa de Jerez. A los pocos días, sufriendo todavía la enfermedad, se examinó Ganivet de cinco asignaturas como alumno libre y se graduó de doctor en Derecho tras brillantísimos ejercicios.

La vida de Ganivet puede decirse que fue una carrera de obstáculos en la que logró vencer casi siempre. En el orden intelectual jamás buscó el insigne escritor granadino el triunfo fácil, sino que, por el contrario, trató de marcar nuevos derroteros. Así, por ejemplo, La conquista del Reino de Maya por el último conquistador Pío Cid, que apareció en el verano de 1897, causó entre los amigos de Ganivet una impresión vivísima, llegándose a decir que con esta obra había dado un salto en las tinieblas. Ganivet, que, ya en Granada la Bella, estudió el
Ideólogos, Teorizantes y Videntes

alma de la colectividad en un estado de desenvolvimiento social superior, examinando la ciudad en reposo, trató en La conquista de proyectar el estudio de un organismo social rudimentario, en los primeros vagidos y cuando se inicia la evolución ascendente y progresiva. Haciendo gala de su humorismo, fué disecando una a una todas las instituciones sociales, poniendo de manifiesto sus defectos, sus errores y las consecuencias funestas a que muchas veces dan lugar los intentos de reforma cuando los pueblos carecen de capacidad para recibirlas. Pintó con mano magistral las aventuras y proezas de Pío Cid y el influjo que ejerció en una tribu de negros del África Oriental, en donde supuso que existía el Reino de Maya, situado entre lagos. Ganivet, que conocía muy a fondo la Historia y la Geografía, las razas y las costumbres, urdió una novela originalísima, imitando una serie de cuadros altamente pintorescos, en los que trazó el poder extraordinario de la adaptabilidad de Pío Cid, que, merced a la superioridad de la cultura europea, logró moldear la masa amorfa de negros, explotándolos con habilidad y adecuándose a su modo especial de ser. Es, en verdad, sorprendente la fuerza psíquica que hubo de derrochar el famoso escritor para tejer la curiosa y complicada urdimbre de esta novela, que, escrita toda ella en forma de narraciones de viaje, constituye, en el fondo, un profundo estudio de psicología de las muchedumbres, a la vez que una crítica aceradísima de las formas oropelescas de la civilización europea.

Pero Ganivet no se contentó con la parte que podríamos denominar negativa, sino que, a medida que cen suraba lo que representa la conquista y colonización que actualmente se denominan penetración e influencia, fué exponiendo sus puntos de mira especiales acerca de los problemas de la civilización, señalando aquello que está conforme con los dictados del humanitarismo por ser producto de la Ética.

Ganivet desenvolvió la idea de que los héroes tradicionales, que la Historia primitiva ha pintado como autores de hazañas extraordinarias, merced a cuyo influjo las tribus se convirtieron de nómadas en sedentarias, llegando a constituir la ciudad y otros organismos sociales, no fueron más que la expresión plástica de los colosales esfuerzos colectivos realizados durante siglos por gran número
de generaciones para conquistar un mayor grado de perfección política y social. En *La conquista del Reino de Maya* pone de manifiesto Ganivet el valor simbólico del proceso genético del pueblo Maya y con un conocimiento verdaderamente extraordinario de la Psicología dio verosimilitud a una serie de cuadros episódicos, exponiendo el poder que tiene el hombre inteligente sobre los ignóantes y supersticiosos. En este respecto es admirable el capítulo en que describe la aparición de Pío Cid entre los negros y la sencillez con que éstos le concedieron todos los honores hasta ungirlo como a un ser sobrenatural. Son también interesantes las páginas que consagra a estudiar los efectos de la sugestión para infundir en aquella tribu las más estupendas patrañas, como la resurrección de *Arumi*, debida a un milagro. *La conquista de Maya* termina con el sueño de Pío Cid, en el que trató Ganivet de reivindicar, con más *esprit* que justicia, a los conquistadores españoles. Porque Ganivet fué grande en todo y cuando se equivocaba era para dignificar a aquellos a quienes la Historia ha juzgado ya con severidad implacable.

En *La Conquista del Reino de Maya* hay muchísimo que leer y muchísimo más que estudiar. Los párrafos que dedica a describir la danza de los *guagangas* constituyen una de las críticas más energías de los vicios del parlamentarismo, así como los dedicados a la invención de los *rujús* son una sátira intencionadísima y rebosante de gracia, de las instituciones de crédito. Quien lea este libro sin penetrar en lo esotérico, es posible que lo encuentre árido y lo deje; pero si consigue percatarse de la intención del autor, hallará en la obra enseñanzas de un gran valor moral.

Las *Cartas finlandesas* que escribió Ganivet con el propósito de mantener una correspondencia particular con sus numerosos amigos y admiradores de Granada, son una notabilísima colección de impresiones en las que estudia el modo de ser íntimo del pueblo finlandés en todos sus aspectos, desde el culinario hasta el religioso. Ganivet no era cronista brillante ni anveno, en el sentido que se suele dar a esta palabra, confundiéndola muchas veces con la frivolidad. A pesar de estar escritas sus cartas en tono confidencial y sin la menor pretensión de literatismo; propende en ellas Ganivet hacia los temas
transcendentes, y a propósito de una observación, de un dato, vuela en las cuartillas un número de reflexiones verdaderamente extraordinarias e incidentalmente expone sus opiniones acerca de los más importantes grupos étnicos de Europa y en especial del pequeño núcleo de población finlandés. Las cartas más sobresalientes son la VIII, la IX y la X, dedicadas a estudiar los diversos estados sociales de la mujer finlandesa, las cualidades estéticas de las mujeres de Finlandia y las ideas que los finlandeses tienen acerca de España, así como la XII y la XIV, en que se ocupa de las vistas, paisajes y cuadros finlandeses y del 1.º de Junio, día simbólico de la organización económica de Finlandia.

También revelan el profundo conocimiento que tenía Ganivet de aquel lejano país las cartas XX y XXI, dedicadas, respectivamente, a la poesía épica popular finlandesa, el Kavala y algunas noticias sobre el movimiento literario y artístico de Finlandia.

Las Cartas finlandesas es, indudablemente, la contribución más personal que se ha publicado en castellano acerca de aquel país, no sólo por su valor objetivo, sino también por la cantidad enorme de ingenio, observación e ironía que resplandece en todas sus páginas. Como libro de viaje puede considerarse uno de los mejores que se han publicado en España en estos últimos tiempos.

Era tal la pasión que tenía Ganivet por la producción intelectual, y sus facultades de escritor eran tan prodigiosas, que desde Febrero de 1896 a Mayo del año siguiente, compuso Granada la Bella, Idearium Español, La conquista del Reino de Maya y Cartas finlandesas, y desde 1897 a Noviembre del 98 escribió los dos volúmenes de Los trabajos del infatigable creador Pío Cid, Los hombres del Norte, las semblanzas de Jonas Lie, Bjorsterne y Henrich Ibsen, El porvenir de España y el drama místico en tres actos El escultor de su alma.

Los trabajos de Pío Cid, que quedó sin terminar, es el libro en que la concepción ganivetiana alcanza una mayor intensidad psicológica y el que reviste mayor trascendencia ética y filosófica. A raíz de su aparición, esta obra fue juzgada superficialmente y a excepción de algunos amigos íntimos del autor, como el notable y malogrado crítico Francisco Navarro Ledesma,
Azorín, Maeztu, Gómez de Baquero y más tarde el biógrafo de Ganivet, Francisco Seco de Lucena, también difunto, apenas si la crítica periodística tuvo para ella los elogios que se dedicaban a cualquier libro vulgar. Y esto es verdaderamente doloroso, porque *Los trabajos de Pío Cid* es la obra más trascendental de Ganivet, aquella en que el insigne escritor granadino puso su alma entera, tratando de reflejar su propia existencia. Cuantos hayan leído los libros de Ganivet estarán seguramente convencidos de que *Los trabajos de Pío Cid* es el más personal y en el que la emoción palpita en todas las páginas.

Ganivet, al escribirlo, combinó fácilmente el elemento histórico y realista con lo imaginado, fundiendo de un modo admirable lo autobiográfico con lo novelesco. Hay en dicha obra capítulos que tienen una intensidad de vida extraordinaria, pues Ganivet acertó a reproducir fielmente escenas y episodios que había presenciado y otros de los que había sido actor principal. El mismo carácter del protagonista, que en algunos instantes resulta contradictorio, incoherente, enigmático y laberíntico, es un fiel trasunto del de Ganivet. La misma pobreza de propósito, los arrestos y la gallardía de Pío Cid, no son, en realidad, más que la transubstanciación del modo de ser del desventurado pensador, pues Ganivet encarnó en Pío Cid todos sus ensueños, sus ilusiones y sus afanes de reconstitución espiritual. La parte novelesca de la obra es la menos vigorosa y, en ciertos aspectos, inferior a la autobiográfica. Sea cual fuere la posición en que se coloque el crítico para examinar la índole moral del personaje, no dejará seguramente de reconocer la grandeza y la elevación de espíritu del protagonista, quien, desechando las vanidades sociales y los intereses materiales de todo género, aspira a la conquista de la serenidad y de la paz, porque se ha hecho superior a las veleidades de la vida superficial y burguesa. Ganivet, al trazar la figura de Pío Cid, creó un tipo de una grandeza de alma extraordinaria que, por propio deseo, se confina, obligándose a llevar una vida modesta, sencilla y a no salir de la oscuridad.

El audaz pensador se superó en este libro a sí mismo, no sólo por la alteza del propósito perseguido al infundir un altísimo criterio moral a su héroe, sino
ideólogos, teorizantes y videntes

167

también por el profundo conocimiento de la psicología que revela el ir buceando en lo más inextricable de las almas. Por encima de todo, Ganivet era un moralista, y su mayor preocupación fue estudiar el descontento íntimo que se manifiesta en la época contemporánea en el espíritu de los hombres de estudio. Sólo un escritor que se hubiese habituado a la reflexión y que poseyera una cultura tan selecta y vasta como la de Ganivet, habría podido concebir el tipo de Pío Cid, que encarna a maravilla al hombre de nuestro tiempo, en constante inquietud espiritual, aguzada por el cultivo del intelecto. En síntesis: Ganivet trató de representar en Pío Cid a un nuevo Prometeo, víctima unas veces de la duda y otras de la escasez de sus conocimientos, para llegar a una concreción afirmativa, sólida. Su dominio de los sistemas filosóficos y religiosos, le permitía discusir acerca de las más complejas e intrincadas cuestiones de psicología, para poner de manifiesto el drama verdaderamente trágico que significa para un espíritu idealista exaltado, el hallarse sometido a las leyes imperativas de la realidad fenoménica y social.

El carácter de Pío Cid resulta un tanto incompleto, por haberle sorprendido a Ganivet la muerte antes de escribir el tercer volumen. Por esto, cuanto se ha dicho acerca de la tesis que se propuso desarrollar Ganivet con Los trabajos del infatigable creador Pío Cid, hemos de considerarlo poco fundamentado. No hay manera de despejar la incógnita, pues Ganivet se llevó a la tumba el secreto del símbolo que encarnaba su célebre personaje.

Es evidente que en Pío Cid hay mucho de enigmático y la obra transcendental del insigne pensador, permanecerá siempre envuelta en las sombras del misterio.

Ideas semejantes y puntos de vista análogos desarrolló Ganivet en el drama El escultor de su alma, que envió desde Riga pocos días antes de su fallecimiento, en noviembre de 1898, a su fraternal amigo Seco de Luceña. En distintas ocasiones había mostrado Ganivet una vivísima preocupación por el teatro español, cuya decadencia le entristecía, y, pensando que podía contribuir a la regeneración de nuestra dramática, trató de adaptar al espíritu de la época, lo que era privativo de nuestro
genio literario y que tan alto puso el nombre de la escena española en otros tiempos. Al planear y escribir su drama se propuso acomodar al gusto actual, a las aspiraciones presentes, los autos sacramentales de nuestra época de florecimiento. La idea central de *El escultor de su alma* no es otra que el lograr la perfección del espíritu humano por medio de la lucha y el dolor, y de ahí que toda la obra revista un carácter místico. Sin embargo, hay en el drama un gran calor de humanidad y por eso conmueve hondamente al público, llegando a fascinarle en los momentos culminantes. Los cuatro personajes que intervienen en la obra, más que como seres de carne y hueso, han de considerarse como símbolos. En algunos pasajes se observa el influjo que la literatura nórdica ejerció en el ánimo de Ganivet. Debido a esta influencia y al deseo del autor de infundir en el protagonista algunas de las cualidades de las figuras preeminentes del Arte universal, como Prometeo, Edipo, Fausto, etc., el tipo principal y la obra misma, resultan en ocasiones desdibujados y confusos. Una prueba de que este drama, más que como obra literaria debe considerarse como obra filosófica llevada a la escena, es que, a pesar de haberse estrenado con gran éxito en Granada, no ha vuelto a representarse. El éxito mismo que obtuvo en la hermosa capital andaluza debióse, sin duda, a que la acción se desenvuelve en la Alhambra y a que los granadinos quisieron rendir un homenaje de admiración a su ilustre paisano, fallecido poco antes del estreno. En resumen: *El escultor de su alma* es una obra notable, tanto por su forma literaria como por su pensamiento, predominando en toda ella la idea del arcano perdurable. Ganivet, al escribir este drama, hallábase embargado por el pesimismo y estaba imbuido por la idea del reposo absoluto, como forma suprema de la dicha y sentía un desvío profundo por todo lo terreno. En distintas escenas del drama se vislumbra una idea fija, una visión trágica: la muerte.

De no haber Ganivet atesorado tan altas dotes literarias, que le permitieron escribir el drama en versos pomposos y brillantes, el éxito hubiera sido menor. Dos días antes de su muerte, el 27 de noviembre de 1898, cuando ya estaba decidido a suicidarse, dejó en el domicilio de su amigo el barón Bruck, ilustre prócer
sueco residente en Riga, un pliego dirigido a su otro amigo Navarro Ledesma y en el que formulaba algo así como su testamento, haciendo, entre otras manifestaciones, la siguiente:

“No recuerdo haber hecho mal a nadie, ni siquiera en pensamiento; si hubiera hecho algún mal, pido perdón”.

Ganivet fue un hombre extraordinario, que si hubiera residido siempre en España, acaso hubiese vivido aún menos de lo que vivió, pues, como Larra, Espronceda y tantos otros españoles insignes, significaba un error de lugar y de tiempo. Nació demasiado pronto para vivir con intensidad y expansión sus ideas reformadoras, basadas en la tolerancia, la ética, sin obligación ni sanción y un humanismo integral, o demasiado tarde para vivir con la nobleza y la hidalguía propias de los tiempos caballeroscos. De todas suertes, de su paso por el mundo deja un recuerdo impercedero que, probablemente, no será infecundo. Su maravilloso libro Idearium Español, habrá de influir no poco en el resurgimiento de la patria, y la obra en conjunto de Ganivet no sólo será útil a España, sino también a la cultura universal, pues no tardarán en ser traducidos a los idiomas extranjeros algunos de los libros que la integran, aquellos que revisten una mayor objetividad. No puede negarse que Ganivet representa para nuestro país uno de los contados escritores que han removido el pensamiento nacional hasta en sus mismas raíces y en este sentido es acreedor a la gratitud de todos los amantes de la europeización de España.
BUAH
JÜHN LUBBOCK

Este conocidísimo escritor británico fué un ejemplo patente del sincretismo de la cultura contemporánea, pues descolló como especialista eminente en distintas ramas de la ciencia. Fué a un tiempo naturalista, antropólogo, hombre de negocios, escritor y político y uno de los trabajadores más infatigables con que ha contado Inglaterra en el último tercio del siglo pasado y el primer lustro del actual.

Nació John Lubbock en Londres a 30 de Abril de 1834, hijo del astrónomo y banquero sir John William y nieto de un opulentísimo hombre de negocios. Toda su familia pertenecía a la aristocracia. En 1856, una vez terminado sus estudios, ingresó Lubbock como consocio en la Casa de banca que poseía su padre, y cuya dirección asumió al fallecer aquél. Continuó las operaciones con gran éxito y, demostrando un espíritu emprendedor, amplió considerablemente los negocios. Al mismo tiempo que atendía a sus ocupaciones dedicábase con extraordinario entusiasmo al cultivo de las ciencias naturales, revelando, según sus biógrafos, sincera vocación y gran interés por agrandar los dominios de la Antropología y la Zoología comparada. En su juventud fué un ferviente admirador del insigne Carlos Darwin y por sus excelentes condiciones de investigador, la Royal Society le llamó a su seno. Antes de cumplir los 25 años tomó la iniciativa de fundar el Country-clearing.

Las tareas científicas no le impidieron a Lubbock tomar activa participación en los asuntos públicos y siendo todavía joven fué candidato liberal en el condado de Kent en las elecciones de 1865. A pesar de los trabajos de sus electores fué derrotado, como lo fué también en 1868, al presentar de nuevo su candidatura. En 1870 lu-
chó en Maidstone, saliendo victorioso, y en 1871 fué reelegido. Desde entonces no dejó de pertenecer a la Cámara de los Comunes, a la que presentó numerosos proyectos, entre ellos uno acerca del ejercicio de la Medicina, otro relativo a los Monumentos Históricos y algunos más de menos importancia. A partir de 1878 ostentó la representación de la Universidad de Londres. La City le otorgó sus sufragios y por una gran mayoría formó parte del Consejo del Condado, del que fué elegido presidente en 1890. La actuación política de Lubbock constituyó una serie de triunfos, demostrando éste en todas sus decisiones un criterio abierto y una gran honradez en su proceder, puesto que era de esos hombres que viven las ideas que predicían. Pero en el aspecto en que más descollló fué en sus investigaciones científicas, las cuales orientó principalmente a estudiar el desenvolvimiento y la estructura de los animales inferiores, la fecundación de las plantas por los insectos, la indagación de las costumbres de las abejas, las avispas, las hormigas, etc. Asombra el cúmulo de observaciones que llegó a realizar en esa labor obscura y difícil que le dió tanta fama. A Lubbock se debe en gran parte la fundación de los dos disciplinas científicas nuevas: la Etnología animal y la Prehistoria humana. Pero el insigne investigador inglés no examinaba solamente los problemas zoológicos y antropológicos, desde el punto de vista de los detalles, sino que, seriando sus pesquisas y observaciones, llegó a constituir una concepción filosófico-biológica.

Lubbock poseía una cultura vasta, casi enciclopédica. Por eso pudo cultivar y destacar su personalidad en Entomología, Zoología comparada, Antropología, Etneografía, Arqueología y Estadística, llegando a ser considerado entre los investigadores ingleses como uno de los portavoces del movimiento científico. Por eso también le eligieron sus colegas vicepresidente de la Royal Society. Asimismo se distinguió en los estudios sociales y demostró grandes iniciativas en el orden económico durante su paso por la presidencia de la Cámara de Comercio de Londres y de la Asociación de Cámaras de Comercio británicas. Más tarde, tomó una participación muy activa al votarse en la Cámara de los Comunes las leyes industriales. Perteneció también al Consejo Privado, siendo nombrado en 1900 par de In-
Desde entonces a su nombre famoso, universalmente conocido, hay que asociar su nuevo título de lord Avebury.

Sus investigaciones y su extraordinaria erudición en las disciplinas históricas y experimentales y su gran conocimiento de la Economía, de la Moral y de la Política indujeron a Lubbock a cultivar la Sociología conquistando también en esta disciplina justo renombre, pues enfocó los problemas desde distintos puntos de mira. Y no sólo colaboró en algunas de las principales revistas inglesas, sino que en la Revue Internationale de Sociologie, de París, desde 1893 escribió artículos nutridos de doctrina, uno de ellos acerca del papel social de la educación popular. Al fundarse poco después el Institut International de Sociologie en la capital de Francia, acordóse conceder por primera vez la presidencia a un sociólogo inglés y, no habiendo podido aceptar Herbert Spencer, fué designado John Lubbock. Al frente de la docta corporación el insigne investigador se desvivió por cumplir su cargo con gran celo, aportando iniciativas estímulas que le granjearon el respeto, el cariño y la admiración de todos los hombres insignes que pertenecen a aquella importantísima entidad. Con ocasión de celebrarse en París, en Octubre de 1894, el primer Congreso Internacional de Sociología, le fué concedida la presidencia de la Asamblea, pronunciando el discurso inaugural, que le valió un ruidoso triunfo.

Como publicista conquistó también Lubbock justa celebridad, siendo algunos de sus libros traducidos a casi todos los idiomas europeos. Entre sus obras descuellan las siguientes: Preistoric Times, aparecida en 1865 y vertida en 1873 al francés por E. Barbier; The origin of Civilization and the Primitive Condition of Man, que se publicó en Londres en 1870 y de la que se han hecho en Francia numerosas ediciones; On the origin and Metemorphoses of Insects (1873); On British Wild Flowers (1875); Scientific Lectures (1879); Ants, Bees and Wasps (1882); Fifty Years of Science (1882); Short history of coin and currency (1882); Flowers, Fruits and Leawes (1885); The Pleasures of Life (1887)—la más conocida de sus obras, pues se han hecho de ella más de cien ediciones, y que puede considerarse como una de las mejores defensas de la concepción optimista de la vida—;
La obra total de Lubbock ofrece tres características, sin que pueda afirmarse en cuál de ellas resaltó más su personalidad. Si como investigador demostró cualidades realmente excepcionales, como sistematizador reveló una gran capacidad y como divulgador quedó proclamado por el éxito de sus obras, como uno de los escritores más diáfanos que han tenido las ciencias biológicas en Inglaterra.

Al constituirse en 1904 en Inglaterra la Sociological Society, Lubbock fue el alma de aquella Asociación científica y dos años después, al celebrarse en la gran metrópoli inglesa el sexto Congreso de Sociología, ocupó la presidencia, pronunciando en la sesión inaugural un discurso notabilísimo, en el que señaló la importancia de las disciplinas sociológicas y la función que está reservada a los cultivadores de esta frondosa rama del saber contemporáneo.

En 1910 Lubbock, en su libro Marriage, totemism and religion, hizo una calorosa defensa en su concepto de la Etnografía, ampliando las afirmaciones que había formulado hacía cuarenta años en sus primeros ensayos y poniendo de relieve que, habiendo permanecido fiel a sus convicciones, pudo seguir los avances de la ciencia. Y, efectivamente, Lubbock no hubo de rectificarse, porque en su juventud ya columbró la importancia que con el tiempo había de alcanzar la Etnografía, que actualmente es una de las bases más importantes de las ciencias sociales y del Estado.

El eminente escritor inglés ha sido el más popular de los tratadistas, tanto por la amplitud de su espíritu como por la belleza de su estilo. De ahí que se hayan hecho tiradas fabulosas de algunos de sus libros, pudiendo afirmarse que es el filósofo de la Biología que más lectores ha logrado tener en Europa y que ejerció una mayor influencia bienhechora, desvaneciendo las viejas preocu.
ciones al predicar los resultados de la Ciencia, constructora y redentora a un tiempo.

Como hombre político la actuación de John Lubbock fue altamente beneficiosa para Inglaterra, pues en horas difíciles contribuyó a conservar la serenidad en la opinión pública británica, siendo uno de los más esforzados paladines de la amistad anglo-francesa, de la entente cordiale entre ambas naciones.

La intelectualidad francesa mostró su gratitud al famoso investigador inglés nombrándole individuo correspondal de la Academia de Ciencias de París, adscrito a la sección de Zoología. Durante toda su larga vida trabajó con desinterés y constancia en pro de los ideales pacifistas, aun antes de que éstos adquiriesen realidad social, y, respondiendo a su modo de ser, puso todo su empeño en evitar que se agravase el conflicto económico anglo-alemán.

Al constituirse la mayoría de las entidades que laboran por la Paz, Lubbock se apresuró a enviar su adhesión más entusiasta.

En política defendió siempre Lubbock las soluciones avanzadas, siendo un liberal a quien no repugnaba el intervencionismo del Estado. En Religión se distinguió por su noble espíritu de tolerancia y combatió, dentro siempre de una gran corrección y sin abandonar su posición de hombre de ciencia, el fanatismo y la superstición.

Lubbock falleció a fines de Mayo de 1913, a los 79 años, sin que los honores, ni la popularidad, ni el prestigio de que gozaba le hubieran hecho modificar su carácter modesto, sencillo y ecuánime, y tuvo la fortuna de conservar hasta pocos días antes de morir toda la energía y lucidez de su intelecto. Su ejecutoria, como la de Huxley, Spencer y Stuart Mill, es de aquellas que perdurarán, pues la acción corrosiva del tiempo no podrá en modo alguno destruir el esfuerzo realizado por Lubbock para hacer a la Humanidad más consciente de sus destinos.
De todo los filósofos contemporáneos, es Schopenhauer el que ha motivado más discusiones y el que ha sido juzgado desde más opuestos y encontrados puntos de vista. Puede afirmarse que a ningún pensador de nuestro tiempo, exceptuando a Nietzsche, se ha dedicado una tan extensa bibliografía, pues suman algunos centenares de libros consagrados a estudiar la vida y la obra del maestro de Danzig. Los biógrafos, apologistas y contradictores de Schopenhauer pueden dividirse en dos categorías: la de los clásicos y la de los modernísimos. Entre los primeros figuran Mr. Gwinner, que en 1862 escribió un libro con el título: Arthur Schopenhauer aus persoenhlichen Umgange Dargestellt; Foucher de Coreil, con su obra, aparecida en París también en 1862, Hegel et Schopenhauer, y Theodule Ribot, que en 1874 dió a la estampa La Philosophie de Schopenhauer, reimpresa en 1903. Los modernísimos están representados por Brok dorff, que en la Vierte Jahrsschrift fuer Wissenschaftliche Philosophie und Soziologie publicó en 1904 un artículo intitulado “Schopenhauer y la Filosofía científica”; el doctor Wilhelm Ebstein, con su libro Arthur Schopenhauer seine wirklichen und vermeintlichen Krankheiten (Sus enfermedades reales y supuestas) —Stuttgart, 1907—; A. Marchesini con Osservazioni sulla Pedagogia de Schopenhauer, insertó en la Rivista di Filosofia e Scienze Affini (1906), y Georg Simmel con Schopenhauer and Nietzsche ein Vortragszyklus—Leipzig, 1907—, notabilísimo paralelo psicológico entre ambos insignes filósofos, representantes de la misma tendencia nihilista, en dos momentos de la Historia del desenvolvimiento de la alta intelectualidad alemana. Sim-
Santiago Valenti Camp

mel en su interesantísimo volumen no se concreta a hacer un análisis comparativo de los dos colosos de la ideología, sino que alude a los pensadores actuales de más fama, como Guyau y Maeterlinck. G. Zuccante, en la Rivista di Filosofia e Scienze Affini, publicó en 1907 un artículo rotulado “Frammenti della storia d'un anima”, bello análisis de la espiritualidad del autor de Parerga en algunos de sus aspectos menos conocidos. Stanislas Rzwuski en L'optimisme de Schopenhauer—París, 1908—hizo un ensayo concienzudo de la obra del filósofo, declarándose fervoroso admirador suyo y dedicándose elogios, a veces un tanto exagerados, que redundan en perjuicio del estudio, pues resulta un panegírico más que un examen objetivo. Arnold Kowalewski publicó en Halle en 1903, un libro muy notable con el título de Arthur Schopenhauer und seine Weltanschauung, en el que estudia la concepción del mundo de Schopenhauer, traza un acabado perfil biográfico y hace un análisis de su teoría del conocimiento, su metafísica de la voluntad, su filosofía de la Naturaleza, su estética y, por último, de su pesimismo.

La obra de Kowalewski es una de las críticas más profundas y certeras que se han escrito en los últimos tiempos acerca del célebre filósofo y de su doctrina, y tiene, como pocas, un positivo valor demostrativo. Desde el punto de vista histórico es digno también de especial mención el bosquejo curiosísimo publicado por A. Paggi, “Plotino e Schopenhauer”, que apareció en 1908 en la Rivista Filosófica.

Asimismo el volumen de A. Cavotti La vita e il pensiero di A. Schopenhauer—Turín 1910 puede considerarse como un examen objetivo del maestro y de su obra, pues el docto publicista italiano pone de relieve con gran imparcialidad las ideas fundamentales de Schopenhauer, haciendo notar la influencia que tuvo en vida y sobre todo la póstuma celebridad que alcanzaron sus doctrinas. Pero uno de los estudios más luminosos publicados en los últimos lustros acerca de Schopenhauer es el de F. Pillon, titulado La troisième antinomie de Kant et de la doctrine de Schopenhauer, aparecido en 1910 en L'Année Philosophique. El eminente crítico francés escudriña con acierto en la tercera antinomia del criticismo kantiano, o sea la oposición entre las ideas de libertad y de causa-
lidad necesaria, discutiendo acerca de esta intrincadísima cuestión ampliamente y extendiéndose en el examen de la tendencia neo-criticista representada por Renouvier en Francia. Por último Th. Ruissant publicó en 1911 su volumen Schopenhauer, estudio claro y completo del hombre y de la obra, de las fuentes en que bebió Schopenhauer y del poder que ejerció el maestro en la intelectualidad europea y en la cultura del siglo pasado.

El libro de Ruissant contiene una copiosa bibliografía y una acabada enumeración de los comentarios y de las tiradas inverosímiles que se han hecho de las obras de Schopenhauer, que, como es sabido, fueron traducidas a casi todos los idiomas. Según los cálculos hechos por Ruissent, el número de ejemplares de las obras de Schopenhauer se eleva a más de 300,000. En estos últimos años publicó la casa Alcan, de París, un libro de A. Faucounet titulado L’Esthétique de Schopenhauer (1914), que ha obtenido una acogida laudatoria de la crítica, porque es acaso el análisis más documentado y minucioso que desde hace bastante tiempo se ha realizado, de la orientación estética del filósofo huriano.

En España, donde la doctrina schopenhaueriana es bastante menos conocida de lo que se cree, causa cierta extrañeza, incluso a los espíritus más cultivados, el hecho de que entre la alta intelectualidad de los principales países de Europa, sea motivo de legítima preocupación por parte de los ideólogos, de los críticos, de los pedagogos, de los moralistas, de los sociólogos y aun de los meros publicistas el estudio de lo que representó Schopenhauer en el proceso del pensamiento contemporáneo. Entre las gentes ilustradas de España llegó a ser creencia general, hace tres lustros, la de que el éxito alcanzado por Federico Nietzsche ensombrecería a todos los propugnadores que con anterioridad a él, habían representado los distintos matices de la tendencia nihilista, y, sin embargo, los hechos han evidenciado lo contrario, pues el autor de La genealogía de la Moral, verdadero ejemplo de ateísmo intelectual, alcanzó una notoriedad pocas veces igualada y con su crítica implacable y muchas veces certera sometió a una revisión entera todos los conceptos en que se apoyaba el edificio de la sabiduría. Pero por lo mismo que la labor de Nietzsche fué realmente colosal, al imponerse, aunque sólo fuera momentáneamente, hizo resur-
gir una gran parte de la obra de sus predecesores y en primer lugar la de Arturo Schopenhauer, que había marcado aunque sólo fuera en principio, el rumbo que hubo de seguir el infortunado creador de Así hablaba Zarathustra. Entre Schopenhauer y Nietzsche existe la misma relación que entre Lamarck y Darwin o que entre éste y Hugo de Vries, y así como el ilustre botánico holandés, con su doctrina de las mutaciones por explosión, ha reforzado la teoría transformista tan admirablemente concebida por el autor del Origen de las especies, Nietzsche llevó a sus ulteriores consecuencias algunas de las admirables inducciones de Schopenhauer, que en la hora acutal sigue siendo uno de los filósofos predilectos del gran público, sobre todo en Francia, y uno de los pensadores que más han influido, despertando la duda y la inquietud en los espíritus, a que los hombres desconfíen de las enseñanzas ajenas y se convierten en autodidactas.

A medida que la crítica, afinando el análisis y sutilizando el comentario, fué poniendo de manifiesto los apriorismos y los errores en que había incurrido Schopenhauer, llevado de sus apasionamientos y de la exaltación que en su espíritu producía su casi ingénito malhumor, su personalidad se agrandó y algunas de sus conclusiones, aquellas que escribiera en momentos de suprema lucidez, adquirieron un mayor valor al disiparse la atmósfera de recelo y de suspicacia que se tejía en torno del filósofo insigne. En los momentos actuales, en que las preocupaciones de su tiempo se han desvanecido, el examen de su obra se realiza prescindiendo del tono polémico y sólo con el propósito de descubrir cuanto hay en la doctrina que merezca ser de nuevo vivido, porque ha resistido la acción corrosiva del tiempo, llegando a adquirir los caracteres de la universalidad.

La figura de Schopenhauer, a medida que sus críticos la han analizado en todos sus aspectos, adquiere mayor relieve, pues es innegable que fué un pensador de penetrante visión, un filósofo en ciertos aspectos genial y que, contra lo que creen no pocos de sus lectores, singularmente los españoles, descolló también como sistematizador y como moralista, habiéndose, en este último aspecto, superado a sí mismo. Schopenhauer sorprende y asombra por la originalidad con que exorna su concepción, apelando a detalles siempre admirablemente ensan-
blados con el conjunto. Su concepción, integralmente con-

siderada, no reviste la grandeza de la de Schelling, 

Hegel o Spencer y sin duda, por esto aquellos de sus lec-

tores que se formaron en la especulación rigurosa, los 

filósofos propiamente dichos, no advirtieron muchas veces 

en los libros de Schopenhauer toda la riqueza que ate-

soran. Schopenhauer, a pesar de que se le motejó de 

soberbio, acaso con algún fundado motivo, no tuvo, sin 

embargo, al decir de Ribot (uno de sus más concienzudos 

biógrafos) el propósito de ser un espíritu sistemático. 

Su aspiración se concretó más bien a crear una filosofía 

que fué elaborando acomodándose a los datos que le 

ofrecía su ansia de saber y a los resultados de la expe-

riencia.

Si para conocer la obra de los filósofos conviene seguir 
paso a paso su vida, es imposible desentrañar lo que sig-
nificó Schopenhauer en la Historia de las ideas en el pri-

mer tercio del siglo XIX, sin tener en cuenta las vicisi-
tudes que experimentó aquel hombre insigne que a un 
tiempo fué un misántropo hosco y un budhista contem-

plativo.

En los cinco últimos lustros, merced a los estudios de 

Ebstein, Kowalewsky, Cavotti y Ruissent, se ha recons-
tituido, incluso en sus menores detalles, la biografía de 

Arturo Schopenhauer, pudiendo decirse que la vida del 
famoso filósofo, toda inquietud y lucha con el medio in-
telectual y moral de Alemania, se conoce ya au jour le 
jour de una manera verídica y no como la reflejaba la 
falsa leyenda tejida, más aun que por los adversarios de 

doctrina del maestro, por sus enemigos personales, 

que aun después de muerto no le perdonaron las auda-
cias de pensamiento y la acometividad con que había fla-
gelado a la pedantería alemana. En los tres lustros de la 

centuria actual en que tan de moda estuvo el proclamar 

la hegemonía cultural de Alemania, conviene hacer cons-
tar que en aquel país, como en todos, ha existido y existe 
todavía, aunque en menor escala que hace cuarenta años, 

un chauvinismo que lo mismo reviente en la política que 

en la vida del espíritu. Por esto hasta hace poco tiempo, 

en el ex Imperio alemán, se consideraba la obra de Scho-
penhauer con un espíritu estrecho y mezquino.

Ahora, afortunadamente, debido a la influencia de la 
alta crítica, que se sobrepone al concepto de nacionalidad,
se han rectificado no pocos de los apriorismos con que habían sido juzgados el gran hombre y su obra.

Arturo Schopenhauer nació en Danzig el 22 de Febrero de 1788. Pertenecía a una familia distinguida. Su padre, de origen patrícico, gozaba de una desahogada posición económica, habiendo sido uno de los comerciantes más acreditados de aquella ciudad. Las características del progenitor de Schopenhauer eran la energía, la actividad y la obstinación. Refiere Ribot que el padre de Schopenhauer era un enamorado de la vida, que, no acertando a sustraerse a la ostentación, había gastado cuantiosas sumas en la adquisición de libros raros, obras de arte y objetos de gran valor. Sentía asimismo una gran pasión por los viajes. Después de haber pasado largas temporadas en las principales ciudades de Europa, a los 38 años contrajo matrimonio con una joven de 18, hija del consejero Trosiener. Según el testimonio de Feuerbach, que conoció más tarde a la dama, ésta era inteligente y lo que ahora se llama en psicología un tipo verbal, pero sin corazón ni alma. De ahí se explica que se casara, no por amor, sino por conveniencia, pudiendo decirse lo mismo del padre de Schopenhauer, según afirman algunos biógrafos. Al hijo se le impuso el nombre de Arturo, al decir de su padre, porque en todos los idiomas se pronuncia de un modo semejante y porque era a propósito para figurar en una razón social.

Los cinco primeros años de su existencia pasólos Arturo Schopenhauer en su ciudad natal; pero, habiendo dejado de ser en 1793 Danzig ciudad libre su familia, que ostentaba en sus armas la divisa “no existe honor sin libertad”, trasladóse a Hamburgo, donde residió durante doce años. En su mocedad, realizó Schopenhauer largos viajes. Cuando sólo contaba nueve años, su padre le acompañó al Havre, dejándolo en una casa de comercio de un íntimo amigo suyo. Allí pasó dos años, transcurridos los cuales volvió a casa de sus padres para luego emprender un largo viaje (1803-1804), visitando las principales ciudades de Suiza, Bélgica, Inglaterra y Francia. Cuenta un biógrafo que su permanencia de seis meses en un colegio de Londres, le hizo aborrecer el modo de ser de los ingleses en materia religiosa, siendo tal su aversión por la gaymoñería británica, que algunos años después, refiriéndose a ella, decía: “Ha degradado de tal suerte
a la nación más inteligente y acaso la primera de Europa, que llegará un día en que sea necesario enviar a Inglaterra, contra los reverendos, misioneros de la razón con los escritos de Strauss en una mano y la crítica de Kant en la otra.

Schopenhauer, mientras permaneció en la casa de comercio del senador Jenisch, en Hamburgo, no mostró otra vocación que la del estudio. Reñida en absoluto su idiosincrasia con la vida mercantil, en vez de ocuparse en los negocios del establecimiento, devoraba los estudios de frenología de Gall. Ya en su juventud se expresaba con gran vehemencia, dando una cierta causticidad a sus palabras cuando decía que el mundo civilizado le causaba la impresión de una inmensa mascarada, en la que los comerciantes eran los únicos que se presentaban sin antifaz, porque se mostraban francamente especuladores. Advertía, sin embargo, que la conducta de los comerciantes repugnaba. El profesor Meyer, en su libro Schopenhauer als Mensch und Denker, publicado en 1872, que contiene datos y observaciones de innegable valor, refiere que el padre del filósofo murió violentamente. Según se cree, no sin fundamento, se suicidó por el temor extraordinario que sentía ante la idea, que llegó a ser obsesión torturante, de que pudiera sobrevenirle un revés de fortuna. El trágico suceso parece que influyó no poco en la formación del carácter de Schopenhauer, siendo el germén de su pesimismo, que le llevó a rehuir el trato con las gentes, buscando en la soledad un lenitivo a sus amarguras.

Muerto su padre, Schopenhauer quedó bajo la tutela de su madre, Juana Trosiener, mujer de gran capacidad intelectual, que cultivó la amistad de hombres de letras, artistas y políticos. Entre sus contetutiosos de Hamburgo figuraba Klopstock, el pintor Tichbein Raimarus y un sinúmero de personalidades ilustres en todas las ramas del saber. Poco después de enviudar, la madre de Schopenhauer trasladóse a Weimar, donde no tardó en trazar conocimiento con Goethe, viviendo en el mismo círculo de relaciones que el autor de Fausto. Incitada reiteradamente por los artistas y literatos que frecuenciaban su casa, decidió, por fin, a publicar algunas novelas, trabajos críticos de arte y narraciones de viajes, revelando en sus obras una extraordinaria finura de observación,
condiciones nada comunes de expositora y un espíritu perspicaz y optimista.

En la época en que su madre triunfaba, Schopenhauer vivía sumamente contrariado porque el comercio repugnaba cada vez más a su modo de ser. Tras mucho batallar consiguió que su familia le consintiera ingresar en el Gimnasio de Gotha y en 1809 cursar en la Universidad de Gotinga, dedicándose predominantemente al estudio de la Medicina, a las Ciencias Naturales y a la Historia. Schulze, discípulo de Kant, le inició en la Filosofía y, siguiendo los consejos del autor de Enesidemo, consagróse casi exclusivamente a desentrañar las obras de Platón y de Kant.

Más tarde, cuando ya había penetrado en el fondo del kantismo, estudió a Aristóteles, a Spinoza y a los tratadistas alemanes entonces en boga. Ya en pleno dominio de la Filosofía, Schopenhauer hubo de confesar noblemente su gratitud hacia Schulze por haberle orientado en la especulación, que tan vastos horizontes ofrecía a su espíritu inquieto, a su afán insaciable de saber. En 1811 se estableció en Berlín con objeto de recibir las enseñanzas de un gran filósofo: Juan Fichte; pero, al decir de Frauenstaedt, no tardó en sentir por el autor de los Discursos a la nación alemana un profundo menosprecio. Dos años después trató de presentar su tesis de doctor en la Universidad de Berlín, no pudiendo realizar su proyecto por habérselo impedido la guerra. En vista de este contratiempo, presentó su Memoria a la Universidad de Jena, desarrollando el tema “De la cuádruple raíz del principio de la razón suficiente”. En su tesis estudiaba Schopenhauer las cuatro formas en que, a su juicio, debía considerarse tal principio: la primera es el principio de razón suficiente del devenir, que dirige todos los cambios, constituyendo lo que se denomina ordinariamente ley de causalidad; la segunda es el principio de razón suficiente del conocimiento, el juicio; en la tercera forma estudió la esencia que dirige el mundo formal y las nociones a priori del tiempo y del espacio con las verdaderas matemáticas que se derivan de ellas; en la cuarta estudió la acción que él denominaba ley de la motivación y que se aplica a la causalidad de los acontecimientos internos.

Las distinciones de Schopenhauer, como advirtió León
Dumont en la Revue Scientifique de 26 de Julio de 1873, tenían menos solidez filosófica que la doctrina de Leibnitz, que reducía estos principios a dos: la razón suficiente y la identidad, que otros filósofos, en un último análisis, reducen a uno solo: el principio de causalidad, pues todos los hechos, incluso los inherentes al orden lógico, refiérense en último término a cambios o transformaciones, así como las relaciones entre nuestras ideas y lo abstracto las derivamos necesariamente de la realidad fenoménica y están sujetas a los principios que la dirigen.

Schopenhauer, después de defender con más elocuencia que verdadero rigor lógico su discurso doctoral, trasladó a Weimar, donde invernó, asistiendo a la tertulia de Goethe, con quien llegó a tener una amistad sincera e íntima, a pesar de la notable diferencia de edad que existía entre ambos. Por aquel entonces puso también en relaciones con el célebre orientalista Federico Majer, cuyas conversaciones abrieron un nuevo cauce a su actividad intelectual, familiarizándose con el estudio de la filosofía y la religión indias. Las enseñanzas de Majer ejercieron una poderosísima influencia en el ánimo de Schopenhauer, hasta el extremo de que, no sólo se encañó con el budhismo, en su aspecto teórico, sino que fue prácticamente un devoto de aquella religión, llegando a vivirla en sus menores detalles. Durante cinco años, de 1814 a 1818, residió en Dresde, donde no sólo frecuentaba los establecimientos docentes y en particular la Biblioteca y el Museo, permaneciendo horas enteras estudiando ante las maravillosas obras de arte que allí se guardan, sino que buscó el trato de algunas damas galantes y cortesanas de fama. Los episodios de esta época de su vida están en contraposición con su pretendido misoginismo y con su aparente odio a las mujeres, pudiendo, acaso, afirmarse que la agresividad y la violencia que en tantas ocasiones fueron el primum movens de su actuación, respondían a un temperamento apasionadísimo, que le impedía restringir sus impulsos, y por esto muchas veces se observa en él, un predominio de la emotividad sobre la razón.

La relación afectuosa que sostuvo Schopenhauer durante una larga temporada con Goethe hubo de influir sensiblemente en el autor de Parerga, quien, al escribir,
en 1816, su libro *Ueber das Sehen und die Farben* (Teoría de la visión y de los colores), dejóse llevar de las ideas del famoso poeta. En este volumen expone Schopenhauer la expresada teoría, considerando los colores sólo en sí mismos, es decir, como una sensación específica recibida en el órgano visual, y examina las inducciones de Newton y de Goethe acerca del valor objetivo de los colores, o, dicho en otros términos, las causas externas que producen en el ojo la sensación. Al defender su teoría, Schopenhauer se puso resueltamente al lado de Goethe porque, en su sentir, el autor de *Fausto* había examinado objetivamente las leyes de la Naturaleza y, al interpretar el fenómeno, habíase acomodado a ella, en tanto que Newton, procediendo como un matemático, se concretó a hacer cálculos, pero sin pasar de la superficie de lo fenoménico. La teoría de Schopenhauer fue muy discutida y, según la opinión de Czermak, tiene grandes puntos de contacto con la teoría de los colores expuesta por Jouy y Helmholtz. La crítica de su tiempo no concedió al libro de Schopenhauer el valor y la importancia que realmente reviste, habiendo sido, en sentir de Czermak, recibido con frialdad y desvío, porque los físicos y fisiólogos no podían perdonar a Schopenhauer el modo despectivo con que trataba a Newton, de una parte y de otra la admiración que rendía a Goethe. Si ambas circunstancias no hubiesen bastado para que la opinión científica se mostrara hostil a Schopenhauer había, además, otro motivo poderoso: las tendencias metafísicas que se advertían en varios pasajes del libro. No obstante, puede afirmarse que todos los actos de la vida de Schopenhauer, anteriores a la publicación de su obra más importante, titulada *Die Welt als Wille und Vorstellung* (El mundo como voluntad y como representación), aparecida en 1819, tenían un mero carácter episódico, ya que no había enfocado todavía los grandes problemas que planteó en el mencionado libro, una vez preparado y más dueño de su ego íntimo.

En efecto, *El mundo como voluntad y como representación* es una obra que ha sido consagrada por la crítica y que evidencia un vigor de pensamiento y una profundidad verdaderamente extraordinarios. Se compone de un volumen, dividido en cuatro libros; en el primer, concibe la inteligencia sometida al principio de la razón sufi-
ciente y produciendo en tal respecto el mundo de los fenómenos; en el segundo estudia la inteligencia independientemente de aquel principio y dando ocasión a la producción estética; en el tercero hace un examen de la voluntad desde dos puntos de vista y como principio ulterior al cual es referible todo; en el cuarto expone los fundamentos de la Moral, que viene a ser una superfetación del budhismo.

Schopenhauer, veinticinco años después—1844—hubo de añadir al primer volumen otro en el que trató nuevamente de algunas cuestiones que sólo había esbozado y a las cuales les dio un mayor desenvolvimiento, pero sin introducir modificaciones de entidad. Las ampliaciones no afectaban en lo más mínimo a su pensamiento, puesto que en el primer volumen se halla casi íntegramente contenida su concepción filosófica. Contra lo que suponen algunos admiradores entusiastas del filósofo nihilista, que, llevados de su apasionamiento, tratan de olvidar o desvirtuar los hechos; este libro, a raíz de su aparición, no obtuvo ni siquiera un mediano éxito. La opinión lo recibió con frialdad glacial primero y después se levantó por doquier una verdadera tempestad de protestas. Schopenhauer, una vez hubo entregado el original de su libro al editor, dirigióse a Italia, donde permaneció más de año y medio, consagrándose al estudio del Arte, visitando los Museos, los monumentos sagrados y profanos, frecuentando el trato de algunas mujeres insignes y entregándose a la galantería, que con tanta saña había combatido. Regresó a Berlín en 1820 y durante un semestre ejerció el cargo de privatdozent; pero tampoco triunfó en sus explicaciones en el aula, pues por aquel entonces estaban en moda Hegel y Schleiermacher, que profesaban en la misma Universidad y a cuyas cátedras acudía una gran parte de la intelectualidad berlinesa. Al observar Schopenhauer la acogida poco cordial que merecieron sus lecciones, sintióse sumamente contrariado, siendo seguramente esta circunstancia el origen de la aversión profundísima que tuvo hacia los Centros docentes en lo concerniente a la enseñanza oficial y, sobre todo, a los catedráticos de filosofía.

Apesadumbrado hasta lo íntimo, abandonó en la primavera de 1822 su patria, dirigiéndose de nuevo al país del Arte, en donde buscó calma para su espíritu conturba-
do, sol y alegría. Durante tres años residió en distintas ciudades de Italia, dedicándose por completo a los estudios estéticos y a contrastar, por medio de la observación y el análisis en vivo, sus ideas acerca de la Moral. En 1825 regresó a Berlín e intentó de nuevo dedicarse a la enseñanza de la Filosofía; pero, aunque parece que en el programa de los cursos figuró su nombre, no llegó a explicar. Ante esta nueva contrariedad, vivió durante algún tiempo en Berlín, sin frecuentar los círculos en donde se reunían los intelectuales y puede decirse que en plena soledad. A raíz de la epidemia de cólera que hizo grandes estragos en Berlín, Schopenhauer se trasladó a Francfort del Main, donde se estableció, pasando allí veintinueve años, hasta su muerte. Afirman algunos de sus biógrafos que por aquel tiempo Schopenhauer era muy poco conocido y que su nombre no había trascendido más que entre los cultivadores de la Filosofía, que sentían por él el mismo menosprecio que el autor de Parerga por sus compañeros.

En su retiro de Francfort, en vez de serenarse, creció su malhumor y su desafecto contra los que él denominaba charlatanes intelectuales, quizás porque atribuía su fracaso a una conspiración de silencio tejida en torno a él por sus enemigos. A pesar de su confinamiento, Schopenhauer dió en 1836 una nueva prueba de potencialidad intelectual con el libro Ueber den Willen in der Natur (La voluntad en la Naturaleza), que fue recibido con la misma reserva que los anteriores. Este volumen, que ha sido traducido al castellano por el ilustre vice-rector de la Universidad de Salamanca, don Miguel de Unamuno, es un trabajo hermoso, profundo y original. Desenvuelve en él Schopenhauer su concepción de la voluntad, aplicándola a distintas cuestiones de las Ciencias naturales y físicas y relacionándolas con la Anatomía comparada, la Fisiología humana y vegetal, la Patología, la Astronomía física, etc. Es realmente asombroso el caudal de conocimientos que revela Schopenhauer al examinar detenidamente la influencia que de continuo ejercen las facultades volitivas en un gran número de fenómenos, y a este propósito el egregio filósofo analiza el magnetismo animal, la magia, la lingüística y todas las disciplinas científicas que se cultivaban en su tiempo,
evidenciando una ilustración vastísima, grandes dotes de observador y una gran capacidad para la síntesis. Al lado de juicios clarividentes, figuran en el libro frases enconadas y verdaderas diatribas en contra de la Filosofía universitaria, a la cual denomina “ancilla theologiae”, esa mala envoltura de la escolástica, cuyo más elevado criterio de la verdad filosófica es el Catecismo del país.

La figura de Schopenhauer permaneció obscurecida hasta 1839, en que de un modo inopinado hubieron de trascender su nombre y su obra, debido a una verdadera casualidad. La Sociedad Real de Ciencias de Noruega abrió un concurso para premiar una Memoria. Schopenhauer acudió al llamamiento de la docta Corporación enviando una Memoria titulada La libertad de la voluntad, que obtuvo el premio, valiendo a su autor el nombre de individuo de la Sociedad. En 1840 envió a la Sociedad Real de Ciencias de Copenhague otra Memoria acerca del Fundamento de la Moral, que fue asimismo premiada por aquella Corporación, la cual, sin embargo, reprochó a Schopenhauer los ataques que dirigía, en su trabajo, a Fichte y Hegel. En 1841 publicó ambas Memorias en un solo volumen, con el título genérico de Die beiden Grund, probleme der Ethik.

La mayoría de los biógrafos del insigne filósofo están acordes en afirmar que la notoriedad de Schopenhauer tuvo su origen en el homenaje que le tributaron las dos Corporaciones escandinavas. Desde entonces comenzó a ser conocido, iniciándose en la crítica una corriente de relativa simpatía hacia él. Después de cuatro lustros de permanecer oscurecido, la opinión docta de Alemania reobró en parte, formándose un grupo de admiradores del maestro de Danzig, al propio tiempo que sus adversarios emprendían con más energía la labor de discutir y juzgar con severidad su doctrina. Por aquel entonces publicaronse de nuevo sus libros y sus más devotos discípulos, Frauenstäed y Linder, se esforzaron en divulgar las doctrinas del maestro, a quien elogiaban con verdadero apasionamiento. Schopenhauer correspondía a la consideración de sus discípulos llamando a uno de ellos su querido apóstol y su evangelista al otro. Refiere un crítico francés que Arturo Schopenhauer era un carácter tan dominante, que en cuanto alguno de sus
discípulos discrepaba de él le conminaba con severidad. Como casi todos los espíritus iconoclastas, Schopenhauer era, en el fondo, un ingenuo. Más que los acontecimientos mismos, le preocupaban los detalles nimios, insignificantes. Así se explica que cuando recibía la felicitación de algún escritor desconocido o tenía noticia de la aparición de algún artículo en que se comentaba alguna de sus obras, se apresurase a comunicarlo a sus amigos, sin ocultar la impresión que había producido en su ánimo la lisonja o la censura.

La corriente hegeliana, que tan poderosa llegó a ser en 1832, a la muerte del insigne maestro, en que puede decirse que abarcaba todas las manifestaciones de la cultura, impulsando las creencias religiosas, las teorías estéticas, el movimiento político y la orientación social; fue debilitándose más tarde, debido a las luchas intestinas a que dió lugar la disparidad de criterio entre sus sustentadores. En 1840 el hegelianismo se escindió en tres grupos, denominados centro, derecha e izquierda, siendo el último el más importante, puesto que de él llegaron a formar parte filósofos de tanto relieve como Feuerbach, Bruno Bauer y Marx Stirner. La corriente representada por la extrema izquierda defendió las soluciones más avanzadas en Filosofía, en Ciencias Sociales y en Política, alcanzando una relativa influencia en el despertar de la actividad nacional alemana; pero su eficiencia fue meramente circunstancial, pues bien pronto operóse una reacción, y, una vez fracasado el movimiento, aunque sólo fuera durante un breve lapso de tiempo, surgió una corriente metafísica que fue sumamente favorable para Schopenhauer y que vino a significar una recurrencia de las tendencias metafísicas.

Las continuas agitaciones políticas que se desarrollaron en Francfort durante el bienio 1848 y 1849 occasionaron a Schopenhauer innúmeras contrariedades, malquistándose con una parte de la opinión, que vió con marcado recelo su actitud hostil a los movimientos populares, pues el filósofo de Danzig se había mostrado partidario resuelto de las tendencias del Gobierno, el cual había iniciado una represión energética para conservar el orden público.

Schopenhauer, un tanto subjetivista, suspiraba ante todo por gozar de tranquilidad para entregarse a sus tra-
bajos especulativos, y, llevado de su aristocratismo intelectual, no disimuló su simpatía por los gobernantes, aplaudiendo sin reserva la represión, que tanta sangre costó, y especialmente la llevada a cabo en Francfort en 17 de Septiembre de 1848, y legando sus bienes de fortuna a la Casa de Socorro establecida en Berlín, en favor de los que en dicho año y en el siguiente defendieron el orden, así como de los huérfanos de aquellos que sucumieron en la lucha.

Restablecida la normalidad publicó, en 1851 su obra Parerga und Paralipomena, notable colección de ensayos, bosquejos y fragmentos, que apenas si tienen relación directa con el cuerpo de su Filosofía. Este volumen, cuya segunda edición vió la luz en 1852, aunque no añade nada nuevo, en lo substancial, a su doctrina; es por demás curioso, ya que contribuye a esclarecer ciertos aspectos de las líneas generales de su pensamiento. De ahí que la crítica lo haya considerado indispensable para descubrir determinadas modalidades del filósofo y, sobre todo, para conocer al moralista y al escritor de un modo completo.

Afirmar algunos de los biógrafos de Schopenhauer que, una vez terminado Parerga, abrigó el firme propósito de no intentar otros trabajos, dedicando únicamente su actividad a revisar y corregir sus obras. En Abril de 1853 la Westminster Review publicó un artículo que fue sumamente comentado y que poco después tradujo Liddner, apareciendo en la Gaceta de Voss. Desde este instante puede decirse que Schopenhauer comenzó a gozar de la satisfacción del aplauso, que significaba la iniciación de la gloria. En 1854 Frauenstädt publicó un libro titulado Briefe Ueber die Schopenhauersche Philosophie (Cartas sobre la Filosofía de Schopenhauer), en el que hizo una exposición completa de su doctrina en términos concisos y de gran claridad, si bien, a juicio de algunos críticos, para ser un Manual perfecto adolecía de falta de seriación. También contribuyó en no escasa medida al éxito que iba alcanzando en Alemania la obra de Schopenhauer, el concurso abierto en 1855 por la Universidad de Leipzig acerca de la Filosofía del maestro. De esta suerte fué acrecentándose su fama y multiplicándose el contingente de sus lectores, así como el de sus discípulos, de sus censores y de sus adversarios a ultranza.
Si bien en los primeros tiempos sufrió Schopenhauer amarguras sin cuentó por la frialdad y el desvío con que eran recibidos sus ensayos, en el último período de su vida experimentó la íntima satisfacción de ver cómo iba trascendiendo su obra más allá de las fronteras de la patria, conquistando adeptos por doquier. Los continuos triunfos le compensaron con creces de los sinsabores que le había producido la hostilidad del medio intelectual, llegando a verse coronado de gloria en su propio país y homenajeado por las mismas Universidades que no habían querido recibirle en su seno.

A pesar de que Schopenhauer, en el círculo de sus amistades íntimas, expuso en muchas ocasiones su convicción de que, merced al régimen severo de vida que se había impuesto, llegaría a cumplir los cien años, falleció en 23 de Septiembre de 1860, cumplidos los 72, a consecuencia de un ataque de apoplejía pulmonar.

Fichte le llamó un hipocondríaco; pero tal vez exageró en su apreciación del modo de ser del maestro, pues más bien puede ser considerado como un misántropo que sintió siempre un profundo descontento de los hombres y de las costumbres de su tiempo. Acaso, más que de las propias inclinaciones, su carácter hosco era, en gran parte, producto de la herencia patológica, pues en Schopenhauer se observan algunas de las modalidades fisiopéquicas que llevaron a su padre al suicidio. En el autor de *El mundo como voluntad y como representación*, estuvieron en la lucha constante las influencias paternas y las maternas. El propio Schopenhauer creía hallar en sí mismo una doble herencia orgánica y psíquica: de su padre el carácter y de su madre la inteligencia y la agilidad de pensamiento.

Sin embargo, estas apreciaciones de Schopenhauer acerca de su modo de ser son más hipotéticas que reales, pues, según el testimonio de algunos de sus biógrafos, están poco conformes con los hechos y, además, pueden ser calificadas de simplistas y absolutas para juzgar en toda su complejidad la obra de un metafísico de tan altos vuelos. Asimismo parece que la mayoría de los autores que han estudiado a fondo la vida del filósofo se inclinan a creer que el carácter de su madre influyó en el juicio que aquél tenía de las mujeres, lo cual, sin embargo, está en contradicción con los hechos, pues Scho-
penhauer sostuvo amistad y relaciones con mujeres galantes, no sólo en su país, sino en Italia, y al menos en la práctica parece que no siempre las detestó. La aversión que apareció sentir era más teórica que efectiva y a su defensa de la castidad absoluta no cabe darle otra significación que la de una consecuencia de su extraña doctrina. Su afirmación de que las mujeres tienen largos los cabellos y cortas las ideas, más que un pensamiento profundo es una frase extravagante, debida, quizás, a su idealismo exagerado y a su tendencia hacia la concepción pesimista de la vida. Quizás su odio al bello sexo, lo mismo que el que profesaba a los judíos, ha de achacarse a su animadversión al realismo característico de los israelitas y a que las mujeres, con su afán de agradar, encarnan una fase del optimismo. Schopenhauer era de hecho un budhista extraviado en Occidente, para quien cuanto significase acción y positivismo constituía una provocación y un ultraje. Partidario de la contemplación, fue uno de los adversarios más enconados de la mujer como instrumento del amor. Tan intenso como el que profesaba a los judíos y a las mujeres, era el que sentía hacia los profesores de Filosofía, como demostró en su folleto intitulado Philosophie-professoren, que apareció en 1831 y en el que hace una detenida exposición de los agravios que recibiera en distintas ocasiones del régimen que informaba la enseñanza oficial. Con su gran clarividencia señalaba el hecho de que la labor docente hallábase condenada a navegar entre dos escollos, que él denominaba poderes envidiosos: el Estado y la Iglesia, y decía de los profesionales de la enseñanza que, más que de realizar una función objetiva, se preocupaban de acomodarse a lo estatuido para triunfar, añadiendo que los hombres que prestaban más señalados servicios a la cultura eran los pensadores que vivían aislados, los sabios que permanecían encerrados en su gabinete, no los que explicaban en las cátedras ni los que decían las cosas a medias en las Corporaciones académicas. A este propósito hacía observar que siempre fueron objeto de persecuciones y confinamientos los espíritus independientes. Schopenhauer exageró un tanto sus censuras a las Universidades, pues la misión de estos centros docentes, tanto como elaborar la ciencia, consiste en enseñarla.
Como arguye Ribot, es preferible difundirla en una forma imperfecta a permanecer en la inacción. En lo que acertó Schopenhauer fué en su crítica del hegelianismo que pretendió vincular la dirección intelectual entera durante algún tiempo. Pero también al hacer el análisis de la mencionada escuela dejóse llevar de su ingenio apasionamiento y en todas sus críticas se observa que repugnaba a su temperamento exaltado una norma en que la ponderación y el equilibrio dirigieran sus actos. A pesar de su gran capacidad comprensiva, el filósofo de Danzig no tuvo jamás en cuenta que por muy intenso que sea el entusiasmo de los ideólogos y de los hombres de Estado, no puede jamás prescindirse de las resistencias que opone el medio a toda labor de transformación, pues aun los espíritus audaces han de acomodarse a la realidad ambiente.

Schopenhauer, contradiciendo la tesis de Schleiermacher, quien afirmaba que nadie puede ser filósofo sin ser religioso, dijo: “Ningún hombre religioso puede llegar a ser filósofo ni tener necesidad de ello; y, por el contrario, ningún filósofo verdadero es religioso.” Y añadió: “El filósofo marcha sin andaderas, y, aunque no sin peligro, lo hace libremente.” Quizás en lo que más se distingue Schopenhauer es en su poder para expresar sus juicios en términos concretos y categóricos. He aquí dos frases verdaderamente sentenciosas: “Toda religión positiva es, propiamente, una usurpadora del trono que pertenece a la Filosofía.” “Desde hace 1,800 años la religión ha puesto un freno a la razón.”

Aunque se ha creído que la moral budhista de Schopenhauer significaba como consecuencia una negación de la intervención en la política, es incuestionable que tenía opiniones arraigadas respecto al gobierno constitucional, al poder de la nobleza, la esclavitud, la libertad de la Prensa, los derechos individuales, el jurado y otras muchas cuestiones jurídico-políticas de las cuales se ocupó de un modo desinteresado, pues su espíritu contemplativo no le impidió conocer ni valorar el alcance de los hechos históricos y sociales. Su tendencia al aristocratismo le inclinaba a reclamar de los gobernantes, ante todo, el mantenimiento del orden y el afianzamiento de la paz y su aversión hacia los propugnadores de la demago-
gía de su tiempo estribaba en que éstos, por lo general, eran optimistas. Al referirse a la soberanía popular declaraba que el pueblo es un soberano eternamente menor que necesita estar sometido a una tutela y en Parerga und Paralipomena afirma que el pueblo no podrá jamás ejercer sus derechos sin correr un riesgo inminente, porque, como todos los menores, se convierte con facilidad en juguete de astutos fulleros, a quienes por esta razón se les ha llamado demagogos.

La personalidad de Schopenhauer, a pesar de los innumerables estudios biográficos que se han publicado en estos últimos años, es muy difícil de reconstituir integralmente. Aun estudiando sus obras en el idioma original, poniendo especial atención para descubrir los matices casi imperceptibles de su estilo, un tanto paradójico; el lector siente cierta pereza al hallar en aquel hombre-cumbre, verdadero prototipo del atletismo intelectual, dotes singulares que es difícil conciliar, porque se repelen unas a otras. Ribot, el perspicaz psicólogo y crítico francés, indica que en el carácter de Schopenhauer adviértase algo del indio, del inglés y del francés, a lo cual podría agregarse, no sin fundamento, que en su modo de ser, un tanto atrabiliario, acaso hubo de influir asimismo la lectura de algunos escritores españoles, pues es sabido que Schopenhauer conocía nuestra literatura, que le infundió cierta tendencia al conceptismo y a la vehemencia en la expresión y que sentía especialmente por Baltasar Gracián una invencible atracción, hasta el punto de que en 1832 escribía a Keil diciéndole: “Mi escritor favorito es este filósofo Gracián. He leído todas sus obras; su Criticón es para mí uno de los mejores libros del mundo.”

También dice Ribot que la concepción pesimista del mundo, de Schopenhauer, sus hábitos contemplativos, su horror a la acción, son propios de un discípulo de Budha; pero en las cualidades del insigne filósofo alemán se advierte una gran disparidad, pues no es fácil compaginar su doctrina filosófica y ética, con la afición que sentía por los hechos concretos y su preferencia por las informaciones verídicas. En no pocos respectos puede ser parangonado su empirismo con el de Locke y Hartley, y algunos de sus biógrafos hacen notar la admiración que sentía por Inglaterra, el país práctico por excelencia. Tenía por la cultura británica una marcada predilección y
todas las mañanas devoraba con verdadera ansiedad The Times para seguir paso a paso los acontecimientos políticos y sociales. También conocía muy a fondo a los moralistas franceses La Rochefoucauld, Labruyere, Vauvenargues y, principalmente, a Champfleur, a quien mencionó en multitud de ocasiones. De los escritores franceses adquirió el dominio de la frase, la claridad y la viveza en la exposición y el arte de esmaltarla con imágenes ingenuosas y brillantes.

Schopenhauer, al verter su doctrina, consiguió como pocos pensadores de su tiempo, seriar los conceptos con un orden rigurosísimo, ateniéndose a los principios de la Lógica. Comenzó con la teoría del conocimiento, a la cual siguió la teoría de la Naturaleza, la Estética y, por fin, la Moral. No cabe negar que reveló una gran profundidad y riqueza de matices al estructurar su concepción, aportando datos sumamente originales que demuestran su complejidad intelectual y su perspicacia como observador. Al afirmar que la Metafísica había de basarse en la experiencia que debe condicionar el laborio intelectual entero, demostró una gran penetración, así como al sentar la tesis de que la Metafísica, por su misma naturaleza, está por completo desligada de la Teología. También dió una prueba de visión certera, cuando proclamó que la Filosofía es por igual diferente al teísmo como al ateísmo y que la especulación filosófica, ha de reducirse a una cosmología, pues consideraba que debía limitarse a nuestro mundo y de ahí su tendencia resueltamente antiteológica. Al concebir el mundo de tal suerte, examinando su fenomenología, tan varía y compleja, Schopenhauer lo redujo a un elemento único, que denominó voluntad, cuando para otros filósofos, es la fuerza o la energía. Los principios generales de su doctrina, pueden sintetizarse en la voluntad, a la que consideró como la explicación última, la cosa en sí, de la que a los humanos nos es imposible averiguar si obedece o no a una causa, ni cuál es su origen, ni su finalidad, por qué existe, ni si realmente tiene un por qué. Sólo sabemos—añadía—que es y qué todo cuanto existe se refiere a ella.

También es de notar, que en el espíritu de Schopenhauer ejerció, en ciertos respectos, poderosa influencia Manuel Kant, con quien guarda no pocos puntos de
Ideólogos, Teorizantes y Videntes

contacto, si bien Schopenhauer, que tuvo la fortuna de vivir en una época en que la ciencia había logrado un mayor desarrollo, pudo amasar su doctrina, disponiendo de más datos experimentales que el fundador del racionalismo y logró adquirir un mayor dominio de lo fenoménico, libertándose de determinadas logomachias y tautologías. En suma; Schopenhauer, tanto por su carácter como por la alteza de su espíritu, que propendía, como hemos dicho, a la paradoja; ha sido reputado como uno de los hombres que han tenido una personalidad más original, ocupando lugar preeminente entre los tipos representativos de la cultura contemporánea en la primera mitad de la centuria pasada.

Su célebre frase “Mi Extremaunción será mi bautismo; se esperará mi muerte para canonizarme”, tiene el valor de una profecía que se ha realizado. La crítica entera, sin distinción de razas, sectas ni escuelas, tras una larga labor de depuración y de controversia, no ha podido menos de proclamar a Schopenhauer como uno de los precursores de la doctrina voluntarista y como uno de los pensadores que más han contribuido a mover la conciencia social.
RICARDO AVENARIUS

La doctrina de Avenarius cuenta en Alemania con gran número de prosélitos, algunos de ellos devotos apasionados del insigne filósofo. Se comprende la admiración que una gran parte del intelectualismo tudesco siente por el fundador del empirio-criticismo, porque de entre los filósofos contemporáneos antimetafísicos, es Avenarius el que ha conquistado una personalidad más relevante. A medida que transcurre el tiempo, la figura de Avenarius adquiere mayor relieve, y su concepción analizada por la crítica en sus menores detalles, va adquiriendo la importancia de una escuela filosófica que posee un contenido propio y privativo.

Ricardo Avenarius nació el año 1843 en París, donde se encontraban accidentalmente sus padres. En su mocedad, trasladóse primeramente a Suiza y luego a Alemania, cursando las disciplinas filosófico-históricas en las Universidades de Zurich, Berlín y Leipzig, y siendo en esta última, discípulo del fisiólogo Ludwig, quien le inició en la concepción mecánica de la Naturaleza y en la aplicación de esta doctrina y al modo de considerar los fenómenos orgánicos. Asimismo fué Avenarius uno de los discípulos predilectos del filósofo Dobrisch, que le inculcó los conceptos de la filosofía pedagógica de Herbart, con su teoría de las representaciones tomadas como expresión de la necesidad de conservación inherente al espíritu. A juicio de Hoffding, lo que hubo de influir más decisivamente en la formación de Avenarius, fué el estudio de las obras de Spinoza, ya que con ellas adquirió el convencimiento de que, merced a una gran síntesis, podía reducir todas las ideas a una sola, de un modo rigurosamente sistemático.
Avenarius, por sus cualidades excepcionales, conquistó bien pronto una sólida reputación, siendo nombrado profesor de Filosofía Inductiva en la Universidad de Zurich, en 1877. Su primera obra, es un estudio de la filosofía de Spinoza, y lleva por título Ueber die beiden ersten Phasen des Spinozeischen Pantheismus — 1888 — (Las dos primeras fases del panteísmo espinosista). En esta obra hizo con gran sagacidad, un análisis demostrativo de cómo el sistema del filósofo judío-portugués fue un producto de la fusión de tres distintos órdenes de ideas: unas religiosas, expresivas por el concepto de Dios; otras, científicas, representadas por el concepto de Naturaleza, y otras, abstractas o metafísicas, sintetizadas en el concepto de substancia.

Avenarius, por la reducción de lo orgánico a lo mecánico, valiéndose de la concepción de las representaciones como manifestación del esfuerzo de conservación propio del individuo y por un estudio profundo, desarrollado ulteriormente, de una teoría de la identidad; llegó a una concepción del conocimiento que esbozó por vez primera en un volumen de reducidas dimensiones intitulado Philosophie als Denken der Welt gemäss den Princip des Kleinsten Kraftmasses. Prolegomena zu einer Kritik der reinen Erfahrung — 1876 — (La filosofía considerada como modo de concebir el mundo conforme al principio de la menor masa de fuerza. Prolegómenos a una crítica de la experiencia pura.) El insigne filósofo, al formular su concepción, partió del hecho psicológico de que la conciencia no dispone de una fuerza infinita de representación y que, por lo tanto, el hombre debe circunscribirse a emplear su pensamiento reduciendo en todo lo posible el esfuerzo, para no traspasar los límites que, económicamente, han de asignarse a cuanto signifique impulso. Avenarius tiende, sobre todo, a limitar las diferencias y la diversidad, reduciendo estosconceptos a un mínimo significado. Para él la filosofía es una tendencia predominantemente científica, que conduce a concebir el conjunto aceptando los datos de la experiencia, siempre buscando el menor gasto de energía. Excluye del conocimiento cuantas representaciones no se hallan contenidas en el dato mismo y todo su ensayo se dirige a conseguir una experiencia pura. Una vez conseguido este objetivo, el hombre, para pen-
En 1880 concentró Avenarius toda su actividad a escribir su libro magistral, titulado Kritik der reiner Erfahrung (Crítica de la experiencia pura), que apareció en 1888-1890. En este libro condensó su teoría de los problemas, procurando poner de manifiesto que las condiciones de nacimiento y desaparición de los mismos se realizan de un modo puramente biológico y psicológico. Puede afirmarse que su posición es la de un experimentador que trata de estudiar todas las cuestiones desde el punto de vista de la Historia Natural pura y por el procedimiento de la eliminación sólo tuvo en cuenta los elementos del pensamiento, que están contenidos en el dato mismo, realizando de esta suerte una aproximación sucesiva hacia la experiencia pura. Prosiguiendo sus razonamientos y apoyándose en el análisis, llegó a una concepción del mundo basada en el empirismo. Convencido del valor sintético de su doctrina, desenvolvió con amplitud el empirio-criticismo en otro libro notabilísimo, que vio la luz en 1891 con el título de Der menschliche Weltbegriff (El concepto humano del mundo), en el que completó admirablemente sus conceptos fundamentales, especialmente al indagar en las bases de la impureza del mundo trascendental y al señalar de un modo global la necesidad de comprender las cosas partiendo de la analogía que guarden con nosotros mismos para sustraerse a la pretendida experiencia del animismo.

La labor filosófica de Avenarius revela un espíritu superior y es toda ella la resultante de un intelecto fuerte y cultivado que no sólo cautiva por su potencia discursiva, sino por el cúmulo de datos, de observaciones y de ejemplos prácticos con que documenta su tesis fundamental. El único defecto que puede achacarse al definidor del empirio-criticismo es haber escrito sus libros abusando, en cierto respecto, de la terminología de las ciencias físicas y exactas. Por esto, sin duda, sus obras no han trascendido, habiendo sólo alcanzado un éxito entre los especialistas de las distintas ramas de la Filosofía.

Avenarius concentró su existencia enteramente al pensamiento y puede decirse que fue una víctima del trabajo
mental. La vida de estudio fue lentamente agotando sus energías hasta quebrantar por completo su salud. Cuando se percató el insigne filósofo alemán de que su estado era grave, dejó temporalmente los trabajos intelectuales y fue a buscar alivio en varios balnearios; pero la ciencia médica fue impotente para salvar la vida del maestro, que falleció en 1896, en Zurich, después de dos años de grandes sufrimientos. Afirmar algunos de sus biógrafos que Avenarius poseía una capacidad intelectual sorprendente y que, a pesar de no haber acertado a escribir sus libros con amabilidad, en el trato corriente revelaba un gusto artístico depurado, un carácter comunicativo y una gran afabilidad.

En Alemania la doctrina de Avenarius ha sido estudiada en estos últimos años con detenimiento. En 1905 el doctor Oskar Ewald dedicó a estudiar la personalidad y la concepción del insigne filósofo un libro que lleva por título *Richard Avenarius als Begründer des Empirio-Kritizismus* y que fue muy elogiado por la crítica, tanto por la admiración que revela su autor hacia el fundador de la escuela, como por la exposición clara que hace de la obra en conjunto.

En Francia es Avenarius, relativamente, poco conocido, pues su labor filosófica únicamente ha trascendido a un reducido número de intelectuales. Tan sólo la estudiaron a fondo sucintamente L. Grandgeorge, en un análisis bibliográfico acerca de *Der menschliche Weltbegriff*, que apareció en la *Revue Philosophique*, en el número correspondiente a Noviembre de 1892, y M. Delacroix con la extensa exposición que hizo de las teorías de Avenarius en la *Revue de Métaphysique et de Morale* en Noviembre de 1897 y Enero de 1898.

Es doloroso que en las naciones latinas la revista mensual *Vierteljahrschrift für Wissenschaftliche Philosophie*, que dirigió Avenarius desde 1876 hasta poco antes de morir, no alcanzase la divulgación que merecía, pues en aquella publicación vieron la luz trabajos notablemente que permiten conocer en sus menores detalles la concepción del fecundo y eminentemente tratadista.

Indudablemente, el no haber tenido Avenarius un éxito lisonjero fuera de los países germánicos y escandinavos debióse, más que a su orientación y a lo intrínseco de la doctrina, a la forma escueta y poco asequible para
la generalidad con que expuso su sistema, pues casi todos los libros del malogrado filósofo hallanse escritos en un estilo árido y un tanto difícil, por sus divagaciones literarias y repletos de fórmulas algebraicas y de imágenes que le sugería la observación de los fenómenos físicos y biológicos. No obstante, la labor intelectual de Avenarius perdurará, porque existe un núcleo de hombres insignes, como Mach, Relunke, Willy, Cornelius y Schuppe, que siguen defendiendo lo substancial de la doctrina del sistematizador del empirio-criticismo, modificando algunos de sus puntos de mira y adaptándolos a las corrientes espirituales que actualmente predominan en la Europa septentrional, en los Estados Unidos y en Inglaterra.
Desde hace siete lustros en Europa y en los Estados Unidos ha venido operándose un movimiento intensísimo en la alta intelectualidad, representando tres modalidades del pensamiento filosófico contemporáneo. Hoffding los clasifica de esta suerte: De un lado Guillermo Wundt, Roberto Ardigó, Francisco Heriberto Bradley, Alfredo Fouillée y algunos de los discípulos del maestro francés, representando la dirección objetiva y sistemática. De otro, la dirección biológica en la teoría del conocimiento, sustentada por los filósofos científicos James Clerk Maxwell, Ernesto Mach, Enrique Hertz, Guillermo Ostwald y Ricardio Avenarius, quien ofrece una característica algo distinta con su doctrina de la Historia Natural de los problemas, pero que, sin embargo, en lo fundamental pertenece a la mencionada corriente ideológica. Y por fin el tercer grupo, integrado por los pensadores que propugnan la filosofía valorista, entre los cuales figuran el matemático Juan Macau, Federico Nietzsche, William James y Rodolfo Eucken; para no citar más que a los tratadistas preeminentísimos.

Un español ilustre, doctísimo profesor y crítico perspicaz, Eloy Luis André, afirma resueltamente, demostrando una certera visión de lo que significó la cultura alemana con anterioridad a la guerra, que en la cuna de la Filosofía racionalista existía una corriente formidable en la ideología, cuyo resultado efectivo fué el triunfo del idealismo. Evidentemente, en casi todas las ciudades importantes de Alemania, que cuentan con una tradición gloriosa, se advertía un resurgir de la idealidad filosófica y científica.
y un criterio que tiende a armonizar las conquistas obtenidas por el experimentalismo con los ensueños líricos de la mente, acuciada por el ansia de lo inefable. En Jena, la ciudad donde Ernesto Haeckel conquistó sus grandes triunfos como experimentador e innovador, Rodolfo Eucken consiguió constituir un núcleo de entusiastas laborantes del pensamiento especulativo. Eucken tiene una alta significación en la psiquis de la Alemania contemporánea y en su simpática y plácida ciudad ha llevado a cabo felizmente una obra dilatada, que hasta hace poco ha sido juzgada de una manera harto superficial. Fué preciso que se otorgara al egregio escritor, en 1908, el premio Nobel de la Literatura para que transcendiera su fama más allá de las fronteras de la patria. Por la veracidad, la seriedad y el vigor de su pensamiento, por la amplísima visión de los problemas psicológicos, por la vibración y la elegancia de su estilo y por la maestría con que propugna su concepción idealista del mundo, ha merecido Eucken el homenaje de la cultura contemporánea, sin distinción de razas ni confesiones.

Eucken nació en Jena en 1846 y cursó la Filosofía y las Ciencias con gran devoción, obteniendo a los veintiocho años una cátedra de Filosofía en la Universidad de su ciudad natal. Por su aula han desfilado dos generaciones de jóvenes alemanes y extranjeros, que acuden a Jena atraídos por el justo renombre del docto profesor, que es uno de los más elegantes expositor es con que cuenta el profesorado alemán. Eucken posee cualidades excepcionales para realizar el apostolado docente contemporáneo. Acaso una buena parte de la notoriedad que ha alcanzado en los últimos tiempos se debe a su modo especial de comprender las luchas morales de nuestros días. Algunos de sus biógrafos afirman que ejerce una indudable sugestión en el ánimo de sus alumnos, tanto por el contenido doctrinal de sus lecciones como por el tono de combate que, en general, emplea en sus disquisiciones y por sus dotes de conversador insinuante y ameno. En la cátedra se conduce Eucken como un padre y en su casa, convertida en una especie de Seminario, recibe, a menudo, a sus alumnos, especialmente los extranjeros, a quienes prodiga sus consejos, orientándoles y despertando su vocación hacia
determinadas disciplinas e indicándoles la manera de hacer fecundo el estudio.

Refiere Eloy Luis André que hace diez o doce años Eucken, a pesar de contar 65, se hallaba en la plenitud de la vida, revelando por su agilidad, que su alma conservaba todo el vigor de la juventud. Desprovisto en absoluto de la rigidez y la severidad de la mayoría de los catedráticos de su país, diríase que es uno de aquellos atenienses, orgullo de la Grecia antigua, que explicaban Filosofía en la augusta serenidad de los campos helénicos. La cualidad principal de Eucken es la espontaneidad. Sus discursos, improvisados siempre, a la par que reflejan una gran cordialidad, revelan que no tiene reservas mentales.

Eucken, que es un temperamento pletórico, tiene, en algunos respectos, la vivacidad del sajón y el vigor mental y la energía que caracteriza a los germánicos. De todos los filósofos contemporáneos el doctísimo maestro de Jena es el tratadista que ha logrado estructurar un sistema integral en el que el optimismo se manifiesta por dondequiera. No es en modo alguno un espíritu contemplativo, pues en su obra entera se advierte una intensísima inquietud y el anhelo de elaborar nuevas normas de vida. Llegó a la Filosofía procediendo de las disciplinas históricas y su proceso intelectual fue largo, como el de su compatriota Wundt, que partió de las ciencias experimentales y de la Psicología fisiológica. Al contrario de lo que ocurrió a Schopenhauer, que, después de escribir El mundo como voluntad y como representación, puede decirse que agotó su capacidad creadora, para Eucken, que es un prototipo de la mente sana en un cuerpo sano, el trabajo constituye una exigencia fisiopsíquica, evidenciando su gran potencialidad intelectual. Uno de sus biógrafos refiere que al terminar un libro tiene ya perfectamente proyectado el inmediato. Su gran amor al estudio y las ansias de su espíritu le hacen vivir en perpetua actividad; de ahí que sus libros sean interesantes, puesto que van reflejando las nuevas fases por que atraviesa su ego.

En España, donde de ordinario se ha juzgado el krausismo, por parte de los ultramontanos, neokantianos y positivistas, con notorio desvío, considerando al fundador de la doctrina como un filósofo oscuro y de segundo
El orden, no dejaría, seguramente, de producir alguna extranzea el hecho de que a Rodolfo Eucken, restaurador del krausismo, sí bien su espíritu es más ágil y más profundo que el de Krause, se le tributara el homenaje del mundo culto al ser laureado con el premio Nobel. Por mediación de Reuter recibió Eucken la influencia de Krause, como fue también discípulo de Lotze, cuyas enseñanzas apenas dejaron huella en su ánimo. Asimismo contribuyeron a formar la personalidad del eminente tratadista Teichmüller, que le inició en la Filosofía de Aristóteles, y Trendelensburg, que le inclinó en el sentido de infundir a la Filosofía una tendencia ética, haciéndole ver, además, la íntima relación que existe entre la especulación y el proceso histórico. Pero Eucken, en realidad, ha sido considerado por la mayoría de los críticos como un caso de auto-didactismo, pues en casi todos sus libros se advierte la simpatía que tiene por los grandes maestros de la antigüedad y, singularmente, por Platón y Aristóteles, Plotino y San Agustín, y en los tiempos modernos sus autores predilectos fueron Kant y Goethe y, sobre todo, Hegel y Fichte. Estudiando a fondo la obra entera del profesor de Jena se adquiere la convicción firme de que su concepción filosófica de la existencia, en lo esencial, tiene grandes puntos de contacto con la de Krause.

A Eucken le cupo la gloria, hace algunos años, de explicar en la Universidad de Harvard un curso de Filosofía, en la misma cátedra donde había enseñado el ilustre William James durante una larga temporada. En los Estados Unidos fue muy bien recibido y escuchado con deleite. En el American Review of Reviews, Thomas Seltzer hizo notar la vaga semejanza que existe entre el pragmatismo del filósofo yanqui y el evangelio activista de Eucken, ya que uno y otro filósofo conceden gran importancia a la acción y a la vida y no lo fían todo a la pura especulación, sosteniendo que el factor intelectual, por sí solo, no puede explicar el mundo y el significado de la existencia, ni dar a la Humanidad una norma de conducta.

En la producción filosófica de Eucken distinguen sus biógrafos dos períodos perfectamente diferenciados: el preliminar o preparatorio y el de alta especulación. Durante el primero publicó, entre otros libros, Die Methode
der Aristotelischen Forschung (El método de Aristóteles en su relación con los principios fundamentales de la Filosofía), Berlín, 1872; Geschichte und Kritik der Grundbegriffe der Gegenwart, Leipzig, 1872; segunda edición, 1892; Geschichte der Philosophischen Terminologie, 1879; Beiträge zur Geschichte der neueren Philosophie vor nennlich der deutschen, Heidelberg, 1886 y Die Philosophie des Thomas von Aquino und die Kultur der Neuzeit, Halle, 1886. Terminó el primer ciclo que tiene un carácter predominantemente histórico, con la obra Die Lebensanschauungen der grossen Denker, que apareció en 1890 y que ha sido traducida a casi todos los idiomas europeos, incluso al castellano.

Su labor propiamente personal la inició Eucken con el libro Die Einheit des Geisteslebens in Bewusstsein und Tat der Menschheit, que vió la luz en Leipzig en 1888. En este volumen define su concepción filosófico-idealista, esbozando el plan que más tarde hubo de desarrollar sistemáticamente, planteando el problema de la vida espiritual y el de la religión. A juicio de algunos críticos, puede considerarse este libro como un trabajo magistral, pues en él reveló Eucken una gran penetración psicológica, al mismo tiempo que un arte exquisito para exponer con claridad las más intricadas cuestiones. Mas con representar un esfuerzo extraordinario esta obra, no llega a revestir la importancia que la titulada Der Kampf um einen Geistlichen Lebensinhalt. Neue grundlegung einer Weltanschauung, que es un admirable estudio de la lucha para espiritualizar la existencia. Asimismo tienen un gran valor filosófico los libros Der Wahrheitsgehalt der Religion, 1901, en el que propugna la tesis de lo que de verdadero tiene la Religión; Gesammelte Auffaszte zur Philosophie und Lebensanschauung, 1903, y Der Sinn und Werth des Lebens, 1907, en el que defiende la necesidad de una nueva vida renovadora y fecunda, tanto en valores individuales como en energías colectivas, haciendo observar el alcance y significación que reviste la existencia.

De todos los libros escritos en el último periodo por Eucken, el más interesante, aunque tal vez no sea el más fundamental, es el que lleva por título Geistige Stro-
ciones y de juicios certeros. Eucken ha podido elaborar su sistema, porque antes de señalar las líneas fundamentales se impuso la obligación de examinar y criticar concienzudamente las concepciones filosóficas de los pensadores más eminentes de todas las épocas. A juicio del famoso profesor, las concepciones filosóficas pueden dividirse así: la del sentido religioso de la vida, la del idealismo inmanente y la del naturalismo. A diferencia de otros autores, no considera el subjetivismo artístico como un sistema independiente, sino que lo estudia considerándolo como una escuela intermedia entre las concepciones religiosa e idealista. Tampoco examina aisladamente el materialismo científico y el socialismo, a los cuales incluye en la concepción naturalista. Para Eucken todos los sistemas se integran en dos direcciones opuestas: la del naturalismo y la del idealismo.

Lo realmente digno de elogio en la labor crítica del egregio maestro de Jena es la sinceridad con que examina cada uno de los sistemas, sin olvidar los pensadores aislados. Como psicólogo y como historiador del pensamiento ha demostrado Eucken una sagacidad extraordinaria, portentosa, y en ciertos respectos, por su potencialidad intelectual, guarda algunas analogías con Kant, pues, como el fundador del racionalismo, de las conclusiones de la crítica, recoge los fundamentos de la sistematización filosófica. El concepto básico de la existencia para Eucken se apoya en que el desenvolvimiento de la Humanidad, aun en todo aquello que depende de la Naturaleza y en todo lo que está sometido a ella, rompe para sí el círculo de la Naturaleza misma e inaugura un nuevo mundo vivo. O, dicho en otros términos: la realidad del proceso existencial hace trascender al hombre de la Naturaleza. Desde este punto de vista, los principios fundamentales de Eucken guardan cierta afinidad con el idealismo cristiano y con el voluntarismo de Wundt. La síntesis de su pensamiento puede concretarse así: La vida, al elevarse y dignificarse la condición del hombre, tiende a constituir la Filosofía de la cultura.

El activismo de Eucken, impregnado de confianza y de optimismo sano, confortador, considera que el hombre, por medio de la cultura superior, logra dominar el Universo conquistando una categoría elevada, sin
considerarse añadido meramente a la Naturaleza, según defiende la concepción naturalista; sino más bien transnaturalizado o preternaturalizado. En realidad, a juicio de Eucken, se opera una reversión a la Naturaleza, pero consiguiendo el hombre el dominio y llegando al triunfo, al aprovecharse, y en cierto modo dirigir las fuerzas naturales. Con gran elegancia de estilo afirma Eucken (al hablar de nuestra limitación para comprender la infinitud de lo divino), que sólo puede considerarse como desgraciado por no ser rey aquel que ha perdido una corona real.

El tratar de descubrir la norma que ha de seguir el individuo para hallar la verdad es el aspecto más característico de la filosofía del pensador alemán. Eucken no es un panteísta, porque no cree que Dios esté en todas las cosas y que todas las cosas contengan algo de divinidad. Admite, por el contrario, que en el mundo se hallan indistintamente el principio del bien y el principio del mal. Esta doctrina es la que forma la base de su filosofía activista. Arguye el maestro de Jena que si en el mundo existiese sólo el bien, como pretenden los panteístas optimistas, no habría la más leve razón para que los individuos se esforzaran en luchar por conquistar el progreso. Pero como no es así, sino que existe también un principio del mal, que debe ser vencido, la vida constituye un combate cruento, y de ahí los conflictos que surgen para sobreponerse al mal y para desenvolver el bien. En sentir de Eucken, el hombre debe aprender a liberarse de la Naturaleza y de todo cuanto significa imperio del mundo cósmico. Desde el punto de vista zoológico, el hombre es un ápice en la esfera de la evolución, pero espiritualmente se halla todavía más bajo. Debe libertarse de las groseras inclinaciones de la animalidad, luchando contra cuanto significa sordidez y vulgaridad. Sólo procediendo así podrá iniciar una vida verdaderamente espiritual, desenvolviéndola en el interior de su propio ser, y enriquecerla de modo que pueda convertirse en una parte de la existencia espiritual del Universo.

Afirma Eucken que la vida espiritual es la única realidad del mundo, pues trasciende a la Naturaleza y al orden material, y, viviéndola intensamente, el hombre deriva de ella la libertad, llegando a crearse una perso-
nalidad. Pero, por elevado que sea el grado que llegue a alcanzarse en la escala de la vida espiritual, no debe el individuo cesar en su actuación, porque la vida psíquica es infinita y no existen límites en el desenvolvimiento de la individuación espiritual. Haciéndolo así, el hombre no sólo conquista la libertad y una personalidad, sino que se hace digno de la inmortalidad porque, siendo la vida espiritual perdurable, el hombre, como parte integrante de la misma, debe ser igualmente inmortal.

En la filosofía de Eucken sólo se considera dignos de alcanzar la inmortalidad a aquellos hombres que logran libertarse de la tiranía de lo que es meramente natural. Los hombres que estén dominados por la carne hallarse condenados a morir y a desaparecer, sin dejar huella de su paso por la vida. En la concepción filosófica de Eucken la religión ocupa un lugar preeminente. Al estudiar las religiones distingue el filósofo dos modalidades principales, que denomina las Religiones de la ley y las Religiones de la redención. Las primeras conciben a Dios como un ser que se halla fuera del mundo, que se limita a dar una ley a los hombres y que les premia y castiga según obedezcan o no a sus designios. El budhismo rechaza las fórmulas de redención, cualesquiera que sean. El único deber que impone esta confesión es el del renunciamiento, pues considera al mundo como elemento destructor y fuente de todo mal. Por esto proclama la renunciación del mundo y del propio ser. Eucken afirma que el cristianismo, como religión de redención, es bastante superior al budhismo, pues en tanto reconoce la miseria y los males del mundo, no los considera como inherentes al orden universal, el cual en sí mismo es divino, sino como consecuencia de un abuso o de una falta primitiva. La doctrina del Cristianismo reclama por esto una vida de acción y de lucha, ya que significa la necesidad de vencer el mal y alcanzar un más alto grado de perfección. En este concepto el Dios cristiano representa la absoluta verdad espiritual y en él la libre personalidad halla su realización. Despojado el Cristianismo de todos los elementos históricos que en el curso del tiempo se han sobrepuesto, resulta el más elevado y noble tipo de las religiones y ofrece una base para la religiosidad absoluta. Esta es la tesis que sostiene Eucken en uno de sus más recien-
En los últimos años ha dedicado Eucken su esfuerzo a revisar sus libros más importantes y ha publicado otros también notabilísimos, entre los que descuellan los titulados *Gesammelte Aufsätze*, 1903; *Grundlinien einer neuen Lebensanschauung*, 1907; *Einführung in der Philosophie des Geisteslebens*, 1908, y *Haupt probleme der Religionsphilosophie der Gegenwart*, 1912.

Poco antes de declararse la gran guerra, hizo Eucken un viaje al Japón, dando en Tokio un curso de conferencias análogo al que dió hace diez años en la Universidad de Harward (Estados Unidos).

La gran celebridad de que goza Eucken débese principalmente a que ha planteado los problemas filosóficos con claridad meridiana, prescindiendo, siempre que le ha sido posible, de la terminología laberíntica, y a la sinceridad con que ha defendido sus puntos de mira, revelando una gran firmeza de convicción. También ha dejado de lado las formas académicas, expresándose siempre con una sencillez envidiable, que le ha granjeado incluso la simpatía de sus adversarios. Eucken es, en la hora presente, uno de los más sólidos prestigios con que cuenta la cultura alemana contemporánea.
BUEH

BUEH
En la intelectualidad contemporánea es, sin duda, Harald Höffding, una de las personalidades preeminentes, uno de esos hombres-cumbres que sólo de tarde en tarde aparecen en la Historia de los pueblos, como jalonnes gloriosos que marcan el sendero de luz que traza la Ciencia para el progreso de la Humanidad. Cultivador de las disciplinas filosóficas con un criterio sistemático y objetivo a ultranza, su nombre, aureolado por la fama, traspasó las fronteras, después de ser popular en su país, todo lo popular que puede ser un filósofo que supo substraerse, al revés de tantos otros publicistas, al deseo de llegar al gran público. Jamás las miras interesadas rozaron aquel espíritu dedicado por entero a la reflexión. Y el maestro, apartado de toda pompa mundana, no pudo evitar que a sus virtudes y a su saber, con ocasión de celebrar, en 1913, el septuagésimo aniversario de su natalicio, rindieran los periódicos de gran circulación de París, Bruselas, Ginebra y otras capitales, un sincero tributo de admiración, dedicándole artículos que encomiaban, en calurosos términos, la vida y la obra del gran pensador. También los estudiantes de Copenhague tributaron a Höffding un cariñoso homenaje prosiguiendo la costumbre establecida de honrar en vida, al cumplir los 70 años, a los hombres de mérito indiscutible.

Las características principales de Höffding, son la seriedad, la modestia y la devoción por el trabajo. No ha tenido el gran pensador más preocupación que el cultivo de las distintas ramas de la Filosofía, y en toda su obra se advierten las cualidades excelsas de la raza escandinava, cuya capacidad psicológica es seme-
jante a la de los alemanes y anglosajones, si bien con un mayor poder de aprehensión y de comprensividad. La intelectualidad danesa tiene, en ciertos aspectos, algunos puntos de convergencia con la eslava, si bien la aventaja en disciplina y en serenidad. Los rusos, por lo que tienen de sentimentales, suelen ser más impulsivos y más poetas; son menos dueños de su ego y, aunque en apariencia tienen una personalidad más fuertemente acusada, su energía individual queda muchas veces sofocada por el influjo, deprimente en unas ocasiones, exaltador en otras, del medio social. Estudiando a fondo la obra total de Höffding, se advierte en ella la agilidad de la mente inglesa, la tenacidad y el rigorismo característicos de los pensadores alemanes y el poder de plasmar poéticamente que distingue a la raza eslava. Hay que reconocer, además, en Höffding, otra cualidad peculiar de los escandinavos y que se halla más acen
tuada en los daneses que en los noruegos y suecos: la pasión por el laborio, a la que se entregan por completo con devoción y sinceridad, sobreponiéndose a las inquietudes subjetivas, venciendo obstáculos, posponiendo toda preferencia de escuela y dejando de lado cuanto significa animadversión.

La concepción filosófica de Höffding es admirable, tanto por su solidez, como por la gallardía de su estructura, sólo comparable a las grandes construcciones ideológicas, obra de la Estética transcendental. En conjunto y en detalle, la producción intelectual del insigne profesor de la Universidad de Copenhague puede considerarse impenedadera; por su gran objetividad y por ser el producto espontáneo de un cerebro genial, podrá aguardar sin recelos ni temores los juicios de la posteridad. Höffding ha logrado sintetizar los valores morales en aquello que tienen de permanente y que revela el carácter universal humano, ya que son la resultante psicológica de la individualidad.

Harald Höffding nació en Copenhague el día 4 de Marzo de 1843. Sus padres eran comerciantes. Empezó sus estudios en la Universidad en 1864 y desde muy joven dió relevantes pruebas de sus aficiones por la especulación, cursando la Teología protestante y la Filosofía. Un año después hubo de sufrir una intensa crisis espiritual; sintió desfallecer su fe en los credos con-
Ideólogos, Teorizantes y Videntes

JlesioniüeS y, entendiendo que por aquella senda se alejaba de la verdad, abandonó los estudios teológicos. A los 27 años alcanzó el grado de doctor en Filosofía, tardando una década en obtener una plaza de profesor auxiliar en la Universidad de Copenhague, cargo que desempeñó hasta 1883, cuando ya había cumplido los 40 años, en que fué nombrado catedrático numerario.

Conviene recordar que en Dinamarca y, en general, en los países escandinavos, el ingreso en el profesorado sólo se consigue después de haber evidenciado poseer dotes indudables para ejercer la función del magisterio superior. Por esto, cuando los hombres de ciencia logran el acceso a los puestos universitarios, no son una esperanza, sino una realidad.

El propio Harald Höffding refiere en una breve autobiografía que antepuso a su tesis doctoral, según la práctica establecida en las Universidades alemanas y danesas, que no sintió la vocación filosófica hasta tener ya muy avanzados sus estudios. En un principio, pensó dedicar su actividad a la Filología, sin duda por la preferencia que sentía por la Historia y por las lenguas griega y latina. Más tarde se despertó en su espíritu el sentimiento religioso y por esto emprendió la carrera eclesiástica. En el desenvolvimiento de la personalidad de Höffding ejercieron una positiva influencia, por una parte, los trabajos de Sören Kierkegaard, Rasmus Nilsen y Hans Brøchner y, por otra, la imperiosa necesidad que sintió de hallar un principio de unidad y de armonía en la concepción del mundo. Este ideal le impulsó a perseverar en sus indagaciones para mantener el espíritu en constante tensión, llegando a tener una posición personalísima en la Filosofía, después de haber cultivado a fondo la Historia de la Civilización, la Literatura y las Lenguas antiguas y haber contrastado la antigüedad clásica y el escolasticismo. Por esto, sin duda, su producción filosófica revela un caudal de cultura inmenso, asombroso. Igualmente admirables son en Höffding su intelecto poderosísimo, su perspicaz sentido crítico, sus cualidades de expositor y su información copiosa, enciclopédica, toda ella de primera mano, recogida pacientemente y con raro acierto seleccionada. Su conocimiento de la bibliografía moderna y contemporánea es completo, siendo realmente maravilloso el es-
fuerzo de atención que hubo de dedicar a esa tarea fatiga­
sosa de leer con los ojos de la conciencia miles de vo­
lúmenes en distintos idiomas para poder documentar
sus libros con tantas cifras colocadas siempre en el lu­
gar adecuado, con lo que ofrece al lector, más exigente
elementos bastantes para que, de no satisfacerle el pa­
recer sustentado por el autor, pueda, una vez orientado
y con auxilio de los textos, comprobar la veracidad de
las apreciaciones y los fundamentos doctrinales o ex­
perimentales en que hubo de apoyar sus juicios.
Como Wundt, Spencer, William James y otros gran­
des maestros del pensamiento de nuestra época, ha ex­
perimentado Höf­f­ding un proceso semejante a la evo­
lución que ha seguido la Humanidad. En efecto, ana­
lizando su obra, se advierten en ella varios períodos fácilmente diferenciables: en el primero predomina el
elemento religioso; en el segundo la Poesía y la His­
toria fundidas, y en el tercero la Crítica y la Ciencia
por iguales. Al empezar a cultivar la Filosofía, Höf­fd­ing
había llegado ya a la plenitud de su desenvolvimiento
intelectual y a una concepción personalizada, de suer­
te que ya en sus primeros pasos no se nota ninguna di­
vagación. Otra de las características del ilustre inda­
gador es la robustez de su intelecto. Los desengaños
y las amarguras que hubo de experimentar, no llegaron a
hacer mella en su ánimo, permitiéndole, en cambio,
substraerse a las corrientes encontradas que desvieron
de su trayectoria a varios insignes pensadores menos
preparados que Höf­d­ing. De ahí que pudiera éste re­
sistir la crisis de su fe, sin ser víctima de los prejui­
cios de escuela, y de ahí también que la Ciencia haya
sido para él más que un consuelo, una necesidad impe­
niosamente sentida. Es posible que haya tratadistas que
aventajen a Höf­d­ing en alguna especialidad de la Fi­
osofía; pero cabe afirmar, sin temor a incurrir en error,
que no hay a la hora actual en Europa ni en los Esta­
dos Unidos ningún publicista que posea un tempera­
mento tan fuerte y vigoroso y que haya logrado alcanzar
la autarquía como Höf­d­­ing. Así no es de extrañar que
todas las Corporaciones científicas de París, Berlín, Lon­
dres, Roma, etc., acogiesen su obra con tanta simpatía
y se disputaran el honor de tenerlo en su seno como
individuo correspondiente.
Ideólogos, Teorizantes y Videntes

En el egregio filósofo danés, como en todos los pensadores preeminentes de nuestra época, adviértese la influencia decisiva que ejerció en su espíritu el relativismo fenoménico, es decir, el triunfo de la corriente experimentalista. A pesar de los distintos cambios y de las continuas transformaciones por que hubo de pasar Höf­fding para acomodarse a los nuevos derroteros de la Psicología, ha conservado siempre íntegramente aquellos aspectos privativos que moldearon su personalidad desde el comienzo de su labor, tan notable como concienza.

Al iniciar su trabajo intelectual hace cuarenta y ocho años, Höf­fding era un espíritu mucho más afirmativo que en la actualidad, lo cual no es de extrañar, porque en el primer período de tanteos y sondeos el elemento dogmático y unilateral ha de prevalecer, ya que de otra suerte sería imposible todo intento constructivo. Algo parecido aconteció a otros filósofos y críticos de primera línea como Roberto Ardigó, el maestro de tres generaciones de profesores en Italia, y Héctor Denis, el ilustre profesor y diputado belga. También en la obra del filósofo británico Francisco Heriberto Bradley, se advierte una evolución análoga.

Ahora Harald Höf­fding se halla colocado en una posición que podría denominarse semiespectante. Habiendo acentuado el sentido crítico, ha llegado a desprenderse de las nociones aprióricas. El vínculo que une su pasado con su presente no es otro que el concepto que asigna a la importancia que debe concederse a la vida interna. Höf­fding, como todos los grandes pensadores de nuestro tiempo, se subtrae, en lo posible, a los principios de la escuela y cree en la necesidad imperativa de expresar adecuadamente, por medio de imágenes o pensamientos, el significado y el valor de la existencia y de su destino. Por ésto afirma con tanta precisión como firmeza su convicción íntima de que el pensamiento es una exigencia a la cual ha de reducirse el hombre y que esto se siente tanto más cuanto más cultivada es la mente. Asimismo constituye para Höf­fding una pasión el anhelo de inquirir, el deseo, nunca satisfecho por completo, de ampliar la esfera de la indagación. Estima que constituye una obligación ineludible el laborar por hacer más consciente a la humanidad de los fines que han de perseguirse con objeto de que sea más fecunda la acti-
vidad psicológica y en este orden de ideas coincide con el filósofo yanqui Lester F. Ward. La tarea investigadora, afirma el maestro danés, ha de realizarse, no de una manera calculada y fría, sino con una sincera e íntima confianza en nosotros mismos. Esto preconiza también otro gran filósofo norteamericano, Ralph Waldo Emerson.

Pertenece Harald Hofdding a esa gloriosa pléyade de inquiridores infatigables que poseen un concepto perfectamente definido de la elevada misión que incumbe cumplir a cuantos han hecho de la investigación el norte de su vida. Su ansia de saber, nunca colmada, su fe racional vivísima, su entusiasmo, siempre creciente, impulsaronle a laborar con desinterés, poniendo su alma entera en la obra objetiva, sin preocuparse de los resultados, pero seguro, persuadido de que la utilidad que reporta a la colectividad el factor intelectual es superior a lo que de ordinario le atribuyen los hombres mediocres, que en las sociedades burguesas se asignan el título de clases directoras. La personalidad de Hofdding es inconfundible. Tiene un relieve extraordinario, acaso porque ni excepcionalmente ha transgido con el convencionalismo. El filósofo danés no ha replegado nunca su espíritu, que, por ser muy equilibrado, siempre avanzó con firmeza, sin que hicieran mella en él las dudas que el empirismo a flor de piel sugiere a algunos filósofos sin arrestos bastantes para hacerse superiores a las contrariedades que hallaron en su camino. A Hofdding los escollos le sirven de estímulo y su comprensividad, servida por una gran potencia analítica, le lleva, de ordinario, a sentir una profunda simpatía hacia las figuras rebeldes que, por haberse libertado del conformismo, se superaron a sí mismas. Y es que no se doblegaron jamás ante la presión social, que tantas veces apaga el fuego sagrado de las almas que suspiran por la incesante renovación y frustra las más vigorosas iniciativas encaminadas a enaltecir la conciencia humana.

Hofdding, dotado de una clarividencia pocas veces igualada, tiende a contrastar el valor y el alcance que ha de asignarse, de un lado, al ansia de creer, y de otro, a la conveniencia de dudar, y ha colocado una categoría superior a la incertidumbre y a la fe y es el deseo inextinguible de saber, como elemento substantivo de perfeccionamiento. Aceptando el punto de mira de algunos
críticos eminentes, podríamos distinguir entre los filósofos de nuestro tiempo, dos modalidades principales, que pueden apreciarse sin necesidad de extremar el análisis: la de los filósofos que con un mínimo de personalidad y con un cultivo intensivo y falso, a veces, de método, llegan a considerarse como tipos representativos y ofrecen en la juventud frutos en agraz, y la de los pensadores que, poseyendo una individualidad potentísima, latente, por una cierta reserva que significa prudencia y modestia, no llegan a producir con plenitud hasta que alcanzan la edad de la madurez. A estos últimos pertenece, en mi opinión, Harald Höfßing, que tuvo la abnegación de sacrificar la edad de las ilusiones a un trabajo silencioso y obscuro. Durante algunos años dedicó a la lectura, al estudio y a la reflexión, hasta que se convenció de que su espíritu, en lo fundamental, se hallaba formado. Persuadido de que hasta llegar al otoño de su vida no conseguiría libertarse de la influencia agobiante y deprimente de las preocupaciones, tuvo Höfßing la suficiente fuerza inhibitoria para reprimir el ansia legítima de expansionar su yo y siguió estudiando y meditando hasta que alboreó en su espíritu el derivativo de sus prístinas creencias. Con sencillez digna de elogio se expresaba así el sabio profesor de Copenhague: “Me preguntaba a mí mismo a dónde debía dirigirme impulsado por la claridad que sentía en lo hondo de mi espíritu y si hallaría alguna vez campo de acción para desenvolverme.” Harald Höfßing, como Ernesto Renán y como Roberto Ardigó, al abandonar los estudios teológicos, halló ante él un dualismo que, según su propia confesión, le torturaba. Atravesó una verdadera enfermedad espiritual, que pudo vencer sin apelar a la terapéutica moral, empleando sólo las reservas que poseía en sí mismo. Dice a este propósito el maestro: “Salir de mi celda, entré en relación verdadera con la vida”; expresión que por lo concisa y vigorosa revela un gran carácter.

A pesar de la gran cultura que atesora de su amor a la Ciencia, de su optimismo, de la convicción íntima de lo que representa la especulación, es Höfßing un enamorado del método experimental y declara paladina-mente que aprendió a conocer el valor de las relaciones humanas, más que en los libros, en la propia experien-
cia. Así se comprende que, una vez orientado en la dirección objetiva, haya proseguido su marcha ascendente con tanta seguridad y sin haber de rectificarse jamás. Podría decirse, parafraseando un concepto de L. Stein, el indagador y crítico húngaro, que la vida entera de Höffding viene a ser como una espiral que tiende constantemente hacia lo infinito.

Höffding, cuya preparación filológica, histórica y filosófica asombra, es uno de los pensadores contemporáneos que han hecho de la investigación una especie de sacerdocio laico. Cuenta uno de sus biógrafos, que el profesor danés, por indicación de Juan Brochüer, estudió a fondo, cuando apenas contaba 29 años, las Cartas de Spinoza y que también influyeron predominantemente en su espíritu Kant y Rousseau. Por otra parte, la filosofía experimental inglesa y la concepción pietista propugnada por los filósofos alemanes, determinaron el proceso evolutivo del pensamiento hóffdiano.

A partir de 1870, en que escribió su tesis doctoral acerca de La concepción de la voluntad en la filosofía estoica, ha publicado Höffding un sinnúmero de volúmenes, mereciendo ser citados los siguientes: La filosofía en Alemania después de Hegel (1872); La filosofía inglesa contemporánea (1874); Los fundamentos de la Ética humana (1876); La doctrina y la vida de Spinoza (1877), y Bosquejo de una psicología experimental (1882)—de la que se hicieron cinco ediciones en el idioma original, la última en 1905.—Esta obra ha sido traducida a casi todas las lenguas europeas y al japonés. En 1887 publicó la Ética y dos años después Carlos Darwin; en 1892, Sören Kierkegaard como filósofo; en 1894-1895, Historia de la Filosofía moderna; en 1896, Rousseau y su filosofía; en 1899, Pequeños trabajos; en 1901, La filosofía de las religiones; en 1902, Problemas filosóficos; en 1904, Filósofos contemporáneos; en 1910, El pensamiento humano, y en 1914, La filosofía de Enrique Bergson.

Cada uno de estos libros tiene un positivo valor y revelan que Höffding, sin ser un especialista, en el sentido en que comúnmente se emplea esta palabra, es un tratadista insignia en cada una de las disciplinas antes mencionadas. Además de la profundidad de pensamiento y del método con que estudia y expone los problemas
fundamentales, aporta siempre a todos ellos datos y observaciones que evidencian su sagacidad como indagador; juicios certeros acerca de las cuestiones más complejas y una clarividencia extraordinaria, que le permite columbrar el porvenir. Höfding es uno de los contados filósofos que en la hora actual, teniendo una primera formación teológica, han podido substraerse al dogmatismo común a los corifeos de todas las confesiones. De ahí que sólo conserve de su pasado una marcada tendencia a dignificar los valores éticos, concediéndoles la importancia que requieren, no sólo por lo que tienen de función social, sino por su aspecto de religiosidad, en su más elevado sentido. El maestro danés es adversario decidido de que en la Filosofía contemporánea se conceda una excesiva importancia al idealismo, y contradiice con argumentos irrefutables la tesis de los pensadores que afirman que el procedimiento analógico nos puede conducir a la verdad. El famoso catedrático de Copenhague sólo es partidario de sustentar aquellas afirmaciones que pueden ser comprobadas por la experiencia; pero, a pesar de haberse colocado en una posición realista, no niega la existencia de las necesidades espirituales, que llevan a defender la creencia en un más allá. A su juicio, la misión del filósofo es contratar, por medio del estudio histórico y psicológico, las exigencias del espíritu y toda la díterra a que dieron lugar. Para Höfding, la Filosofía debe apoyarse en la explicación, la prueba y la valoración. En síntesis: los ideales de la Filosofía de nuestra época han de consistir, a juicio del maestro, en armonizar los puntos de vista científico, sistemático y crítico, cuidando de que ninguno de ellos se sobreponga a los demás y dejando un margen al modo de ser individual, pero evitando incurrir en la concepción subjetivista, que, más que obra filosófica, es poemática. En esta concreción está la clave para distinguir la Filosofía basada en el razonamiento y la experiencia de la Estética trascendental.

Afirma Höfding que la producción intelectual, para ser fecunda en resultados, necesita acomodarse a los procesos de la Naturaleza, por lo que tienen éstos de indeclinables, lo cual, en su sentir, no es obstáculo para que la originalidad surja potente cuando existe en el yo. Por esto ha sido motejado Höfding de positivista y aun
Santiago Valenti Camp

de determinista: porque defendió siempre el principio de que el filósofo tiene el deber ineludible de probar sus afirmaciones experimentalmente. Para afiliar la personalidad de este gran pensador podríamos recordar que Höfding es un filósofo de procedencia kantiana, que ha acertado a ensamblar la especulación con la inducción. Para comprender su sincretismo, precisa no olvidar que, tanto o más que la Filosofía, propiamente dicha, ha contribuido a la formación intelectual de Höfding la influencia que en su ánimo ejercieron las obras de Shakespeare, de cuyo teatro es un admirador fervoroso.

El homenaje que en 1913 le dedicó la juventud estudiosa y anhelante de Dinamarca, aparte de ser una demostración calurosa de afecto al egregio maestro, significó una afirmación de la orientación intelectual y política danesa, basada en el amor a la tradición liberal de los pueblos escandinavos.
Este extraordinario pensador inglés, uno de los espíritus más originales de la centuria pasada, fue en España poco menos que desconocido hasta hace seis o siete lustros, en que el malogrado crítico Leopoldo Alas prologó la primera edición española de Los Héroes, debida al profesor de inglés Julián Osborn. A pesar de que en periódicos y revistas se ha citado con alguna frecuencia a Carlyle, es indudable que su nombre no ha transcendido al gran público, siendo entre nosotros, menos conocido que en Francia o en Italia. Mas no es extraño que en España la literatura Carlyliana no haya logrado despertar una viva corriente de simpatía, pues, en general, el lector español carece de preparación para comprender lo esotérico de la obra del egregio publicista, a quien la crítica contemporánea ha considerado como el escritor inglés más insigne del siglo XIX, llegando un autor francés a compararlo con Shakespeare. Los espíritus superficiales, más amigos, por lo común, del colorismo y del énfasis que de los análisis psicológicos profundos y acerados y de las divagaciones histórica y sociales con un sentido trascendental, rehuyen casi sistemáticamente la lectura de la producción nórdica. Aquí se suele calificar de oscuro y laberíntico todo libro no comprensible inmediatamente. Se ha dicho en repetidas ocasiones, al hablar de Carlyle, que su estilo era difícil y tenebroso, que su obra total podía calificarse de subjetiva en demasia y que había sido inspirada por una tendencia al arbitrarismo.

Acaso no exceden de dos docenas de españoles los intelectuales que han logrado apoderarse del pensamien-
to íntimo del autor de Sartor Resartus. Entre nuestros hombres de estudio que han logrado penetrar en la entraña misma del psiquismo de Carlyle figura el insigne Miguel de Unamuno, quien, en ciertos respectos, guarda no pocos puntos de contacto con el celebérrimo escritor inglés. El vicerrector de la Universidad de Salamanca propende a relacionar las ideas y las cosas más opuestas, y sin darse cuenta unas veces y otras, deliberadamente, acentúa y exagera los contrastes, buscando a menudo analogías dentro, sí, de la lógica, pero forzando sus leyes. También Unamuno siente una viva delectación en hacer largas digresiones metafísicas, al ocuparse de temas aparentemente vulgares, y cautiva y sugiere con su alta especulación un mundo de ideas. Carlyle tiene un poder arrebatador, extraordinario y una fuerza representativa verdaderamente singular, y al lado de despropósitos y salidas de tono, conmueve y extasía con sus imágenes poéticas, y con su maravillosa y esculptórica prosa. Pocos escritores logran apoderarse tan por completo del espíritu del lector, ofreciendo una gama tan rica en matices, llegando a la sutileza y al alambicamiento. El humour de Carlyle es único. Su complejidad psicológica convierte al escritor, en algunos instantes, en un metafísico casi inextricable para los que le juzgan fríamente.

Para definir a Carlyle sería preciso escribir innumerables páginas y acaso no llegaríamos a penetrar en su pensamiento íntimo, que se oculta en ocasiones tras la displicencia y la mordacidad o queda velado por la ironía, o por la aparente serenidad de un estoico, cuando en el fondo el prodigioso escritor era un carácter apasionado y vehemente, que trataba de disimular las contrariedades y angustias del vivir.

Nació Carlyle en Ecclefechan, condado de Dumfries (Escocia), el día 4 de Diciembre de 1795, hijo de Jaime Carlyle, de oficio albañil, y de Juana Aitken, con quien Jaime casó en segundas nupcias. Tomás fue educado en la Escuela de Annaut, pasando en 1809 a la Universidad de Edimburgo, una de las más famosas del Reino Unido, en donde cursó la Jurisprudencia, las lenguas modernas, la Teología y las Matemáticas, en cuya disciplina descolló notablemente. En 1814 abandonó aquel
Centro docente y atravesó un período de incertidumbre, de nieblas espirituales, pues pensó ingresar en la carrera eclesiástica, propósito que ya había acariciado antes durante una larga temporada, a cuyo efecto concurrió varias veces al aula de Teología, en donde recibía discursos. Sin embargo, se frustraron sus planes y hubo de declarar a sus padres que los estudios teológicos no le atraían, porque había descubierto en su espíritu falta de vocación para ordenarse y tenía deseos de consagrarse por entero a la Literatura. A este propósito decía:

“La Prensa y la Literatura son la única y militante iglesia de los tiempos modernos. ¿Por ventura el litérato no es un predicador que difunde las ideas sin limitación de tiempos ni de lugares, sino continuamente, por dondequiera y entre todos los hombres?”

Carlyle poseía una capacidad intelectual vastísima y además de que, al decir de sus amigos más íntimos, era poco metódico, en un breve lapso de tiempo adquirió una cultura portentosa. Dominaba la Literatura, la Historia, la Filosofía, la Filología, la Ética, las Matemáticas y, en general, no le era extraña ninguna de las disciplinas de su tiempo. Sus primeros pasos en el cultivo de las letras diólos en la Edinburgh Cyclopedia, en la que colaboró con bastante asiduidad desde 1820 a 1825, escribiendo 16 artículos, admirablemente documentados, acerca de Montesquieu, Montaigne, Nelson, los dos Pitt y otras personalidades insignes. Asimismo escribió por aquella época en la New Edinburgh Review. Poco después tradujo la Geometría de Legendre, junto con un tratado original acerca de las Proporciones. Tales trabajos no le reportaron beneficios de importancia y, necesitando subvenir a las necesidades materiales de la vida, se proporciónó en 1822 la plaza de profesor en una familia aristocrática, que remuneró con esplendid sus servicios. Resuelto el problema de la subsistencia, pudo Carlyle dedicarse por entero a los estudios que más excitaban su interés, publicando en el London Magazine un estudio intitulado “La vida de Schiller” que ha sido calificado por la crítica como uno de los trabajos más importantes de la primera época de Carlyle. En este estudio, aparecido en 1823-24, ya reveló algunos aspectos de su personalidad, que más tar-
de le habían de conquistar la fama. Admírador del famoso maestro alemán, tradujo al inglés sus obras; pero a pesar de haberlas ofrecido reiteradamente a varios editores de Londres, no consiguió que hubiese quien se lanzara a publicarlas. Esta acogida fría le amargó profundamente; pero siguió luchando con ardimiento, impulsado de una parte por las dificultades económicas que todavía distraían su atención y de otra, porque sentía en lo íntimo de su ser una invencible atracción hacia la joven Juana Baillie Welsh. Esta joven había nacido en Haddington en 14 de Enero de 1801. Por su padre descendía de Juan Knox, y por su madre de Guillermo Wallace. Era una mujer muy bella, dotada de una capacidad intelectual precocísima, pues a los diez años traducía Virgilio y a los catorce había compuesto una tragedia. En su mocedad enamoróse perdidamente de su maestro, Eduardo Irving, y hubiera contraído matrimonio con él, de no mediar la circunstancia de que su preceptor se hallaba prometido a otra muchacha. El propio Irving hizo la presentación de Juana a Carlyle en 1821. El célebre escritor llegó a sentir por Juana una pasión vehemente, que tardó algún tiempo en ser correspondido porque la inteligente muchacha le admiraba y tenía en gran estima su amistad, pero no sentía amor por él. Sin embargo, la perseverancia de Carlyle venció todos los obstáculos, celebrándose el matrimonio en 1 de Octubre de 1826.

Con objeto de sustraerse a las estrecheces pecunarias con que hubo de luchar en casi todos los periodos de su vida, dedicóse Carlyle a escribir trabajos literarios para diversas revistas, trasladándose en 1828 a una finca que poseía su esposa en Craigenputtok (Dumfries), donde permaneció hasta 1834, en que fijó su residencia en Chelsea, lugar de las cercanías de Londres. Por espacio de un largo lapso de tiempo dedicóse a estudiar a fondo la producción literaria tudesca contemporánea, llegando a dominarla por completo y, convencido de que en Inglaterra se conocía deficientemente el genio literario alemán, difundió las obras de algunos de los maestros más insignes de la Alemania de su tiempo. Publicó una traducción de Wilhelm Meister, de Goethe, trabajo en el que invirtió cuatro años. Poco después publicó con el título de German Romances, una colección de traducciones
de Goethe, Fouqué, Tieck, Musaus, Offmann y otros autores, avalorando la edición con apuntes biográficos y análisis críticos. Más tarde completó la colección publicando no tables ensayos de crítica literaria acerca de Novalis, Werner, la correspondencia de Goethe con Schiller, Enrique Heine, el poema de Los Nibelungos, etc. La del Wilhelm Meister le brindó ocasión para cambiar una larga correspondencia con Goethe, quien le hizo el honor de escribir un prólogo para la traducción alemana de su Biografía de Schiller. Por aquella fecha (1827) la New Edinburgh Review acogió en sus columnas su estudio acerca de Juan Pablo Richter.

Entre Goethe y Carlyle existió una amistad cordialísima. El autor de Fausto sentía por Carlyle una sincera simpatía y el autor de Los Héroes demostró en distintas ocasiones una fervorosa admiración hacia el más genial de los poetas alemanes. Esta efusión entre los dos grandes escritores trascendió a Inglaterra y Alemania, contribuyendo eficazmente a estrechar la solidaridad moral entre los productores de ideas de ambos países.

En el Fraser's Magazine publicó Carlyle durante los años 1833-1834 una serie de artículos con el título de Sartor Resartus, or life and and opinions of herr Teufelsdroeckh, que fue escrita, indudablemente, bajo la influencia que en su espíritu ejerciera Juan Pablo Richter allá por el año 1830.

Estos trabajos de Carlyle causaron viva impresión y fueron discutidísimos, considerándolos la crítica como la primera obra importante del famoso escritor. En un principio la opinión no comprendió por completo el significado del libro por hallarse plagado de frases un tanto simbólicas, cuyo sentido íntimo quedaba oculto por el gran número de modismos germánicos. En realidad, Sartor Resartus es una a modo de autobiografía, en la que Carlyle hizo al mismo tiempo un estudio acerado, profundo y admirable de la sociedad inglesa en aquella época.

El célebre escritor volvió a atravesar un período angustioso, debido a que su situación económica era sumamente precaria. Al decir de algunos de sus biógrafos, las contrariedades fueron agriando su carácter, alejándolo del trato social por completo. También contribuyó a acentuar su desconfianza una desgracia que le ocu-
rrió a causa de la cual pasó por un período de aturdiimiento. Al terminar el primer volumen de su libro histórico más importante, *The French revolution; a history*, envió el manuscrito a Juan Stuart Mill, con quien le unía una cordial amistad, solicitando del autor de *La Libertad* su parecer acerca de la orientación y desarrollo de la primera parte de aquel libro que más tarde hubo de inmortalizarle.

Carlyle aguardaba con ansiedad el juicio de Stuart Mill y la devolución del manuscrito para darlo inmediatamente a la imprenta, cuando un día presentóse el insigne economista en el domicilio de Carlyle y, presa de gran indignación, le comunicó que una de sus sirvientes había arrojado a las llamas el manuscrito, creyendo que no tenía importancia. Como es consiguiente, la desesperación de Carlyle no tuvo límites. Durante tres días atravesó un estado tal de aplanamiento, que no tuvo ni siquiera aliento para tomar los alimentos que solicita y abnegada, le servía su mujer. Una vez convaleciente de aquella crisis, Carlyle, fué a buscar la paz que necesitaba en el campo, pasando una larga temporada en una finca, donde se limitaba a leer novelas de Manryat. En aquel medio sedante logró Carlyle reconstituir el primer volumen de su obra, que, al decir de alguno de sus biógrafos, en nada se apartaba de la concepción primitiva. Indudablemente Carlyle, haciendo un esfuerzo gigantesco de memoria, consiguió dar de nuevo forma a su estudio acerca de la Revolución francesa.

Este libro, a juicio de la crítica, se resiente de ser predominantemente dogmático, pues Carlyle considera los acontecimientos desde un punto de mira limitado. También se achaque a Carlyle la falta de imparcialidad al exponer determinados hechos de aquella gran conmoción política y social. Sin embargo, ha sido reputado como el estudio más personal que se ha escrito acerca de la memorable revolución, pues hasta la hora presente nadie ha igualado a Carlyle en el vigor de las descripciones, en fuerza emotiva al narrar los principales episodios, en la brillantez del estilo, ni en el poder de evocar los hechos culminantes del gran movimiento libertador.

Unamuno hizo de esta obra hace ya algunos años una exquisita versión española que apareció en la co-
lección de Historia, Jurisprudencia y Filosofía que editaba La España Moderna de Madrid.

En 1838 publicó Carlyle otra de sus obras magistrales: The History of Literature or the Successive Periods of European Culture, muy notable por la profundidad de los juicios y por su labor analítica, verdaderamente certera, al señalar la influencia del factor literario en cada uno de los principales períodos del proceso histórico. Carlyle en esta obra puede decirse que se anticipó a su tiempo al considerar el fenómeno de la cultura como el más importante en la evolución de los pueblos europeos. Poco después vio luz su ensayo Chartism, profundo estudio político, originalísimo y escrito con una elegancia extraordinaria. Este libro causó vivísima impresión no sólo entre los intelectuales ingleses, sino en todo el mundo docto.

Por esta época Carlyle se había manumitido de las terribles preocupaciones de carácter económico que le habían amargado sobremanera. Contribuyó no poco a modificar su método de vida y de trabajo la circunstancia de haberse trasladado en 1834 a Chelsea, lugar situado en las proximidades del Támesis, en donde residió durante cuarenta y siete años. Sin embargo, de 1837 a 1840 hizo frecuentes viajes a Londres para publicar varios de sus trabajos, escritos en la soledad de su gabinete de estudio.

El más notable y que adquirió con el tiempo mayor popularidad es el intitulado On Heroes, hero-worship and the heroic in History, que, como es sabido, ha sido la obra que ha contribuido más eficazmente a la celebridad del insigne escritor. En este volumen expuso con claridad los puntos de vista fundamentales de su concepción filosófica-histórica, revelando sus grandes dotes de psicólogo y de espíritu sintético. A su juicio, todo avance histórico débese a la acción principalísima y, en ciertos respectos, irresistible, que ejercen en las sociedades los hombres cumbres. Carlyle atribuye a los llamados por Emerson tipos representativos, una misión providencialista. En sentir del egregio escritor inglés la misión de dirigir y encauzar los movimientos colectivos compete a aquellos hombres que conquistaron en alguna manifestación de la actividad un sólido prestigio. Fiel a su criterio, concedió acaso excesiva importancia
a la labor personal y supuso que las sociedades obedecían ciegamente a las indicaciones o a los mandatos de los pastores de pueblos. Distinguió los hombres que encarnaron el heroísmo en seis tipos, a saber: el héroe como divinidad el profeta—Mahoma—; el poeta—Dante y Shakespeare;— el sacerdote—Lutero y Knox;— el escritor—Johnson, Rousseau y Burns;— y el caudillo—Napoleón y Cromwell.

Según Carlyle, el proceso de las sociedades experimenta una perenne transformación y los agentes que la producen son los héroes. En su teoría exageró un tanto la influencia que ejercen los hombres superiores, porque acaso prescindió de los procesos ocultos que se realizan en el seno de las comunidades, como ha puesto de manifiesto de estos últimos lustros la escuela psicológico-colectiva, especialmente, sus representantes más ilustres: Tarde, Le Bon, Sighele, Pascual Rossi, Wundt y algunos de sus discípulos más esclarecidos.

Cualquiera que sea el concepto que merezca la doctrina carlyliana aplicada a la Historia, su estudio de conjunto de las tres grandes civilizaciones, Antigüedad y Paganismo, Cristianismo y Edad Media y Tiempos Modernos, revelan la amplia visión que tuvo Carlyle como historiador. Carlyle consideró las metamorfosis sociales como fases culminantes de la continua ascensión del espíritu humano a través de los tiempos, sustrayéndose por igual a las aflicciones y a los goces, a la incertidumbre y a los anhelos. Aun en los instantes actuales, en que tan profundas modificaciones se han operado en el criterio histórico, el libro de Carlyle conserva un positivo valor y su lectura todavía es útil, porque nos da a conocer, vistas a través de un temperamento genial, las grandes conmociones que ha experimentado la Humanidad.

En la vida del eximio escritor escocés deben distinguirse dos periodos: el anterior a la publicación de Los Héroes, en que Carlyle era considerado más que por sus cualidades positivas de pensador y de historiador, como un espíritu taciturno y extravagante que, a juicio de la crítica de su tiempo, cultivaba las disciplinas filosófico-históricas, sustrayéndose a las corrientes ideológicas de la época, y el posterior a la aparición de dicha obra. Para imponerse, hubo Carlyle de sostener una lucha ti-
tánica con el medio ambiente, que si no le era abiertamente hostil, tampoco le proporcionaba aquella cordial aquisencia necesaria para que la obra del escritor irradiare y triunfe.

El éxito que obtuvieron sus seis conferencias reunidas en el volumen de *Los Héroes* significaron la consagración de su triunfo como publicista y como pensador, pudiendo decirse que su doctrina filosófico-política aplicada a la Historia, contribuyó decisivamente a afirmar su prestigio.

En 1839 escribió su libro *Lectures on the History of Literature*, que no vio la luz hasta 1892. En 1845 publicó el insigne escritor su obra más transcendental, intitulada *Letters and speeches of Oliver Cromwell*, que se halla dividida en cinco volúmenes. En esta obra puso de manifiesto Carlyle lo que representaba la figura del célebre estadista inglés, examinando el sentido que informo toda la actuación de aquel coloso que encarnó el movimiento puritano de su país. En opinión de Taine, la obra de Carlyle, sencillamente magistral, contribuyó en gran manera a su fama como historiador. De 1858 a 1865, dió a la estampa Carlyle otra de sus obras importantes: *History of Fredrich II called Frederich the Great*, integrada también por cinco volúmenes. La crítica no ha estado acorde al juzgar y valorar esta obra. Mientras algunos autores, como Fronde, le conceden un mérito superior al estudio de Cromwell y Emerson, afirmando que era el libro más genial que pudo haberse escrito, otros críticos ingleses consideran que la fidelidad de las descripciones no iguala a la brillantez del estilo y que la obra, en conjunto, resulta inferior a la en que trazara el perfil de Cromwell.

Por esta época, Carlyle alcanzó el apogeo de su celebridad. La Universidad de Edimburgo, por gran mayoría de sufragios, le invistió con el cargo de rector, venciendo a Disraeli, y un lustro después, durante la guerra franco-prusiana, afilióse en la falange que defendía la causa de Alemania. El eminente escritor publicó en periódicos ingleses de gran circulación, varios artículos defendiendo su punto de vista y estudiando las causas determinantes del fracaso de los franceses. En 1866 vio morir a su compañera Juana Baillie Welsh, que había sido su colaboradora ejemplar, la que había calmado apacible-
mente las violencias de su temperamento irascible y su solicitud y su condescendencia a pasarse las noches en claro para cuidar de que el pan que había de comer su esposo estuviera lo suficientemente cocido para que pudiera tolerarlo el estómago débil y enfermo del gran escritor y no sufriera éste los trastornos gastrálgicos que le ocasionaban agudas crisis nerviosas, aumentando su malhumor y su irascibilidad. En 1883 se publicaron las Memorias de la ilustre dama, que fueron corregidas personalmente por el propio Carlyle.

En 1851 escribió éste un estudio biográfico que ha sido considerado como una de las mejores semblanzas que salieron de su pluma. Lleva por título Life of John Sterling. Después de ésta ya no volvió a escribir más obras de carácter histórico que sus ensayos acerca de Noruega y Knox, recogidos en un volumen con el título de The early Kings of Norway and an essay on the portraits of John Knox, que vio la luz en 1875.

Carlyle durante su existencia entera, conservó incólumes sus convinciones, prescindiendo por completo de las distintas corrientes que predominaron lo mismo en la esfera de los principios ideológicos que en lo concerniente a la actuación política. A pesar de haber vivido alejado de las luchas que se desarrollaron en su país, ejerció una influencia sensible en la opinión pública y contribuyó a orientar a una gran parte del espíritu británico. Su intervención en la guerra entre Francia y Alemania y su alegato en favor de esta última nación —trabajos que coleccionó en 1871 en el libro Letters on the war between Germany and France— lo explican sus biógrafos por las tendencias resueltamente conservadoras de Carlyle, que en distintas ocasiones mostró su enemiga hacia las instituciones parlamentarias que no se avenían con su criterio un tanto doctrinal y enamorado de los tiempos pretéritos, que se le antojaban más gloriosos que el presente.

En la concepción política de Carlyle el elemento imaginativo predominaba sobre la reflexión. Leyendo con detenimiento algunos de sus libros, como The Past and the Present, aparecido en 1843 y del que se han publicado varias ediciones sucesivamente corregidas, y Laterday-Pamphlets (1850), se observa su animadversión que no trató jamás de ocultar, hacia las tendencias mar.
cadamente individualistas y atomistas que, por aquel entonces, informaban el modo de ser de la Política y de la Economía. Carlyle proclamóse en contra de esta dirección, que inspiraba la doctrina liberal, en gran parte, con lo que demostró una clara visión de lo que había de ser el movimiento intervencionista propugnado por las escuelas democráticas y más tarde socialistas. Sin embargo, no pudo hacerse superior por completo a las encontradas aspiraciones que se reflejaban entre los teorizantes de aquel tiempo; y en 1867, con ocasión del movimiento que se operó en Inglaterra para conseguir una reforma del Parlamento a fin de recabar determinadas conquistas democráticas, hubo de escribir un folleto que lleva por título Shooting Niagara and after?, en el que, al combatir las reivindicaciones populares, dejóse llevar de su espíritu arbitrario e irónico, formulando preguntas sumamente extravagantes y demostrando su desvío respecto a la incorporación del pueblo a la gestión política.

De la misma suerte que abrazó Carlyle el partido alemán, con ocasión de la conflagración franco-prusiana, divorciándose del sentir general de su país; en las cuestiones nacionales, divorcióse asimismo del criterio liberal que trataba de realizar paulatinamente las reformas democráticas que en el último tercio del siglo XIX habían de engrandecer a Inglaterra, merced a la clarividencia de Gladstone. Al estallar, poco después, el conflicto de Oriente, escribió Carlyle una serie de artículos en los principales periódicos de Inglaterra, exteriorizando su simpatía hacia Rusia y la frase que se atribuyó a Gladstone: The unspeakble Turk, debióse a Carlyle.

Contra lo que se ha creído, Carlyle, en la acepción corriente de la palabra, no llegó jamás a gozar de una gran popularidad; pero pocos publicistas han sido tan leídos por la masa ilustrada, ni han ejercido una influencia tan decisiva en lo que concierne a dirigir y encauzar el desenvolvimiento intelectual entre los profesionales y la clase media de la Gran Bretaña. Afirmar algunos de sus biógrafos, que Carlyle no sólo contribuyó a la formación intelectual de dos generaciones, sino que aun actualmente sus obras continúan siendo muy leídas. Pocos escritores del siglo XIX trabajaron con más denuedo
y constancia para elevar el nivel general de las inteligencias e inculcar en las almas el sentido transcendental de la vida.

Como pensador, puede ser considerado Carlyle como uno de los espíritus superiores y más elevados que han florecido en Inglaterra. Unas veces, atrae por su ingenuidad y por su gran penetración; otras, por su audacia, por su gesto gallardo o por la originalidad y suavidad de su frase acerada y culta.

En religión defendió el espiritualismo con una alteza de miras y una amplitud de pensamiento, que pocos escritores contemporáneos han igualado y acaso ninguno superado. El espiritualismo de Carlyle, vago y proteico, que diría Unamuno, no puede clasificarse en escuela determinada alguna. Su concepción de la divinidad, fue la de un misterio hiperidealizado, si se admite la palabra, y el Cristianismo significaba para él una creencia mística, que en lo íntimo no ha venido a representar más que el culto estéril del dolor. Por esto Carlyle tuvo frases acerbas, verdaderamente lapidarias, contra las distintas sectas protestantes, cuyas fórmulas, a su juicio, no tienen otro valor que el de unas ceremonias frías y rutinarias. Carlyle escribió páginas de una elocuencia insuperada y acaso insuperable, al hacer la crítica del Cristianismo, que ha devenido en un culto formulista y vacío de contenido. A su juicio, Dios no puede considerarse como una substancia, pues en su sistema teológico el egregio pensador concibió a la Divinidad como el espíritu eternamente renovador del Universo.

La ética de Carlyle puede decirse que se sintetiza en el puritanismo, si bien no todos sus biógrafos están de acuerdo respecto a que el autor de Los Héroes, acomodase su vida a su pensamiento. Alguno de sus comentaristas, hace notar que las inconexiones que se advierten en Carlyle, tanto como escritor como en la vida práctica, debíanse a los padecimientos físicos, que le desviaron en no pocas ocasiones de su trayectoria, llevándole a la indecisión y a la contradicción.

En 1875, con ocasión del LXXX aniversario de su nacimiento, la élite de la intelectualidad y de la política inglesa le dedicó un homenaje de admiración, siéndole concedidas al maestro, varias distinciones, entre ellas una pensión, que fueron rehusadas por Carlyle.
El genial escritor falleció en Chelsea el 4 de Febrero de 1881. Al año siguiente, levantóse en dicha población un monumento que inmortaliza su nombre. Varios de los admiradores de Carlyle y las Corporaciones oficiales adquirieron en 1895 la casa que aquél habitara en Cheyne-Row, estableciendo en ella un Museo, que lleva el nombre del célebre pensador. Para conmemorar el centenario de su nacimiento, se publicó en Londres y Nueva York, en 1896-99 una edición completa de sus obras con el título genérico de *Works*, formada por treinta volúmenes.

En estos últimos tiempos, la personalidad de Carlyle, debido en gran parte a los estudios de Emerson, Crockett, Ballantyne, Barsell y otros, se ha popularizado considerablemente en Inglaterra y los Estados Unidos, habiéndose publicado en 1890 y 1898, dos obras del maestro, hasta entonces ignoradas: *Historical sketches on notable persons and events in the reigns of James I and Charles I* y *Letters to his youngest sister*.

La crítica imparcial, prescindiendo de detalles y juzgando la obra de Carlyle en conjunto, ha convenido en que el autor de la *Revolución francesa* es uno de los pensadores más geniales que ha producido la centuria pasada y su personalidad inconfundible con ninguna otra, por la profundidad de pensamiento, por la originalidad de sus concepciones y por la brillantez y elegancia de su estilo.
Institución: Transmisiones Visuales

El presente documento está en proceso de edición y será publicado próximamente.

*Notas:*
- El documento contiene información técnica y actualizada sobre la transmisión de señales visuales.
- Las páginas del documento están numeradas y contienen gráficos y tablas que ilustran los conceptos descritos.
- El estilo de escritura es formal y es adecuado para un público técnico o profesional.

*Relevancia:*
- Este documento es de interés para profesionales de la ingeniería eléctrica, electromecánica y electrónica.
- La información es relevante para el diseño y mantenimiento de sistemas de transmisión de señales visuales.

*Contenido:*
- Sección 1: Introducción a la institución y su función.
- Sección 2: Descripción de los servicios y productos ofrecidos.
- Sección 3: Análisis de la competencia en el mercado.
- Sección 4: Estrategias de desarrollo y crecimiento.

*Resumen:*
- La institución Transmisiones Visuales es un líder en el campo de la transmisión de señales visuales.
- Ofrece servicios de alta calidad y tecnología avanzada.
- Su Missión es proporcionar soluciones innovadoras y eficientes para el mercado.

*Contacto:*
- Para más información, contacte con nuestro equipo de soporte en: soporte@transmisionesvisuales.com

*Disposición:*
- El documento está impreso en papel de alta calidad y es fácilmente leyible.
- Las páginas del documento están numeradas y están bien organizadas.

*Advertencia:*
- Este documento es para uso interno y está en proceso de edición.
- Las páginas del documento contienen gráficos y tablas que ilustran los conceptos descritos.
Sabido es que Francia, en el transcurso del siglo XIX contribuyó poderosamente a la difusión de la cultura contemporánea. Pocas naciones han aportado al patrimonio espiritual un esfuerzo tan continuado y han ofrecido al mundo un cúmulo de energías de tanto valor. Recoremos, en el orden intelectual, a hombres representativos como Michelet, Juan José Luis Blanc, Pablo Janet, Renan, Taine, Littré, Fouillé, Guyau, Renouvier, Hannequin, Botroux, Bergson y Teódulo Armando Ribot. A esta pléyade gloriosa de investigadores y teorizantes, no se le puede negar el mérito sobresaliente de haber dado a conocer en Europa las concepciones de los filósofos ingleses, escandinavos, alemanes, rusos, italianos y yanquis, al propio tiempo que se ponía de relieve el sentido universalista que alentaba en la mentalidad filosófica de la nación vecina.

Puede decirse que, con la aparición del egregio polígrafo Teódulo Ribot, el genio francés, llegó a la cumbre en la esfera de las ciencias psicofísicas. La labor de este célebre escritor ha sido fecundísima. A sus grandes dotes para la investigación, unía Ribot cualidades prodigiosas para exponer con agilidad y sencillez los problemas más complejos que la indagación científica proyectó en el ámbito de las disciplinas del espíritu. Ribot era un prototipo de perspicacia y de clarividencia, y contados publicistas le igualaron y ninguno le superó en la tarea de divulgación. Llevado de su afán de inquiridor, exploró las distintas corrientes y modalidades que informan el pensamiento de nuestro tiempo y de las épocas pretéritas. Logró siempre substraerse a las nociones preestablecidas y, sin duda por ello, supo libertarse de los achaques de muchos historiadores de la filosofía.
visión parcial de los problemas y los juicios y comentarios apasionados. Como Lange y Höffding, tenía Ribot la virtud de la impersonalidad, y al realizar sus dilatados trabajos de inducción, tan sólo tuvo como guía el anhelo de acercarse a la veracidad.

Teódulo Ribot, nació en Guiucamp (Cotes-du-Nord) en 1839. Hizo sus primeros estudios en el Liceo de Saint-Brieue, desde donde pasó, obligado por su familia, a la Administración de los Registros con un cargo que pugnaba con su vocación firmísima hacia la vida especulativa; bien pronto apartóse de las funciones burocráticas y se trasladó a París, donde impulsado por sus aficiones al estudio de la filosofía, se preparó para ingresar en la Escuela Normal Superior, en la que fue admitido en 1862 tras brillantes ejercicios que llamaron la atención de los jueces por la vastedad de los conocimientos del opositor y por la seguridad con que emitía sus juicios.

A los cuatro años de cursar en la mencionada escuela, se le concedió el título de profesor agregado, y en 1875 obtuvo el grado de doctor. Al salir de la Normal, fue nombrado profesor de filosofía en el Liceo de Versoul, del cual pasó, al cabo de tres años, al de Laval. Ribot, que demostró cualidades nada comunes para el ejercicio de la didáctica, hubo de luchar en ambos centros con la carencia de medios adecuados para desempeñar las tareas pedagógicas en la medida de su deseo vehemente. Ante las contrariedades que le ocasionara la enseñanza oficial, y llevado de su entusiasmo por la ciencia, consagróse casi exclusivamente a la investigación en los dominios de su especialidad predilecta: la psicología experimental.

Definitivamente establecido en París, dedicó por entero su pasmosa actividad a los ensayos y experiencias y fue alumno asiduo de los laboratorios de fisiología y de histología, asistiendo durante varios cursos a las clínicas de psiquiatría y a los asilos de alienados.

En 1876 logró ver realizado uno de sus proyectos más importantes: aquel en que había puesto todas sus ilusiones como hombre de ciencia y como publicista, fundando con varios profesores y estadistas ilustres, La Revue Philosophique de la France et de l'Étranger, revista que, como es notorio, ha llegado a ser la más autorizada de Europa y que cuenta con un prestigio más sólido
Ideólogos, Teorizantes y Videntes

y una mayor influencia en el mundo docto. Merced a la genial iniciativa de Ribot y a su perseverancia, *La Revue Philosophique* ha sido desde sus comienzos el órgano, no sólo de la alta intelectualidad francesa, sí que también de la de ambos Continentes. En esta notabilísima revista, tanto el venerable maestro de la psicología en Francia, como sus discípulos más esclarecidos, han dado a conocer a un innumerables de filósofos, psicólogos, moralistas, críticos, logicistas y sociólogos sin distinción de escuelas ni de nacionalidades. Hace algunos años nuestro compatriota Ramón Turró publicó en ella dos magistrales estudios que fueron elogiados por cuantos cultivan la filosofía biológica. En *La Revue Philosophique*, que, al nacer, editaba Germer Bailliére y C.ª y en la actualidad Félix Alcan, se recogen puntualmente todas las manifestaciones del pensamiento y se orienta al público ilustrado en cuanto concierne al movimiento bibliográfico en religión, historia y crítica de las doctrinas, psicología individual y social, metodología, filosofía, ciencia contemporánea, etc.

Desde 1885 gozaba Ribot de una gran fama y sus estudios, que en un principio fueron acogidos con alguna reserva, pronto granjearon una consideración no superada en su país ni entre la élite de las demás naciones del Continente y de los Estados Unidos. En dicho año se le confió la misión de explicar un curso de psicología experimental en la Sorbonne, alcanzando sus lecciones un éxito de público pocas veces registrado y sólo comparable al que ha obtenido Bergson en estos últimos tiempos. En 1888, el "Collége de France" le encomendó la cátedra de Psicología Experimental y Comparada, que fue creada expresso para el doctísimo maestro.

Si como profesor y director de *La Revue Philosophique* había adquirido Ribot justo renombre, no menor ni más legítimo fué el que obtuvo con sus libros, que han sido, sin duda, los más leídos de cuantos escribieron los tratadistas franceses en el último tercio de la pasada centuria. Unicamente hubo en Francia tres escritores que adquiriesen tanta popularidad como Ribot: Letourneau, Tarde y Guyau. El primero de los libros de Ribot fué *La Psychologie anglaise contemporaine*, que apareció en 1870 y del que se han hecho tres ediciones. En este libro señaló la dirección de su pensamiento, de la que
no se apartó un ápice en los que le subsiguieron. Es un estudio notable por la diáfanaiedad de la exposición, por lo profundo de las investigaciones y, sobre todo, por en método con que examina las distintas tendencias de psicología inglesa. La crítica lo ha reputado como uno de los mejores que se han escrito acerca de la mentalidad británica. Ribot hizo un examen amplísimo de las concepciones de James Mill, Stuard Mill, Bain, Lewes, Sully, Maudsley, Spencer y otros, y, tras un análisis sutil de cada uno de estas personalidades, puso de relieve los puntos de contacto y las diferencias y oposiciones que entre ellas existen. Con este volumen se hizo acreedor Ribot al título de fundador de la nueva escuela filosófica francesa, basada en los datos de la experiencia y por completo ajena al sentido metafísico.

Débese en gran parte a Ribot el haber hecho triunfar la metodología objetiva, que se funda en la observación y comprobación de los fenómenos nerviosos; en el análisis comparativo de la mentalidad de las razas; en el examen de las cualidades del niño; en las acciones de los animales, etc. Merece también elogios su distinción entre el aspecto fisiológico y el consciente, en cuya relación apoyó su doctrina, toda ella informada en los hechos y no en apriorismos teóricos.

En la Psychologie allemande contemporaine, que apareció en 1879, que en 1909 se había reimpreso siete veces y que fue traducida al inglés, alemán, ruso, polaco y castellano, prosiguió Ribot la orientación iniciada en la obra anterior. Este libro fue también muy encomiado por la crítica, que lo consideró como uno de los más documentados que han visto la luz acerca de la psicología tudesca. Ribot escudriña en él con gran acierto las concepciones de Herbart, Beneke, Fechner, Weber, Lotze, Horwicz, Wundt, Brentano y otros, trazando magistralmente la filiación mental de cada uno de estos tratadistas germanos.

En L'Hérédité psychologique, publicado en 1873 y del que se han hecho siete ediciones, desenvuelve el principio de lo que significa la herencia en la esfera psicológica. La Philosophie de Schopenhauer, que apareció en 1874, alcanzando doce ediciones, es un maravilloso perfil del paradójico filósofo alemán. Les maladies de la memoire, que vio la luz en 1871 y del que llegaron a
hacerse veintitrés ediciones, constituye un acabado estudio de los trastornos de la facultad mnemónica. Les maladies de la volonté que apareció en 1883, llevaba en 1914 nada menos que veintiocho ediciones, y es un examen inmejorable de las perturbaciones de la volición. Les maladies de la personnalité, publicado dos años más tarde fue asimismo un gran triunfo para Ribot, ya que en 1911 había alcanzado este libro quince ediciones. No existe en la bibliografía contemporánea ningún volumen en que se analicen con tanta clarividencia los desórdenes psicofisiológicos de la individualidad.

En 1888 dio Ribot al público Le Psychologie de l'attention, del que en 1913 se habían hecho doce ediciones. Revela el autor en este libro más que en otro alguno, su gran potencialidad analítica y un profundo conocimiento del temperamento y del carácter. La Psychologie des sentiments, que apareció en 1896 y fue reimpreso nueve veces, es un libro documentado con un considerable caudal de datos interesantísimos, recogidos, unos, de primera mano por el autor, y espigados, otros, en las obras de los más famosos cultivadores de la psicología experimental, de la psiquiatría y de la neuropatología. Pone de manifiesto Ribot en este volumen, hasta la evidencia, la importancia que revisten los estados afectivos y el predominio que éstos ejercen, tanto en la esfera individual como en la colectiva, así como la transcendencia que alcanzan los sentimientos y las emociones que casi siempre prevalecen sobre las representaciones mentales en la vida.

En L'évolution des idées générales (1897), Essai sur l'imagination créatrice (1900), La Logique des sentiments (1905), Essai sur les passions (1907), Problèmes de Psychologie affective (1909) y La vie inconsciente et les mouvements (1914); prosiguió el experto e infatigable investigador francés sus admirables estudios analíticos y descriptivos acerca de los problemas bio-psíquicos y antroposociales con la sagacidad y la hondura de siempre y quizás con más dominio todavía del método y de la técnica que en las obras anteriores.

En estos últimos libros amplió Ribot y profundizó el significado y alcance de la asociación de las ideas, de los estados ideo-afectivos, de la correlación de los sentimientos, del razonamiento pasional, de lo inconsciente, de las
imágenes, de los impulsos, etc. Es digna de especial mención, y fue muy elogiada, su fórmula de que la lógica racional pierde en determinadas ocasiones el carácter práctico, mientras la emocional lo conserva siempre. Además de los libros apuntados, publicó Ribot gran número de artículos y ensayos críticos y algunas Memorias acerca de varios Congresos internacionales de psicología y tradujo al francés las obras de insignes trastdistas, entre ellos Spencer.

La personalidad del eximio psicólogo es una de las preeminentes de la nación hermana, pues Ribot contribuyó como nadie a incorporar los descubrimientos de las ciencias biológicas y antropológicas a los dominios de la psicología experimental, coadyuvando con su extraordinaria laboriosidad, su cultura inmensa y su estilo elegante al triunfo de la doctrina evolucionista. Con Fouillé, Le Bon, H. Marion, Durkheim, Paulhan, y Levy Brühl, ha sido uno de los filósofos que más han contribuido a restaurar el prestigio intelectual de Francia.

En España era Ribot sumamente conocido por haber el distinguido pedagogo madrileño Ricardo Rubio, discípulo de don Francisco Giner, vertido al castellano casi todas sus obras.

Ribot falleció en París el día 9 de Diciembre de 1916, a los 77 años, legando a su patria una obra imperecedera por su carácter de universalidad.
Una prueba fehaciente de la desorientación del espíritu público en España es la casi absoluta carencia de correlación entre los grandes hombres y los grupos que ejercen la dirección en la vida colectiva nacional. A los psicólogos incumbe investigar las concausas de que en la hora actual, como en otros tiempos, existan constantemente interferencias que han constituido y constituyen verdaderas soluciones de continuidad entre la élite y la denominada opinión general del país. Circunscribiéndonos al último tercio del siglo pasado y a lo que va del presente, puede decirse que, no obstante la relativa dinamización de las energías latentes en el cuerpo social de la nacionalidad, en España no se tiene una noción clara y definida del valor representativo de los hombres insignes: investigadores, pedagogos, poetas, juristas, literatos, agitadores y estadistas. La ligereza y la superficialidad que algunos tratadistas antroposociólogos descubrieron en los pueblos meridionales, es posible que sea cierta, por lo menos en algunos respectos, aunque en los últimos lustros algunos pueblos que pueden clasificarse entre los meridionales, merced a la influencia de una labor cultural intensiva, adquirieron, al mismo tiempo que una mayor consistencia en el propósito, un sentido de realidad.

Esta transformación en el modo de ser íntimo de la mente colectiva, contribuyó poderosamente a estimular la actividad del agregado social entero en Francia, en Italia y en Rumania, los tres pueblos que, con Portugal, guardan más analogías con el nuestro. En todas estas na-
ciones, a medida que se multiplicaron las fuentes de riqueza en virtud del aprovechamiento de sus fuerzas naturales, acrecentóse el afán inquiridor, el deseo de bastarse y aun de superarse a sí mismas, y por último, el de influir en el curso ascendente de la vida internacional. Podría afirmarse que el sentido de la contemporaneidad se caracteriza principalmente por el respeto y la devoción que sienten las clases directoras, las profesionales y aún las muchedumbres por los hombres superiores, desde los imaginativos hasta los gobernantes, sin excluir a los ideólogos y los agitadores; es decir, las cuatro modalidades en que puede clasificarse la potencialidad psicofísica.

La forma de expresión en que se funde el ensueño con el espíritu práctico, puede decirse que es la de enaltecer valorándolo, discreta y mesuradamente, el poder virtual de los hombres generosos y desinteresados, que en nuestra época de objetividad, de análisis, de crítica y de elaboración sintética, constituyen el mejor patrimonio de un pueblo; esto es, la pléyade de hombres que ejercen el apostolado laico, merced a los descubrimientos e inventos científicos, las indagaciones históricosociales y los ensayos de los nuevos métodos y procedimientos en el laboratorio, el gabinete y el taller, que en la cátedra, el libro y el opúsculo formulan los nuevos principios normativos para encauzar la actividad mental o que, por fin, en la tribuna, en la escena, en la Prensa y el mitín, difunden los nuevos postulados de la Ciencia, el Derecho y las reivindicaciones por que suspira intuitivamente la conciencia popular.

No cabe dudar que la colaboración espontánea y sincera de la élite con las muchedumbres significa el mayor triunfo de la cultura contemporánea y el signo que caracteriza el sentimiento general de las grandes colectividades nacionales. El afianzamiento de la unidad italiana debióse, principalmente, a la socialización del desinterés individual que, al sedimentarse en el ánimo de la masa, llegó a crear el interés supremo de la comunidad. Por esto las escuelas filosóficas y las orientaciones científicas influyeron en los sistemas educativos y en los partidos políticos, dejando de ser en aquel país los intelectuales plantas de estufa para convertirse en elementos básicos de la reconstitución nacional. Lo propio aconteció en Francia, donde el resurgimiento después de Sedán fue prin-
principalmente debido a la actuación de los grandes prestigios de la intelectualidad, que salvaron a la nación vecina en los instantes difíciles, sirviendo de núcleo director en las más ardorosas campañas, lo mismo cuando se trataba de la reconstitución interior que de las luchas con otras potencias.

La misma oligarquía, que en nuestra época pugna con los sentimientos arraigados en la opinión pública de todos los países adelantados, cuando la desempeñan hombres cultos y que armonizan las necesidades nacionales con el sentido del deber, convirtiéndolo en aspiración cordial, se dignifica e incluso se redime, al convertirse en una aristocracia basada en el saber y en el ejercicio de la virtud. En España, desgraciadamente, el Poder ha carecido de eficiencia, especialmente desde la Restauración acá, a consecuencia del divorcio en que ha vivido con los elementos que podrían calificarse de genuinamente intelectuales. Así se explica que nuestra opinión no haya asignado a los hombres cumbres, unas veces por ignorancia y otras por recelo y aun por temor a toda innovación. Y es que en nuestro país no se ha realizado la evolución en las ideas que en la mayoría de los pueblos del continente, porque todavía predomina en el ánimo de las muchedumbres el mesianismo, concepción que se adapta al modo de ser esquinado, receloso y holgazán de una gran parte del espíritu público. De otra suerte, no podría explicarse el ambiente de frialdad y de desvío que ha circundado a los más eminentes y audaces espíritus renovadores y constructivos, a quienes sólo en contadísimas excepciones les acompañó la aureola popular. Ejemplos de este divorcio, verdaderamente doloroso, entre los intelectuales y el pueblo ha han sido hombres de tanto valor como Ricardo Macías Picavea y Joaquín Costa, a quienes sólo al bajar al sepulcro se les hizo justicia. En este respecto, España tiene el triste privilegio de rendir honores póstumos a las personalidades insignes que en vida no habían conseguido más que éxitos momentáneos, porque la opinión tornada olvidó al día siguiente, sin percatarse de la horrible tragedia que representa para nuestro pobre pueblo el no prestar adhesión sincera y cordial en los instantes adecuados a los espíritus superiores que poseen la clara visión de lo que precisa hacer en cada instante.
Recientemente, con el fallecimiento de Francisco Giner de los Ríos, ha acontecido también que no sólo la masa social, sino sus directores, no han rendido justicia a la sabiduría y la bondad del gran apóstol de la educación hispana hasta que se extinguió para siempre aquella preciosa y ejemplar existencia. La mayoría de nuestra Prensa, lo mismo la de Madrid que la de otras importantes ciudades, con honrosas excepciones, juzgaron la personalidad y la obra del gran maestro con la misma superficialidad, hija de la incomprensión, con que trataron hace algunos años al más excelso de nuestros poetas, Jacinto Verdaguer, llegando a equivocarse lastimosamente los títulos de algunos libros y dando por publicados otros que no llegó a escribir. La tergiversación de los títulos es perdonable, mayormente tratándose de trabajos periodísticos que han de escribirse bajo los apremios del tiempo; pero lo que no admite disculpa es que se atribuyan al maestro obras que no escribió, pues esto no sólo revela un desconocimiento absoluto de su labor, sino una falta de respeto a su personalidad.

La obra de Giner de los Ríos es vastísima, porque, como ha dicho Luis de Zulueta, nada humano le era ajeno. Durante cincuenta años trabajó el ilustre pedagogo con una intensidad asombrosa. Ninguno de los problemas de la cultura dejó de interesar su atención. Don Francisco, que era un espíritu realmente multánime y generosísimo, no podía permanecer indiferente a nada que representara acción. Su vida es toda una ejecutoria. No ya en España, sino en Europa entera, pocos profesores y publicistas consagraron tanta devoción y tanto entusiasmo a la enseñanza, en el sentido más amplio en que ésta pueda ser considerada.

Nació don Francisco Giner de los Ríos en Ronda, en 10 de Octubre de 1839. Su padre, alto funcionario de Hacienda, era originario de Levante. Por línea materna descendía de Andalucía. Su madre era hermana del famoso orador y político Antonio Ríos Rosas. La infancia de don Francisco transcurrió en Cádiz, donde estaba destinado su padre y donde nació su hermano don Hermenegildo. La segunda enseñanza cursóla en Alicante, en la época en que también estudiaba en aquella ciudad don Emilio Castelar. Al ser trasladado a Barcelona su padre, comenzó don Francisco los estudios universitarios en esta
capital, siendo uno de los alumnos predilectos de don Francisco Javier Lloréns, quien introdujo en España la doctrina de la escuela filosófica escocesa. Decíame don Francisco en cierta ocasión, que debía a Lloréns sus primeras orientaciones y su constante afán de inquirir. "De Lloréns —añadía— he aprendido también el método y el sentido íntimo del valor social de las doctrinas. ¡Lástima grande que la obra de mi inolvidable maestro, despedigada en apuntes y discursos, no haya llegado a trascender al público!"

Terminó Giner de los Ríos las carreras de Derecho y Filosofía y Letras en la Universidad de Granada habiendo sido durante algún tiempo alumno interno en el Colegio de Santiago, del que era, a la sazón, inspector Fernández Jiménez. El exrector de la Universidad Central, don Francisco Fernández y González, que entonces profesaba en Granada, le inició en los estudios de Estética y Literatura y en la Filosofía germánica. También por aquellos años, del 60 al 62, fué condiscípulo y amigo de don Nicolás Salmerón. Don Francisco se trasladó a Madrid en 1863, y al lado de su tío don Antonio de los Ríos Rosas, dió sus primeros pasos en la corte. Refería en cierta ocasión González Serrano, que Ríos Rosas, hablando con elogio de su sobrino, declaraba que éste había influido en su actuación política con sus conversaciones y sus comentarios acerca del pensamiento filosófico y político de aquel tiempo.

De 1864 a 1866, Giner de los Ríos frecuentó el Círculo Filosófico, el Ateneo, la Universidad y cuantos Centros eran entonces lugares de reunión de la juventud estudiosa que sentía entusiasmos por las nuevas ideas y en los que se elaboraba el espíritu revolucionario. En aquel medio se despertó en él una invencible simpatía hacia la enseñanza. Contribuyó a orientar la vocación didáctica de Giner de los Ríos, su maestro insigne don Julián Sanz del Río, que le consideraba como a uno de sus discípulos más queridos. Por sus especiales condiciones de carácter, y sobre todo por su atracción personal, don Francisco, a pesar de su modestia, hubo de ocupar uno de los primeros puestos entre los afiliados al krausismo, y a principios de 1866, tras brillantes oposiciones, obtuvo la cátedra de Filosofía del Derecho y Derecho Internacional en la Universidad de Madrid. Los
adversarios del krausismo crearon todo género de obstáculos en las esferas oficiales con objeto de retrasar, si no impedir, que don Francisco Giner pudiera posesionarse del cargo que había obtenido en noble lid, en circunstancias bien difíciles por cierto, pues el año anterior había tenido la desgracia de perder a su madre.

Al posesionarse en 1867 de su cátedra, era objeto de una persecución implacable su idolatrado maestro don Julián Sanz del Río, por haberse negado a hacer la profesión de fe política, religiosa y dinástica que le fue exigida. Sanz del Río fue separado de la cátedra y Giner de los Ríos, por solidaridad moral e intelectual con su maestro, renunció a la suya. Más tarde, don Fernando de Castro y don Nicolás Salmerón fueron también separados de sus cátedras por el ministro Oroelio, cuya actitud produjo viva indignación, no sólo entre la opinión liberal de España, sino en los más importantes centros del extranjero, distinguiéndose por su simpatía a los profesores españoles perseguidos, la Universidad de Heidelberg, que dirigió a don Julián Sanz del Río un mensaje de cordial simpatía suscrito por 63 profesores y doctores, entre los cuales figuraban personalidades de gran prestigio en la Ciencia, la Filosofía y demás ramas del saber. También el Congreso de filósofos, que se celebraba en Praga, a la sazón, asocióse a la protesta enviando otro mensaje a Sanz del Río.

Don Francisco hubo de experimentar grandes contrariedades y amarguras al perder su cátedra, pues tenía a su cargo a sus tres hermanos, entonces muy jóvenes, que hubieron de buscar en la enseñanza privada los medios indispensables para su subsistencia. En 1868, al triunfar la Revolución, el Gobierno repuso en sus cargos a los citados profesores, y don Francisco consagróse de lleno a la enseñanza, revelando desde un principio, su fervorosa vocación por la didáctica y prefiriendo la labor oscura del profesor a los triunfos ruidosos que hubiera podido alcanzar en el foro y en la política. A pesar de haber vivido alejado de los negocios públicos y de no haber ingresado en ningún partido, estuvo siempre en estrecha comunidad con las personalidades que más se distinguieron en la política de aquel período. Al instaurarse la República, don Nicolás Salmerón solicitó su con-
curso, rogándole muy encarecidamente que aceptara la Subsecretaría de Gracia y Justicia.

Aunque don Francisco negóse obstinadamente a los requerimientos de su fraternal amigo, es indudable que fué el alma, por así decirlo, de cuantas reformas acertadas se llevaron a cabo en la enseñanza en aquella época, habiendo contribuido con su consejo, siempre cariñoso, a las iniciativas que tuvieron don José Fernando González y don Eduardo Chao, ambos ministros de Fomento, y el director de Instrucción Pública, don Juan Uña. Por otra parte, don Francisco, juntamente con sus compañeros don Fernando de Castro y don Augusto González de Linares, habíase erigido en defensor, ante el claustro de la Universidad Central, de las reformas introducidas en el plan de estudios.

Acaso el motivo principal de que don Francisco Giner renunciara a intervenir en la política militante debióse a que, a pesar de sus simpatías por el nuevo régimen democrático, le separaban de sus amigos y compañeros hondas diferencias, pues si bien don Francisco era un enamorado de las soluciones avanzadas, y en Filosofía y en las cuestiones sociales no le repugnaban los radicalismos, jamás fué partidario de los procedimientos airados y violentos y tenía poca confianza en los movimientos revolucionarios, pues en más de una ocasión insistió en este punto de mira, afirmando que las revoluciones más profundas apenas si producen leves modificaciones en la estructura de los pueblos. Tampoco le satisfacían los programas que por aquel entonces lanzaron los distintos grupos republicanos. El único acto político en que intervino, poniéndose en contacto directo con las muchedumbres, fué el mitin de San Isidro, en el que defendió la candidatura de don Nicolás Salmerón.

Al establecerse la Restauración, en 1875, don Francisco Giner atravesó una aguda crisis, pues en aquel mismo año, fué lanzado del profesorado junto con sus compañeros González de Linares, Azcárate, Salmerón, Montalvo, Laureano Calderón, Guzmán Andrés y el profesor tradicionalista Barrio y Mier. Esta hazaña fué también obra de don Manuel de Orovio, que por segunda vez, llevado de su espíritu reaccionario, atentó contra los fueros de la cátedra. Al protestar Giner y sus compañeros de la despótica disposición ministerial, unos fueron proce-
sados; otros, desterrados, y alguno de ellos, encarcelado. Entonces, por simpatía con los perseguidos, renunciaron a sus cátedras Emilio Castelar, Figuerola, Montero Ríos, Moret, Val y Messia, y por haberse asociado a la protesta, fueron suspendos de empleo y sueldo Eduardo Soler, Varela de la Iglesia, José Muro y Hermenegildo Giner.

Respecto a don Francisco, refiere uno de sus biógrafos que, al cursarse su protesta, fue invitado, por indicación de Cánovas, a que la retirara, advirtiéndole que aquel hombre público tampoco estaba conforme con el proceder de Orovio y que el Decreto ministerial no se llevaría a efecto. Giner de los Ríos contestó que Cánovas, como presidente del Gabinete, tenía a su disposición la Gaceta, y podía, por lo tanto, deshacer la iniquidad ministerial, pero que en ningún caso debía esperar de él una acción que pugnaba con su conciencia. A las pocas horas, habiéndose retirado don Francisco a su domicilio, enfermo y con alta fiebre, la Guardia civil se presentó en su casa, trasladándolo, como a un preso vulgar, a un castillo de Cádiz, donde quedó detenido. A los pocos días recibió don Francisco, en la cárcel, la visita del cónsul de Inglaterra, quien le ofreció, no sólo su apoyo, sino el de la opinión británica. Giner, agradeciendo aquella deferencia, llevó su grandeza de alma a disculpar, en cierto modo, al Gobierno, expresando su confianza en que resolvería en justicia. Una parte de la Prensa inglesa, y singularmente The Times, concedió a la expulsión de los profesores españoles una gran importancia, censurando enérgicamente al Gabinete de Cánovas por su arbitraria medida.

Al salir de la cárcel, don Francisco permaneció algún tiempo confinado en Cádiz, y al fin fue destituido, lo mismo que los demás compañeros suyos firmantes de la protesta. En 1876, cuando la persecución dejó de revestir caracteres agudos, reunidos en la Corte la mayoría de los profesores separados de sus cátedras, Giner concibió la idea de fundar un organismo donde pudieran, libres de toda traba, desarrollar un acabado plan pedagógico, continuando las enseñanzas universitarias y manteniendo una relación constante entre todos los que habían sido objeto de persecución y los elementos agrupados en torno a ellos. Este fue el verdadero origen de la Institución Libre de Enseñanza, el centro docente de España en que se
concentró la más activa campaña didáctica realizada en nuestro país con una mayor energía psicológica y una más elevada espiritualidad. Con el tiempo, muchos de sus fundadores, entre los cuales figuraron, además de Giner, Figuerola, Salmerón, Moret, Azcárate, Montero Ríos, González de Linares, Laureano, Alfredo y Salvador Calderón, Labra, Eduardo Soler, García Labiano, Messía y Hermenegildo Giner, se apartaron de la Institución o trabajaron por ella de lejos y con intermitencias; pero don Francisco consiguió asociar a su obra a sus discípulos Cossío, Rubio, Altamira, Posada y muchos más, que continuaron manteniendo el fuego sagrado en aquella noble casa de educadores.

Durante los primeros tiempos de la Restauración, la Institución Libre de Enseñanza, puede decirse que logró reunir a las personalidades más ilustres de las Letras, de la Ciencia y de la Acción Social. Allí explicaron cursos don Juan Valera, Uña, Ruiz de Quevedo, el doctor Federico Rubio, Gabriel Rodríguez, Pelayo Cuesta, Labra, Fernández Giménez, Luis Simarro, Quiroga y otros hombres ventajosamente conocidos. En un principio, la Institución fué una especie de Universidad libre, donde los estudios superiores ocupaban el lugar principal; pero a medida que fueron en aumento las defecciones, debidas, unas a la falta de espíritu de continuidad, característica de los intelectuales españoles, y otras a que algunos se convencieron de que el profesar en aquella entidad llevaba aparejado el mote del sistema, como decía González Serrano, que constituía una desventaja para ocupar altos puestos en la política, la Institución modificó en cierto modo sus planes, y desde 1878, don Francisco consiguió orientarlos en el sentido de dedicar preferente atención a la primera y segunda enseñanza.

Desde aquella fecha, fué la Institución una obra esencialmente pedagógica y, acomodándose por completo a lo preceptuado en sus Estatutos, ajena a todo espíritu de interés de comunión religiosa, escuela filosófica o partido político, proclamó tan sólo el principio de la libertad e inviolabilidad de la Ciencia y la consiguiente independencia de su indagación, en absoluto apartada de apasionamientos y discordias, de cuanto no fuera, en suma, la elaboración y la práctica de sus ideales pedagógicos. Decía don Francisco Giner, siempre que tenía ocasión,
que, a su juicio, el problema fundamental de España era una cuestión educativa, y durante más de cuarenta años, su espíritu ágil, cultivado, tolerante y sereno, consagró una profunda atención al estudio en el libro y en la realidad de los métodos y procedimientos pedagógicos, con una devoción verdaderamente religiosa. Es de advertir que Giner de los Ríos, fue uno de los pocos educadores españoles que revelaron siempre un hondo sentimiento de religiosidad, pues de otra suerte no podría comprenderse el desinterés y la abnegación que puso en su obra, predominante si no exclusivamente docente. En realidad, la *Institución Libre de Enseñanza*, fué una obra personalísima del llorado maestro, que por la circunstancia de no haber contraído matrimonio, trató como a hijos, no sólo a sus discípulos, sino a cuantos se acercaban a él en demanda de indicación o consejo para emprender algún estudio. Casi diariamente, por las mañanas, recibía a cuantas personas querían consultarlo para que les orientara en materias pedagógicas, filosóficas, jurídicas, sociales, etc., y rápidamente, merced a su memoria prodigiosa y a las copiosas notas que solía tomar de sus lecturas, en pocos instantes facilitaba datos y antecedentes respecto a cualquier disciplina, acertando a condensar en breves términos las principales corrientes del pensamiento y los autores que podían ser consultados en cada caso con mayor provecho. Recuerdo, a este propósito, cuán útil me fué una consulta que hube de hacer al maestro, quince años ha, respecto a la producción inrepetible anarquista, asunto que don Francisco conocía admirablemente. Los veinte minutos que duró nuestra conversación, me fueron más provechosos que los cuatro años que llevaba de pesquisas bibliográficas. Hombre vehemente, apasionado, sabía, sin embargo, sustraerse a sus preferencias, inspirando siempre sus consejos en un amplio sentido de objetividad, y había conseguido, merced a su gran disciplina mental, hablar de las cosas que más le repugnaban, o que herían su delicadeza, con una gran benevolencia, que no significaba, en modo alguno, transacción, sino respeto a la opinión ajena y una vaga timidez de incurrir en error.

Una de las pocas medidas laudables adoptadas por el partido liberal fue la del ilustre periodista y diplomático don José Luis Albareda, al reintegrar en sus puestos, en
Marzo de 1881, a los profesores que habían sido desposeídos de sus cátedras por el partido conservador en 1875. Desde entonces puede decirse que la labor pedagógica de investigación y de difusión de don Francisco siguió un ritmo ininterrumpido, habiendo ensayado prác-ticamente, lo mismo en la Institución que en su cátedra de la Universidad y en la Corporación de Antiguos Alumnos, todas las iniciativas que podían ser fecundas para renovar la enseñanza. Las escursiones escolares y la organización de las colonias estivales, que tanto han contribuido a poner en armonía la educación con la higiene, fueron introducidas en España por Rafael Torres Campos, uno de los más distinguidos discípulos de don Francisco. La Escuela Modelo pudo implantarse en España merced a otro infatigable adalid de la puericultura, don Manuel Bartolomé Cossío, quien en 1880 concurrió al Congreso Internacional de Enseñanza celebrado en Bruselas, que marcó una nueva etapa en esta rama de la Pedagogía. Cuatro años después, don Francisco, acompañado de Cossío asistió a otro Congreso celebrado en Londres, de donde importaron los juegos escolares y cuanto concierne a la formación del carácter, pudiendo decirse que la labor de José del Perojo en pro de la educación moral debióse en nuestro país a la inspiración de Giner, que tuvo siempre una gran predilección por alguno de los principios pedagógicos del educacionismo inglés, quizás por el sentido evangélico y el criterio previsor que lo informan. En 1886, en compañía de Cossío y de otros discípulos, Giner de los Ríos, hizo un viaje de algunas semanas a Francia, Bélgica e Inglaterra, y al mismo tiempo que visitaron los Centros oficiales de enseñanza, estudiaron de cerca la organización de las Instituciones docentes creadas por la iniciativa privada, las Asociaciones y las Corporaciones. Durante su viaje, tuvo ocasión de conocer a los más insignes educadores de Europa, entre ellos a H. Marion, Pécaut, Fernando Buisson, G. Compayré, Bréal, James Guillaume, Sluys, Capper, Harris, lord Sheffield y otros muchos, con los cuales mantuvo después continua comunicación epistolar.

Aunque desdichadamente, en España, los problemas de la educación, hasta hace muy pocos años, no fueron acogidos por nuestro profesorado con todo el interés que merecen, es indudable que el relativo avance que
se ha operado en cuanto concierne a la Instrucción Pública y la dignificación del Magisterio, débese a los afa-
nes y desvelos de don Francisco y de algunos de sus
discípulos, pues desde el Congreso Nacional de 1882
hasta la actualidad, los institucionistas llevaron a cabo
una labor obscura, silenciosa, pero provechosísima. Con-
viene, a este respecto, recordar que en el mencionado
Congreso predominaba un espíritu poco elevado, que el
elemento burocrático pretendió sofocar toda ansia de
mejora y de reconstitución del Magisterio, y que Joa-
quín Costa y Manuel Bartolomé Cossío, al plantear los
problemas pedagógicos desde un punto de vista cientí-
fico, no lograron apoderarse de la simpatía de los asam-
bleístas, acaso porque la idealidad genial de Costa y la
finura percepción de Cossío fueron incomprendidas. Al
observar don Francisco, que asistía al Congreso, la re-
serva y la hostilidad mal encubierta con que habían sido
recibidos sus discípulos, profundamente dolorido por el
espectáculo, sintió la necesidad de intervenir en el de-
bate, pronunciando un discurso que fué el segundo
último acto público de su vida. Cuantos tuvieron la for-
tuna de escucharle, refieren que la improvisación del in-
signe maestro fué un discurso repleto de doctrina y de
orientaciones científicas, en el que marcó los derroteros
que había de seguir la educación en España para dejar
de ser una de tantas mentiras convencionales.

Desde entonces, el venerable maestro adquirió la fir-
me convicción de la ineficacia del esfuerzo de los inte-
lectuales para realizar una acción inmediata cerca de las
muchedumbres semicultas o analfabetas, y por esto re-
chazó todos los requerimientos que se le hicieron para
que tomase parte en otros Congresos. Fiel a la línea
de conducta que se trazara, ni siquiera aceptó la invi-
tación para ingresar en las Reales Academias. Estaba
persuadido de que tan sólo era posible una acción útil
para el país, preocupándose de formar el espíritu de las
generaciones, del porvenir, y de ahí que su ideal
fuera la enseñanza de los niños, a la cual se dedicó
con tanta o acaso mayor solicitud que a su propia cá-
tedra de Filosofía del Derecho.

La mayoría de los biógrafos de Giner de los Ríos
han concedido mayor importancia al publicista que al
educador, quizás porque era tarea más fácil hablar de
los libros que de su labor silenciosa de apóstol de la enseñanza en la Institución y en la Universidad. Como escritor, la ejecutoria del señor Giner de los Ríos revistió menos valor del que hubiera podido tener de no haber el maestro consagrado tanta actividad a las explicaciones orales y a las conversaciones con sus discípulos. Habiendo podido escribir libros originales, prefirió, casi siempre, reunir resúmenes de lecciones explicadas en cátedra, o comentarios y amplificaciones a las doctrinas de algunos filósofos y juristas. He aquí los títulos de los principales volúmenes: *Principios de Derecho Natural* (1873), en colaboración con su discípulo, el que fue eminente periodista Alfredo Calderón; *Estudios jurídicos y políticos* (1875); *Estudios filosóficos y religiosos* (1876) *Lecciones de Psicología* (1877), en colaboración con Eduardo Soler y Alfredo Calderón; *Resumen de Filosofía del Derecho*, que, comenzado en 1883, no se publicó completo hasta 1898; *Educación y Enseñanza* (1889); *Estudios de Literatura y Arte* (1899); *Estudios y fragmentos sobre la teoría de la persona social* (1899); *Filosofía y Sociología* (1904) y *Pedagogía Universitaria* (1906).

En la mayoría de estos volúmenes, más que en el texto, se encuentra la personalidad del autor en las notas, y aun a veces, en los comentarios que éstas le sugerían; de suerte que, recogiendo todas las apostillas que puso a sus libros, se podrían reunir las ideas más personales del eximio pensador, quien, llevado de una modestia tan grande como sus dudas, rehuía las afirmaciones categóricas, y por esto jamás daba por resueltos los problemas fundamentales. Y es que su intelecto poderoso veía nuevos puntos de mira que contradecían, en todo o en parte, las fórmulas consideradas por otros autores como definitivas.

Al decir de sus íntimos, don Francisco se resistió siempre a infundir a su estilo la agilidad necesaria para hacerlo grato y asequible. Es probable que su austeridad no se aviniese nunca con las transacciones que imponen al filósofo los gustos literarios y las palpitaciones de la época, a las cuales es difícil sustraerse. De ahí que algunos de sus libros hayan sido calificados de obscuros y su lectura sea un poco difícil para el gran público desprovisto de preparación.
La cultura de Giner de los Ríos era tan vasta y sólida como grande su generosidad de espíritu, firme su sentimiento del deber y hondo su amor a la enseñanza. Conservó de su maestro Sanz del Río la simpatía por el krausismo y orientó su vida y su obra hacia un sincretismo, en el que armonizaba la inteligencia, el sentimiento y la voluntad. En su criterio, en ciertos respectos original, había una perfecta compenetración de ideas y doctrinas, ensamblando principios tan varios, como los sustentados por Montesquieu y Hegel, Taparelli y Stael, y una íntima devoción por algunas fórmulas históricas de la especulación filosófica, advirtiéndose asimismo a veces, una cierta tendencia hacia el misticismo de Tolstoi. Prácticamente, demostró cuánto le cautivaba la vida sencilla. Las características del gran maestro español fueron una completa sinceridad al exponer las doctrinas ajenas, suma prudencia y circunspección cuando debía formular juicios, y un vehementísimo deseo de justicia, de verdadera solidaridad y acendrado humanismo. Suspiraba porque las ideas redentoras se trocaran en ideas fuerzas, que diría Fouillée.

La posición filosófica de Giner tenía su arranque en las doctrinas de Schelling y Krause, las cuales amplió en algunos aspectos, completándolas con los principios sustentados por Ahrens, Röder y Tiberghien. Conocía a fondo el movimiento hegeliano y sus derivaciones hasta llegar a Feuerbach. En algunos puntos de vista coincidió con Compte, Spencer, Stuart Mill y Huxley, y en los últimos tiempos tuvo cierta predilección por el neokantismo y por las tendencias idealistas, que defienden actualmente en Alemania los profesores de la Universidad de Marburgo, Cohen y Natörp, y el de la de Jena, Rodolfo Eucken. Decía Adolfo Posada, que el fundamento primordial y completo de las ideas ginerianas, podía definirse como un positivismo analítico de orientación idealista y trascendente, o, expresado en otros términos, como un idealismo crítico y positivo, que si de una parte, desechaba la llamada bancarrota de la ciencia, por otra, no creía inútil y enojoso el estudio de la Metafísica.

En el aspecto filosófico-jurídico, la obra gineriana descolló en lo relativo al concepto filosófico del Derecho, basado en las teorías de Krause y de sus continuado-
Ideólogos, Teorizantes y Videntes

res, que algunos filósofos alemanes, en particular los neoidealistas, reputan como más útiles y fecundas en resultados para el individuo y la sociedad, que el evolucionismo positivista, singularmente en su forma orgánicomecanicista, defendida principalmente por los sociólogos franceses e italianos. Giner tuvo en poca estima a estos últimos, a quienes consideraba demasiado influidos por la investigación biológica y por la antropocultura. La concepción sustentada por Giner comparten-

la hoy juristas de gran mérito, la mayoría de sus discípulos, algunos de ellos profesores en la Universidad de Oviedo, y otros en Madrid, Granada y Salamanca. Giner concedió al elemento ético importancia capitalísima, considerándolo superior, por su carácter de immanencia, a la fuerza externa y coactiva del Derecho como regulador de la vida social. De ahí que pusiera gran empeño en infundir a sus alumnos la rectitud en el propósito, el amor desinteresado a la investigación y el deseo de coordinar el pensamiento con la actuación.

A pesar de que la obra del gran filósofo y jurista español no llegó a ser popular, es indudable que entre la élite es el hombre que consiguió tener un mayor número de adeptos, habiendo ejercido una decisiva influencia en tres generaciones sucesivas de estudiosos. Discípulos suyos fueron don José Caso, Eduardo Soler, Joaquín Costa, Adolfo Buylia, Alfredo Calderón, Manu
el Bartolomé Cossio, Clarín, Adolfo Posada, Jerónimo Vida, Antonio Zozaya, Pedro Dorado, Luis Morote, Salas Antón, Bernaldo de Quiro, Julián Besteiro, Martín Navarro, Ildefonso Suñol, Jaime Carner, Luis de Zulueta, Álvaro de Albornoz, Fernando de los Ríos, Elo
trieta, Bernis, Francisco Layret, Augusto Barcia y cien más. Aun entre los ultramontanos tuvo sinceros admiradores y conquistó la simpatía y el respeto de sus propios adversarios, quienes pocas veces le atacaron en público, si bien el título de discípulo de Giner, en el primer período de la Restauración, constituído un obstáculo para vencer en las lides del profesorado. Su cátedra fue considerada como un gabinete de altos estudios, en donde se aprendía a investigar, a discutir y valorar las doctrinas intrínsecamente. Realmente, en ella, preparó y orientó a un sinnúmero de espíritus cultivados, que más tarde han constituido el núcleo de laborantes.
más activos y perseverantes con que cuenta nuestra cultura.
A pesar de que en estos últimos años, la personalidad del señor Giner había sido traída y llevada por los periódicos de gran circulación y algunos hombres políticos en sus discursos parlamentarios hicieron referencia a los trabajos del sabio maestro, puede afirmarse que la mayoría de los políticos y periodistas conocen tan sólo a medias su labor.
Los biógrafos del inolvidable don Francisco han relatado varios hechos que demuestran la sinceridad, la modestia, el altruismo del gran pedagogo, quien conservó hasta los últimos años sus dotes prodigiosas de adoctrinador, sin considerarse nunca un maestro, sino más bien un compañero de sus discípulos, a los que trató siempre con un cariño y una solicitud, verdaderamente paternales. Su fallecimiento, ocurrido en Madrid el día 18 de Febrero de 1915, constituyó una pérdida irreparable para España. Su recuerdo será imperecedero; lo fundamental de su obra pedagógica, más que la filosófica, quedará como base inalcanzable de nuevas orientaciones para la cultura patria, y su apostolado servirá de ejemplo, como título de nobleza de uno de los hombres más doctos y virtuosos que ha tenido España en nuestra época de arrivismo y claudicaciones.
GUSTAVO LE BON

En los momentos actuales, Francia no cuenta con un número de tratadistas insignes que puedan parangonarse con los que en el último tercio de la centuria pasada encarnaron las distintas corrientes del pensamiento en las principales disciplinas científicas. Las figuras de Renan, Littre, Taine, Renouvier, Guyau, Fouillé y Tarde en la crítica histórica y sociológica, no han sido, hasta la hora presente superadas, ni acaso igualadas. Tampoco la Filosofía biológica cuenta hoy en la nación vecina con cultivadores del renombre de Claudio Bernard, Berthelet, Pasteur y otros. La tónica actual de la intelectualidad francesa puede decirse que se sintetiza en un desarrollo normal de la personalidad, sin llegar a las más altas cumbres del pensamiento. Tiene, sí, Francia, una legión de hombres doctos, de investigadores curtidos en las lides del Laboratorio y del Museo; pero parece haberse agotado la cantera de aquellos tratadistas geniales y de aquellos espíritus casi enciclopédicos que asombraron al mundo y cuyos nombres son una ejecutoria gloriosa para la Humanidad entera.

Entre las personalidades más relevantes de la intelectualidad francesa, destacaronse hasta hace algunos años, el psicólogo Th. Ribot, el filósofo H. Bergson, el humorista Anatole France y el etnógrafo, arqueólogo, biólogo y sociólogo Gustavo Le Bon, que es uno de los pensadores más profundos y originales de nuestro tiempo, pues al cultivar cada una de las principales ramas científicas, ha dejado huella profunda, señalando derroteros en cierto modo nuevos, a la cultura.

Le Bon combatió con denuedo los prejuicios dondequiera que los hallara, sin otro propósito que el de hacer
triunfar las conquistas de la Ciencia contemporánea, gozando en la actualidad de inmensa y merecida reputación. Espíritu independiente, porque jamás ha incursido en el afán proselista, procurando siempre en sus investigaciones adoptar una posición objetiva. Los sabios de los distintos países que han juzgado sus trabajos le compararon unas veces, a Darwin y otras, a Lamarck. No puede calificarse de exagerada esta apreciación, por cuanto la obra del eminente investigador y publicista francés, es realmente extraordinaria, tanto por lo que concierne a la extensión, cuanto por la alteza del pensamiento y la originalidad de la concepción. El autor de L'evolution des forces no es sólo uno de los primeros prestigios de Francia, sino una de las más legítimas glorias de la ciencia universal.

Nació Le Bon, en Nogret-le-Ketson (Euse et Loire), en 1841. Desde la mocedad reveló una vocación sin límites por la experimentación, cursando la Medicina con gran brillantez y obteniendo el título de doctor en 1876, después de una década de trabajos incesantes en los cuales aportó numerosas contribuciones a distintos ramos de la ciencia de curar. Durante un breve lapso de tiempo, ejerció Le Bon su carrera, captándose las simpatías de sus clientes por las singulares dotes de su carácter, afable y modesto. Sin embargo, un espíritu como el suyo, inquieto y hondamente trabajado, por el afán de ampliar los horizontes de las ciencias bio-antropológicas, no podía compaginarse con la práctica de la Medicina, que, ejercida por él como un verdadero sacerdocio, no le dejaba tiempo para atender a sus estudios de gabinete.

Siendo muy joven, su afán investigador llevóle a dedicarse a la Fisiología y sus deberes de ciudadano le indujeron a trabajar por la colectividad en un sentido inmediatista, dedicándose a la Higiene. Compartió ambas formas de la actividad intelectual con las investigaciones etnológicas y arqueológicas, conquistando también en estas ramas del saber una gran fama. El Gobierno francés, convencido de sus dotes, realmente excepcionales, de escudriñador, le confió en 1884 la árdua misión de estudiar los monumentos budhicos en la India, donde permaneció durante algunos años, dedicándose a las exploraciones con gran provecho.
Entre los libros escritos por Le Bon en su juventud, figuran: *La mort apparente* (1866), *Physiologie de la génération* (1868), *Traité pratique des maladies des organes génito-urinaires* (1869), *Hygiène pratique du soldat et des blessés* (1870), *La vie: physiologie humaine* (1872), *L'homme et les sociétés, leurs origines et leur histoire* (1877)—estudio del desenvolvimiento físico e intelectual del hombre y de las sociedades—que tuvo un gran éxito, agotándose en poco menos de un año la primera edición y viendo la luz la segunda en 1880; *La méthode graphique et les appareils enregistrateurs à l'Exposition de 1878* (1879) y *La civilisation des arabes* (1884). En todos estos volúmenes, la personalidad de Le Bon tan sólo aparece de un modo fragmentario, pues el egregio tratadista se hallaba en un periodo de formación, por lo que deben considerarse dichas obras, más que como el fruto sazonado de su intelecto, como una promesa de lo que hubo de ser más tarde.

Resultado de la misión que le confiara el Gobierno fueron dos libros titulados *Les civilisations de l'Inde* aparecido en 1887 y *Les monuments de l'Inde*, publicado en 1894. Sus investigaciones fueron recibidas en el mundo culto con grandes elogios, considerándolas la crítica notabilísimas, por haber aportado Le Bon datos hasta entonces por completo ignorados acerca de la psicología religiosa del pueblo indio.

Le Bon abordó los innumerables aspectos de este problema con gran seguridad, poniendo de manifiesto lo íntimo de la vida del budhismo. Puede decirse que con estos dos estudios no sólo cimentó su reputación de indagador, sino que conquistó uno de los primeros lugares entre los arqueólogos del mundo.

De regreso a Francia, prosiguió Le Bon sus trabajos de alta investigación, con una orientación más definida que antes de realizar su viaje y siguiendo con rigor, el método analítico, escribió en 1899 *Les premières civilisations de l'Orient*, que con la ya citada de *Les monuments de l'Inde*, constituyen una obra colosal y única en su género, tanto por la espléndida documentación de mapas e ilustraciones, como por su contenido doctrinal, que le valió a Le Bon la admiración de los indianistas del mundo entero. Es de advertir que el eminente escritor, para componer sus libros, no empleó otros materiales que las...
propias observaciones que llevara a cabo sobre el terreno, excluyendo las investigaciones de los autores que le habían precedido en tan difícil tarea, por considerar que carecían de verdadero valor.

Prosiguiendo Le Bon sus trabajos sociológicos que iniciara en _L’homme et les sociétés_, publicó en 1894 _Les lois psychologiques de l’evolution des peuples_, que alcanzó un éxito pocas veces registrado en Francia, habiendo sido traducido a siete idiomas. Poco después vio la luz _La Psychologie des foules_ (1895), que actualmente se considera como una obra clásica y que ha sido vertida a todos los idiomas, habiéndose hecho de ella solamente en Francia diez y siete ediciones de muchos miles de ejemplares.

Gustavo Le Bon, después de haber analizado las características generales del alma de la muchedumbre, examinó los elementos que la constituyen, poniendo de manifiesto la diferencia que existe entre ella y los individuos que la componen, lo mismo en sus sentimientos, en sus ideas y en sus razonamientos, que en sus actos. Demostró que los individuos, que tomados aisladamente, son personas perfectamente razonables, pueden cometer locuras, formando parte de una muchedumbre. Asimismo, estudiando con gran perspicacia el dinamismo de la multitud, compuesta casi siempre de individuos mediocres, evidenció que ésta puede realizar actos de generosidad y de admirable heroísmo, de los cuales son incapaces los individuos considerados aisladamente. Con su sagacidad habitual, desentrañó los fenómenos de la psicología colectiva, explicando minuciosamente un sinnúmero de cuestiones complejas y difíciles, proyectando la luz de la investigación en la Historia de las épocas moderna y contemporánea y evidenciando el movimiento ascensional de las clases populares, cada vez más capacitadas para el ejercicio de la soberanía.

Poco tiempo después, Le Bon, comprendiendo la transcendencia incuestionable que reviste el movimiento del proletariado, publicó otro volumen dedicado a la mente colectiva e intitulado _Psychologie du socialisme_, inferior en mérito al volumen precedente, pues el autor juzgó con determinado apriorismo el valor intelectual y moral de las doctrinas socialistas y con un criterio un tan.
to unilateral las derivaciones que en la esfera de la acción, han tenido los principios igualitarios. Fiel Le Bon a su credo científico, acaso no comprendió el significado íntimo del socialismo, haciéndole su concepción bióloga, incurrir en errores de cierta importancia, que le apartaron de la objetividad de que tantas pruebas ha dado en otros estudios análogos.

El infatigable polígrafo francés, continuando la serie de ensayos sociológicos, hizo en la Psychologie de l'Education un estudio realmente brillante acerca del valor, significado y alcance del factor educativo, aplicando el mismo método que le había servido para sus anteriores investigaciones psicológico-colectivas. En sentir de Le Bon, la educación tiene por objeto convertir lo consciente en subconsciente. En este libro del famoso investigador francés, hay puntos de vista sumamente originales y fórmulas que, al trascender, contribuirán a modificar hondamente el criterio pedagógico que inspira la organización de las instituciones docentes en Francia y en otros países. Le Bon no es sólo un analista, sino que al propio tiempo, su obra, y, en especial, el mencionado volumen, le acreditan de pensador profundo y de artista de la palabra. Pone de manifiesto el denodado laborante, que la antigua Universidad francesa se halla ante el dilema de transformar su estructura y su dinamismo, impulsada por las nuevas corrientes científicas, siendo el elemento propulsor máximo de la actividad social entera, o dejar de cumplir la misión que le incumbe en la hora presente, quedando reducida a su pasado histórico. En este último caso, en sentir de Le Bon, la Universidad sería responsable del enervamiento del espíritu público y al perecer, ocasionaría graves males a la nación francesa, porque contribuiría al fracaso del factor intelectual.

En la Psychologie Politique (1910) reunió Le Bon algunos estudios relativos a las más importantes cuestiones de Política y de Sociología de nuestros días, poniendo de relieve, con su método analítico, las tendencias de la democracia contemporánea y patentizando los defectos y los errores que, a su juicio, malogran en parte las conquistas del espíritu renovador. También demuestra Le Bon los perjuicios que irroga a la conciencia social el predominio de determinados grupos, unidos por
intereses mediocres y por idealidades subalternas, que impiden el aflorar de la iniciativa individual, libérrima y constructiva. Con su gran talento de escritor de primer orden, tiene el privilegio excepcional de tratar los temas más arduos con claridad meridiana, consiguiendo siempre su propósito de hacerse superior a muchas de las ideas dominantes en el mundo latino, y, en especial, a la logomaquia conceptista, que tanto oscurece el estilo de algunos tratadistas de renombre. Le Bon expone sus ideas con sencillez y tratando de persuadir al lector, más que por la argumentación, por la cuestión misma. En todos los capítulos de la *Psychologie Politique*, habla el egregio investigador en nombre del buen sentido, iluminado por el conocimiento profundo del hombre y de la vida. Le Bon, demostrando arrojo y sinceridad ejemplares, examina los conceptos del estatismo, igualitarismo, humanismo y colectivismo, y con juicio a veces certero y frase adecuada, los califica de fetiches, mostrando el peligro y la inanidad de muchas de las soluciones preconizadas como panaceas de los males que afligen a la colectividad. La crítica que hace Le Bon de las doctrinas elaboradas por los pensadores pertenecientes a las principales escuelas es, en general, acertada, y evidencia cuán hondamente ha estudiado la realidad ambiente. Considera que las decadencias provienen, ante todo, del debilitamiento de la voluntad, que es la cualidad principal de los individuos y de los pueblos, por lo que afirma que la misión esencial de la educación debe ser el fortificar las cualidades volitivas, convirtiéndolas en permanentes.

Como su compatriota Payot, Le Bon es un panegírista del voluntarismo, coincidiendo también con el eminente psico-fisiólogo alemán Wundt, si bien el polígrafo francés no alcanza en su estudio la amplitud y la alteza de pensamiento que el maestro alemán, pero ha hecho aplicaciones más concretas de su concepción, relacionándola con la actividad política. Dice Le Bon que no es difícil querer en un instante determinado, pero sí lo es la persistencia en el propósito, el no cejar, abrigando firmeza en las resoluciones y trabajando tenazmente para conseguir el triunfo. Para Le Bon la voluntad es algo comparable a la fe y la verdadera creadora de las cosas, agregando que si la Historia moderna
nos demuestra que hay naciones que cada día acrecen- 
tan su patrimonio, en tanto, que otras permanecen es-
tacionarias o declinan, la razón de estos fenómenos se 
encuentran en las cantidades variables de voluntad que 
estas naciones poseen.

Termina Le Bon su alegato afirmando su firme con-
vicción de que no es la fatalidad lo que dirige el mun-
do, sino que la voluntad es el móvil generador de la ac-
ción en todos los aspectos. A juicio de la mayoría 
de los críticos, al parecer de Le Bon hay que oponer 
no pocas reservas, pero de todas suertes es innegable 
su clarividencia y la potencialidad de su talento. Los 
peligros que Le Bon pone al descubierto con gran sa-
gacidad analítica son indudables y en los momentos ac-
tuales, ha quedado patentizada la relativa ineficacia de 
nos pocos puntos de mira de las escuelas igualitarias 
y humanitarias. Le Bon previó el fracaso de la idealidad 
semimística del colectivismo, que está muy lejos de 
haber ganado la adhesión de la élite de Europa.

En su volumen Les opinions et les croyances, apa-
recido en 1911, afirma todavía más su criterio antirra-
cionalista. Algunos críticos, al juzgar este libro, declararon 
que Le Bon había acentuado su independencia, apare-
ciendo como un combatiente más que como un analista. 
Estudiando el problema de la coexistencia, en el es-
píritu humano de muchas concepciones lógicas irreduc-
tibles, Le Bon las agrupa en cinco: 1.*, la lógica bioló-
gica; 2.*, la lógica afectiva; 3.*, la lógica colectiva; 
4.*, la lógica mística y 5.*, la lógica racional. El autor 
se declara partidario de un pluralismo decidido en la 
lógica, siendo lo esencial de su pensamiento la idea 
de la pluralidad de las lógicas que dividen el espíritu. 
Su concepción tiene derivaciones que alcanzan no sólo 
a la Filosofía y la Ciencia, si que también a la Moral 
y a la Educación. La idea de la pluralidad de las ló-
gicas humanas y del débil papel que ejerce en las So-
ciedades la lógica racional, surge como el principio cen-
tral de la psicología de Gustavo Le Bon, y es, sin duda, el 
argumento más formidable que emplea para poner de 
relieve cuanto hay de falso y exagerado en las preten-
siones del intelectualismo.

Cualquiera que sea la opinión que se formule acer-
ca de las conclusiones sentadas por el ilustre publi-
cista, algunas de las cuales repugnan e incluso causan indignación, no cabe dudar que son producto de un pensamiento pletórico, que ha estudiado hasta lo más íntimo la fenomenología psíquica y cuyos juicios sagazcísimos, apesadumbran y obligan a la meditación. También hay que reconocer que Le Bon, con sus análisis acerados, es uno de los hombres de ciencia, que ha planteados problemas completamente nuevos o ha presentado desde nuevos puntos de vista, cuestiones que se consideraban poco menos que definitivamente resueltas.

El último volumen dedicado a la Psicología colectiva, que apareció en 1912, es un estudio interesantísimo, en el que Le Bon trató de reconstituir en sus elementos principales los caracteres del movimiento revolucionario y en especial, de la gran conmoción ocurrida en Francia a fines del siglo XVIII. Se titula el volumen La Révolution française et la Psychologie des Révolutions. Le Bon en este análisis estudia las variaciones de la Historia, examinando algunos problemas que ya había bosquejado en La Psychologie des foules y en Les opinions et les croyances, afirmando que muchos acontecimientos históricos quedan a menudo incomprendidos, porque se consideran a través de una lógica poco eficaz para penetrar en la génesis de los fenómenos colectivos. Hace observar que en muchas ocasiones, las leyendas conservan a través de las generaciones mayor vitalidad que la Historia, y a este propósito, afirma que las masas populares prefieren las quimeras, a la verdad, que sólo es buscada afanosamente por la élite.

Las falsas ideas tienen un poder superior a los hechos comprobados, sobre todo, cuando de estos hechos se induce un concepto que contraríe el sentimiento y la opinión que de un acontecimiento trascendental, hayan formado las gentes semillustradas. Leyendo la introducción de este libro se adquiere el firme convencimiento de la necesidad de reconstituir la Historia, para desvanecer los múltiples errores que tanto dificultan el estudio de los orígenes y el proceso de los grandes acontecimientos, que tuvieron lugar durante la Revolución Francesa. Puede decirse que Gustavo Le Bon, apor-tó su esfuerzo con gran desinterés, para descubrir las ilusiones y separarlas de los hechos reales, que confundidos nos legaron nuestros antepasados, al escribir las
narraciones de aquel drama social. El trabajo principal que se impuso Le Bon, fué el descubrir lo irreal y fantástico que algunos autores, por ligereza y precipitación, dieron como hechos comprobados.

El perspicaz indagador analiza en la primera parte de su libro los elementos psicológicos de los movimientos revolucionarios, fijando con seguridad de trazo, los caracteres de las Revoluciones y distinguiendo las científicas de las políticas. A continuación, señala la importancia de las Revoluciones religiosas y sus resultados, y examina la misión de los gobernantes y del pueblo en los actos revolucionarios. Lo más interesante de esta obra en su exposición y crítica de las formas de la mentalidad predominantes, durante las Revoluciones y para ello tiene en cuenta el autor las variaciones individuales, operadas en el carácter en los períodos revolucionarios; la mentalidad mística y la mentalidad jacobina; la revolucionaria y la criminal; la Psicología de las muchedumbres revolucionarias y la de las Asambleas, fijándose en los caracteres generales de la muchedumbre y desentrañando la estabilidad del alma de la raza, que limita las oscilaciones de la multitud. Asimismo, investiga el papel de los sugestionadores y la psicología de los Clubs, haciendo un ensayo para interpretar las exageraciones progresivas de los sentimientos en las Asambleas revolucionarias.

La segunda parte del libro, enteramente dedicada a la Revolución francesa, es un bosquejo de los orígenes de aquel formidable movimiento y de las influencias nacionales, afectivas, místicas y colectivas durante la Revolución. Le Bon cita las opiniones de los historiadores de mayor renombre, analizando a continuación los fundamentos psicológicos del antiguo Régimen y poniendo de manifiesto la anarquía mental, reinante en los instantes de la Revolución y el papel atribuido a los filósofos del siglo XVIII, en la génesis del movimiento revolucionario. También, hace resaltar la antipatía de los pensadores por la democracia y reconstituye las ideas que profesaba la burguesía en el período anterior y coetáneo a la Revolución. Son sumamente interesantes las páginas en que el polígrafo francés describe las ilusiones psicológicas de los propugnadores de la corriente revolucionaria.
y en las que esboza la psicología de la Asamblea Constituyente, la Asamblea Legislativa y el examen de la Convención y de su Gobierno. Descuellan por su intensidad los capítulos dedicados a estudiar las violencias revolucionarias y la psicología de los jefes de la Revolución.

Es sensible que al escribir las semblanzas de Danton y Robespierre, Fourquier-Tinville, Marat y Billand Varenne, no profundizara más en su examen, que acaso se resiente de falta de documentación.

Donde revela el sociólogo francés su gran sagacidad es al hablar de la lucha entre las influencias ancestrales y los principios revolucionarios, si bien al pintar las últimas convulsiones de la anarquía, el Directorio, el restablecimiento del principio de autoridad, la República consular y los principios revolucionarios, durante un siglo, adviértase cierta precipitación y algunas deficiencias, pues sólo en treinta y tantas páginas aborda estos problemas por demás complejos.

La tercera y última parte de *La Revolution Française et la Psychologie des Revolutions* es un brevísimo y harto incompleto examen de la evolución moderna de los principios revolucionarios. Le Bon hace un a modo de sinopsis de los progresos de las creencias democráticas después de la Revolución, de las consecuencias del proceso democrático y de las nuevas fórmulas de este credo, pasando como sobre ascuas por las luchas, entre el capital y el trabajo, la evolución de la clase obrera y el movimiento sindicalista y las causas determinantes de que algunos Gobiernos democráticos, se transformen actualmente de un modo antiprogresivo en poderes que él denomina, de castas administrativas.

Le Bon, sin darse cuenta de ello, hace un gran elogio de la Revolución francesa al repetir y demostrar que una de sus consecuencias lejanas, fue el espíritu de igualdad de que se hallan actualmente imbuidas las doctrinas y tendencias democráticas.

Le Bon, que considera perniciosa la influencia igualitaria, ejercida por la Revolución, olvida que es este uno de los mayores timbres de gloria de los propugnadores de aquel admirable movimiento y la conquista más preciada de la democracia, porque de ella deriva todo el movimiento ascencional del proletariado.
Los críticos de la obra total de Gustavo Le Bon y los panegiristas de su doctrina, declaran que el motivo verdadero de su celebridad, más que a sus ensayos sociológicos hay que atribuirlo a sus investigaciones de Física experimental, condensadas en sus notables libros *L’evolution de la matière*, que vio la luz en 1905 y del cual se han publicado 24.000 ejemplares y *L’evolution des forces*, aparecido en 1907 y que obtuvo también, un éxito extraordinario de librería, pues rebasó los 14.000 ejemplares.

Desde que Le Bon comenzó sus investigaciones en 1897, se ha admitido por los más insignes científicos, que el Universo se halla formado por una acumulación de átomos innumerables, infinitamente pequeños, indivisibles y eternos. Este es un principio considerado como irrefutable y aceptado por todos los sabios del mundo entero.

En una veintena de Memorias, sintetizadas en los dos libros mencionados, el genial investigador demuestra el error del principio de la indestructibilidad de la materia y prueba que el átomo, conservador de una cantidad inmensa de fuerzas, no es en sí mismo más que una forma estable de la energía. El calor, la electricidad, la luz, solamente son, a juicio del publicista francés, formas, inestables de la misma energía. Le Bon sintetiza su concepción científica afirmando que todas las fuerzas son un resultado de la desmaterialización. Por la sucinta exposición de esta doctrina, se comprenderá la originalidad de Gustavo Le Bon y el inmenso valor de sus obras en la esfera científica.

El último libro de Le Bon, publicado a principios de 1917, se titula *La vie des vérités*, y en opinión de P. Gautier, el docto crítico de la *Revue Bleue* es de todos los libros de Le Bon el más original, el que mayor emoción produce y el que desde el punto de vista filosófico más poderosamente estimula la facultad de pensar. La audacia es la característica de *La vie des vérités*. Demuestra en esta obra Le Bon que las verdades tienen vida propia y dirigen a los hombres, terminando con esta frase: “No hay más verdades definitivas para el hombre que seres definitivos para la Naturaleza”. Con fundamento dice Gaston Rageot que este
libro de Le Bon es una hermosa lección, no de escepticismo, sino de tolerancia y de trabajo. En resumen: Le Bon es uno de los hombres doctos más eminentes que actualmente posee la vecina República, pues con su laboreo científico ha contribuido como pocos a conservar en el mundo de la cultura, las glorias de la Francia intelectual.
DURANTE EL SIGLO PASADO LA MENTALIDAD ESPAÑOLA DIÓ ESCASAS PRUEBAS DE ACTIVIDAD EN LA ESFERA DE LA FILOSOFÍA; EL MOVIMIENTO PSICOLÓGICO QUE EN FRANCIA Y EN ITALIA ALCANZÓ EN ALGUNOS INSTANTES, Y SINGULARMENTE CON EL TRIUNFO DEL POSITIVISMO, UN GRAN ESPLENDOR, APenas repercutió en nuestro país. La producción intelectual quedó aquí circunscrita a la Literatura y a la erudición aplicada a la Historia y a la Arqueología. Puede afirmarse que, fuera del escolasticismo, no hubo otra manifestación ostensible de resurgimiento que los intentos de los krasistos y de los neokantianos y positivistas. No hubo en España la intensa germinación ideológica que en las demás naciones latinas, y de ahí que en la Política y en la vida social los intelectuales ejercieran escasa influencia. Por otra parte, la Universidad no ha sido en nuestro país un foco de agitación ni un laboratorio; de suerte que las corrientes filosóficas iniciadas por las distintas escuelas en Francia, en Inglaterra y en Italia, no llegaron a penetrar en España.

González Serrano, que fue un filósofo de pensamiento robusto y un espíritu amplísimo, bien orientado, conocedor de todas las direcciones de la sabiduría y que poseía una cultura enciclopédica, una idealidad potente y un juicio certero, en otro país hubiera podido ser una figura de primer orden. Pero en el nuestro—triste es confesarlo—su obra pasó poco menos que inadvertida, pues jamás obtuvo aquella popularidad indispensable para que sean fructíferas las concreciones del filósofo. González Serrano fue un pensador de criterio elevado y uno de los pocos publicistas que, teniendo una personalidad vigorosa, consiguieron sustraerse a la inflexi-
bilidad que ha caracterizado casi por igual a los propugnadores españoles de todos los sistemas filosóficos.

Nació el ilustre maestro en Navalmoral de la Mata en 1848 y bien pronto evidenció una invencible vocación por el estudio, cursando con aprovechamiento la segunda enseñanza en colegios privados incorporados a los institutos de Toledo y Madrid. Ingresó en la Universidad Central en 1864, siguiendo las carreras de Filosofía y Letras y Derecho. Desde muy joven demostró sus aficiones y, sobre todo, por la rapidez en la comprensión. González Serrano y su condiscípulo Manuel de la Revilla, el que con el tiempo hubo de ser uno de nuestros primeros críticos, fueron los alumnos predilectos de don Nicolás Salmerón y los únicos que acertaron a penetrar en el sentido íntimo de la doctrina krausiana, sin perderse en el laberinto de aquella terminología intrincada y oscura. A los 23 años había obtenido González Serrano el grado de doctor en Filosofía y Letras y el de bachiller en Derecho. Por sus excelentes cualidades de expositor fué nombrado sustituto de Salmerón en la cátedra de Metafísica y a partir de aquella fecha, frecuentó el antiguo Ateneo de Madrid, donde se dió a conocer terciando en los debates y erigiéndose en defensor de las doctrinas científicas que allá por los años del 70 al 73 se consideraban como más avanzados. No tardó en adquirir una gran reputación como orador elocuente y persuasivo y como polemista temible. Poco después hizo oposiciones a la cátedra de Psychología y Lógica del Instituto de San Isidro, de la Corte, obteniendo aquella plaza en noble lid, a pesar de que sus ideas no eran compartidas por la mayoría de los individuos que formaban el Tribunal.

González Serrano figuró entre los krausistas y colaboró con su maestro don Nicolás Salmerón en la traducción y anotación de las obras de Thibergien; pero antes que sus compañeros, y al igual que Sales y Ferré, mostró sus simpatías por el positivismo y tuvo una sincera admiración por Spencer, y más tarde por Lange, Wundt, Fouillé, Fecner, Latze, y, por último, el malogrado filósofo francés Guyau. De todos los krausistas españoles González Serrano, fué el menos rígido; ya que supo romper con la pose de esa austeridad antipática, por lo severa, que ha distinguido a casi todos los discípulos
de don Julián Sanz del Río, y en sus últimos años, al igual que Joaquín Costa, Leopoldo Alas y Alfredo Calderón fue en cierto respecto, discípulo no conformista de don Francisco Giner de los Ríos y como aquellos, permaneció un tanto alejado del núcleo que se formó en la Institución Libre de Enseñanza.

González Serrano fue a un tiempo pedagogo, psicólogo y crítico, demostrando en el cultivo de las tres disciplinas excelentes cualidades. Sus características eran la agilidad intelectual, la perspicacia para la observación y la impersonalidad y el equilibrio para la exposición. Como crítico tuvo en grado superlativo la facultad de adecuación; de ahí que siempre hubiese logrado compenetrarse con el espíritu de la época y no le fueron extrañas ninguna de las modalidades del pensamiento, ni ninguna de las fases que atravesó el gusto literario. Fue un analista agudo y perspicaz y tenía una facultad admirable para desmenuzar las construcciones sintéticas, las cuales volvía a reconstruir después de su examen mimiento y sutil. González Serrano fue uno de los publicistas de su tiempo que habiendo ejercido la función de crítico asiduamente, jamás incurrió en el defecto de la unilateralidad y acaso como ninguno de los escritores de su generación, se connaturalizó con el método inductivo y tuvo una clara noción de lo que representaba lo contemporáneo, como fenómeno social. Por esto, al discurrir acerca de los diversos y encontrados problemas morales, filosóficos, religiosos, pedagógicos, etc., lo hizo con alteza de pensamiento y permaneciendo apartado de todos los sectarismos.

De su actividad como publicista es una prueba incontestable la relación de sus libros. Hela aquí:

Estudios de Moral y Filosofía, 1875; Ensayos de crítica y de Filosofía, 1881; Cuestiones contemporáneas, 1883; La Sociología Científica, 1884; La Sabiduría popular—de la que se publicaron dos ediciones, la última en 1886;—La Psicología fisiológica, de la misma fecha, libro muy estimable como trabajo de exposición y de glosa;—Critica y Filosofía—que apareció en 1888, formando el volumen 41 de la Biblioteca Económica-Filosófica que dirigía Zozaya;—La Asociación como ley general de la educación, publicada el propio año en la Biblioteca del maestro; Estudios críticos, 1892—colección notabilís-
Ma de ensayos acerca de infinidad de cuestiones de psicología literaria—; Estudios psicológicos, del mismo año y uno de los libros en que resumió su concepción de una manera más diáfana; En Pro y en contra, 1894—admirable colección de trabajos críticos, algunos de los cuales despertan actualmente el mismo interés que cuando fueron escritos;—Psicología del amor—del que se hicieron dos ediciones, la segunda en 1899, y que puede ser considerada como una de los joyas del pensamiento filosófico hispano y como un breviario para la juventud;—Preocupaciones sociales—cuya segunda edición, notablemente corregida y aumentada, vio la luz en 1899, siendo un libro que no desearía firmar ningún sociólogo francés o alemán, de fama; Goethe, Ensayos críticos,—del cual se han publicado tres ediciones, la última en 1900, y en el que aprendieron a admirar al autor de Fausto, miles de españoles y de hispano-americanos; La Literatura del día, 1890 a 1903—volumen que tiene mucho que leer y en el que se tratan los problemas que revestían mayor interés al terminar el siglo XIX y comenzar el actual.

Además, publicó González Serrano un Manual de Psicología y rudimentos de Derecho, formando cuatro volúmenes, que fueron reimpresos varias veces, y dos folletos intitulados Siluetas y Pequeñeces de los grandes. También fue colaborador del Diccionario Enciclopédico de Montaner y Simón redactando los artículos de Filosofía antigua y moderna y algunas biografías de filósofos.

Laborante infatigable, también descolló como articulista intencionado, vibrante y doctísimo, colaborando asiduamente en varios periódicos madrileños y en La Ilustración Ibérica de esta ciudad. Sería imposible, sin alargar excesivamente este ensayo, exponer los distintos aspectos en que puede ser considerada la obra de González Serrano, pues lo mismo como psicólogo que como educador y como crítico, sus libros interesantísimos, sugieren un mundo de ideas, ya que penetró en lo íntimo de las cuestiones fundamentales y siguió al día las manifestaciones de todas las tendencias filosóficas contemporáneas. Pero González Serrano no fué sólo un intelectual pues le atrajeron siempre las luchas políticas, convencido de que la acción de los hombres generosos
y cultos no debe circunscribirse a una sola esfera de actividad. Su anhelo de contribuir al mejoramiento de España llevóle a afiliarse al partido republicano y en las Cortes de 1881 formó parte de aquella minoría republicana que tan energícamente protestó de la restauración del régimen monárquico. En 1890, con Salmerón, Azcárate, Pedregal, Labra, Odón de Buen, Salas Antón y otros, fundó el partido Centro-republicano, que tan efímera vida tuvo. En esta ocasión sus coterráneos le obligaron a presentar su candidatura por Navalmoral, de la Mata; pero fue derrotado por la coacción que ejercieron los caciques, que entonces, como ahora, tenían sometidos a los extremeños.

En la obra entera de González Serrano se advierte una gran idealidad y un completo dominio de los problemas de la vida y de la conciencia. Trató siempre los temas concienzudamente, evidenciando en todas ocasiones serenidad, buen sentido, y lo que vale más, una disciplina mental extraordinaria. En este respecto González Serrano fue superior a Clarín y a Menéndez Pelayo, pues no incurrió en los apasionamientos del autor de La Regenta, ni en el sectarismo religioso del polígrafo montañés, tal vez porque fue más objetivo aunque menos brillante en el estilo, que sus dos ilustres colegas en el profesorado y porque su personalidad se había formado en un ambiente más europeo.

Falleció González Serrano en Madrid en Enero de 1904, a consecuencia de un padecimiento crónico del estómago y cuando todavía podían esperarse de su privilegiado entendimiento nuevos trabajos que contribuyeran a fecundar la mente hispana. Su memoria perdura en cuantos tuvimos la fortuna de recibir sus enseñanzas. Ahora, en estos instantes de desorientación, es cuando más se echa de menos el consejo de un maestro como aquél, todo cordialidad y sabiduría.
EMILIO BOIRAC

La Metafísica positiva, que en Francia ha tenido en estos últimos lustros no pocos partidarios, halló en Emilio Boirac a uno de sus cultivadores más ilustres. Con tanto entusiasmo como competencia, el doctísimo maestro dedicóse a desentrañar los fenómenos psicológicos, al mismo tiempo que se preocupaba de buscar su concordancia con la substancia misma de las cosas. Y así como su formación científica llevóle a ser un indagador del fenomenismo, su ansia de saber y de ser fiel al criterio sincrético, hizo que se preocupase de buscar una demostración de la verdad del espiritualismo.

En algunos respectos, la personalidad de Boirac tiene especial relieve. Sus estudios, desde el punto de vista analítico, son verdaderamente notables, y aunque fué un publicista que escribía sin otro propósito que el de dar a conocer el resultado de sus indagaciones y las dudas que el constante trabajo intelectual dejaban en su espíritu, era un pensador profundo que sabía exponer con claridad los problemas más complejos y subsstraerse en sus juicios al criterio cerrado de escuela. Por esto, en distintas ocasiones, acertó a ensamblar la analítica ultrascientífica con los conceptos filosóficos nuevos.

Emilio Boirac nació en Guelma (Argelia) en 1851. Terminada la enseñanza primaria, hizo sus estudios en el Liceo de Burdeos, siguiendo luego la carrera de Letras en la Facultad de la propia capital hasta obtener la licenciatura. Ya en su juventud evidenció un
temperamento reflexivo y una capacidad nada común para el cultivo de la especulación. En 1874 obtuvo la cátedra de Filosofía, en el Liceo de Poitiers; después fue trasladado a Rouen y más tarde ingresó en el Liceo Condorcet, de París. En 1894 obtuvo el grado de doctor en Filosofía y la tesis que presentó, titulada *L'idée du phénomene*, más que el trabajo de un profesor dedicado a la enseñanza de la Filosofía, es la revelación de un filósofo de altos vuelos. Por la manera de plantear los problemas, por su conocimiento de la historia del pensamiento, por su espíritu anhelante, libre y energico, por su curiosidad insaciable, por su amplia concepción y por el deseo de agrandar el campo de los conocimientos, conquistó rápidamente nombradía.

Boirac no se aparta nunca del rigor y de la precisión que exige la crítica científica, pero logra subtraerse a las limitaciones que muchas veces llevaron a los positivistas a formular síntesis prematuras, por haber dado excesivo valor a juicios que sólo debían considerarse como soluciones provisionales. Después de señalar cuanto hay de real y demostrable en las teorías relativas al hipnotismo, el magnetismo animal, la sugestión y otros sistemas psico-fisiológicos, prosiguió con ahínco sus trabajos y los resultados de sus minuciosas y concienzudas investigaciones, quedaron consignadas en dos volúmenes, titulados *La psychologie inconnue* y *L'avenir des sciences psychiques*.

El propósito de Boirac era, ante todo, contribuir con sus aportaciones a ensanchar los dominios del conocimiento, estudiando los hechos sin prejuicios de ningún género, apuntándose en lo posible de las nociones preestablecidas y entregándose por completo a la indagación. Por esto cuando formula sus conclusiones procura que, científicamente, puedan ser aquilatadas. Preguntábase Boirac si los hechos psíquicos pueden explicarse por medio de las leyes de la Psicología general y se inclinaba a afirmar que tales hechos revisten un carácter especial, *sui géneris*, e implican la existencia y la actividad del espíritu como un principio distinto del
Ideólogos, Teorizantes y Videntes

pensamiento consciente, que preside al conocimiento normal.

Al mismo tiempo que a los trabajos de creación, dedicóse Boirac a la tarea modesta de divulgar la cultura filosófica, escribiendo varios volúmenes dedicados a los alumnos de Filosofía. Algunos de estos libros, como *Cours élémentaire de Philosophie, Leçons de Psychologie y Recueil de morceaux choisis de philosophes anciens, modernes et contémporains* (publicado este último en 1899) sirvieron de texto en varios centros docentes de Francia.

En 1898 Emilio Boirac, por los triunfos alcanzados en su fecunda labor como publicista, fué nombrado profesor de Filosofía en la Facultad de Letras de Dijon, y al año siguiente, trasladado a la Universidad de Grenoble, de la que fué rector. A su iniciativa debióse la fundación del Instituto Electrotécnico de dicha ciudad, así como el establecimiento de los cursos de verano para los alumnos extranjeros. En 1902 fué trasladado de la Universidad de Grenoble a la de Dijon, en donde organizó el Instituto Enológico y Agrícola y fundó también los cursos de verano. El "Institut" de París, en 1906, le había elegido miembro correspondiente, premiando así sus trabajos y su devoción por los estudios de alta filosofía.

En estos últimos años, dedicó principalmente su actividad intelectual a la propagación del esperanto. Su compañero, el profesor Meray, durante su permanencia en Grenoble, le convenció de las ventajas que para la ciencia podía reportar la lengua universal, y no sólo como medio de comunicación íntima entre las personalidades que cultivaban estudios poco difundidos. En 1908 fué elegido Boirac presidente del primer Congreso Esperantista celebrado en Boulogne-sur-Mer. Poco después se le eligió también presidente del Lingva Komitato. Posteriormente presidió la Akademio y tomó parte en los cinco Congresos que han tenido lugar en distintas ciudades, habiendo asimismo publicado varias Memorias y opúsculos en esperanto.
El ilustre profesor falleció en Dijon a fines de septiembre de 1917, siendo su muerte sentidísima, porque, además de su importante y dilatada labor como pensador y como pedagogo, fue un hombre pródigo en la acción social y su inagotable bondad, su espíritu agradable y tolerante, su carácter recto le granjearon las simpatías de cuantos fueron sus compañeros en los claustros de los Liceos y las Universidades. Como expositor, poseía Boirac un arte admirable. Expresaba sus ideas con esa lucidez que sólo se logra cuando se posee una convicción firme y se sienten los estímulos del entusiasmo y de la fe. De sus obras de investigación, documentos preciosos en los que podrán adquirirse las generaciones del porvenir, pueden considerarse como fundamentales _L'Idée du phénomène_, _Psychologie inconnue_ y _L'avenir des sciences psychiques_.

Para la Universidad francesa, significó una gran pérdida la muerte de Boirac.
JOSIAH ROYCE

Aunque nos pese, hemos de reconocer que el movimiento filosófico operado durante los últimos años en los Estados Unidos es, entre nosotros, poco menos que desconocido, ya que sólo han llegado a España con notable retraso, los ecos del éxito que alcanzara William James, uno de los más esclarecidos portavoces de la filosofía de los valores. De ideólogos tan famosos como Starbuck, Leuba, Carlos Peirce, Coe y Josiah Royce, el público ilustrado español apenas tiene ligeras referencias.

Royce es un filósofo insigne, que tuvo en la República de la Unión una influencia indudable por haber sido el más fervoroso y elocuente definidor del neo-idealismo hegeliano. El ilustre teorizante yanqui aportó nuevos, interesantísimos y originales puntos de mira a la concepción de Hegel, y su criterio era, por cierto, bien distinto del que sustentarán en España Emilio Castrillón y Pi y Margall y en Italia Benedetto Croce, Giovanni Gentile y Spaventa. Sólo tiene también leves puntos de contacto Royce con los neo-idealistas franceses: Fouillée, Renouvier, Boutroux, Bergson y Luis Weber.

Santiago Valenti Camp

82 al 85 explicó Filosofía, y del 85 al 92 fue profesor suplente, cargo en que cesó por haber obtenido la cátedra de Historia de la Filosofía, en el Harvard College.

Indudablemente, en la formación de la mentalidad de Royce influyó, quizás de un modo decisivo, su permanencia en Alemania durante tres años, de 1875 a 1878. Los autores que más profunda huella dejaron en su espíritu fueron Lotze, que le infundió su sentido respecto a la interpretación de los problemas de la mente y de la conciencia; Kant, a quien estudió a fondo en sus obras originales y a través de sus comentadores, y Arturo Schopenhauer, en quien aprendió el arte de exponer sus teorías con precisión y diafanidad.

A su regreso a Norte-América, en 1878, William James y Georges H. Parnes, conocedores de los merecimientos de Royce y, sobre todo, de su gran capacidad para la didáctica, le invitaron a que aceptase el nombramiento de profesor en la Universidad de Harvard, donde, excepto una breve temporada que pasó en Oxford para doctorarse en Ciencias, expuso sus enseñanzas durante treinta y cuatro años, de 1882 a 1916.

La concepción idealista de Royce tiende a fijar el concepto de la personalidad autónoma. Por esto algunos críticos afirmaron que el filósofo yanqui había preferido al sol fulgurante de la idea absoluta las luces oscillantes de las mónadas leibnizianas.

La labor de Royce fue considerable: un ejemplo de actividad extraordinaria. Las obras principales del egregio filósofo son: Religious aspect of Philosophy (Aspecto regio de la filosofía) (1885); History of California, publicada en la Biblioteca American Common-Wealth (1886); The Feud of Oakfield Creek (El feudo de Oakfield Creek), ensayo novelesco, (1887); The Spirit of modern Philosophy (El espíritu de la moderna filosofía) (1892); el más literario de sus estudios y el que alcanzó un mayor éxito en Europa, siendo vertido, entre otros idiomas, al italiano; The Conception of God (El concepto de Dios, en colaboración, (1897); The World and the Individual (El mundo y el individuo), en dos volúmenes, (1900-1901), otra de sus obras más famosas y en la que más claramente se transparenta el alma del autor; The Conception of Immortalitas (El concepto de la inmortalidad) (1900), libro en que el ideó-
Ideólogos, Teorizantes y Videntes

logo y el escritor fundan en la síntesis suprema: el pensador amable y comprensivo; Studies of Good and Evil (Estudios acerca del bien y del mal) (1898); Outlines of Psychology (Bosquejos de Psicología) (1903); Herbert Spencer, An estimate and a Review (Heriberto Spencer; un juicio y una revista) (1904), trabajo en el que se analiza con objetividad y espíritu profundo la personalidad del célebre sistematizador del positivismo británico; The relation of the principles of Logic to the Foundations of Geometry (Relación de los principios de la Lógica con los fundamentos de la Geometría), publicada en las Transactions American Mathematical Society en Julio de 1905; The Philosophy of Loyalty, brillantísimo análisis de los principios morales y defensa calurosa y, en cierto respecto, apasionada del valor representativo de la fidelidad; Race Questions; Provincialism and other American problems. (Acerca de las razas: el provincialismo y otros problemas americanos) (1908); William James and other Essays on the Philosophy of Life; estudio del fundador del pragmatismo y otros ensayos acerca de la filosofía de la vida (1911); Bross Lectures on The Sources of Religious Insight (Conferencia de Bross acerca del origen de las convicciones religiosas) (1912) y The problem of Christianity (El problema del Cristianismo) (1913), tres volúmenes.

La personalidad de Royce, que como científico y pensador fué una de las más insignes de los Estados Unidos, desde el punto de vista ético es, sin duda, la primera que ha ofrecido la cultura del espíritu en Norteamérica. Royce, ante la conflagración europea, no vaciló en ponerse en frente de sus compañeros que sentían simpatías hacia el panzermanismo militar y, guardando fidelidad a su concepto de la filosofía de la lealtad, reivindicó valientemente el valor espiritual de la causa que defendían los aliados. En un discurso pronunciado en 30 de Enero de 1916, señaló los deberes de los norteamericanos durante la guerra. Con palabra vigorosa y acentos de indignación, proclamaba la necesidad de hacer frente a todas las circunstancias, adoptando una actitud energética y decisiva contra la conducta seguida por los Imperios centrales, reclamando el apoyo moral y económico de su país para Bélgica y sosteniendo que ante la tragedia que se desarrollaba en Europa,
los Estados Unidos habían de sufrir por la noble causa del honor, del deber y de la humanidad.
Royce había adquirido fama mundial. Pertenecía a la Academia Americana de Artes y Ciencias, a la Academia Nacional de Ciencias, al Instituto nacional de Artes y Letras, a la Sociedad Filosófica de América, a la Asociación Americana de Psicología y a la Asociación Filosófica Americana. Falleció a fines de diciembre de 1916 en Harvard, rodeado del respeto y de la admiración de dos generaciones de discípulos que adoraban en él a un apóstol de la sabiduría y de la bondad.
En el resurgimiento de la actividad política de Cataluña observase que lo mismo en los comienzos que en los instantes en que la agitación llegó a su periodo culminante, predominaron y dirigieron el movimiento los jurisconsultos. La circunstancia de que hayan sido hombres formados en el estudio del Derecho y en el ejercicio de la abogacía los que más sobresalieron en el despertar del pueblo catalán, cuando una parte de la masa social y, sobre todo, la pequeña burguesía, dispusose a luchar por la reconquista de la personalidad de Cataluña, revela que en nuestro país no existe todavía un ambiente lo bastante consciente para valorar cuantitativamente los esfuerzos de todos los elementos sociales preparados para contribuir en la medida de sus energías y de su capacidad al logro de las ansiadas aspiraciones. La historia de todos los tiempos y muy especialmente la de la época contemporánea, atestigua que en casi todos los pueblos en que el problema nacionalista se debate, dando lugar a grandes agitaciones, los profesionales de la Jurisprudencia, en los instantes en que el movimiento pugna por ganar la aquiescencia de la mayoría de los ciudadanos, tienen un papel secundario, pues la misión de los jurisconsultos no es otra que la de acomodar los anhelos y sentimientos populares a una fórmula concreta. No siembran, ni crean ideas, sino que encauzan y coordinan, los latidos de la opinión, pudiendo decirse que su más elevada función es convertir la norma moral en principio jurídico.

Por lo que respecta a Cataluña, ha de convenirse en que los sentimientos nacionalistas han tenido muy pocos sembradores, pues los que realizaron este aposto-
lado no han sido, en general, prototipos de atletismo intelec
tual ni ejemplos de abnegación. Y es que a medida que se profundiza en el examen de la vida colectiva de Cataluña, se advierte que, como sucede en otros pueblos sin tradición intelectual, no sólo el productor de ideas, el poeta y el pensador, ocupan un lugar secundario en las categorías de la sociedad, sino que en el "folk-lore" abundan apotegmas y frases en las que algo se encuentra de despectivo para el ideólogo y para cuantos se dedican al cultivo de la mente.

Los poetas, entre nosotros, han alcanzado renombre y han gozado de popularidad en razón inversa de la intensidad y vibración que había en su obra. Así, por ejemplo, Juan Maragall, que fué el más inspirado y europeo de los poetas del renacimiento catalán, es mucho menos conocido que cualquiera de los versificadores que han colaborado en los periódicos festivos.

Si Emilio Reich o algún otro tratadista de sociología política, examinasen el desenvolvimiento que se ha venido operando en Cataluña en estos últimos cuarenta años, no podrían, en verdad, juzgar lisonjera mente nuestro avance en conjunto, porque, desde el punto de vista espiritual, deja mucho que desear, ya que sólo en Barcelona y en algunos centros manufactureros comienza a sentirse simpatía hacia los problemas de carácter intelectual. Algo hemos progresado en lo que va de siglo y ahora ya atraen a ciertos núcleos las cuestiones estéticas. Halagüeño es este signo de que ciertos estamentos medios vayan por el camino de la gaya ciencia al planteamiento de los problemas fundamentales del intelecto, pues vale más que exista un vago interés por las cosas literarias, que no la terrible indiferencia de hace cinco lustros.

Gabriel Alomar, el escritor catalán que más honda
damente ha sentido las inquietudes de fin de siglo y el que, en la producción filosófica y social, ha revelado una más estrecha afinidad con las corrientes del pensamiento de las naciones latinas, después de quince años de escribir en revistas y periódicos, llegó a imponerse al público barcelonés, primero, y luego al de Cataluña entera y ahora al de Madrid, por sus admirables crónicas en El Imparcial, La Libertad y Vida Nueva, más aún que por su doctrina, por la exquisita forma de expresión.
El éxito no fue el de la ideología de Alomar, sino de la magia de su estilo, que sedujo a un corto número de intelectuales, a los que no tardó en sumarse la gente de izquierda un tanto cultivada. Para comprender en lo íntimo el modo de ser del espíritu catalán, hay que bucear en nuestra historia interna. Cataluña es un país naturalmente pobre, que ha llegado a poseer una regular potencialidad económica merced a la virtud de la constancia. En general, el carácter catalán es perseverante y aun obstinado, sobre todo en lo relativo a la vida material. Durante el siglo XIX, cuatro generaciones laboraron con fe y entusiasmo callado para hacer que la industria rudimentaria aquí establecida llegase a significar la mayor riqueza que atesora nuestro pueblo. La reserva que muchas veces encubre un marcado desvío hacia los laborantes de ideas, débese a que, forjados los caracteres en el más absoluto de los individualismos y careciendo aquí las clases sociales, excepto algunos pequeños núcleos obreros, del sentido de cooperación, las gentes sienten un temor instintivo hacia todo principio teórico que pudiera significar una transformación del régimen jurídico y social, sobre todo en lo que atañe a la propiedad privada.

También los elementos semi-ilustrados propenden a tratar con desdén a los hombres de pensamiento, porque temen que, al difundirse los postulados de la cultura, adquieran el proletariado una más clara noción de sus derechos y formule sus agravios en forma imperativa. Cataluña ha supeditado de antiguo los fueros de la espiritualidad a un mal entendido y mezquino concepto del bienestar. En ese ambiente de utilitarismo grosero, era muy difícil, por no decir imposible, que la opinión atribuyese a todos los factores que se integran en la sociedad su respectiva valoración. Ya con Pi y Margall pudo advertirse que la burguesía adinerada sintió una mezcla de temor y odio, hacia la doctrina federal, que llevaba el germen de la renovación de la vida política de Cataluña.

La sinceridad obliga, sin embargo, a confesar que el medio político de Cataluña se ha transformado sensiblemente y que, por imitación, unas veces, y por sugerión, otras, una parte de la mesocracia ha abrazado los principios nacionalistas de buena fe y, si bien es
cierto que ha habido deslealtades, afortunadamente, no han sido de la masa, sino de algunos que ejercieron de leaders sin condiciones ni preparación para ello.

Gabriel Alomar no es propiamente un espíritu balear ni catalán, sino un hombre formado en el apogeo del período romántico francés, con ciertas influencias del resurgimiento italiano. Es el más abierto de nuestros intelectuales. Nadie como él ha acertado a comprender los ideales de reivindicación. Como político, se le ha tachado de soñador y quimérico; como publicista, ha propugnado, dándolas calor, las tesis que el vulgo califica de utópicas, y como crítico de nuestros defectos, nadie le ha igualado en sinceridad, evidenciando un valor moral que siempre es digno de elogio, pero mucho más en un país como este en que los adaptados son legión.

Gabriel Alomar nació en Palma de Mallorca en 7 de octubre de 1873, cuando regía los destinos de nuestro país aquella efímera República. Poseemos escasos y fragmentarios detalles de la infancia y de la juventud de Alomar, pero, leyendo con detenimiento algunas de sus obras, puede clasificársele entre los románticos, por un lado, y por otro, entre los parnasianos. Es Alomar el crítico español que mejor ha comprendido la concepción helénica de la poesía, a la manera de algunos de los estéticos que colaboran en el Mercure de France. En la formación intelectual de Alomar contribuyeron esquelas y tendencias aparentemente encontradas, pero podría decirse que el sentimiento religioso, entendido a la manera de William James, es lo que determinó la evolución de su pensamiento. Alomar ha pasado por múltiples fases de religiosidad, en su concepto más elevado. En cierta ocasión, hablándome de su infancia, me dijo que sus primeras lecturas fueron la Biblia, el Corán, los Poemas homéricos y las historias eclesiásticas. Influyó poderosamente en la primera juventud de Alomar, Victor Hugo, por quien tenía una devoción sin límites. No tardó, sin embargo, el pensador catalán en sentir la necesidad íntima de atemperar aquella dirección, dedicándose al estudio de los noveladores franceses y, especialmente, de Flaubert. Ernesto Renán, con su serena visión del valor social del Evangelio y con su espiritualidad soberana, hubo de impresionar la
Fin sensibilidad de Alomar. El autor de la Historia del pueblo de Israel le subyugó profundamente; como a tantos otros espíritus torturados y que han atravesado hondas crisis, Renan le hizo comprender el secreto de la unión entre la ciencia y la poesía. Posteriormente, Alomar ha sentido una gran predilección por los poetas civiles de Italia, especialmente Carducci y D'Annunzio.

De todos los grandes escritores españoles, es Alomar el que ha acertado a reflejar con más fidelidad el esteticismo transcendental, que ha tenido su cuna en los pensadores y poetas del resurgimiento italiano y que puede considerarse como una concepción tan amplia como los sistemas morales de los más famosos tratadistas ingleses del último tercio del siglo XIX; Stuart Mill, Spencer, Huxley, Carlyle, Ruskin y Hartpole Lecky.

En distintas ocasiones, algunos admiradores de Alomar, al estudiar su obra, se han preguntado, con cierta perplejidad, si era un clásico o era un romántico. Difícil es tratar de encuadrar el pensamiento del brillante escritor en una escuela determinada. Espíritu amplio, complejo y sutil, mejor sería decir que es un hombre que ha sentido los clásicos a la manera de los románticos, esto es, con una pasión vivísima, arrolladora. Lo propio le acontece en política. Estudia los problemas del Estado y de la sociedad con un sentido que tiene mucho de religioso. En este respecto, Alomar ofrece algunos puntos de contacto con Pi y Margall. Los adversarios de el autor de El futurisme afirman que su apasionamiento es producto de un jacobinismo, debido, tal vez, a que una constante rumiación ideológica le aparta de la concepción realista de la existencia social. Y es que, como todos los escritores enamorados del ideal, Alomar suspira por un sentido de perfección y aparta a veces la mirada del mundo fenoménico, dejándose llevar de la fantasía. Cuando a su temperamento le repugnan determinados hechos, surge en su ego íntimo una protesta viril, y, olvidándose del medio externo que le rodea elabora hipótesis que se acomoden a su ansia de elevar la condición humana. Alomar tiene confianza en los procesos ideológicos sin fin, y por esto su gran potencia imaginativa propende a la entelequia. Más que las cosas en sí, más que como se ofrecen en la reali-
dad, preocúpale el cómo debieran ser. Su concepción política se apoya en la creencia, muy arraigada en Alomar, de que no ha de adaptarse la ley a la naturaleza, sino la naturaleza a la norma. Por esto ha sido tachado tantas veces por los espíritus apocados y conservadores de la Lliga, de idealista y arbitrario. Infundir un sentido humano a las cosas, tal como hace el poeta: éste es el eje central de la doctrina de Alomar. Considerrada esta doctrina fundamentalmente, se advierte en ella un predominio del aristarquismo. De ahí que, al mismo tiempo que un gran amor a los principios eternos de bondad, belleza y verdad, Alomar no pueda disimular la repugnancia que causa en su ánimo lo que él llama la falsa selección de las castas, confiada al azar. Cuando acerca de estos problemas discurre, da a su pensamiento una impetuosidad y a su palabra una energía insitadas. Proclama Alomar la necesidad de realizar la selección individual como resultado de un proceso de superación de la masa, siempre amorfa y a veces inerte.

Como casi todos los autores que estudian la filosofía de la Historia a través de un criterio aristocrático por distintas sendas que Carlyle, Emerson y Brandès, Alomar llega a la afirmación de que las grandes renovaciones son, de ordinario, debidas al esfuerzo de hombres aislados, de mentes privilegiadas y de caracteres heroicos. En esto es ibseniano. Cuando sustenta la aristarquía de la democracia, es porque, por una coincidencia del pensamiento con el imperativo cordial, siente la necesidad de oponerla a la aristocracia de la sucesión degenerativa y contraproducente. Viene a contraponer, en una nueva acepción de las palabras romanas, pueblo a plebis, populiscitía a plebiscitía.

Su más conocido trabajo, El futurisme, conferencia leída en el Ateneo Barcelonés en 18 de Junio de 1904 y publicada en la Biblioteca Popular de l'Avenç el mismo año, representa en la vida intelectual de Alomar un momento importantísimo, pues desde aquella fecha ofrece la labor del publicista nuevos y cada vez más dilatados horizontes. El hombre superior cree Alomar que ha de tener un concepto profundo de su misión y que debe necesariamente ser inactual para ser a la vez contemporáneo o conviviente de los tiempos futuros, como
es conciudadano de las demás patrias, más que de la suya. Atribuye Alomar al hombre tipo un desinterés estético, en el sentido de considerarlo capaz de comprender las distintas ideallidades nacionales.

Esta concepción original de la doctrina futurista, fue entre nosotros acogida con alguna frialdad, debido a la circunstancia de que en Cataluña apenas existía interés para seguir con la atención que merecían las profundas disquisiciones de Alomar. Por esto fue posible que algunas publicaciones españolas, desconociendo las teorizaciones del gran pensador, al comentar el ensayo del italiano F. P. Marinetti sobre el futurismo, le atribuyeran un valor que no poseía, ya que con sólo comparar las fechas de ambos trabajos salta a la vista que fue Marinetti quien siguió las huellas de Alomar. Cabe suponer que al escritor italiano se sugirió la tesis de su ensayo una crítica de Marcel Robin, que apareció en el *Mercure de France*, dedicada a examinar el estudio de Alomar.

Uno de los ensayos que más han llamado la atención de nuestra crítica es el titulado *La estética arbitraria* (1906), en el que hace una exposición brillantísima de sus ideas estéticas. En este estudio Alomar opone al concepto naturalista de la realidad, vista a través de un temperamento, su teoría de que el ideal hay que buscarlo en la realidad por el temperamento creado.

La labor intelectual y literaria de Gabriel Alomar hallase, en gran parte, dispersa en periódicos y revistas. Y es verdaderamente de lamentar que no se haya recopilado la copiosa y exquisita producción de Alomar, de tanto valor esotérico y tan doctrinadora.

Desde el punto de vista político, lo más personal de Alomar es su defensa de la ciudad. Como algunos pensadores y publicistas franceses, erigiése en panegirista del imperio de aquellas urbes que pueden ser consideradas como centros de renovación y en las que, por el predominio de la tendencia aristocrática y futurista, los ideales del porvenir triunfen de la tradición y del sentido reaccionario, tan arraigados todavía en las comarcas rurales. La teoría elaborada por Alomar acerca de la ciudad, tiene un valor fundamental, ya que, en vez de considerar el organismo social urbano como principio de un proceso genético, afirma que debe ser el término
de una evolución sociológica. Otra de sus fórmulas, y acaso a la que debe asignarse una más alta significación, es la de que ve en la ciudad el gran motor que encarna el factor volitivo, después de haber pasado por un primer grado, el sentimiento (la región) y un segundo grado consciente (la nación). Esta teoría, que fue bastante discutida, pero no todo lo que merecía, la expuso succinctamente en El Poble Catalá, desarrollándola más tarde con amplitud en el Ateneo de Madrid en 1909. Poco antes, en 1908, en el Ateneo Barcelonés, había pronunciado otra conferencia acerca De Poetitzacio, que se publicó el mismo año en un fascículo.

Fue muy leído por la juventud intelectual catalana el ensayo literario publicado en 1904 en la Biblioteca Popular de L’Avenç con el título Una vila que’s mor; Tot passant. Con motivo del derribo de las murallas de Palma y por encargo de aquel Ayuntamiento, escribió un notabílisimo discurso que fue leído en la sesión extraordinaria del día 11 de Agosto de 1902 y apareció al año siguiente. La revista Renacimiento, de Madrid, que fue una de las primeras publicaciones que acogieron con simpatía el movimiento ideológico de Cataluña, merced a Martínez Sierra, publicó en 1905 una versión castellana de El Futurisme. Anteriormente había sido traducido al castellano el trabajo Notas marginales al Quijote.

En 1911 apareció la colección de poesías que se titula La columna de foch, en la que predomina el principio estético, ya señalado, de que la realidad la crea el temperamento. No obstante su alta inspiración y sus bellezas de pensamiento y de forma, no obtuvo este volumen más que un mediano éxito, debido, quizá, a que la generalidad del público, avezado a lecturas fáciles, no está lo suficientemente preparado para penetrar en lo íntimo de las concepciones del genial escritor, que propende, en ocasiones, al conceptismo.

Alomar es innegable que representa en el movimiento nacionalista catalán el pensador que más considerablemente ha ampliado nuestro problema, infundiéndole carácter de universalidad. Desde las alturas de la pura especulación ha descendido a las tierras llanas de la actuación, pero aun en los instantes en que tomó activa participación en las luchas políticas, en aquellos mo-
Iván y callejera, En cuantas discusiones intervino aportó la luz del razonamiento, y aunque en nuestro país la influencia de los intelectuales es todavía poco sensible, no cabe negar que su esfuerzo tuvo alguna eficacia, porque contribuyó a elevar el tono de las controversias dignificando la acción proselitista.

En Gabriel Alomar, en el primer período de sus tareas de publicista, el sembrador y el teorizante se sobrepusieron al crítico y al apóstol, pero, a partir de 1909, se inició en su espíritu y en su intelecto una transformación. Ya no son sólo el ideólogo y el profesor quienes guían sus actos. El luchador, el hombre de combate, el campeón, triunfa y se impone, y así, durante el período de la represión efectuada por el Gabinete conservador que presidía don Antonio Maura, Alomar fue la primera figura de la izquierda que, poseída de una santa indignación, escribió en la prensa española y en L’Humanité, de París, artículos de acerba censura contra aquella política que concitó contra España la odiosidad de toda la Europa consciente y que significó para nuestra historia política uno de los más crudos errores cometidos por los hombres del Régimen.

En 1912 publicó Alomar un breve ensayo contra la pena de muerte, que vió la luz en la Biblioteca de la Revista de Catalunya. Recientemente han aparecido dos volúmenes dedicados a temas de actualidad palpitante: Intitúlase el uno La guerra a través de un alma, y es una recopilación de los principales artículos que escribiera durante dos años y medio acerca de aspectos ideológicos y morales de la gran conflagración. El otro volumen, editado por la Biblioteca Nueva, de Madrid, es una colección de ensayos en la que figura el denominado Logometría, que apareció hace diez años en La Lectura, de Madrid, y que es, sin duda, el más notable de los producidos hasta ahora por Alomar. Viene a ser una nueva ciencia, un sistema filosófico, acerca de la evolución y metaforización de los conceptos.

En la actualidad, ampliando esta visión filosófica, está elaborando Alomar una “Psicometría”, trabajo que tratará de la medida de los sentimientos y de los actos, estableciendo una sistematización por completo nueva.
de la moral (Pragmatimetría) y de la Estética (Estesimetría).

Uno de los motivos que preocupan ahora al insigne teorizante es su proyecto de escribir un tratado relativo a la "formación del concepto Divinidad", por oposición a su plasma "Dios". Comprenderá dos partes: el Dios terrible y el Dios admirable; es decir, el Dios moral y el Dios estético.

Alomar se halla, pues, en un período de intensísima actividad y comparte su acción proselita en el periódico con su labor de gabinete y con sus explicaciones en el Instituto de Palma de Mallorca, al cual fué trasladado hace poco. Durante tres años ejerció el cargo de director del de Figueras, al que pasó desde Gijón, donde obtuvo una cátedra, tras reñidas oposiciones, en 1911.

Entre todos los propugnadores del nacionalismo en Cataluña, es Alomar el escritor que, hecha excepción del malogrado Jaime Brossa, ha infundido al movimiento un más acentuado sentido de cosmopolitismo; las ideas liberadoras en todos los órdenes han tenido en él al espíritu más combativo. Nadie ha defendido con tanto entusiasmo el sentido civilista como Alomar, ni nadie tampoco ha acertado a interpretar con más gallardía las grandes reivindicaciones, sobre todo en el orden moral (el laicismo en la escuela). Alomar encarna el idealismo humanista con una elevación y una nobleza insuperadas. Al defender la causa de los aliados, como antes la autonomía de Cuba, al comentar las incidencias de la gran guerra, escribió artículos de una inspiración sin igual. Puede decirse que con Unamuno y Araquistain compartió la misión de orientar a todos los partidarios de la civilización occidental, y que es, quizá, el hombre que mejor ha sabido sintetizar el espíritu mediterráneo.

Examinada la obra total de Alomar con un criterio meramente objetivo, su visión acaso resulte excesivamente poética al juzgar de cosas, hechos y hombres; pero mirando a la infuturación de los procesos sociales, no cabe negar que es Alomar el escritor catalán y acaso español que ha defendido un concepto más vasto y más profundo de los valores substantivos. Teniendo Alomar una anticipación de lo porvenir, de lo que llegará a ser, su obra alcanza el valor de perennidad de que hablara el filósofo italiano Roberto Ardigó.
ANDRES ANGIULLI

En el proceso de las ideas filosóficas de la Italia contemporánea, la personalidad de Andrés Angiulli tiene un extraordinario valor representativo. Influjo en el desenvolvimiento psicológico de su patria como científico, como pedagogo y como promotor de las corrientes sociales. Angiulli no fue un intelectual puro, sino que a un pensamiento robusto unía una emotividad exquisita. Por esto, además de una mente no común, revelóse como un prototipo de una integridad acrisolada.

Angiulli, durante su existencia entera, fue un espíritu que consagró sus esfuerzos a la elevada misión de educar al pueblo. Y en esta nobilísima tarea puso toda su fe científica, y su devoción sincera, abnegada. De todas las grandes figuras que dieron días de gloria a la Filosofía positiva italiana, Angiulli, por su gran capacidad intelectual, por su cultura y por su sentido ético, ocupa con justicia uno de los primeros puestos al lado del célebre Roberto Ardigó, del pensador Felipe Masci, del famoso economista Aquiles Loria y del ideólogo y crítico Giovanni Marchesini.

Decía hace algunos años muy acertadamente Giovanni Calo, ilustre expositor y crítico, que Andrés Angiulli no fue nunca un filósofo a quien la popularidad le sonriera, ni aun en los instantes en que la concepción positivista era la que predominaba en Italia. Entre los propugnadores de esta dirección del pensamiento no gozó de un gran prestigio. A pesar de ser Angiulli uno de los más fervorosos apóstoles de la Filosofía científica, no llegó a imponerse entre el gran público
ilustrado, quizás porque no consiguió acomodarse por completo a la manera de hacer de la mayoría de los autores y porque a su espíritu le repugnaba sustraerse a sus preferencias, que eran la didáctica en sus distintos aspectos.

Angiulli nació en Castellana, pequeña ciudad de la provincia de Bari, en 1837. Cursó sus estudios en Nápoles hasta terminarlos, trasladándose en 1862 a Berlín, en donde permaneció algún tiempo, ampliando sus conocimientos.

En plena juventud conquistó una cátedra de antropología en la Universidad de Bolonia, pasando después a la de Nápoles.

Angiulli fue un temperamento fuerte, vigoroso y acostumbrado. Tenía una visión diáfana de la realidad y en ocasiones propendía hacia un cierto dogmatismo; al analizar los problemas, ponía en sus juicios una gran firmeza. Algunos de sus estudios revelan una inquebrantable confianza en sí mismo, y así de un modo sumario y preciso, acertó a lijar los términos en que había de desenvolverse la filosofía positiva, no sólo en el presente, sino en el porvenir.

Su primer ensayo, *La filosofía e la ricerca positiva* (1868), es un trabajo notable en el que se reveló como uno de los más cultos investigadores de su generación. Angiulli había comenzado su labor de pedagogo y de publicista, haciendo una síntesis genial más propia de un intelecto trabajado y en plena madurez, que de un profesor joven.

En el citado ensayo, dice sin ambages, que “el hegelianismo era la última síntesis de errores”, y considerábelo como “la definitiva ruina de la filosofía especulativa”. Algunos de los biógrafos de Angiulli, afirman que los viajes que éste hizo al extranjero, ensancharon el horizonte intelectual del gran pensador italiano. Un espíritu anhelante como Angiulli, no podía encerrarse en el credo hegeliano, en el que la dialéctica ocupa un lugar principal. Su alma estaba ansiosa de realidad y de ciencia. En Berlín, Angiulli, en la cátedra consagrada a la historia de los triunfos de Hegel, en vez de sumar su aplauso al de la juventud escolar que llevaba en palmas a Du Bois Reymond, cuando proclamaba su fórmula desconsoladora que encerraba en la palabra “Ignorare-
mos”, afirmó resueltamente su criterio apasionadamente científico.

La filosofía, a juicio de Angiulli, había de basarse en los progresos de las ciencias experimentales que al avanzar de continuo ofrecía, con sus conquistas en el orden fenoménico, elementos siempre nuevos, al pensamiento. En sus volúmenes Questioni di Filosofia contemporánea (1873), La Pedagogia, Stato e la Famiglia (1876), y La Filosofia e la Scuola (1888), Angiulli ofrece en mayor medida que otros portavozes del positivismo, un amplio y claro examen de los problemas filosóficos fundamentales. Este eminente maestro, con una extraordinaria lucidez: en las ideas y una admirable precisión en la expresión, juzga con singular competencia las cuestiones más intrincadas. Lo sorprendente es que Angiulli es que jamás sienta una afirmación sin antes haberse preocupado de documentarse, y es que poseía un dominio de la historia de las ideas, y un sólido y profundo conocimiento crítico de las varias direcciones especulativas de su época. Jamás prescindía de contrastar su parecer con las opiniones ajenas y sentía una profunda aversión a dejarse llevar por el impulso irreflexivo. En este respecto, de aquí el maestro de Castellana, que la fuente más copiosa de errores, es el no susstraerse a las influencias de los antepasados, formulando generalizaciones precipitadas. Angiulli, es quizá, el más filósofo de los positivistas italianos; conocía a fondo las diversas corrientes especulativas y dominaba todos los sistemas. Por esto, pudo desinmir de Augusto Comte, porque supo desposeerse de los conceptos apriorísticos.

Tan grande como su saber, era su modestia, rayana en la humildad, de que siempre dió innumerables pruebas. Su hermoso libro La Filosofia e la Scuola, trabajo hon- do, meditado y escrito primorosamente, lo calificó de apuntes. Y es que Angiulli, fué en toda ocasión, un prototipo de honradez intelectual.

Desde el punto de vista educativo, su labor es genial, notabilísima. En contados pedagogos se advierte, como en el esclarecido maestro, un tan sincero deseo de ensanchar los horizontes del espíritu, de salir de sí mismo, como dice muy atinadamente Domingo Barnés en su interesante libro Fuentes para el estudio de la Paidó-
Para Angiulli era una exigencia de su ego íntimo el renovarse. Por eso, sin duda, pudo ser en Italia el primero que acertó a enfocar el problema filosófico desde un punto de vista personal, e infundió en el positivismo un contenido distinto del que le habían dado otros autores como Carlos Cattaneo y Pasquale Villari. Antes, este sistema había sido afirmado y desenvuelto, especialmente como método. En los varios dominios de la ciencia le cupo a Angiulli la gloria de estructurar la doctrina, fijando su orientación y señalando cuáles eran sus elementos básicos y sus ideas directrices. Angiulli siguió muy de cerca el naturalismo de Carlos Darwin; la concepción histórico-sociológica y la sistemática de Comte y sus discípulos; el empirismo psicológico y lógico inglés de Stuart Mill, de Spencer y de Lewes, ensamblando los con algunos de los resultados de la crítica kantiana, a la manera que los defendían algunos neocriticismas como Rieszl y Laas.

En el pensamiento de Angiulli se advierte el propósito continuado de elaborar una síntesis completa en la que confiaban todas las corrientes para dar lugar a una concepción positivista de la realidad.

El ideal de Angiulli, sobre todo en el último período de su vida, fue dar un carácter de independencia y de originalidad al positivismo italiano. Poseía, para realizar una empresa tan arriesgada, dos cualidades que pocas veces se encuentran reunidas en un ideólogo: su dominio de la historia del pensamiento y su capacidad teórica.

El profesor Angiulli emprendió rumbos distintos de los que habían seguido sus compatriotas Galliuppi, Rossini, Gioberti, Mamiani y otros y trató de armonizar el positivismo inglés psicológico, asociacionista y subjetivo, con el francés, naturalista, histórico-sociológico y objetivo, consiguiéndolo, no sólo en su citado libro *La Filosofía e la Scuola*, sino en los últimos trabajos que escribiera en las dos revistas que fundó y dirigió: *La crítica e la Scienza positiva*, que se publicó durante poco tiempo y la *Rassegna Critica*, fundada en 1881, y que vivió cerca de diez años.

Federico Herbart, influyó, en la doctrina de Angiulli especialmente en el modo de considerar el problema pedagógico. Como profesor, su obra docente es digna de
Ideólogos, Teorizantes y Videntes

alabanza. Transformó el sentido y la orientación de la escuela defendiendo con noble ardimiento el valor pedagógico-social de la ciencia, que para él, era casi un credo religioso, basado en la pureza y dignidad moral. Angiulli propugnó las virtudes de la democracia, afirmando que el problema social sólo puede resolverse mediante una unidad en que se hallen en perfecta concordancia los sentimientos, las ideas y la voluntad entre las diversas clases sociales. Pero para llegar a esta solución consideraba que ello implicaba el haber infiltrado el espíritu científico en el problema pedagógico.

Andrés Angiulli falleció en 1890, en Nápoles, a los 53 años, en plena actividad intelectual y cuando aún podía esperarse que se superara a sí mismo. Hace algunos años, la ciudad de Castellana, donde viera la primera luz, honró su memoria, dedicándole un monumento. Antes que sus paisanos le rindieran este homenaje a su memoria, la crítica internacional lo había inmortalizado, colocando sus obras al lado de las de Fouillé, Guyau, Paulsen, Ardigó y Alejandro Bain, los grandes sistematizadores de la educación contemporánea.
GEORGES BRANDES

La personalidad del famoso crítico danés sólo es conocida entre nosotros de una parte de la élite intelectual. No obstante haber ejercido una indudable influencia en toda Europa este gran teorizante e historiador, su obra notabilísima apenas ha trascendido a nuestra vida literaria. Este hecho y otros muchos que podrían aducirse, ponen de manifiesto cuán alejados estamos de las corrientes que han surgido en los grandes y pequeños centros donde se elabora la cultura del espíritu. En Francia tuvo Brandes hace cinco lustros, la simpatía y el respeto de los portavoces de las principales escuelas literarias.

Entre otros trabajos en que se estudiaron la orientación y el sentido íntimo de la labor crítica de Georges Brandes, es digno de especial mención el examen que hiciera en la Revue des Revues, J. de Coussanges.

En Italia, en la Nuova Antologia, el experto Nemi también contribuyó a dar a conocer los puntos de vista principales de Brandes. La Gran Bretaña es quizás el país en que la intelectualidad recibió con más efusión la ingente y trascendental labor del célebre crítico escandinavo. A pesar de la prevención que existe en el mundo de las letras y de las artes londinenses contra los escandinavos, en general, debido, acaso, a que entre estos autores está más fuertemente acusado que entre los ingleses el poder de receptividad y de comprensión, así como la movilidad psicológica, genéricamente considerada, los libros de Brandes obtuvieron una acogida por demás afectuosa y despertaron vivísimo interés, quizás porque resumían las inquietudes a que no puede sustraerse el hombre que consagra su esfuerzo
a la alta crítica. Brandes, en este respecto, es, indudablemente, el publicista que demostró a un tiempo más profundidad y clarividencia, de un modo especial al estudiar lo esotérico de los movimientos, que las doctrinas filosóficas y los anhelos de mejora social, generaron en el ámbito de la producción literaria. En Alemania halló un ambiente propicio para la formación ulterior de su personalidad, y, aunque no es Brandes un temperamento sistemático a la manera tudesca, recibió el homenaje de las primeras figuras de la mentalidad germánica y sus libros y sus artículos periodísticos tuvieron un señalado éxito.

Más que por la influencia directa que haya ejercido Brandes en la cerebración consciente de las más importantes naciones de Europa, ha de valorarse su obra por la acción, en cierto modo tutelar, que en la esfera de la crítica llevaron a cabo escritores notables, que se habían educado siguiendo las inspiraciones del maestro de Copenhague. En la hora actual, Brandes y Höfdding, el eminente psicólogo y moralista, son las dos figuras de más positivo valor con que cuenta la pequeña nación escandinava. Ambos profesores han extraterritorializado sus nombres gloriosos y su reputación se ha impuesto en ambos Continentes. Recientemente, los principales órganos de la Prensa inglesa, francesa y alemana, entablaron discusiones, interpretando, según su criterio, la actitud neutral que observara ante la tragedia europea el egregio crítico que hoy estudiamos.

Jorge Mauricio Cohen Brandes es originario de nuestra Península. Pertenece a una familia israelita que hubo de emigrar, no se sabe cuándo, de España, en uno de los períodos de más aguda persecución de que fueron objeto los judíos. Nació en Copenhague, en 1842, y desde muy joven dedicóse a la Filosofía y la Estética, sintiendo gran predilección por los estudios analíticos. Su primer trabajo, planeado y escrito a los 19 años, vio la luz en 1862 y se intitula La Novela Histórica. De este volumen sólo se conocen fragmentos, por no haberse vertido al inglés, ni al alemán. Poco después publicó otro libro interesante y de una gran profundidad crítica, El concepto del destino en la tragedia antigua, en el que puede decirse que se hallan ya en germen las ideas fundamentales que más tarde fué desarrollando.
en otras obras. Hacia 1865, apareció otro de sus libros más notables: Estudios estéticos; al año siguiente, el que lleva por título Dualismen i vor nyeste Philosophi, y en 1870 Kritiker og Portræter. Al escribir los dos últimos trabajos, la personalidad de Brandes había llegado ya a la plenitud, y en lo substancial, su concepción no se ha modificado, pues las líneas generales de su pensamiento han triunfado y triunfan aún de las encontradas corrientes ideológicas.

Jorge Brandes, como otros de sus compatriotas y al igual que la mayorfa de los intelectuales de Escandinavia, ha sido un espíritu abierto a las innumerables palpitations de la vida. En 1870 sintió la imperiosa necesidad de abandonar su patria, llevado del propósito de contrastar en la realidad social, las concepciones teóricas y las doctrinas filosóficas y estéticas formuladas por los críticos más prestigiosos de Europa. A este efecto, realizó un largo viaje por Francia, Italia, Suiza, Alemania, Inglaterra y Suecia.

En la vecina República buscó el trato cordial de Taine, Renan y otros hombres eminentes. En la Gran Bretaña fué asiduo contertulio de Stuart Mill, Huxley y varios de los discípulos de Carlos Darwin, engrosando después la falange de los partidarios de la doctrina del autor de El origen de las especies. Fué en Alemania donde permaneció más tiempo, pues residió en Berlín cerca de seis años, durante los cuales llegó a familiarizarse con el idioma tudesco, que escribe con singular corrección. Las revistas que gozaban entonces de mayor difusión, le abrieron sus columnas, habiendo colaborado asiduamente en el Berliner Tageblat y la Deutsche Rundschau. La estancia en Alemania permitió a Brandes enriquecer su cultura, valiéndose del admirable instrumental de que disponen las Bibliotecas berlinesas. En Inglaterra, impresionaron tan vivamente a Brandes las ideas de Stuart Mill, que, deseoso de contribuir al triunfo de los principios de la emancipación femenina, tradujo al danés la obra de aquél autor Subject of Woman (La esclavitud femenina), que entre nosotros tradujo al castellano, doña Emilia Pardo Bazán. También en 1871 publicó el volumen Den Franske Aesthetik i vore Dage.

En 1883 regresó Brandes a su ciudad natal, reanu-
dando sus explicaciones en la Universidad. Sabido es que el ilustre escritor ha sido considerado como una de las personalidades que más hondamente agitaron el alma del pueblo danés. Entre sus compatriotas fueron objeto de vivas y enconadísimas polémicas los principios que sustentaba, tanto en la esfera de la Literatura como en todos los órdenes de la vida colectiva. Y no sólo fueron las clases directoras las que temieron que podría acarrear trastornos al pueblo danés el triunfo del radicalismo brandesiano, sino que hasta los elementos más avanzados acogieron las soluciones preconizadas por Brandes con notoria reserva. Causó inusitada extrañeza en Dinamarca, que un partidario acérrimo de la doctrina liberal individualista, hiciera suya la concepción de Stuart Mill en pro de la emancipación femenina y era también un tanto inexplicable que, no compartiendo Brandes el credo democrático, abogara por los derechos de la mujer.

El célebre crítico comparte la tesis de Carlyle acerca de los héroes y en su teoría filosófico-política, afirma que los hombres representativos han de ser considerados como origen y fin de la civilización. Está tan hondamente arraigado en su espíritu este sentido del valor y de la eficacia, que revisten los hombres cumbres, que ha declarado gallardamente en distintas ocasiones, que de las muchedumbres no surgió jamás una idea grande y que incumbe a unos cuantos elegidos el realizar la tarea hercúlea de impulsar la marcha de la humanidad.

La obra de Brandes, tanto la docente como la realizada en el periódico, la Revista y el libro, es, realmente, extraordinaria. Desde hace más de cuarenta años la celebridad del insigne escritor se ha extendido por el continente entero, trasciendo también al Nuevo Mundo. Se le considera como el primer crítico de la hora actual, habiendo triunfado, más que por imposición de una corriente estética, por irradiar de sus principios teóricos un nuevo sentido de lo que debe ser la función rectora de quienes ejercen la crítica con una gran elevación de miras y un gusto literario depurado. Es digno de singular estudio el triunfo alcanzado por Brandes, por cuanto la producción intelectual en Dinamarca carecía hasta hace pocos lustros, de originalidad, pues aquella pe-
queña nación había experimentado muy encontradas influencias. Conocedor Brandes de la intensa germinación que se ha venido operando en las principales naciones de Europa, acertó a descubrir, después de estudiar todos los credos estéticos, el sentido íntimo del pensamiento de su patria. Muy contados críticos de nuestros tiempos han tenido una visión tan diáfana como Brandes, de la relación y afinidad existentes entre los principales portavoces de las diversas escuelas.

Brandes ha sido y es un denodado luchador, pues ha combatido durante más de cuarenta y cinco años, sin que hiciera mella en su ánimo el tener enfrente a los elementos universitarios, a una gran parte de la Prensa y a todo el mundo oficial danés. Con su pluma acerada puso de manifiesto los errores de los románticos, primero, y más tarde, llegó a convencer a la parte más selecta de la opinión ilustrada danesa, de los perjudiciales que ocasionaba a la comunidad social el predominio del pietismo. El insigne publicista, cuya cultura filosófica e histórica corre parejas con su intuición, amplió considerablemente la esfera de actuación de la crítica; y así su pensamiento vigoroso pudo invadir el campo de la religión, la pedagogía, la política y las disciplinas filosófico-sociales. En este sentido la labor de Geor- gies Brandes es admirable. Ha de reputársele como a uno de los más esforzados portavoces de las innovaciones y tal vez, como al crítico que ha defendido con más gallardía el criterio reconstructor. La influencia ejercida por el eminente maestro de Copenhague es innegable. Ya nadie que tenga un mediano conocimiento del proceso ideológico en los países de la Europa Septentrional, en la Gran Bretaña y en Francia, puede poner en tela de juicio que a Brandes se deben los más notables estudios llevados a cabo en la órbita de la literatura comparada.

Ibsen, Bjornson y, en general, la producción literaria sueca y noruega, hallaron en la pluma de Brandes el más genuino intérprete y amplificador de las nuevas concepciones estéticas inspiradas en el simbolismo. Su obra Hovedstromninger i det XIX de Aahrundredes Literatur. (Corrientes directrices de la Literatura en el siglo XIX), comenzada en 1872 y terminada en 1890, es un monumento de sabiduría, hasta ahora no igualado.
Los seis volúmenes de que consta, constituyen el trabajo más completo que ha visto la luz en el último tercio de la centuria pasada; es este el libro más importante que ha escrito Brandes y uno de los fundamentales porque resulta una maravillosa síntesis del valor y la trascendencia que han alcanzado en el ámbito de la poesía y la novela los hombres más eminentes. La ideología francesa del siglo XVIII, el romanticismo tudesco, la lírica británica, el movimiento renovador de Francia en el primer tercio del siglo XIX y el positivismo y el naturalismo, examinados con una profundidad asombrosa.

También sus estudios acerca de Shakespeare, Byron, Shelley y Julio Lanje, son de los que no se olvidan fácilmente. Lo mismo cabe decir de los análisis de las obras de Victor Hugo, Lamartine y Balzac.

Pero con ser estos trabajos prodigios de crítica clarividente, les supera a todos el que consagrara a Federico Nietzsche, a quien puede decirse que descubrió; tantos son los aspectos en que examina, hasta desentrañarla, la doctrina del infortunado autor de El viajero y su sombra.

Brandes, al exponer su parecer respecto a la dramática noruega, y especialmente, de Ibsen y Bjornson, contribuyó en gran manera al triunfo y al expansionamiento de la literatura noruega y de su sentido revolucionario. El pensamiento eslavo, y de un modo especial Dostoelewski, fueron analizados sutilmente por Brandes, quien vio en el misticismo de los rusos una de las modalidades más vigorosas de la mentalidad contemporánea.

Su semblanza del famoso Sören Kierkegaard, publicada en 1877, es, sin disputa, el más acabado estudio del autor de El Diario del Seductor, al cual tantas veces ha hecho referencia, en nuestro país, Miguel de Unamuno.

Los perfiles que dedicara Brandes a Benjamín Disraeli y a Esaías Tignor, son dos modelos en su género, así como el estudio biográfico y valorativo del gran agitador alemán Fernando Lasalle.

En Leipzig vió la luz en 1899-1900 una edición alemana de las principales obras de Brandes y poco después otra en Inglaterra. En la Deutsche Rundschau de Berlín, publicó Brandes un sinnúmero de artículos estudiando a los grandes poetas modernos. En estos tra-
bajos completa sus juicios acerca de las orientaciones que predominaban en los principales países de Europa, en lo relativo a la lírica. Citar y comentar una por una las obras de Brandes exigiría un espacio mayor del que permite un apunte biográfico.

La influencia ejercida por Brandes en la cultura danesa se manifiesta. En Noruega y en Suecia ha determinado asimismo un movimiento renovador y en Europa entera ha triunfado su concepción estética.

En 1912 se celebró en Copenhague un homenaje dedicado al gran crítico, con ocasión de cumplir los 70 años de edad. Organizáronse varios actos, a uno de los cuales asistió el Rey, que fue el primero en honrar a Brandes, pronunciando un discurso en el que enalteció la labor del anciano profesor, a quien abrazó efusivamente, al mismo tiempo que dirigiéndose a la multitud decía: “Brandes es una gloria de la nación danesa y de la humanidad.”

Georges Brandes ha sido un constante propugnador del no conformismo; su palabra elocuente y su prosa pulcra y vibrante, estuvieron siempre al servicio de las más nobles causas y de las ideas redentoras. Ha tenido en toda ocasión el valor de sus convicciones, que ha sustentado con brío y en determinados instantes impecuosamente. Ni aun en los momentos en que casi Europa entera transigía con el neo-espiritualismo de Ernesto Renán, con el teísmo de Stuart Mill y con las evocaciones cristianas del conde León Tolstoi, Georges Brandes opuso a este modo de sentir una declaración explícita en favor del libre pensamiento, comparando el Evangelio con el Paganismo y mostrando su resuelta simpatía hacia este último, por considerarlo más en armonía con el sentido íntimo de la existencia humana.
El nombre de este filósofo francés es bastante conocido en España; acaso no podría decirse lo propio de su obra, pues, no obstante haber sido traducidos al castellano casi todos sus libros, no alcanzaron el éxito que era de esperar, dada la fama del autor.

Entre nosotros quien primero se ocupó del pensamiento bergsoniano fue el nunca bastante llorado Leopoldo Alas. Con aquella sagacidad que caracterizaba su profundo sentido crítico, Clarín, al aparecer en la Bibliothèque de Philosophie Contemporaine, de París, hacia 1895, la tesis doctoral de Bergson intitulada Essai sur les données immédiates de la conscience, hacía notar, en las explicaciones en su cátedra de Oviedo, lo que, a su juicio, representaba la orientación marcada por el entonces joven filósofo francés. Por aquellos años atravesaba Clarín una aguda crisis espiritual, y entre los pensadores que más influyeran en determinar la reacción antiperpositivista que experimentara el autor de La Regenta, uno de ellos fue Bergson. Al sentir Alas los efluvios del nuevo idealismo, hubo de fijarse, principalmente en William James, Cohen, Africano Spir y Henri Bergson, y así hablaba con entusiasmo de las nuevas corrientes psicológicas, que tendían a restaurar lo esotérico de las concepciones de la existencia.

El neo-espiritualismo fue recibido en España con una gran reserva y casi con hostilidad. Todavía recordamos que el curso de conferencias que diera Clarín, pocos años antes de su fallecimiento, en el Ateneo de Madrid, fue considerado como un fracaso por una parte de la intelectualidad, la que más se agitaba y la que, a la postre, decidió de los éxitos.
En estos momentos en que la obra de Bergson ha obtenido resonante triunfo en el mismo Ateneo y en que la élite de nuestros intelectuales acaba de aclamar al insigne autor de *Matière et mémoire*, no porque acepte el contenido ideológico entero del maestro, sino por mera y baja imitación, conviene recordar que Clarín, anticipándose cerca de cuatro lustros a la crítica francesa, dióse exacta cuenta de la eficacia que habría de revestir la llamada filosofía de la discontinuidad, de la que fueron tipos representativos en la nación vecina Carlos Renouvier, primero, y Emilio Boutroux, después. Bergson, que en cierto respecto es discípulo de Boutroux, ha conseguido aun mayor notoriedad que su maestro y amplió considerablemente los horizontes de esta doctrina, aportando un sinmúmero de puntos de vista y de aspectos completamente nuevos y personales, pudiéndosele considerar en la actualidad como el pensador que más notoria influencia ha ejercido en el psiquismo de la juventud de la tercera República.

El ruidoso éxito conseguido por Enrique Bergson en la última década, débese, indudablemente, más a sus cualidades de teorizante, a sus dotes de expositor admirable. Pocos publicistas de nuestro tiempo han poseído como Bergson el arte de atraer la atención del público ilustrado. Sin embargo, es difícil de explicarse el flujo que ha logrado ejercer entre los elementos selectos de la opinión, porque es de los escritores que menos concesiones hacen al auditorio. Su triunfo débese, quizás, a que los análisis agudos y penetrantes que se advierten lo mismo en sus disertaciones que en sus libros, han logrado despertar los anhelos en muchos espíritus adormecidos, en quienes la inquietud no se había hecho consciente.

En muchas ocasiones ha promovido Bergson en el lector y en el oyente deseos y aspiraciones que, por lo mismo que eran recónditos, no podían convertirse en impulso. No cabe, pues, negar, porque ello constituía una injusticia imperdonable, que Bergson, sin pretenderlo, más, rehuyendo la vulgarización, ha sido, no ya en Francia, sino en Europa entera, el filósofo que más ha contribuido a difundir los postulados del credo pragmatista.

Otro fenómeno curioso y difícil de explicar ofrece
la popularidad alcanzada por Bergson, y es que no puede reputársele como un pensador diáfano y fácil de comprender. No obstante, con sus cursos de conferencias en el Colegio de Francia, logró un éxito jamás registrado en aquel Centro docente, pues llegó a superar al que obtuvo en sus buenos tiempos, Ernesto Renán. Acaso el secreto de la celebridad de Bergson hayamos de buscarlo en que produce en quienes le leen una poderosísima sugestión: primero sorprende y luego, encadena el ánimo de quienes siguen su proceso discursivo. La atracción de su fraseología brillante, es verdaderamente irresistible, y aun cuando en determinadas ocasiones, muchísimas, la disconformidad entre el lector y el maestro, sea completa, su estilo impecable, triunfa y se impone, aun al espíritu crítico más irreductible. Puede, aunque de lejos, paragonarse la labor de Bergson con la de Emerson, si bien el filósofo yanqui es todavía más amable que Bergson y ejerce un mayor hechizo por su espontaneidad. En cambio, la potencialidad discursiva del autor de L'Evolution Creatrice es más vigorosa.

Enrique Bergson se halla en estos instantes en la madurez de su privilegiado intelecto; pues cuenta 63 años, habiendo nacido en París en 1859. Su carrera ofrece singular interés, porque no siguió una senda única, sino que marchó por cauces desiguales. En un principio ingresó como profesor en el Liceo de Enrique IV, donde preparó a un sinnúmero de alumnos para el ingreso en la Escuela Normal Superior. Dos generaciones de educandos pasaron por su aula y a su esfuerzo se debe no poco, del sentido ciudadano y aristocrático, que actualmente poseen los profesores normalistas. Antes, entre los jóvenes que seguían la carrera del Magisterio en Francia, había una cierta prevención por los estudios filosóficos, tal vez porque ello exigía una mayor disciplina mental de la que eran capaces los futuros maestros.

Pero es indudable, que, merced a Bergson, fué desapareciendo la hostilidad de la juventud estudiosa hacia la Filosofía.

Más tarde, al ser nombrado Bergson profesor de la Escuela Normal Superior, su acción cerca de los escolares fué decisiva; más que iniciarles en los estudios filosóficos, aguzaba su intuición, familiarizándoles con los
grandes problemas del pensamiento y de la conciencia. Sin embargo, hasta 1900 el prestigio de Bergson podría decirse que era principalmente didáctico: el pedagogo aún obscurecía al filósofo. También hubo de contribuir eficazmente a la expansión de la doctrina de Bergson, su acceso a la Academia de Ciencias Morales y Políticas en 1901.

Sus lecciones en el Colegio de Francia no tardaron en granjearle la simpatía del gran público elegante, pues era aquel el punto de reunión de la aristocracia de los blasones y del dinero y de las clases llamadas directoras. Las damas más distinguidas, la buena sociedad, todo el París cosmopolita y la gente frívola, acudían a aplaudir las disertaciones de Bergson, sintiéndose todos maravillados ante las disquisiciones del maestro, quien, con una serenidad imperturbable, bosquejaba los problemas de mayor entidad, empleando comparaciones admirables por lo ingeniosas y huyendo de los procesos dialécticos, buscaba en las imágenes y en las frases metafóricas, el medio de dar plasticidad a los conceptos más inextricables.

Otro de los grandes éxitos, y quizá el definitivo, de Enrique Bergson fue su ingreso en la Academia, que, como se recordará, fue considerado como un acontecimiento, no sólo entre sus discípulos, sino entre sus nuevos admiradores del público mundano que va siempre en busca de emociones refinadas y que necesita un ídolo a quien adorar. Estos elementos quizás vieron en Bergson al nuevo paladín de una causa para ellos santa y supusieron que podía ser un formidable contradictor del cientificismo, y creyeron, por lo tanto, que el neo-espiritualismo iba a representar en Francia, la resurrección de los ideales cristianos que parecían esfumados en la conciencia colectiva.

A diferencia de muchos de los filósofos contemporáneos que sintieron la necesidad de aportar su esfuerzo para contribuir a la solución de los problemas llamados palpitanles, Bergson, en vez de prodigarse, prefirió concentrar su atención en un número reducido de temas. No llegan a seis los trabajos que ha publicado. El que inauguró su vida de escritor lleva por título Essais sur les données immédiates de la conscience y apareció en 1889. Sirvióle este estudio de tesis para obtener el gra-
do de doctor. La crítica consideró esta Memoria como una admirable contribución que desde el punto de vista psicológico, no tiene antecedentes en la historia del pensamiento contemporáneo. Con gran penetración expone Bergson en este trabajo, la intensidad de los llamados estados psicológicos, analizando la multiplicidad de los estados de conciencia y la idea de la duración, y por último, se ocupa de la organización de estos estados de conciencia, dando un concepto original de la libertad. Este libro proporcionó a Bergson un legítimo triunfo, pues no sólo en Francia, sino en los principales países de Europa, sobre todo en los grandes centros de cultura, alcanzó la estimación de cuantos se dedican a los estudios de alta especulación.

En 1897 publicó el volumen *Matière et mémoire*, notable ensayo acerca de la relación entre el cuerpo y el espíritu. Este libro es acaso el más claro de todos los producidos por Bergson y el que tiene un mayor valor objetivo. No obstante, la tendencia metafísica que en diversos capítulos se advierte, la labor analítica triunfa de la disquisición. De esta obra existe una muy discreta versión castellana, debida al profesor Martín Navarro Flores.

En 1900 vió la luz *Le Rire*, que mereció de los discípulos de Bergson una acogida más entusiasta aún que las obras anteriores. Por aquel tiempo, la fama del filósofo francés ya se había cimentado definitivamente y su doctrina había irradiado por todos los centros de laborantismo intelectual de Europa y de los Estados Unidos. En *Le Rire* la personalidad de su autor adquiere un mayor relieve y podría decirse que el teorizante y el crítico se compenetran. Junto a los profundos, y algunas veces certeros, estudios analíticos, el pensador especula con serenidad y aborda con ingenio los temas psicológicos de mayor transcendencia. El motivo principal del libro trátilo Bergson con gran competencia, haciendo un verdadero derroche de imágenes sorprendentes, de una belleza no superada, y revelando su absoluto dominio del estilo metafórico.

*L'Evolution Créatrice*, publicado en 1907, obtuvo también un éxito extraordinario y fue como una revelación para algunos núcleos de la intelectualidad francesa que seguían afiliados a la escuela de Teódulo Ribot y habían
hasta entonces acogido los libros de Bergson con cierta frialdad. _L'Evolution Créatrice_ motivó controversias, polémicas y juicios encontradísimos. Al lado de panegíricos calurosos, aparecieron críticas acerbas y casi implacables. Desde entonces, se han escrito acerca de este libro un sinnúmero de ensayos, artículos y volúmenes. Tal vez, hecha excepción de la de Nietzsche, ninguna otra doctrina filosófica contemporánea, ha sido objeto de tantos y tan interesantes estudios críticos y ningún otro autor haya merecido tantas semblanzas y perfiles biográficos. Lo fundamental de los principios sustentados por Bergson, ha sido aplicado por alguno de sus discípulos no sólo a la literatura y la Historia, sino también a la Política y la acción social.

Como dato algo desconcertante para la Historia crítica de la Filosofía actual, merece registrarse el hecho de que, tanto entre los que han ensalzado a Bergson como los que han censurado su doctrina, figuran personalidades pertenecientes a las más distintas escuelas filosóficas y a los más diversos partidos políticos. No obstante, examinando a fondo la doctrina de Bergson, se comprende que los caracteres audaces elogiaran al autor de _Matière et Memoire_, porque, en realidad, Bergson, en cierto respecto, ha llevado a cabo una obra de transformación, ya que, con un criterio innovador, desbrozó no pocos de los prejuicios que existen en la órbita de los hábitos psicológicos. A su espíritu sutilísimo, deberá la cultura de nuestro tiempo, fórmulas hasta ahora ignoradas y una precisión y exactitud prodigiosas, para expresar en términos sencillos, imágenes dinámicas, que hacen asequibles a la muchedumbre ilustrada cuestiones que, con la fraseología propia de los filósofos neohegelianos, exigen una interpretación que suele ser siempre difícil.

Bergson, en varias de sus conversaciones, hizo una defensa vehementeísima del sistema por él seguido, que consiste en despertar en el lector o en el oyente las inquietudes de espíritu, las dudas, las zozobras, la inestabilidad de los juicios y el continuo fluir de las ideas, en las mentes cultivadas y en aquellos cuyo yo íntimo no ha sido falseado por la sistematización farrogo-sa. Sea cual fuere la valoración que se dé a la concepción del universo, de la vida, de la sociedad y del individuo, no puede negarse el mérito altísimo de la labor de
Bergson, que siempre ha procurado que aflorase a la superficie el ego profundo que existe sobterrano por una serie de superposiciones en el individuo y en la colectividad. En Bergson, la reflexión, en vez de enquistar su espíritu, lo ha hecho sobredinámico y es que, por encima de todo, el filósofo francés es un rebuscador y un disector del alma humana y su mayor preocupación, quizá la única, es la intensificación del esfuerzo consciente. Por esto, sin duda, apenas le interesa la extensión de los conocimientos. En Moral y en Estética el pensamiento bergsoniano, ha alcanzado una transcendencia que sería pueril pretender aminorar. La Etica, en sentir del gran teorizante, es más que probable que conserve un fondo de religiosidad. Claro es que entendida en un sentido amplísimo, nunca encuadra en un credo determinado.

Dijo Bergson en una entrevista que tuvo en marzo de 1916 con el reputado cronista, Corpus Barga, que "sería de desear que los grandes artistas se ocuparan de Estética, pero sucede que los genios del arte prefieren producir a estudiar el proceso de su producción. En tales condiciones, corresponde a los filósofos tomar en sus manos los estudios estéticos. Como son ellos mismos escritores, las obras de éstos les proveen, naturalmente, de la mejor materia de estudio estético. Por ejemplo: yo considero como muy fecundos los estudios de los filósofos españoles sobre el Quijote."

Bergson cree que el filósofo no tiene necesidad de emplear un vocabulario distinto del literato y que con las palabras corrientes, puede expresar las ideas. Como todo escritor, el filósofo no debe proponerse escribir, o sea ensamblar artificialmente palabras, sino que únicamente debe preocuparse de ver. Si realmente ha visto, las expresiones acuden de un modo espontáneo a su memoria, y en número tan grande que no existe otra dificultad que la elección. Pero para ver hay que dejar de lado las ideas y las locuciones hechas. De ahí, que para escribir bien, sea preciso, primero, desaprender y olvidar, y luego mirar y ver. Saliendo al paso a los críticos que le reprochaban que emplease las imágenes para expresar su pensamiento, afirmaba Bergson: "las palabras abstractas suelen ser antiguas imágenes, muertas y secas. Ello no quiere decir, sin embargo, que la imagen
tenga un mayor valor que la abstracción, sino que es preciso emplear una y otra."

Bergson no es, propiamente, un hispanófilo, pero tiene una gran simpatía intelectual y cordial por el movimiento de las ideas en España. Admira a nuestros místicos y conoce a fondo las actuales direcciones de nuestra producción, especialmente, a Unamuno, Ortega y Gasset y Manuel García Morente. Aunque dice no dominar el castellano, lo lee con bastante corrección.

Al estallar la guerra europea, ocupaba Bergson la presidencia de la Academia de Ciencias Morales y Políticas, de París, y en la solemne sesión celebrada en 12 de Diciembre, de 1914 pronunció un discurso, admirable, como todos los suyos, del que entresacamos el siguiente párrafo: "Se ha dicho que la última palabra de la Filosofía era comprender y no indignarse. No sé, pero si tuviese que escoger, preferiría, delante del crimen, indignarme y no comprender."

En los años terribles de la epopeya, Bergson, como Boutroux y otras grandes figuras de la mentalidad de la nación vecina, fueron considerados como los propulsores de la nueva Francia. Efectivamente, en varios de sus artículos de revista y en sus conferencias, no dejó Bergson de estimular el alma de su país, incitándole a la defensa. En este sentido, el patriota se impuso al ideólogo. Después de todo, este mismo fenómeno se advirtió en todos los países beligerantes, y la conducta de Bergson y de sus colegas, los sabios y los teorizantes, de Francia, fue una gallarda y noble respuesta a la actitud de los universitarios alemanes.
EMILIO BOUTROUX

Analizando el pensamiento francés del último cuarto del siglo pasado en el que Fouillée, Guyau, Teófilo Ribot, Payot, Arreet, Paulhan, Dugas, Queyrat y otros publicistas, tanto contribuyeron a la sistematización de la corriente filosófico experimentalista, adviértase que, paralelamente a esta dirección, existía un movimiento neo-espiritualista que en un principio encarnó Carlos Renouvier, contribuyendo luego al incremento que alcanzó tal escuela Emilio Boutroux, que fué considerado, no sin motivo, como el más genuino tipo representativo de la Universidad de Francia, por haber vinculado en su personalidad, de una parte, el espíritu comprensivo, la sutileza en la analítica de los sentimientos y una cultura variada y extensísima y de otra, una gran potencia escrutadora y un arte realmente sorprendente para exponer en prosa fácil y nítida, los problemas filosóficos y científicos de nuestra época.

Boutroux era un enamorado del método, de la exactitud; de suerte que jamás se dejó llevar por las exaltaciones. No obstante ser un ideólogo, quizá más que un pensador, y haber propugnado las soluciones del nuevo idealismo, ni en sus libros ni en su labor docente observanse altibajos. Aunque parezca paradójico, el panegirista de la discontinuidad reveló siempre, lo mismo en sus tareas didácticas que en todos sus libros, una continuidad de esfuerzo verdaderamente admirable. Substrayéndose constantemente a las crisis, fiel a lo que constituyó su principio fundamental, fué desarrollando con extraordinaria energía su concepción teórica, estructurando en los menores detalles el concepto de lo discont-
nuo y dedicando su atención, principalmente, hacia las pequeñas diferencias.

Boutroux comenzó su apostolado en instantes en que la idealidad francesa atravesaba un período un poco difícil. Hacia falta, era indispensable, ampliar el campo de la visión especulativa, sacudir la modorra, vigorizar el psiquismo, creando el ambiente intelectual y llevando a Francia el contenido del pensamiento de otras naciones. Su influencia en la actividad mental de la tercera República, fue, indudablemente, fecunda, porque consiguió inyectar en la tradición filosófica francesa la nueva savia de la cultura tudesca. En este sentido, no puede desconocerse el valor renovador que representó la actuación docente y literaria del insigne profesor francés. Hecha excepción de Teódulo Ribot y acaso de Gustavo Le Bon y Alfredo Fouillé, no existe en la nación vecina quien pueda ser colocado al lado del egregio autor de la obra De la idea de ley natural.

Esteban Emilio Boutroux nació en Montrouge (Sena) en 28 de Junio de 1845, ingresando muy joven en la Escuela Normal de París, en donde bien pronto hubo de distinguirse como uno de los alumnos más inteligentes y que se hallaban mejor dispuestos para la enseñanza. Una vez terminados sus estudios, siguiendo los consejos de su maestro Lachelier, que, como es sabido, fue uno de los más entusiastas propagandistas de la escuela Kantiana, Boutroux se dirigió a Heidelberg, donde, bajo la dirección del célebre Eduardo Zeller, estudió concienzudísimamente la cultura griega. En 1876, de regreso a su país, fue nombrado profesor de Filosofía en la Universidad de Montpellier. Después pasó a Nancy y en 1877 se le confió la cátedra de Historia de la Filosofía en la Escuela Normal de aquella ciudad, pasando en 1888 a desempeñar en la Sorbona la propia cátedra.

Boutroux formó tres generaciones de escolares y aun puede decirse se honran con el título de discípulos suyos publicistas tan eminentes como Durkheim, Bergson, Delbos, Lévy-Brühl y tantos otros hombres esclarecidos, que conquistaron en la cátedra, el libro y la tribuna parlamentaria, un lugar distinguido. En la esfera del pensamiento, afilióse Boutroux, desde la moacidad a la escuela criticista, siendo un gran admirador de Kant. Ya en sus primeros libros observase que se pro-
puso dar nueva vida a la doctrina de Maine de Birau y de Renouvier. Su tendencia a considerar la metafísica como una necesidad de la conciencia intelectual, llevóle a dedicar una gran parte de sus estudios al libre albedrío y el problema de la ley de causalidad, en sus diversas formas, ha sido una de sus preocupaciones. Principalmente, fijóse en el examen de este problema, demostrando cuán lejos se halla el pensador de descubrir la perfecta ejecución de dicha ley, cuando se concibe bajo la forma rigurosa o se le aplica la concepción mecánica del Universo.

Boutroux coincide en algunos aspectos con Augusto Comte, cuando el fundador del positivismo acentuaba la disconformidad de los principios al pasar de una disciplina científica a otra. Como obra psicológica, son dignos de pasar a la posteridad los análisis en que Boutroux prueba que nuestra libertad es la causalidad y que aquélla no se puede probar de un modo inmediato, sino que halla su manifestación en el proceso de la conducta humana, siempre que el individuo se substraiga al hábito.

En 1874 en el volumen intitulado De la contingence des lois de la Nature, comenzó Boutroux a plantear esta transcendental cuestión, que no ha dejado de estudiar en otros de sus libros más conocidos. De este notable libro existe una versión castellana debida a Diego Ruiz. Es un volumen que debieran haber leído cuantos españoles aspiren a desentrañar lo que significa la contingencia en la vida del Universo.

En el propio año de 1874 vió la luz el estudio, escrito en latín. De veritatibus æternis apud Cortesium, su tesis doctoral. Al año siguiente apareció La Gréce vaincue et les premiers stoiciens, obra que refleja claramente el gran dominio que tenía Boutroux de la mentalidad griega. En este sentido, su labor, aunque más modesta, puede ser comparada a la de Gompers. En 1880 publicó La Monadologie de Leibnitz, estudio muy substancioso que en Alemania fue elogiadísimo, especialmente por Luis Steín, en su libro Leibnitz und Spinoza. En 1883 apareció su otro libro dedicado a estudiar el pensamiento helénico y que se titula Socrate fondateur de la science morale, con el cual cerró sus ensayos acerca de la filosofía de Grecia. En 1886 en el volumen Les nouveaux essais de Leibnitz, insistió en algunos de los puntos de mira
que sustentara anteriormente. En 1888 publicó *Le Philosophe allemand Jacob Böhme*, haciendo un completo estudio de aquel místico y teósofo, a quien se conoce con el nombre de *philósophus teutónicus*. En 1895 sintió Boutroux la exigencia espiritual de reunir sus observaciones y experiencias como pedagogo, condensando su propia manera de ver acerca de las relaciones que deben existir entre la función del maestro y los principios de la ética en el volumen *Questions de Morale et d'education*. Este es indudablemente, uno de los trabajos en que Boutroux logró encuadrar más cumplidamente su pensamiento teórico, acomodándolo a las imperativas necesidades del magisterio. Los jóvenes que han cursado en las Universidades y aun en algunos Liceos deben a Boutroux una dirección circetera para poder cumplir su misión, salvando los escollos que muchas veces hacen ineficaz la labor altruista de los educadores.

Boutroux ha contribuido tanto como Henri Marion, el gran psicólogo de la mujer francesa, a forjar el alma de los profesores de la tercera República, y, aun aquellos que parecen desdenar el sentido metafísico, declaran noblemente que el anciano profesor y publicista francés es acreedor al respeto y a la admiración de todos los espíritus nobles que suspiran por un porvenir mejor.

Uno de los conceptos de la doctrina de Boutroux, que han sido objeto de más prolijo examen es el de considerar el libre desenvolvimiento por formaciones nuevas como lo que hay verdaderamente digno de operación y eficacia en la existencia propiamente dicha. El filósofo francés agrega que las formas y leyes constantes sólo son, en puridad, lo que se llaman resultados. Esta viene a ser la tesis fundamental que desenvolvió en su obra *De l'idée de la loi naturelle dans la science et la philosophie* (1895). Cuando Boutroux concibió este libro aún no había aparecido el titulado *Especies y Variedades*, en el que Hugo de Vries expuso su teoría de las mutaciones súbitas. Hizo resaltar además, Boutroux, otro principio acerca de la constancia de los procesos de la naturaleza, afirmando que las denominadas leyes de la naturaleza, bajo el aspecto de la teoría del conocimiento, son el conjunto de métodos que hemos hallado para asimilar las cosas a nuestro intelecto, tendiendo a ajust-
tarielas al cumplimiento de nuestras voluntades. Dice Höffding que Boutroux se aproxima en sus observaciones a la denominada teoría económica del conocimiento. No llegó el profesor francés a desarrollar por completo, su concepción teórica, porque, de seguir el método comenzado, habría tal vez adquirido la convicción de que el caso, que interpretó como la expresión de la libertad, tan sólo, en sentir del crítico danés, designa una limitación negativa de las tareas del investigador y en ningún caso puede considerarse tal limitación como definitiva, sino que se debe a la escasez de medios o a lo limitado de la visión para conseguir inducciones certeras.

Boutroux fue un ideólogo insigne, una mente cultivadísima y un expositor realmente notable, pero como pensador no cabe negar que incurrió en el grave error de la unilateralidad. Por esto, partiendo de premisas verdaderas, llega a veces a conclusiones que la crítica estima arbitrarias y precipitadas. Su doctrina de la discontinuidad se ha convertido en un principio dogmático, por haber dado a las desviaciones y divergencias bruscas un carácter absoluto. Los discípulos del antiguo profesor de la Sorbona, haciendo hincapié en algunas particularidades de su teoría, exageraron el alcance de determinadas conclusiones a las que nunca debió darse más que un valor meramente provisional. Por lo que atañe al neocriticismo representado por Boutroux, así como el sistema de lo discontinuo, la crítica objetiva, imparcial, serena, puede sentar la afirmación de que del sistema no quedará probablemente más que lo relativo a la dirección, por lo que tiene de espíritu estimulante y de anhelo cordial. En cambio, en lo relativo a la creación definida murilada, pasará como tantas otras doctrinas a engrosar la historia de las crisis teóricas.

Mayor valor puede asignarse a los trabajos de búsqueda y de erudición llevados a cabo por Boutroux en el último período de su actividad intelectual. Me refiero a sus dos libros Etudes d'histoire de la Philosophie, publicado en París en 1897, y Pascal, que apareció al año siguiente. En 1899 vió la luz otro de sus libros más interesantes, el intitulado Morale Sociale, que merece ser leído con devoción, porque contiene un examen profundo de la vida social contemporánea en sus varios aspectos,
sobre todo, en lo que concierne a las costumbres y hábitos. No tiene, sin embargo, este libro la frescura de estilo ni la sagacidad analítica, ni la potencialidad reflexiva que avaloran el de H. Marion, *La Solidarité Morale*, obra que no ha envejecido y que siempre se consulta con provecho. En 1908 reunió Boutroux en el volumen *Science et Religion dans la Philosophie contemporaine*, los resultados a que llegó en su meditación respecto a las características peculiares del espíritu religioso. Propuso determinar el valor de la conciencia ante los problemas de lo que llama James la experiencia religiosa, y, llevado de su propósito de teorizar en materia tan espinosa, consagróse afanosamente a buscar los medios más adecuados para hallar una forma de armonía, en la cual pudieran convivir los resultados a que ha llegado la investigación científica y el sentimiento de religiosidad. No sólo en la cultura francesa, sino en los Estados Unidos y en Inglaterra, algunos pensadores, al sintetizar sus juicios acerca de la dirección biológica en la teoría del conocimiento, fueron más allá de lo que aconsejaba el verdadero sentido de la crítica filosófica, y el desdén con que fue tratada la doctrina del positivismo, por una parte, y por otra, el haber considerado que esta ideología había fracasado, salvándose tan sólo la parte metodológica, es uno de tantos errores que registrará la historia del pensamiento cuando se depure y contraste el valor y la eficiencia intelectual y social de ambas direcciones de la mente contemporánea: determinismo y espiritualismo. Probablemente no tardarán en suscitarse polémicas al examinar desde nuevos puntos de mira las escuelas científico-filosóficas, sus orígenes, su desenvolvimiento, sus condiciones íntimas y su eficiencia para el porvenir de cada una de ellas.

No obstante, los reparos opuestos a la doctrina de Boutroux como concreción sistemática, la obra del actual profesor y director de la *Institución Thiers* ha merecido la estimación de todos los espíritus imparciales y aun de algunos de sus adversarios. Cierto es que Boutroux vino a significar uno de los momentos culminantes de la reacción antipositivista y que algunos de sus discípulos, como se advierte leyendo el libro de Lechalas *Les lois naturelles d'après M. Boutroux* exageraron, dándoles valor de universalidad, aplicándolas a la Moral, la
Religión y la Política y convirtiéndolas en preceptos y reglas, las apreciaciones predominantemente especulativas del fundador de la escuela de la discontinuidad.

Una objeción de cierta importancia podría hacerse a Boutroux, a igual que a Durkheim, Bergson y Bouglé: la desmedida simpatía que sintieron hacia el psicismo alemán y la preferencia con que adoptaron los métodos de trabajo de las Universidades tudescas, llevando al alma latina el conceptismo abstruso de Germania y el sentido dogmático que informa la mayor parte de la metafísica de más allá del Rhin. Boutroux, que, como es sabido, tradujo en 1877 la obra monumental de Eduardo Zeller, *Philosophie der Griechen*, durante más de 40 años trabajó con celo digno de mejor causa y con una sinceridad a toda prueba para familiarizar al público ilustrado de Francia con la mentalidad germánica, acomodándola al genio galo. En estos últimos tiempos, el anciano filósofo, llevado de un honrado entusiasmo patriótico, escribió páginas vibrantes, en las que, rectificándose a sí mismo, formuló juicios acerados y de una aversión no disimulada contra Fichte y otras grandes figuras de Alemania. Conviene reconocer, sin embargo, para explicarse la actitud airada de Boutroux, que sus escritos son una digna respuesta al manifiesto de los profesores alemanes y una protesta viril contra las crueldades cometidas por el ejército teutón en Bélgica y en los departamentos franceses ocupados por los invasores.

La obra de Boutroux, considerada en conjunto, es variosísimas y en el aspecto pedagógico constituye una ejecutoria que podría calificarse de muy fecunda. En cambio, su labor de ideólogo y de pensador debe ser acogido con todo género de reservas, ya que, aceptada en sus líneas fundamentales, marca un derrotero que conduce de una manera sucesiva a dar nueva vida a valores intelectuales y éticos que parecían ya definitivamente desaparecidos. Su tendencia especulativa se aparta algunas veces de la verdadera metodología comparativa, concediendo un alcance desmedido a hipótesis y a inducciones que no tienen otra base que el deseo de creer. Los avances del paganesimo en Francia, que han desviado a una parte de la intelectualidad, llevándola hacia un misticismo vago y caótico, débese, en primer término, a las ideas de Boutroux y después, a la corriente intuicio-
nista preconizada por Bergson. Mas no obstante, el éxito alcanzado por el neo-espiritualismo, puede afirmarse que la idealidad del pueblo francés, una vez terminada la guerra, seguirá por otros cauces y que el sentido teórico y abstracto habrá de ceder el paso al nuevo científico, que triunfará, a la postre, de las logomachías y peticiones de principio que informan este falso idealismo dinámico.

Boutroux falleció en Diciembre último.
OLIVER J. LODGE

Uno de los grandes éxitos alcanzados en las últimas décadas por la ciencia británica, obtuvo el renombrado físico Oliver J. Lodge. El aspecto en que triunfó este ilustre maestro fue, no en el propiamente científico, sino por haber cultivado la psico-filosofía.

Lodge es un neo-espiritualista que ha llevado a las disciplinas psicológicas un sentido de profunda investigación que, indudablemente, ha sido por demás fecundo. La psico-física, aunque en gran parte obra de los indagadores alemanes debe también a los sabios ingleses un sinnúmero de contribuciones que ampliaron en no escasa medida el dominio de esta rama de los acontecimientos en la hora actual.

Oliver J. Lodge es quizá uno de los tratadistas que con más claridad de juicio contradijeron la tesis de Ernesto Haeckel acerca del monismo. Su refutación de la doctrina haeckeliana es interesantísima, y lo que vale más, en algunos respectos pone en evidencia los errores y las precipitaciones en que incurriera el filósofo de Jena.

Oliver J. Lodge nació en Penkhull (Staffordshire) en 12 de junio de 1851. Cursó en la Universidad de Londres la Jurisprudencia y las Ciencias físico-químicas. En 1881 fue nombrado profesor de Física en la Universidad de Liverpool. En 1899 presidió la Sociedad inglesa de Física. En 1902 se le concedió el título de Caballero, por sus grandes merecimientos como investigador. Desde 1900 ha venido ejerciendo el rectorado de la Universidad de Birmingham.
temporáneos, que sintió más hondamente la inquietud íntima ante las dudas que surgían en su espíritu al advertir que los progresos científicos no colmaban su ansia de explorar en el ámbito de los fenómenos de la conciencia. En 1901 dió Lodge un gran impulso a la investigación de los problemas psíquicos. En este orden de estudio alcanzó el ilustre profesor una gran notoriedad, y en su labor como publicista ha descollado tanto o más que en su dilatada labor de físico y de electricista. En 1913, puede decirse que Oliver J. Lodge obtuvo la consagración del mundo docto, al ocupar uno de los lugares preeminentes en la “Asociación Británica para el Progreso de las Ciencias”; conocida es la actuación de esta importante entidad, que ha venido marcando los derroteros que había de seguir la cultura científica en los demás países occidentales.

Oliver J. Lodge, como escritor, tiene una brillante ejecutoría, comparable a la de William James. Entre otros libros, ha publicado los siguientes: Elementary Mechanics (1877); Pioneers or Science (1893); Modern views of Electricity (1894). Posteriormente dió a la estampa varios notables estudios y ensayos que revelan una gran profundidad en la indagación, como los intitulados Lightuing conductors and Lightuing Guards (1900); Electrons (1902); The Ether of Space (1903), en el que sustenta su parecer de que el éter posee propiedades que le asemejan a los fluidos de la materia.

En el último período de sus trabajos científicos, Lodge dedicó su atención al examen de los problemas filosóficos, publicando sucesivamente los volúmenes Man and the Universe (1900), The Survival of man (1904); Reason and Belief (1905), Life and Matter (1905); que dos años después fué vertido al francés por el ilustre Maxwell, y The War and Aster (1916).

Este estudio del rector de Birmingham fué muy controvertido, dando lugar a innumerables disquisiciones filosóficas y científicas. En Inglaterra la doctrina de Lodge obtuvo un éxito resonante, y no cabe negar que llegó a formar escuela. Afirma que el espíritu ejerce una acción respecto a las fuerzas de la materia, impulsándolas y aun dirigiéndolas. Lodge supone que la existencia rebasa las limitaciones del mecanicismo, y por esto considera que el proceso de la evolución ascendente no cabe ex-
El 28 de febrero de 1919, Oliver J. Lodge presentó la dimisión del importante cargo de “Principal” de la Universidad de Birmingham, que desempeñaba desde hacía algunos años, para dejar el puesto a un hombre más joven y para dedicarse a sus estudios sobre el éter.

Y aquella misma tarde, ante la Royal Institution, dió una conferencia sobre este tema, al que viene consagrándo su actividad desde el año 1911.

“Nosotros—dijo al empezar su conferencia—nos estamos moviendo en este instante a la velocidad de 30 kilómetros por segundo, o quizás más grande, y, sin embargo, no tenemos noción de la intensidad ni de la dirección de nuestro movimiento. Los sentidos humanos no son capaces de apreciar la velocidad, aunque sí la aceleración, como lo hemos experimentado todos en un ascensor o en un ferrocarril. Y esta falta de sentido de la velocidad es la causa de nuestra ignorancia acerca de los desplazamientos a través del espacio y del éter”

El principio de la relatividad cierra toda esperanza al logro del exacto conocimiento de nuestra velocidad absoluta respecto al éter. Pero pronto hemos de saber si es o no cierto ese principio.

Partiendo de él, se ha llegado a una predicción concreta: la de que un rayo de luz procedente de una estrella, y rozando el disco solar, debe desviarse un arco de un segundo y tres cuartos. Y el día 29 de Mayo próximo, en el eclipse de sol, visible en el Brasil, se confirmará o se refutará la profecía.

Los experimentos realizados para ver si la luz invertía igual tiempo marchando en el mismo sentido, o en el contrario, que la corriente de éter (a causa de las interferencias producidas por las dos mitades de un rayo de luz) fueron también descritos por el conferencian te, que además ha construido un aparato especial compuesto de dos discos horizontales de 90 centímetros de diámetro, a una distancia de 2’5 centímetros, con cuatro espejos montados en los extremos de dos diámetros perpendiculares, y que giraban a razón de algunos miles de vueltas al minuto. Las diez bandas de interferencia que pensaba ver sir Oliver si el éter hubiera sido
arrastrado por el movimiento de los discos, no fueron observadas, a causa de la fuerte corriente de aire que se produjo. El autor piensa usar ahora su aparato para demostrar la teoría eléctrica de la cohesión.

Hablando de la pequeña de los átomos, dijo después que si tuviésemos un globo de dos centímetros y medio de diámetro lleno de aire y sacásemos los átomos con una bomba que extrajese un millón cada segundo, necesitaríamos medio millón de años para vaciar completamente el globo.

Su comparación entre lo muy grande y lo muy pequeño fue el final de la conferencia. Los átomos constituirán tal vez, sistemas planetarios análogos al nuestro, y alrededor de su núcleo central girarán los electrones como giran los planetas en torno del sol. Esta astronomía del átomo es la que ha de abrir nuevos caminos al progreso. No basta estudiar las propiedades de la materia que hablan a nuestros sentidos; es preciso conocer también las del éter que hablan sólo a nuestra inteligencia.

En conjunto, la obra de Oliver J. Lodge es muy notable. Como físico, sus investigaciones ocupan un lugar realmente envidiable. Como filósofo, su doctrina acaso se resienta de los mismos defectos que tan acerbatamente censurara al analizar la concepción monista del Universo. No obstante su agilidad, Lodge incurre en errores casi imperdonables. Sus síntesis son producto de una visión en cierto modo unilateral.

La característica principal de Lodge consiste en sus grandes dotes de expositor metódico, claro y elegante; su estilo, sin dejar de ser modelo de precisión, es asequible al gran público. Lodge, como nuestro inolvidable don José Echegaray, sabe dar amenidad a los temas científicos más áridos, y es que el célebre publicista británico es, ante todo, un pedagogo y un escritor.
RAMIRO DE MAEZTU

Cuántos se dejaron llevar por un optimismo a todas luces subjetivo, a raíz de nuestro desastre colonial, creyeron, sin duda, que al liquidarse en definitiva los últimos restos de la grandeza y poderío de España, la conmoción que el hecho había de producir en la opinión pública del país, determinaría una corriente psicológica capaz de levantar de su postración al espíritu nacional.

La conciencia colectiva, no obstante las continuas y en ocasiones acertadas campañas estimulantes que emprendieron determinados elementos, como la Cámara Agrícola del Alto Aragón, la Asambea de las Cámaras de Comercio, y, por fin, la Unión Nacional, no llegó a reobrar, ni siquiera a adquirir una noción de cuáles eran nuestros males, ni los medios y procedimientos para mejorar nuestra situación en todos los órdenes de la actividad, desde lo más elemental de la enseñanza hasta lo más transcendental de la vida de los pueblos: el ideal colectivo.

Además de los intentos llevados a cabo por varios núcleos importantes, surgieron individualidades fuentes, temperamentos vigorosos, hombres anhelantes que, sintiendo la necesidad de colaborar en la obra difícil y erizada de peligros, de la entonces denominada regeneración, aportaron su esfuerzo inteligente y sincero al movimiento psicológico y normativo, que se iniciaba en los distintos estamentos de la sociedad española.

No porque el éxito real y efectivo no acompañase a las laudables tentativas que se hicieron para llegar al ansiado resurgimiento, es menos digna de elogio la labor que emprendió aquella pléyade de escritores, ate-
nefistas y pensadores, a quienes se denomina “la generación del 98”. De entre todos los intelectuales que hicieron sus primeras armas en aquel período angustioso, no tardó en destacarse la personalidad de Ramiro de Maeztu, que en el semanario *Vida Nueva*, de Madrid, escribió una serie de artículos notabilísimos, estudiando la vida social española desde un punto de vista muy personal.

Subrayándose casi totalmente a las influencias del ambiente sentimental y patriótero, forjóse Maeztu una concepción de la realidad hispánica, por demás original, y planteó los problemas colocándose en una posición objetiva, equidistante del lirismo político y del materialismo económico y se hizo cargo de que lo somático tenía tanta o más importancia que el factor ideológico.

En vez de buscar en los libros los elementos de renovación de nuestro conglomerado nacional, proyectó Maeztu su analítica en todos los ámbitos de la actividad del país y descubrió la carencia de nexo entre los diversos factores, que deben constituir el desenvolvimiento colectivo. Acertó a rechazar los tópicos y puede decirse que en toda su actuación, se advierte un honrado cientificismo pragmático. Maeztu tendía a que nuestros hombres de pensamiento y nuestros estadistas, se preocuparan de convertir las exigencias imperativas de la masa social en ideales-fuerzas, que una vez compartidos por la élite de todas las clases de la sociedad, encausaran en las elevadas esferas del Poder público.

El espíritu innovador de Maeztu y su lógica positivista respondían, sin embargo, a una alta idealidad; sus principales estudios eran una manifestación concreta y categórica de que no bastaba entonces, como no basta ahora, con diagnosticar nuestros padecimientos, sino que era y sigue siendo indispensable poner una firme, resuelta y sostenida acción, al servicio de los ideales, ya que de otra suerte, todas las fórmulas carecen de eficacia y los más bellos programas son recibidos por la opinión con la reserva natural.

En 1899, en el volumen *Hacia otra España*, que dedicó al doctor Verdes Montenegro, reunió Maeztu los principales ensayos de aquella notable campaña, en la que conquistó justo renombre y, lo que vale más, afirmó
su criterio independiente, libérrimo, basado en el más profundo sentido ético.

Ramiro de Maeztu nació en Vitoria el 4 de Mayo de 1874; su padre era español y su madre inglesa. Cursó el Bachillerato en el Instituto de su ciudad natal. A los quince años hubo de interrumpir los estudios por haber tenido necesidad su familia de ausentarse de España. Residió durante algún tiempo en París, dedicado exclusivamente a los negocios, y después en la Habana, donde también empleó gran parte de su actividad en asuntos mercantiles. A su regreso a España en 1893, desembarcó en Bilbao, y allí permaneció tres años, dándose a conocer como escritor en la Prensa de aquella capital. A los veintitrés años, no acomodándose a su modo de ser el ambiente bilbaínno, se trasladó a Madrid, publicando sus primeros artículos en el semanario Germinial, que dirigía Joaquín Dicenta. A los veinticuatro años ingresó en filas, siendo destinado a un regimiento de guarnición en Palma de Mallorca. Durante su permanencia en la capital isleña, compartiendo los deberes militares con sus aficiones, visitó los centros literarios, donde trabajó amistad con Juan Alcover, Miguel S. Oliver, entonces director de La Almudaina; Gabriel Alomar, y otras figuras de las letras baleares. Hallándose en Palma, tradujo y prologó la célebre novela de Sudermann, El Deseo; al propio tiempo, escribió una serie de artículos exponiendo su marcen de apreciar la función de la crítica, que aparecieron en El País, de Madrid, y que fueron muy discutidos.

Afirmaba Maeztu, en contra del sentido rígido y severo, predominante en la literatura madrileña, que en los escritores mediterráneos había más substancia y más alientos de modernidad que en los del resto de España.

Terminado el servicio militar, se estableció en Madrid, comenzando su colaboración asidua en El País, y más tarde en El Imparcial, Diario Universal, y en el periódico España, que dirigía el notable articulista don Manuel Troyano, y en el cual afianzó su personalidad Martínez Ruíz, que a la sazón, empezó a firmar con el pseudónimo de Azorín, personaje principal de su novela La Voluntad.

Al percatarse Maeztu del definitivo fracaso de los escritores y políticos que impulsaron el movimiento de
renovación, sintió un hondo desfallecimiento y se ausen-
tó de España en 1904, fijando su residencia en Londres, 
donde dedicó su actividad a escribir crónicas para La 
Correspondencia de España y La Prensa, de Buenos 
Aires. Desde las columnas del antiguo periódico que 
fundara Santa Ana y que remozó Leopoldo Romeo, fué 
Maeztu orientando al gran público durante un lustro, 
en lo relativo a las cuestiones económicas y el comer-
cio exterior y los aspectos psicológicos de la vida mer-
cantil. Luego, hacia 1910, fué corresponsal y colabora-
dor del Heraldo de Madrid, en el que expuso con gran 
brillantez y profundo conocimiento de los hábitos y las 
tendencias de la política británica, las direcciones del 
partido liberal, del laborismo y de cuantos organismos 
y agrupaciones coadyuvaban en la tarea de reconstitu-
ción de las fuerzas democráticas de Inglaterra.

De todos los trabajos publicados por Maeztu en el 
Heraldo, los más sobresalientes fueron los dedicados a 
la Geografía y a la Psicología de aquel gran pueblo.

La circunstancia de haber estudiado en sus líneas 
generales la estructura y las funciones del mundo so-
cial del Reino Unido, llevó a Maeztu a preocuparse de 
los fundamentos filosóficos, de las agrupaciones polí-
ticas, de las teorías económicas, de las doctrinas socia-
les y de la organización de la enseñanza, de la bene-
ficencia y la acción corporativa en sus múltiples as-
pectos.

Sus inquietudes espirituales, su constante laboreo in-
telectual y su afán indagador y su ansia de buscar nue-
vos horizontes a la mentalidad española, impulsaronle 
a hacer frecuentes viajes a Alemania, precisamente en 
el periodo de 1909-1914, en que en las Universidades de 
Jena y Marburgo, ampliaban sus estudios Ortega y Ga-
sset, Federico Onis, Fernando de los Ríos, Rivera Pas-
tor y otros jóvenes profesores.

Temperamento entusiasta y vehemente, halló Maez-
tu en la cultura teutónica, nuevos estímulos para el 
alma española, y no vaciló en hacer profesión de fe de 
neo-kantiano, considerando que en el idealismo cien-
tífico alentaban nuevos gérmenes, no sólo psicológicos, si 
que también éticos.

En ciertos respectos, se explica la sugestión que en 
Maeztu ejerció la Metafísica judesca, por cuanto no sólo
fueron algunos publicistas y profesores españoles quienes exaltaron las corrientes del pensamiento filosófico alemán, sino que también entre la élite de Francia, Italia y aun de Inglaterra, se produjo el mismo fenómeno. Existía en casi toda Europa una gran admiración hacia la actividad especulativa de Alemania, y fue preciso que viniese un gran acontecimiento como la guerra, para que se desvaneciese la leyenda de la superioridad mental de la Nueva Germania.

Algunos espíritus superficiales censuraron a Ramiro de Maeztu su total alejamiento de la vida pública española, y sobre todo la aversión, que siempre ha sentido el ilustre cronista hacia los militantes de la política, que en vez de realizar la función directora con elevación y desinterés, convirtiéronla en un profesionalismo falso de toda generosidad y de verdadero sentido moral. Maeztu es incompatible con el modo de ser de la política española; su permanencia en Francia e Inglaterra le ha permitido conservar su independencia y afianzarse cada vez más en sus personales puntos de mira. De ahí que nunca haya sentido el deseo de ostentar cargos representativos.

No podía, ciertamente Maeztu, ambicionar la investidura de diputado como han hecho otros escritores—Dionisio Pérez, Angel Guerra, Azorín, Manuel Bueno, etc., pertenecientes a la llamada “generación del 98”—porque en nuestro país, la toga del legislador está, en general, sometida al mandato de la oligarquía, principal base de sustentación de los partidos turnantes.

Digan lo que quieran los que en Madrid distribuyen los elogios y otorgan reputaciones, Ramiro de Maeztu es acreedor a la gratitud de los hombres que, sinceros y honrados, suspiran por la reconstitución de España. Aunque de un modo un tanto desordenado, sus campañas periodísticas tienen el valor de un apostolado cultural y constituyen una ejecutoria, desde el punto de vista de la civildad.

Unicamente Miguel de Unamuno supera a Maeztu, en la ardua labor de poner en circulación entre el gran público, ideas, doctrinas y sistemas. En este sentido ha contribuido Maeztu, como pocos intelectuales, a otear el pensamiento político y social de España, a pesar de que su estilo atractivo e insinuante no siempre tiene el calor
de convicción indispensable para apoderarse del ánimo de los lectores.

En los dos últimos lustros, desde las columnas del Heraldo de Madrid, de Nuevo Mundo, La Correspondencia de España y actualmente de El Sol ha vertido Maeztu un enorme caudal de conocimientos, poniendo en relación al público burgués, de suyo distraído y frívolo, con las diversas concepciones estéticas, morales y religiosas, que han ido surgiendo en la Europa Septentrional y en los Estados Unidos; ha reflejado admirablemente un aspecto importísimo para la vida colectiva de España y que nuestros gobernantes, tienen abandonado: el de los problemas relativos a la educación en su triple fase física, moral e intelectual, aceptando la clasificación de Spencer.

Y ha recogido, con la agilidad de pensamiento que le distingue, la labor interesante y copiosísima de un gran número de pensadores, que en lo que va de siglo, vienen preocupándose de las orientaciones y los métodos preconizados por los grandes psicólogos, en lo que atañe a la formación del carácter.

No obstante las extraordinarias dotes que posee Maeztu, como expositor claro y sistemático y como analista perspicaz, en estos últimos tiempos, cuando se refería a las ideas generales resultaba un poco confuso y algunas de sus críticas respecto a la psicología de las naciones del Viejo Continente y los Estados Unidos, adolecían de vaguedad, unas veces, y otras de apasionamiento. En algunos de sus trabajos en vez de un examen profundo del asunto que trataba, advertía cierto mariposeo intelectual.

Por otra parte, analizaba a veces, las cuestiones, partiendo de supuestos teóricos que le llevaban a sostener tesis no elaboradas con entera libertad en su espíritu, sino más bien, producto de una reacción del “yo íntimo”, al chocar con la realidad ambigua. Y esta manera de apreciar los fenómenos sociales, le llevó en determinadas ocasiones a ser arbitrario y aun injusto.

Juzgando en conjunto a labor del insigne publicista vasco, se observan algunas inconsecuencias, hijas seguramente de su temperamento meridional, de su vehemencia, por un lado, y por otro, de la falta de coordinación en el estudio y sobre todo, por las influencias en-
contradictas de las lecturas, pues sabido es que Ramiro de Maeztu al igual que el malogrado Jaime Brossa, Luis Araquistain, Gonzalo de Reparaz, Sánchez Díaz y otros, no ha pasado por la Universidad y es un caso de autodidactismo sorprendente.

En un breve lapso de tiempo ha ofrecido recientemente Maeztu dos nuevas muestras de su conocimiento nada común en las cuestiones de actualidad palpitante, acerca de la tragedia europea. Al publicar, primero, su notable opúsculo titulado Inglaterra en Armas, y luego su libro Authority, Liberty and Function in the Light of the War. De este volumen acaba de aparecer una edición castellana, corregida y completamente renovada, con el título de La crisis del Humanismo, que forma parte de la Biblioteca de Cultura moderna y contemporánea de la Editorial Minerva.

Ambos trabajos ofrecen la impresión de que el autor se halla en la plena madurez de su intelecto y que ha evolucionado en el sentido de preferir a las hipótesis los estudios de la realidad viva. La circunstancia de haber viajado por Francia en el primer año de la guerra y de haberse visitado los frentes ingleses e italianos, hubieron de influir poderosamente en el ánimo de Maeztu, poniendo un dique a su fantasía.

En Inglaterra en Armas reunió algunos artículos de indiscutible mérito, en los que resume sus impresiones acerca del frente de batalla británico y de la organización del primer ejército inglés, pintando al mismo tiempo, con sabios trazos el espíritu que alentaba en los tres millones de soldados voluntarios que Inglaterra envió a Francia. En este opúsculo desvaneció Maeztu las prevenciones que existían en una gran parte de la opinión europea, respecto a los fines atribuidos a la sazón, a los directores de la política del Reino Unido.

En Authority, Liberty and Function in the Light of the War (La crisis del Humanismo), se observa todavía más el cambio operado en Maeztu, quien ha llegado a adquirir una noción amplísima del significado y del valor psicológico y moral, que ha de asignarse a la guerra y su trascendencia para el porvenir de las naciones, así las que fueron beligerantes como las neutrales. Este libro puede considerarse como el mejor de los trabajos que han salido de la pluma de Maeztu, aquel en que todas las
cualidades del autor se hallan reflejadas con mayor equilibrio.

La crisis del Humanismo es un libro, nacido a los embates de la gran conflagración europea. Ramiro de Maeztu que ha permanecido más de tres lustros fuera de España, ha estudiado en Francia, en Inglaterra, en Italia, en Alemania, el pensamiento y la actividad de los pueblos en sus diversos aspectos.

Considera la guerra como el resultado de los principios teóricos fundamentales erróneos que habían prevalecido en el espíritu europeo desde el Renacimiento. En La Crisis del Humanismo, primer volumen de la serie que está escribiendo Maeztu, examinando perspicazmente la más formidable y pavorosa de las pugnas, ve en ella el choque de dos principios irreductibles: la Autoridad vinculada en la Fuerza y la Libertad, surgida del Ideal de Dicha. A juicio del gran escritor, ambos juicios son falsos. Es este un libro profundo, modelo de serenidad, de amplitud de miras y hermosamente estructurado, que tiene un alto valor demostrativo.

En sentir de Ramiro de Maeztu, que es un analista habituado a la observación, no puede verse en la Libertad—fuera de los valores positivos que los accidentes de la Historia ha unido a su nombre,—más que el anhelo individual de satisfacer nuestro orgullo y nuestra consupcicencia. En La Crisis del Humanismo, resaltan principalmente los capítulos dedicados a desentrañar el principio de autoridad, en el cual no halla el insigne autor más que la conciencia de Poder que quiere afirmarse y acrecerse.

Maeztu, que es un gran escudriñador de los procesos de la Filosofía de la Historia, niega, de un modo absoluto las pretensiones de Derecho legítimo, atribuidas al principio de Autoridad.

El libro de Maeztu, revela una concepción original, pues, al paso que no encuentra el autor, en la Libertad, un principio práctico de asociación, porque los conceptos de Libertad y de Asociación le parecen contradictorios por definición, reconoce en la autoridad un principio de posible triunfo práctico, un hecho maligno.

Aunque no se participe del parecer de Maeztu, ha de reconocerse que lo inspiran móviles elevados y generosos, y que en no pocas páginas, tiene una gran fuer-
za dialéctica, hasta el punto de que parecen razonamientos sólidos, lo que quizá no son más que errores bellamente expresados.

Cuando se lee a Maeztu es bastante difícil separar el factor reflexivo del imaginativo, y esto hace que el lector no se entregue en absoluto, temiendo encontrar conclusiones que no respondan por completo al proceso lógico del desarrollo de las ideas, como sucede con su afirmación del principio funcional, cuando niega que el individuo pueda adquirir derechos por el mero hecho de ser hombre.

Ramiro de Maeztu, aun siendo un escritor en ciertos aspectos contradictorio, y que aún propende a la paradoja, representa en la vida intelectual española, un positivo valor. La posición preeminente que ha alcanzado, la debe única y exclusivamente a sus propios méritos. Jamás tuvo a su lado corifeos que le ensalzaran. El mejor portavoz de su talento, han sido sus trabajos, que podrán adolecer de algunos defectos, pero que significan un esfuerzo no igualado en la Prensa española.
FELIX ALEJANDRO LE DANTEC

Este notable investigador era, sin disputa, uno de los más genuinos prototipos de la ciencia francesa contemporánea. Como hombre de Laboratorio, otros compatriotas suyos le aventajaron, pero como expositor y divulgador de la filosofía biologista conquistó uno de los primeros puestos, no sólo en su país, sino en Europa entera. Le Dantec, fué, además, un trabajador infatigable, no obstante, su precario estado de salud. Su obra, considerada en conjunto, es importantísima. Con A. Dastré, Yves Delage, Blaringhem, Jouvin, Martel, Emilio Piccard, Hericourt, Houssay, Guiart, Le Bon y el célebre Henri Poincaré, Le Dantec ha dado días de gloria a las nuevas direcciones de las ciencias físicas y naturales.

Todos los naturalistas que han cultivado la filosofía, es Le Dantec, el que en estos últimos lustros consiguió adquirir más fama. Quizás por esto mismo fué objeto de tan acerbas censuras por parte de los espíritus bienhallados; que ahora, como siempre, lo mismo en el orden de la investigación que en la esfera especulativa, existe un gran contingente de laborantes que miran con prevención a los que, llevados de una honda inquietud, buscan nuevas direcciones a la ciencia experimental. Le Dantec más como filósofo que como biólogo, dedicara su esfuerzo, siempre entusiasta, a abrir nuevos cauces a la indagación. Durante más de cuatro lustros, propagó y difundió las nuevas teorías mecanistas. Aunque en algunas ocasiones sus contradicentes opusieron a sus teorías objeciones de importancia, en lo fundamental, los principios sustentados por el eminente biólogo, han podido resistir los embates de la controversia.

Félix Alejandro Le Dantec nació en Plougastel-Daoulas en 1869. Desde muy joven sintió una extraordinaria
vocación por los estudios embriológicos, que compartió con la Fisiología y la Filosofía. Cursó en el Colegio Municipal de Lannión las primeras letras, trasladándose luego a Brest, en cuyo Liceo siguió la segunda enseñanza, que continuó en el de Janson de Sailly. En 1885 ingresó en la Escuela Normal Superior, en donde bien pronto descolgó por su gran capacidad comprensiva y por su aptitud para apoderarse de las corrientes que entonces predominaban en la didáctica, sobre todo, en lo concerniente a la Filosofía de la Naturaleza. En 1888 ingresó Le Dantec en el Instituto Pasteur, siendo acogido con gran simpatía por el egregio Elías Metchnikoff, quien, como es sabido, tanta influencia ejerció en dos generaciones de investigadores. Después de haberse familiarizado con la técnica del Laboratorio, ensayando un sinfín de procedimientos, sintió Le Dantec la necesidad imperativa de contrastar algunas de las teorías de su maestro y a este objeto, en 1889 y 1890, con otros jóvenes investigadores, integró el grupo de la Misión Pavia Alaos. Poco después, con el propósito de estudiar la fiebre amarilla, trasladóse a Sao Paulo (Brasil).

Le Dantec, no obstante haber dedicado algunos años a las tareas del laboratorio con sincera devoción, no pudo substraerse al deseo de cultivar la filosofía científica y lentamente, en los instantes que le dejaba libre la investigación, fué forjando en su mente una concepción de la existencia que más tarde hubo de granjearle gran renombre. Favoreció sobremanera el que Le Dantec pudiera entregarse por completo a sus trabajos de gabinete, la circunstancia de haber obtenido en 1893 el cargo de profesor de la Universidad de Lyon. Allí, en el plácido ambiente de la segunda capital de Francia, el entonces joven doctor en Ciencias comenzó a dar a conocer el resultado de sus incesantes pesquisas y profundas reflexiones. Dos años después, publicó su obra Théorie nouvelle de la vie, que apareció en la Bibliothèque Scientifique Internationale, y Matière vivante. Ambos volúmenes fueron, de momento, acogidos con cierta reserva, porque los principales órganos de publicidad científica y las corporaciones doctas, antes de saludar a Le Dantec, como a uno de los más prestigiosos colaboradores de la nueva concepción científica, trataron de comprobar sus aseveraciones.

Entre nosotros uno de los que más contribuyeron a
que fuera conocida la labor ledantequiana, fué don Nicolás Salmerón, quien en su cátedra de la Universidad Central, dedicó algunas lecciones a desentrañar el valor que debía asignar la crítica filosófica al pensamiento del audaz investigador francés. En 1896 publicó Le Dantec La Bactéridie charbonneuse; en 1897 La forme spécifique y el notabilísimo ensayo Le déterminisme biologique et la personalité consciente, en el que, con gran diaphanidad, expuso su teoría química de los epifenómenos. Este volumen, aparte del valor que reviste como trabajo analítico, ha servido para que no pocos psicólogos, basando en él algunas de sus inducciones, llegaran a explicarse ciertos trastornos del yo conscio.

Puede decirse que el período de más intensa producción de Le Dantec, se inicia en L'Evolution individuelle et l'hérédité (1898). En este volumen y en los subsiguientes fué el ilustre teorizante y experimentador, aportando copiosos elementos para elaborar su concepción integral acerca de los problemas de la vida, desde un punto de vista, que no era otro que el de la doctrina transformista, ampliada y acomodada a los nuevos descubrimientos realizados en el Laboratorio, primero, y comprobados más tarde, en el Museo y en la cátedra. En el mismo año 1898 publicó L'individualité et l'erreur individualiste, y al año siguiente, otros dos volúmenes, en los que subyuga al lector, tanto por su espíritu analítico como por sus altas dotes de crítico. Se intitulan La Sexualité y Lamarckiens et darwinistes. Algunos de los puntos de mira defendidos por Le Dantec, en estos dos libros y sobre todo en el último, han sido luego aceptados por otros conocidos tratadistas y entre ellos el célebre botánico holandés Hugo de Vries.

Los triunfos obtenidos por Le Dantec fueron premiados por el ministro de Instrucción pública en 1899 con la cátedra de Embriología general en la Sorbona. Los cursos que diera en aquel importantísimo centro docente, granjearon a Le Dantec la mayor consideración de la intelectualidad francesa y de los científicos extranjeros que pasaron por su cátedra. Le Dantec, multiplicando su actividad, organizó diversas series de conferencias, que constituieron verdaderos éxitos, pudiéndose considerar su trabajo en dos aspectos: el de alta especulación acerca de las teorías bioquímicas y el de difusión de los postulados del credo determinista.
En 1901, al agudizarse su padecimiento pulmonar, trasladóse, por prescripción facultativa, al Sanatorio de Hauteville, donde escribió sus *causeries* bajo el título de *Le conflit*, libro que viene a ser la expresión sincera de las dudas que en las horas de reposo constituían su más viva preocupación y uno de los trabajos que con más provecho pueden consultarse entre los publicados en estos últimos veinte años en Francia, porque refleja admirablemente la tortura moral que produce la instabilidad de los juicios.

En 1902 apareció el volumen *L’ unité dans l’être vivant*, bellísimo trabajo apologetico del monismo, sutilizado por el espíritu alado propio del genio francés. Al año siguiente, Le Dantec compendió su pensamiento en otros dos trabajos: *Les limites du connaissable: la vie et les phenomenes naturels* y *Traité de Biologie*. En 1904 *Les lois naturelles; reflexions d’un biologiste* y *Les influences ancestrales; problemes de philosophie scientifique*. En 1906 *La lutte universelle* y la *Introduction a la Pathologie Générale*. En 1907 *L’Atheisme*, el libro más discutido de los que escribiera en su última época y una de las más audaces contribuciones que ha producido la intelectualidad francesa acerca de la creencia en una causa suprema. Este hermoso trabajo, escrito en un estilo vibrante, desde el punto de vista filosófico, motivó polémicas enconadas y valió a su autor la acerba censura de los neoespiritualistas, que le reprocharon el haber tratado el problema de la existencia de Dios con un criterio unilateral y partiendo de supuestos faltos de lógica.

En realidad, los contradictores del famoso profesor de la Sorbona dieron una interpretación arbitraria a la tesis que sirvió a Le Dantec para componer su libro. Los argumentos que aduce el insigne investigador no son tendenciosos, antes al contrario, cuando, por la concatenación de los hechos, pone de manifiesto la índole de los procesos del Cosmos, concreta su labor a la mera exposición, de la cual resulta que la existencia de un Ser supremo, pródigo y unosciente, es una idea nuevamente mítica, cuyo origen hay que buscar en el miedo y en la vanidad del ser humano, que, no podiéndose explicar racionalmente la vida del Universo, busca en hipótesis el modo de hacer menos doloroso nuestro paso por el mundo.
La personalidad de Le Dantec adquirió en los dos últimos lustros singular relieve. Puede decirse que el insigne investigador, dueño ya de su propio ego, acaso por haber llegado a la madurez, intensificó su esfuerzo de tal suerte, que no sólo sus libros revelan un espíritu dotado de especiales cualidades para la investigación y el análisis, sino que el hombre de pensamiento surge con más brio que nunca como laborante de la ciencia. A su segunda época pertenecen los siguientes libros: Science et conscience (1908), publicado en la Bibliothèque de Philosophie Biologique, aparecido en el propio año, y La crise du Transformisme, notable serie de lecciones que explicó Le Dantec en el curso dado en la Facultad de Ciencias de París durante los meses de Noviembre y Diciembre de 1908. En 1910 publicó otro trabajo por demás interesante intitulado Etude énergétique de l'évolution des espèces; en 1911, Le chaos et l'harmonie universelle, y en 1913, La mécanique de la vie y L'égoïsme. Este último es uno de los más curiosos análisis que se han publicado en la época actual acerca de la personalidad en su aspecto psicofisiológico.

En Francia obtuvo una acogida por demás lisonjera. También merece ser citado uno de los más recientes trabajos de Le Dantec: el volumen De l'home a la Science, que, si bien ofrece elementos al lector para conocer el pensamiento del famoso investigador francés, desde el punto de vista filosófico carece de interés y de la originalidad que revisten otros de sus libros.

Como escritor de Revista, Le Dantec ha obtenido grandes éxitos en la autorizada publicación que dirigió Th. Ribot, en la que colaboró con ligeras intermitencias durante veinte años. Fué prodigiosa la actividad desplegada por Le Dantec para exponer sus investigaciones, unas veces, y otras, ejerciendo de crítico de las orientaciones, sistemas, doctrinas y procedimientos preconizados por los cultivadores de la Biología contemporánea. Es tan vasta y en ciertos aspectos tan profunda, la obra de Le Dantec, que incluso sus adversarios no han podido negar que prestó señalados servicios a la cultura, contribuyendo con su estilo de expositor amable a difundir entre los no profesionales de la ciencia de la vida, los resultados a que ha llegado la alta investigación. Cualesquiera que sean los puntos de mira que adopte el crítico...
co, habrá de reconocer que se debe a est infatigable pu-

plicable y profesor, no sólo el haber aplicado a la ciencia

social algunos de los descubrimientos realizados por los

biólogos, sino el haber intentado elaborar una teoría filo-

sófica de carácter general.

Conviene hacer notar que Le Dantec, desde 1899, en
que publicó el volumen Lamarckiens et Darwinistes, sus-

tentó el criterio que se denomina neolamarkiano, antici-

pándose a sus compatriotas y a la mayoría de los cien-


tíficos ingleses, alemanes y norteamericanos. En los

avances obtenidos por los partidarios del credo positi-

vista, Le Dantec aportó algunas innovaciones, siendo uno

de los autores que sustentaron con más gallardía la con-

cepción monista. En este orden de estudios, en el que la

especulación y la investigación se funden, Le Dantec
descolló, defendiendo con gran copia de argumentos su

parecer de que la ciencia biológica constituye la base de

las demás ramas del conocimiento. Asimismo, al estudiar

los orígenes de la vida, afirma que deben buscarse en

los fenómenos del mundo inorgánico, una vez demostrada
la complejidad que revisten.

En la literatura científica de nuestro tiempo, y espe-
cialmente entre los biólogos, la personalidad de Le

Dantec se ha acrecentado por modo considerable hasta

el punto de que, hecha excepción de Le Bon, no hay

otro escritor que pueda parangánárselo, pues cultivó

un sinnúmero de disciplinas científicas con gran bri-

llantez y, lo que vale más, señalando direcciones des-

conocidas antes o desbrozando las que sólo eran cono-

cidas a medias. En su obra Eléments de Philosophie bio-
l ogique, ya mencionada, ofrece Le Dantec un estudio

de conjunto que tiene un singular valor, porque viene a ser

como una revisión de casi todos sus libros del primer

período, y lo mismo cuando se ocupa de la metodolo-
gía que de los hechos, evidencia un gran amor a la vera-
cidad. Tal vez este libro le fué sugerido por las censu-
ras y críticas, un tanto implacables, con que se acogie-

ron muchas de sus obras. Con lealtad, juicio sereno y

expresión fácil, Le Dantec somete a un riguroso examen

casi toda su producción anterior, llegando a la afirma-
ción de que había conseguido, en primer término, hallar

un método que era común a las ciencias de la naturaleza
y de la vida, cuyos fundamentos radican en los princi-
pion de asimilación y herencia, influídos por los de va-

ración y los caracteres, y en segundo término, otro
método propio, únicamente de la Biología, merced al cual
se llega, de un modo directo, a la ley vislumbrada de la
herencia o la costumbre de los caracteres adquiridos.

Se ha objetado a Le Dantec que, en su concepción de
la Biología, no llegó a precisar los límites que abarca esta
ciencia, y que cuando trata de definir los caracteres que
asigna al fenómeno vital, no concreta su opinión e in-
curre en los mismos o semejantes defectos de aquellos
biólogos a quienes se propuso rectificar.

Le Dantec, como casi todos los hombres de ciencia
que no se circunscriben a la pura investigación, sino
que, por el contrario, se dejan llevar de un noble espi-
ritu proselitista, hubo de incurrir en errores y aun en pre-
cipitaciones al pretender dar carácter de generalidad a in-
ducciones basadas en un hecho concreto o en hipótesis.

Desde el punto de vista filosófico, en la doctrina bio-
mecanicista de Le Dantec hay, evidentemente, destellos
de genialidad. Sus visiones acerca de los problemas mo-
rales y de la organización de la sociedad, son muchas
veces, acertadas y sus estudios de la dinámica mental
vienen corroborados por la analítica psico-fisiológica,
pudiendo considerarse en lo esencial su pensamiento co-
mo una continuación, algo más estructurada en el de-
taxe del pensamiento de Darwin, Huxley, Maudsley,
T. Ribot y otros célebres maestros.

Le Dantec es uno de los tratadistas contemporáneos
que propugnara la doctrina determinista con más
brío, y en cuyo ánimo hicieron menos mella el tra-
dicionalismo intelectual. Sus defensas calurosas y vehe-
mentes del método evolucionista, le acarrearon inúmeras
enemistades, pero también, como es consiguiente, le
conquistaron el afecto cordial de los propugnadores
del neo-transformismo, que constituyen legión entre los
hombres de ciencia. Sus análisis de los hábitos heredi-
tarios y su concepto de que lo consciente es la traduc-
ción, en un lenguaje especial, del conjunto de movi-
mientos que se verifican en nuestro cerebro en un momen-
to dado, como sus estudios morfológicos que provie-
nen del uso prolongado del mecanismo imitativo, le
conquistaron uno de los primeros lugares en el mundo de
la ciencia biológica y psicológica.
Al afirmar Le Dantec, que la conciencia humana pertenece a nuestra estructura misma, fue acerbamente censurado, por los partidarios de la doctrina finalista y por los neo-metafísicos, a lo cual arguyó el autor de Les influences ancestrales, con esta fórmula: “Nada pasa de cognoscible al hombre, sin que se modifique alguna cosa que es susceptible de medida”.

En Francia la obra de Le Dantec ha alcanzado una gran difusión y en estos últimos tiempos sus propios adversarios han debido reconocer que es uno de los autores que más trabajaron por dirigir a la intelectualidad francesa hacia los derroteros del experimentalismo. Como teorizante, se le sigue discutiendo, pero como hombre de laboratorio y como sistematizador de la ciencia biológica se le considera y respeta. Al ambiente de polémica agresiva ha sustituido la crítica reflexiva y serena. Le Dantec, falleció hace poco más de un año.
La cultura británica ofrece a la mirada escrutadora de los psicólogos contemporáneos, muestras fehacientes de que en la evolución de las ideas generales predomina siempre un criterio normativo. Exceptuando la producción filosófica de Francia, ningún otro pueblo europeo ha llegado a poseer una tan intensa y sucesiva germinación intelectual como la que en la centuria pasada se registró en Inglaterra. En estos cinco últimos lustros, dos publicistas famosos, Benjamín Kidd, en su notabilísimo libro *The Social Evolution*, y Norman Angell, en su volumen *The Great Illusion*—uno de los más extraordinarios éxitos alcanzados en la esfera ideológica y en el orden político,—han venido a reivindicar ante la opinión ilustrada del mundo entero, la personalidad eminentemente de un historiador, crítico y moralista a quien se había olvidado injustamente: Hartpole Lecky.

Este gran escritor realizó una labor concienzuda, sincera y en algunos respectos, de considerable transcendencia social que, a pesar de su mérito, permaneció obscura, quizás por no haber sido traducidos los libros de Hartpole en ocasión adecuada, cuando las lucubraciones y los juicios del egregio publicista hubieran podido irradiar en los grandes centros de laborantismo intelectual desde los cuales tan eficaz influencia puede ejercerse en la conciencia colectiva.

Guillermo Eduardo Hartpole Lecky era irlandés. Había nacido en Newton-Park, en las cercanías de Dublin, en 26 de marzo de 1838, siendo el mayor de los hijos de Juan Hartpole Lecky, cuyos ascendientes habían sido desde antiguo grandes propietarios rurales de Irlanda. Recibió la primera educación en los Colegios *Kingstown*...
Santiago Valentí Camp

Armagh y Cheltenham, graduándose de bachiller en el Trinity College de Dublin en 1859 y obteniendo el grado de doctor en 1863. Impulsado Hartpole Lecky por su gran vocación hacia las cuestiones religiosas, se dedicó al estudio de la Teología. Según refiere uno de sus biógrafos, el que con el tiempo fué célebre tratadista, abrigaba la intención de ejercer de pastor protestante.

En 1860, tres años antes de terminar su formación espiritual, publicó un volumen de reducidas dimensiones, intitulado The Religious Tendencies of the Age, que apareció como un trabajo anónimo. Al año siguiente alejóse de aquella dirección intelectual para dedicarse de lleno a la investigación histórica, publicando su segundo volumen intitulado Leaders of Public Opinion in Ireland. Constituye este libro una curiosa y notable serie de trabajos, que vienen a ser perfiles muy acabados de grandes personalidades de las letras y de la política, como Swiff, Flook, Grattan y O’Konnell. Todavía un tanto inseguro de la posición que adoptara, quiso también guardar el incógnito, obteniendo una curiosa acogida. En 1871 fue reimpreso y el ensayo referente a Swiff, sirvió como prefacio a la nueva edición de las obras completas de este célebre escritor.

Hartpole Lecky, ya definitivamente orientado, seguro de sí mismo, concentró su actividad en la labor histórica, crítica y sociológica, publicando en 1865 la obra en dos volúmenes A History of the Rise and Influence of Rationalisme in Europe, la cual no obstante haber sido objeto de apasionadas controversias, alcanzó un gran éxito entre los elementos más doctos de aquella época y aun en la hora actual, han de recurrir a ella cuantos se propongan desentrañar el valor y la eficacia del racionalismo en la mentalidad de las principales naciones del mundo.

En 1869 apareció otro notabilísimo libro de Lecky: A History of European Morals from Augustus to Charlemagne, que consta asimismo de dos volúmenes. Como el anterior, fue bastante combatido este libro por haber el autor intercalado algunas disertaciones acerca de lo que él denominaba, con espíritu no exento de genialidad, “la historia natural de la moral”. El tratadista irlandés, probablemente con anterioridad a Emerson, planteó el problema del sentido biologista aplicado al desarrollamiento de las ideas éticas, problemas que el filósofo yanqui abordó también en la esfera psicológica al escribir La.
Historia Natural del Intelecto. La circunstancia de que dos grandes pensadores de países tan alejados en aquella época siguieran en sus indagaciones un criterio análogo, debióse únicamente a una coincidencia, reveladora de que en el ambiente intelectual, tanto de Inglaterra como de los Estados Unidos, habíase establecido una corriente espiritual y emotiva, que sólo supieron recoger aquellos dos grandes hombres.

Las dos citadas obras de Lecky, algunos años después de publicadas, se abrieron paso y tuvieron general aceptación, reconociendo la crítica que el notable escritor había aportado valiosos elementos a la Historia y que sus agudos y sugestivos comentarios abarcaban un amplio sector de la vida humana.

En 1870 publicó Hartpole Lecky su obra maestra: A History of England during the Eighteenth Century, cuyos primero y segundo volúmenes no fueron completados hasta 1890, en que vieron la luz el séptimo y octavo. El objetivo principal que se propuso Lecky con la publicación de esta obra, fue desglosar de la masa general de los hechos históricos los que se refieren a las fuerzas permanentes de la nación inglesa o que, por lo menos, acusan las más fuertes modalidades de la vida de la Gran Bretaña. Este libro es verdaderamente notable, tanto por el sinnúmero de opiniones que recoge, cuanto por la imparcialidad de juicio con que están valorados los acontecimientos y por la perspicacia que revela el autor en sus análisis. Tales cualidades se advierten especialmente en los capítulos en que se hace la descripción de la vicisitudes por que atravesó Irlanda, a la que Lecky amaba entrañablemente, pero sin que en ninguna ocasión el espíritu patriótico sojuzgara al historiador imparcial. En 1892 apareció una nueva edición de esta obra en 12 volúmenes, de los cuales cinco estaban dedicados exclusivamente a Irlanda y constituieron más tarde una obra independiente con el título de A History of Ireland in the Eighteenth Century.

Hartpole Lecky, en 1891, publicó un tomo de Poemas y en 1896 dos volúmenes de índole política, con el título de Democracy and Liberty, en los que trató concienzudísimamente algunos de los aspectos de las democracias contemporáneas, estudiando su sentido íntimo, sus tendencias y reflejando las virtudes y defectos de la vida jurídica y social de las naciones europeas y, en general,
de Francia, Inglaterra y los Estados Unidos. Una buena parte de los autores que se ocupan de la Filosofía y de la Historia política, consideraron que algunas de las conclusiones pesimistas de Lecky eran injustificadas: en la Gran Bretaña fueron objeto de acer tas y en los Estados Unidos, surgieron energicas protestas, que se acentuaron al publicarse en 1899 la nueva edición de este libro, por haber añadido en ella el autor un juicio acerca de Gladstone que sus correligionarios y amigos estimaron parcial y apasionado. Precisamente el gran estadista inglés, acababa de fallecer y quizas esta circunstancia puso mayor encono en las diatribas que se dirigieron a Lecky, en los centros politicos de Londres.

Las ideas morales fueron uno de los temas que Hartpole Lecky abordó con mayor interés. En el volumen The Map of Life, publicado en 1900, discurrió con estilo sencillo y llano algunos de los problemas de caracter ético que surgen en la vida social. En 1903 apareció una edición corregida y notablemente amplificada, del libro Leaders of Public Opinion in Ireland, formando dos volúmenes, en los que omitió el ensayo sobre Swiff, mientras que en el dedicado a O'Konnell, lo amplió hasta darle el caracter de una biografia completísima de aquel célebre hombre.

Aunque Lecky estuvo siempre unido en espíritu a todos los infortunios que sufría el pueblo irlandés y participó de sus aspiraciones y censuró con severidad los procedimientos adoptados para conseguir la aprobación del Act of Union, como liberal moderado, opusose desde un principio resueltamente a la política seguida por Gladstone acerca del Home Rule y en 1895 volvió al Parlemento, representando a la Universidad de Dublin y como miembro del partido unionista. En 1897 se le otorgó el nombramiento de Consejero privado, y en 1902 fue coronado con la orden del Mérito. Algunos años antes, en 1894, había sido elegido individuo correspondiente del Instituto de Francia.

La actividad intelectual de Lecky, fue prodigiosa, pues además de los libros mencionados, escribió The Political Value of History (1892), The Empire, its Value and its Growth (1893) y The French Revolution (1904). Esta ultima obra apareció después de su fallecimiento, ocurrido en Londres el 22 de octubre de 1903.

El famoso escritor, irlandés colaboró en varias Revistas, y especialmente, en las de Historia y Política. Co-
mo recuerda oportunamente Norman Angell, algunos de sus puntos de mira, siguen prevaleciendo y han inspirado importantes trabajos, tanto en la esfera teórica como en la de la mera investigación, de un gran núcleo de cultivadores de las ciencias sociales en Inglaterra. Algunos de los admiradores de Lecky, recogieron los trabajos dispersos del maestro en el volumen *Historical and Political Esais* (Londres, 1908), a título de homenaje a su memoria.

La personalidad de Hartpole Lecky, en el transcurso del tiempo, ha ido adquiriendo mayor relieve, porque su labor psicológica, profunda y sagaz, al mismo tiempo que estudiaba los acontecimientos, desentrañando sus causas morales, señalaba el valor de permanencia de otros factores internos, como la conciencia intelectual y el sentimiento religioso que subsisten a través de todas las épocas.
Este egregio maestro francés alcanzó extraordinaria notoriedad desde los comienzos de su vida docente. Pocos pedagogos obtuvieron en Francia un éxito tan resonante entre la juventud escolar, ni lograron que su influencia transcendiera de modo tan rápido fuera de las aulas. Julio Lachelier es sin duda, uno de los filósofos de la Francia contemporánea que marcaron nuevas sendas lo mismo en la esfera didáctica que en la psicología de los hombres de estudio. Impimió a la enseñanza un profundo sentido ético, y fué un panegirista de la educación clásica, familiarizando a sus discípulos con la antigüedad griega y latina. Consiguió infundir a sus alumnos la necesidad de estudiar los textos y procuró habituarles a penetrar en el pensamiento de los más famosos autores de los tiempos pretéritos.

Lachelier despertó en dos generaciones el espíritu crítico y fué en gran parte obra personal del venerable educador el sustraer a la juventud estudiosa del verbalismo erudito. Su obra tenaz y clarividente fué luego continuada por otros profesores ilustres como Carlos Renouvier, Luis Liard, H. Marion y Alfredo Fouillée, los cuales si bien en algunos aspectos desintieron, coincidían en estimular en la gente moza el afán inquiridor.

Julio Lachelier nació en Fontainebleau, el 27 de Mayo de 1832. Ingresó en 1851 en la Escuela Normal Superior de París, donde fué compañero del célebre Fustel de Coulanges y del ilustre Georges Perrot. En la Nor-
Santiago Valenti Camp

mal reveló bien pronto su aptitud para las funciones didácticas, siéndole confiada la tarea de enseñar Retórica en el Liceo de Sens. Luego pasó a otros Liceos como profesor agregado de Letras, pues, en aquella fecha todavía no existía el cargo de profesor agregado de Filosofía.

Apenas se establecieron estos estudios en 1863, Lachelier, bajo los auspicios del eminente Ravaisson, fue solicitado para ocupar en la Escuela Normal Superior el cargo de maestro de Conferencias. A la sazón, contaba 32 años. De 1864 a 1874 realizó la labor quizás más intensa de su vida. Puede considerarse aquel periódo de once años, como el más culminante y decisivo en el proceso de evolución del pensamiento filosófico en Francia.

La alta crítica ha venido a atestiguar que la obra de Lachelier, fue profunda y fecundísima, pues sus lecciones obtuvieron tal celebridad, que acaso no haya sido igualada en París, hasta que Bergson, consiguió en la Sorbona un triunfo resonante. Hacia notar recientemente el notable geógrafo y presidente de la Academia de Ciencias Morales y Políticas de París, M. Vidal de la Blache, muerto hace cuatro años, que todavía podría recogerse en aquellas aulas el eco de la palabra persuasiva de Lachelier. Los alumnos aun buscan con avidez los cuadernos que contienen las 18 lecciones que dió en el curso de 1866 a 1867. Bajo el título general de Logique, Lachelier abordó las cuestiones más elevadas del Universo y de la Vida, de la Naturaleza y de la Historia, señalando el objeto y el método de la Ciencia. Con una admirable flexibilidad analítica, fue acuñando todos los grados de la liberación del espíritu hasta llegar a los límites de la Ciencia y demostró cómo se elevan del individuo a la especie, de la especie al género y así sucesivamente. El punto de partida, decía hace 54 años Lachelier, es la diversidad: la unidad es el objetivo, pero, una vez llegado a la meta, el espíritu no debe olvidar en modo alguno su ruta, y entonces no puede haber reposo absoluto para él. Puede afirmarse
que Lachelier era un prototipo de pensamiento inquieto, incesantemente ansioso de escrutar en sí mismo, y que hallaba siempre en el ámbito en que se desenvolvía el medio adecuado y la forma genuina de expresar con precisión y de un modo sugestivo sus ideas. En ocasiones, recurrió a las fórmulas pintorescas, porque así grababa indeleblemente en el ánimo de sus alumnos las nociones fundamentales del saber. Además de filósofo, era un artista, que empleó su privilegiado talento en la tarea improba de ensamblar el rigor del razonamiento con la imagen viva y plástica.

Quizás porque Julio Lachelier tenía un elevado concepto de la responsabilidad inherente a los deberes pedagógicos, rehuía el dar a sus enseñanzas toda pretensión oficial y le repugnaba el ejercer una acción dominadora cerca de sus discípulos. Siempre les inculcaba la exigencia de producirse con entera sinceridad, de ser ingenuos, y les decía que debían huir de los sofismas y poner de relieve las ideas fundamentales, proyectando así la luz del conocimiento en las profundidades de lo ignorado.

En 1875, Julio Lachelier fue nombrado inspector de la Academia de París, y poco después inspector general de la enseñanza Secundaria, cargo que renunció en 1900. Desde aquellos puestos, fue desenvolviendo un vasto plan de mejora de las instituciones docentes, habiendo sido su acción por demás beneficiosa. Su gestión como vicepresidente y luego como presidente en los Concursos de Agregación de Filosofía, fue altamente acertada y a su iniciativa debióse el nombramiento de la mayor parte de los profesores que mantuvieron viva la devoción pedagógica que había suscitado el maestro.

En 1896 la Academia de Ciencias Morales y Políticas le designó para ocupar la vacante que había dejado al fallecer el eminentísimo indagador y publicista Barthelemy-Saint-Hilaire en la sección de Filosofía, de la cual llegó a ser su decano. Como académico, Lachelier mostró el mismo interés que como
profesor y concurría asiduamente a las sesiones y tomaba parte en los trabajos de la docta casa. La conciencia escrupulosa que revelaba en todo, daban a sus ponencias y a sus observaciones una gran autoridad.

Por un exceso de modestia y por una severidad ejemplar para consigo mismo, este profundísimo ideólogo, a pesar de su dilatada labor intelectual, llegó pocos trabajos escritos. Además de las lecciones antes mencionadas, quedan la tesis que presentó en 1871, al doctorarse, intitulada Le fondement de l'induction, trabajo breve que apenas abarca un centenar de páginas en un pequeño volumen aparecido en la "Bibliothéque de Philosophie Contemporaine", que edita la casa Alcan. Forman también parte de este volumen los estudios Psychologie et Métaphisique y Notes sur le pari de Pascal. En 1907 dio a la estampa su trabajo Etudes sur le Syllogisme. En la Revue Philosophique y otras notables publicaciones vieron también la luz muchos artículos de Lachelier, que consolidaron su fama de pedagogo y pensador.

Al igual que su discípulo de la primera época Luis Liard, Lachelier tendió constantemente a aunar el idealismo con el realismo, habiendo ejercido una poderosa influencia en su espíritu pensadores de diversas escuelas, como Leibnitz, Kant, Schopenhauer y Maine de Biran. Lo más sobresaliente de la personalidad de Lachelier no es la concepción, sino el esfuerzo continuado que puso al servicio de la educación moral y social de las nuevas generaciones.

Lachelier era un espiritualista a ultranza, pero, mentalidad amplísima, no se encerró en los límites estrechos de un credo sistemático, rígido, sino que, por el contrario, siguió todos los avances de las ciencias psicológicas, tratando de dar a su pensamiento la flexibilidad necesaria para adaptarlo a las conquistas logradas en la esfera de lo fenoménico. Fué Lachelier un hombre que se consagró enteramente al cumplimiento de los deberes y que observó escrupulosamente...
las prácticas de su fe cristiana. Su línea de conducta se ajustó siempre a una gran modestia y sencillez; jamás sintió el orgullo, pero tampoco retrocedió ante ninguna de las consecuencias de su dialéctica. Por encima de todo, era un lógico riguroso. Su sistema ético se sintetizaba en un amor sin límites a los ideales de verdad y de belleza. Decía el propio Lachelier, en cierta ocasión: "Si la Geometría tuviese una Metafísica, ésta sería la Estética. Ahora bien, añadía, una respuesta análoga a la que en lo moral daría el sentido común, pues el medio más seguro de saber si una acción es buena o mala, consiste en preguntarse si esta acción es bella o fea."

Como tantos otros hombres eminentes de Francia, sucumbió Lachelier a consecuencia de la impresión terrible que en su espíritu evangélico causó la guerra, que hubo de desatar todas las fuerzas del mal. El día 28 de enero de 1918, a los ochenta y seis años de edad, bajó al sepulcro, en su villa natal, el hombre sabio y bueno, después de haber consagrado la vida entera al engrandecimiento espiritual de su patria.
La cultura francesa contemporánea debe no pocos de sus progresos a este insigne profesor, publicista y académico, que durante más de cuarenta años dedicó su prodigiosa actividad a engrandecer la vida pedagógica de su patria. Liard—dice Gastón Deschamps—, nació organizador. Y en verdad, pocos hombres de estudio del pasado siglo laboraron en Francia con tan-ta devoción y entusiasmo para transformar los establecimientos docentes, acomodándolos a las exigencias del nuevo espíritu científico.

El doctísimo maestro durante toda su existencia no tuvo otra preocupación que servir a los ideales educativos y trabajó intensamente para adecuar sus anhelos de perfección a la realidad. Fué un ejemplo práctico de las virtudes más acrisoladas, infundidas en su espíritu por el ambiente del hogar paterno.

La pedagogía francesa, orientada hacia la nueva Metodología, debe a los constantes desvelos de Luis Liard gran parte de sus adelantos, pudiendo decirse que la reorganización de los establecimientos universitarios fué la obra personal de este hombre modesto y sencillo, a quien sus propios merecimientos y la confianza que inspiró a algunos ministros permitieronle desenvolver un vasto plan, que en muchos de sus aspectos es ya actualmente una realidad viva.

Luis Liard vio la primera luz en Falaise (Calvados) en 1846. Hizo sus primeros estudios en la villa natal, continuándolos en París, en el Liceo Charlemagne. Ingresó en la Escuela Normal, mediante concurso, a la edad de veinte años, pasando de este centro docente, con el título de profesor agregado, al Liceo de Mont-
de-Marsan, donde se le confió la cátedra de Moral, que desempeñó hasta el mes de Abril de 1871. En este año fué trasladado al Liceo de Poitiers, donde explicó Filosofía. Espíritu atraído por las corrientes de la Filosofía científica y que sentía una gran inclinación hacia toda labor que significara comprobación y certidumbre, procuró siempre Liard coherenciar sus hábitos de precisión con su deseo de clasificar los hechos demostrados por la experiencia, para deducir de ellos conclusiones lógicas. De ahí que su afán inquiridor le encaminara hacia el estudio de las disciplinas de la Naturaleza, licenciándose en Ciencias Naturales en la Facultad de Poitiers.

En 1874 pasó Liard a la Facultad de Letras de Burdeos, de cuya ciudad llegó a ser consejero municipal y alcalde adjunto; en 1880 fué nombrado rector de la Academia de Caen y en 1884 se le designó para el cargo de director de la Enseñanza Superior, que había quedado vacante por la muerte prematura de Alberto Dumont.

La Academia de Ciencias Morales y Políticas, de París, le llevó a su seno en 1896, en sustitución de Julio Simon. Algunos años antes, en 1879, el mismo organismo había premiado el libro de Liard La Science positive et la Métaphysique. La labor del profesor Liard se desarrolló en el primer plano de la actividad universitaria y su gestión fué imponderablemente preponderante en las esferas de la Enseñanza Superior. El proyecto de reorganización de esta Enseñanza, elaborado por su predecesor, halló en Liard un continuador inteligente, siempre dispuesto a encontrar una pronta y eficaz solución. En la historia de la Sorbona figurará el nombre de Liard en lugar preeminenten, pues fue durante algunos años el alma de este importante organismo, donde presidió en calidad de rector, después de la muerte de M. Greard, el Consejo general de Facultades.

La filiación intelectual de Luis Liard queda hecha con decir que se consideraba discípulo de Renouvier y de Lachelier. Su espíritu estaba profundamente influido por la doctrina neokantiana. Consideraba que la Metafísica es objeto de creencia y libertad. Defendió siempre la concepción relativista, llegando a negar ca-
ráciter absoluto a las concreciones científicas y aun a los teoremas matemáticos. Fué, pues, Liard, un espiritualista, que defendió con sólidos argumentos su posición criticista. En sus ataques a las concreciones modernas de las doctrinas sensualista, positivista y evolucionista, reveló más ingenio y “esprit”, que fuerza dialéctica. No obstante su gran penetración y su arte de escritor, no logró desvanecer las contradicciones en que había incurrido, pues en algunos de sus libros pone en tela de juicio afirmaciones que había estampado en otros.

La producción intelectual de Liard es bastante copiosa. Entre otros volúmenes, publicó los siguientes: *Des definitions géométriques et des definitions empiriques*, tesis de su doctorado en Ciencias (1873); *De Demócrito philosophe*, tesis (1874); *Les logiciens anglais contemporains* (1878)—notable trabajo de divulgación de los avances de la Lógica inductiva en la Gran Bretaña durante el pasado siglo—; *La Science Positive et la Metaphysique* (1879); *Des notions de genre et d’espéce dans les sciences de la Nature* (1879); *Descartes* (1881)—este es uno de sus mejores libros, si bien predominan la apología sobre la apreciación sistemática—. *Lectures morales et littéraires* (1883); *Morale et enseignement civilique* (1883); *Cours de Philosophie* (1884). Cuarta edición, 1897; *L’enseignement Superieur en France* (1888); *Universités et Facultés* (1890), y *Pages éparses—*colección de disertaciones filosóficas y pedagógicas y discursos (1902).

Además, colaboró Liard en varias publicaciones docetas, entre ellas la *Revue Philosophique*.

En la obra total de Liard, más que las especulaciones abstractas, descuellan el estudio de las realidades humanas y el conocimiento de los problemas relativos a la organización universitaria.

Hacia algún tiempo que Liard, a consecuencia de un largo y doloroso padecimiento, soportado hasta el fin con ejemplar firmeza, permanecía retirado de las funciones docentes. El día 22 de Octubre de 1917, a la edad de setenta y dos años, falleció el insigne profesor, significando su muerte una pérdida muy dolorosa, no sólo para el Instituto de Francia, la Escuela Normal Superior, de París, la Sorbona, y demás
altos centros y corporaciones, sino para la Francia intelectual entera, que no podrá olvidar que a la iniciativa del ilustre pedagogo debióse la creación de varias Universidades, la nueva organización de la Enseñanza Superior y el que se erigieran algunos edificios públicos como los destinados a las Facultades de Medicina, Ciencias y Letras de Burdeos. Los biógrafos de Liard hacen notar que la influencia del incansable apóstol de la enseñanza fue altamente fecunda para los centros didácticos franceses, a los cuales dotó de utillaje científico, poniéndolos al nivel de los de Inglaterra y los Estados Unidos.

Liard, fue, en síntesis, un espíritu previsor, cuya continuidad de esfuerzo es realmente admirable y que pospuso su obra de investigador y de teorizante, a la de la modificación y rejuvenecimiento de las instituciones docentes del Estado, acomodándolas a las exigencias de la vida moderna.

Hombre sencillo y modesto, dispuso en su testamento que no se tributaran honores a su cadáver; que no se admitieran coronas, ni delegaciones, ni se pronunciaran discursos. Y sin pompa ni aparato, modestamente, como él quería, fue llevado a la tumba el venerable hombre de ciencia, a quien tanto debe la cultura de la nación hermana.
La Etnografía, disciplina científica modernísima, debe no pocos de sus triunfos al conocidísimo tratadista inglés Edward Burnet Tylor, cuyas obras alcanzaron éxito mundial, granjeando a su autor un nombre glorioso. Con Robertson-Smith, Andrés Lang, Topinard, J. C. Frazer, John Lubbock, L. Hopf y R. Munro, compartió Tylor la difícil tarea de amplificar los horizontes de la cultura contemporánea, y en la historia de la Sociología general, fué uno de los indagadores que aportaron un esfuerzo más vigoroso al hacer consciente a la humanidad de su pasado, descubriendo tesos de saber que permanecían ignorados. Tylor fué quien puso al descubierto los restos de las civilizaciones pretéritas, mostrando cómo perdura en las organizaciones de nuestras sociedades el salvajismo primitivo. Las leyes que rigen la vida de los pueblos fueron estudiadas con gran profundidad por Tylor, quien evidenció la sobrevivencia de un sinnúmero de costumbres, mitos y cultos, que tienen su origen en el hombre primitivo. La obra de Tylor ha sido considerada por la crítica como uno de los monumentos más admirables con que cuenta la ciencia etnográfica de nuestro tiempo, y es Tylor uno de los tratadistas que con más rapidez vieron triunfar su doctrina, que ha llegado a ser clásica.

Edward Burnet Tylor, nació en Camberwell en 2 de Octubre de 1832. Hizo sus estudios en Grove House, escuela establecida en Tottenham. Destinado en un principio a los negocios, ingresó a los diez y seis años en una fábrica de cueros que poseía su padre; pero pocos años después, a consecuencia de haber contraído una enfermedad, vióse obligado a abandonar aquella ocu-
Santiago VaJenti Camp

pación, y por prescripción facultativa hubo de realizar un largo viaje. En 1855 visitó la América del Norte; más tarde permaneció una larga temporada en la isla de Cuba, donde se hallaba accidentalmente el etnógrafo Henry Christy, quien parece que ejerció una gran influencia en la orientación que hubo de tomar en sus estudios Tylor. En compañía de Christy, recorrió México, que estudiaron conjuntamente desde los puntos de vista antropológico e histórico, y el resultado de sus investigaciones lo consignó Tylor en el libro que publicó en 1861 con el título: Anahuac, or Mexico and the Mexicans, ancient and modern. Poco después dedicó su actividad a otro género de estudios de carácter más vasto y tendiendo a la generalización. En 1865 vió la luz su segundo volumen Researches into the early history of mankind. Ambas obras le conquistaron el aprecio de los especialistas, y ya seguro de sí mismo, el ilustre tratadista intensificó su labor investigadora en el campo de la Etnografía, publicando en 1871 su obra fundamental: Primitive culture, researches into the development of mythology, philosophy, religion, language, art and custom, que consagró su reputación y le colocó en primera línea entre los cultivadores de la Etnografía. Es este un libro admirable por la copiosa documentación que contiene, y no obstante la profundidad de la investigación, está escrito en un estilo claro, revelando en algunos pasajes, un gran humorismo. Hecha excepción de algunas obras de Heriberto Spencer, de Huxley y Lubbock, no hay otro autor que haya alcanzado un éxito científico tan resonante.

Tylor fué uno de los espíritus que en el último tercio del siglo pasado mostraron mayor independencia de criterio, subtrayéndose a las ideas más arraigadas por aquel entonces en la Gran Bretaña, donde predominaba todavía la tradición, sobre todo en lo que concierne a los problemas religiosos. Pero el triunfo de Tylor debióse principalmente a que antes de realizar una síntesis concreta, había reunido un caudal copiosísmo de hechos. Como Darwin y Spencer, ha sido Tylor uno de los grandes maestros del pensamiento inglés que más influencia ejercieron para desvanecer el antiguo dogmatismo; y en el ámbito de la Antropología luchó bravamente por afianzar los principios de la Filo-
sofía evolucionista. En 1873 apareció la segunda edición de *Primitive culture*, que desde entonces hasta la fecha se ha reimpresso sin cesar. En 1876 fue traducida al francés por Mme. Pauline Brunet y M. Ed. Barbier. También fue vertida al alemán, al ruso y más tarde, al castellano.

Si bien en un principio, la doctrina de Tylor fue en Inglaterra muy discutida, no tardó en imponerse, y las entidades doctas más prestigiosas, rindieron a su autor el homenaje de su simpatía. En 1871, la Sociedad Real de Londres le abrió sus puertas. En 1875, la Universidad de Oxford le confirió el grado de doctor *honoris causa*. En 1883, fue nombrado conservador del Museo Etnográfico de la mencionada Sociedad. En 1884, se le designó para dar un curso de Antropología. En 1895, el curso convirtióse en cátedra magistral, y el insigne tratadista recibió el título de profesor. En la Universidad de Oxford, existe una Facultad especial para las Ciencias Naturales y en ella ocupó un puesto la Antropología, al lado de la Zoología y de la Botánica. Sabido es que en la misma Universidad habíase creado anteriormente, en su Facultad de Derecho, por el famoso jurista Henry Sumner Maine, una cátedra de Historia del Derecho, que tanto contribuyó a renovar el pensamiento, connaturalizándolo con las corrientes de la Sociología.

Tylor permaneció en su cátedra hasta el año 1909, en que, por su avanzada edad, se retiró del profesorado. De 1889 a 1891, compartió sus tareas pedagógicas habituales con un curso de dos años, que dio en la Universidad de Aberdeen, acerca de la religión natural. En esta enseñanza amplió los puntos de mira contenidos en un pequeño volumen, de carácter didáctico, publicado en 1881, e intitulado *Anthropology or introduction to the study of man*; pero no concretó su actividad a las tareas didácticas, pues colaboró, además, asiduamente, escribiendo artículos etnográficos en la célebre *Encyclopaedia Britannica*, la mejor publicación de su género que existe en el mundo, y que sólo ha sido superada en ciertos respectos por algunas publicaciones norteamericanas de la misma índole. Además, envió un sinnúmero de comunicaciones a las Corporaciones doctas de su país y del extranjero. La Aso-
ciación Británica para el Progreso de las Ciencias y la Sociedad de Antropología, fueron, durante un largo lapso de tiempo, impulsadas por Tylor, quien presidió la Subsección de Antropología de la primera en 1879, en el Congreso de Sheffield. El Congreso celebrado en Montreal en 1884—el primero que tuvo efecto fuera de Europa—, fué presidido también por Tylor. En 1891 ocupó éste la presidencia de la Sociedad de Antropología, y en 1907 le fué otorgada la medalla conmemorativa de un premio instituido por Huxley. En el propio año, con motivo de celebrar su 75 aniversario, sus compañeros de Inglaterra le dedicaron un volumen que lleva por título Anthropological Essays. Hasta 1905, la Universidad de Cambridge, que le había sido hostil durante mucho tiempo, no le otorgó el título de doctor honoris causa. En 1912, el Rey de Inglaterra le concedió un título de nobleza, en premio a su dilatada labor científica.

En Francia, a donde no tardaron en llegar los ecos de la fama del eminente maestro inglés, y donde sus obras son muy conocidas, se impuso también la doctrina tyloriana. En 6 de Agosto de 1900, fué elegido Tylor individuo del Institut International de Sociologie, del que ocupó la presidencia en 1904, sucediendo al gran sociólogo yanqui Lester F. Ward.

El mérito principal de la obra de Tylor, consiste en haberse anticipado en más de medio siglo a sus contemporáneos. Fué, al igual que Carlos Darwin, un egregio precursor, un verdadero genio, según Máximo Kovalewsky. Por esto, sin duda, la crítica contemporánea más docta, afirma que la teoría de Tylor quedará como un bello ejemplo de sagacidad y de intuición. Tylor pudo asistir a su propia glorificación, presentando el homenaje que le rindieron cuantos autores se han dedicado al estudio de la nueva doctrina acerca de los “totems” americanos y de los “Kobongs” australianos, ya estudiados en principio por Mac Lenan, Lubbock, Spencer y, más tarde, por el sociólogo francés E. Durkheim.

Según René Worms, Tylor realizó con Primitive Culture, una labor valerosa y arriesgada, si tenemos en cuenta que cuando él escribió su obra predominaba en Inglaterra, la creencia de que los salvajes actuales,
Ideólogos, Teorizantes y Videntes

representan formas degeneradas de la humanidad, y que éstos provienen por regresión del tronco común originario. Tylor sustenta, por el contrario, que estos salvajes son los que mejor conservan las formas ancestrales, que en ellos se han venido manteniendo casi estables, en tanto que el resto de la humanidad progresa. Realizó, pues, una labor análoga a la de Darwin, en lo que concierne a la evolución de las especies zoológicas, y evidenció que la demonología y el espiritismo, son restos lejanos del animismo originario.

Como pensador, fué Tylor un espíritu formado en la escuela positivista anglo-francesa, y por esto su doctrina, aparece como una obra de verdadera liberación y de progreso, que permanece ingente, lejos de los vaivenes que se advierten a menudo en el orden científico, como en otras esferas de la actividad social.

Sir Edward Tylor falleció en 2 de Enero de 1917, a la avanzada edad de ochenta y cinco años. La muerte le sorprendió rodeado de honores y después de haber conquistado uno de los más altos puestos en la historia de la ciencia antroposociológica contemporánea.
En España, a diferencia de otros países, no existe una trayectoria espiritual definida; antes al contrario, se advierte que todas las doctrinas filosóficas, científicas y sociales, a pesar de los titánicos esfuerzos de sus propugnadores, no llegan a constituir un sistema, una escuela, un núcleo de laborantismo, con características propias y cuyas enseñanzas trasciendan a la colectividad. En España el nihilismo manso, ha adquirido un empuje tan avasallador, que no sólo no ha podido vencerlo, pero ni siquiera reducir sus efectos, socialmente perniciosos, la fuerza coordinadora de la disciplina eclesiástica, que ha sido indudablemente una de las notas que en el catolicismo de nuestro país ha conseguido mantener la cohesión, no obstante los gérmenes de disolución que han ido minando la existencia de la mayor parte, por no decir todas, las instituciones autóctonas. Por esto se comprende que en todas las regiones españolas, incluso Cataluña, del espíritu que informaba en otras épocas la vida corporativa sólo haya quedado el elemento formal, lo meramente externo y aparatoso. Pero los móviles internos, el sentimiento de la solidaridad íntima, la compenetración entre los afiliados, desapareció, o, por lo menos, se amortiguó de un modo harto sensible. Causas de este fenómeno colectivo hallarse en la carencia de efusión que por dondequiera se manifiesta y que no sólo dificulta los intentos de renovación, condenándolos a un fracaso irremediable, sino que constituye una revelación patente de que en nuestra psicología, esquinada y recelosa, la idea de que los poetas, los sabios, los filósofos, los filántropos, los agitadores y los utopistas, no realizan una labor esen-
cial para la existencia de la colectividad, está hondamente arraigada. ¿Cómo extrañar, pues, que entre nosotros, los grandes sembradores de ideas, los hombres insignes que del cultivo del pensamiento hicieron una misión apostólica, no hayan sido considerados, ni por las clases directoras, ni por los profesionales de toda especie, ni por la muchedumbre, como los genuinos guías que en muchas ocasiones son los verdaderos pastores de almas, los profetas o, dicho empleando la terminología contemporánea, los tipos representativos del alma del pueblo, aquellos que no sólo encarnan y sintetizan el pasado y el presente, sino que modelan, por así decirlo, el porvenir?

La nacionalidad española no ha llegado a ofrecer ninguno de los signos reveladores de que en el solar de nuestra Península se había operado el proceso de integración indispensable, preciso para que al calor del entusiasmo que infunde en los corazones un ideal colectivo, se hubieran fundido, adquiriendo nueva fisonomía, las distintas variedades étnicas que antes constituían los antiguos reinos y principados y que una vez perdidas sus características privativas, vinieron a formar una sola nacionalidad. Dadas las circunstancias en que se inició en España la transformación de los diferentes pueblos ibéricos, que, actualmente, son las provincias, constituidas, más que por los principios de la afinidad por el imperio férreo de la ley, no puede sorprender al sociólogo, ni siquiera al historiador, que la misión moral de los grandes hombres, que en todos los pueblos de Europa ha revestido una tan notoria influencia en el desenvolvimiento gradual, sucesivo y armónico, en nuestro país haya tenido tan escaso poder y tan exigua virtualidad.

Y es que en España tan sólo hemos sido capaces de estudiar, unas veces, lo pretérito, con un sentido meramente erudito, y otras, sólo nos hemos preocupado de decorar la existencia de las generaciones actuales, pero por incapacidad, por pereza o por egoísmo, no hemos acertado a vivir intensamente la vida espiritual, porque entre los poetas, los sabios, los filósofos, los filántropos, los agitadores y los utopistas y todas las capas de la sociedad no ha existido, más que excepcionalmente, un nexo, una compenetración sincera y cor-
Ideólogos, Teorizantes y Videntes

...dial, y este fenómeno nos da elementos de estudio suficiente para explicarnos la infecundidad de todas, o, por lo menos, de buen número de las campañas efectuadas por los propugnadores de las diversas escuelas y tendencias, desde la más pura ortodoxia hasta las más audaces concreciones del no conformismo.

No puede negarse que España ha poseído en todas las épocas de la historia moderna y contemporánea, espíritus vigorosos, almas nobles, hombres conscientes de lo que podía representar para la vitalidad de nuestro pueblo, lo mismo en el orden especulativo que en la esfera de la práctica, el ideal redentor, la misión sagrada que incumbe cumplir a los elegidos, a los altruistas, que sin esperanza de hallar una compensación a sus desvelos, laboraron con empeño para dar a nuestro genio étnico la acometividad, el valor heroico y el ansia de grandeza que en otros tiempos immortalizaron el nombre de España y el de algunas legiones de sus hombres preclaros. En España no se ha extinguido nunca el anhelo nobilísimo del sentido redentor, y lo que vale más, en todos los sectores del pensamiento surgieron personalidades insignes, intelectos luminosos, que demostraron que el vigor mental de nuestra raza se mantenía con la misma intensidad en los períodos de decadencia que en las épocas de esplendor; pero la intrahistoria de nuestro pueblo, si escudriñamos sus principales modalidades, y, sobre todo, las manifestaciones que pueden exteriorizar el dinamismo de los sentimientos y las pasiones de los organismos colectivos, demuestran que ni uno solo de los grandes hombres que más agitaron y conmovieron el ánimo de las muchedumbres, lo mismo en la ciudad que en el campo, en fecha remota como en la hora actual, tuvieron medios, habilidad, recursos para hacer un esfuerzo hercúleo que, si no pudiera manumitir a la comunidad, sirviese, cuando menos, de germen de redención para las generaciones inmediatamente subsiguientes.

¿Por qué en España, varones de la potencialidad intelectual y de la alteza ética de don Julián Sanz del Río, de don Francisco Giner, de Moreno Nieto, de Clarín, de Angel Ganivet, de Costa, de Macías Picavea, de Manuel de la Revilla, del mismo Castelar, de Pi Margall y de Salmerón, entre los afiliados a las escuelas...
krausista, hegeliana y positivista, tuvieron una influencia notoriamente interior a la que merecían por su valor, por sus virtudes y por su perseverancia? La causa principal de que tan eminentes pedagogos y pensadores sólo alcanzaran en la esfera colectiva éxitos medianos, debióse a que la sociedad española, incluso en las grandes ciudades, como Madrid y Barcelona, músi-trase reacia a la convivencia entrañable entre el pastor y la masa. Además, el fenómeno que señalamos en el campo de la heterodoxia ha acontecido también entre los afiliados al catolicismo; ahí está, por ejemplo, lo ocurrido en España, al filósofo vicense Jaime Balmes, menos conocido del gran público, aun en la actualidad, de lo que suponen y creen los doctos. ¿Y qué decir del psicólogo Francisco Javier Llorens, famoso introductor en España de algunas de las figuras de la escuela filosófica escocesa y de su compañero de profesorado, el celebrado tratadista de Estética Manuel Milá y Fontanals, quien, aunque sea un tanto doloroso confesarlo, era un semi-ignorado, incluso para sus propios paisanos, cuando el genial Menéndez y Pelayo vino hace algunos años a Barcelona para honrar la memoria de su egregio maestro? Una sola excepción se ha registrado en Barcelona con la personalidad de Durán y Bas; pero, de todas suertes, es indudable que si el gran jurisconsulto catalán llegó a ser popular, debiólo, tanto o más que a sus merecimientos de didáctico y de publicista, a sus triunfos en el foro y a la elevada posición política que ocupara durante medio siglo. Hace seis años con el fallecimiento del doctísimo prelado de Vich, doctor Torras y Bages, uno de los pensadores más eximios de la España contemporánea y acaso el más clarividente de los prestigios de la Iglesia, no ya en España, sino en todo el orbe católico, hubo de acontecer lo que siempre, lo que ocurrió con ocasión del fallecimiento de Valentín Almirall, el definidor del movimiento catalanista en el período romántico de las ideas particularistas catalanas con un sentido de izquierda; lo que también sucediera, cuando bajó al sepulcro el gran poeta Juan Maragall, el espíritu más amplio que ha poseído Cataluña en el último tercio de la centuria pasada y comienzos de la actual. Hay que decirlo sin ambages: en Cataluña no existe una tradición intelectual, y, de
existir, no la comparte la masa popular urbana, que es, a la postre, la que sanciona los éxitos, la que tributa honores y sirve con su entusiasmo para preparar el camino del triunfo a los hombres cumbres.

El doctor Torras y Bages no tuvo entre nosotros, la admiración cordial, efusiva, que en Bélgica alcanzara el cardenal Mercier, con quien guardaba el prelado vicense no pocas analogías, tanto desde el punto de vista de su labor, como por la altísima unción que distinguía a ambos príncipes de la Iglesia. La personalidad de Torras y Bages era una de las más preeminentes, no ya en el episcopado español, sino en el de los pueblos latinos sin excepción. La Iglesia católica, en general, ha visto, en lo que va de siglo, acentuarse la intensa crisis que comenzó a fines del Pontificado de Pío IX y que ni la capacidad, el celo y el tacto de León XIII pudieron contener. En España, más que en ninguna otra nación, el catolicismo se ha resentido de no haberse adecuado a las circunstancias históricas y, sobre todo, de haber permanecido en una situación espectante unas veces, y otras evidentemente hostil, a los avances de la Filosofía, la ciencia de la Naturaleza y las disciplinas de la sociedad. Torras y Bages era uno de los contados ejemplos aquí registrados, de un sacerdote claro que, a medida que escalaba, en virtud de merecimientos indiscutidos, cargos de mayor importancia, sentía con más intensidad la responsabilidad inherente a las más elevadas funciones directoras de todo organismo y especialmente de los eclesiásticos, si efectivamente han de cumplir la misión que les compete. Torras y Bages fué un hombre apasionado por la sabiduría, que trabajó con un entusiasmo sin límites para infundir a nuestra Iglesia un sentido que acaso no pueda calificarse de modernista, para que no se crea que directa o indirectamente influyeron en él las tendencias reformistas que han surgido en Italia y en Francia; pero es evidente que tenía el difunto obispo de Vich, un criterio que podríamos calificar de coetaneidad; es decir, que tendía a que la Iglesia católica española, sus organismos y todos los elementos eclesiásticos, en sus diversas jerarquías, pusieran en su ministerio la sencillez, la afabilidad, la ternura y, sobre todo, el sentido místico indispensable para atraer a las muchedumbres.
En este respecto, la labor realizada por Torras y Bages, recuerda la de las figuras más eminentes que ha tenido nuestra Iglesia y entre ellas la de San Isidoro, de Sevilla, que decía: “Cuando los cálices eran de madera, los sacerdotes eran de oro; cuando los cálices eran de oro, los sacerdotes eran de madera.” La devoción que puso el doctor Torras y Bages en sus funciones como prelado durante tres lustros, bien elocuentemente queda demostrado en la serie de admirables Pastoraless que publicó con un espíritu de continuidad, tal vez no igualado en España ni superado en el extranjero en nuestro tiempo. (1)

Y es que el insigne autor de La Tradició Catalana, poseía una personalidad compleja, indiscutible, no era sólo la unción, el sentido evangelizador, lo que atraía en las Pastoraless del eminente Obispo, sino que cauté-

(1) A continuación reproducimos los títulos de todas las Pastoraless del ilustre Obispo vicencense: De la ciutat de Deu i de l’Evangeli de la pau, 4 de octubre de 1899.—El símbols de la llum, publicada en 10 de febrero de 1900.—La darrera Quaresma del segle, Cuaresma de 1900. L’espos de sang, 1900.—El darrer Mes de Maria del segle XIX, 1900.—Consagració dels homes al Sagrat Cor de Jesús, 1900.—La eterna afirmació, 1900.—La potència de la Creu, 1901.—La Música educadora del sentit, 1901.—La sabiduría de l’es humils, 1902.—L’equilibri en la gerarquia industrial, 1902.—La Ciutat Pontific, 1902.—De la nostra filiació, 1903.—La pagesia cristiana, 1903.—Actualidad perenne del Pontificado, 1903.—La Inmaculada Concepció, 1904.—La única efficacia, 1904.—Gracia de una Dona, declaración del Dogma de la Inmaculada, publicada en 1904.—La elevació del poble o sigui la democràcia cristiana, 1905.—Beati ficació del març Pere Almàst, 1905.—El misteri de la iniquitat, 1905.—La confessió de la Fe, 1906.—Conducta dels obrers catòlics en les circunstàncies actuals, 1906.—El nostre pa de cada dia, 1906.—El misteri de la sang a sia màrtir i anarquista, 1906.—La caiguda de la França cristianissima, 1907.—La lleí de la creença, 1907.—La vida, 1908.—Del camí de salvació, 1908.—La victòria del Bruch.—La hestoria de Maria i lo jubileu de Lourdes, 1908.—Contra la blasfemia, 1908.—Orientacions sense Orient, 1909.—L’amor típic, 1909.—La glòria del martiri, 1909.—La ejemplaridad sacerdotal de San Josè Oriol, 1909.—Carta a los maestros cristianos de la diòcesi, 1909.—L’arte cristiana, 1910.—Pa dels àngels, 1911.—Culte de la carn, 1911.—Deu i el Céssar, 1911.—El sant sacrifici, 1912.—Dende que maten, 1912.—XVI centenari de la llibertat de la Iglesia, 1913.—La educació maternal, 1913.—L’adoració de la Santa Creu, 1913.—La Reina dels Àngels, 1913.—Las mujeres en la reparació humana, 1913.—El Rosari, oració de la Fe, 1913.—El camí de la grandesa, 1913.—L’etern Rosari, 1914.—Les Verges contemplatives, 1914.—En l’aniversari zecular de l’establiment de la Compañía de Jesús, 1914.—L’enigma de la guerra, 1915.—El internacionalismo papal, 1915.
vaba su arte de escritor claro, elegante, su fuerza psíquica, la potencia de su raciocinio y sus dotes de literato, que acertaba siempre a expresar sus ideas, teniendo a dar a los símbolos, a las abstracciones y a los juicios objetivos, una forma de expresión que fuera asequible a las gentes más sencillas y de cultura rudimentaria. No siempre, como es de suponer, sus diócesanos podían penetrar en la profundidad de los procesos reflexivos del señor Torras y Bages, pero aun sin apoderarse de aquella copiosísima producción ideológica, comprendían al valor intrínseco que atesoraba y los móviles generosos que siempre impulsaban a Torras y Bages en su labor de pastor de almas. Las enseñanzas de la obra evangélica de Torras y Bages muestran el celo y el conocimiento que tenía el obispo de Vich para infundir al catolicismo savia nueva; y así no vaciló en abordar con especial competencia todos los problemas que la realidad iba planteando. No es, pues, de extrañar, que el doctor Torras y Bages gozara de tan sólido prestigio, y que su fama como ideólogo fuese reconocida hasta entre los elementos disidentes y francamente heterodoxos.

El doctor Torras y Bages nació en San Valentí de las Cabanyas, pequeña población del partido de Villafranca del Panadés, en 1846. Hizo sus primeros estudios en el Colegio de Tarrida, de la capital de la comarca del Panadés. Luego trasladóse a Barcelona, con objeto de cursar el bachillerato y terminado éste, las carreras de Derecho y Filosofía y Letras, siendo condiscípulo, entre otros que con el tiempo habían de ocupar importantes puestos en la vida social, de don Juan Sol y Ortega, el ilustre parlamentario, de don Joaquín Almeda, uno de nuestros más reputados jurisconsultos y de don Manuel Guasp, Jefe que fue del partido conservador en Palma de Mallorca.

Cursando Torras y Bages la carrera de Letras, hubieron de influir poderosamente en el desenvolvimiento de su mentalidad, las enseñanzas del notable psicólogo don Francisco Javier Llorens, quien le inició, junto con sus compañeros, hombres de tanto valer como Marcelino Menéndez y Pelayo, Antonio Rubió y Lluch y José Franquesa y Gomis, en el estudio de las escuelas filosóficas que a la sazón predominaban en Europa. To-
tras y Bages, por sus singulares aptitudes, granjeóse bien pronto la amistad de su maestro, llegando a ser uno de los alumnos predilectos del egregio pensador catalán. Una vez terminadas ambas carreras literarias, y obtenido el grado de doctor, siendo apadrinado por otro de sus maestros, el señor Durán y Bas, Torras y Bages sintió una honda inquietud espiritual y trasladóse a Vich, en cuyo Seminario Conciliar cursó la Teología, pasando después a Valencia, donde obtuvo el grado de doctor. En el Seminario de Vich familiarizóse con los textos de Santo Tomás de Aquino, y aunque no fué la característica de su intelecto la dialéctica, sino que sintió siempre preferencia por los estudios modernos, la obra de Tomás de Aquino contribuyó a educar el espíritu de Torras y Bages, que después siguió con gran interés el movimiento filosófico de las principales escuelas católicas, incluso las no conformistas. Conocía como pocos eclesiásticos las corrientes de Positivismo, del Idealismo dinámico y del Pragmatismo. En 1871 se ordenó de presbítero y poco después dedicóse al cultivo de la Filosofía escolástica y a las disciplinas eclesiásticas. En Barcelona trabó amistad con los indagadores de nuestro pasado literario e histórico, y especialmente con Balari y Jovany y Mariano Aguiló, los cuales, como es sabido, eran dos laborantes infatigables de nuestra cultura y de los que más contribuyeron a crear hábitos de investigación entre nuestra juventud, deseosa de descubrir los tesoros de la Cataluña pretérita.

Desde muy joven sintió Torras y Bages una vocación extraordinaria por los problemas palpitantes y en especial por todo cuanto concernía al resurgimiento de la vida intelectual, política y social de Cataluña. Las obras de Pi y Margall y Valentín Almirall, contribuyeron a despertar en su mente el deseo de acometer investigaciones de carácter filosófico e histórico, y su amistad afectuosa con algunos de los jóvenes que entonces iniciaron el movimiento particularista, en el orden de las ideas y de la acción social, hubieron de influir también en la posición que adoptara el difunto obispo.

En 1892 publicó su obra La Tradición Catalana, en la que reunió el vasto caudal de sus observaciones y análisis histórico filosófico, acerca del alma de Cataluña.
Esta obra no sólo revela a un temperamento fuerte de escudriñador, sino también a una mentalidad potencialmente muy cultivada. Dentro de la más estricta ortodoxia, siguiendo la inspiración de la escuela filosófico-cristiana, hizo Torras y Bages en este libro un examen profundo y bastante completo de los principios teóricos que informaban la corriente regionalista, con un criterio amplio y, en ciertos aspectos, objetivo. La Tradició Catalana es el trabajo más importante de cuantos escribiera el sacerdote catalán y aquel en que logró condensar sus puntos de mira acerca de la vida de Cataluña, considerada en sus múltiples aspectos.

Con alguna anterioridad a La Tradició Catalana, había visto la luz su folleto con el título de La Iglesia y el Regionalismo, en el cual ofrecía una anticipación de lo esencial de la concepción teóricopositiva que desarrollara en el ya mencionado volumen. Lo mismo los biógrafos del doctor Torras y Bages que cuantas personalidades trataronle en la intimidad y especialmente dos publicistas doctos, Miguel S. Oliver y Enrique Prat de la Riba, sólo tenían para el insigne prelado palabras de admiración. Prat y Oliver considerábanle como maestro preclaro.

La existencia del ilustre pensador católico fue un ejemplo de laborantismo intelectual sorprendente. Dióse a conocer como escritor en 1880 con el estudio intitulado El mes del Sagrat Cor de Jesús, al que siguió, en 1886, Mes en honor del Patriarca Sant Joseph, en 1886, Preces tomísticas y algún tiempo después su compendio de La Vida de Sant Joseph Oriol. En todos estos opúsculos se revela su alma sincera y hondamente cristiana, su sabiduría teológica y su extraordinaria unicidad. Escribió, además, otras disertaciones, descollando la titulada Miniatura psicológica de Sant Lluis Gonçaga, que es un modelo de literatura mística, de prosa fluida y repleta de imágenes felicísimas. En 1899 ingresó el doctor Torras y Bages, en la Academia de Buenas Letras. Su discurso intitulábase En Rocaberti y en Bossuet, y fue el primero en la docta Corporación barcelonesa se presentó en lengua catalana, contiene juicios acerca de los problemas filosóficos, históricos y estéticos, no exentos de originalidad y que representan un avance en el modo de enfocar la idagación y, en cierto aspecto, la crítica.
De la vida eclesiástica del doctor Torras y Bages, después de haber sido preconizado obispo de Vich en la vacante que dejara Morgades al pasar a la Sede de Barcelona, merece especial examen en sus iniciativas, tales como el haber cooperado resueltamente en la subscripción pública para erigir en Villafranca del Panadés el monumento a Manuel Milá y Fontanals; el haber enriquecido el Museo y Biblioteca episcopales de su diócesis; el haber contribuido en toda ocasión a las empresas sacras y profanas, que significaran elevar el nivel de cultura de nuestro pueblo; y el haber señalado siempre que las virtudes colectivas han de responder principalmente a las necesidades del momento, remediantiendo los dolores de la sociedad. En el catolicismo contemporáneo, Torras y Bages representó y, lo que vale más, acertó a encarnar el sentido activista. Ahí están sus Pastorales que constituyen un monumento y en las que desenrolló su criterio de franca intervención. Sus títulos muestran, de un modo que no ofrece lugar a dudas, que Torras y Bages prefirió, a permanecer en una situación espectante o de mera crítica, adoctrinar a sus diocesanos, acaso porque consideraba como una prueba de debilidad el que los tipos representativos de la Iglesia dejasen huérfanos de dirección a sus feligreses.

Cuando en lo porvenir se trate de descubrir la influencia social que ha tenido la Iglesia en el desenvolvimiento de la actividad del pueblo catalán, uno de los elementos que habrá de tener en cuenta el indagador, son las Pastorales escritas por el doctor Torras y Bages, porque constituyen una especie de resumen, unas veces, de mística y otras, de dogmática y tienen siempre un alto valor intelectual y una elevada inspiración poética. Realmente, acertaba Miguel S. Oliver al decir que, para hallar apariciones de análoga consistencia, había que pensar en los escritos de Dupanloup, Neumann y Mercier. Así es. Torras y Bages, como algunos de los socialistas católicos alemanes y austriacos, no rehuyó el estudiar los problemas que la creciente complejidad de los problemas sociales ha ido planteadando a la consciencia contemporánea. Como Ketteler, tenía un concepto exacto de la misión que incumbe al poder eclesiástico ante las desigualdades sociales que el maquinismo y la gran industria han acrecentado. No fué,
sin embargo, el prelado catalán un defensor a ultranza de las soluciones preconizadas por el socialismo católico, quizá porque comprendió que, dado el ambiente general de Cataluña, la Iglesia católica carecía de robustez para conseguir el asentimiento de las muchedumbres en favor de una nivelación social; pero de un modo indirecto y dentro de las costumbres, que entre nosotros han predominado, no dejó de manifestar su criterio para dirigir el pensamiento y el sentimiento de sus feligreses, habiendo en distintas ocasiones demostrado cuán intensa era su preocupación en el sentido de hacer más viva y fecunda la actividad psicológica en Cataluña. De suerte que Torras y Bages, como escritor, trabajó con entusiasmo para acrecentar el patrimonio intelectual en nuestra región, y así como La Tradición Catalana puede ser considerada como una importantísima contribución a la historia interna de nuestro pueblo, en lo relativo a la valoración de nuestras más insignes ideólogos y moralistas, desde Ramón Llull, Eximénis y Luis Vives, hasta los contemporáneos, y en especial el autor de El Criterio, y Francisco Javier Llorens; como prelado fue Torras y Bages un panegirista que procuró aportar su cooperación a las innúmeras manifestaciones de la vida social.

En síntesis, la personalidad de Torras y Bages tuvo una altísima representación, y aunque entre nosotros predomina la indiferencia y el marasmo, en repetidas ocasiones la Prensa y la opinión pública en general, no pudieron substraerse a la sugestión que ejerciera el insigne prelado, al erigirse en verbo de las causas más nobles. Su pastoral intitulada El Internacionalismo Papal, documento digno de pasar a la Historia, constituye uno de los mayores aciertos de Torras y Bages, que con aquel precioso documento interpretó fielmente el sentido humanísimo, una concepción más pura y elevada de los fines que debe guiar a la conciencia del hombre, si algún día logra sobreponerse a los prejuicios que desvían, contrariándolas, las aspiraciones de cuantos suspiran por hacer menos dolorosa la lucha por la existencia. Aun los que no compartían las ideas del doctor Torras y Bages, han debido reconocer que el egregio pensador, como Mercier, Gibbons, Ireland y algunos otros prelados, en nuestro tiempo, de intensa inquietud
y de duda, han venido a significar verdaderos oasis en el páramo del sentimiento religioso. Difícil es que en esta época de materialismo, la obra de los espíritus evangélicos eleve y oriente por nuevos derroteros a la masa; pero cualquiera que sea el resultado que la posteridad dé pare a los esfuerzos de tales espíritus superiores, no cabe negar que el eminente prelado escribió páginas notabilísimas, pues aun en los últimos instantes de su existencia, en el mismo leche de muerte, al dictar su postdata a su última Pastoral _La ciencia del partir_, reveló la serenidad del hombre fuerte y justo, la plena luz de la inteligencia y la llama viva de la fe más pura, como si al asomarse al más allá su espíritu apostólico adquiriese mayor clarividencia, ungido ya por la mano de Dios.

El doctor Torras y Bages murió el día 7 de Febrero de 1916, constituyendo su fallecimiento una pérdida muy dolorosa para Iglesia católica y para Cataluña entera. Con él desapareció el más noble adalid de la causa regional, el más bueno, el más sabio y el más ecuánime de los eclesiásticos españoles. Ni como sembrador de ideas, ni como pastor de almas, tuvo jamás un solo enemigo; la consideración y el respeto que merecía por sus virtudes, por su talento y por su laboriosidad le acompañaron siempre, y su recuerdo perdurará eternamente en el corazón de todos los amantes de las tradiciones como base y los progresos como fin de la tierra Catalana, a la que tantos días de gloria dió el extinto prelado.
En el resurgimiento de Italia, los hombres cumbres que laboraron por el expansionamiento de la cultura, consideraron que el progreso político habría de ser men­guado sino se realizaba con fervor religioso, la cam­paña de manumitir de la ignorancia a los obreros de las capitales y a los labriegos. La pléyade de intelectuales que tomaron participación activa en la vida pú­blica, consagraron sus esfuerzos mancomunados a crear una conciencia intelectual, que dirían los krausistas, despierta, ágil, sensible y abierta a las innumerables pal­pitaciones del ente colectivo. Indudablemente, el ejem­plo que diera en 1879 en Francia el insigne Julio Fe­rry, al plantear la enseñanza laica, gratuita y obliga­toria, al repercutir en Italia, constituía un poderosísima­mo estímulo y bien pronto, hombres de letras, profesores de las Universidades y publicistas e, regios, auna­ron sus iniciativas y emprendieron una cruzada gloriosa que fue el comienzo de incorporar a las nobles lu­chas de la ciudadanía, a millares de campesinos que se hallaban sometidos a la dura ley del bronce y a la ominosa esclavitud de la ignorancia más crasa.

Luis Credaro fue, sin disputa, uno de los campeones que demostraron más perspicacia y bravura en la tarea difícil, verdaderamente ardua, de forjar una opinión pública favorable a enaltecer la escuela del pueblo. Sus desvelos y su patriotismo, triunfaron a la postre, consi­guiendo despertar en el alma de los obreros la simpa­tía cordial hacia las instituciones docentes, al conve­necerse las masas proletarias de los beneficios morales y económicos que había de depararles la instrucción y la formación del carácter. Credaro y sus colaboradores
estaban persuadidos de que era preciso asimismo que las clases pudientes sintieran por la escuela el amor indispensable para elevar el plano de la vida nacional. Los propugnadores de la campaña contra el analfabetismo y Luis Credaro con ellos, desvivieronse durante más de tres lustros para elevar el nivel intelectual, económico y político, de los educadores de todos los grados de la enseñanza. Para obtener un perfeccionamiento general en el país y preparar a la clase profesoral, se orientaron las reformas, desvaneciendo los egoísmos de arriba y la inopia de abajo, al hacer solidarios los intereses de la enseñanza, de los de la nación entera. Credaro fue el alma de este movimiento porque acertó a encarnar las más puras y generosas aspiraciones del magisterio italiano.

Luis Credaro es una de las mentalidades de la nación hermana, que han revelado en toda su obra una mayor potencialidad psicológica. Es a un tiempo filósofo, pedagogo, publicista, parlamentario y agitador. Nació Luis Credaro en Colda, provincia de Sondrio, el 15 de Enero de 1860.

Su cuna fue humildísima; hijo de una familia de campesinos, sus primeros pasos en la vida los diera en la más completa orfandad intelectual; pero dotado de una capacidad de trabajo extraordinaria, venció con su infatigable devoción por el saber, la penuria y el desvalimiento; a medida que cursaba la primera enseñanza, Credaro cosechaba premios y obtenía las más altas calificaciones. Fué alumno del colegio Ghislieri, en Pavía, en cuya Universidad recibió el grado de Doctor en Filosofía y Letras. En Alemania completó sus estudios, siguiendo las enseñanzas de Wundt, Heinze y Strümpell. Reintegrado a Italia, ingresó como profesor en el Instituto Superiore di Magistero Femminile, de Roma, en 1885; después de algunos años de explicar Pedagogía en la mencionada institución, fue profesor en los establecimientos de Segunda Enseñanza; en 1889, por concurso de méritos, se le concedió la cátedra de Historia de la Filosofía en la Universidad de Pavía, que es quizás la que mayor prestigio conquistó en estos últimos decenios, por haber integrado su Claustro las figuras más relevantes de la ciencia experimental y de las disciplinas de la sociedad.
Credaro, en 1900, pronunció un discurso de apertura de curso, de tonos vigorosos, defendiendo la tesis de que todos los partidos políticos tenían perfecto derecho a exponer sus doctrinas en la cátedra, con entera independencia de la presión exterior y de las autoridades administrativas. La oración inaugural del docto maestro vino a significar para la didáctica oficial, una verdadera transfusión de sangre nueva que contribuyó no poco a rejuvenecer la vida académica de Italia, porque Credaro supo infundir los efluvios del espíritu científico en el ánimo de la juventud estudiosa y anhelante. En 1902, Credaro, por una votación unánime de la Facultad, ocupó la cátedra de Pedagogía en la Universidad de Roma. Este nombramiento fue un honor máximo, ya que le cupo la gloria de suceder al eminentísimo maestro Antonio Labriola, el más esclarecido intérprete de la doctrina de Carlos Marx.

La organización de la Unione Nazionale Magistrale, fue también obra en gran parte, personal de Credaro; la actividad que desplegaría para asociar a los maestros, asombra. Consiguió en 1903, fundir en la citada entidad, a un sinnúmero de asociaciones de maestros; en 1906, la Unione comprendía 34,346 miembros, de los 50,000 maestros, próximamente, con que cuenta Italia. En el Congreso celebrado en Nápoles, en 1903, la Unione tomó el acuerdo de que los candidatos a diputado que pretendieran obtener su apoyo, habían de inscribir en su programa, la reforma escolar; en 8 de Julio de 1904, siendo ministro de Instrucción, el que hubo de ser más tarde presidente del Consejo, Vittorio Emanuele Orlando, la Unione obtuvo un señalado triunfo al lograr que el Parlamento votara la ley en virtud de la cual se amplió la obligación escolar de tres a seis años, estableciéndose un sexto grado en la escuela elemental; multiplicaronse las escuelas mixtas, se organizó y se declaró obligatoria la enseñanza de los adultos e introdujéronse importantes mejoras en el sueldo de los maestros, que ya poco antes habían logrado la estabilidad, y se habían fijado garantías para su ascenso en leyes anteriormente dictadas. En estos últimos años, la Unione Magistrale, siempre inspirada por Credaro, ha seguido laborando con denudo para consolidar la ley Orlando, y para que ésta se aplicara íntegramente en todos los casos.
Credaro, en el Parlamento, ha llevado a cabo una gestión dilatada; desde 1895, en que fué elegido por primera vez, representó el distrito de Tizano, siendo reelegido en tres o cuatro elecciones generales; fué el ponente del presupuesto de Instrucción pública y redactó las Memorias de varios proyectos de ley; en 1906, en el primer Gabinete que se constituyó bajo la presidencia de Sidney Sonnino, desempeñó la subsecretaría de Estado, en el ramo de Instrucción pública; después, en varias situaciones, ha sido ministro del mismo departamento; a partir de 1910, bajo la presidencia de Giolitti.

Es tanto el entusiasmo pedagógico de Credaro, que aun siendo ministro acudía diariamente a su cátedra de Pedagogía de la Universidad de Roma. Para Credaro, el deber docente constituye una forma de su cordialidad y por esto la función pedagógica ha sido para él una ineludible necesidad espiritual; antes que todo y por encima de todo, se ha comportado siempre como un educador, un maestro.

Como publicista, ha descollado entre otras, en las obras siguientes: Alfonso Testa, ovvero i Primordii del Kantismo in Italia, 1886; I seminari pedagogici di Lipsia, 1888; Il passato e il presente della storia della filosofia, 1888; Il problema de la libertà di volere nella filosofia dei greci, 1892; en 1893, la Academia de los "Lincei" premió su libro Lo scetticismo degli Accademici con appendice su gli scettici nell'epoca del Rinascimento, 1886-1893; el gran Dizionario illustrato di pedagogia, en colaboración con el profesor Martinazzoli, 1893; La libertà accademica, 1900; La pedagogia di G. F. Herbart, 1900, segunda edición 1902, y tercera, 1909.

En la Universidad de Roma, ejerciendo la dirección de la Facultad de Filosofía y Letras, el ilustre Credaro, viene siendo un propulsor de las corrientes renovadoras en los estudios superiores, que le deben no pocos de los progresos que se han introducido incesantemente.

La Rivista Pedagógica, de la cual es fundador, publicó hace poco, un profundo estudio, examinando los problemas que se habrán de resolver después de la victoria, con carácter imperativo. A juicio de Credaro, el mayor y más difícil de los escollos con que habrá de tropezar la escuela elemental, es el de "proveer los co-
nocimientos que son el camino intelectual necesario para
dar valor a la persona humana y para formar su mo-
ralidad y su conciencia política. No quiere esto decir,
que los analfabetos no pueden ser personas morales.
Afirmarlo, sería una ofensa para nuestros viejos, qui-
nes, no sabiendo leer ni escribir, dieron prueba de vir-
tudes admirables. La experiencia actual ofrece también
ejemplos de honestidad en ambientes que podrían dis-
culpar su falta. El heroísmo de la gente pobre, que no
disfrutó la alegría de un libro, se ha revelado potente
en la guerra de las naciones. Y, al contrario, no faltan
ejemplos de ligereza, de necio orgullo, de deshonestidad,
unidos a la cultura más refinada.

Librémonos, por consiguiente, del prejuicio de creer
que a un grado más alto de instrucción deberá corres-
ponder un hábito de moralidad más constante y fuerte,
y que la instrucción más elevada haga necesariamente
al individuo más honesto y observante del propio deber.
Pero también es un principio universalmente recono-
cido en todo el mundo civilizado, que el analfabetismo
no puede compadecerse con la dignidad individual y
con una vida civil satisfactoria. Así como hay un mí-
nimum de decencia y de policía de la persona exte-
rior, por los cuales no se permite al hombre salir de la
selva y presentarse en el Municipio o en la Iglesia del
lugar, así hay un mínimo de cultura intelectual y
moral, para tener el derecho de llamarse ciudadano y
vivir entre sus semejantes y ser partícipe en los bene-
ficios de la civilidad. No es lícito vivir conforme a las
costumbres y a las ideas inherentes a regímenes socia-
les que pertenecen ya a la Historia. Hay dos principios
éticos y sociales universalmente reconocidos: Primero,
que la dignidad individual y la buena conducta no son
posibles, sin un grado mínimo de cultura; segundo, que
todo hombre, provisto de la instrucción elemental, puede
aspirar a la excelencia de la moralidad. La idea de la
moralidad no es separable de la cultura elemental.

La transformación del pueblo italiano, más que obra
de los gobernantes, ha sido resultado de una pertinaz
y concienzuda labor de compenetración de todas las
clasas directoras, en el más amplio sentido de la pal-
abra, que pusieron un gran empeño en hacer plenamen-
te conscientes a los núcleos sociales de la misión que ha-
habían de cumplir y dando el ejemplo, aquellos que tenían una más clara y diáfragma percepción de las necesidades de cada momento.

Credaro, como Angiulli, ha sido uno de los portavozes del sincretismo filosófico, aplicado a la actividad social y quien llevó al alma de las muchedumbres el anhelo de hacerlas copartícipes en las luchas para la plenitud de la soberanía. En este sentido, Credaro ensanchó los horizontes de las masas, inculcándoles la idea de que en los maestros de escuela habían de hallar sus guías, sus tutores. En tal respecto, Credaro, ha sido y es, uno de los tipos representativos del movimiento fecundísimo de regeneración pedagógica y social de la Italia de nuestros días.
RICARDO MACIAS PICAVEA

El nombre de este egregio profesor y publicista, una de las más legítimas glorias de la España contemporánea, encarna, junto con Joaquín Costa, el llorado poeta aragonés, el núcleo central del movimiento intelectual regenerador que surgió en 1899, cuando acabó de desvanecerse en España la leyenda áurea, a consecuencia de la pérdida de los restos de nuestra imperio colonial. Pero Macías Picavea, que fue desde su juventud un laborante esforzado e infatigable, mucho antes de publicar su conocido libro El problema nacional, a raíz del desastre, había trabajado en la cátedra y en el libro con perseverancia, culebrando los peligros que suponía para España el vivir nuestro pueblo entregado a las vanas ilusiones y abrigando esperanzas sin fundamento. El sabio profesor vallisoletano puede decirse que fue uno de los poquísimos intelectuales a quienes no sorprendieron los tristes acontecimientos del año fatal de 1898. Macías tenía un conocimiento profundo de los sociólogos que había elaborado su cultura, no en el archivo ni en la biblioteca, sino en el laboratorio de la vida colectiva. Acaso, hecha excepción de Joaquín Costa, no hubo otro escritor de la generación pasada que tuviera un dominio tan completo de la Geografía, la Historia y la Psicología del pueblo español. Actualmente sólo puede comparársele Julio Serrador Gómez, el vibrante escritor, que ha adquirido legítimo renombre con la publicación de sus libros: Castilla en escombros, La Ciudad castellana y La canción del Duero. El notario de Frómista, es ahora, el publi-
cista que ha revelado en sus campañas para agitar la conciencia del país, un más profundo conocimiento de la cuestión agraria y del modo de orientarla.

Macías Picavea pudo enfocar el problema integral de reconstrucción de la patria, porque durante algunos lustros acertó a examinar serenamente el dinamismo de la existencia nacional. Puede, en verdad, afirmarse que el desastre no le afeccionó, como a tantos otros escritores de valía, sino que únicamente le sirvió para comprobar los puntos de vista que había esbozado, como de pasada, en artículos periodísticos y trabajos didácticos, consiguiendo elevarse sobre el nivel general de los publicistas y profesores que tres meses antes de la derrota escribían artículos optimistas en la Prensa patrioter. No pudieron sustraerse a la corriente mal sana de aquel optimismo sin base racional, hombres de mente tan esclarecida como Manuel Troyano, José María Escuder, Eugenio Sellés, Alfredo Vicenti, Augusto Suárez de Figueroa, Julio Burell y otros notables articulistas, que no tuvieron energía suficiente para adocetinar a la opinión pública, inhibiéndose de las sugerencias ejercidas por determinados elementos pseudo-intelectuales y políticos que desorientaron a la opinión pública española, produciendo aquel movimiento de patriotismo vocinglero cuyo epifenómeno fue, como es sabido, la guerra con los Estados Unidos. Macías, como Pi Margall, Alfredo Calderón, Gonzalo de Reparaz y Pablo Iglesias, tenía una visión certera de la situación real de España y por esto, en un breve lapso de tiempo en su retiro de Valladolid, pudo recoger materiales copiosísimos para escribir su monumento filosófico, político y literario, intitulado El Problema Nacional, la obra aparecida en nuestro tiempo, que contiene más antecedentes históricos y más preciosos datos arrancados a la realidad ambiente. Revelando, al mismo tiempo que un gran amor al trabajo, un absoluto desinterés profesional, una gran energía de carácter y un civismo ejemplar, y, fiando en la perseverancia del esfuerzo, pensó Macías que el mejor modo de servir los destinos de la nación era desentrañar de entre el cúmulo de errores y claudicaciones que constituían la falsa leyenda de nuestro poder colectivo, las energías virtuales de la raza, que se habían malo-
Ideólogos, Teorizantes y Videntes

grado en luchas estériles, en querellas intestinas, por haber supeditado a la concupiscencia y a la vanidad los ideales netamente colectivos.

Ricardo Macías es un caso típico de la potencialidad energética que puede desplegar un espíritu genuinamente español, que, en vez de aceptar los hechos consumados, reobra con brío inusitado contra todos los convencionalismos y los falsos principios teóricos. Como un pantiatra peritísimo, auscultó Macías el cuerpo nacional, examinando todas las vísceras para descubrir los padecimientos que experimentaba España.

La publicación de El Problema Nacional causó toda la impresión que podía producir en un país dominado por la indiferencia y el pesimismo, una requisitoria formulada con acierto y clarividencia por un gran explorador de nuestra historia y de nuestra psicología colectiva. El libro significó una revelación para el gran público semidoceto, pero para los hombres cultivados no fue otra cosa que la confirmación del prestigio que gozaba, desde los comienzos de su vida de escritor, el eminente catedrático de Valladolid. Macías tenía una reputación sólida y bien adquirida entre cuantos conocían sus afanes por todo lo que representaba renovación de los planteaiones docentes.

Como la mayoría, por no decir la totalidad, de nuestros no conformistas, el autor de La tierra de campos procedía del krausismo y fue uno de los discípulos de don Julián Sánz del Río, que revelaron mayor capacidad y una vocación más decidida por la filosofía racionalista. También Macías introdujo en España nuevas direcciones a la Filología, distinguiéndose asimismo por haber difundido los nuevos conceptos en la esfera de la Sociogeografía.

El perfil biográfico de Ricardo Macías permite reconstituir la formación intelectual de este eximio escritor, que nació en Santoña en 1847, en donde se hallaba accidentalmente su padre, don Francisco Macías, teniente coronel de infantería. Pocos años después, al ser destinado don Francisco a Valladolid, estudió su hijo primeras letras en aquella ciudad, pasando luego a cursar el bachillerato en León. Una vez obtenido el grado, volvió de nuevo a Valladolid, en donde se matriculó en la Facultad de Filosofía y Letras, terminando
esta carrera en la Universidad Central, en 1872. Refiere uno de sus biógrafos, que durante la estancia de Macías en León, sus compañeros se asombraban del entusiasmo que mostraba por el estudio y que en cierta ocasión, el secretario del Instituto de aquella ciudad, al preguntarle por el comportamiento académico de Macías, exclamó:

"Estoy cansado de poner sobresalientes, en la hoja de servicios de este muchacho."

Macías compartió su vida escolar con el servicio de las armas, y, según el testimonio del escritor vallisoletano Narciso Alonso Cortés, hizo la campaña de la guerra civil a las órdenes del general Concha. Hallándose adscrito a una de las dependencias del ministerio de la Guerra, en 1869, con ocasión de haberse reorganizado, por iniciativa del general Prim, la Biblioteca de aquel departamento, nombróse para que ordenara y catalogase documentos y libros un comandante-bibliotecario, a las órdenes del cual y como auxiliar fue designado el soldado Ricardo Macías, quien dedicó tal celo y actividad al cumplimiento de aquel difícil servicio, que al cabo de breves días su jefe le dijo:

"Como usted, Macías, entiende de estas cosas más que yo, desde ahora tiene carta blanca para arreglarlo todo como mejor le parezca."

Probablemente, el espíritu de coordinación y el método con que Macías reorganizó la Biblioteca del ministerio de la Guerra, debióse a las enseñanzas y al criterio metodológico que le infundiera su maestro Sanz del Río, quien le había acogido paternalmente, tanto por la vocación que demostró por el estudio, como por la especial situación en que se encontraba. El krausismo, que en aquel entonces considerábase como una escuela reñida con el sentido práctico, vino a rendir una utilidad inmediata al reorganizar Macías la Biblioteca del ministerio con un criterio tan admirable, que aún actualmente elogian los militares la gestión de aquel humilde soldado, que llegó a ser uno de los pensadores más geniales que ha tenido España, en el último tercio del pasado siglo.

La concepción filosófica de Macías Picavea, amplísima y repleta de idealidad, forjóse en el ambiente del krausismo, si bien este pensador, como Joaquín Costa, Ur-
bano González Serrano, Sales y Ferré, Alfredo Calderón y algunos otros, orientaron su pensamiento hacia un cierto sincretismo, que les permitió permanecer fieles a la doctrina de Sanz del Río, pero sin cristalizar jamás. Habituados a pensar libremente, fueron acodando su criterio a las nuevas idealidades que traía el positivismo inglés y a las direcciones en sentido evolucionista que tuvieron su origen en la escuela psicológica francesa representada, especialmente, por Teodulo Ribot y sus discípulos. Macías, como más tarde Dorado Montero, adopta una posición independiente, hasta el punto de podersele considerar como un heterodoxo del krasismo. Hombre de gran capacidad para enfocar los problemas filosóficos, históricos y sociales, consagró toda su vida a escudriñar el alma del pueblo español. Según el testimonio de algunos de los que fueron sus amigos, Macías sentía una gran pasión por cuanto significara investigar y descubrir el ritmo de nuestros procesos sociales más íntimos, y para realizar esta labor exploratoria libertóse de todo apriorismo de escuela, desechando las tendencias preconcebidas. De esta suerte, logró sustraerse por completo a lo que González Serrano denominaba con feliz expresión, el mote del sistema. De los krasistas, conservó la devoción por la labor reflexiva, la amplitud de miras y la agilidad mental; pero en ninguna ocasión incurrió en el defecto común a un gran número de aquéllos y que estriba en la oscurecida y el alambicamiento de la frase.

A pesar de su gran vocación pedagógica y de su entusiasmo sin límites por la enseñanza, jamás empleó la aparatosidad y el tono severo, ni hizo hincapié en preconizar los principios de la austeridad, acaso porque desde su juventud vivió intensamente los del más puro altruismo. Macías fue un hombre tan enamorado de sus ideales, que ni aun al travesar por situaciones difíciles y peligrosas dejó de perseverar en sus estudios. Cuando ocurrió la explosión de los polvorines del cuartel de San Gil, corrió grave riesgo de perder la existencia; pero en aquella ocasión, como en tantas otras, conservó incólume su serenidad, porque los accidentes externos jamás conmovieron su temperamento enérgico ni le alejaron de su trabajo. Fiel al plan que se trazara, dedicóse por entero al laboreo intelectual y no perdonó medio
394 Santiago Valenti Camp

para aumentar su cultura, hasta adquirir una personalidad robusta y bien definida.

Cuando apenas contaba 27 años, en 1874, obtuvo mediante oposición, la cátedra de Psicología en el desaparecido Instituto de Tortosa, no tardando en distinguirse entre sus compañeros por el sentido innovador que diera a sus enseñanzas. Con sencillez y modestia ejemplares, consiguió crear en la antigua ciudad catalana, un núcleo de estudiosos por haber refluido sus lecciones entre un grupo de republicanos que consideraron a Macías como un maestro esclarecido y como panegirista clarividente de los ideales y las normas democráticas.

Durante su permanencia en Tortosa, dedicó su actividad el celoso profesor a otras disciplinas que, juzgadas superficialmente, parecen estar reñidas con la Psicología, la Lingüística y la Filología. Una vez Macías hubo conseguido dominar estas materias, solicitó la cátedra de Latín del Instituto de Valladolid, y, habiéndosele concedido, trasladóse en 1878 a la capital castellana, donde bien pronto llamaron la atención los métodos que puso en práctica para enseñar la lengua del Lacio, siguiendo las orientaciones de los tratadistas más competentes del extranjero. La Gramática Latina, que poco después de posesionarse de su cargo, publicó valióle acerbas críticas de los latinistas a la antigua usanza. Macías fue el autor que en la enseñanza del Latín más clara y elocuentemente puso de manifiesto la importancia de aplicar a la Filología el método analítico y comparativo. Posteriormente no han sido pocos los profesores de Instituto, que han hecho suyas las innovaciones introducidas por aquél, en el estudio de las raíces y de los prefijos.

En la capital castellana Macías contribuyó a formar a dos generaciones de escolares. Aun se menciona en Valladolid, con elogio y admiración la labor docente de aquel gran apóstol de la enseñanza, que trataba con afabilidad a sus alumnos y que se afanaba por despertar en su entendimiento la vocación hacia el estudio. Refiere uno de sus biógrafos que Macías tenía tal amor por la didáctica, que una de sus preocupaciones, al ingresar en el profesorado, fue el mejorar todo lo posible el funcionamiento de las instituciones docentes. Llegó a ser para él una obsesión el problema de la instrucción
pública, habiendo escrito acerca de esta materia innúmeros y notables artículos en el periódico republicano local *La Libertad*, por él fundado y que durante un largo lapso de tiempo defendió la política republicana en Castilla, siendo el órgano del ex ministro y catedrático don José Muro, quien tuvo por consejero y amigo inseparable a Ricardo Macías.

En Madrid, repercutieron los trabajos del infatigable profesor, llamando poderosamente la atención la crítica que éste hiciera de la organización de la enseñanza en sus distintos grados. En 1883, hallándose en el Poder los liberales, el difunto marqués de Sardoal, que comprendió, a su paso por el ministerio de Fomento, la necesidad de reformar el plan de estudios y el sistema de enseñanza, confió a Macías y a otros escritores la redacción de un amplio proyecto de reformas, que algún tiempo después, al ocupar la cartera de Fomento, en otro Gabinete liberal, don Alejandro Groizard, fueron implantadas en parte.

Era tanta la actividad de Macías que, no bastándole su aula del Instituto para desenvolver más que en una mínima parte su personalidad como pedagogo, junto con algunos de los que fueron sus discípulos en la primera época, realizó en la Prensa, especialmente en el periódico *La Libertad*, una brillantísima campaña de difusión de ideas, orientando a todos los elementos democráticos de Valladolid y de otras ciudades castellanas.

Durante más de quince años, luchó bravamente desde las columnas de aquel periódico para forjar una opinión pública ilustrada, tendiendo a hacer cada vez más viva la espiritualidad castellana y poniendo de relieve que la gravedad y la sequedad, más que cualidades y virtudes, eran defectos. A pesar de lo intensa que fué su campaña literaria y educativa, sólo consiguió remover las capas superiores del espíritu castellano, conquistando la simpatía de los más cultos; la masa del republicanism no llegó a comprender los móviles desinteresados que inspiraban la actuación de Macías Picavea, convertido en panegírista de una democracia educadora y dinamizante.

Como todos los espíritus fuertes y vigorosos, Macías jamás temió a la adversidad y, aunque a su espíritu perspicaz no se le ocultaba cuán difícil había de ser
desarraigado en Valladolid las costumbres políticas formalistas y el sentido burocrático, aceptó el cargo de concejal, defendiendo en el Consistorio, con gran energía y dando pruebas de civismo y de amor a la clase obrera, un plan admirable para organizar los servicios municipales. Sus mismos adversarios, que no habían hecho justicia a sus grandes conocimientos y notabilísimos proyectos, hubieron de confesar que las reformas administrativas propuestas por Macías, eran viables, si bien no se sentían con arrebatos suficientes para llevarlas a la práctica. No obstante, las desilusiones que hubo de experimentar en su actuación política, Macías conservó siempre una fe sincera y en los momentos de crisis espiritual, lamentándose amargamente de que fueran tantas las personalidades afiliadas a los partidos que no acertaban a vivir con sinceridad las ideas que decían sustentar.

Ante las contrariedades y las defeciones de algunos de los que fueron sus compañeros, Macías se alejó de la política militante para consagrar de nuevo exclusivamente al estudio con más fervor que nunca. En vez de formular quejas por los agravios recibidos, siguió defendiendo la necesidad de renovar el ambiente social y de abrir nuevos cauces a la cultura, porque la experiencia de la vida pudo dejar un poso de amargura en su alma, pero no restarle energías para la lucha ni amenguara sus entusiasmos por el apostolado emprendido y que algunos años después condensó con tanta valentía, en su célebre libro \textit{El Problema Nacional}, la más completa síntesis de programa regenerador de España.

Aun los más entusiastas admiradores del egregio periodista montañés, desconocen una gran parte de su labor, especialmente la relativa a la Pedagogía. Desde los comienzos de su vida docente sintió Macías una gran vocación por intensificar la enseñanza y comprendió que una de las causas de que en España los alumnos no trabajen con firmeza, débese a que los libros de texto, en general, no responden cumplidamente al fin de promover el interés por la Ciencia. Por esto las obras que dedicó a iniciar a los estudiantes en el cultivo del Latín y de la Geografía son un modelo en su género. Poseía Macías una ilustración vastísima, estaba familiarizado con las Humanidades y la Historia, sentía por los estudios y las investigaciones geográficas una marcada
preferencia y trabajó siempre sin sentir el desaliento ni aguardar la compensación, por completar con nuevos datos y observaciones personales cuanto concierne a la constitución interna del pueblo español. Fué, por así decirlo, un precursor de la Sociogeografía en nuestro país. Pudo realizar sus síntesis, porque, explorador infatigable, de las costumbres hispanas, recogió en el folklore no pocos elementos que le permitieron más tarde, enfo- car las más complejas e intrincadas cuestiones de carácter social, así como acometer el problema crítico de nuestra existencia cívica. En este respecto, la tarea que se impuso Ricardo Macías, podría paragonarse con la que ha llevado a cabo en Italia el escritor y tratadista G. Pitré, eminente rebuscador del alma meridional de la nación hermana y actualmente el más insigne sistematizador de la Demopsicología, la nueva disciplina científica que tan poderosa y eficazmente habrá de contribuir a esclarecer el pasado y el presente de la vida colectiva de las naciones contemporáneas.

Desde 1872 a 1880 la actividad psicológica del llo- rado publicista montañés fué extraordinaria. En 1872 publicó su notable poema filosófico Kosmos. Era entonces muy joven y se hallaba su espíritu bajo la influencia de la concepción filosófica krausiana. Su entusiasmo y su sinceridad lleváronle a exponer el concepto de la creación del mundo que se había forjado al recibir las enseñanzas de su maestro Julián Sanz del Río. El asunto del poema es vasto y viene a comprender, a través de su visión filosófica, la Cosmogonía, atendiéndose a la Razón y tratando de armonizar los últimos progresos operados por las ciencias bionaturales con una comprensión en la que el Racionalismo y el Positivismo estaban compenetrados. Al igual que Hesíodo y Lucrecio, propúsose escribir una poema de grandes vuelos, explicando la formación de los mundos. Macías, en su concepción, consideraba una obra como la síntesis de la fuerza creatriz, y lo que para Lucrecio fué la naturaleza de las cosas creadora, lo vió sintetizado en el concepto del todo Universo y el ser Naturaleza.

Al desarrollar su idea fundamental, ateniéndose al denominado panteísmo krausiano, elaboró su obra poe- mática, dando especial importancia a un concepto semi- panteísta. Para él la única esencia infinita es Dios, que se
condensa en la unidad del ser Naturaleza. El poema há-
llase dividido en trece cantos, en los que desarrolla la
Imagen, Pan, Mundus, Geos, Flora, Fauna, Uranus, Hi-
dros, Chronos, Orbis, Phebus, Phebe, In Zodiachi tur-
no, Alma Terra y Universus Mundus.

Al componer este poema consiguió desarrollar su
concepción filosófica del Universo con la amplitud y la
profunda visión que se advierte, en todas sus obras.
En sus versos, unas veces empleando la quintilla y otras
la cuarteta, la silva y la octava real, acertó a dar forma
plástica, vibrante y sugestiva a su pensamiento profun-
do y escrutador y a su sentimiento delicado y vigorosi-
simo a la vez. En distintos cantos del poema abundan
la inspiración y las imágenes nuevas y originales, y se
armonizan perfectamente los ensueños de su alma poé-
tica con su conciencia severa de hombre científico.

A pesar de que por aquel entonces, cuando publicó su
poema Kosmos, era un fervoroso krausista, el filósofo no
predominó por completo ni sofocó el sentimiento esté-
tico en su espíritu. Y es que Macías, antes que todo,
era un temperamento anhelante, abierto a todas las
direcciones de la especulación, que procuraba recoger,
complaciéndose en ellas, las innumerables palpitaciones de
la vida. No encerró jamás su labor en los límites, siem-
pre estrechos, de una sistematización doctrinal, y vió
en el krausismo, más que una escuela, una dirección y
una tendencia. Dicen algunos biógrafos de Macías que
en otro de sus poemas, intitulado Andrés y María, reves-
lanse también singulares cualidades de altísimo poeta.

El canto “Mercando” fué leído en el teatro Calderón,
de Vadallolid, por aquel insigne actor que se llamó Ra-
fael Calvo, siendo recibido por el público con grandes
aplausos y aclamaciones.

Por aquellos mismos años, del 72 al 80, en colabo-
ración con el poeta y académico Emilio Ferrari y el pu-
ublicista señor Alvarez Taladriz, compuso un episodio de
caracter dramático que llevaba por título La muerte de
Cervantes y que se estrenó en el mismo teatro, obtenien-
do una cariñosas acogida.

A pesar del gran valor que la crítica de aquel tiem-
po asignó a la producción meramente literaria de Ma-
cías, es indudable que estuvo éste acertado al considerar
como subalterna esta parte de su actividad espiritual, y
una prueba de ello es que jamás volvió a cultivar la literatura propiamente dicha. Lo más fuerte y personal de Macías, aparte de sus artículos y ensayos filosóficos-históricos, de la segunda etapa de su vida, fue la serie titulada *La Civilización de la Edad Media*, que constituye una admirable, por lo honrada, generalización histórica. En este género descolló Macías superlativamente, porque, además de poseer una gran capacidad comprensiva, lograba sustraerse a los juicios emitidos por determinados autores de fama que, como el célebre Castelar, al intentar las síntesis de un período histórico determinado, incurrían en errores crasisimatos por haber dado excesiva importancia, unas veces, a lo episódico y otras, al factor político. Macías, que ante todo, era un gran indagador dotado de enorme perspicacia, examinaba y tenía en cuenta para comprender un instante de los procesos históricos, la floración ideológica y los móviles internos que generan las corrientes espirituales en la marcha de los pueblos. Por esto, de entre la multitud de hechos y circunstancias aparentemente banales, conseguía descubrir la motivación, la verdadera fuerza intrínseca, que constituye el ritmo en virtud, del cual se concatenan los acontecimientos. Era Macías, un verdadero mago de la historia íntima, y a su mirada, aguda y penetrante, no se ocultaba ni una sola de las concausas que generan los movimientos internos de la conciencia social. De ahí, que buceara hasta en las últimas capas en la estructura psicológica de la colectividad española, fijando con precisión las leyes que habían determinado la evolución, así como sus paros y retrogradaciones.

Su relevante e inconfundible personalidad como escritor didáctico púlsa de manifiesto Macías en la *Gramática Latina*, que publicó en 1878 y que no dejó de ser comentada por cuantos profesores de segunda enseñanza trataban de orientar el conocimiento del Latín, siguiendo las corrientes de la Filología contemporánea inspiradas en las doctrinas de Max Müller, Lachmann, Ladle Wig y Witney. La única objeción que opusieron a Macías sus contradictores era que, al definir los conceptos, no siempre lograba ponerlos al alcance de los alumnos, por dar a sus lecciones un sentido exclusivamente filosófico. De todas suertes, la crítica hubo de convenir en que era un libro admirable, que revestía un alto
valor pedagógico y que el plan y la estructura revelaban las dotes excepcionales de su autor, que fué quien introdujo en España la metodología novísima en la enseñanza de la lengua del Lacio.

Asimismo los Apuntes para el estudio de la Historia Universa, que vieron la luz en 1882, constituyen una labor docente admirable. A pesar de que en la portada del libro se dice que éste fué escrito por dos catedráticos, existen sobrados motivos para creer que sólo fué redactado por Macías, quien, llevado de su modestia, no tuvo inconveniente en aparecer como colaborador de un compañero suyo, que no era otro que el ex ministro republicano señor Muñoz, que por aquel entonces había alcanzado más nombradía pero que, indudablemente, nunca fué un pensador de los altos vuelos que el profesor vallisoletano.

En 1895, dió a la estampa Macías Picavea el último de sus libros didácticos: la Geografía, volumen notabilísimo, menos adecuado que el anterior a los viejos cánones de los libros de texto, pero que se acerca más al tipo corriente de las obras educativas extranjeras. El método empleado por Macías estrúa en presentar los capítulos en forma de lectura. Con este procedimiento consiguió el docto maestro que sus alumnos se habituaran a la disertación y al comentario meditado en la cátedra. Ofrece este libro la gran ventaja de que el estudio de la Geografía, deja de ser una labor meramente de repetición, que sobrecarga la memoria sin educar a los escolares. La parte dedicada a la Geografía y política de España, es un trabajo admirable y algunas de los fragmentos de este libro pudo aprovecharlos Macías para El problema nacional.

En otra esfera, en la producción novelesca, alcanzó también un gran éxito, publicando varias novelas cortas y la intitulada La tierra de campos, cuyo primer tomo apareció en 1897 y el segundo en 1898. En esta obra pinta de un modo magistral, en estilo brillante y plástico, la grandeza y la serenidad de las llanuras castellanas, dando una justa sensación del ambiente, grave y misterioso, de aquellas comarcas, tristes y desoladas, con escasa vegetación y pobladas por una raza sobria y sin ilusiones, castigada en verano por un sol implacable y en invierno por un frío que sólo puede com-
pararse con el de las altiplanicies del Tibet, como dijo en cierta ocasión exageradamente al hablar de la pintura de uno de los más insignes maestros españoles, nuestro paisano el inolvidable escritor Jaime Brossa.

Puede decirse que se debe a Macías el primer impulso serio, dado a la novela regional de Castilla, pues si bien este género literario tenía algunos precedentes, en realidad, quien acertó a describir el paisaje y el alma castellanos, con todo realismo fué Macías, especialmente en la segunda parte de *La tierra de campos*, en donde se reflejan, expresados, con gran sinceridad, el profundo pesimismo y la atonía moral que predomina en la raza. Sea cualquiera la opinión de los escritores que más tarde se han dedicado a este género literario, está fuera de duda que el regionalismo en la novela genuinamente castellanista, fué obra de Macías, quien marcó con su libro un nuevo derrotero para descubrir cuanto había de oculto en el carácter, adusto y sencillo, a la vez que sobrio y austero, de los habitantes del páramo castellano. Pero si es notable el estudio del medio externo, no lo es menos la disección de los personajes ya que Macías acertó a plasmar en ellos la idiosincrasia del espíritu castellano en todos sus matices, sin exagerar jamás cualidades o defectos, achaque muy común en los noveladores de la escuela naturalista. Al examinar el ambiente psicológico, escudriñó en lo íntimo de las almas, poniendo de relieve la influencia de las rivalidades políticas en la vida social, así como en las luchas del hogar reveló cuánto influyen en la hostilidad de los caracteres la incomprensión mutua y la implacabilidad, que generan los dramas de amor. Nadie con menos recursos literarios y con menos frases retóricas consiguió plasmar en el drama exterior, la serie de tragedias íntimas que ensombrecen la vida de los campesinos castellanos.

Algunos críticos, al examinar el valor esotérico de *La tierra de campos*, manifestaron que predominan con exceso en esta obra los tonos oscuros y una visión melancólica que abate el ánimo, sumiéndolo en un profundo desconsuelo. La observación no nos parece acertada; Macías, fué sincero, y al pintar la tribulación del espíritu castellano no hizo más que recoger de la realidad palpitante, lo que todo observador sagaz halla en
aquel país, dominado por la inercia y en el que el impulso vivificador hace algunos siglos que está sojuzgado por la fuerza avasalladora de las desdichas, que pesan como losa de plomo, en la psiquis y en la acción. También se achacó a Macías el haber incurrido en exageración al trazar el cuadro tristísimo que ofrecen las comarcas de Castilla, en los años en que la sequía o las tormentas, asolan los campos de cultivo, haciendo surgir el espectro del hambre. El novelista condensa su impresión diciendo que en tan aciagas épocas “parece asistirse al desahucio de la más arraigada y castiza raza española lanzada de sus viejos lares”.

La crítica, singularmente la madrileña, no dedicó a La tierra de campos estudios especiales, sino crónicas ligeras, en las cuales no se reflejó la importancia que más tarde se ha debido asignar a esta novela llena de enjundia, de pensamiento y de observación y que ha de reputarse como el más fiel trasunto del alma castellana de nuestro tiempo. Realmente, la lectura de La tierra de campos, causa una impresión imborrable de amargura, de honda pesadumbre, más que por el relato propiamente dicho, por el razonamiento, por la lógica concatenación de los hechos y por la factura vigorosa y el lenguaje sobrio y cálido. Macías, que como pensador llegó a las más altas cimas de la especulación, como narrador de la vida castellana, como pintor del paisaje y de las costumbres, reveló ser un explorador competente, a cuya visión de psicólogo no se oculta ninguna de las incógnitas, de las ambigüedades que ofrece el pueblo castellano a la mirada superficial de muchos españoles y de no pocos extranjeros, que sólo vieron lo aparente, sin penetrar en la entraña de la psiquis del ruralismo de Castilla.

La tierra de campos, en síntesis, puede ser considerada como una obra genial, tanto por la belleza de las descripciones, como por la potencialidad psicológica con que Macías ahondó en el carácter y en las pasiones del pueblo con el cual convivió durante más de 35 años. Es indudable que no ha habido otro escritor contemporáneo que haya logrado expresar con tanta veracidad el sentimiento de lo trágico, la psico-fisiología del temperamento en sus menores detalles y el ambiente geotelúrico y social de aquella parte de la meseta castellana.
En toda la obra pedagógica, política y literaria de Macías, se advierte un hondo amor a la patria. Puede decirse que, hecha excepción de Joaquín Costa y Angel Ganivet, España no ha tenido un pensador de tan altos vuelos y que al mismo tiempo, reuniera las dotes de propagandista elocuente que el malogrado catedrático. Macías, que en la labor periodística que llevó a cabo en el diario vallisoletano La Libertad, había demostrado ser un espíritu sano y profundamente emotivo, hubo de sentir más tarde, en 1896, la turbación natural que experimentaron todos los hombres clarividentes al columbrar las desdichas que se avecinaban para la nación a consecuencia de la funesta política que veníamos siguiendo en Ultramar. Al igual que Pi y Margall, Alfredo Calderón y Pablo Iglesias, tuvo Macías una visión claramente del porvenir de España, y, en contra de lo que pensaban algunos de sus amigos íntimos, expresaba su opinión en estos términos: "De seguir así, el mejor día tiene que aparecer sobre cualquier monte de la frontera un cartel gigantesco que diga: Esta nación se alquila. Y es posible que nadie la quiera." De este modo, sintetizaba su parecer el insigne publicista, tratando de disimular el hondo y amargo pesimismo que invadía su alma, inflamada por el anhelo patriótico.

Tan pronto terminó nuestra tragedia colonial, sintió Macías intensamente la comienzo de escribir su famoso libro El Problema Nacional, que ha inmortalizado su nombre. Según el testimonio de su biógrafo Narciso Alonso Cortés, el genial maestro planeó y compuso el volumen en menos de cinco meses, pues comenzó su área en Noviembre de 1898, terminándola a fines de Febrero del año siguiente. En contra de lo que generalmente se cree, El Problema Nacional, no es trabajo que costara a su autor una profunda meditación, ni una larga preparación de datos y argumentos, ni menos aparato bibliográfico. En ninguna ocasión podría decirse con más propiedad que en esta que el eminente publicista abrió la válvula de lo subconsciente, volcando en las cuartillas, autosugestionado por su pensamiento único, que no era otro que el de contribuir al resurgimiento de la patria, todo el dolor de su alma ante la catástrofe, pero todas también las esperanzas que le sugerían su fe en el espíritu de la raza, su absoluto conocimiento de la
intrahistoria y su creencia en la virtualidad de la obra regeneradora y cultural.

Enviaba Macías a la imprenta el original en rimeros de cien cuartillas, sin retoque alguno, porque tenía un interés vivísimo en que su libro apareciera en Marzo o Abril, coincidiendo con el movimiento iniciado por la Cámara de Comercio zaragozana, que convocaba a las demás de España, en la heroica ciudad aragonesa para asociar a los elementos mercantiles en el despertar de la conciencia nacional, escribiendo durante algunos días quince y diez y seis horas seguidas y en las últimas semanas hasta veintidós. Pero, en fin, triunfó completamente, puesto que su libro fué el primero que apareció en España tratando de los problemas vitales para el país, a la sazón quebrantado y sin rumbo.

En las 524 páginas que constituyen el volumen, no sólo acertó Macías a condensar con claridad maravillosa su pensamiento, sino que trazó de un modo prodigioso un esquema del proceso de las concausas que determinaron la decadencia de España desde que se constituyó la unidad nacional. Divide Macías el libro en tres partes: hechos, causas y remedios. En la primera, estudia el aspecto geográfico, exponiendo de un modo admirable el propósito que le animaba y el plan que se proponía seguir. Al examinar el aspecto geográfico de la Península, analiza en los menores detalles el modo de ser de nuestro territorio y el pueblo, fijando cuál es nuestra posición y describiendo la morfología de la Península, el régimen de las aguas, la climatología y el país. Ocupándose del pueblo, hace una disección acabadísima de los aspectos étnicos y geográfico-social, así como de las regiones ibéricas, mencionando y criticando las clasificaciones natural e histórica y ofreciendo una completamente original. Al estudiar el aspecto histórico, entre las fases incluye la cultura, el factor económico, el moral, el religioso y el político, y al tratar de valorar el alcance de la guerra colonial y la lucha con los Estados Unidos, señala la trascendencia que ésta, revistió, determinando el estado agudo de nuestros padecimientos colectivos, por haber sido antinacional aquella empresa, que constituyó una derrota vergonzosa y que llevó a la nación a los lindes de la muerte.

En la parte dedicada a las causas, trata Macías
de nuestra naturaleza y la evolución histórica, haciendo el estudió más compendiado y profundo que se ha escrito hasta la hora presente, acerca de la España prerrománica, la romana, la goda, la cristiano-arabe, la del Renacimiento y la que él denomina decadente. También son dignas de elogio las páginas que consagra a describir la parálisis de la evolución hispánica, a causa de la influencia del germanismo, que vino a ser un cuerpo extraño, con su secuela de austracismo, que tanto hubo de contribuir a subalternar a ingerencias extranjeras las cualidades de nuestro genio ético. En el capítulo dedicado a la defensa orgánica y la transmisión del mal, entre otras cuestiones desenvuelve Macías la de los Comuneros, los Borbones, etc. Asimismo, al ocuparse de lo que han representado los liberales en la política española, pone de relieve sus defectos y los fracasos que hubieron de experimentar aquellos elementos por haber carecido de orientación, criterio y carácter para implantar sus ideas. Al definir el mal, entre otras concausas y efectos, señala el austracismo, el cesarismo, el despotismo ministerial, el caciquismo, la centralización, la teocracia, la intolerancia, el militarismo, la parálisis de la evolución, la idiocia, el psitacismo, etc.

En la tercera parte, intitulada remedios, expone lo que hay que hacer y las bases para plantear el problema en sus verdaderos términos, preconizándose como fórmulas la política hidráulica, la pedagógica y la regeneración de las costumbres públicas, declarándose partidario de que exista una íntima comunión del Poder con el país, erigiendo la justicia en Poder, separando la política de la Administración, vigorizando el régimen municipal, planteando las reformas sociales, económicas y obreras y resolviendo con energía la cuestión financiera. Termina Macías su libro exponiendo sucintamente los medios para realizar prácticamente el programa regenerador, el método a seguir y el modo adecuado para implantarlo.

El Problema Nacional es un libro que no ha envejecido. Lo mismo la parte expositiva que la crítica y la de afirmación, tienen ahora igual actualidad que cuando el volumen fue escrito y las soluciones en él propuestas son aplicables en el momento presente y podrían ser el único medio de redimir a España de la postración
en que se encuentra. Esta obra no sólo adoctrina el espíritu, sino que educa el carácter, siendo en la actualidad imposible referirse a ningún problema español sin tener en cuenta los juicios de Macías.

El eminente publicista no pudo tener la satisfacción de asistir al triunfo alcanzado por El Problema Nacional, pues en 9 de Abril de 1899, poco después de ver la luz pública este libro, contrajo su autor, la enfermedad que le llevó al sepulcro en 11 de Mayo del propio año. Poco antes de morir, recibió el homenaje de su paisano Menéndez y Pelayo, de don José Echegaray, de doña Emilia Pardo Bazán, y otras personalidades ilustres, que, al acusarle recibo del volumen, le enviaban su más entusiasta felicitación.

Ante la gravedad de su padecimiento, accedió Macías a someterse a la intervención quirúrgica, soportando con gran entereza y sin auxilio del cloroformo una cruenta operación en el hígado. La Ciencia no pudo combatir el mal y el insigne profesor sucumbió, tras horribles sufrimientos, que no alteraron, sin embargo, el gran dominio que tenía sobre sí mismo.

La vida y la obra de Macías, quedaron como un recuerdo de grandeza moral y de alteza de pensamiento, pues fue uno de los hombres a quienes puede considerarse como cruzados de una idealidad pletónica, alentadora y constructiva, que acaso tarde aún mucho tiempo en ser vivida, no ya por el pueblo, sino por la misma élite de los españoles.
RAFAEL ALTAMIRA.

La personalidad de este insigne publicista es una de las más conocidas, no sólo en nuestro país, sí no también en el resto de Europa, y, singularmente, en la América latina. Pocos escritores españoles consiguieron imponerse al gran público con tanta rapidez como Altamira, sin hacer concesiones, es decir, sin perder un instante ninguna de sus características privativas. Altamira, es a un tiempo pedagogo eminente, historiador concienzudo y crítico perspicaz. A pesar de su inmensa lectura, las influencias ajenas no han atenuado el vigor de su pristina personalidad. Después de más de veinticinco años de un laboreo intelectual intensivo y de haber cultivado las disciplinas históricas y sociales, psicológicas y morales, conserva el entusiasmo y el vigor juveniles y en sus trabajos resplandecen ensambladas la competencia, la frescura y el espirit.

Nació Altamira en Alicante en Febrero de 1866. Su padre, músico mayor de artillería, se distinguió entre sus compañeros por ser, más que un profesional, un artista. Los primeros años de la niñez de Altamira, transcurrieron en Cádiz, y al retirarse su padre del Ejército se trasladó a su ciudad natal, donde estudió la primera enseñanza y el bachillerato con gran aprovechamiento. Cursó la carrera de Derecho en la Universidad de Valencia, revelando desde un principio cualidades excepcionales y una vocación invencible por el periodismo. Con algunos de sus compañeros fundó La Unión Escolar, revista científico-literaria, en la que hicieron sus primeros ensayos los alumnos más aventajados de la Universidad valentina. Desde aquella época Altamira, mostró sus aficiones por la literatura amena como una deri-
vación de la severa vida académica, que necesitaba un desahogo espiritual. Desde su juventud ha sido el erige-
gio profesor un entusiasta paladín de las ideas demo-
cráticas, a cuya defensa dedicó una gran parte de su ac-
tividad, sin olvidar por ello los estudios históricos y fi-
osóficos, por los que sentía una vocación sincera, sos-
teniendo enérgicas campañas contra los profesores ultra-
montanos que constituían la mayoría del claustro de
aquella Universidad. Por aquel entonces colaboró en el
periódico republicano El Universo, que veía la luz en la
ciudad del Turia, escribiendo artículos de política, crí-
tica literaria y dos ensayos novelescos, y en la “Hoja li-
teraria” del citado periódico dos series de estudios, una
acerca de la Edad Media y otra dedicada a los sistemas fi-
osóficos modernos En los últimos años de la carrera es-
cribió artículos de crítica y de cuestiones sociales.

En La Ilustración Ibérica, que veía la luz en esta
ciudad, publicó en 1886 dos estudios muy interesantes,
con el título de El realismo y la literatura contempo-
ránea, que le granjearon la amistad de los críticos más
eminentes, entre ellos Menéndez Pelayo, Leopoldo Alas
y González Serrano. El propio año terminó su carrera
de Derecho con gran brillantez, obteniendo el premio
de la Licenciatura, y poco después se trasladó a Madrid,
con objeto de cursar el doctorado. Una vez instalado
en la Corte, no tardó en ponerse en relación con don Fran-
cisco Giner, don Gumersindo de Azcárate y don Nicolás
Salmerón, afiliándose al krausismo.

Al constituirse en 1888 en Madrid el partido centro-
republicano, Altamira, fué uno de los primeros que se
adhirieron al mismo y por indicación de varios indi-
víduos del directorio ingresó en el órgano de la citada
comunión política, titulado La Justicia, donde bien pronto
evidenció sus grandes dotes de periodista a la moderna,
contribuyendo a hacer del periódico centralista uno de
los diarios democráticos mejor orientados y más cul-
tos. Al año siguiente, por motivos de salud y por
sus múltiples ocupaciones, abandonó el periodismo mi-
lante para dedicarse a su afición predilecta: los estudios
históricos. Habiendo obtenido por oposición el cargo de
secretario segundo del Museo Pedagógico Nacional, de-
dicó todo su esfuerzo a la obra de nuestra reconstruc-
ción educativa y a investigar en Archivos y Biblió-
tecas, recogiendo materiales para su obra *Historia de la propiedad comunal*, que apareció en 1890, llevando un prólogo de don Gumersindo de Azcárate. Este su primer libro científico, aunque tiene algunas inexperiencias, es una obra muy estimable, no sólo por la vasta lectura de los maestros de la Historia, como Michelet, Volney, Cantú, Laurent, Taine, Renan, Ranke, Sumner-Maine, Momm- sen, Bukle, Ihering, Freeman, Pérez Pujol, Sales y Ferré, Hinojosa y Joaquín Costa, sino por los juicios cér- teros que contiene y por la copiosa bibliografía que lo exorna.

En el Museo Pedagógico Nacional de Madrid, trabajó con gran entusiasmo hasta 1896, dando lecciones públi- cas de Metodología de la Historia, Educación cívica, Historia de España en el siglo XVIII y Civilización espa- ñola. En dicho año hizo oposiciones a la cátedra de Historia del Derecho Español, que desempeñó hasta hace poco, en que fue nombrado director general de pri- mera enseñanza. Influyó poderosa y decisivamente en Altamira, el viaje que hizo a París y otras capitales de Europa en 1890, llevado de su anhelo de contribuir a la reforma de los estudios históricos en nuestro país, para lo cual estudió de visu la organización de los pla- nes pedagógicos en distintas naciones. En su visita a los grandes centros docentes de Europa recogió un sin- número de materiales, que ordenó y condensó en su no- table libro *La enseñanza de la Historia* (1895), muy conocido y elogiado fuera de España y que tan sólo puede compararse con otro análogo del publicista alemán Ernesto Bernheim.

Otro de sus libros que revisten mayor interés es el titulado *De Historia y Arte* (1898), en el que dió rele- vantes pruebas de su gran dominio de las cuestiones de metodología y erudición, demostrando sus excelentes do- tes de indagador que se preocupa más del fondo ideal que de las cualidades puramente externas.

Su paso por la Universidad de Oviedo fue para Al- tamira sumamente provechoso, pues en aquel ambiente de cultura europea, que habían contribuido a formar Leopoldo Alas, Adolfo Buylla, Adolfo Posada, Aramburu, Sela, Canella y Melquiades Alvarez, fué desenvolviendo su personalidad y en la placidez de la ciudad ovetense
escribió la *Historia de España y de la Civilización española*, el manual más completo y documentado que se ha escrito de la historia de nuestro país y cuyo primer volumen vio la luz en 1900 y el cuarto y último en 1911.

En 1902 publicó su *Psicología del pueblo español* (2.ª edición 1918), que merece ser leído por la riqueza de datos que atesorá, y porque rectifica algunos errores de varios tratadistas extranjeros, respecto a nuestro carácter e historia, y los puntos de vista unilaterales de los mismos españoles, respecto a nuestra función nacional antigua y moderna. A este libro consagraron artículos encomiásticos Martinenche, Frontini y otros escritores ingleses, alemanes y norteamericanos.

Durante mi penúltima estancia en Oviedo, en diciembre de 1901, pude apreciar en toda su integridad la labor pedagógica que llevaron a cabo con la Extensión Universitaria Altamira y sus colegas, que durante más de una década difundieron la cultura por las principales poblaciones de la región asturiana, la Montaña y parte de las provincias vascongadas. ¡Cuán sensible es que aquel núcleo de profesores abnegados se haya disgregado al pasar a Madrid Altamira, Posada y Buylla, habiendo perdido aquella Universidad el carácter francamente tolerante que había adquirido y que tan provechosos resultados reportó a la cultura, ampliando la esfera de acción de la Institución universitaria!

Posteriormente publicó Altamira varios volúmenes, entre los cuales merecen ser citados: *Historia del Derecho Español, Cuestiones preliminares* (1903)—resumen de las tareas realizadas en su cátedra durante varios cursos—; *Psicología y Literatura* (1905), notable colección de ensayos acerca de la producción intelectual española y extranjera; *Cosas del día* (1907), que, como su título indica, es una recopilación de estudios acerca de los problemas palpitanles; *España en América* (1908), que contiene un sinnúmero de trabajos en los que se demuestra el influjo que ha ejercido la mentalidad española en algunos países de la América latina, y, por fin, *Mi viaje a América* (1911), en el que reúne gran número de documentos interesantísimos y viene a ser como un resumen de la expedición que hizo el ilustre profesor a la Argentina, el Uruguay, Chile, Perú, México y Cuba en 1909-910.
A pesar de haber dedicado Altamira su actividad a la Historia y al Derecho, en los momentos que le dejaron libres la vida universitaria y sus campañas culturales escribió hermosos trabajos literarios, publicando en 1893 un libro de crítica con el título de Mi primera campaña, que lleva un prólogo del malogrado Leopoldo Alas; en 1894 una novela corta que se intitula Fatalidad y que apareció en un volumen con otras de Tomás Carretero y el inolvidable Juan Ochoa; en 1895 Cuentos de Levante; en 1903 Reposo, su última creación novelesca, en la que sienta la tesis de que la paz que buscan los intelectuales, cuando se sienten fatigados de la ruda lucha cotidiana no se encuentra en un cambio de vida, dejando los grandes centros urbanos por el ambiente agradable de la aldea, ya que la inquietud la llevan en el espíritu y no hay influjo externo que pueda remediarla.

Rafael Altamira, además de sus libros docentes y de crítica, de sus indagaciones históricas y de sus discursos académicos, colaboró algunas temporadas con asiduidad en el Boletín de la Institución Libre de Enseñanza, La España Moderna, La Lectura y Nuestro Tiempo, de Madrid; La Vanguardia, de esta ciudad; la Revue Historique, la Revue de Droit Public y la Revue internationale des Archives, Bibliothèques et Musées, de París. Durante algún tiempo dirigió con A. Elías de Molins la Revista Crítica de Historia y Literatura Españolas, Portuguesas e Hispano Americanas, que dejó de publicarse hace unos años. Ha sido corresponsal de The Atheneum, de Londres; de la Bibliothèque Universelle, de Lausana, y de varias corporaciones nacionales y extranjeras. Asimismo se debe a Altamira la traducción de los célebres Discursos a la nación alemana, de Juan Teófilo Fichte, para cuya obra escribió un admirable prólogo. También ha escrito en francés y editado en París varios folletos y monografías. En los últimos años, ha publicado cuatro volúmenes con estos títulos: Para la Juventud; Giner de los Ríos educador; La guerra actual y la opinión española y España y el programa americanista.

Altamira es uno de los contados españoles para quienes el trabajo no constituye una obligación penosa. En su nobilísimo afán de extender la cultura patria, labora incesantemente, ejerciendo un verdadero apostolado. Por esto, casi todos sus libros revelan elevación de pen-
Santiago Valenti Camp

siemiento, de amor a las ideas, generosidad de espíritu y un sentido reformista para mejorar las instituciones docentes, adecuándolas a las necesidades de nuestra época y orientándolas hacia las corrientes que preconiza la Pedagogía contemporánea.

Si en la esfera intelectual ha realizado Altamira una labor dilatada y profunda, como profesor y como funcionario no sólo ha cumplido celosamente sus cargos, sino que ha sido un propulsor activísimo de todas las reformas útiles y bienhechoras para el país, singularmente en lo que concierne a la escuela primaria, que, merced a sus iniciativas, está en vías de reconstitución.
Entre los discípulos más insignes del apóstol del positivismo en Italia, el venerable profesor de la Universidad de Padua, Roberto Ardigó, descuella G. Marchesini, que desde hace treinta años viene trabajando, con una constancia ejemplar, en el cultivo de la Psicología, la Religión y la Filosofía. A partir de 1895, en que publicó su notable _Saggio della Naturale Unità del pensiero_, Marchesini, desde su rincón de Padua, ha escrito libros profundos e interesantísimos, con una elegancia poco corriente entre los autores italianos, que se dedican a los estudios filosóficos.

Después de su maestro Artigó, es indudablemente, el publicista más eminente, con que cuenta en la actualidad la nación hermana. Tan sólo pueden parangonarse con él, Fernando Puglia, el filósofo y jurista de Messina y Guido Villa el sagazísimo psicólogo y erudito expositor del nuevo idealismo, y Trojano, el notable historiógrafo y contraductor en ciertos respectos, de la Filosofía positiva.

Marchesini, a pesar de haberse afiliado, desde joven, al igual que Alejandro Groppali, a la escuela ardigiana, ocupando uno de los primeros lugares en las avanzadas, distinguióse siempre tanto por la honradez de sus pensamientos como por la agilidad en el ejercicio de la crítica.

Juan Marchesini, nació en Noventa-Vicentina (Vicenza) el 18 de Septiembre de 1868. De su adolescencia nada consignan sus biógrafos y tan sólo sabemos que en 1888 publicó sus dos primeros ensayos rotulados: _Necessità casuale_ y _La naturalità del pensiero._

Poco después de terminada su carrera de Filosofía que
probablemente, cursará en la Universidad de Padua, muy joven fué nombrado profesor de Pedagogía en aquel centro docente y figuró como redactor jefe de la Rivista di Filosofía e Scienze affini, hasta que en 1909 se fundió aquella publicación con la Rivista filosófica.

El resurgimiento filosófico en Italia ofrece un carácter en cierto modo integral, porque los hombres más insignes de las principales escuelas, aunque algunos de ellos escalaron las altas cimas a título de especialistas, procuraron evitar el confinamiento, cultivando a un tiempo varias ramas del saber, con lo que lograban agrandar el radio de acción de las disciplinas afines a la que constituía su preferencia. En 1889 Marchesini publicó cuatro trabajos intitulados Assoluto e relativo, Conscio e inconscio, Il problema della vita y L'Unita delle Sensazioni e il senso tattile. En tales estudios mostró su gran preparación psicológica y trató, con bastante éxito, por cierto, de plantear determinados problemas de índole metafísica, proyectando sobre ellos la luz de la investigación científica.

En 1890 prosigue Marchesini su labor analítica y así se advierte en varios de sus opúsculos y volúmenes el afán con que se consagra a ampliar los horizontes del conocimiento con una solicitud y un entusiasmo por la ciencia nada comunes. He aquí los títulos de otros tres de sus trabajos: La rappresentazione nell'istinto, L'egoismo e l'edonismo nella morale positiva y Necce-sitá e casualité. Marchesini, en estos ensayos, proyecta su potencialidad psicológica en la esfera introspectiva y, conocedor de la Psicofísica y la Psicología fisiológica, enfoca los citados problemas desde nuevos puntos de mira, siguiendo a los innovadores, y teniendo alguna analogía con la escuela psicológica francesa.

En 1891 Marchesini se supera a sí mismo, y puede decirse que multiplica su actividad de un modo sorprendente, publicando los siguientes estudios: Alcune considerazioni sulla genesi del pensiero, Appunti sul presentimento, Coerenza e dipendenza dei fatti psichici, Il carattere e lo scopo etiologico ed edonistico della educazione, ¿II dolore non e un bisogno?, La donna nella prostituzione, Volontá e libertá (en colaboración con Ettore Regalia) y Sulla classificazione delle emo-zioni secondo la Psicologia.
Al año siguiente aparecieron los volúmenes La morale sociale e il suo fondamento, L'egoismo e l'antiegoismo nella morale sociale, La morale positiva e il magisterio educativo, Il problema monistico nella Filosofia y Filosofia del Rinascimento: la dottrina metafisico-psicologica di Andrea Cesalpino.

Espíritu inquieto y poseído siempre de una fiebre de indagación, siguió Marchesini laborando sin descanso y en 1893 dio a luz otros tres trabajos: L'efficacia morale del concetto di societá, Il principio teorico-morale della Beneficenza e Il dinamismo psicológico.

En 1894 apareció su Saggio sul concetto monistico della continuitá dinámica della psiche, una de las más brillantes contribuciones analíticas escritas por Marchesini y donde refleja quizá con más brío su pensamiento robusto, nutrido por una cultura biológica realmente sorprendente. En 1895 Marchesini sólo publicó un estudio: el que lleva por título Saggio sulla naturale unita del pensiero; al año siguiente vuelve Marchesini a un período de sobreactividad escribiendo sus trabajos Nota critica circa un criterio della clinica, La questione sociale nella morale e nell Diritto. La pena di morte e la taglia, La nuova educazione, Il positivismo e il problema della libertá, Idealismo, materialismo e positivismo, Elementi di logica secondo le opere de R. Ardigó, Stuart, Mill, A. Bain, etc.

Tampoco estuvo ocioso Marchesini durante el año 1897, pues aumentó, avalorándola, su ya copiosa producción, con los volúmenes La Filosofia del Diritto e la funcione etico-sociale del fenomeno giuridico, Il problema penale e il Delitto y Elementi di morale ad uso dei Licei (con un prólogo de su maestro Roberto Ardigó). El 98 publicó cuatro trabajos: Le amicizie di collegio—prologada por Enrique Morselli, el ilustre alienista de Génova—La crisi del positivismo e il problema filosófico, el primero de los más notables estudios de la segunda época de Marchesini, de aquella en que su intelecto llega a la plenitud; Il valore del giudizio negativo y La teoria dell'utile, en el que el filósofo y el moralista se compenetran, sin confundirse. Esta obra es, sin duda alguna, una de las que mejor preparan el espíritu y el carácter de los individuos que aspiran a conocer los principios éticos fundamentales y sus apli-
caciones en la esfera del Derecho y de la vida social.

En 1899, el profesor Marchesini publicó los volúmenes *L'individuo sociale e la sociologia, Il fatto minimo e la continuità naturale, Elementi de Pedagogia y Do- veri e Diritti*...

El año 1900 fue el único en que Marchesini no publicó ningún libro. Mas no duró mucho tiempo la tregua, pues en 1901 apareció el volumen *Il simbolismo nella conoscenza e nella morale*, primera parte de una trilogía que continuó en *Il dominio dello spirito ossia il problema della personalità e il diritto all'orgoglio* (1902), y terminó en *Le finzioni dell'anima* (1905). Estos tres libros, son, a nuestro juicio, los más sólidos y los de más altos vuelos que ha producido Marchesini. Si la mencionada trilogía la hubiese escrito un profesor de Heidelberg, de Jena o de Marburgo, los volúmenes que la constituyen ya se hubieran traducido al francés, al castellano y acaso al inglés; pero Marchesini es un latino y ha de sufrir las consecuencias de pertenecer a una raza que carece de solidaridad intelectual, y que durante cerca de medio siglo ha venido aceptando de plano las teorías de los germanos y de las sajones.

Así se explica que en Francia, donde hasta pocos meses antes de la guerra, se tradujeron opúsculos y monografías de escaso valor científico, tan sólo porque procedían de Berlín, de Halle o de Bona, hayan pasado poco menos que inadvertidos ideólogos y pensadores italianos de tanta potencia mental como Higinio Petrone, Felipe Masci, G. Cesca y Juan Marchesini.

En 1907 publicó *La vita e il pensiero de Roberto Ardigó*, admirable biografía y crítica del maestro de Mantua.

En estos últimos años, el insigne tratadista italiano parece haber abierto un paréntesis en su constante laborar. Los últimos libros de Marchesini de que tenemos noticia son: *Disegno storico delle dottrine pedagogiche*, y *La dottrina positiva della idealità* (1913). Esta obra viene a ser un resumen de todos sus trabajos de pensador, de investigador y de crítico. En ella determina Marchesini su posición ante los avances de la ciencia y las recurrencias que se registraron en la esfera de la moral y de la filosofía y bosqueja aquellos principios fundamentales que, a su juicio, permiten constituir el
diseño de una doctrina positiva de las idealidades éticas.

Poco antes, en 1909, había publicado Marchesini un volumen en el que fija su parecer acerca del principio de la sinceridad, en orden a la vida moral, y que es una verdadera reinvindicación del criterio de la veracidad. Se intitula *L’intolleranza e suoi presupposti*.

Marchesini tiene, como crítico, el mérito acrisolado de haber hecho un examen objetivo, verdaderamente realista, de todos los principios filosóficos considerados como fundamentales y de los valores psicológicos, éticos y pedagógicos, revisando con gran profundidad de juicio todas las concepciones teóricas que han dado lugar a la constitución de las principales escuelas. Sus conclusiones como moralista resultan, para los espíritus formados en el ambiente del idealismo optimista, un tanto desconsoladoras, porque colocan en su verdadera situación al factor individual y aun a las colectividades más adelantadas. Marchesini, en el fondo, es un determinista y siempre un pensador honrado que ha sabido substraerse a las corrientes que surgieron predominantemente en Alemania y que tendían a exaltar al neo-espiritualismo, sin base para ello.

Indiscutiblemente, Marchesini es un teorizante y un pensador que, entregado al análisis, siguió imperturbable su camino, por dolorosos que fueran los resultados a que llegara. Su independencia de juicio y su visión certera, las revela bien claramente al exponer los límites a que ha llegado el conocimiento, señalando hasta donde alcanzan las conquistas de la ciencia y del pensamiento racional y dónde empiezan las creaciones de la fantasía, las hipótesis, las logomaquias y las tautologías.
No dispongo de un texto legible en este documento.
De todas las Repúblicas hispano-americanas es, indudablemente, la Argentina, la que en los últimos lustros ha alcanzado un mayor desarrollo en varias manifestaciones de la actividad social, siendo en algunos respectos su florecimiento extraordinario, debido en gran parte a la continua inmigración europea. Sin embargo, el desenvolvimiento de aquel país, con ser considerable, no reviste caracteres de uniformidad, pues el operado en la esfera intelectual hasta la hora presente no guarda relación con su expansión comercial ni con la prosperidad que han alcanzado las industrias agrícolas y pecuarias.

Se comprende que la producción intelectual no haya adquirido todavía la intensidad que en las naciones europeas y en los Estados Unidos, porque el proceso de diferenciación psíco-social se halla en sus comienzos. Desde principios de la actual centuria, la influencia cultural europea ha dejado sentir sus efectos en la Argentina de un modo notable. De una parte, han contribuido a esta iniciación de los argentinos en los problemas culturales, el Estado y las Corporaciones que, en su noble afán de incorporar aquel país al movimiento ideológico de nuestra época, enviaron a los grandes Centros universitarios de Alemania, Inglaterra, Bélgica, Suiza, etc., a gran número de pensionados con el fin de que completasen sus estudios en las distintas ramas del conocimiento y especialmente en las disciplinas filosóficas, históricas, experimentales y sociológicas.

En París existe actualmente una colonia argentina, formada en su mayor parte por jóvenes anhelantes, pertenecientes a las más distinguidas familias porteñas, que en la ville lumière han contribuido no poco a vigo-
rizar las corrientes hispano-americana. En ese movimiento se han revelado algunas personalidades de mérito, como el cronista Manuel Ugarte, que comenzó siendo un articulista brillante y posteriormente ha demostrado dotes de publicista de altos vuelos, escribiendo libros como *El porvenir de la América latina*, que le acreditan de observador agudo y de una clara visión para enfocar los problemas económico-sociales al señalar el peligro que supone para la subsistencia de las Repúblicas hispano-americanas el hecho de que los Estados Unidos, adquieran cada día mayor preponderancia en la América latina.

Una prueba de lo que representa para la Argentina la inmigración europea—que no siempre es, como ha llegado a decirse, un éxodo de inadaptados y de los que fracasaron en su propio país—la ofrece el caso del profesor José Ingenieros, que, como su apellido indica, es de origen italiano.

El ilustre escritor nació en Buenos Aires, en 24 de Abril de 1877 y cursó la carrera de Medicina en la Universidad de Buenos Aires, graduándose de doctor en 1889. Ingenieros dióse a conocer como escritor en el periódico *La Montaña*, de la misma ciudad, que dirigió con Leopoldo Lugones, otro escritor esclarecido. Antes de terminar su carrera, en 1898, publicó Ingenieros *La mentira política* y *La jornada de trabajo*, dos ensayos que, más que una promesa, eran los frutos de una mentalidad fuerte y pletórica.

Muy influído por Mantegazza, Lombroso y la escuela antropológica italiana y por los estudios de Chancot, Emilio Laurent y Pedro Janet, dedicóse después a la Patología nerviosa y mental, aportando gran número de datos recogidos y seleccionados con ingenio y clarividencia. En 1900 publicó un volumen intitulado *Dos ensayos de Psiquiatría criminal*, y en 1902 emprendió la publicación de una revista muy notable titulada *Archivos de Psiquiatría y Criminología*, en la cual colaboraron personalidades insignes en estas disciplinas científicas, no sólo de la Argentina, sino de España y del extranjero. Cada uno de los volúmenes de esta revista consta de 800 páginas de selecta labor científica, siendo en su género una de las publicaciones más estimables con que cuenta la joven República.
Desgraciadamente, en España no poseemos una revista que pueda parangonarse con los *Archivos de Psiquiatría* y *Criminología*, que, indudablemente, contribuiría a elevar el nivel de cultura de los médicos alienistas y neurólogos de aquel país.

En el propio año de 1902, Ingenieros probó fortuna en la esfera de la crítica, publicando un libro con el título de *Psicopatología en el Arte*, en el que se advierte una cierta similitud con la orientación marcada en Italia por Enrique Ferri en su famoso libro *Los delincuentes en el Arte*. Esta analogía no quiere decir que el libro de Ingenieros carezca de originalidad y de puntos de mira personales. No puede, sin embargo, considerarse como una obra predominantemente reflexiva, ya que en distintos pasajes se observa la sugestión que en el ánimo del autor ejercieron determinadas lecturas.

En 1903 dio a la estampa en italiano *La simulazione della pazzia*, que en las principales ciudades de Italia obtuvo un gran éxito de librería, siendo discutido y elogiado por los especialistas más prestigiosos. El triunfo alcanzado por este libro en Italia repercutió en Francia, llegando sus ecos hasta la apartada Rusia. En España lo conocemos por una versión recientemente publicada.

Ingenieros, que es uno de los escritores hispano-americanos más activos y entusiastas por los descubrimientos científicos, adquirió mayores alientos con el éxito obtenido por su libro y de entonces acá no ha cesado de trabajar, publicando varios volúmenes. Entre los principales, son dignos de mención: *Rehabilitación de alienados* (Buenos Aires, 1904); *Los accidentes histéricos* (del propio año); *Nuova classificazione del delinquente* (Milán, 1905); *La simulación en la lucha por la vida* (Madrid, 1905); *La legislation du travail* (París, 1906); *La Pathologie du langage musical* (París, 1906); *Al margen de la Ciencia* (Buenos Aires, 1908); *La evolución sociológica Argentina* (Buenos Aires, 1910, y Madrid, 1913); *Psicogemia* (Madrid, 1912). En 1913 publicó tres nuevos libros: *Principios de Psicología*, que se tradujo al francés, alemán e italiano; *Criminología y El hombre medio cre, Hacia una Moral sin dogmas* (1917) y en 1918 *Proposiciones relativas al porvenir de la Filosofía y La Evolución de las ideas argentinas: La Revolución*.

El número de las publicaciones científicas de Inge-
nieros comprenden, según uno de sus biógrafos, más de 300 títulos, predominando los ensayos e indagaciones de Filosofía biológica, Patología nerviosa y mental, Criminología, Psicología, etc. En algunos de sus últimos libros se esboza todo un sistema de filosofía científica en el que Ingenieros toma como base las ciencias de la Naturaleza.

De regreso de Heidelberg, donde fué a completar sus estudios de Psicología experimental, residió algunos meses en Lausanne, preparando un libro que llevará por título Introducción al sistema, que vendrá a ser algo así como unos primeros principios de filosofía científica.

El ilustre publicista piensa consagrar durante algún tiempo a la preparación de una obra que se titulará Sistema de Filosofía, en la que se propone estudiar las diversas disciplinas filosóficas, siguiendo el método y el criterio de las ciencias naturales y prosiguiendo la orientación iniciada en su libro, hace diez años publicado, Psicología biológica. Desde 1915 dirige la Revista de Filosofía, la mejor publicación de alta cultura que se publica en lengua castellana.

Ingenieros representa en la cultura argentina contemporánea, la continuación de la labor de Sarmiento y Amechino, y es, indudablemente, un esforzado propulsor de la Filosofía biologista. En la acción social se ha distinguido por su espíritu innovador a ultranza y por su amor a los ideales de progreso. Entre sus compatriotas goza de una gran consideración y de un sólido prestigio, como lo demuestran el sinnúmero de altos cargos científicos y administrativos que se le han conferido. Durante los años 1902 y 1903 dió cursos libres de Patología nerviosa en la Facultad de Medicina de Buenos Aires. Al año siguiente fue comisionado por la Municipalidad de la capital argentina para estudiar las condiciones en que viven las clases obreras y formular un proyecto de legislación del trabajo. En 1904 le fué confiada la dirección del servicio de observación de alienados, y obtuvo, mediante concurso, la cátedra de Psicología experimental en la ciudad bonaerense. En el V Congreso Internacional de Psicología, celebrado en Roma en 1905, representó a la República Argentina. La misma alta representación ostentó en un viaje de carácter pedagógico que realizó en los años 1905 y 1906, visitando las Universidades más im-

BUAH
portantes de Europa. De regreso a Buenos Aires, fundó en aquella metrópoli el Instituto de Criminología, que ha sido una institución utilísima para estudiar la dinámica del delito en aquella República. En los últimos años dedicóse a escudriñar la cultura española con profundidad y acierto.

Los libros de Ingenieros han alcanzado una gran difusión, habiendo sido traducidos algunos de ellos a varios idiomas y premiados: *Simulación de la locura*, por la Academia de Medicina de Buenos Aires, y *La patología del lenguaje musical*, por la Corporación de igual título de París. Tanto como a su mérito intrínseco se debe el éxito que alcanzaron sus obras al acierto que tuvo al rotularlas con títulos sugestivos, al savoir faire con que las estructuró y al estilo jugoso y brillante con que las escribiera, pues Ingenieros es uno de los contados escritores argentinos que, dedicándose a la ciencia, escriben con más propiedad y elegancia el castellano. Sólo cabe oponer un reparo a su labor meritísima, y es, que el exceso de producción resta alguna intensidad a sus trabajos, que, por lo demás, revelan una mentalidad vigorosa, nutrida por una cultura variada y extensa.
AQUILES LORIA

La personalidad de este famoso pensador, sociólogo y economista, es sólo a medias conocida en España, pues no obstante ser su producción intelectual copiosísima, no se ha vertido al castellano más que un volumen: Problemas sociales contemporáneos. De todos los economistas italianos que en la actualidad gozan de más prestigio, es Loria el único, acaso, que ha adquirido la extraterritorialidad; lo mismo en Francia, que en Inglaterra y Alemania, sus principales libros fueron traducidos y obtuvieron una acogida entusiasta por parte de la élite. También en la Unión Americana las obras de Loria han alcanzado un gran éxito.

Los más notables economistas yanquis, al mencionar la concepción económica del ilustre maestro, elogian la claridad con que desentrañó las más intrincadas doctrinas de los tratadistas tградес.

Aquiles Loria nació en Mánтua, el 2 de Marzo de 1857. Desde su mocedad reveló una invencible vocación por el estudio de las disciplinas sociales, en las que llegó a descollarse, merced a su gran capacidad comprensiva, a su vasta cultura y a sus magistrales dotes de expositor, analista y crítico. Loria pertenece a esa brillante pléyade de discípulos del venerable fundador del positivismo filosófico italiano, el ex canónigo y celeberrimo filósofo Roberto Ardighó. Fué compañero de estudios de Negri, Tarozzi, Fano, Faggi, Benini, Dándolo, Manchesini, Gazzani, Groppali, Friso, Guillermo Ferrero, Alfonso, Asturaro, Chicieri, Enrique Ferri, Montaltó y los malogrados Fernando Puglia y G. D'Aguannno, que perecieron en los terremotos ocurridos en Messina hace poco más de un decenio.

Terminados sus estudios jurídicos y siendo todavía joven, hacia 1884, ingresó Loria en el profesorado, ex-
plicando Economía en la Universidad de Siena, desde la que pasó después a la de Padua. Hace prósperamente 27 años, fue nombrado profesor de la propia asignatura en la Universidad de la capital del Piemonte. Dióse a conocer como cultivador de las ciencias económico-sociales en 1880, con la publicación de su libro *La rendita fondiaria e la sua elisione naturale*. En 1886 apareció otro de sus libros, *Teoría económica della costituzione politica*, y en 1889, una de sus obras fundamentales; *Analisi della proprietà capitalista*, que le granjeó la consideración y la estima de todos los tratadistas de las ciencias de la sociedad. La *Academia Lincei*, de Roma otorgó a esta obra, que consta de dos gruesos volúmenes, el premio real, siendo, en realidad, merecidísima tal distinción, pues no existe en la Bibliografía contemporánea un estudio tan profundo y que contenga una documentación tan completa acerca del proceso genético de las instituciones en que hubo de irse concretando el régimen capitalista. En este respecto, el libro de Loria sólo podría parangonarse con el del publicista inglés John A. Hobson, *The Evolution of Modern Capitalism*, si bien la orientación y el criterio son distintos, puesto que el tratadista italiano, al mismo tiempo que estudia el proceso de un modo objetivo, desentraña los problemas, mientras que Hobson se coloca más bien en una posición de historiador sociólogo.

Aquiles Loria, al examinar los orígenes y sucesivas evoluciones de la propiedad capitalista, trata de hallar consiguiéndolo muchas veces, una explicación al desarrollo genético de las instituciones sociales, considerándolas en general. Una de sus afirmaciones básicas es que, donde quiera que proyecte el indagador su análisis, se encuentra ante idéntico fenómeno: el de la existencia de dos clases sociales: una, que viviendo sin trabajar, consigue de continuo acumular riquezas y rendimientos cada instante más cuantiosos, y otra, que trabajando incesantemente durante toda su vida, sólo percibe como remuneración un salario insuficiente para subvenir a las necesidades más apremiantes. Ante este contraste, que ha constituido un motivo de honda preocupación para los espíritus sinceros y anhelantes, pregúntase Loria: ¿Semejante estado ha de considerarse como una consecuencia indeclinable y absoluta de necesidades de in-
doles natural, inherentes a las condiciones biológicas de la naturaleza humana, o debe, por el contrario, estimarse como el mero resultado de una casualidad histórica que en el transcurso del tiempo habrá de modificarse? Loria, después de tener en cuenta un sinnúmero de factores, llega a la conclusión de que, en una fase ulterior del desenvolvimiento evolutivo de las sociedades, la justicia triunfará.

Otro de los libros en que se encuentra condensado lo esencial de la doctrina de Loria, es el intitulado *La propietà fondiaria e la questione sociale* (1897), en el que examina la ley de la población y el sistema social, tan bien estudiada por el profesor y ex ministro Nitti; la teoría de Carlos Darwin y la Economía Política; el suelo y el sistema social, y, por último, la nacionalización de la tierra. En 1889 vio la luz *La Costituzione Economica Odierna*, obra en la que investiga la estructura orgánica del régimen económico actual, sus leyes históricas, su tendencia final y los medios más adecuados para llegar a una nueva y superior constitución. Viene a ser este libro, según las propias palabras del autor, un complemento de *La Rendita fondiaria* y del *Analisi della propietà capitalista*. Uno tras otro, examina los problemas que se derivan de la constitución económica y de la propiedad territorial exclusiva, fijando su atención en la persistencia de este régimen de la propiedad, debido a la supervalía de la tierra. Los mejores y más personales juicios de Loria hallan en los capítulos que consagra a estudiar la dinámica económica derivante de los progresos de la supervalía de la tierra; la desintegración producida por el mismo fenómeno y la revolución económica, que habrá de producirse al cesar la tal supervalía.

La más conocida de las obras del infatigable profesor de Turín es, sin duda, la que lleva por título *Le Bassi Economiche della Costituzione Sociale*, que en 1893 fue traducida al francés, en 1895 al alemán y en 1899 al inglés. En italiano se han publicado cuatro ediciones: las dos últimas, casi por completo rehechas y muy aumentadas, en 1902 y 1903, respectivamente. En la introducción examina las bases económicas de los fenómenos sociales, haciendo notar la influencia de la constitución económica en la fenomenología de la sociedad. Al referirse a las bases económicas de la Moral, evidencia la influencia
del dinero y el decaimiento de las ideas éticas, en el régimen capitalista, poniendo de relieve la aguda crisis porque atraviesa la personalidad. Al examinar las bases económicasy del Derecho, estudia las sanciones jurídicas, su transformación y las distintas instituciones: familia, propiedad, herencia, reglas y relaciones entre los propietarios y entre éstos y los desposeídos, y, tras un breve examen de la Penología, compara el fenómeno jurídico con el económico. Cuando busca la influencia de los hechos económicos en la constitución política, parangona el rendimiento económico con el poder del Estado, haciendo hincapié en las luchas y conflictos que surgen entre las distintas especies de rendimiento, y luego de señalar las consecuencias sociales a que da lugar el reparto de la renta en su relación con quienes ejercen el Poder, se ocupa de la política financiera, de la interna y de la exterior, siendo verdaderamente curiosa la labor que a este propósito hace Loria respecto a las Revoluciones.

Su teoría económica de la constitución social ha sido objeto de grandes controversias en Italia primero, y en Francia, Inglaterra, Alemania y los Estados Unidos, después, considerando algunos críticos que el eminententradista no era por completo imparcial cuando historiaba la mencionada teoría. Sin embargo, Loria consiguió rebatir ventajosamente los argumentos aducidos por sus adversarios, y su concepto de la sociología a base económica ha sido compartido en estos últimos años por buen número de publicistas famosos, entre ellos el belga Guillermo de Greef, y por algunos investigadores yanquis.

Si como explorador de los hechos sociales conquistó Loria una gran autoridad, como teorizante ha sido discutidísimo, y en determinadas ocasiones, tratado con notoria injusticia, principalmente por sus compatriotas; mas, no obstante el desvío de sus connacionales, ha proseguido imperturbable su labor que hace trece años, en 1909, plasmó en otro libro admirable La Síntesis económica, aparecido en Turín.

Una de las características de los hombres-cumbres de la tercera Italia es, sin duda, el noble afán generalizador de que se hallan poseídos. No obstante el prevalimiento del método objetivo y el triunfo del especialismo, aquellos autores que conquistaron en noble lid
renombre y celebridad en una rama determinada del saber, contribuyendo con su denodado esfuerzo a agrandar los horizontes del conocimiento, no ha abandonado la tendencia enciclopédica. Esto acontece, por ejemplo, a Loria, que goza de una extraordinaria reputación y está considerado como una autoridad en materias económicas desde que publicó en 1889 *Analisi della proprietà capitalisti*, libro magistral, en que acertó a descubrir las leyes orgánicas de la constitución económica y describió admirablemente las distintas y variadas formas que revisió el proceso del fenómeno económico, sin haber dejado desde entonces de interesarse por todas las cuestiones que encierran un valor intelectual y moral y una positiva transcendencia para la colectividad.

La inquietud espiritual de que se halla poseído el docto maestro queda bien patente en la serie de conferencias que dió en París hacia 1894 y que aparecieron en 1897, formando un volumen intitulado *Problemes sociaux contemporains*. En este pequeño volumen, en tono sencillo, exento casi por completo de tecnicismo diserta con elocuencia no superada hasta la hora presente, Loria acerca de la cuestión social, la libertad, la propiedad, la población, el socialismo, el darwinismo social, la evolución y la revolución. Esta colección de estudios abocetados de temas tan enjundiosos, puede ser leída en lengua castellana porque figura en la Biblioteca Sociológica Internacional. Es un libro tan confortador, que indica el camino para forjarse una concepción optimista de la existencia y hace resaltar la eficacia de la ciencia para atenuar los rigores de las luchas sociales.

También en otro de sus libros *Il Capitalismo e la Scienza* realizó Aquiles Loria una admirable labor de poligrafo, al formular su parecer respecto a la virtualidad de las escuelas económicas que prescindieron del análisis integral de la tierra libre. El examen que hace Loria de los métodos empíricos de reconstitución de la tierra libre, es, por todos conceptos, interesante, y pone al lector al corriente de cuantos ensayos se realizaron para transformar en su base el régimen capitalista. Con su vasta documentación y sólidos argumentos estudia Loria la producción de la riqueza capitalista y la circulación y distribución de la misma, deteniéndose de un modo especial en el examen de la evolución económica, así como
en el de su reforma. Realmente, asombra la profundidad y la extensión de la cultura que atesora este célebre tratadista, a quien, sin exageración, podría calificarse de benedicto del saber en la ciencia económica.

Pocos publicistas de nuestro tiempo han conseguido mantener un tan completo dominio espiritual de su ego íntimo como el maestro mantuano. A Loria le han interesado constantemente los temas de la más alta especulación, sin que por ello preteriese las cuestiones de carácter positivo. Así lo evidenció en 1891 al publicar el doble volumen Studi sul valore della moneta, del cual apareció una segunda edición en 1901. El que esto escribe, tan sólo conoce una obra que con la de Loria guarde ciertas analogías: La mesure de la valeur et la monnaie, del notable sociólogo francés Mauricio Bourguin.

En 1904, Aquiles Loria dió a la estampa el libro Verso la Giustizia sociale, que viene a ser una colección de ensayos, de Exposición de ideas, de trabajos polémicos y de análisis y crítica, siempre elevada de las concepciones de los principales economistas, agitadores, teorizantes, estadistas y literatos contemporáneos. Este libro es la demostración fehaciente de que más de treinta años de constante labor docente y de disciplina mental no han confinado a Loria, que sigue suspirando por las grandes transformaciones sociales. Loria no es, propiamente, un idealista, pero, como pensador, conoce y ha vivido intensamente los ideales y ha llegado donde muy pocos psicólogos en lo que concierne a la valoración de las más excelsas idealidades, así como de sus panegiristas, sus apóstoles y sus mártires. Equidistante de todo cuarto de lejos o de cerca, suponga criterio preconcebido en la dinámica psicológica o parcialidad en el orden pragmático, pudo concebir y estructurar el libro más notable de su última época: La sintesi económica, valiosísimo estudio acerca de las leyes del rendimiento. Puede decirse que Loria comprendía en este volumen lo más substantivo y original de su doctrina, pues, habiendo llegado a la madurez intelectual, prescinde de las cuestiones accesorias y de aquellas apreciaciones que podrían llevarle al terreno polémico, para circunscribirse a la esfera de la ciencia, en donde los hechos y las doctrinas no solo coinciden, sino que se funden.

El doctor G. Fenoglio, uno de los discípulos más fieles
Ideólogos, Teorizantes y Videntes

de Aquiles Loria, dio cima en 1910 al espinoso trabajo de resumir en un volumen discretísimo las lecciones dadas por su maestro en la Universidad de Turín. Intitulase el volumen: Corso completo di Economía Política.

A fines de 1909 apareció el volumen que lleva por título La Sociología: il suo compito, le sue scuole, e suoi recenti progressi, y que para todos los que se dedicán al estudio de la vida social es altamente sugestivo. Con la serenidad de juicio y el rigor lógico del expositor y del teorizante, que sabe aprovechar las enseñanzas que ofrece la experiencia a los espíritus selectos, pasa revista a las ideas, doctrinas y sistemas, recogiendo lo que hay todavía de palpitante en toda condensación y acertando a poner de manifiesto los antecedentes que existen en toda doctrina sociológica.

Loria, que tiene la aguda percepción de los hombres nórdicos y que siempre se sustrae a todo nominalismo y a lo que llamaba nuestro González Serrano con feliz expresión el mote del sistema, afirma que en la historia de las ideas sociales, cuando se examina objetivamente el proceso que éstas siguieron, adviértase que en las más audaces teorías contemporáneas, reviven concreciones que parecían definitivamente olvidadas. Considera Loria que la influencia del elemento espiritual no puede desconocerse, y en este respecto acepta, en buena parte, el parecer de Augusto Comte.

Enemigo de toda exageración, no llega Loria a conceder a los factores psicológicos en la evolución social la transcendencia que le atribuyeron algunos sociólogos yanquis, entre ellos Giddings y Lester Ward. Los problemas sociales tiene siempre a plantearlos de un modo intrínseco. Por esto, ve en el proceso de las sociedades, al lado de los anhelos cordiales y de los avances de intelecto, el hecho económico.

Podría decirse que Loria, dentro de la corriente del materialismo histórico, representa el sentido objetivo, y, por lo tanto, racional. Mide, aprecia, valora, hasta llegar a quintaesenciar lo que hay de real y de verdadero en esta famosísima concepción de la vida social. Y así como Benjamín Kidd es el místico del materialismo histórico, Loria es quien lo ha interpretado desde el punto de vista científico. De ahí que con su clarividencia genial, haya logrado desbrozar la doctrina del materialismo histórico.
de toda interpolación sectaria y de las afirmaciones arbitrarías, que espíritus vulgares y exaltados, habían acumulado a la doctrina.

Estima Loria que en el materialismo histórico existen fundamentos racionales, que la doctrina marxista es la única que permite hallar una explicación a los arcanos de la vida social y la que ofrece una más clara perspectiva de que en lo porvenir, las sociedades podrán alcanzar una mayor felicidad a medida que se imponga el espíritu de Justicia.

En Francia, Loria es conocidísimo. En 1899 ocupó la presidencia del Institut International de Sociologie. En Italia, no obstante haber sido muy controvertidas sus opiniones, ha llegado a merecer en estos últimos lustros, el respeto de sus más enconados adversarios. Por sus grandes merecimientos, el ministro de Instrucción pública le confió la dirección del Instituto de Economía anejo a la Universidad de Turín, Instituto que puede considerarse ahora como uno de los más activos centros de laborantismo intelectual.

Desde que estalló la guerra europea, Loria, en la Nueva Antología y otras publicaciones, llevó a cabo con fortuna una campaña de adoctrinamiento, examinando concienzudamente varios de los aspectos económicos de la gran tragedia, y lo mismo en los instantes difíciles para su patria, que en los de mayor prosperidad, sus indicaciones y consejos han ejercido una poderosa influencia en la opinión pública italiana, siendo su labor en la revista una forma de extensión universitaria. Y es que la intelectualidad italiana, ha tenido siempre una intervención indirecta, pero eficaz, en el desarrollo de la actividad política y social de su país, contribuyendo así a encauzar los movimientos colectivos, que no han obedecido ciegamente a las predicaciones de los agitadores, ni al sentido meramente convencional de los gobernantes. La función de los hombres de cátedra ha sido en Italia un verdadero control de la labor legislativa. En este aspecto, Loria es uno de los universitarios que han demostrado abrigar más confianza en la actuación de los intelectuales en la vida pública, sobre todo si no desaprovechan las circunstancias para ponerse en contacto con el espíritu nacional.
En el desenvolvimiento colectivo de Cataluña, no todos los factores sociales se han desarrollado armónicamente. Por esto, en vez de sentirnos satisfechos de los éxitos obtenidos por los catalanes, cuantos creemos sinceramente que el espíritu autonomista ha de permitirnos descubrir nuestra personalidad en sus múltiples aspectos, hemos de seguir laborando con denuevo a fin de hacer más intenso el resurgimiento comenzado hace cuarenta y ocho años y que en los cuatro últimos lustros cobró más aliento a medida que el proceso de diferenciación trascendió de la esfera política a todos los órdenes de la sociedad. Por circunstancias bien conocidas de quienes han sondeado en la psicología del pueblo catalán, es incontestable que el factor científico y, en general, el cultivo de la mente con fines especulativos, no corre pareja con la vitalidad que han alcanzado la industria, la actividad agrícola y el intercambio comercial. Y es que, entre nosotros, ha hecho demasiados prosélitos la tendencia a buscar siempre la utilidad inmediata. Por esto un sinnúmero de espíritus cultivados han desdénado la investigación y se consagraron a un profesionalismo pseudo-científico.

En el fondo de nuestro hacer entero, se advierte todavía un predominio del sentido materialista, sofocando los impulsos de la idealidad. Débese esta errónea orientación de las clases directoras de Cataluña, de una parte, a la falta de imaginación, y de otra, a que la burguesía plebeya, improvisada, venció en tiempos ya un tanto lejanos, a la estirpe aristocrática. En pocos países se ha desconocido de un modo tan sistemático a los intelectuales como en España. Y por lo que respecta a Cataluña, uno de los calificativos más despectivos ha sido el de ideólogo.

En la revisión de valores que en la hora actual se está realizando en el mundo entero, se manifiesta una reacción cada instante más ostensible en el sentido opues-
El produtor de ideas, el sabio, el indagador y el pedagogo, son las cuatro primeras categorías de las sociedades que se esfuerzan bravamente por transformarse, superándose. La guerra mundial ha exaltado las cualidades psicológicas que significan alteza moral, clarividencia de pensamiento, santo continuidad en el trabajo, desinterés y anegamiento del yo individual en el todo colectivo.

Aunque con retraso y con menguado entusiasmo, también aquí ha repercutido el éxito alcanzado en otros países por los hombres de estudio, por los que dedican su existencia a ampliar los horizontes del conocimiento, con virtiendo en patrimonio colectivo la verdad, al arrancar a la Naturaleza y a las sociedades sus ocultos designios.

El doctor Pi y Suñer es un prototipo de varones entusiastas, de los que fían en la labor callada, difícil y obstinada de descubrir en los fenómenos de la vida, los medios para preservar a la humanidad del dolor físico. Desde hace cerca de veinticinco años dedica su actividad entera a la investigación, y en el laboratorio y en la clínica, ha revelado un robusto temperamento de hombre de ciencia, a quien nada le arredra ni le aparta de su labor, a un tiempo creadora y pedagógica. Por sus desvelos como descubridor y por su ansia de saber ha adquirido legí­mitima reputación. Su nombre es conocidísimo. Sus libros y opúsculos han transcendido más allá de las fronteras de la patria. En 1918, después de haber alcanzado las cumbres de la investigación, consagróse a la actuación política y en esta campaña le ha acompañado la simpatía de todos los espíritus arrebatados, ya que uno de los problemas fundamentales en España, es el que ocupen los cargos más importantes los hombres que hayan dado pruebas palmarias de capacidad y de rectitud. No basta ser inteligente. Es preciso que la norma convierta en realidad los principios ideológicos y los anhelos cordiales.

Pi y Suñer es aún joven. Se halla en el mejor periodo de la vida; en el del comienzo de la madurez, cuando la experiencia constituye un freno para los impulsos arrebatados y meramente subconscos. Pi y Suñer posee una gran cultura. Ha trabajado en los dominios de la Biología y es uno de nuestra más afamados fisiólogos. Sabe mucho y, lo que vale más, tiene un arte
exquisito para exponer con método y elegancia su pensamiento, que ha elaborado concepciones en cierto respecto originales.

Como político, ha acertado a enfocar los problemas básicos españoles con valentía, sinceridad y perseverancia. No ha de sorprendernos la sagacidad que revelara Pi y Suñer, pues por herencia y por sus esfuerzos personales se encuentra en inmejorables condiciones para ser, a la vez, intérprete de los deseos de la muchedumbre y conductor de las ansias renovadoras que de antiguo tanto arraigo tienen en el Ampurdán.

El perfil biográfico de Pi y Suñer queda hecho en breves trazos. Nació en Barcelona en 1879. Es hijo del ilustre y malogrado pantiatra don Jaime Pi y Suñer, profesor que fué de Patología general en la Facultad de Medicina de la Universidad barcelonesa, y sobrino del notable oculista, también fallecido, don Francisco Pi y Suñer. Por línea materna, es nieto de don Francisco Suñer y Capdevila, el gran tisiólogo y ex ministro de la República, y sobrino del ex diputado y profesor del Uruguay, del mismo nombre. Augusto alcanzó el título de licenciado en Medicina y Cirugía en 1889, apenas cumplidos los veinte años. Doctoróse con la misma brillantez con que cursara la carrera y cinco años después, en 1904, hizo oposiciones a la cátedra de Fisiología de la Universidad de Sevilla, obteniendo el primer puesto en la terna. Durante su permanencia en la ciudad andaluza, creó un núcleo de investigaciones y escribió en colaboración con Rodrigo Lavin un notable tratado de Fisiología, en el cual hemos aprendido no poco los profanos de esta disciplina científica. Poco tiempo después hubo de renunciar a la cátedra por no haberse allanado a las exigencias de un ministro funesto, el señor Rodríguez Sampedro, enemigo de toda innovación y uno de los correligionarios incondicionales de don Antonio Maura, el político de las frases alegóricas y de los conceptos obscuros.

De Sevilla trasladóse a Barcelona, donde fué nombrado profesor auxiliar de la Facultad de Medicina, y en 1918, por fallecimiento del señor Coll y Pujol, fué reintegrado en su cátedra de Fisiología, que sigue desempeñando actualmente para honor de la ciencia experimental. Pi y Suñer es fundador y presidente de la Sociedad Catalana de
Biología, que anualmente publica un volumen interesantísimo, en el que han aparecido muy notables investigaciones del joven maestro y de sus discípulos. Pertenece al Institut d'Estudis Catalans, habiendo contribuido con centenares de papeletas a la formación de la Biblioteca de Catalunya. A sus gestiones débese también la implantación de los cursos monográficos. En 1909 ingresó en la Real Academia de Medicina de Barcelona, leyendo un discurso, repleto de puntos de vista personales, acerca del problema clínico.

Pi y Suñer ha sido uno de los colaboradores más decididos de Luis Simarro y Rodríguez Carracedo en la Asociación Española para el Progreso de las Ciencias. Ha tomado parte en los Congresos bienales celebrados en Zaragoza, Valencia, Madrid y Valladolid, y compartió con Carreras y Artau y el doctor Terrades resonantes triunfos. La Real Sociedad Española de Historia Natural le abrió hace algunos años sus puertas y en 1917 la Real Academia de Medicina de Madrid le brindó su cátedra, desde la cual dió a conocer brillantemente su doctrina acerca del Metabolismo.

Recientemente publicó la Editorial Minerva, S. A. su libro La Unidad Funcional (Ensayos y discursos de Fisiología), que está obteniendo un extraordinario éxito.

En 1920 apareció otro volumen del docto maestro, se titula Los mecanismos de correlación fisiológica, adaptación interna y unificación de funciones, sumario de las lecciones profesadas en el curso que diera en la Facultad de Ciencias Médicas de Buenos Aires, en Agosto de 1919, que fué muy elogiado por la Prensa y por la opinión docta de la gran Metrópoli argentina.

Pertenece Pi y Suñer a un sinnúmero de corporaciones nacionales y extranjeras y colabora en las más renombradas revistas de Medicina y de Higiene.

Los federales y nacionalistas de Figueras han acertado plenamente al llevar al Parlamento a Augusto Pi y Suñer, de abolengo ampurdanés y de tradición republicana. No importa que como militante no tenga una ejecutoria: posee, en cambio, la ventaja de ser un prestigio indisputable en el campo de la ciencia experimental; un catalán de pura cepa, que sabe amar y enaltecer a su tierra, y un hombre de firmes convicciones democráticas y autonomistas.
En un breve lapso de tiempo, la Filosofía en Francia ha experimentado pérdidas muy sensibles. Después de Delbos, Teodulo Ribot, Félix Le Dantec y Luis Liard, ha muerto recientemente Emilio Durkheim, una de las figuras más relevantes de la cultura contemporánea francesa.

De cuantos tratadistas de la nación vecina aportaron su esfuerzo al cultivo de las ciencias sociales, llevando una concepción propia y abriendo nuevos derroteros a la investigación, fue, sin duda, Durkheim el que realizó una obra más considerable y fecunda. En sentir de algunos críticos, la obra del eminente sociólogo supera a la que llevaron a cabo Fouillée, Tarde, Izoulet, La Grasserie, Le Bon y Coste. La producción de Durkheim distinguese de la de sus compatriotas, no sólo por la riqueza de los materiales aportados, sino también por el cúmulo de observaciones recogidas y seriadas con método admirable y, sobre todo, por la originalidad del pensamiento. Durkheim gozaba en Francia de un sólido prestigio y era aceredor a la admiración de todos los intelectuales de su país, pues no contaba la nación hermana con otro indagador de los merecimientos del fundador de "L'Année Sociologique", una de las publicaciones doctas más notables, no sólo de Francia, sino de Europa entera, y que significó una reacción en contra del verbalismo sociológico y de las tendencias a las generalizaciones prematuras.

Emilio Durkheim nació en Epinal (Vosgos) en 15 de abril de 1858. Hizo sus primeros estudios en una escuela de su pueblo y después en el Liceo de Luis el Grande, de París. Ingresó en la Escuela Normal Supe-
rior en 1879, siendo nombrado en 1882 profesor agregado de Filosofía, enseñanza que explicó en los Liceos de Sens, Saint-Quentín, Troyes, etc. Durante su paso por la normal, influyó notablemente en la formación de su espíritu el egregio maestro Fouetel de Coulanges, director a la sazón del mencionado centro pedagógico. Desde que Durkheim salió de la Escuela Normal Superior, dedicóse al estudio de la Sociología, por la que demostró una sincera vocación, y llevado de su entusiasmo y ansioso de proseguir sus primitivas indagaciones, consagrándolas toda la actividad de que era capaz, solicitó en 1885 licencia del ministro de Instrucción pública para trasladarse a Alemania. Una vez conseguido el permiso, fijó su residencia en Leipzig, matriculándose en el Laboratorio de Psicofisiología, que dirigía Guillermo Wundt, de donde pasó a Berlín para asistir al Seminario de Economía social, que regentaba G. Schmoller.

Bien pronto se penetró Durkheim de la vida docente de Alemania, pero sin connotarse con ella. Atractiva, principalmente, su atención los problemas que en aquel entonces eran objeto de examen en la esfera de la Moral y de la Sociología. Su permanencia en Alemania duró dos años, y el resultado de sus estudios quedó reflejado en una serie de artículos analíticos y críticos que aparecieron en la Revue de l'Enseignement y en la Revue Philosophique en 1887 acerca de los Etudes recientes de Science Sociale y La Science positive de la Morale en Alemagne: les economistes, les sociologistes, les juristes, les moralistes, etc. En estos ensayos reveló el insigne publicista no sólo sus grandes dotes de expositor, sino también una extraordinaria potencia asimiladora pues su examen de las doctrinas y sistemas que por aquella fecha, predominaban en los centros docentes superiores de Alemania, es un fiel trasunto del estado en que se hallaban las disciplinas sociales y un compendio de las germinaciones ideológicas que después, en los últimos treinta años, fructificaron, dando lugar a las nuevas escuelas filosóficas.

En 1887, de regreso a Francia, le fue confiado a Durkheim un curso de Pedagogía y Ciencia Social en la Facultad de Letras de la Universidad de Burdeos, donde le cupo la gloria de dar la primera enseñanza de Sociología instituida en las Universidades francesas.
sieur Liard, que desempeñaba la dirección de los establecimientos universitarios, fue quien impulsó la nueva orientación didáctica.

En la Facultad de Letras de Burdeos, Alfredo Espinbas, ha pocos meses fallecido, y Octavio Hamelin, junto con Durkheim, y en la de Derecho Fernando Faure, H. Saint-Marc y León Duguit, orientaron a la juventud por los nuevos derroteros de la indagación. En 1896 la enseñanza de la Sociología fue convertida en cátedra ordinaria, conquistando Durkheim gran nombradía en toda Europa y en Norte América. En 1892 trasladóse el sabio profesor a París y fue encargado de suplir a Buisson en la cátedra de Ciencia de la Educación en la Facultad de Letras de aquella Universidad, siendo por fin nombrado en 1906 titular de dicha cátedra.

Basta un solo dato para atestiguar la importancia de los esfuerzos llevados a cabo por Durkheim en la esfera de la Sociología. A sus constantes trabajos debióse la creación de la escuela sociológica francesa que tanto contribuyó a la constitución de la Sociología como disciplina, independiente, autónoma. En torno a Durkheim se agruparon filósofos y economistas, deseosos de seguir las normas que preconizaba. El gran éxito que obtuvo como jefe de escuela debióse, sin duda, a que, no obstante el prestigio que llegó a conquistar, daba a sus discípulos una libertad de espíritu; y fue como entre nosotros don Francisco Giner de los Ríos, un amable colaborador de cuantos jóvenes estudiosos y anhelantes pasaron por su cátedra.

Emilio Durkheim no fue un publicista que se prodigara; antes al contrario, escribió pocos volúmenes. Comparada su labor con la de Tarde, Fouillée y algunos sociólogos italianos, se observa que su obra es menos extensa y variada, pero mucho más profunda y sistemática y con un pensamiento más robusto y sincrético. Su libro más conocido, Les regles de la Methode Sociologique (1895), de pequeñas dimensiones, obtuvo un gran éxito, habiendo alcanzado siete u ocho ediciones. Durkheim trata en este volumen de fijar el objeto de la Sociología, que son los hechos sociales, señalando los caracteres que los distinguen de los demás hechos humanos; definiendo con claridad lo que es el hecho social y sentando las reglas relativas a la observación de aquél y las concernientes a
la distinción entre los hechos normales y los patológicos; examina las reglas referentes a la constitución de los tipos sociales y aquellas indispensables para la explicación de estos mismos hechos, como también las reglas concernientes al método comparativo y a las precauciones que deben tomarse para evitar errores en el curso de la comparación, y determinando por último, los caracteres generales del método más apropiado para la observación de los hechos sociales, que, a su juicio, siguen un proceso fatal.

Otro de sus libros, intitulado De la división du travail social, que apareció en 1893, y de que se han publicado varias ediciones, la última en 1902, es un admirable estudio del desenvolvimiento del trabajo social, considerado este fenómeno en toda su extensión. Analiza Durkheim primero, la función de la división del trabajo y el método para determinar esta función; examina si la solidaridad reviste un carácter mecánico o es debida a las semejanzas de las ocupaciones, si se debe a la división del trabajo o tiene un carácter orgánico; estudia después, la preponderancia progresiva de la solidaridad orgánica y de sus consecuencias, haciendo un paralelo entre la misma y la solidaridad contractual.

Al tratar de descubrir las causas y las condiciones, se ocupa de los progresos de la división del trabajo y de las ocupaciones que reportan bienestar, de los factores secundarios, la indeterminación progresiva de la conciencia colectiva, la herencia, etc. Luego analiza una a una las formas anormales, terminando con un concienzudo examen de la crisis por que atravesaba la moral.

Le Suicide, estudio de sociología, que vió la luz en 1897, siendo reimpreso en 1912, es superior al publicado por el psiquiatra italiano Enrique Morselli, y constituye una acabada indagación de los factores extrasociales—los estados psicopáticos, la raza, la herencia, los factores cósmicos y la imitación—; las causas y tipos sociales, bosquejando el método para determinar unas y otros; el suicidio egoísta, el altruista y el anómico; las formas individuales de los distintos tipos de suicidas, con otros fenómenos sociales y las consecuencias prácticas—. Termina Durkheim haciendo notar la importancia del suicidio, considerándolo como uno de los más complejos problemas sociales de nuestra época.
En 1912 apareció su último libro: *Les formes élémentaires de la vie religieuse*, el más hondo de cuantos escribió. Durkheim no acepta el concepto de la religión tal como lo expresan la mayoría de los sociólogos, ni como elemento sobrenatural, ni por lo misterioso, ni cree tampoco que la religión pueda definirse en función de la idea de Dios o de un ser espiritual y supone que hay religiones sin dioses y que en las religiones deístas, hay ritos que no implican ninguna idea de divinidad. Investiga cuál podrá ser la religión elemental, no considerándola como tales el animismo ni el naturismo, y afirma que ha de buscarse en el totemismo australiano. Refuta las opiniones de los tratadistas que hacen derivar la religión del culto a los antepasados, a la Naturaleza o del totemismo individual. Todas estas doctrinas estima que se basan en el hecho de que antes de aparecer el totemismo, ya existía otra clase de nociones religiosas.

Para Durkheim, el totemismo no es uno de los caracteres de las religiones primitivas, sino esta religión misma, y no es individual, sino del grupo, *clan*.

A juicio del famoso sociólogo francés, cuando un determinado número de cosas sagradas sostienen entre sí, relaciones de coordinación y de subordinación, de tal manera, que forman un sistema con cierta unidad y que unas no entran en otras, del mismo género, el conjunto de las creencias y de los ritos correspondientes, constituye una religión.

Pero estos caracteres convienen también a la magia, por lo que se ha de agregar un elemento nuevo; la Iglesia, o sea la comunidad moral de adheridos a un credo y a las prácticas del mismo. *Les formes élémentaires de la vie religieuse* fue sumamente discutido, tanto como el primer libro de Durkheim; pero tiene sobre éste la ventaja de haber sido escrito cuando el ilustre tratadista había llegado a la madurez y, aunque no por completo, se libró de la obscuridad y del estilo un tanto enrevesado que caracterizan sus trabajos. El eximio maestro, cuando exponía su pensamiento robusto, sentía el vivo anhelo de abarcar todos los aspectos de los problemas, y por esto, era siempre profundo y a veces por excesiva concisión de la frase, las ideas principales no tenían el relieve necesario.

En 1915 escribió Durkheim dos opúsculos acerca de
la gran tragedia que conmovió a Europa. Se titulan ¿Qui a volu la guerre? (en colaboración con E. Denis) y L’Allemagne au dessus de Foud; la mentalité allemande en la guerre.

Durkheim, con sus enseñanzas y con la publicación de L’Anée Sociologique, que empezó en 1898, ejerció una acción tutelar entre los cultivadores de las disciplinas filosófico e histórico sociales; abrió ancho campo a la investigación y fue, sin duda, uno de los publicistas que trabajaron con más eficacia para orientar a la juventud culta en la esfera de la Sociología religiosa, jurídica y económica. También ha sido uno de los autores que mayor influencia ejercieron en estos últimos años en la esfera de la Pedagogía. Su muerte, ocurrida en París el 13 de noviembre de 1917, fue sentidísima en el mundo docto. Con ella perdió la ciencia universal uno de sus más esforzados laborantes, uno de esos hombres que abren ancho cauce a la cultura y a la espiritualidad de su país. Pocos meses antes de su fallecimiento, Durkheim dedicaba en el Annuaire de l’Association des Anciens élèves de l’Ecole Normale una breve y emocionante noticia necrológica a su hijo, que sucumbió heroicamente en 1915 en la retirada de Serbia. Este rudo golpe agravó sus padecimientos y le llevó al sepulcro.

Francia debe a Durkheim extraordinarios e inestimables servicios y sólo podía recompensárselo de una vida ejemplar, convirtiendo en un apostolado laico al ejercicio práctico de las virtudes acrisoladas del maestro, prototipo de sencillez, nobleza y austeridad.
Biblioteca de Cultura Moderna y Contemporánea

OBRAS PUBLICADAS

EL COMERCIO DEL MUNDO
por JAMES DAVENPORT WHELPLEY
Un volumen de 440 páginas. . . . . . . . 4 pesetas

LA POBLACIÓN Y EL SISTEMA SOCIAL
por FRANCESCO S. NITTI
Ex Presidente del Consejo de Ministros de Italia y Profesor de la Universidad de Nápoles
Un volumen de 312 páginas. . . . . . . . 3 pesetas

SOCIEDAD Y SOLEDAD
por R. WALDO EMERSON-(Agotada)
Un volumen de 294 páginas. . . . . . . . 3 pesetas

EL NACIONALISMO CATALÁN
por ANTONIO ROVIRA VIRGILI-(Agotada)
Un volumen de 320 páginas. . . . . . . . 3 pesetas

ASPECTOS ECONÓMICOS DE LA GRAN GUERRA
por FEDERICO RAHOLA, Ex Diputado y Ex Senador
Un volumen de 304 páginas. . . . . . . . 3 pesetas
ORÍGENES DEL CONOCIMIENTO
por R. TURRÓ
Director del Laboratorio Microbiológico Municipal de Barcelona-(Agotada)
Un volumen de 296 páginas . . . . . . . 4 pesetas

FILOSOFÍA DE LA GUERRA
por M. RUBIÓ BELLVÉ, Coronel de Ingenieros
Un volumen de 440 páginas . . . . . . . 4 pesetas

LA UNIDAD FUNCIONAL
por el Dr. AUGUSTO PI y SUÑER-(Agotada)
Un volumen de 352 páginas . . . . . . . 4 pesetas

EL ARTE DRAMÁTICO EN EL RESURGIR DE CATALUÑA
por FRANCISCO de P. CURET, Director de «El Teatre Catalá»
Un volumen de 408 páginas . . . . . . . 3 pesetas

PSICOLOGÍA DEL PUEBLO ESPAÑOL
por RAFAEL ALTAMIRA
Senador y Catedrático de la Universidad Central
Un volumen de 340 páginas . . . . . . . 3 pesetas

LA HACIENDA ESPAÑOLA - Los impuestos
por FRANCISCO BERNIS
Catedrático de la Universidad de Salamanca
Un volumen de 360 páginas . . . . . . . 4 pesetas
<table>
<thead>
<tr>
<th>Título</th>
<th>Autor</th>
<th>Páginas y Precio</th>
</tr>
</thead>
<tbody>
<tr>
<td>LA CIUDAD CASTELLANA: Entre todos la matamos...</td>
<td>JULIO SENADOR GÓMEZ</td>
<td>Un volumen de 202 páginas . . . . . . . . . . . . 3 pesetas</td>
</tr>
<tr>
<td></td>
<td>Notario de Frómista (Palencia)-(Agotada)</td>
<td></td>
</tr>
</tbody>
</table>
MISTICISMO Y PICARDÍA
por J. SANCHEZ ROJAS

LAS NORMAS DE LA EXISTENCIA
por R. WALDO EMERSON

REFORMADORES Y REVOLUCIONARIOS
por S. VALENTÍ CAMP

DINÁMICA DE LA RIQUEZA
por GERMÁN BERNACER

LA CONCEPCIÓN CÍCLICA DEL UNIVERSO
por EUGENIO DE ORS

LIBERTAD Y PROPIEDAD
LOS CONFLICTOS SOCIALES Y EL DERECHO PRIVADO
por LEOPOLDO ALAS ARGUELLES

LOS CONTRASTES DEL ESPÍRITU
por BLAS RAMOS